

A close-up portrait of a man with long, light-colored hair and a beard, wearing a dark metal helmet with a visor. The helmet has several rivets and a small red mark. The background is dark and textured with scratches and rain-like streaks. The overall tone is gritty and dramatic.

RICHARD
FORD

EL HERALDO
DE LA TORMENTA

PRIMERA ENTREGA DE LA TRILOGÍA DE STEELHEART

Lectulandia

Siete historias entrelazadas con personajes legendarios y fascinantes. Un asesino profesional con remordimientos de conciencia. Una doncella guerrera tan bella como letal. Una princesa que no sabe cómo escapar al matrimonio de conveniencia pactado por su padre. Un estudiante de brujería maltratado por su maestro. Un mercenario en busca de redención. Una golfilla callejera que intenta dominar el arte del robo... Todos ellos son vecinos de Steelhaven, un puerto de la costa meridional de los Estados Libres. Y sus vidas, como la del resto de habitantes de la ciudad, están a punto de sufrir la llegada de Massoum Abbasi, consejero militar de los príncipes del desierto que ha puesto todos sus conocimientos al servicio del brutal conquistador Amon Tugha.

Lectulandia

Richard Ford

El heraldo de la tormenta

Steelhaven - 1

ePub r1.0

Titivillus 12.02.15

Título original: *Herald of the Storm*

Richard Ford, 2013

Traducción: Montse Batista

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Wendy

Prólogo

Massoum Abbasi aborrecía el mar. El nauseabundo olor a sal y el ruido incesante le molestaban más de lo que podía llegar a expresar. Él era un nómada de Dravhistan, un hombre del desierto, acostumbrado al silencio de la arena, a un paisaje árido y reseco, a un cielo azul interminable. Las nubes turbulentas, las olas rompientes y las gaviotas chillonas eran ajenas a su experiencia, pero Massoum estaba dispuesto a soportarlo, pues la recompensa era considerable.

La ruta más rápida desde el puerto dravhistano de Aluk Vadir a la ciudad portuaria de Steelhaven era por barco, de modo que Massoum había pagado de mala gana por su pasaje y se había embarcado en aquella travesía. Decían que se podía sufrir mucho para conseguir riquezas, y él lo había creído así hasta que estalló la primera tormenta. La tripulación del *Reigning Sceptre* estaba formada casi en su totalidad por temerarios hombres del Oeste capaces de reír frente a vientos azotadores y cielos atronadores. Aunque la carabela se elevaba y era arrojada de una ola imponente a otra, la tripulación se ocupaba de sus tareas impasible, como si fuera una rutina.

Para Massoum era como si se acabara el mundo.

Se había aferrado a las jarcias como si le fuera la vida en ello, los dedos se le habían quedado blancos por el espanto con el que se agarraba y por el frío de los vientos tormentosos. Los ropajes que llevaba para hacerse pasar por comerciante estaban cubiertos de vómito y el pañuelo que le envolvía la cabeza había salido volando con el vendaval, dejando su largo cabello expuesto a los elementos, pero a él le importaba muy poco. Lo único que importaba era sobrevivir. Y, por supuesto, pese al enfurecido torrente que amenazaba con arrojarlo de la cubierta en cualquier momento, él había sobrevivido.

Claro que Massoum Abbasi era un superviviente nato, un hombre acostumbrado a correr riesgos y a reclamar las recompensas consiguientes. Sus habilidades habían sido muy cotizadas en el pasado y sus benefactores generosos en sus pagos.

Abbasi había sido adiestrado en las filosofías divergentes de la guerra por el Shadir de Gul Rasa y había sido consejero militar de tres príncipes del desierto. Había negociado la paz entre los sultanatos enfrentados de Jal Nassan, había actuado como diplomático para el Kali Ustman Al Talib en la corte de los Señores del Sol de Han-Shar y había sido heraldo del Egrit de Rashamen. Su reputación había crecido a lo largo de los años de modo que el mero rumor de su llegada bastaba para incitar a la corte del más rico de los sultanes a recibirle con un sendero cubierto de flores y un banquete suntuoso. Había sido una buena época, en efecto, y Massoum había llevado una vida de noble, elogiado como el más sensato de los consejeros y rodeado de hombres influyentes y opulentos que decían ser sus amigos.

Pero todo eso había cambiado.

Un acto de lo más trivial lo había degradado: la más leve sonrisa dirigida a la

duodécima esposa del Kali, que ni siquiera era su favorita, pero eso había bastado para suscitar rumores en la corte, había bastado para que los visires susurraran y los eunucos se rieran con su voz aguda, y eso fue todo. Desterrado. Expulsado a los cuatro vientos. Al menos le habían ahorrado el filo de la hoja del verdugo; eso era algo que podía agradecerle al Kali.

Los últimos cuatro años habían sido duros para Massoum. Sus talentos tenían muy poca utilidad en las calles sucias de las ciudades de Dravhistan. Allí donde antes sus palabras melosas y su sabiduría imparcial habían estado muy solicitadas, ahora no servían de mucho. El hambre y el miedo eran sus compañeros constantes y casi había llegado a estar tan desesperado como para considerar desempeñar algún trabajo manual; pero cuando parecía que la luz de Asta'Dovashu lo había abandonado por completo, de pronto el dios del Viento del Desierto le había sonreído.

Massoum Abbasi pensó en aquella noche, la noche en que le habían ofrecido riquezas más allá de lo imaginable a cambio del mero hecho de prestar sus talentos. Había aceptado y eso lo había llevado allí, a aquel lugar, a aquella ciudad apartada de su tierra natal, y de repente se estaba preguntando si la travesía habría valido la pena aun a cambio de todas las riquezas de los reinos orientales.

Desde cubierta apenas divisaba la ciudad de Steelhaven en la distancia, achaparrada en la costa como un nido de hormigas gigantesco. Aunque la travesía de Massoum había resultado muy desagradable, sabía que lo peor estaba por venir en cuanto pusiera el pie en aquella sucia metrópolis. Tenía una reputación infame, incluso en el remoto Dravhistan: el peligro de sus calles estrechas y tortuosas, la incultura, los modales salvajes y el aliento pestilente de sus habitantes. Por no mencionar su comida insípida y su insistencia en echarse cerveza al colete hasta que vomitaban.

Massoum tendría que adaptar su habitual y estricta observancia de la etiqueta cuando tratara con aquellos occidentales ignorantes. Su nombre debía ser corto y dulce, pues ninguno de ellos podría, o se molestaría siquiera, en dirigirse a él de manera adecuada por su título de Massoum Am Kalhed Las Fahir Am Jadar Abbasi.

Mientras que en cubierta resonaban las órdenes impartidas en el brusco idioma teutónico, Massoum sujetó con más firmeza la bolsa de cuero bordada que llevaba en bandolera y la atrajo contra su cuerpo con un gesto protector. Aquella bolsa era su vida, contenía las herramientas de su oficio y él quiso protegerlas de forma instintiva. Aunque el contenido pudiera parecer baladí e incluso inútil, la bolsa tenía más valor de lo que cualquiera podría haber supuesto. Y de eso se trataba. Si lo paraban y lo interrogaban, podría hacerse pasar fácilmente por un comerciante que había acudido allí para negociar. La guardia de la ciudad o la inquisición lo tendrían complicado para demostrar que era cómplice de algún delito, pues si sospecharan de sus intenciones sólo habría un crimen que encajaría: traición. Lo último que quería era que clavarán su cabeza en una estaca en la puerta principal de Steelhaven, lista para recibir al ejército de Amon Tugha cuando éste llegara para arrasarlo la ciudad y

reducirla a cenizas.

—Ya casi hemos llegado, mi amigo del Este.

Era una voz grave que lo distrajo de sus cavilaciones y que pronunció aquellas palabras en un raro dialecto septentrional del teutónico, pero Massoum reconoció el idioma y la inflexión como si fueran suyos. Su dominio de muchas de las lenguas del oeste no tenía parangón. Al fin y al cabo, ésa era una de las razones por las que lo habían elegido para esta tarea.

—En efecto —respondió él, y se volvió con una sonrisa hacia el primer oficial, cuya calvicie relucía bajo el sol de la tarde—. Por agradable que haya sido la travesía, lamentablemente ésta debe llegar a su fin demasiado pronto.

El primer oficial le guiñó el ojo con complicidad; toda la tripulación tenía muy claro que Massoum había aborrecido el viaje de principio a fin.

—¿Tienes negocios en Steelhaven, hombre del este?

Massoum notó que se le ponía la carne de gallina en la nuca, empero conservó la sonrisa cordial bien afirmada en su rostro. Aunque lo más probable era que se tratara de una pregunta inocente, de una simple conversación trivial, sería una estupidez arriesgarse y revelar la verdad, sobre todo cuando se encontraba tan cerca de la costa donde podría perderse en las calles laberínticas y dejar atrás a cualquiera que mostrara demasiado interés.

—Sí —contestó—. Soy un comerciante que viene a negociar. Un tratante de especias. Tengo entendido que Steelhaven es un gran mercado y que sus comerciantes están dispuestos a pagar un precio justo.

Aquello hizo asomar una amplia sonrisa a labios del primer oficial.

—Un precio justo, ¿eh? Bueno, tú ándate con pies de plomo, viajero. Podrías encontrarte con algo con lo que no contabas. En Steelhaven no se hacen prisioneros, sobre todo extranjeros. Guárdate las espaldas y vigila el monedero en todo momento, ¿me oyes?

Massoum se limitó a inclinar la cabeza para agradecer aquel consejo innecesario, se llevó un dedo a la frente y luego a los labios al estilo tradicional de los nómadas de Dravhistan. El primer oficial asintió y acto seguido fue a ocuparse en algo a otra parte de la cubierta.

Girándose hacia la proa, Massoum contempló la ciudad que iba apareciendo cada vez más grande. El barco se convirtió en un hervidero de actividad mientras los marineros fornidos reducían velas y se gritaban unos a otros por encima de los chillidos de las gaviotas. Steelhaven, que antes desde el mar lejano había parecido un enorme monolito de piedra, se fue revelando poco a poco en todo su esplendor. Las torres se alzaban al otro lado de las vastas almenas de la muralla; no eran los chapiteles abovedados de su tierra natal a los que estaba tan acostumbrado, sino unas construcciones cuadradas y robustas, imponentes y opresivas. Si aquélla era la preferencia arquitectónica de los minaretes más altos y opulentos de la ciudad, sólo podía imaginarse qué clase de monstruosidades achaparradas se habrían construido a

la sombra de éstos. Por encima de todas aquellas torres se alzaban dos grandes estatuas que representaban unos guerreros, un hombre y una mujer; él llevaba un martillo enorme y ella una lanza y un escudo. Arlor y Vorena, los antiguos héroes que los teutones reverenciaban como dioses. Al ver por primera vez aquellos monolitos que miraban por encima de la ciudad con antiguos ojos de piedra, Massoum no pudo evitar quedar impresionado.

El barco navegaba a una velocidad constante hacia el puerto y Massoum halló aún más consuelo en el enorme muelle, construido en forma de media luna formando una bahía en la que había todo un despliegue de embarcaciones distintas de todos los colores. El *Reigning Sceptre* fue zigzagueando con pericia entre ellos para dirigirse a un amarradero vacío situado en el ápice de la bahía, directamente bajo la sombra de la vasta entrada del puerto de Steelhaven.

Los cabos que se lanzaron a tierra fueron recogidos por unos estibadores diligentes que los sujetaron a toda prisa a unos pivotes de amarre. Antes de que el *Reigning Sceptre* hubiera llegado a tocar la madera del muelle, se arrojó una pasarela desde la proa y una docena de marineros empezaron a aflojar las cuerdas y redes que sujetaban las pilas de carga aseguradas en cubierta.

Massoum avanzó sin esperar a que le dijeran que desembarcara. Había pagado su pasaje al completo y no estaba dispuesto a pedir permiso para librarse del barco que tantos problemas había causado a sus facultades.

La pasarela se bamboleó bajo sus pies cuando la cruzó con cuidado e hizo que durante un segundo el corazón le atronara en el pecho antes de que lo bañara un sudor de puro alivio cuando puso los pies en el embarcadero de madera. Inspiró profundamente y se llenó los pulmones con el hedor a pescado pasado, pero le importaba poco; era la primera vez que respiraba en tierra firme desde hacía días.

Massoum emprendió la larga caminata cuesta arriba hacia la entrada del puerto, pero se tambaleó de inmediato, como si el suelo mismo que pisaba se estuviera moviendo. Había oído hablar a los marinos del *Reigning Sceptre* de las «piernas de marinero», pero pensó que sería un mal que sólo afectaría a los hombres de mar experimentados. No había duda de que estaba equivocado, pues una oleada de náusea se sumó al mareo y tuvo que apretar los dientes para no vomitar por todo el puerto.

De repente, lo único que Massoum quería era un vaso de té de anís, sentir cómo su calor le calmaba el estómago y cómo la dulzura de la canela y la miel se llevaban la bilis ardiente que amenazaba con subirle por la garganta. A regañadientes, metió la mano en la bolsa que llevaba al hombro, esa valiosa bolsa, hurgó en su interior y rebuscó entre su contenido aleatorio hasta que su mano se cerró sobre un pequeño frasco de peltre. Lo sacó frenéticamente, desenroscó el tapón y se llevó la boca del frasco a los labios. El licor espeso le quemó la garganta al bajar por ella, pero sofocó el sabor a vómito y en cuestión de momentos se le pasaron las náuseas.

Massoum se sintió un poco más recuperado y siguió subiendo por la rampa adoquinada hacia la enorme puerta, rodeado de comerciantes y marineros que iban y

venían de la ciudad con fardos pesados, cajones de embalaje y diversas bestias de carga con las que transportaban sus mercancías. Al acercarse más alcanzó a ver por encima del umbral de la puerta hacia la ciudad propiamente dicha en tanto que la multitud se precipitaba como un vasto enjambre hacia la miríada de calles del otro lado. Massoum tenía que pasar junto a los guardias de la puerta que escudriñaban a los que querían entrar y que de vez en cuando apartaban a un comerciante o marinero del gentío para interrogarle y comprobar sus posesiones en busca de contrabando. Massoum no sabía qué se consideraba contrabando en aquel pozo de iniquidad, pero era muy consciente de que con las fuerzas invasoras en la frontera del país, los guardianes de la ciudad estarían al acecho de cualquier clase de espía o infiltrado.

Massoum mantuvo la cabeza gacha y avanzó con el gentío. Tendría más posibilidades si evitaba el contacto visual, si no llamaba la atención, aunque se dio cuenta de que sería imposible. Sin ir más lejos, su ropa ya lo hacía destacar como extranjero y al instante lamentó no haber adquirido un atuendo más apagado que le hubiera permitido encajar en aquella concentración de occidentales sucios.

El arrepentimiento se convirtió en miedo cuando a los dos comerciantes que estaban a su izquierda los quitaron de en medio con brusquedad y una mano gruesa y peluda se le plantó en el hombro.

—¿Adónde crees que vas? —dijo una voz divertida al tiempo que lo arrancaban de la multitud y unos milicianos de aspecto fornido lo rodeaban rápidamente. Eran tres, iban vestidos con unas chaquetas verdes idénticas y Massoum apenas podía diferenciarlos. Todos tenían una nariz plana y rota, ojos porcinos y a todos les faltaban dientes. Uno de ellos tiró de la bolsa que llevaba al hombro y de pronto Massoum se sintió dominado por el pánico. No obstante, adoptó su habitual sonrisa tranquila, una sonrisa que había contribuido a conseguir la paz en cinco naciones y había cautivado a sultanes y caudillos por todos los territorios orientales.

—Señores —dijo, y se llevó un dedo a la frente y luego a los labios—. Sólo soy un comerciante que ha venido a negociar, un vendedor de especias. Tengo entendido que en Steelhaven hay una gran necesidad de...

—¡Cierra el pico, follador de camellos! —le espetó uno de los guardias utilizando un insulto que a Massoum ya le habían dicho que podía esperarse de esos occidentales groseros—. ¿Qué hay en la bolsa?

—Unas baratijas sin importancia. Recuerdos de mi tierra natal —contestó, pero el guardia fornido ya había empezado a rebuscar en su contenido. Sacó una pequeña muñeca de trapo y el pelo natural de caballo que tenía en la cabeza se agitó a uno y otro lado de forma patética antes de que la volvieran a echar en la bolsa. El guardia volvió a meter la mano y en esta ocasión sacó un billetero pequeño de cuero y una sonrisa se le dibujó en la cara. Dejó caer la bolsa al suelo y se olvidó del resto de su inútil contenido.

—¿Y entonces esto qué es? —dijo al tiempo que abría el billetero y miraba dentro con avidez. Puso cara larga al ver lo que contenía—. ¿Qué es este montón de mierda?

Massoum abrió la boca para articular una respuesta, pero no tuvo oportunidad de hablar porque el guardia tiró el billetero, se abalanzó hacia él, lo agarró de la túnica y lo levantó del suelo. Se oyó el bochornoso sonido de la seda delicada al rasgarse y Massoum se preparó para lo peor.

—¡Basta!

Al oír la orden, el guardia se quedó inmóvil a medio asestar un golpe. Miró a la izquierda y Massoum siguió su mirada, y vio una figura alta de aspecto magnífico al otro lado de la entrada, flanqueada por dos imponentes caballeros cuya armadura tenía unas ramas de espino grabadas en metal y entramadas en torno a sus petos color carmesí. Eran Caballeros de la Sangre, el séquito personal del mismísimo rey Cael Mastragall.

—A partir de ahora nos haremos cargo nosotros, sargento —anunció el occidental atractivo, pero el guardia ya había soltado a Massoum y retrocedido un paso. El exdiplomático se agachó rápidamente, recogió el billetero y lo metió en su bolsa de preciadas baratijas que luego estrechó contra su pecho con actitud protectora.

Con gesto autoritario, el hombre le hizo señas para que avanzara. Él aceptó con mucho gusto y pasó junto a los guardias que se quedaron atrás mirando con cautela, ya fuera por respeto o por miedo, pero eso a él le daba igual.

—Por aquí —dijo el hombre, que empezó a alejarse, y Massoum lo siguió obedientemente. Le habían dicho que su contacto estaría esperándole, pero ¿un miembro de la guardia de honor del rey? Eso no lo había previsto. ¿Y si este hombre no era su contacto? Tal vez... No, daba horror sólo pensarlo. No podían haberlo descubierto..., no tan rápido.

Lo guiaron a través de las calles, el hombre alto iba delante, con su pulcro y rígido uniforme a medida, con cuello alto y severo, y los dos caballeros —cuyas armaduras producían un leve ruido metálico— cerraban el paso tras él, ni demasiado cerca ni demasiado lejos.

Lo condujeron a un callejón oscuro, alejado de la nutrida multitud, y fue entonces cuando de repente Massoum empezó a temerse lo peor. Su instinto de supervivencia prevaleció. Había llegado el momento de hablar.

—Aunque agradezco vuestra ayuda, y os estaré eternamente agradecido por haberme arrancado de las fauces de una paliza segura, puedo aseguraros que puedo continuar andando por las calles de vuestra ciudad sin una escolta tan... robusta.

El hombre se detuvo por delante de él y los caballeros por detrás. Se dio la vuelta poco a poco y en las sombras del callejón su rostro se tornó grave, mientras que el corte recto de su uniforme le daba un porte siniestro y ominoso.

—Massoum Abbasi —dijo. «¡Maldición! Sabe mi nombre», pensó Massoum. «Estoy muerto»—. ¿Creías que el rey Cael no tendría sus propios agentes? Te han seguido durante todo el camino desde Dravhistan. Hace días que esperábamos tu llegada.

El hombre señaló a los caballeros de detrás con un movimiento de la cabeza y

Massoum oyó que desenvainaban sus espadas anchas.

—Espera —dijo, embargado por el pánico—. Tengo información. Al menos deberíais interrogarme.

—Oh, sí, lo haremos. Y averiguaremos todo lo que ha planeado el príncipe de los elharim, aunque tenga que arrancarte la carne de los huesos.

—Puedo asegurarte que no será necesario —afirmó Massoum con una voz cada vez más aguda—. Ya verás que puedo ser muy sumiso.

—Pero ¿qué gracia tendría eso? —replicó el soldado apuesto, en cuya boca se dibujó una mueca sádica.

Massoum dio media vuelta y miró a los dos caballeros con los ojos desmesuradamente abiertos y temerosos. El primero de ellos avanzó y alargó una mano enorme guarnecida con guantelete; su armadura estaba tan bien engrasada que su movimiento apenas hizo ruido.

Fue entonces cuando se movieron las sombras.

Algo brilló por un brevísimo instante a pesar de la penumbra del callejón y el brazo del caballero, aun revestido como estaba por la recia armadura, cayó al suelo de pronto. El hombre gruñó y retrocedió tambaleándose y agarrándose el muñón del que la sangre oscura manaba a chorros de una arteria. Una figura, negra como las sombras y rápida como el viento marino, avanzó como una flecha. Hubo otro destello y Massoum vio una espada fina como un sable, pero recta como una flecha. El arma tiró un tajo con precisión por encima del gorjal del caballero, pero por debajo del borde de su yelmo, y le abrió una línea roja en la garganta. Mientras éste caía de espaldas gorgoteando, el segundo caballero avanzó a todo correr profiriendo unos rugidos de furia que sonaban amplificadas por detrás de su casco; pero la sombra se movió con más rapidez. Massoum oyó que la hoja destellante cortaba el aire dos veces en pronta sucesión y el caballero se desplomó sin hacer ruido, su cabeza aún con el yelmo cayó rodando a la izquierda y su brazo tronchado a la altura del hombro se torció a la derecha.

Todo esto ocurrió en un abrir y cerrar de ojos y la sombra siguió moviéndose con fluidez, y dio vueltas a algo que arrojó por encima de la cabeza de Massoum. Él notó el silbido del aire junto al oído y oyó un tremendo golpe sordo cuando el proyectil se incrustó en el hombre uniformado que tenía tras él.

Massoum lo vio caer con el rostro flácido y un pedazo de plata clavado en el ojo. Se desplomó como un peso muerto con la mano aún en la empuñadura de su espada de duelo que sólo había sacado a medias de su vaina.

Se hizo el silencio en el callejón. Massoum no se atrevió a volverse hacia la sombra mortífera, aunque lo había salvado de una muerte segura. Temblaba cuando la figura se deslizó junto a él en silencio, con unos pasos suaves que no hacían ningún ruido sobre la tierra blanda. Se arrodilló para extraer el pedazo de metal del ojo del muerto y a continuación dijo:

—Amon Tugha te manda sus saludos. —Su voz era sedosa. La sombra se volvió a

mirar a Massoum. El rostro estaba medio oculto tras una máscara de tela, pero los ojos eran dos pozos dorados, sin lugar a dudas era elharim—. Me enviaron aquí para protegerte, Massoum Am Kalhed Las Fahir Am Jadar Abbasi. Para asegurarme de que completes tu tarea de una pieza.

—Gracias —respondió él—. Y gracias también a Amon Tugha.

—Mi amo y señor no requiere tu agradecimiento, pero a cambio de la recompensa que ha acordado exige tu lealtad. Una oferta para traicionarle tan rápidamente al primer indicio de adversidad podría considerarse desleal..., podría verse recompensada con una muerte segura. Pero por suerte para ti, mi amo es compasivo.

Massoum estaba a punto de hablar para protestar de su inocencia, para intentar decir que no hubiera revelado nada, aunque lo hubiesen torturado los inquisidores más despiadados del rey Cael, pero sabía que las palabras serían inútiles. Este elharim podía ver a través de él, llegar a su corazón, eso estaba claro, de modo que se limitó a inclinarse profundamente y a llevarse el dedo a la frente y a los labios.

Cuando se irguió, el asesino elharim ya no estaba, pero sabía que no andaría muy lejos. Sin volverse a mirar los cadáveres, Massoum se dirigió callejón abajo, ansioso por llevar a cabo su tarea.

1

Subida al taburete podía mirar por la ventana abierta y ver toda la ciudad casi hasta Northgate. Fuera se oscurecía el cielo, pero la llegada de la noche no suponía ningún alivio del calor tan impropio de la estación. El aire estaba en calma y hacía bochorno, y como el vestido que la aprisionaba era muy pesado e incómodo, cada vez que respiraba trabajosamente tenía la piel más pegajosa.

—Ya os estáis moviendo otra vez —dijo Dore con su marcado acento de Stelmorn.

Janessa respiró profundamente y metió barriga tal como él le había ordenado cuando empezó esa tortura y volvió a quedarse quieta como una estatua. Puede que Dore Tegue fuera el mejor modisto de los Estados Libres, pero era ella la que sufría por su arte.

—¿Cuánto falta? —preguntó con los dientes apretados.

Dore dejó de ocuparse del brocado de seda que adornaba el frontal del vestido, dio un paso atrás y la miró con una ceja enarcada con gesto arrogante.

—Estas cosas no pueden hacerse con prisas. Se tarda lo que se tarda. ¿Os gustaría que os anunciaran en el banquete con un vestido raído o preferiríais ser el tema de conversación de la velada?

—Ahora mismo me conformaría con algo que no me partiera en dos —masculló ella entre dientes, pero sin duda Dore la oyó. Y con una brusca exhalación por las anchas ventanas de su nariz, volvió a atacar el vestido con aguja e hilo.

Janessa miró a Graye, que estaba sentada en el poyo de la enorme ventana que daba a la ciudad, una ciudad de maravillas, secretos y aventura en la que ella tenía prohibido entrar. Su doncella tenía una sonrisa pícara en la cara, quizá porque obtenía cierto placer sádico de la incomodidad de Janessa, pero eso no duraría mucho. Estaba decidida a que su amiga sufriera a su vez un tormento similar.

Un repentino pinchazo de dolor en el muslo hizo que Janessa se estremeciera, soltara un chillido y estuviera a punto de caerse del taburete.

—Dore, ¿qué intentas hacer, arreglar el vestido o llenarme de agujeros de alfiler?

—Lo siento, mi señora —respondió el modisto sosteniendo en alto la aguja responsable con aire inocente—. Pero no dejáis de moveros. ¿Cómo esperáis que pueda trabajar en estas condiciones?

Parecía tan desolado como un artista obligado a pintar sin caballete o pincel.

—Mira, por ahora ya he tenido bastante. —Janessa se remangó el pesado vestido y bajó del taburete, luego se sacó de un tirón la banda que sujetaba su cabello largo y pelirrojo anudado a la cabeza y dejó que le cayera por los hombros como riachuelos ensortijados.

—Pero, mi señora, todavía tengo que arreglar el dobladillo, meter el canesú y terminar de fruncir las mangas.

—Puede esperar. Si tengo que pasar un segundo más en ese taburete voy a

explotar.

Dore empezó a arrojar sus tijeras, bobinas, dedales, hilo y agujas con irritación en los varios compartimentos de su pequeño costurero de madera.

—En Stelmorn me trataban como a un señor —masculló—. Las señoras refinadas llamaban a mi puerta para rogarme el beneficio de mis habilidades, y heme aquí, reducido a poco más que un criado. Víctima de los caprichos de la aristocracia desagradecida. ¿En qué estaría pensando?

Con estas palabras cerró su costurero de golpe, alzó la nariz al aire y se dirigió indignado hacia la puerta.

—Lo más probable es que estuvieras pensando en el dinero de las arcas de mi padre —dijo Janessa antes de que el hombre pudiera dar un portazo al salir.

Graye se echó a reír.

—¿Cuántos modistos van con éste? —preguntó con una sonrisa a Janessa, que aún estaba batallando en los confines del enorme vestido color granate.

—Tres... este mes. Y ahora deja de sonreír y ayúdame a salir de esta cosa.

Graye cruzó la habitación con una risa tonta y empezó a desatarle el canesú.

—Tarde o temprano vas a tener que sufrir una prueba —dijo mientras lidiaba con los cordones—. Falta menos de una semana para el banquete.

—Ya lo sé. Pero es que es tan aburrido, y mira lo que tengo que ponerme. —Salió retorciéndose del vestido y lo dejó caer al suelo—. Parece un pastel. Al menos debería poder elegir el color.

—¿Y qué elegirías? Algo color rojo sangre o negro azabache, diría yo.

Janessa sonrió.

—¿No sería estupendo? Imagínate sus caras cuando entrara.

—Sí, e imagínate a tu padre cuando se enterara.

Janessa se volvió a mirar a Graye con el ceño fruncido.

—¿Es que siempre tienes que echar agua en cualquier llama de una idea?

—Una de las dos tiene que ser sensata. El rey ya tiene bastantes preocupaciones sin que tú causes una conmoción siempre que tienes oportunidad. Tarde o temprano tendrás que hacer frente a tus responsabilidades.

Janessa se dio la vuelta hacia la ventana mientras reprimía una repentina punzada de tristeza. Sabía que Graye no lo había dicho con mala intención, pero los recordatorios de sus obligaciones eran cada vez más insistentes y a veces lo único que quería era olvidar. Ella no había nacido para dicha responsabilidad y, desde luego, no era una que deseara tener. Sencillamente no estaba hecha para ser reina. Janessa había sido la última en la línea de herederos al trono por detrás de su hermano y hermana, antes de que la peste los hubiera enviado tempranamente a la tumba junto con su madre. Ahora era la única que cargaba con la sucesión, y la responsabilidad le pesaba demasiado.

—Lo siento —dijo Graye, y le puso la mano en el brazo—. No era mi intención molestarte.

—Ya lo sé —respondió Janessa, que se volvió para mirar a su amiga e intentó sonreír—. Lo que pasa es que se suponía que las cosas no iban a ser así. Eran Drake y Lisbette los que fueron educados para esto, los que aprendieron el refinamiento afectado de la corte. Los que habían nacido para gobernar.

—Y tú siempre fuiste la rebelde. Yo estaba allí, ¿recuerdas?

El comentario hizo sonreír a Janessa. Graye siempre había estado allí, era su compañera constante y podía compartir su dolor porque ella también había perdido a su familia víctima de la peste. Sus padres habían sido de los primeros en caer y, tras la muerte de lord y *lady* Daldarrion, Graye había ido a vivir a Skyhelm, el palacio del rey Cael Mastragall. El hecho de tenerla como amiga íntima había sido lo único que ayudó a Janessa a superar esa época terrible, cuando el Dulce Cáncer se había cobrado casi una cuarta parte de los Estados Libres.

Dulce Cáncer. Parecía una flor o uno de los perfumes exóticos que a su madre le gustaban tanto, pero era un nombre que clavaba el miedo en los corazones de todos los hombres, mujeres y niños, y al que no le importaba si el que se llevaba era rey o mendigo. Había surgido de la nada y se había abatido sobre los Estados Libres como un asesino en la noche. No tenía nada de «dulce». Una vez lo sufrías, la muerte te sobrevenía en forma de pesadilla febril, con el olor fantasmal de la canela y el clavo inundándote las fosas nasales. De ahí le venía el nombre..., quizás a alguien le pareciera un chiste. Nadie se reía.

—Bueno, ya no soy rebelde —dijo Janessa mientras intentaba deshacerse de su malestar—. Ahora soy una dama de la corte, heredera al trono, la mujer que será reina. —Se puso a brincar por la habitación imitando los andares airosos de los serviles cortesanos con los que últimamente se había visto obligada a relacionarse.

Graye se rió otra vez.

—No has cambiado mucho precisamente, ¿eh? Sigues sirviendo más para montar como un hombre o trepar a los árboles que para el refinamiento y los compromisos públicos. ¿Cómo va a casarte nunca tu padre?

Janessa le dirigió una mirada explícita a Graye. La doncella se dio cuenta de su error y se le borró la sonrisa fácil de la cara.

—Tarde o temprano tendrás que aceptar tus responsabilidades —dijo Graye—. No van a desaparecer.

—No —respondió Janessa, y miró hacia la ventana al tiempo que se le ocurría un plan descabellado—. Pero tal vez podríamos desaparecer nosotras. Tal vez pudiéramos huir lejos de aquí, lejos de esta prisión.

—¿Y adónde iríamos? No podríamos ir a ninguna parte en los Estados Libres; los Custodios nos encontrarían en un santiamén. Quizá preferirías que cruzáramos los mares hasta Dravhistan, donde tratan a sus mujeres como criadas, o que nos dirigiéramos al norte, a la estepa, donde los khurtas nos utilizarían como putas.

—¡Graye!

—Es la verdad. A veces dices cosas de lo más tontas. Si tu padre estuviera aquí...

—Pero no está aquí, ¿verdad, Graye?

—No, no está. Está con el ejército en nuestras fronteras septentrionales, preparado para defender nuestro país de los invasores. Está cumpliendo con su obligación para con su pueblo. Quizás es hora de que tú hagas lo mismo.

—A veces puedes llegar a ser muy pesada —dijo Janessa, pero en el fondo sabía que su amiga tenía razón. A menudo Graye era la voz de la cordura, pero a veces era la voz que más costaba oír.

El más septentrional de los Estados Libres, Drelund, había sido invadido por unas enormes huestes de khurtas, salvajes de la estepa del norte. Drelund estaba en ruinas; su población, que acababa de recuperarse de los horrores del Dulce Cáncer, había sido pasada a espada y fuego. La ciudad de Steelhaven estaba llena de refugiados de Drelund y otras provincias, desesperados por huir de la invasión. En respuesta a semejante atrocidad, el rey Cael había conducido al norte a los poblados ejércitos de los Estados Libres para enfrentarse al enemigo.

A su padre lo llamaban el Unificador: había reunido a los dispares reinos de los Estados Libres bajo una bandera cuando se enfrentaban a una fuerza invasora de hombres-bestia aeslanti en el sur. Dicha incursión había terminado con su victoria, pero ahora el rey Cael se enfrentaba a una amenaza mayor: se decía que las tribus de los khurtas se habían aliado bajo su propio caudillo, un guerrero de las Tierras Fluviales, en el extremo norte. Amon Tugha, un elharim inmortal expulsado por su propio pueblo, se había dirigido al sur para reclamar un reino para él, y Steelhaven sería su máxima presa. Sólo se interponían en su camino el rey y sus ejércitos unidos.

Y ahí estaba la causa de todos los problemas de Janessa. A pesar del poder del rey Cael y de la lealtad que exigía, la alianza de los Estados Libres todavía era frágil. El rey no era joven y siempre dirigía la batalla desde el frente, en contra de los consejos de sus generales. Si lo mataban, bien podría ser que los tratados que unían a los Estados Libres se extinguieran, lo cual sería desastroso. Janessa tenía que casarse lo antes posible con un noble de una de las provincias importantes. Su matrimonio sellaría la unión de los Estados Libres durante décadas y sus hijos perpetuarían el legado. Era algo que ella estaba aceptando muy lentamente.

Llamaron con fuerza a la puerta. Antes de que Janessa pudiera contestar o cubrirse siquiera por pudor, puesto que iba con las enaguas blancas de algodón, la puerta se abrió.

Odaka Du'ur era tan alto que para entrar tenía que agacharse por debajo del dintel. Su túnica color púrpura tenía un estampado con hilo amarillo y dorado que representaba unos pájaros estilizados y unos remolinos y ramas que se cruzaban. Los bajos y los puños estaban ribeteados por unos símbolos astrológicos que rodeaban también la base del sombrero pequeño y redondo que adornaba su cabeza y que añadía unos centímetros a su ya imponente figura. Pero su extravagante atuendo no era el rasgo más llamativo de este hombre, porque tenía la piel de un negro reluciente, lo cual lo señalaba como nativo del continente de Equ'un, mucho más allá de la

frontera sur de los Estados Libres. La verdad es que era raro encontrar este tipo de extranjeros en los Estados Libres Teutones, pero en la corte del rey Cael Mastragall todo el mundo conocía a aquel hombre porque era su consejero de más confianza y, en ausencia del rey, el actual regente.

Odaka inclinó la cabeza.

—Mi señora —dijo, y su voz profunda retumbó como un cuerno de metal. Hizo caso omiso de Graye, pues como siempre decidió no reconocer a los que consideraba inferiores a él.

—¿A qué debo esta intrusión? —replicó Janessa, que ni siquiera intentó taparse más. Si Odaka se atrevía a entrar en su aposento sin anunciarse, ella no iba a darle la satisfacción de demostrar que eso le preocupaba.

—Acabo de cruzarme con vuestro modisto cuando salía. Parecía muy consternado. ¿Ha habido alguna clase de... problema?

—No. Ningún problema, en absoluto —mintió Janessa, pero vio que los ojos de Odaka se dirigían al vestido abandonado en un montón en el suelo. Avanzó y se agachó a recoger la prenda.

—Veo claramente que sí lo ha habido. —Intentó quitar las arrugas de la tela en vano—. ¿Cuántos modistos van con éste?

—¿No son tres? —terció Graye, como si pudiera ganar algún premio con su respuesta.

Janessa reprimió una risa. Odaka no le hizo caso.

—Mi señora, no creo que tenga que recordaros la importancia de la inminente Fiesta de Arlor y de vuestra presencia en ella. No puedo insistir lo suficiente en lo esencial que es que tengáis vuestro mejor aspecto. Significará mucho para vuestro padre, por no mencionar para el futuro del reino.

—Si te refieres a que me van a comer con los ojos y me van a examinar como a una yegua en celo antes de entregarme al semental ganador, entonces sí, soy muy consciente de mi papel, Odaka. No necesito que se me recuerden los sacrificios que estoy haciendo por mi país.

Odaka entrecerró los ojos y Janessa vio un repentino brillo de furia en ellos. Tuvo que admitir que eso la asustó, pero desapareció con la misma rapidez con la que había surgido.

—Todos somos siervos de la corona, mi señora, y algunos de nosotros debemos hacer sacrificios mayores que otros.

—Sí, estoy segura. —«¿Y cuáles han sido tus sacrificios, Odaka?», pensó, intentando disimular su desprecio. «¿A qué has renunciado tú al servicio de mi padre aparte de a las llanuras salvajes del continente del sur y a los peligros de la selva? Da la impresión de que te ha ido muy bien, a fin de cuentas».

—No es necesario que os preocupéis, mi señora; dicen que el heredero del duque Logar es un joven muy apuesto. De espaldas anchas y bien instruido. Estoy seguro de que será un magnífico esposo.

—¿Pues por qué no te casas tú con él, Odaka? Puedes llevarte también el vestido si quieres. —Señaló con un gesto la monstruosidad granate que el regente aún sostenía en sus grandes manos.

Odaka respiró profundamente, esta vez sin mostrar furia, sino más bien decepción. Janessa se dio cuenta de que se había mostrado irritable y exigente, un comportamiento que había visto en otros nobles a lo largo de los años y que detestaba, pero sencillamente no podía evitar sentirse como se sentía. Los matrimonios concertados podían estar bien para la nobleza en general, pero no para ella. A Lisbette, su hermana mayor, siempre la habían exhibido delante de los nobles visitantes en tanto que Janessa podía retirarse a un segundo plano y pasar desapercibida. Ella era la hermana menor errante, la loba de pelo rojo de la familia, a la que se le permitía correr con desenfreno y jugar con dureza. Ahora todo eso había cambiado y se sentía arrojada al papel protagonista en el momento estelar de un espectáculo itinerante. Eso no era para ella, y estaba decidida a contarle a cualquiera que quisiera escucharla lo mucho que lo odiaba.

—Quedaré con otro modisto para que os visite mañana —dijo Odaka, y se puso el vestido sobre el brazo.

—Como quieras —respondió ella, que se sintió derrotada por la calma de aquel hombre. Sus intentos de provocarle parecían haber fracasado y no pudo evitar admirarlo un poco por ello.

—Mi señora —dijo Odaka con una última inclinación antes de abandonar el aposento.

—Podría haber sido peor —comentó Graye en cuanto la gran puerta de roble se hubo cerrado tras él.

—No le tengo miedo a Odaka Du'ur —dijo Janessa, aunque no estaba segura de si creía sus propias palabras—. Lo único que estoy deseando hacer cuando sea reina es librar Skyhelm de su influencia. No tengo ni idea de por qué mi padre lo mantiene a su lado. ¿Un extranjero como regente? ¿Por qué consideró siquiera semejante cosa?

—Tu padre confía en él, y de momento no se ha equivocado.

—Mi padre confía en cualquiera que le sea leal, y en ese sentido Odaka sin duda da esa impresión. Le salvó la vida a mi padre cuando combatían a los aeslanti, o al menos eso dice Garret, pero sigue habiendo algo en él que no me gusta.

—¿El hecho de que sea extranjero? ¿O el hecho de que tu padre lo escucha?

—Eso no tiene nada que ver. Mi padre puede tener todos los consejeros que quiera, pero si cree que puede mangonearme cuando no está, se equivoca.

—Así pues, ¿no vas a conocer al hijo del duque Logar?

—Haré lo que me plazca y hablaré con quien quiera.

A pesar de las protestas de Janessa, Graye no podía borrar una sonrisa pícaro de su rostro.

—Estoy segura de que lo harás, pero dicen que es muy apuesto. —La doncella tensó la mandíbula y bizqueó, con lo que le dio un aspecto ridículamente bruto a su

hermoso rostro—. Y es ancho de espaldas, acuérdate. —Se puso a andar por la habitación a grandes zancadas como si fuera un simio patizambo, lo cual provocó las carcajadas de Janessa.

—Cuando el hijo del duque Logan venga a la corte seré la dama perfecta — declaró Janessa cuando por fin recobró la compostura—. Y estoy segura de que él será el noble perfecto; hablará de espadas, de caza y de la guerra y yo me aburriré, pero no lo demostraré y luego me besará la mano y ya estará.

—¿Ya estará el qué?

—Estaré prometida. —En cuanto pronunció estas palabras se dio cuenta de que, pese a todas sus bromas, era la única conclusión posible.

—Será mejor que me dejes llevar la cola de tu vestido de boda —dijo Graye.

—Podéis llevarlo tú y Odaka, los dos juntos —replicó Janessa.

Las dos rieron la ocurrencia.

Pero lo único en que Janessa podía pensar era en que su futuro había sido planificado, el barco había zarpado y no importaba lo que ella hiciera para gobernarlo, porque no había nada que pudiera hacer para influir en su rumbo.

El Templo de Otoño se encontraba en el segundo promontorio más elevado de Steelhaven, su esplendor sólo lo eclipsaba el palacio real de Skyhelm, y su altura, la Torre de los Magistrados. Se alzaba como un monolito de piedra en la roca pelada y sus muros de granito amarillo eran tan inhóspitos e imponentes como los de cualquier gran ciudadela. En su bastión norte estaba la enorme estatua de Arlor, el Martillo del Viento, el Salvaje, Gran Protector de todas las tribus teutonas, en cuyos hombros se decía que se habían construido los Estados Libres. Alzándose del bastión sur, guardando las espaldas de Arlor y alerta por si había peligro en el mar Midral, estaba la estatua de Vorena, que se erguía alta y orgullosa, sujetando lanza y escudo, su casco con penacho elevándose hacia el cielo azul.

Algunos eruditos de la historia antigua afirmaban que era ella, y no el Martillo del Viento, la que había fundado los Estados Libres Teutones, y que fue Arlor quien la había seguido a ella a la batalla contra los demonios que amenazaban con aniquilar a las tribus de hombres. Poco importaba si eso era cierto o no, pues ahora se los veneraba a ambos por todos los Estados Libres. En cada una de las cuatro ciudades-Estado había templos dedicados a las estaciones, pero el Templo de Otoño era con mucho el mayor de todos. Era un lugar de culto devoto, un monasterio fortaleza donde se enseñaban la sabiduría y filosofía de los dioses junto con estrictas tradiciones marciales. Donde se investían las sacerdotisas y se atemperaban los guerreros.

También era el sitio al que Kaira Stormfall llamaba hogar.

Ella se encontraba en el patio central, una plaza de entrenamiento para las Doncellas Escuderas de Vorena, pero también era terreno sagrado y un lugar de culto devoto. Los días despejados la Madre Matrona solía dirigir en oración a las Hijas de Arlor allí mientras las Doncellas Escuderas observaban desde los lados, protegiendo su territorio, siempre vigilantes. Ahora, sin embargo, la plaza se estaba utilizando para su propósito principal, como patio de prácticas, y nada más que los sonidos de combate penetraban en la atmósfera.

A las jóvenes acólitas de Vorena se las estaba capacitando en el uso de toda suerte de armas bajo la mirada atenta de Kaira. Las más jóvenes, algunas de las cuales apenas tenían más de cinco inviernos, utilizaban espadas de madera y tenían el cuerpo cubierto con capas de armadura ligera de tela por si acaso se entusiasmaban demasiado. Las mayores, que estaban casi preparadas para convertirse en Doncellas Escuderas íntegras, se entrenaban con armas de verdad, las hojas de las espadas muy afiladas y las puntas de las lanzas perfectamente capaces de penetrar las mejores armaduras.

Junto a Kaira estaba Samina, su hermana de todo menos de sangre, y una guerrera que la igualaba en rango. La llamaban Ojofrío por su habilidad de mirar fijamente al más feroz de los oponentes; su puntería con la lanza y el arco casi no tenían

parangón.

Casi.

Kaira superaba a su hermana, tal como había demostrado en muchas ocasiones, y la rivalidad aún ardía entre ellas.

—¡No! —bramó Kaira de repente, y avanzó a grandes zancadas para agarrar el asta de una jabalina que una de las alumnas estaba a punto de lanzar. La chica, de unos trece años, era una acólita de mandíbula cuadrada llamada Reham, donada al templo unos años antes por sus devotos padres. Todavía no se había graduado en los grados suficientes para obtener su nombre de doncella, y Kaira imaginaba que si seguía así nunca lo lograría.

Cogió la jabalina.

—Sigues lanzando la punta como si fuera una pelota. Esto es una jabalina. —Reham la miraba avergonzada—. Tienes que lanzar el asta siguiendo la punta, de lo contrario sería lo mismo que si le tirarás un palo a tu enemigo. —Kaira se llevó el arma al hombro—. Lanza con la jabalina, no contra ella. Esta arma no depende solamente de la fuerza muscular, la técnica siempre vencerá a la fuerza. —Dicho esto, lanzó la jabalina sin esfuerzo contra el blanco situado a treinta yardas de distancia. Lo alcanzó justo en el centro, clavó el arma en la madera y el sonido resonó en el ruidoso patio.

Reham y el resto de aprendizas se quedaron mirando impresionadas.

—Sabias palabras a las que todas deberíais hacer caso —dijo Samina, y se acercó a Kaira—. Pero no dejéis de lado la importancia de la fuerza en el combate. Algunas veces sencillamente no hay respuesta a la fuerza bruta.

Kaira enarcó una ceja ante la intervención de su hermana. No era la primera vez que Ojofrío había expresado públicamente una filosofía de guerra distinta. Como a menudo era el caso, su afirmación aparentemente clara era un reto disimulado.

—No soportas limitarte a observar y a enseñar, ¿verdad? —le dijo Kaira entre dientes. Sabía lo que ocurriría a continuación.

—Una jabalina —le dijo Samina a una de las acólitas. Al instante le pusieron un arma en la palma de la mano que la esperaba. Comprobó el equilibrio del arma un segundo, dio un paso rápido a un lado y la dejó volar. La jabalina voló por el patio, por encima de las cabezas de las aprendizas. Se clavó en uno de los maniqués utilizados para practicar los golpes críticos. La estatua de madera se bamboleó, traspasada por la jabalina, y luego se quedó inmóvil, como si se mofara de Kaira desde cincuenta yardas.

Kaira vio que sus alumnas aguardaban presas de una gran curiosidad. Por un breve instante consideró agarrar otra jabalina, lanzarla al otro extremo del patio y exhibir su superioridad, pero ¿qué tenía que demostrar? Dejaría que Samina tuviera su momento. Últimamente Ojofrío rara vez tenía la oportunidad de demostrar su valía. Y como los ejércitos se habían dirigido al norte y las Doncellas Escuderas se habían quedado allí como poco más que guardianas del templo, daba la impresión de

que nunca podrían hacerlo.

—Continuad —ordenó Kaira. Sus alumnas retomaron sus rutinas de inmediato.

—Impresionante.

Kaira dio media vuelta y vio a Daedla detrás de ella. La Hija de Arlor era bajita, diminuta incluso, y tenía la costumbre de aparecer inesperadamente. Su sonrisa afable enmascaraba una naturaleza competitiva y calculadora; Kaira sabía que tenía que estar siempre en guardia con ella. No es que Daedla le hubiera hecho daño alguna vez, pero, como Doncella Escudera de Vorena, a Kaira siempre le habían enseñado a guardar silencio cuando las Hijas de Arlor andaban cerca. Eran dos facciones distintas de la misma religión y no les recomendaban que se relacionaran, no fuera que la naturaleza violenta de una empañara la benevolencia de la otra.

Samina y Kaira descollaban sobre la corcovada Daedla, que a pesar de ser de mediana edad andaba encorvada como una vieja bruja.

—Tus nuevas reclutas parecen tener mucho entusiasmo —comentó Daedla mientras miraba a las jóvenes que empezaban sus ejercicios una vez más—. Da la impresión de que las alumnas son mejores cada año. ¿De dónde siguen viniendo?

—La mayoría son huérfanas de la peste —explicó Kaira—. Aun siendo tan jóvenes comprenden que deben demostrar su valía o enfrentarse a ser expulsadas de la seguridad de nuestros muros.

—Seguro que eso no es necesario. Las Hijas de Arlor cuidarían de ellas —dijo Daedla con orgullo, pero Kaira sabía que no era así.

—Cada día acuden en tropel más refugiados a Steelhaven y el templo ya no puede hacer más. Nuestros ejércitos necesitan que enviemos suministros al norte: cosechas, ganado, armas. Habrá pocos recursos para los que nos quedemos en la ciudad una vez que el rey empiece su campaña. Con más bocas que alimentar que antes, el invierno va a resultar muy largo para quien no demuestre ser digno de permanecer entre nuestros muros.

—Haces que parezca muy desalentador, hermana. Las Hijas de Arlor tenemos una opinión muy distinta.

Kaira frunció el ceño. Por compasivas que fueran las palabras de Daedla, Kaira sabía que no eran prácticas. No importaba lo buenas que fueran las intenciones porque, al final, el orgullo y la benevolencia siempre estaban subordinados a la supervivencia. Desde luego era lo que les había enseñado la peste. El Templo de Otoño y sus Doncellas Escuderas habían permanecido en cuarentena durante el azote del Dulce Cáncer para evitar la enfermedad que dejaría el lugar indefenso. A algunas de las Hijas de Arlor se les había permitido cruzar las puertas para atender a los enfermos, pero a ninguna se le había permitido regresar por si acaso contaminaban el templo. Cuando terminó la peste, la mayoría de ellas estaban muertas.

Pese a la compasión que había expresado, Daedla no había sido una de las que se había sacrificado de buen grado para consolar a los enfermos.

—¿Qué te trae al patio, Daedla? —preguntó Samina con impaciencia—. No

quisiéramos que nuestro despliegue marcial te contaminara.

—Oh, ya hace mucho tiempo que no temo contaminarme —replicó Daedla con su sonrisa enigmática que sólo sirvió para molestar aún más a Kaira—. Pero la Madre Matrona os llama.

—¿La Madre Matrona? —preguntó Kaira—. ¿Y para qué nos quiere?

Daedla se encogió de hombros.

—Yo sólo soy la mensajera.

Kaira miró a Samina, que se limitó a devolverle una mirada confusa. Salieron del patio enseguida para ir a cambiarse y ponerse la ropa de gala. A Kaira le molestó un poco que se apresuraran tanto; probablemente Daedla estaría disfrutando de su ansia por responder a la llamada de la Madre Matrona, pero lo cierto era que no había alternativa. Aunque la superiora de Kaira, la Exarca, era la Doncella Escudera de mayor rango y las hermanas la obedecían sin reservas, la Madre Matrona ostentaba el máximo poder dentro del Templo de Otoño y una llamada personal de su parte era un gran honor... o, en ocasiones, la mayor de las deshonras.

—¿De qué crees que se trata? —preguntó Samina mientras se colocaba el peto sobre la ceñida brigantina plateada y se abrochaba las hebillas.

—No tengo ni idea —respondió Kaira, pero las posibilidades se le estaban pasando rápidamente por la cabeza. ¿Algún tipo de misión? ¿Podría ser que las llamaran para abandonar el templo y dirigirse al frente... para luchar junto al rey? Esta perspectiva la emocionaba. Aunque defender el templo y sus habitantes era su principal obligación, le entusiasmaba la idea de participar en un combate real, en lugar de patrullar continuamente las murallas de su impenetrable bastión.

Una vez ataviadas con la armadura, recorrieron con paso resuelto los inmensos pasillos del templo hacia la capilla interior, con sus cascos ceremoniales y sus espadas de oro en los costados. Con el uniforme ambas eran un reflejo de la estatua de Vorena, lo cual era intencionado. Sólo se distinguían por el pelo, el corto y oscuro de Samina y el rubio de Kaira. Al verlas acercarse con su atuendo de gala, tanto las Hijas de Arlor como las Doncellas Escuderas se hicieron a un lado e inclinaron la cabeza en señal de respeto.

Cuando las dos guerreras llegaron a la antecámara del sanctasanctórum de la Madre Matrona, Daedla estaba lista para recibirlas con dos doncellas cubiertas con un velo blanco a su lado.

—La Madre Matrona está esperando —anunció la Hija de Arlor señalando la puerta. Cuando Kaira avanzó un paso, Daedla les dijo—: Hermanas, por favor. Vuestras armas.

Era un protocolo estúpido y molesto, pero la Madre Matrona no aprobaba que se llevaran armas en su presencia y las había prohibido dentro de su sanctasanctórum. Kaira y Samina se desabrocharon los tahalíes de mala gana y entregaron las armas a las doncellas que esperaban. A continuación, con esa sonrisa forzada aún pegada en su cara, Daedla empujó la puerta para abrirla e inclinó la cabeza mientras las

Doncellas Escuderas pasaban junto a ella y entraban en la habitación.

La Madre Matrona estaba sentada a una mesa de roble inmensa llena de pergaminos. Estaba escribiendo en una vitela con una péndola larga y elaborada cuya pluma bailaba al ritmo de los chirridos que hacía. Kaira y Samina se detuvieron frente a la mesa mientras la enorme puerta forrada de plomo se cerraba tras ellas con un golpe resonante. Pasaron unos momentos y Kaira oía los latidos de su corazón. Estaba en posición de firmes con la mirada al frente, una centinela de la disciplina a la espera de que la Madre Matrona le prestara atención, pero la anciana continuó garabateando sin parar.

Al fin dejó la pluma en el tintero, levantó la vista y sus ojos legañosos las observaron por debajo de unos párpados caídos y arrugados. La Madre Matrona vestía el sencillo sayo blanco de las Hijas, pero no el habitual velo, y llevaba el pelo seco y plateado peinado hacia atrás y sujeto con un simple broche.

—Gracias por venir —dijo con una sonrisa que le arrugó toda la cara. Parecía una dulce anciana, de las que podrían pasar sus últimos años dando limosna a los pobres o tejiendo chales para los pilluelos de la calle. Kaira sabía que no era así; la Madre Matrona era un icono poderoso y duro como la piedra cuyas palabras debían obedecerse y cuyo ejemplo debía reverenciarse—. Probablemente os estaréis preguntando por qué os he llamado. —Hizo una pausa, pero ni Kaira ni Samina dijeron nada—. El hecho es que os he hecho venir porque sois las mejores guerreras de este templo, quizás incluso de todos los templos de los Estados Libres. Como tales, vais a recibir un honor.

Por un instante Kaira sintió que le daba un vuelco el corazón. Se trataba de una misión, tal vez una oportunidad para que ambas abandonaran la ciudad y actuaran en defensa de la nación.

—Nos han llegado noticias del Templo de Invierno en Ironhold. El Abad Supremo se dirige a Steelhaven para visitarnos y asistir a la Fiesta de Arlor en el palacio real. Requerirá una escolta mientras está aquí, las mejores guerreras que podamos ofrecerle.

A Kaira se le cayó el alma a los pies con la misma rapidez con la que antes se había animado. Aunque proteger al Abad Supremo era un gran honor, era para luchar en el frente con los ejércitos de los Estados Libres para lo que siempre se había entrenado. Quiso protestar, pero sabía que la decisión estaba tomada. Nada de lo que pudiera decir la cambiaría. Samina, sin embargo, no se mordió la lengua.

—Pero el Abad Supremo ya tiene su propia guardia de honor, los Hijos de Malleus, ¿no? —dijo, y su voz no hizo nada por disimular su decepción—. ¿Por qué nos necesita? Tenemos obligaciones en el templo. Nuestras reclutas están en una fase crucial de su entrenamiento.

—Vuestras alumnas seguirán esperándoos aquí en cuanto hayáis llevado a cabo esta tarea. No es probable que el Abad Supremo se quede mucho tiempo.

—Pero seguro que la Exarca preferiría que nos concentráramos en nuestro

entrenamiento en lugar de vigilar a las visitas, ¿no?

Si la Madre Matrona se escandalizó por la pregunta malhumorada de Samina, no lo demostró.

—La Exarca está de acuerdo conmigo en que hay que proteger al Abad Supremo lo mejor que podamos. Es un gran honor del que ambas deberíais disfrutar.

—Y lo haremos, Madre Matrona —afirmó Kaira antes de que Samina pudiera decir nada más. El humor plácido de la Madre Matrona podía cambiar sin previo aviso y lo último que Kaira necesitaba era que su hermana les causara problemas a las dos.

La Madre Matrona sonrió.

—Soy consciente de que esto debe de haberos causado cierta decepción a ambas. Las obligaciones ordinarias dentro del templo están por debajo de vosotras dos. Lo único que queréis es dirigiros al norte con nuestros ejércitos, eso está muy claro, y así debería ser. Sois unas guerreras natas. Os criasteis para luchar en defensa de nuestra nación y religión.

—Vivimos para servir —respondió Kaira, aunque estaba de acuerdo con todo lo que había dicho la Madre Matrona.

—Lo sé. Y os estamos agradecidas. Por eso sé que puedo confiaros esta responsabilidad. Y no temáis, que cuando hayáis terminado habrá más cosas que hacer. Cosas más adecuadas a vuestras habilidades. Si el ejército del rey Cael no puede contener la avalancha del norte, podría ser que os llamaran para ayudar a sus fuerzas.

—Sólo deseamos luchar en defensa de los Estados Libres —dijo Samina—. Hacer aquello para lo que nos entrenaron.

La Madre Matrona asintió con expresión irónica.

—Deberíais tener cuidado con lo que deseáis, Doncellas Escuderas. El Abad Supremo llegará dentro de tres días. Espero que estéis preparadas y esperando para acatar todas sus órdenes.

—Lo estaremos, Madre Matrona —dijo Kaira. Hizo una reverencia, y Samina también.

—Muy bien —repuso la anciana, tras lo cual volvió a centrarse en sus pergaminos. Las Doncellas Escuderas lo interpretaron como una señal para marcharse.

Cuando las dos guerreras volvían sobre sus pasos por los pasillos del templo, quedó claro que Ojofrío no podía seguir guardando silencio.

—¿Servicio de guardia? —dijo enfurecida, y dispersó a un grupo de Hijas de Arlor que habían tenido la mala suerte de cruzarse en su camino—. ¿Servicio de guardia? ¿En qué piensa la Exarca para permitir esto? El Abad Supremo ya tiene a sus propios guerreros...

—Basta —la interrumpió Kaira, que miró a uno y otro extremo del pasillo. Éste no es el lugar adecuado.

Samina estaba enojada, pero apretó los dientes. Las dos guardaron silencio mientras regresaban a la sala de armas. Una vez dentro, Ojofrío lanzó el casco dorado contra la pared, donde rebotó con estrépito.

—Estoy tan molesta como tú —le dijo Kaira—. Pero es nuestro deber.

—Nuestro deber es defender el templo. No hacer de criadas.

—Es un gran honor, hermana. Por eso nos eligieron.

Esto pareció calmar un poco a Samina, aunque su enfado seguía siendo evidente.

—Más vale que nos recompensen generosamente por esto. Al menos deberían permitirnos llevar a las Doncellas Escuderas al norte para ayudar al rey. Es lo único que puedo decir.

—Estoy segura de que no es lo único —replicó Kaira con una sonrisa burlona.

Se hizo el silencio un momento, hasta que las dos rompieron a reír. Pero mientras se desabrochaban la armadura de gala, Kaira oía con insistencia las palabras de la Madre Matrona: «Tened cuidado con lo que deseáis».

3

Era un edificio triste y superfluo en la parte más decadente de la ciudad, una vieja capilla que no se utilizaba, un remanente dedicado a los Antiguos Dioses que aún no había llegado a derrumbarse. Los pájaros habían anidado en las vigas, las ratas bajo las tablas del suelo y las termitas en las paredes. En una ciudad cuyo auge había quedado atrás hacía mucho tiempo, el edificio era otra reliquia más de épocas pasadas, la prueba de una edad dorada ahora muerta y putrefacta. Era perfecto para las necesidades de Merrick Ryder.

Comprobó su atuendo una última vez y se arregló el cuello y los puños tímidamente. Merrick buscaba tener un aspecto concreto: como si hubiera sido hombre de dinero, pero estuviera pasando tiempos difíciles. Esto era fundamental para su actuación y explicaba la camisa de seda y la chaqueta y calzones hechos magistralmente a medida, que no eran nuevos, pero tampoco estaban apolillados. Como un maestro de la pesca, podía seleccionar el cebo adecuado y mostrarlo en el lugar preciso. Ahora lo único que le hacía falta era la vieja trucha.

Y entonces entró.

Lady Elina Humburg recorrió la capilla con la mirada temerosa y los ojos muy abiertos. Con su magnífico vestido, su rostro pintado y sus joyas destellantes, era evidente que no estaba acostumbrada a estar en aquella parte de la ciudad.

Merrick podría haberse dejado ver de inmediato, podría haberle ahorrado el miedo, pero ¿qué tenía eso de divertido? Además, quería que estuviera nerviosa, que tuviera miedo. Eso le facilitaría mucho llevar a cabo su treta con éxito.

La estuvo observando unos momentos, dejando que aumentara la tensión, y justo cuando dio la impresión de que podría huir de miedo, él salió de entre las sombras.

—Mi señora —musitó—, no sé cómo agradeceros que hayáis venido.

La mujer se dio la vuelta con un tintineo de joyas —un sonido que siempre llenaba de emoción a Merrick— y se lanzó corriendo a sus brazos.

—¡Oh, mi señor Franco! ¿Cómo podía no venir?

Él la abrazó, la estrechó entre sus brazos para hacer que se sintiera segura, que se sintiera deseada. Una actuación fácil con la que tenía mucha práctica. Debía de haberlo hecho más de una docena de veces, qué diablos, pero Merrick Ryder era más que competente.

—Cuando pienso que podríais ponerlos en peligro, es como si me clavaran una daga en el corazón —le susurró al oído. Ella se estremeció con la cercanía de sus labios y Merrick notó que lo abrazaba aún más fuerte—. Podría ser que los espías del sultán nos estuvieran vigilando ahora mismo, esperando para atacar.

—El peligro vale la pena, lord Franco —respondió ella, mirándolo—. Y sé que cuando vos estáis cerca no hay nada que temer.

Tras un segundo de pausa, él acercó los labios a los de la mujer y dejó que aumentara su expectación. Luego la besó. Ella respondió enérgicamente, con un beso

apasionado de verdad —eso tenía que reconocérselo—, pero es que *lady Elina* era una mujer apasionada. Era una lástima que semejante pasión estuviera envuelta en un cuerpo que claramente tenía debilidad por los dulces y el vino con miel. Por suerte, Merrick no estaba cortejando a esa mujer por su aspecto, sino más bien por sus riquezas al parecer infinitas.

Cuando la miró, ella aún tenía los ojos cerrados y su cuerpo aún se tambaleaba de deleite. Merrick la abrazó y notó que ella temblaba en sus brazos. Se había enamorado de él, había caído como un suicida desde un acantilado, y quizá debería sentirse culpable por ello. Pero es que él estaba proporcionando un servicio; le estaba dando todo lo que ella quería: pasión, emoción. ¿Y qué le pedía a cambio? Un monedero lleno por aquí, unas pocas joyas por allá. ¿Acaso era pedir demasiado?

No era que no pudiese permitírselo precisamente, y estaba claro que él estaba más necesitado.

Su inclinación por las mesas de juego había dejado a Merrick Ryder con deudas bastante cuantiosas que, desafortunadamente, le debía a Shanka el Prestamista. No era bueno deberle dinero a Shanka demasiado tiempo. No si quería mantener varios apéndices intactos. En consecuencia, necesitaba dinero y con rapidez, y ahí era donde entraba *lady Elina*.

Así pues, ¿y qué si le había dicho que se llamaba lord Franco de Riverbeach, un noble de Ankavern al que su malvado tío había desterrado? ¿Y qué si se había inventado la mentira de que tenía un hermano que había estado ayudando a los valientes rebeldes de Mekkala a derrocar al déspota Raj Al'Fazal, divino sultán de Kajrapur? ¿Y qué si le había dicho que el sultán había capturado a su hermano y que necesitaba un cuantioso rescate para conseguir que lo liberaran? ¿Y que tenían que verse en secreto? ¿Que los agentes del sultán estaban en todas partes, vigilando, esperando? ¿Que en cualquier momento podían ser atacados por asesinos que los matarían?

Lady Elina era viuda, una viuda asquerosamente rica que ya había dejado atrás los mejores años de su vida y que necesitaba emoción. De no ser por Merrick, estaría metida en su finca, aburrída, gorda y sola. Visto así, le estaba haciendo un favor.

—¡Sois tan valiente, mi señora! —le dijo entonces, separándose de ella—. ¡Tan desinteresada! No soy digno de vos. —Se dio la vuelta como si fuera a marcharse.

Cuando ella lo agarró con fuerza una vez más, Merrick apenas pudo contener una sonrisa burlona. Era como pescar un pez: soltabas el sedal, esperabas a que mordiera el anzuelo y entonces lo sacabas del agua.

—No digáis eso, lord Franco. Me siento honrada de ayudaros en todo lo que pueda.

Él se volvió hacia ella con una mirada que proyectaba el grado justo de preocupación y gratitud.

—¡Oh, mi señora! No merezco semejante devoción.

—Por supuesto que sí, mi señor.

Ella se inclinó, lo agarró de las solapas de la chaqueta y apretó con fuerza los labios contra los suyos. Merrick apenas tuvo tiempo de abrir la boca antes de que ella se la hubiera llenado con su lengua penetrante. El aliento le olía ligeramente a vino e higos, pero prevalecía el generoso baño que se había dado con un perfume dulzón. A pesar de lo desagradable que le resultaba al olfato y en la garganta, Merrick agarró a la mujer con firmeza y le devolvió el beso soltando un gemido de satisfacción como si aquello fuera lo único que quería y ansiaba.

Cuando terminó el beso y *lady* Elina hubo recuperado la compostura, Merrick la miró con expectación y echó un vistazo a la miríada de cadenas enjovadas que le colgaban del cuello.

—Aunque me duele sólo el decirlo, amor mío, ¿podría rogaros otra contribución a nuestra causa?

Ella le sonrió, tal como había hecho una docena de veces anteriormente. Una docena de veces en las que se había quitado una de esas cadenas del cuello y la había depositado en sus manos con un beso.

Esta vez, sin embargo, la mujer no se movió.

—Esto ha sido muy agradable, lord Franco... si es que éste es vuestro verdadero nombre siquiera, pero me temo que, tal como ocurre con las cosas más placenteras, ha llegado a su fin.

Merrick frunció el ceño. No era así como se suponía que tenían que ir las cosas. Se suponía que tenía que darle las joyas y despedirse de él alegremente. ¿Qué estaba...?

—Me temo, mi señora, que vuestras sospechas eran correctas. Su nombre no es lord Franco. —Era una voz aguda que resonó por la capilla abandonada.

Merrick dio media vuelta al tiempo que por instinto su mano fue a coger la espada que llevaba al cinto, pero allí no había espada. Le había hecho falta dinero para la ropa nueva —porque ¿cómo iba a impresionar a una verdadera aristócrata si siempre aparecía con el mismo atuendo?— y tuvo que empeñar su arma para conseguirlo.

En retrospectiva, había sido una estupidez.

Tres hombres se acercaron a la luz que penetraba por el tejado derrumbado. Los dos primeros llevaban unos sencillos abrigos negros muy bien cosidos. Tenían aspecto de saber desenvolverse bien en una pelea. Tras ellos había un tipo enjuto que ya había dejado muy atrás sus años medianamente buenos, vestido con una camisa con volantes y levita y, evidentemente, una peluca en su grande y ancha cabeza.

Merrick ya estaba buscando con la mirada la forma más rápida de salir de allí, pero sólo había una salida y estaba bloqueada. Estaba a punto de intentarlo hablando, que era la segunda mejor alternativa, cuando *lady* Elina soltó de sopetón:

—¡Anda, Ortes! Me alegra que te hayas unido a nosotros.

Ortes, el que estaba al fondo, alzó la cabeza, pero no se molestó en avanzar al frente de sus hombres.

—El placer es mío, *lady* Elina.

Merrick no tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero no le gustaba ni un pelo. Era hora de empezar a hablar... sólo hasta que pudiera empezar a correr.

—Me temo que estoy perplejo —dijo, y se alejó un paso del hombre llamado Ortes y de sus compañeros de aspecto peligroso—. La dama y yo sólo estábamos...

—Sé lo que estabais haciendo. Y sé que no sois un noble —dijo Ortes—. Sois un trepa de la calle. Un estafador, ladrón y jugador... ¡Merrick Ryder!

—¡Esto es ridículo! No tengo ni idea de lo que dice este hombre —le dijo Merrick a Elina rápidamente, desesperado por salvar la situación, aunque resultaba evidente que lo habían pillado—. Y a propósito, ¿quién es este hombre?

Antes de que la mujer pudiera responder, Ortes se armó por fin de valor para salir de detrás de sus hombres levantando la barbilla y poniendo las manos en jarras como si fuera un héroe o algún tipo de leyenda.

—Soy Ortes Ban Hallan, duque de Valecroft, y ella —señaló a Elina— ¡es mi querida tía!

—¡Ah! —dijo Merrick—. Bueno..., puedo aseguraros que esto no es lo que parece.

—Cierra el pico —dijo uno de los esbirros de abrigo negro al tiempo que daba un paso adelante con actitud amenazadora. Merrick en la vida había lamentado tanto haber empeñado una espada, pero hizo lo que el hombre le dijo.

—Veréis, querido —explicó Elina sonriendo y con sarcasmo—. Hace tiempo que tenía mis dudas sobre vos. Por eso hice que os siguieran. Por eso mi sobrino os ha estado vigilando durante los últimos días.

Merrick se volvió a mirarla con su más solemne y sincero:

—Os aseguro, mi señora, que todo esto es un desafortunado malentendidoooo... ¡Ah!

El esbirro que tenía más cerca le dio un puñetazo en el vientre. Fue como si lo hubieran golpeado con un martillo: todo el aire de sus pulmones escapó en forma de violenta ráfaga.

—Ya basta de mentiras —le espetó Ortes cuando Merrick cayó de rodillas jadeando—. Sacadlo de aquí, aseguraos de que no vuelva a molestar a *lady* Elina.

Antes de que Merrick pudiera moverse, esos ansiosos matones lo agarraron y lo arrastraron por las tablas rotas del suelo.

No podía ser que estuviera ocurriendo aquello. ¿Cómo lo había calado tan fácilmente esa vieja bruja? ¿Cómo podía ser que una zorra pretenciosa y relamida lo hubiera descubierto? Aunque tenía curiosidad por saberlo, no era tan acuciante como lograr salir de su actual aprieto, que empeoraba.

El interior de la capilla pasó dando bandazos por su lado cuando los esbirros de Ortes se lo llevaron a rastras. Merrick se golpeó la cabeza contra el peldaño del umbral cuando lo sacaron a un callejón. Mientras se revolcaba en el barro con la cabeza a punto de estallar, uno de los hombres aprovechó la oportunidad de patearle las costillas.

La cosa se estaba poniendo seria. Si no se le ocurría algo pronto, aquellos imbéciles podían provocarle daños permanentes, quizás incluso en la cara. Y él estaba contento con su cara tal y como estaba.

Y justo en aquel momento uno de sus agresores se sacó un cuchillo del abrigo negro.

—Ahora voy a rajarte las jodidas entrañas. Será la última vez que te aprovechas de una dulce anciana.

Merrick levantó las manos por instinto cuando el cuchillo descendió para cortarle. Gritó anticipándose al dolor y a la sangre; pero no los hubo. Oyó un fuerte golpe sordo y abrió los ojos a tiempo de ver que el hombre del cuchillo caía de lado y el arma se escapaba de su mano inerte. Tras él había un hombretón al que Merrick no reconoció y que llevaba una porra de madera que acababa de utilizar de manera efectiva.

El esbirro restante retrocedió a toda prisa y levantó las manos para rendirse cuando un segundo bruto salió de entre las sombras.

Uno de los matones recién llegados agarró a Merrick y lo ayudó a levantarse. Merrick estaba aturdido y le flaqueaban las piernas, pero aún le quedaba suficiente sentido común para aprovechar una oportunidad cuando la veía, aunque se la presentara un hombre grande como un toro que parecía capaz de comérselo el hígado sólo con mirarlo.

Los dos matones se lo llevaron a rastras mientras el esbirro de Ortes los miraba sin decir nada, absolutamente atemorizado por esos dos mastodontes. Le sacaban tranquilamente una cabeza entera a Merrick y tenían unos hombros que eran el doble de anchos que los suyos. De repente le acometió la sensación de «haber salido del fuego para caer en las brasas». ¿Hasta qué punto se trataba de un rescate?

—Mirad, caballeros —les dijo Merrick cuando doblaron una esquina y lo condujeron por un callejón oscuro—. Si os ha enviado Shanka, tengo su dinero. Al menos... en teoría. Sólo tengo que arreglar un par de cosas para obtener el capital.

—Deja de hablar —le dijo uno de esos brutos. Merrick no iba a discutir con él.

Recorrieron en silencio los negros callejones entre mierda y estiércol, pasando junto a las ratas y la basura. Merrick imaginó que si lo hubieran querido matar ya lo hubieran hecho, o lo hubiesen dejado en manos de los hombres de Ortes, de manera que no tenía sentido intentar escapar..., al menos todavía.

Al fin, y sin advertencia previa, los dos brutos lo metieron por la entrada abierta de un almacén que estaba tenuemente iluminado. Tan sólo parecía contener dos cajones de embalaje grandes que fácilmente podrían haberse utilizado como jaulas a la medida de un hombre. La parafernalia que había en las paredes resultaba difícil de reconocer en la penumbra, pero parecían herramientas agrícolas, aunque en la cabeza de Merrick podrían haber sido implementos de tortura.

—Siéntate —le ordenó uno de los matones.

—Pero es que no hay silla —dijo Merrick mientras echaba un vistazo a su

alrededor.

De repente soltó un grito cuando el otro bruto le pegó una patada en la parte posterior de las rodillas que lo dejó tumbado en el suelo.

Antes de que pudiera preguntar de qué iba todo aquello, dos figuras salieron de entre las sombras.

La primera de ellas era alta y calva, con una cara larga y chupada. Tenía un aire a enterrador, un porte triste, como si no hubiera sonreído en toda su vida. La segunda era más baja y mucho más llena de cintura. Su cabello rizado empezaba a ralear y enmarcaba un rostro abierto y extrañamente jovial. La sonrisa cordial de ese hombre parecía chocar con la mirada de su cadavérico compañero y no sirvió para tranquilizar a Merrick. Reconoció a esos dos hombres al instante y supo que no tenía ningún motivo para sonreír.

—Hola, Ryder —dijo la figura más baja.

—Hola, Friedrik —contestó Merrick, que se volvió enseguida a mirar a su silencioso compañero—. Bastian. ¿Cómo estáis?

—Estamos muy bien —respondió Friedrik—. Sin duda mucho mejor que tú. —Miró a los voluminosos gorilas que estaban detrás de Merrick—. Se os dijo que lo traerais ileso.

—No fuimos nosotros —dijo uno de los matones señalando la camisa desgarrada y el rostro magullado de Merrick—. Ya lo encontramos así. —A pesar de su tamaño, no había duda de que se sentía intimidado por el bajito, y no sin motivo. Friedrik y Bastian controlaban el Gremio, la organización que dirigía todo el tráfico ilegal en Steelhaven. En la ciudad no pasaba nada que no dijeran ellos. Nadie asaltaba, extorsionaba, birlaba, robaba, estafaba, brutalizaba o asesinaba a menos que fuera según sus órdenes explícitas. De hecho, trabajar dentro de los límites de Steelhaven y fuera del ámbito del Gremio acarrearía unos castigos muy duros.

—Haciendo amigos como siempre, Ryder —comentó Friedrik con una sonrisa burlona—. Es bueno verlo.

—Gozo de muchas simpatías. ¿Qué puedo decir?

—Sí, muchas simpatías. O al menos eso hemos oído. Por lo visto Shanka el Prestamista quiere tus pelotas ensartadas en un pincho.

—Sólo fue un leve malentendido que ahora mismo estoy intentando resolver.

—Por supuesto. Te alegrará oír que puede que tenga una solución a tu problema.

Merrick sintió que un pánico frío empezaba a nacer en su interior. Estar en deuda con Shanka el Prestamista era una cosa. Estar en deuda con el Gremio era otra muy distinta. Al menos sin las pelotas seguiría siendo medio hombre..., lo que podía hacerte el Gremio era mucho peor.

—Shanka y yo estamos limando ciertas asperezas, en serio. No hay absolutamente ninguna necesidad de que os involucréis.

—Ya, pero yo insisto, Ryder. Por los viejos tiempos.

Mierda.

—De acuerdo, soy todo oídos. —Merrick probó a esbozar una sonrisa despreocupada, pero sabía que no resultaría muy convincente.

—Tenemos un trabajo para el que vendrían bien tus habilidades realmente únicas. —«¿Robar? ¿Jugar? ¿Beber? ¡No pensarían pedirle sus habilidades en la cama!»—. Queremos que negocies un trato con unos extranjeros. Que lo llesves a cabo desde principio a fin valiéndote de tu encanto y sutileza acostumbrados.

—¿En serio? ¿En toda la ciudad no hay nadie más apropiado que yo para esto?

De repente Bastian dio un paso adelante y le dirigió una mirada penetrante de odio apenas disimulado.

—Lo que nos interesa es tu linaje particular, Ryder. Tienes contactos. Amigos en las altas esferas que resultarán muy útiles. Habrá que pagar sobornos, para que se haga la vista gorda con respecto a ciertas acciones. Tú harás que ocurra, Ryder, y a cambio de ello tu deuda con Shanka el Prestamista quedará saldada.

—Parece justo —dijo Merrick, aunque en realidad le parecía una mierda—. ¿Qué trato tengo que negociar exactamente?

Bastian miró al diminuto Friedrik y éste soltó un largo suspiro antes de hablar.

—Dentro de dos días llegará al puerto un barco de esclavos. Cuando llegue, estará vacío. Cuando zarpe, te asegurarás de que lo haga estando lleno. ¿Va a suponer algún problema?

«¡Mierda, pues claro que va a ser un jodido problema!». Hacía más de doscientos años que la esclavitud se había declarado ilegal en los Estados Libres. La pena por comerciar con esclavos era la castración pública y la ejecución por ahorcamiento.

Merrick miró primero a Friedrik y luego a los ojos fríos y calculadores de Bastian.

—No, ningún problema en absoluto —contestó.

—Excelente —dijo Friedrik con una sonrisa—. Se te proporcionarán los detalles sobre cuándo, dónde y cómo. Lo único que tienes que hacer es ser tú mismo y desplegar ese famoso encanto Ryder. No es probable que vuelvas a vernos; a partir de ahora tratarás con Palien, de modo que si necesitas algo antes de irte será mejor que lo digas ahora.

Merrick lo pensó un momento y luego se puso de pie con mucho cuidado.

—Sólo una cosa. —Bastian frunció el ceño con la misma expresión que si Merrick acabara de soltar un zurullo en el suelo a su lado—. ¿Hay alguna posibilidad de que podáis prestarme una espada?

El mercado de Eastgate era el más antiguo de la ciudad. No era el más grande, desde luego tampoco el más limpio y definitivamente no exhibía las mercancías más caras, pero tenía una larga historia. Se remontaba a la Edad de los Reyes de la Espada, cuando los barones del río habían traído su mercancía por el Storway desde el pie de las montañas Kriega.

Rag no recordaba cómo lo sabía, no era más que una de esas informaciones inútiles de las que te enteras. Sin embargo, también sabía otras cosas que no eran tan inútiles. Cosas como el lugar en el que Harol el Pescadero guardaba su alijo de coronas y cuándo estaba más lleno. Cosas como con qué mano empuñaba su cuchilla Carser el Carnicero para poder evitarla si él se acercaba demasiado. Cosas como cuáles eran las rutas más rápidas para salir del mercado cuando las cosas se ponían demasiado feas. Cosas como cuándo estarían patrullando los muchachos de los Casacas Verdes y la hora en la que se tomaban un descanso para jugar a los dados y tomar una jarra rápida de cerveza.

Los Casacas Verdes suponían el menor de sus problemas. Bueno, quizá no el menor, pero estaban bastante abajo en la lista. No se tomaban muchas molestias por una pilluela solitaria de la calle. Algunos de ellos eran incluso bastante comprensivos a veces y hacían la vista gorda, bien porque eran demasiado perezosos, bien porque estaban demasiado ensimismados como para fijarse en los golfillos que robaban algo de comida en los puestos del mercado.

No, lo peor era el Gremio.

Ahora mismo tendrían a alguien merodeando por allí, considerando las mejores presas para la captura y haciéndoles señas a sus rateros, descuideros y cortabolsas para que supieran a por qué objetivo ir. Eran organizados, disciplinados y, por consiguiente, se llevaban las mayores ganancias. Si Rag se metía por medio, distraía a un ratero o llamaba la atención indebidamente, se llevaría algo más que una paliza, tendría suerte si le dejaban los ojos. Entonces tendría que vivir en los rincones de los Muelles o, peor todavía, en las Balsas, y no le quedaría más alternativa que mendigar con el resto de los tullidos, eso si tenía suerte. Y si no la tenía la obligarían a prostituirse a cambio de las sobras de la comida, sería un monstruo al que tratarían como a un animal hasta que alguien terminara con su corta vida. Rag ya había visto cómo ocurría y estaba decidida a que ése no fuera su destino. Sí, el Gremio controlaba este mercado y robar aquí sin tener su visto bueno era realmente peligroso.

No obstante, una chica tenía que comer, y Rag estaba muy hambrienta.

El aroma del pan del puesto de Gunta flotaba en el aire hacia ella, era casi como si el panadero gordo le estuviera pidiendo que se llevara una de sus hogazas marrones y orondas. Ya le había robado antes, más de una vez, y era probable que la estuviera buscando, pero Rag tenía un don para pasar desapercibida. Para algunos niños, niños normales con padres que les compraban comida y ropa y les procuraban un techo

sobre sus cabezas, la falta de atención podía haber sido un problema. No era así para Rag. Su talento para que no le hicieran caso le iba de maravilla.

Al otro lado del mercado el oteador del Gremio estaba atareado señalando una presa para su descuidero, de modo que no habría ningún problema en ese sentido. Los tres muchachos de los Casacas Verdes estaban riendo y bromeando con dos chicas bien vestidas que parecían estar muy fuera de su alcance, por lo que tampoco había problema por ese lado.

El gordo Gunta estaba ocupado charlando con dos mujeres igualmente gordas que por su aspecto parecían tener que saltarse unas cuantas comidas. Era casi como si el panadero le estuviera suplicando que lo despojara de su mercancía.

Rag se acercó andando tranquilamente. Mantuvo el paso de un comerciante que pasaba y dejó que su cuerpo la ocultara, y por una fracción de segundo pensó en cortarle el monedero, pero sabía que no valía la pena. Las hogazas de pan no interesaban al Gremio. Los monederos eran una cosa totalmente distinta.

Cuando el comerciante pasó junto al extremo del puesto de Gunta, Rag se detuvo y dejó que el hombre siguiera andando sin levantar la mirada, sin mirar a los ojos del objetivo no fuera que se diera la vuelta y la viera, o que esas mujeres gordas la divisaran y descubrieran el pastel. La mayoría de las veces, si no miras a alguien, esa persona no te mira a ti, ni siquiera se da cuenta de que estás ahí. Ahora mismo estaba al lado del puesto, a un brazo de distancia de una magnífica hogaza de pan crujiente. No costaba nada coger sólo una y la tuvo en la mano antes de que nadie se diera cuenta; no tan rápido como para llamar la atención ni tan lento como para tardar todo el día. En menos de lo que se tardaba en coger aire se abrió el abrigo y estaba a punto de meter la hogaza dentro cuando alguien chocó con ella. Rag se tambaleó y el pan se le cayó de la mano y se estrelló contra los adoquines justo delante del puesto, la corteza se rompió en pedazos como un espejo hecho añicos y no con mucho menos ruido.

—¡Eh! —gritó Gunta olvidando a las damas y con el rostro crispado de furia—. ¡Tú, desgraciada! ¡Ven aquí!

A Rag no le hizo falta más para salir pitando entre el gentío, pero antes de poder dar un paso alguien la había agarrado del cuello del abrigo. Forcejeó en vano: la tenía agarrada. Se volvió a mirar atrás para ver quién era, con la esperanza de que no se tratara de un Casaca Verde, aterrorizada por si era alguien del Gremio, pero era un tipo normal y corriente que estaba allí por sus cosas.

Ella forcejeó y se retorció tanto como pudo, e incluso intentó darle un pisotón a ese imbécil, pero el tipo era inamovible y Gunta estaba saliendo de detrás de su mostrador de pan con la cara hinchada y colorada. Iba a recibir una paliza por esto, sin duda.

Rag aflojó todo el cuerpo, dobló las rodillas y salió de su abrigo antes de que Gunta pudiera agarrarla. Y se alejó a todo correr por entre el gentío en medio de todo el ajetreo. Hacía años que tenía ese abrigo y le dolió dejarlo atrás, pero consideró

mejor quedarse sin abrigo que sin dedos.

Gunta iba detrás de ella gritando a voz en cuello y agitando a todo el mercado, pero Rag, concentrada en escapar, sólo pensaba en llegar al callejón más próximo y desaparecer.

Antes de que pudiera conseguirlo vio una figura que, rápida y resuelta, avanzaba hacia ella entre el gentío. Un Casaca Verde joven y entusiasta, a diferencia de los demás, y que definitivamente estaba en más buena forma que Gunta. Tenía la mirada decidida de quien tiene algo que demostrar, y atrapar a Rag era su forma de hacerlo.

La muchacha se agachó para esquivar el brazo de aquel hombre, se escabulló hacia un lado y se metió en una de las calles estrechas que salían del mercado. Rag iba aplastando la mierda del callejón con sus pies desnudos a medida que incrementaba el paso, pero el Casaca Verde continuaba con su persecución mientras el arco le iba golpeando la espalda y el casco le traqueteaba. La chica recorrió los apretados y laberínticos callejones a todo correr con la facilidad que daba la práctica, pero su perseguidor le seguía el ritmo gracias simplemente a su fuerza. Por un breve segundo consideró utilizar el cuchillo —puede que si se lo sacara a su perseguidor éste se preguntara si valía la pena arriesgarse a un corte—, aunque hacía años que no lo utilizaba. Lo cierto era que nunca había resultado muy convincente con un cuchillo. Recordaba aquella vez en la que Gus el Forzudo se lo había arrebatado y le había dejado una marca en la mejilla por las molestias. Después de eso ya no se molestó en sacarlo.

Rag se dio cuenta de que no iba a dejar atrás a aquel muchacho, por lo que tendría que desaparecer. Al doblar otra esquina dio un salto, apoyó los pies desnudos en el estrecho alféizar de una ventana y se impulsó hacia arriba, se agarró al dintel y alzó todo el cuerpo hasta quedar a una altura por encima de la cabeza de los de la calle. Acto seguido el Casaca Verde dobló la esquina, pisó los charcos de la calle con un chapoteo y soltó aire. El hombre creyó que Rag se había marchado y se detuvo, soltó una maldición en voz alta y se dio una palmada en el muslo con frustración. Mientras tanto ella lo observaba desde arriba, conteniendo el aliento, pero estaba claro que aquel Casaca Verde no era muy listo; en ningún momento se molestó en mirar hacia arriba.

Cuando se hubo marchado, Rag descendió del antepecho de la ventana sin comida ni abrigo. En definitiva, la jornada de trabajo no había sido muy buena, pero aún no había terminado el día..., podría surgir alguna otra cosa.

Como era demasiado peligroso volver al mercado, Rag se dirigió a Slip Street que era donde dormía normalmente. Slip Street se encontraba al borde de la zona de los muelles y, aunque no era el peor lugar en aquel barrio, sin duda era peor que cualquiera de Eastgate. Por regla general estaba lleno de borrachos que buscaban pasar un buen rato y esperaban encontrarlo allí. Dejando de lado las tabernas que bordeaban la calle, casi todas las demás entradas libres albergaban algún tipo de prostituta. Rag se hubiera sentido incómoda allí, incluso vulnerable, pero era el lugar

en el que se había criado; casi todas las chicas y chicos que ejercían su oficio la conocían de vista, pero normalmente pasaba desapercibida. Aunque claro, siempre había tenido talento para eso.

Subió por la desvencijada escalera a un lado de la posada de El Toro Silencioso, pisó la madera rota y agrietada con pies ágiles y mugrientos. Toda la escalera crujió violentamente bajo su peso, pero aguantó. Si un hombre adulto utilizara esas escaleras se vendrían abajo; seguro que armaría un buen escándalo al subir. Era el tipo de pronta advertencia que mantenía a Rag con vida en las calles sucias y peligrosas. A Rag y a sus compañeros.

Mientras subía, pasando del tercer piso hasta el tejado, Tidge estaba allí esperándola, como de costumbre. Sus ojos grandes y tristes la miraron esperanzados desde su rostro sucio y mofletudo.

—No conseguí nada, colega —anunció Rag mientras pasaba junto a él hacia la tambaleante choza que había en el tejado plano de la posada.

—¿Dónde está tu abrigo? —preguntó Tidge.

—Tuve que perderlo, pero no te preocupes, encontraré otro antes de que lleguen las noches frías.

Se agachó por debajo del dintel roto de la choza improvisada situada en el centro del tejado y se metió dentro. Del fuego que habían encendido la noche anterior ya sólo quedaban los rescoldos que humeaban débilmente en el fondo del viejo escudo oxidado que servía de hogar. En el banco de enfrente estaban Migs y Chirpy, sentados lo bastante juntos como para poder abrazarse, que era como estaban normalmente.

—¿Todo bien, Rag? —preguntó Chirpy con su habitual sonrisa. Migs se quedó callado como siempre, mirando por debajo del largo flequillo que le llegaba casi a la nariz.

—Sí —contestó Rag, pero sabía que no era verdad. Otro día fallido en el mercado significaba que tenían que pasar otra noche sin nada que comer. Sólo podía esperar que Fender trajera algo más tarde, si es que decidía regresar.

Tidge entró en la choza, se sentó al lado de Rag y apoyó la cabeza en su brazo. Ella lo abrazó mientras miraba la ciudad entre las rendijas de la pared.

Desde abajo, de las calles que rodeaban la posada, llegaba el sonido de las chicas que ejercían su profesión en las esquinas, sus voces dulces llenas de promesas y encanto. Rag sentía asco y envidia al mismo tiempo. Le molestaba que entregaran sus cuerpos tan fácilmente, que se degradaran por unas cuantas monedas, pero en el fondo sabía que sólo lo hacían para sobrevivir; si tuvieran una alternativa, la tomarían. También sentía envidia..., envidia por haber nacido más fea que un cerdo, tan desgarrada y mal parecida. Era imposible que pudiera ganar dinero en una esquina de la calle, aunque pudiera rebajarse a intentarlo. No es que fuera a hacerlo jamás.

En el borroso pasado, la madre de Rag había sido puta en una esquina, y era una puta muy guapa. En aquel entonces habían vivido en una habitación. No era grande y

tampoco estaba muy limpia, pero tenían un techo y paredes y no pasaban frío. Había comida en la mesa y lo único que tenía que hacer Rag era esfumarse mientras su madre trabajaba. En aquel entonces se llamaba Morag, Morag Rounsey: un nombre de verdad para una niña de verdad. Todo aquello había cambiado cuando su madre conoció al hombre de Silverwall. Llevaba ropa elegante, emanaba un olor dulzón y hacía alarde de sus peniques como si fuera alguien de importancia. La madre de Rag le había dicho que se iba a marchar con aquel hombre, de vuelta a Silverwall para estar con él, pero que regresaría muy pronto para llevarse a Morag con ella. Entonces irían las dos a Silverwall para vivir con el tipo elegante en su elegante casa.

Rag se había quedado en aquella habitación durante días, no recordaba cuántos. Al cabo de un tiempo vino el casero para ponerla de patitas en la calle; ella no tenía ni una sola moneda y, al fin y al cabo, no era problema del casero dónde estuviera su madre. Después de eso, Rag se había pasado semanas alrededor del edificio, siempre esperando, suplicando las sobras, vendiendo lo poco que tenía a cambio de comida. Pasó un tiempo hasta que se dio cuenta de que su madre no iba a volver jamás.

Y así se había convertido en Rag, una ladrona y mendiga. Había aprendido lecciones duras —quiénes eran tus amigos y quiénes no, adónde ir y adónde no, a quién robarle y a quién evitar— y ahora estaba con su pandilla, si es que eso servía de algo. Todos eran huérfanos y a ninguno de ellos se le daba bien robar, salvo a Fender, por supuesto, pero eran su pandilla y todos se querían a su manera. Rag tenía la sensación de que eran una familia y haría todo lo que estuviera en su mano para cuidar de ellos tanto tiempo como pudiera.

Un ruido repentino la sobresaltó. Tidge soltó un grito al caer de lado y Chirpy y Migs estrecharon aún más su abrazo.

Rag se acercó a la puerta y se asomó. La embargó una sensación de alivio al ver a Markus que cruzaba el tejado. La saludó con la mano y una sonrisa.

Markus entró en la choza con un alegre «hola», se sentó en la pequeña pila de leña y miró a su alrededor como si fuera uno de ellos, como si formara parte del grupo. A cualquiera con medio ojo le resultaría evidente que no era así. Para empezar, el chico estaba limpio... Bueno, sin duda más limpio que cualquiera de los niños de la calle con los que estaba sentado. No tenía agujeros en la ropa que se había lavado en la última semana, no tenía las manos llenas de mugre y llevaba las uñas blancas, no negras de escarbar en la basura para buscar comida. Llevaba semanas pasando tiempo con ellos y Rag no había visto nada malo en ello. Él no era huérfano; vivía con su padre en el Barrio Comercial, pero la chica lo había encontrado vagando por las calles, triste y solo como un cachorro perdido. Por supuesto que lo había tomado bajo su protección, eso era lo que hacía, pero él no robaba ni mendigaba. No servía de nada pero tampoco hacía ningún daño, así pues ¿dónde estaba el peligro?

—¿Estás bien? —le preguntó Rag al ver que Markus no decía nada.

El chico se encogió de hombros.

—Tan bien como siempre —respondió.

Rag no había preguntado y Markus no se lo había contado, pero ella creía que el padre del chico era un poco cabrón, que por eso a él le había dado por deambular por las calles tan lejos de su casa con los golfillos de la calle. No era asunto suyo, de modo que la chica no insistió. Pensaba que todo el mundo tenía sus asuntos privados.

—Esta noche puede que haga frío —dijo Chirpy—. Quizá podríamos pensar en volver a encender el fuego.

—No llames al mal tiempo —repuso Tidge—. Hace una eternidad que no hace frío. Creo que deberíamos guardar la leña para otra noche.

Rag sonrió ante el sentido común del muchacho. Tidge tenía la cabeza muy bien puesta sobre los hombros para su edad. Puede que hasta fuera tan inteligente como para dejar esa mierda de vida cuando fuera lo bastante mayor.

—Esperaremos a ver —decidió Rag—. Podría ser que hubiera tormenta. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección al norte que se divisaba entre las tablillas que le faltaban a la choza. Un oscuro banco de nubes se estaba formando en el horizonte, una negrura inquietante que amenazaba con consumir el cielo despejado.

—¿Qué es esto, una reunión de madres?

Rag se sobresaltó al oír aquella voz, pero se relajó en cuanto vio la figura alta enmarcada en la entrada.

Fender entró y sus extremidades ágiles y musculosas se movieron con una gracia felina dentro de los límites de la choza improvisada.

—¿Qué pasa? Tienes una cara más larga que la picha de un burro. —Se sentó en el centro del grupo y Migs y Chirpy se hicieron a un lado para dejarle espacio—. Parece que has tenido un día de mierda en el trabajo, ¿eh, Rag? ¿Dónde está tu abrigo?

—Se lo di a tu madre —respondió ella—. Me dijo que tenía frío cuando chupaba pollas por las noches.

Fender le devolvió la sonrisa. No había conocido a su madre ni a su padre, por lo que para él no era un insulto.

—Menos mal que uno de nosotros ha estado ocupado, ¿eh? —Metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un minúsculo jarrón de bronce. Los más pequeños lo miraron con asombro y sus rostros menudos se iluminaron ante tan flagrante despliegue de riqueza.

Fender le lanzó el jarrón a Tidge.

—Ve abajo a venderle esto a Boris. Y no dejes que ese gordo cabrón te escatime.

Tidge no necesitó que se lo repitieran y salió corriendo de la choza con más rapidez de la que Rag lo había visto moverse jamás. Eso era bueno, podría ser que esta noche comieran. A Boris, el posadero de El Toro Silencioso, no le importaba que vivieran en el tejado siempre que le proporcionaran alguna que otra baratija. Hasta les había dado comida y un poco de grog si los artículos eran lo bastante valiosos.

—¿Qué coño hace éste aquí? —dijo Fender de pronto dirigiéndole una mirada fulminante a Markus.

—No está haciendo nada —contestó Rag a la defensiva, pero sabía que con eso no aplacaría a Fender: él odiaba a Markus. Era envidia, simple y llana, y a veces Fender podía llegar a ser un cabrón muy desagradable. No obstante, Markus siempre había recibido todas las bofetadas e insultos que Fender le infligía y seguía viniendo a por más.

—Ya me he hartado. —Fender se puso de pie manteniendo la cabeza agachada bajo el tejado de la choza, pero aun así descollando de los demás—. Si se queda, paga, como todos los demás.

—Siéntate, Fen...

—¡A la mierda, Rag! Lo digo en serio. Sal de aquí, chico rico, y no vuelvas hasta que traigas algo que valga una mierda. Todos contribuimos con alguna cosa para llenar la barriga. Ya es hora de que tú hagas lo mismo.

Markus ya se había acercado a la puerta, sin duda temeroso de Fender y de su frío reto, pero levantó la barbilla con aire desafiante. Rag tenía que admitir que se sintió un poco orgullosa de él por eso.

—Muy bien, lo haré —dijo en voz baja. Y salió corriendo por el tejado.

—No tenías por qué hacer esto. Es uno de nosotros —dijo Rag.

—¡Y una mierda! Él tiene familia. No nos necesita. Esperemos a que llegue el invierno, ¿de acuerdo?, esperemos a que empiecen el frío y el hambre. Entonces ya veremos cuántas veces viene para quedarse.

Rag no contestó. Quería decirle a Fender adónde podía irse, quería decirle que Markus era un miembro de su pandilla y que confiaba en él, pero no pudo..., porque, en el fondo, no podía evitar creer que Fender tenía razón y que cuando se hiciera duro seguir adelante ya no volverían a ver a Markus.

La canción del acero no tenía una bonita melodía. El metal resonaba fuerte y discordante, martilleado con músculo, sudor y suciedad. Nobul Jacks interpretaba la canción como un artista, manejando su yunque tan bien como cualquier violinista su arco, con unos golpes potentes de precisión experta. Arremetía con su cuerpo formidable marcando el ritmo; el martillo aplastaba el acero candente que soltaba chispas siguiendo un compás muy, muy rápido, y llenaba la fragua de una endecha que rivalizaba con cualquier orquesta.

En la oscuridad de la forja ardía un fuego intenso del que las hojas sobresalían como los rayos de una rueda, listas para ser aplanadas o enfriadas en agua, listas para cantar como las cuerdas de un harpa. Cerca de allí estaba la muela que voceaba afilando y suavizando con falsete perfecto.

Para Nobul esto era más que un oficio, más que una forma de ganarse el sustento. Cuando trabajaba en la fragua podía olvidarse de aquello en lo que se había convertido su vida, lo único que existía era la canción, la música de sus esfuerzos que se lo llevaba del mundo, lo alejaba de sus pesadillas y su dolor. En cuanto cerraba la puerta tras él se sentía a salvo, en las profundidades del santuario de su ruidoso, sucio y honesto trabajo.

Pero la puerta no podía estar siempre cerrada.

Se abrió y dejó que la luz del sol del exterior bañara el interior de la fragua y violara su santidad. Nobul se detuvo con el martillo levantado cuando, al abrirse la puerta, se perdió la magia de la canción.

Entraron dos hombres; eran unos hombres corpulentos y fornidos. Los dos eran más altos que Nobul, tenían el cuello grueso y la cabeza afeitada, pero no eran delgados como él, ni tan fuertes, no tenían unos músculos de hierro como él. Sin embargo, Nobul dejó el martillo con suavidad y con una mano cubierta por un guante de cuero volvió a meter el acero reluciente en las brasas del fuego.

Uno de los hombres avanzó mientras el otro cerraba la puerta tras ellos, dejando fuera el ruido de la calle. El primero sonrió con seguridad y la cabeza levemente ladeada.

—Hola de nuevo, Nobul —dijo con voz profunda y arrogante—. Ya sabes lo que hay que hacer.

Nobul no dijo nada; no tenía que hacerlo. En cambio, se dirigió al fondo de la fragua donde estaba el banco de trabajo contra la pared. Estaba lleno de cruces y pomos de espada, algunos de ellos adornados y hechos de bronce o plata, otros más sencillos, de hierro pulido u otros metales comunes. Fuera cual fuera el material, todos eran de la mejor calidad; Nobul nunca hacía piezas de segunda. Era un artesano: aunque tenía artículos de varios precios, todos estaban terminados con un cuidado meticuloso.

Un profano podría haber considerado que la mesa era un desastre, pero Nobul

sabía dónde estaba cada cosa, todo estaba guardado en el lugar adecuado. Cogió una pequeña bolsa de cuero que se cerraba con un cordón. Siguió en silencio, cruzó de nuevo la forja y depositó la bolsa en la palma vuelta del hombre grandote. El bruto sonrió, sopesó la bolsa en la mano e hizo tintinear el contenido antes de desatar el cordón y mirar dentro.

—Parece un poco ligera. ¿Tengo que contarlo?

—Está todo ahí —respondió Nobul. No había miedo en su voz. A él aquellos hombres no le inspiraban miedo como a los demás. Era demasiado orgulloso para tener miedo. Había pasado demasiadas cosas para temer a unos hombres como aquéllos a pesar de su corpulencia. A pesar de su reputación.

—Estoy seguro de que sí —dijo el hombre, que sonrió de nuevo mientras ataba el cordón y se guardaba la bolsa dentro de la chaqueta—. ¿Cómo va el negocio, de todos modos? Apuesto a que bien. Con la inminente guerra debes de tener más trabajo del que puedes sacar.

—El negocio va bien —respondió Nobul.

—Vamos, hombre. Va más que bien, ambos lo sabemos. El Gremio se mantiene al tanto de estas cosas. Siempre estamos observando, aunque tú no nos veas. Hay una gran demanda de armas y armaduras para los soldados del frente, sobre todo para un herrero de tu... talento. Y un hombre de tu talento necesita protección, necesita que cuiden de él. Nunca se sabe cuándo podría aparecer un agente de los khurtas con la intención de hacerte daño y sabotear así el esfuerzo de la guerra. Por ese motivo vamos a tener un cuidado especial contigo durante los próximos meses. Y, por consiguiente, este cuidado adicional costará un suplemento.

Nobul no respondió; no tenía mucho sentido. Él pagaba su tarifa de protección para que lo dejaran en paz, no para que lo vigilaran.

El hombre lo saludó con la cabeza y se dio la vuelta. Su fornido amigo abrió la puerta y el barullo entró una vez más.

—Ya nos veremos —dijo el bruto con una sonrisa; y se fueron, dejando que la puerta se cerrara de un portazo al salir.

Nobul apretó los puños sintiéndose impotente y lleno de ira. Lo cierto era que sí había recibido un encargo de la Corona, pero él estaba solo y no podía permitirse pagar a un aprendiz. Su hijo era demasiado joven para trabajar en la fragua y, de todos modos, era un trabajo agotador que no quería para el chico. Era un trabajo duro y sucio para hombres duros y sucios, y Markus no estaba hecho para él. Aunque lo había criado lo mejor que había sabido, su relación distaba mucho de ser ideal. Lo último que Nobul quería era obligarlo a trabajar en la fragua y hacer aún más profunda la brecha que los separaba.

Pero ¿qué alternativa tenía? Si no hubiera tenido que pagar el préstamo por la fragua además del estipendio para el Gremio por sus «servicios», tal vez hubiera podido salir adelante. Pero si ahora tenía que pagar aún más, ¿cómo iba a mantener un techo sobre su cabeza y alimentarse, por no hablar de Markus?

Quedarse lamentándose sin hacer nada no iba a resolver el problema. Nobul volvió a ponerse el guante y cogió el martillo.

Ya era de noche cuando por fin dejó la fragua y se aventuró a salir al frío de la calle. Había varias personas atareadas colgando banderas y empavesados para la Fiesta de Arlor, pero a él no le interesaba nada de todo aquello. ¿Qué sentido tenía?

Cerró la pesada puerta tras él haciendo girar las grandes llaves de hierro en las cerraduras de muesca en la parte superior e inferior de la puerta y luego emprendió el corto paseo hasta la casita a la que él y Markus llamaban hogar. Aunque el minúsculo espacio estaba atestado con el mobiliario que tenían, aún se notaba vacío sin ella allí. Miró la chimenea junto a la que habría estado..., habría estado sentada, pero la silla estaba vacía. Sin embargo, el fuego estaba encendido y encima de él borboteaba una olla de caldo que llenaba la habitación de un rico aroma que hizo que le sonaran las tripas con aprobación.

—¿Markus? —llamó Nobul. Obtuvo como respuesta un estrépito proveniente del piso de arriba, del dormitorio que compartían, seguido por la respuesta amortiguada de su hijo. El chico bajó las escaleras tan rápido como pudo cuando su padre lo llamó, dando traspies la mitad del tramo. Era un niño patoso, desgarrado, flaco y de hombros débiles. Eso en el fondo molestaba a Nobul. Si él hubiera podido forjar a su hijo tal como forjaba las armas y armaduras, desde luego Markus hubiera sido un niño magnífico. Las cosas no habían salido así.

—Padre —dijo el chico al llegar al pie de las escaleras, e intentó recuperar la compostura.

—¿Otra vez dormías? —preguntó Nobul sin esperar una respuesta. Markus sólo parecía feliz cuando echaba una cabezada, sólo parecía sonreír cuando dormía. Era una flojera que Nobul le habría sacado a golpes. Ya era hora de que el chico aprendiera un poco de la ética del trabajo duro de su padre, pero pegarle nunca pareció servir de nada. Estaba claro que no lo había endurecido, y él era reacio a continuar por ese camino. Podría ser que acabara ahuyentando del todo a su hijo, y ya había perdido suficiente.

—Pon la mesa —le ordenó Nobul mientras se quitaba las botas y se sentaba junto al fuego.

—Hice el caldo —dijo Markus al tiempo que ponía unos cuencos de madera en la mesa y colocaba las cucharas.

—Sí, ya lo veo.

—Y fui a por el pan tal como me pediste. El panadero dijo que estaba haciendo mucho del blando, ese que no tiene grumos, de modo que compré ése.

Nobul frunció el ceño.

—Markus, ¿cuántas veces? El blando no dura; en cuestión de un día se pondrá duro. Necesitamos una hogaza que nos dure toda la semana. Yo no estoy hecho de...

—Se calló. No serviría de nada. Markus no parecía prestar atención a ninguna reprimenda; lo único que hacía era retraerse más en sí mismo.

Levantó la tapa de la olla y cogió la cuchara de madera que había junto al hogar. Entonces se detuvo: la olla estaba llena hasta el borde. Por lo visto Markus había utilizado la reserva de carne y verduras que tenían para todo el mes.

—¿Qué es esto? —preguntó. El muchacho se quedó inmóvil junto a la mesa de la cena, paralizado—. ¿Cuándo vas a pensar, chico? La comida nos tiene que durar. Si lo cocinas todo en un guiso, se estropeará en cuestión de pocos días.

Los ojos de su hijo empezaron a inundarse de lágrimas y Nobul se sorprendió retorciendo la cuchara de madera en la mano como si fuera un trapo húmedo. Tenía que controlar el genio, no dejar que los demonios de su interior se rebelaran.

—No importa. Tendremos que apañarnos.

Se sentaron a comer en silencio, como siempre. No se bendijo la mesa ni se dio gracias a los dioses. ¿Para qué molestarse? No eran ellos los que habían pagado la comida ni eran ellos los que la habían cocinado.

Nobul estaba hambriento, pero se tomó su tiempo, saboreando la carne y el pan recién hecho. Tenía que reconocerle una cosa a su hijo: sin duda sabía cocinar un caldo decente. Markus, sin embargo, engullía el guiso más rápido de lo que Nobul lo había visto hacerlo jamás. Le salía vapor de la boca y se le estaban poniendo las mejillas coloradas por el calor; estaba claro que se quemaba al tragar, pero el chico era indiferente al dolor.

—¿Tienes prisa? —le preguntó.

Markus levantó la vista. Era una mirada de culpabilidad como nunca había visto Nobul, pero su hijo negó con la cabeza de todos modos. Aminoró un poco el ritmo al comer, pero aun así terminó mucho antes que su padre, se levantó rápidamente y llevó el cuenco y la cuchara al cubo que había en la esquina. Nobul observó a su hijo mientras éste fregaba su plato, lo dejaba junto al alféizar de la ventana para que se secase y a continuación se daba la vuelta, ansioso.

—¿Te estoy entreteniendo? —preguntó.

Markus volvió a negar con la cabeza, pero se le estremecía la pierna, le temblaba como la pata trasera de un semental en celo; estaba claro que quería ir a alguna parte, a cualquier otra parte que no fuera allí.

—Se está haciendo tarde. El sol se ha puesto. Ya sabes que no me gusta que...

—Tendré cuidado —dijo Markus—. Y no volveré más tarde de la última campana.

Nobul asintió e inclinó la cabeza hacia la puerta en un gesto de «pues venga, vete».

Markus esbozó una sonrisa y se dirigía a toda prisa hacia la puerta cuando de pronto Nobul alargó el brazo para detenerlo. Sólo había querido decirle que estuviera atento y que no se alejara demasiado, pero cuando agarró a su hijo del brazo, notó algo duro bajo la manga.

Fuera lo que fuera lo que iba a decir se le olvidó cuando tiró de Markus hacia él, le subió la manga de su camisa de algodón y vio la bolsa diminuta que llevaba atada

al antebrazo. Nobul no dijo nada, le quitó la bolsa y la abrió de un tirón. Ya sabía lo que había dentro. Cuatro monedas pequeñas en el fondo: tres de cobre y una pieza de plata. Lo suficiente como para poder comer una semana.

Nobul se puso de pie lentamente mientras se echaba las monedas en la mano abierta.

—¿De dónde las has sacado? —Lo iba embargando la ira, y el hecho de que Markus pareciera tan culpable, como alguien al que hubieran pillado con las manos en la masa, no contribuyó a apaciguarla. No hubo respuesta y su furia borbotó como un caldo espeso en la olla. Nobul descollaba sobre la delgada figura de su hijo—. ¡Dímelo! —gritó—. ¿Las robaste? ¿A quién...?

Entonces se quedó helado. No era posible, no podía ser, pero en el fondo sabía que así era.

—¿Las cogiste de debajo de mi cama? ¿Para qué? ¿Para dárselas a esos golfillos con los que te juntas? ¿Qué te he dicho yo de esa escoria de las calles?

La lágrima que de pronto le corrió por la mejilla a Markus era la confesión que sus labios no se atrevían a pronunciar.

La palma carnososa de Nobul golpeó la mejilla de su hijo con un sonoro bofetón. Fue tan fuerte que hizo perder el equilibrio al muchacho y lo tiró al suelo mientras agitaba sus extremidades larguiruchas. Había sido algo instintivo, el resultado de la furia, y Nobul vio caer a su hijo y lo lamentó al instante.

Dio un paso adelante y alargó el brazo para ayudar al chico a levantarse, dispuesto a decir una palabra de arrepentimiento, quizás incluso decir que lo sentía, pero Markus se había puesto de pie de inmediato y ya estaba en la puerta. Nobul ni siquiera tuvo tiempo de llamarlo antes de que el chico abriera la puerta de un tirón y saliera corriendo a la noche.

El hombre no pudo hacer más que verle marchar.

Todavía tenía las monedas en la mano. Parecían quemarle la palma como si estuviera sujetando un hierro ardiente, recordándole su culpa. Con un gruñido salvaje arrojó las monedas hacia el otro extremo de la habitación donde rebotaron y se esparcieron por el suelo.

Poco a poco, con cada respiración, se fue calmando, se fue enfriando la ira mientras mantenía los ojos cerrados con fuerza. Si se tratara de otro hombre, uno más débil, podría ser que los cerrara para sofocar las lágrimas de su pesar, pero Nobul ya había llorado todo lo que tenía que llorar hacía doce años. Ya no le quedaban lágrimas.

Cerró la puerta y fue a sentarse en la silla junto al hogar. En la silla de ella.

Rona era joven cuando se conocieron. Demasiado joven para Nobul, o al menos eso le había dicho todo el mundo. Al principio él no les hizo caso, estaba contento de que ella le hubiera prestado atención, feliz de que estuvieran juntos. Nunca había conocido a nadie como ella, a nadie tan inocente, dulce y bueno. Sin embargo, al final había escuchado las voces: sus viejos amigos, o lo que Nobul tenía por amigos, y

también los padres de ella, aunque nunca habían hablado mal de él en su presencia. Nobul había reaccionado intentando causarle rechazo, intentó explicarle que él no le haría ningún bien y que debía encontrar a otra persona, a alguien más joven. Al principio no había resultado, no hasta que una noche se emborrachó y se enzarzó en una pelea en un bar. Entonces ella había visto al verdadero Nobul Jacks, al Nobul Jacks rápido, duro e implacable. Sin embargo, al cabo de dos días, cuando las cosas se habían calmado, ella había vuelto a él. Nobul no había sido capaz de rechazarla y, tal como ella le pidió, había prometido no pelearse nunca más.

Se casaron al norte de la ciudad, ellos dos solos bajo un viejo olmo. Sólo ellos y el druida, una boda presenciada por los antiguos dioses tal como ella había querido. Regresaron a la ciudad, y cuando aún no llevaban ni un día allí, Nobul recibió el llamamiento. Hacía meses que en el sur había agitación. Los Guardianes del Sur habían regresado con informes de que había Hombres León en el extranjero que tocaban los tambores de guerra con un ojo puesto en los Estados Libres. Como exmercenario, se suponía que Nobul tenía que luchar, se suponía que tenía que ofrecer su brazo armado a la causa, a pesar de la promesa que le había hecho a Rona. No tenía alternativa.

Antes de partir hacia el sur con los ejércitos, le dijo a su mujer que volvería, le prometió que regresaría tal como se marchaba, con todo intacto. Nobul no le había pedido nada. ¿Cómo podía hacerlo? Ella era joven, y si él moría, tendría que seguir adelante, encontrar a otra persona que cuidara de ella.

La guerra contra los aeslanti había sido peor de lo que cualquiera de ellos podría haber pensado. Habían oído las historias que decían que los mejores guerreros de Equ'un eran gigantes que se alimentaban de carne humana. La verdad había resultado mucho peor.

La batalla de Bakhaus Gate ya era legendaria; un millar de hombres valientes defendiendo el paso contra una horda de monstruos vociferantes. Luchando con valor con las banderas de los Estados Libres enarboladas con orgullo.

La realidad fue un poco menos gloriosa, siempre era así.

Habían sido casi diez mil, todos ellos meándose de miedo. A nadie le importaba un comino las banderas, el orgullo o la gloria, lo único que querían era echar a correr, y lo hubieran hecho si no hubieran temido más a sus oficiales al mando que al enemigo. Sin embargo, la inmensa horda a la que se enfrentaban había bastado para hacer que se cuestionaran dicho miedo así como la lealtad hacia sus oficiales o incluso hacia el rey. Un mar blindado de demonios bestiales que esgrimían unas espadas enormes y rugían más fuerte que los truenos había avanzado hacia Bakhaus Gate.

Pero sin saber cómo habían ganado.

Nobul mantuvo la promesa que le había hecho a Rona y regresó con todas las partes en pleno funcionamiento, pero lo que había visto en el sur, la carnicería y la crueldad, lo habían embotado por dentro. Fue incapaz de compartir la alegría de su

esposa al tener un bebé y verlo crecer. En cambio, había aprendido un oficio, un oficio castigador, y se había entregado a él en cuerpo y alma. Con el cuerpo y el alma que le quedaban.

Cuando Rona enfermó del Dulce Cáncer, Nobul se dedicó con más ahínco a su trabajo.

Hasta que no encontró su cadáver tendido en la cama, con sus ojos azules mirando al techo, su cuerpo consumido por la enfermedad, no se dio cuenta de lo que había evitado, de lo que había perdido.

Lo único que le quedaba era Markus, y ahora parecía que había conseguido ahuyentar al chico. El muchacho necesitaba a Rona, necesitaba su delicadeza, sus palabras cuidadosas y su bondad, pero ella se había ido.

Y ahora él no tenía nada.

Nobul se levantó de la silla, se puso las botas y anduvo la corta distancia hasta la fragua. Se alegró de encontrar las brasas del fuego aún ardiendo.

Acongojado, tomó el martillo y empezó de nuevo la canción del acero. Quizá, con suerte, podría perderse en ella una vez más.

6

La sala se encontraba en la cara norte de la Torre de los Magistrados y su única ventana daba al Storway y al Viejo Camino de Piedra, allí donde ambos empezaban sus largos recorridos. Se hallaba lejos de la habitación más alta, estaba sólo en un punto medio de la vasta ciudadela, pero aun así las vistas desde la ventana rivalizaban con las de cualquier otro chapitel de la ciudad de Steelhaven.

En un extremo de la sala había una pizarra negra como el carbón cubierta de signos, cifras y runas dispuestas formando una especie de maraña de ecuaciones. A cualquiera que supiera leer le habrían parecido unos garabatos aleatorios, un bonito patrón de caracteres extravagantes que podrían representar algún idioma antiguo y prohibido. Para los miembros de la Casta, aquéllos a los que se les concedía licencia para practicar las artes de la magia dentro de los Estados Libres, representaba la fuente de su poder, el significado que había detrás del Velo, una forma de producir hechicerías a partir de las tormentas diabólicas que se propagaban con furia y sin ser vistas por las tierras de los hombres.

Para Waylian Grimm no era más que un galimatías.

Él había sido un discípulo muy prometedor en su provincia natal de Ankavern. La facultad a la que había asistido en la ciudad de Groffham lo había elogiado como a su mejor estudiante, lo habían colmado de halagos, al parecer encantados de que su intelecto superara con creces el de todos sus iguales. Waylian había llegado a ser considerado más capaz incluso que algunos de sus tutores y era lógico que lo recomendaran para que cursara estudios avanzados en la Torre de los Magistrados. Sus padres también se habían mostrado entusiasmados, incluso su madre, que lo había tratado como a un crío indefenso hasta bien avanzada su adolescencia. Se alegraron mucho de que recorriera el camino del oeste hacia Steelhaven, pues estaba claro que la promesa de que su hijo pudiera convertirse algún día en un magistrado superaba su necesidad de protegerlo.

Lamentablemente, desde su llegada, Waylian descubrió que el vasto intelecto y la excelencia en el estudio que tanto lo habían hecho destacar en Ankavern parecían de lo más normal allí entre sus nuevos compañeros. Empezaba a sentirse un poco fracasado. Esto no quería decir que no hubiera aprendido mucho desde que inició su aprendizaje. En realidad, había consumido conocimientos con voracidad.

En el transcurso de los pocos meses desde que empezó sus estudios había aprendido los principios básicos de siete idiomas diferentes, desde los inconfundibles chasquidos y suspiros de las distintas tribus de Equ'un hasta los dialectos alegres y cantarines de los elharim. Había dominado tanto la historia antigua como la moderna, desde las numerosas campañas de las Guerras del Dragón de los Kaer'Vahari hasta las estrategias militares de los Reyes de la Espada y las rutas migratorias de las primeras tribus teutonas. Había estudiado los orígenes de los antiguos dioses y su desaparición final antes de la creciente veneración de Arlor y Vorena. Waylian se

había convertido en un teólogo consumado con conocimientos expertos de los panteones de una docena de culturas politeístas, desde los varios cultos a la muerte de los khurtas hasta los dioses del cielo Aeslanti y sus constelaciones relevantes. Sus conocimientos sobre modales, ritos y costumbres orientales no tenían parangón y, si así lo hubiese deseado, Waylian podría haberse convertido fácilmente en un valioso enviado en el este, en la corte del rey Cael.

Sin embargo, todo esto no servía de nada si ni siquiera podía entender los rudimentos de la magia.

La magistrada estaba de pie junto a la pizarra hablando con rapidez y con voz monótona. Era la única persona que había en la habitación aparte de él y estaba concentrada únicamente en enseñar a Waylian los entresijos del arte. Como no entendía nada, era como si la mujer hablara en un idioma desconocido.

Waylian había estudiado los libros; precisamente en aquellos momentos tenía delante uno abierto cuya página pertinente se mofaba de él con su lenguaje casi indescifrable. Había aprendido todo lo posible a fuerza de repetirlo: los símbolos, gestos, ecuaciones, componentes, ensalmos, meditaciones y medios de ejecución relevantes, pero sencillamente no entendía nada de todo aquello.

Había retenido algunas cosas, por supuesto. Sabía que el conjuro de fuego requería de polvo de carbón, hollín o algún otro ingrediente con base de carbono extendido sobre la piel de la manera correcta mientras se pronunciaba el conjuro necesario. Sabía que se podía utilizar y manejar el clima a voluntad del mago, abriendo los simples conductos elementales. Sabía que se podía influir en las criaturas insensibles para que llevaran a cabo la voluntad de cualquier hombre que conociera el lenguaje pertinente y las palabras concretas. Pero cuando le pedían que recordara algún detalle, cuando tenía que acordarse de los ensalmos específicos o de los componentes que iban con un conjuro en particular, se le quedaba la mente en blanco.

Sin estos conocimientos secretos, sin ser capaz de unir todas estas cosas de manera instintiva, era imposible que un magistrado accediera a la tormenta, que rompiera el Velo y se convirtiera en un verdadero conjurador.

El único consuelo de Waylian era que, de momento, no tenía que hacerlo. Sólo era un aprendiz, un oficial, un neófito y, por consiguiente, tenía prohibido ejercer la magia hasta que no fuera iniciado como miembro de la Casta. De momento sus estudios eran puramente teóricos y, mientras lo siguieran siendo, Waylian podría disimular el hecho de que tenía problemas. Y era más que eso: estaba fracasando, se ahogaba en un mar de conocimiento que no podría comprender ni controlar jamás.

—¿No te dejó dormir?

Era la magistrada.

Al oírla, Waylian cayó en la cuenta de que había estado mirando fijamente la dura madera de su mesa, en lugar de agarrarse a cada una de las palabras de la mujer. Ella lo miró con su cabello blanco recogido hacia atrás, con un peinado tirante y severo,

con sus rasgos maduros y sus penetrantes ojos azules que le lanzaban una mirada fulminante de desprecio.

—No, magistrada —respondió. Tragó saliva.

Waylian le tenía miedo a su maestra, más del que le había tenido a cualquier otro ser humano durante su corta vida. Era su mentora, su tutora, pero por encima de todo era su profesora. Gelredida... o la Bruja Roja, como la llamaban los otros aprendices, aunque él sólo la llamaba magistrada. Era alta, de porte erguido, si bien las arrugas de su rostro denotaban una edad y una experiencia que iban mucho más allá de los años mortales. Waylian se había preguntado con frecuencia si la mujer utilizaba su magia para mantenerse joven. Quizá su edad se contara por siglos.

Pero no se atrevería a preguntárselo.

Era una mujer respetada y temida en la torre, tratada con reverencia incluso por los demás magistrados. Ya era mala suerte acabar siendo aprendiz de una tutora tan formidable como ella.

No era tan sólo su aire autoritario y su reputación lo que provocaban el miedo de Waylian. Era su aura de poder, la seguridad que emanaba de su persona, como si pudiera arrebatarse la vida a cualquiera que la contrariara, aunque no es que hubiera demostrado nunca tener semejante poder. De hecho, desde que Waylian había llegado a Steelhaven, solamente había visto pronunciar una invocación menor. Había aprendido enseguida que la magia era una herramienta poderosa que nunca había que utilizar a la ligera. Su uso tenía un precio que todos los magistrados pagaban de un modo u otro. Esto quedaba demostrado por algunos de los magos más ancianos que vagaban por los salones de la torre, algunos mascullando para sí diatribas provocadas por la demencia, otros encorvados, desdentados y con unas cicatrices terribles, con el cuerpo atrofiado o lisiado; consecuencia de una magia siniestra que Waylian no osaba ni imaginar.

—No soportaría pensar que estaba hablando sola. —Agarró el pedazo de tiza blanca con su mano esbelta y señaló la pizarra con un gesto—. De manera que, sólo para sacarme de la duda, recuérdame cuál es el principio básico del conjuro elemental.

Waylian sintió que lo embargaba el pánico. Miró a la pizarra un segundo con la esperanza de que algún garabato de los que había en ella le ofreciera de pronto algún tipo de respuesta, pero no... Seguía siendo absolutamente ininteligible.

¿Conjuro elemental? Vaya, ésa era difícil.

¿O no? ¿Era una pregunta que realmente sabía?

El conjuro se refería a la invocación, eso era bastante fácil. Pero ¿era de seres elementales como demonios de fuego gigantescos o de fenómenos elementales como tormentas eléctricas y maremotos?

No tenía ni idea.

Por un segundo consideró intentar salvar la situación inventando algo que sonara convincente, pero sabía que era una estupidez. Gelredida no aceptaba nada que no

fuera definitivo, no toleraba las suposiciones. Quería la respuesta y la quería tal y como estaba escrita en uno de sus polvorientos mamotretos, citada textualmente y con seguridad. Tan malo hubiera sido dar una respuesta equivocada como no responder.

Waylian respondió con un encogimiento de hombros, tratando de que fuera de los que denotan valentía, de los que demuestran valor y confianza en general, pero en el fondo sabía que resultaba patético.

—¡Qué sorpresa! —dijo la magistrada, que en absoluto estaba sorprendida de que su alumno no tuviera ni idea. Bueno, ya debía de estar acostumbrándose—. Por si acaso decides recordarlo la próxima vez, el principio básico es la armonía. Toda la vida, en su aspecto más básico, está formada de los mismos elementos. Los componentes para el conjuro elemental no determinan los resultados; eso es decisión del magistrado. Un componente sencillamente trasladará la forma a una tarea específica. ¿Lo entiendes?

Waylian asintió.

—No sé por qué, pero lo dudo —dijo la magistrada—. De todas formas en esencia significa que, incluso usando agua, con la práctica suficiente podrías conjurar y utilizar el elemento de fuego a tu antojo. Aunque no acabo de entender por qué me molesto en aclarártelo.

La mujer cerró los ojos. Waylian no sabía si estaba sofocando su ira o simplemente estaba mostrando su frustración. En cualquier caso, lo ponía nervioso.

—A partir de ahora, mi alumno no versado, te llamaremos Pultra. Creo que ya conoces nuestro acuerdo, ¿verdad, Pultra?

Él asintió con desánimo.

Waylian conocía perfectamente el «acuerdo». La magistrada escogía un nombre, un apelativo insultante, degradante o desagradable en cualquier otro sentido, de algún dialecto extranjero y poco conocido. Hasta que Waylian pudiera identificar el origen y significado del nombre, continuaría llamándolo por él. Ese hecho en sí mismo podría no haber sido tan malo, pero hasta que encontrara la respuesta al pequeño dilema de su profesora, también le asignarían las más rastreras de las tareas serviles, como limpiar la bazofia después de las comidas o borrar todas las pizarras de las aulas.

—Excelente, Pultra. Pues creo que tienes cosas que estudiar.

—Sí, magistrada —respondió Waylian, y cerró el libro de la mesa. Metió el libro, la pluma, la tinta y unos cuantos pergaminos sueltos en su maltrecha cartera de cuero y caminó arrastrando los pies junto a las hileras de mesas vacías en dirección a la puerta. No se atrevió a mirar a la magistrada; no quería ver su mirada fulminante.

Una vez fuera en el pasillo, Waylian se sintió invadido por una oleada de alivio. Sin las espadas gemelas de la *expectativa* y la *decepción* pendiendo sobre su cabeza, pudo volver a respirar. Fue lo único que pudo hacer para evitar salir corriendo hacia la Gran Biblioteca.

La Liber Conflagrantia ocupaba todo un piso de la Torre de los Magistrados. Verdaderamente era la más grande de las bibliotecas, el depósito de cinco mil años de historia. Contenía tomos sobre culturas y religiones extintas desde hacía mucho tiempo y mapas y pergaminos que mostraban límites y fronteras que habían sido pisoteados hasta desvanecerse bajo los pies de antiguos conquistadores y reyes.

Siempre que Waylian penetraba en sus santos confines se quedaba sin habla.

Dos Caballeros Cuervo, como estatuas con armadura negra, guardaban la entrada de la biblioteca con unas lanzas que casi llegaban al techo. Waylian pasó junto a ellos con la cabeza inclinada, pues aunque no les veía los ojos dentro de sus picudos yelmos, no iba a arriesgarse a llamar excesivamente la atención. Los Caballeros Cuervo eran los guardianes de la Torre de los Magistrados, una orden dedicada a la protección de la vasta ciudadela y de aquellos que vivían en ella. No poseían habilidades mágicas, pero su competencia marcial no tenía parangón, ni siquiera podían compararse a los Caballeros de la Sangre. Vivían con un único propósito: llevar a cabo la voluntad del Crisol de los Magistrados, cosa que hacían con un entusiasmo fanático. Aunque sabía que todos ellos darían su vida por protegerle, Waylian no podía evitar tenerles miedo.

Dentro de la biblioteca lo acometió el penetrante olor a pergamino, polvo y madera vieja. En una esquina se hallaba el enorme esqueleto de un guerrero aeslanti: más de dos metros de estatura, con unos huesos el doble de gruesos que los de un hombre y unos colmillos en el cráneo largos como el dedo medio de Waylian. Incluso estando muerta, resultaba espantoso contemplar a aquella bestia, un recordatorio horripilante del coraje demostrado por los ejércitos de los Estados Libres y de su rey.

La amplia sala estaba sobrecogedoramente tranquila para tratarse de una habitación de semejante tamaño. Había dos ancianos magistrados sentados al fondo, estudiando unos códices anticuados en silencio, pero por lo demás el lugar estaba vacío.

A Waylian se le cayó el alma a los pies cuando empezó a comprender la magnitud de la tarea que tenía por delante. Aquel lugar albergaba miles de tomos y le habían encargado encontrar un único dato.

Nunca había sido de los que admiten la derrota; tendría que empezar por alguna parte y seguir adelante hasta que lo encontrara.

La magistrada Gelredida ya había manifestado su descontento de esta forma con anterioridad. Siempre había seleccionado los idiomas más oscuros de las culturas menos conocidas para probar a Waylian al límite. Anteriormente lo había llamado con el antiguo nombre con el que los Reyes de la Espada llamaban al estiércol de vaca, una palabra que los monjes de Han-Shar utilizaban para denominar el anillo que insertaban en la nariz de los toros; después lo llamó con la palabra con la que los esclavos de los khurtas llamaban a los testículos de cabra. *Pultra* parecía de origen teutónico, pero era imposible que fuera así de simple. Quizá fuera de Golgartha o de las Fortalezas de Hielo de Morath, más al norte, aunque no sonaba lo bastante gutural

y salvaje.

—¿La Bruja Roja te ha dado otro de esos nombres tediosos para averiguar, Grimm?

Waylian se llevó un susto tremendo al oír la pregunta en un susurro, pero al ver quién era el que hablaba soltó un suspiro audible.

Rembram Thule estaba sentado frente a una mesa pequeña de madera, escondido entre dos librerías enormes. Estaba sonriendo, como siempre, y el cabello oscuro le caía sobre su hermoso rostro. Era carismático, seguro de sí mismo, atractivo; todo lo que Waylian no era.

—¿Cómo lo has sabido, Bram? —le preguntó en voz baja, y movió una silla para sentarse enfrente—. Y deja de llamarla así en voz alta. Si te oye uno de los magistrados, te pasarás toda la Fiesta de Arlor haciendo trabajos rastreros.

—Esos dos viejos están sordos como una tapia. —Señaló tranquilamente hacia los magistrados sentados al otro extremo de una hilera de mesas de estudio sumidos en reflexión.

—No lo dudo. Pero ella tiene... maneras, ya sabes. Estoy seguro de que oye todo lo que pasa dentro de estas paredes. No me sorprendería que pudiera oír esta conversación.

—Pareces paranoico, Grimm.

—Bueno, ¿y tú no lo estarías? Tengo la sensación de estar maldito; es como si nada de lo que hago estuviera bien, ni nada de lo que digo, ni las respuestas que doy. Seguro que está esperando a expulsarme de la torre, o algo peor.

—¿Qué, convertirte en rana? —Bram sonrió con picardía.

—No es para tomárselo a risa. No sabes lo bien que lo tienes tú.

—Oh, sí. Yo lo tengo fácil siendo aprendiz de un viejo murciélago senil. ¿Por qué crees que estoy aquí metido en la biblioteca cuando todo el mundo está relajándose en el salón de aprendices? Porque nada de lo que me enseña el magistrado Arfax me sirve para un carajo, por eso. Más valdría que me enseñara a mí mismo.

De repente Waylian tuvo envidia. Bram era un estudiante ejemplar, superó como si nada todos los exámenes teóricos de magia a los que someten a todos los alumnos de primer año, y por lo visto lo hizo todo por propia iniciativa. Y Waylian ni siquiera había logrado dominar lo más básico aun contando con la severa ayuda de la magistrada Gelredida.

—Tú lo tienes mucho más fácil, créeme —le dijo Waylian—. Además, parece que te va muy bien. En cualquier caso, tal como lo estoy haciendo, yo no voy a seguir aquí mucho tiempo más.

—No te rindas tan pronto, Grimm. Al final lo entenderás, confía en mí; será como si doblaras una esquina y quedara todo expuesto ante ti. Todo quedará claro. Te lo prometo: te preguntarás a qué vino tanto alboroto.

—Espero que sea así —repuso Waylian, que pensó en la vida de una ciudad provincial, una vida aburrida y planificada de manera ineludible. Haría cualquier

trato, cualquier pacto para evitar volver a ella.

—Sé que lo será. —Bram cerró su libro y lo metió en la cartera. Se levantó y le dio un apretón en el hombro a Waylian—. Por cierto, ¿qué nombre te ha dado esta vez?

—Ha empezado a llamarme *Pultra*.

—Suenan bien. Tiene cierto dejo oriental, pero la morfología es un poco arcaica. ¿Cómo te lo dijo?

—Dijo: *Pultra*. —Waylian repitió la palabra lo mejor que pudo recordar, pero no había énfasis en ninguna de las sílabas.

—Sí, eso no ayuda. ¿Qué te estaba enseñando cuando decidió que necesitabas un nuevo nombre?

—Algo sobre el conjuro elemental. No recuerdo qué exactamente.

—En tal caso te sugiero que empieces por ahí. —Bram le guiñó un ojo y cruzó la biblioteca hacia la salida con el rítmico golpeteo de sus sandalias contra las tablas de madera del suelo, dejando solo a Waylian en aquel depósito de sabiduría.

Suspiró, recorrió la enorme biblioteca con la mirada y se puso a buscar la sección de conjuros.

Tardó tres horas, pero al final encontró lo que buscaba. Estaba en un pequeño tomo que trataba de las definiciones elementales titulado *El camino de los cinco sabios*. Había una sección sobre golems que se materializaban de la misma tierra, todo teórico y muy confuso, pero Waylian captó lo esencial hasta cierto punto. Justo al final de la sección explicaba que si estos conjuros se realizaban de forma incorrecta, el golem fallaría y se convertiría en simples glóbulos de tierra y brea. Estos engendros fallidos se conocían como *pultra*.

Waylian quería alegrarse de haber logrado averiguar la respuesta a su dilema, pero en cierto modo le parecía un logro vacío. Era evidente que la magistrada Gelredida le estaba enviando un mensaje alto y claro: era un fracaso de la peor calaña que persistía en aquel lugar como un viejo perro leproso.

Mientras contemplaba la luna brillante a través del gran ventanal de la Liber Conflagrantia, Waylian esperó que la mujer tuviera la gentileza de acabar con su sufrimiento cuanto antes mejor.

El olor de las calles era repugnante, el sonido clamoroso, las vistas deslumbrantes. Northgate estaba iluminada, un millar de fuegos brillaban en las ventanas o relucían en los braseros de la calle, unos puntos de luz que eran un reflejo de las constelaciones que ardían en el despejado cielo nocturno.

Para Río era el escenario ideal en el que ejercer su oficio.

Vestía las sombras como si fueran una capa, la luz le resbalaba por los hombros como la sangre en una espada. Se movía por los tejados oscuros con paso silencioso y con todos los sentidos aguzados para ver y oír cosas que le repugnaban y le emocionaban a la vez. Ansiaba estar de vuelta en el santuario, a salvo del alboroto, pero también disfrutaba de la libertad de estar al aire libre, moviéndose por los tejados como un animal, poniendo a prueba mente y cuerpo hasta el límite.

El almacén se encontraba más adelante, tenebroso contra la iluminación circundante. Para Río era como una almenara en medio de la ciudad, un objetivo oscuro hacia el que se sentía atraído *como un tiburón hacia un pez acorralado*.

Estaba ansioso por llegar al almacén, por alcanzar su objetivo y llevar a cabo su tarea, y se dirigió hacia su presa andando por los tejados con paso suave y con una seguridad incomparable. Llevaba una ropa oscura más que negra, capaz de reflejar la luz y ocultar mejor sus movimientos. Una capucha sobre la cabeza escondía su rostro marcado, aunque nadie iba a verle la cara, o al menos no viviría después de vérsela.

Río llegó al borde del tejado. Entre él y el almacén había casi seis metros de vacío. Tomó impulso y salvó el hueco, se agarró al borde del tejado del almacén con mano de acero y el ruido que hizo al caer quedó ahogado por el de las multitudes de jueguistas de abajo. Río se aupó con facilidad y se agachó para reducir al mínimo su silueta contra el cielo oscuro. Buscó un punto de entrada en el tejado. Había una sola ventana en el centro de la torcida disposición de tejas y Río comprobó el borde con cuidado. Exhaló largamente cuando notó que se movía al agarrarlo y deseó con todas sus fuerzas que no hiciera ruido ni crujiera estrepitosamente y alertara a los de dentro de su entrada. El hueco de la ventana tenía menos de treinta centímetros de anchura pero Río se deslizó a través de él sin complicaciones. Quedó suspendido en la negrura un momento para dejar que se le acostumbrara la vista y luego se dejó caer sobre las tablas del suelo con más suavidad que el golpeteo de unas gotas de lluvia, pero letal en la oscuridad.

Unas voces amortiguadas resonaban desde el piso de abajo, una de ellas fuerte por la ira y otras que emitían sonidos apaciguadores de asentimiento. La voz enojada tenía un tono de desesperación, como de uno que tuviera prisa y temiera quedarse allí. Río supo que estaba en el lugar correcto.

Se dirigió a una desvencijada escalera de madera que bajaba y tuvo cuidado de distribuir su peso equitativamente para no hacer crujir los viejos maderos. Era una acción instintiva en él, moverse en silencio, ser consciente del entorno, mantener los

ojos y oídos abiertos, reconocer olores e incluso sabores que podrían ayudar a su paso quedo por terreno desconocido.

Se asomó y distinguió una figura sola al pie de una segunda escalera: un único guardia... no era suficiente. Río se movió, fluyó por las sombras, *como el agua de un arroyo*, acercándose con sigilo a la figura corpulenta hasta que la tuvo al alcance de la mano. Pese a la penumbra vio que se estaba hurgando la nariz gorda que tenía, con el dedo metido hasta el fondo de la vasta cavidad. No se había lavado desde hacía por lo menos cinco días. Río lo olía: la materia fecal en sus pantalones de tartán, el sudor almizclado de las axilas, el olor rancio a sexo de su entrepierna.

Río salió disparado de la oscuridad, su hoja corta se deslizó de la vaina sin hacer ruido y se clavó en la parte posterior de la cabeza del guardia. El hombre tembló en manos de Río con el dedo aún metido en la enorme ventana de la nariz hasta que su cuerpo se dio cuenta de que estaba separado del cerebro, muerto. Río extrajo la hoja, dejó el cadáver sobre las tablas del suelo con una delicadeza casi reverencial y siguió adelante sin remordimientos.

Aquellos hombres no eran inocentes, eran rateros y ladrones, secuestradores y pervertidos, la escoria más vil de la ciudad, aunque no es que importara. El hecho consistía en que eran empleados de su objetivo y se interponían en su camino. No podía permitirse que vivieran.

Las voces se oían más fuertes desde su posición ventajosa en lo alto de la escalera y Río hizo una pausa para evaluar el campo de batalla. El almacén era amplio, estaba escasamente iluminado y los hombres se movían por él con resolución.

—¡Muévelo ya, joder! —Una voz fuerte y desesperada—. No tengo toda la noche. Cuanto más tiempo estemos aquí, más posibilidades hay de que nos encuentren.

El que había hablado avanzó y quedó iluminado, un hombre bajo con ropas confeccionadas con satén, probablemente forradas con seda y unas botas atadas con relucientes hebillas doradas. Los otros eran más altos y sus ropas no estaban tan a la moda, eran más funcionales. Eran seis: cuatro de ellos se movían de prisa para amontonar unos barriles en un carro y otros dos montaban guardia agarrando con fuerza sus ballestas cargadas, nerviosos, temerosos.

Bien.

El miedo era un arma tan potente como cualquier espada; en ocasiones podía resultar incluso más mortal. Estaba claro quién era el objetivo, pero primero Río tenía que abatir a los seis guardias con rapidez y eficiencia, *envolviéndolos como la marea alta. Arrastrándolos con la riada.*

Río desenfundó su segunda hoja. Empezó a bajar las escaleras de dos en dos, con fluidez, en silencio, sin apartar en ningún momento la mirada de su objetivo principal, pero a la vez manteniendo a los demás en la periferia de su visión por si lo veían moverse. El hombre lo vio en el último segundo y sólo tuvo tiempo de abrir mucho los ojos a causa de la sorpresa antes de que Río le abriera una brecha en la

garganta. Fue un movimiento rápido y silencioso, pero bastó para dejar al hombre agarrándose el cuello con las manos, desesperado por detener la marea de sangre vital que manaba y le caía por el pecho mientras él daba las últimas boqueadas. Ya no era una amenaza.

Río casi estaba sobre su segundo objetivo cuando alguien lo vio —un hombre alto y delgado que estaba en el lado opuesto del almacén—, pero su advertencia llegó demasiado tarde. La hoja se deslizó con facilidad entre la tercera y cuarta costillas, se clavó en los pulmones y éstos se inundaron con el chorro de sangre.

—¡Cuidado! —gritó el mercenario al mismo tiempo que su compañero caía, aferrándose el costado. Ya no era una amenaza.

Los dos guardias con ballestas ya lo habrían oído, estarían intentando apuntar. Tenía tiempo de respirar dos veces, quizá.

Más tiempo del que iba a necesitar.

Otro hombre dejó caer la caja que estaba cargando. Antes de que ésta tocara el suelo, Río ya estaba sobre él y arremetió con las hojas gemelas contra el cuello y la entrepierna simultáneamente. El hombre abrió la boca para gritar, pero cayó muerto con su arma intacta en la funda.

Río oía la voz aguda y desesperada de su objetivo principal. Las palabras le llegaban rápidas y confusas; sin sentido, sin importancia, *ahora él cabalgaba el agua, llevado por la resaca, silencioso bajo la superficie.*

El guardaespaldas alto y delgado avanzaba hacia el interior con paso ensayado y sujetando la espada baja y preparada. Cuando iba a enfrentarse a aquel contrincante, Río oyó el revelador sonido de la cuerda de una ballesta al vibrar. Lo había estado esperando, paciente como un pescador de caña en la costa. Rodó hacia delante y dejó que el proyectil le pasara por encima antes de ponerse de pie de un brinco frente al de la espada, paró el ataque que se le avecinaba con la hoja izquierda al tiempo que clavaba la derecha en el vientre de su oponente, inclinada hacia arriba, hacia el corazón.

El hombre soltó el aliento haciendo arcadas, como si se atragantara con sus propias entrañas, y a continuación quedó inerte. Río lo agarró de la camisa y lo movió rápidamente hacia la izquierda al mismo tiempo que oía cómo soltaban la segunda ballesta. La saeta se clavó con un golpe sordo en la espalda del muerto, pero como ya no le quedaba aire que expeler no emitió ni un sonido.

Río sacó el cuchillo del vientre de aquel hombre de un tirón, dio media vuelta con rapidez y se precipitó contra el segundo ballestero. El cuchillo penetró en su garganta y lo lanzó de espaldas contra la pared del almacén. Con una mueca horrible en la cara se fue deslizando lentamente por la pared dejando un rastro carmesí sobre la piedra. Ya no era una amenaza.

Río oyó al último de los mercenarios que jadeaba desesperadamente intentando tensar la cuerda de la ballesta hasta la nuez, con el pie en el estribo, doblando el arco, pero no lo suficiente. Los matones a sueldo ya no eran como antes.

El hombre soltó un chillido de desesperación sin atreverse a levantar la vista por miedo a ver a sus compañeros muertos. Casi resultaba cómico, pero Río no podía tener remordimientos, ni clemencia, ni siquiera con los bufones.

Actuó con rapidez, no había necesidad de alargar la situación. Río llegó junto al hombre que se esforzaba con su arco, le empujó la cabeza hacia arriba y le tapó la boca con la mano. Vio una lágrima en su ojo y miró cómo le bajaba por la mejilla mientras la hoja le atravesaba el corazón y detenía la sangre, *interrumpía la corriente*. Ya no era una amenaza.

Ahora el objetivo estaba solo, mirando con unos ojos como platos los cadáveres de los hombres que, hacía tan sólo unos momentos, habían estado listos para defenderlo con sus vidas.

Y lo habían hecho, eso seguro.

—¡Espera! —dijo, y levantó la mano.

¿Cuántas veces habría oído Río esta palabra? ¿Cuántas veces había sido el último ruego de un hombre condenado?

Río lo miró fijamente por debajo de su capucha.

—¿Sabes quién soy? —preguntó el objetivo, cuya voz se fue haciendo más aguda con cada palabra—. Soy Constantin Deredko, uno de los hombres más ricos de Steelhaven. Puedo conseguirte todo lo que quieras; dinero, joyas, chicas, chicos; lo que quieras.

Río se acercó a él, poco a poco; ya no había ninguna prisa. Le habían dicho que prolongara esa parte, que hiciera sufrir al objetivo. Él no era un sádico, pero si algo era, era obediente.

—¿Sabes por qué he venido a por ti, Constantin Deredko? —le preguntó Río al tiempo que se retiraba la capucha de la cara y dejaba ver esos rasgos impresionantes, con un lado estropeado por un entramado de cicatrices.

El objetivo se calló y asintió, como si finalmente aceptara su destino, como si viera en el rostro de Río que aquel día no habría clemencia.

—Sí, te ha enviado el Gremio. Te enviaron porque les debo dinero y no pagué. Bueno, es mi jodido dinero y pueden irse...

Río levantó la mano para detener la diatriba de Constantin. El hombre guardó silencio, se dio cuenta de que ya no le iba a servir de nada.

—Tienes una alternativa —le dijo Río, que metió la mano en su jubón y sacó un frasquito de cristal—. Puedes tomarte esto o puedo utilizar esto. —Sostuvo el frasquito en una mano y le mostró el cuchillo que tenía en la otra, todavía manchado de sangre.

—¿Qué contiene? —preguntó Constantin señalando el frasco con un gesto.

—No lo sé. —Era cierto, Río no tenía ni idea de lo que contenía, pero le habían dicho que le diera a elegir a su objetivo, y eso sería lo que haría.

Constantin pasó la mirada del frasco al cuchillo, sopesando sus opciones. No era una gran decisión.

—¿Será rápido? —dijo al fin, señalando otra vez el frasquito.

—No lo sé —repitió Río.

Constantin dirigió una última mirada arrepentida a la hoja roja que Río tenía en el puño y a continuación tendió la mano para tomar el frasco.

Río se lo entregó y Constantin lo tuvo en la mano varios segundos, mirándolo desafiante, cobrando ánimo para hacer un último gesto de valentía inútil. Río no pudo más que admirarlo mientras el hombre sacaba el tapón, se bebía el contenido transparente y se lo tragaba con una mueca exagerada.

Se quedaron mirando mutuamente unos momentos en los que no pasó nada. Río se limitó a quedarse allí esperando. Constantin temblaba, pero hacía todo lo posible por demostrar una pizca de coraje.

—No pasa nada —dijo Constantin, y un atisbo de sonrisa cruzó por su rostro—. ¿Era algún tipo de prue...?

De pronto se dobló en dos, gruñó de dolor y se agarró el estómago. Cayó de rodillas y empezó vomitar, pero no salió nada más que un fino hilo de bilis roja. Río no pudo hacer más que observar cómo su objetivo se retorció en el suelo, chillando de dolor y tormento. Constantin levantó la mirada mientras las lágrimas le corrían por las mejillas, rojas por los vasos sanguíneos reventados de sus ojos. La mirada fue acusadora y, si el hombre hubiera podido hablar, Río estaba seguro de que lo hubiera maldecido. Podría haberle ahorrado este tormento sólo con que el hombre hubiera elegido morir con el cuchillo. Lo hubiera hecho de manera rápida e indolora.

Con un último resuello agónico, Constantin murió. Río se detuvo tan sólo un segundo, el tiempo de un latido, para mirar al hombre que tenía los ojos inundados de rojo y una bilis negra saliéndole por la boca. Ya no había nada más que ver.

Se acercó a uno de los ballesteros muertos porque aún tenía su cuchillo clavado en el cuello. Lo liberó de un tirón y luego se arrodilló y se entretuvo un segundo a limpiar la sangre de la hoja con la túnica del muerto.

Se sobresaltó al oír un súbito correteo asustado en el extremo opuesto del almacén, en un instante empuñó los cuchillos y adoptó una pose defensiva. Percibió un movimiento entre las sombras del otro extremo del edificio, pero no era un ataque, era una huida.

Una puerta se abrió de golpe dejando entrar el ruido de la calle y una figura salió corriendo por ella.

Una estupidez.

Una imprudencia.

A Río lo habían visto trabajar, lo habían visto con la capucha bajada. Y el testigo había huido. ¿Cómo había podido permitir que su concentración en matar lo hubiera vuelto descuidado?

Cruzó el almacén con un movimiento borroso y salió en su persecución. El ruido y la luz de la calle resultaban inquietantes, pero Río sólo tenía una cosa en mente: atrapar a su presa; no debía haber testigos.

Divisó una figura que se movía con rapidez por entre una multitud de jueguistas que pasaban por allí. Ocultaban el rostro tras unas elaboradas máscaras con forma de demonios sonrientes y sostenían en alto unas banderas y estandartes muy llamativos.

Río se puso la capucha mientras zigzagueaba entre ellos con los cuchillos bajos y escondidos, no fuera que tajara a alguien por error. La aglomeración era densa, los jueguistas se movían como una gran ola, riéndose y ajenos al drama que tenía lugar entre ellos. Aquella marea de cuerpos podría haber resultado abrumadora para cualquier otra persona, pero Río no era un hombre común y corriente, *él podía seguir el ciclo de la marea*.

Pasó suavemente por entre el gentío, avanzando de manera inexorable hacia su objetivo, al cual veía abriéndose paso a empujones por la pared de gente presa de un pánico desesperado. Río asió los cuchillos con más fuerza al acercarse. Atacaría con rapidez y desaparecería, dejando a su última víctima desangrándose en la calle atestada.

Sin embargo, antes de poder llegar a ella, su víctima, con un último arrebato desesperado de fortaleza, se apartó de la multitud. Río salió de entre la gente y lo vio doblar un callejón. Ambos chapotearon al pisar la suciedad de aquella calle trasera. En ningún momento fue una contienda: Río cayó sobre él cuando quedaba poco para llegar a la ajetreada avenida del final.

El hombre debió de presentir que le rondaba la muerte porque se dio la vuelta y levantó las manos para rendirse.

—Por favor, no me mates. Sólo me contrataron para una noche. Sabía que estaba mal, pero necesitaba el dinero.

Río ya se esperaba que suplicara clemencia, lo mismo que había oído un centenar de veces anteriormente, pero no fueron las palabras las que detuvieron su mano. El que lo miraba no era un hombre, sino un chico, tal vez unos cinco inviernos más joven que el propio Río. Tenía unos ojos grandes y azules, inocentes, casi infantiles, no los ojos rapaces y brutales de un matón veterano.

Durante unos cuantos latidos de su corazón, Río se limitó a quedarse mirando con el cuchillo preparado para asestar el golpe mortal, pero no pudo hacerlo.

Sencillamente no estaba bien.

Sin duda no podía haber hecho nada en su corta vida que mereciera que un cuchillo le cortara el cuello sólo por estar en el sitio equivocado en el momento equivocado.

Un grito repentino lo sacó de su estado y miró rápidamente hacia la calle llena de movimiento.

—¡Ladrón! ¡Asesino! —gritó una mujer que miraba desde el extremo del callejón a Río con sus cuchillos desenfundados y dispuesto a matar.

¡Maldición!

Antes de que pudiera huir, dos hombres con unos bacinetes de cara descubierta en la cabeza se unieron a la mujer. Llevaban armas en las manos.

Casacas Verdes.

Sin dirigirle ni un solo pensamiento más al chico, dio media vuelta y huyó.

Oyó a los Casacas Verdes que le ordenaban que se detuviera, malgastando el aliento en llamarlo en lugar de perseguirlo. Que lo llamaran; cuando empezaran la persecución, él ya habría desaparecido.

Río subió de un salto a un carro abandonado y saltó hacia arriba desde allí, plantó un pie contra la pared del callejón y se impulsó hasta el tejado. Se volvió a mirar atrás y vio que los Casacas Verdes salían tras él chapoteando por el callejón. Uno de ellos se llevó algo a los labios, sopló con fuerza y un silbido agudo se elevó por encima de los sonidos de la multitud.

Río se puso en marcha sin pensárselo dos, veces pero entonces oyó otro silbido, como si respondiera al primero. Fue rápidamente seguido de un tercero.

—¡Eh! ¡Cabrón! —gritó una voz a su izquierda, y al levantar la mirada vio a otro Casaca Verde que lo apuntaba con una ballesta.

Podría haberlo abatido con mucha facilidad, haber lanzado uno de sus cuchillos y haberlo silenciado, pero no se trataba de su objetivo ni de uno de sus matones. Aquél era un Casaca Verde; uno de los custodios de la ciudad, y Río no era un simple asesino.

No, mientras corría para escapar de los Casacas Verdes que lo perseguían, y algunos de los cuales ya habían subido a los tejados, juró que aquella noche no mataría más.

Sólo esperaba que sus perseguidores le devolvieran el favor.

Rag estaba en el tejado de El Toro Silencioso, con los brazos en torno a los hombros de Tidge. Todos estaban mirando en dirección a Eastgate, de donde aún les llegaba el sonido de la celebración.

Había sido una buena noche. Todos habían comido bien, la baratija de bronce de Fender había servido para pagar una olla grande de caldo y pan recién hecho, cortesía de Boris el posadero. Migs estaba tendido boca arriba y se acariciaba el estómago hinchado mientras que Chirpy estaba sentado a su lado con las piernas cruzadas, mirando por encima de los tejados hacia las luces brillantes. Rag no tenía ni idea de dónde estaba Fender, se había marchado antes de la puesta de sol y no había regresado. No es que le importara una mierda. No había hablado con él desde que había intimidado y ahuyentado a Markus. Cuanto más tiempo estuviera fuera Fender, mejor.

Pero no podía quedarse allí toda la noche disfrutando del espectáculo. Abajo en las calles habían multitudes, vendedores que vendían cerveza y comida, entretenimiento en vivo y puestos de feria. La gente tenía los monederos llenos y se morían por separarse de su dinero. Rag podía ayudarles, sin duda.

Antes de que pudiera separarse de sus chicos, la escalera desvencijada del costado del edificio dio un crujido quejumbroso. Tidge y Chirpy se sobresaltaron, pero Migs continuó frotándose el estómago desnudo como si quisiera sacarle brillo. Los chicos soltaron un suspiro al ver que era Markus el que subía por las escaleras. La sonrisa de bienvenida de Rag se desvaneció al ver la expresión de su cara. Tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas y la farola de la calle dejaba ver un morado en su mejilla.

—¿Estás bien, Markus? —le preguntó Rag.

Él respondió encogiéndose de hombros. Ella le pasó un brazo por los hombros y se dieron la vuelta para contemplar la incesante procesión de jueguistas. Estaba preocupada, por supuesto, pero no iba a fisgonear, no era asunto suyo. Si Markus quería contárselo, lo haría, a su debido tiempo.

Contemplaron el espectáculo hasta que Rag decidió que era hora de ir a trabajar.

—Bueno, canallas, tengo que irme. Intentaré estar de vuelta antes del amanecer, de modo que será mejor que no os metáis en líos.

Los chicos más jóvenes, que todavía estaban cautivados por aquel despliegue, profirieron unos débiles sonidos de asentimiento. Markus, sin embargo, la miró con expresión inquisitiva.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Creo que debería ir contigo —afirmó con vacilación.

—¿Qué? ¿A robar? —No pudo evitar sonreír ante la sugerencia—. Debes de estar de broma.

—Algún día tengo que aprender. Tengo que empezar a pagar mi parte. Fender dijo...

—Fender dice muchas cosas y la mayoría son gilipolleces. Puedes venir y quedarte con nosotros siempre que quieras. —Le miró la mejilla que había cambiado de color y quiso más que nunca saber lo que había ocurrido—. Aquí estás a salvo, no hace falta que te preocupes. Tú déjame a mí ocuparme de Fender. No tardaré en hacerle cambiar de opinión.

—No. —Markus alzó la barbilla con determinación. Nunca había sido tan enérgico. Rag estaba impresionada—. Si me quedo, voy a aprender lo que sabéis. Tú puedes enseñarme, Rag. Tú y Fender sois los mejores descuidados de la ciudad.

Ella se sintió halagada, no pudo evitarlo, aunque sabía que Markus se equivocaba. Si hubiese sido una de las mejores de la ciudad, seguro que a estas alturas ya la habría captado el Gremio y estaría durmiendo bajo un tejado en vez de a la intemperie. No obstante, el chico tenía razón en una cosa: le vendría bien aprender el oficio. Otro par de manos para robar los beneficiaría a todos. Además, sería mucho más fácil convencer a Fender de que Markus tenía que quedarse si éste se ganaba su parte.

Rag lo miró a los ojos intensamente, buscando algún atisbo de duda, alguna debilidad, y se alegró al ver solamente una fría determinación. Si Markus iba a recorrer este camino con ella, tenía que estar absolutamente segura de que era lo que quería hacer.

—De acuerdo entonces —dijo—. Será mejor que me sigas, ¿eh?

Markus sonrió, con una sonrisa amplia e ingenua, como si fueran a hacer algo divertido. Hizo que Rag lo reconsiderara. Aquello no era cosa de risa, era sumamente serio.

—Haz lo que yo te diga cuando yo te diga —dejó claro mientras bajaban del tejado por la desvencijada escalera—. Ten los ojos abiertos y la boca cerrada. Esta noche sólo observarás y aprenderás, y te mantendrás alejado. Y si los Casacas Verdes me ven, tú corre. Vuelve a casa corriendo y no mires atrás.

Markus asintió en señal de obediencia y con un atisbo de sonrisa aún en el rostro.

Salieron de los Muelles y subieron hacia Eastgate sin apartarse de las sombras, como las ratas que eran. Markus estuvo con ella a cada paso del camino y las dudas de Rag no tardaron en desvanecerse. El muchacho lo estaba haciendo bien, guardaba silencio y permanecía cerca y fuera de la vista. Si no lo conociera, hubiera dicho que tenía dones *innatos*, pero era evidente que no era el caso. Lo de Rag sí era innato, Fender dijo que tenía un sexto sentido para este tipo de cosas. Veía venir los problemas antes de que sucedieran y sabía cuándo la víctima estaba lista para la sustracción. Cualquiera se daría cuenta de que Markus era joven y entusiasta, además de sigiloso. Sólo el tiempo diría si era un ladrón innato.

Rag volvió la cabeza, asintió mirando al chico para tranquilizarlo y él le devolvió la sonrisa. En aquella sonrisa ella vio su inocencia, su inexperiencia. Volvió a tener dudas, pero entonces llegaron al Paseo de los Reyes y la muchacha se concentró completamente en la gran diversidad de objetivos que se arremolinaban por allí frente a ella.

El Paseo era una calle importante que transcurría desde la Puerta de Piedra hasta el Sepulcro de las Coronas. Separaba Northgate del vecino Eastgate, era una calle impresionante bordeada con estatuas deterioradas por el tiempo que representaban reyes históricos desde los más antiguos Reyes de la Espada —de cuyos nombres Rag no tenía ni idea— hasta el mismísimo rey Cael, situado mirando al palacio con la armadura reluciente incluso de noche y el rostro hermoso y orgulloso. Rag nunca había visto al rey lo bastante cerca como para distinguir sus rasgos, pero si la estatua era la mitad de realista, debía de ser un hombre a tener en cuenta. Aquéllas eran sus calles, gobernadas por sus leyes, y en cualquier otra vida ella podría haberse atenido a ellas gustosamente. Pero eran tiempos difíciles y las leyes del rey Cael no le llevaban comida a la boca, de manera que supuso que tendría que ignorarlas.

Rag se abrió paso por entre la concentración de cuerpos con Markus a su lado. Una banda tocaba música en alguna parte, cuerdas y flautas combinándose para alzarse por encima del barullo de la multitud. La oportunidad perfecta para un par de robos rápidos. Cuando cruzaron el Paseo y llegaron al pavimento adoquinado de enfrente, Rag tenía dos monederos dentro de la camisa. En cuanto alcanzaron la relativa seguridad de las sombras, miró a Markus que aún la seguía como un cachorro fiel.

—¿Lo ves? —le preguntó.

—¿El qué? —replicó él, y entonces se dio cuenta del bulto de los monederos bajo su camisa—. Oh, no, no lo he visto.

La joven meneó la cabeza.

—Creía haberte dicho que tuvieras los ojos abiertos. No estamos aquí para pasar un buen rato, hemos venido a trabajar. Si no estás dispuesto, vuelve al El Toro.

—Lo siento. La próxima vez lo haré mejor.

Rag lo miró con severidad, pero no pudo mantener la pose mucho tiempo, la expresión del muchacho era demasiado lastimera. Meneó la cabeza con gesto irónico y le dio un cachete en la cabeza en broma.

La chica se metió en una calle lateral donde no corrieran peligro y se guardó los monederos en sus pantalones de tartán, atando bien los cordones en las presillas que tenía en la cinturilla.

—Bueno, vamos. Y esta vez concéntrate.

Markus asintió y recuperó la compostura de inmediato, quizá con demasiada prontitud.

—E intenta parecer relajado. No hay que dar la impresión de estar desesperado por nada. Con eso sólo conseguirás que llamemos la atención.

Otro movimiento de la cabeza y sus facciones se relajaron y adquirieron una expresión bobalicona.

Tendría que servir.

Rag encabezó la marcha, se dirigió una vez más al Paseo y en esta ocasión se dejó llevar por el fluir del tránsito que los condujo hacia el sur, hacia el barrio de la

Corona, donde estaba el público más rico. Por norma general, Rag no conseguía acercarse a la Corona sin que la viera algún Casaca Verde y la persiguiera. Robar allí podía suponer más problemas que otra cosa. Sin embargo, aquella noche sería distinto. Con el gentío que había no era probable que se fijaran en ellos.

La riada de gente avanzaba a un paso alegre y no tardaron en llegar a las grandes puertas viejas que daban al distrito de la Corona. Rag se quedó merodeando frente a ellas para intentar divisar un blanco perfecto y se fijó en que había una pareja de Casacas Verdes apostados en la puerta. Maldijo en silencio. ¿Es que nunca se tomaban una jodida noche libre? ¡Al fin y al cabo era la Fiesta de Arlor!

—No lograremos entrar —le dijo a Markus—, esos dos tienen aspecto de ser muy entusiastas. —Estaba dando media vuelta cuando vio algo que la hizo sonreír.

La joven era hermosa, su vestido tenía una falda ahuecada que salía de una cintura ceñida con estampado de arlequín en colores pastel. Llevaba el pelo sujeto en alto con un moño esponjado que desafiaba la ley de la gravedad y una máscara dorada que le tapaba los ojos. El hombre gordo de su lado iba igualmente bien vestido. Un comerciante y su esposa, tal vez, y eran ricos; era imposible que una belleza como ella se hubiera casado con semejante gordo cabrón si no estuvieran nadando en oro.

La pareja cruzó la puerta del barrio de la Corona con chulería, pavoneándose al pasar junto a los Casacas Verdes. Rag supuso que las celebraciones de la Fiesta de Arlor debían de haber sido bastante insulsas en la Corona cuando a esos dos les apetecía ir a ver cómo se lo pasaba la escoria en el Paseo.

¿Codeándose con los palurdos, eh? Rag les enseñaría cómo hacían las cosas por allí.

—No te separes de mí y prepárate para salir corriendo —le ordenó a Markus al tiempo que se hacía a un lado para dejar pasar a la pareja.

Rag siguió de cerca a su objetivo, observando al hombre y a la joven que avanzaba como si nada por entre el gentío. El comerciante gordo llevaba el monedero en la cintura, atado a una presilla doble de cuero encima del cinturón. No iba a resultar fácil, y Rag se dio cuenta de que necesitaría una distracción si quería quitárselo. Vio que esta vez Markus estaba alerta, concentrado y mirando con atención, tal como ella le había dicho. Por un segundo entró en conflicto, debatiéndose entre poner en peligro al chico y robar aquel jugoso monedero, pero la necesidad de comer prevaleció, como siempre.

Le pasó el brazo por los hombros a Markus y se inclinó hacia él.

—Adelántate y choca con la mujer. Sólo un segundo, para llamar su atención, luego ve hacia el norte y nos reuniremos junto a *Hombros*.

Markus escuchó sus simples instrucciones y se alejó tal como le había dicho.

Rag se colocó detrás del comerciante gordo con la mirada fija en el botín. El monedero estaba sujeto mediante los cordones que lo cerraban. Tenía poco tiempo para hacerse con él, pero no necesitaba más.

De pronto Markus salió por entre la multitud de delante y fue directo a la mujer. Chocó con ella y levantó la mirada, sorprendido, y Rag quedó tan fascinada por sus dotes interpretativas que casi se le olvidó hacer su parte.

—¡Mira por dónde vas! —le gritó el comerciante mientras Markus se escabullía entre el gentío. Antes de que el hombre pudiera decir más, Rag ya le había cortado los cordones del monedero con el cuchillo y se alejaba en dirección contraria.

Cuando llegó junto a la estatua sin cabeza del rey a la que acertadamente llamaban *Hombros*, Markus estaba esperando pacientemente con una sonrisa confiada en el rostro.

—¿Y bien? ¿Cómo lo he hecho? —preguntó.

—Lo has hecho bien —contestó Rag, y le dio un codazo en broma.

—¿Cuánto hemos sacado?

—No lo sé, pero no vamos a contarlo aquí. Si ven a dos mocosos como nosotros mirando un monedero lleno, seguro que alguien se imagina que no tramamos nada bueno.

Markus asintió ante el sabio consejo.

Estaba a punto de decir que tenían que encontrar un lugar tranquilo, sacar las monedas, deshacerse del monedero y gastarse unos peniques en empanadas calientes cuando oyó un ruido que penetró en la música y las risas de la multitud.

—¡Silbidos!

Un escalofrío de miedo le recorrió la espalda y lamentó al instante haber traído a Markus. ¡Los Casacas Verdes daban la señal de que algo se estaba tramando! ¿Cómo podía haberlo traído a robar un monedero en el Distrito de la Corona? ¡Idiota! ¡Idiota!

Bueno, no era el momento de lamentarse, era momento de echar a correr.

—Vamos —dijo, y agarró a Markus por el cuello de la chaqueta para llevarlo a un lado de la calle y que no estuviera a plena vista. Estaba claro que el muchacho no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo, pero la siguió de todos modos.

Corrieron por un callejón, se sumieron en la oscuridad y se perdieron de vista. Rag se detuvo a escuchar, deseando con todas sus fuerzas que los silbidos se oyeran menos, que los Casacas Verdes fueran en dirección contraria buscando en vano a dos ladrones que fueron tan tontos de robar a una pareja de cretinos de la Corona.

Pero el sonido se intensificó y cada vez se fueron sumando más y más silbidos que formaban un fuerte coro que parecía irse acercando.

El callejón estaba oscuro, pero vacío; no había ningún lugar donde esconderse. Sólo era cuestión de tiempo que uno de los Casacas Verdes fuera por allí y los encontrara escondidos.

—Tenemos que subir —dijo Rag, y señaló el alero del edificio junto al que estaban agachados.

Markus asintió y no hizo falta que le insistiera, se agarró a una de las piedras de la esquina y se aupó. Impresionada, Rag lo siguió hacia el tejado. Sin haber crecido en las calles como había hecho ella, el muchacho casi la igualaba en agilidad y al cabo

de un momento ya estaban trepando por las tejas inclinadas, muy por encima del callejón, de las multitudes y de los Casacas Verdes que les buscaban.

Los silbidos seguían oyéndose y Rag tuvo la necesidad imperiosa de escapar. Condujo a Markus hacia el norte, hacia El Toro, esquivando las chimeneas y bordeando los tejados. Pero el sonido de los silbatos persistía y daba la impresión de rodearlos.

En el borde de un tejado alto e inclinado, Rag tomó aire bruscamente. Un Casaca Verde iba hacia ella; oía sus pasos pesados por encima del ruido de la calle de abajo. En la boca llevaba un silbato que sonaba con cada una de sus respiraciones agitadas y en la mano la ballesta más grande que la muchacha había visto jamás.

Rag se quedó inmóvil y levantó el brazo de manera instintiva para advertir a Markus, pero él, ajeno al peligro, chocó contra ella. Ambos se quedaron mirando al Casaca Verde que se acercaba a ellos a grandes zancadas. El hombre escupió el silbato que quedó colgando de una cadena que llevaba al cuello.

—¡Quitaos de en medio! —espetó, y pasó junto a ellos a paso ligero. Rag soltó un suspiro de alivio—. Ni siquiera tendríais que estar aquí arriba —les gritó el Casaca Verde por encima del hombro, y rodeó la esquina de un edificio y desapareció en la noche.

Rag vio que el chico sonreía como un idiota.

—Está pasando algo —dijo—. Quizá sea algo bueno. —Y antes de que pudiera impedirselo, Markus se había ido detrás del Casaca Verde.

Desapareció en las sombras antes de que Rag pudiera gritarle que volviera.

—¡Maldita sea! —susurró mientras iba tras él por los tejados.

Ahora los dos seguían los silbidos, caminando con cuidado por lo alto de la ciudad, animados por la emoción de la acechanza. El instinto le decía que aquello era una estupidez, pero lo hizo de todos modos. No podía permitir que Markus se metiera de lleno en el peligro, ¿no? El muchacho había desobedecido una de sus órdenes expresas, pero aun así Rag se sentía responsable de él. Y además, una parte de ella también quería saber qué estaba ocurriendo.

Había alboroto más adelante; con la luz ambiental de los juerguistas de abajo Rag vio que los tejados llegaban a un punto sin salida.

Estiró el cuello para ver mejor y se encontró junto a Markus. Él tenía la mirada fija en la acción y ambos atisbaron en la oscuridad sin apenas atreverse a respirar.

Una figura se hallaba en el centro de un tejado plano rodeada de Casacas Verdes. Dos de ellos la apuntaban con las ballestas y otros tres se aproximaban a ella lentamente con las espadas desenvainadas.

Markus se fue acercando un poco más, ansioso por oír lo que se decía, y en lugar de tirar del muchacho para que se quedara oculto en las sombras, Rag se sorprendió avanzando junto a él. En su fuero interno había algo que le gritaba que huyera, pero quedó superado por su infinita curiosidad. Este tipo de cosas no ocurrían todas las noches.

—No te muevas —dijo un Casaca Verde que avanzó con paso vacilante mientras se sacaba un par de esposas del cinturón—. No hagas ni un jodido movimiento.

La figura solitaria esperó a que el Casaca Verde se acercara, su rostro estaba oculto en la sombra de su capucha y su ropa sencilla y oscura lo hacía casi invisible en la noche.

Cuando el Casaca Verde se acercó con las esposas, hubo un movimiento borroso. La figura entró en acción con unos movimientos tan rápidos que no podían seguirse en la oscuridad. Los Casacas Verdes empezaron a gritar, el que llevaba las esposas era el que gritaba más fuerte. Rag vio que, de alguna manera, la muñeca del Casaca Verde había quedado atrapada en una de sus esposas y el hombre al que intentaba esposar lo tenía agarrado del cuello. Un cuchillo que sostenía en la otra mano apuntaba a la garganta del Casaca Verde.

—¡Disparadle! —gritó el Casaca Verde—. ¡Disparadle, joder!

El resto de Casacas Verdes intentaron situarse mejor y sus voces eran una confusa cacofonía de órdenes y maldiciones a voz en cuello. Mientras tanto el hombre encapuchado sujetaba firmemente a su víctima y su cuchillo centelleaba a la luz de la luna. Uno de los Casacas Verdes se acercó corriendo desde el flanco con la espada en alto. Sin soltar a su víctima, la figura oscura esquivó la hoja del otro y le propinó una patada. El segundo Casaca Verde cayó al suelo gritando y agarrándose la rodilla rota mientras el resto de sus compañeros avanzaron en tropel.

Rag no pudo ver bien lo que ocurrió a continuación porque fue todo demasiado rápido y estaba demasiado oscuro. Ruido de cuchillos, gruñidos, gritos de dolor, el revelador sonido vibrante de una ballesta que se disparó a lo loco. Luego sobrevino el silencio.

La chica se acercó un poco más y vio a los Casacas Verdes en el tejado, los cinco en el suelo, algunos sin moverse y otros rodando muertos de dolor. Del hombre encapuchado no había ni rastro.

De pronto Rag cayó en la cuenta de que Markus ya no estaba a su lado. Dio media vuelta, lo vio allí tendido y abrió la boca en un grito silencioso.

El muchacho estaba farfullando, atragantándose y escupiendo sangre en el aire. Tenía el asta de una saeta alojada en el cuello, un proyectil perdido de la ballesta de un Casaca Verde, una posibilidad entre mil de que le diera de lleno en la garganta.

Rag se arrodilló a su lado, le tomó la mano y vio que empezaban a ponerse los ojos vidriosos.

—¡Ayudadme! —gritó en la noche—. ¡Que alguien me ayude, por favor!

Pero allí no había nadie para ayudarla.

Samina daba golpecitos con el dedo en el interior de su escudo, tamborileando como si intentara dejar marca. Hacía un pequeño ruido, el único ruido que se oía en la Avenida de las Lanzas bordeada de árboles, la gran vía pública que conducía a las puertas del Templo de Otoño.

—¿Tienes que hacer ese ruido? —preguntó Kaira con el ceño fruncido bajo su casco con penacho.

—Odio esto —dijo Samina, que siguió con su incesante melodía.

Las dos llevaban el atuendo de gala al completo y vigilaban la puerta como si una horda de khurtas estuviera a punto de cargar calle abajo y asaltarla. Bordeando la calle, bajo las sombras que proyectaban las hileras de grandes olmos había veinte Doncellas Escuderas vestidas de forma similar con armadura, escudos y lanzas presentadas en un saludo formal.

—Es lo que hay —replicó Kaira mientras miraba por la larga calle entrecerrando los ojos con la esperanza de que el Abad Supremo y su séquito empezaran a caminar para poder terminar con toda aquella tontería—. Ya hemos pasado por esto.

En realidad habían pasado por esto varias veces, pero Samina parecía decidida a dejar clara su irritación para que todo el mundo la viera.

—No deja de ser ridículo, aquí plantadas como guardias de palacio esperando al Abad Supremo cuando deberíamos estar...

—¡Basta ya! Somos Doncellas Escuderas de Vorena. Cumpliremos con nuestro deber. Es un honor que nos ha concedido la Madre Matrona y lo llevaremos a cabo hasta que nos digan lo contrario.

Vio que Samina quería seguir quejándose, pero que se lo estaba pensando mejor. Afortunadamente no tuvieron que esperar mucho más antes de que la procesión doblara la esquina de la Avenida de las Lanzas. Las Doncellas Escuderas se pusieron firmes rápidamente y se prepararon para la llegada del Abad Supremo.

La columna avanzó por la calle hacia ellas, los Hijos de Malleus —los Hijos del Martillo— engalanados con armadura negra, sacerdotes guerreros de Ironhold, todos tan dedicados al servicio de su dios Arlor y a la defensa de su templo como sus equivalentes femeninas.

Kaira vio que en el centro de la columna iba un carruaje tirado por varios caballos de aspecto cansado. Estaba claro que el Abad Supremo no marchaba junto a sus hombres.

La cabeza de la columna llegó al final de la avenida y los guerreros se desplegaron y permitieron que el carruaje se acercara todo lo posible a la puerta. ¡Arlor no quisiera que el Abad Supremo diera un paso más de lo imprescindible!

Uno de los Hijos de Malleus abrió la portezuela del carruaje mientras otro agarraba un pequeño juego de peldaños que desplegó hasta el suelo. El Abad Supremo descendió pesadamente remangándose la túnica blanca y negra para no

tropezar con ella.

Kaira avanzó.

—Abad Supremo —empezó a decir mirando al hombre con todo el respeto que fue capaz de mostrar—, saludos del Templo de Otoño. Soy Kaira Stormfall, y ésta es Samina Coldeye, Primeras Doncellas de Vorena. Seremos vuestra guardia personal en los terrenos del templo.

Una sonrisa se extendió por las mejillas hinchadas y relucientes del Abad Supremo. Sus ojos recorrieron el cuerpo de Kaira y volvieron a su rostro tras entretenerse unos segundos en el peto ceremonial que acentuaba su atlética figura.

—Excelente —dijo, y se limpió el sudor de la calva con una mano rolliza—. Ve delante, hermana Stormfall.

Kaira agarró la lanza con fuerza e hizo una señal a las Doncellas Escuderas para que subieran a la escalinata y abrieran la puerta. Mientras ella y Samina acompañaban al Abad Supremo por las escaleras de piedra hasta el umbral, los Hijos de Malleus esperaron. A ellos no se les permitía entrar en el templo —el Abad Supremo era el único hombre al que se permitía la entrada en aquellos terrenos sagrados—, de modo que se alojarían en la casa de limosna de las Hijas de Arlor, situada en el exterior.

En el patio del templo estaban esperando las sacerdotisas con la cabeza inclinada y el rostro oculto bajo unos velos blancos. En el centro de la plaza estaba la Madre Matrona y Daedla a su lado. A su izquierda se encontraba la Exarca, la Doncella Escudera de mayor rango. Aunque no llevaba escudo ni lanza, su figura era imponente y su cuerpo alto y poderoso empujaba el de la Madre Matrona.

Ésta inclinó la cabeza cuando se acercaron.

—Saludos, Abad Supremo. Es un verdadero honor recibir vuestra graciosa visita. Confío en que las cosas vayan bien en el Templo de Invierno.

—Todo va bien. Pero el viaje ha sido muy largo. Me gustaría bañarme y descansar antes de que empiecen las formalidades.

—Por supuesto, venid por aquí, por favor.

Con estas palabras, Daedla y la Madre Matrona acompañaron al Abad Supremo hacia el templo. Kaira y Samina fueron detrás mientras le mostraban sus habitaciones al Abad.

Más tarde, cuando las Doncellas Escuderas montaban guardia frente a su puerta, quedó claro que Samina no iba a asumir la tarea que les habían encomendado.

—¿Así van a ser las cosas? —susurró, aunque era tal la furia en su voz que fue como si lo hubiese dicho a gritos.

—Es lo que hay —respondió Kaira en voz baja. Era una frase que se había sorprendido repitiendo muchas veces en los últimos días.

Ahora él estaba dentro, bañando su cuerpo gordo y sudoroso. Extrañamente, había solicitado que estuviera presente una de las Hijas de Arlor para ayudarle en sus abluciones. Esto no contribuyó a granjearle las simpatías de Samina ni de Kaira.

De repente se oyó un chapoteo en el interior de la habitación y lo que sólo podía ser un hombre riéndose. A oídos de Kaira la risa sonó depravada, como si estuviera obteniendo un placer ilícito. ¿Qué podría estar haciendo que le causara semejante alegría?

—¿Qué estará haciendo ahí adentro? —preguntó Samina.

—Se está bañando.

—Está chapoteando como una vaca atrapada en el río.

A Kaira le hizo gracia y le entraron ganas de reír, pero no pasó por alto la solemnidad que requería su deber. Aquello era un gran honor y ella no era nadie para menospreciarlo.

De pronto oyeron hablar al Abad Supremo dentro de la habitación. Su voz sonaba amortiguada y no se le entendían las palabras, pero estaba claro que había algo que lo divertía.

—Pobre chica —comentó Samina—. Acabará llorando de aburrimiento con las historias del lejano Ironwall.

El Abad Supremo se rió otra vez. Se oyeron más palabras amortiguadas. Entonces oyeron la voz de la sacerdotisa, aguda y tímida.

—No lo animes —dijo Samina, como si le susurrara el consejo al oído de la joven—. Es lo peor que puedes hacer.

—¿Quieres callarte? Se supone que tenemos que estar alerta protegiendo a nuestro honorable invitado, no censurándole a sus espaldas.

—Algo tenemos que hacer para pasar el rato.

—Tenemos obligaciones. No necesitamos nada más.

Por una vez Samina no replicó.

Oyeron hablar al Abad Supremo otra vez, lo oyeron chapotear. La sacerdotisa también empezó a hablar y su voz fue subiendo de tono, pronunciando sus palabras con frases más rápidas e insistentes. Se oyó un fuerte ruido de agua y la chica soltó un chillido.

Kaira y Samina se miraron y en aquel momento la puerta de la habitación se abrió de golpe. La joven sacerdotisa salió corriendo y pasó entre ellas sollozando, con la cabeza inclinada y el rostro oculto.

—Sólo pedí una toalla —dijo una voz divertida.

Kaira se asomó de mala gana a la habitación y se le pusieron unos ojos como platos al ver al Abad Supremo allí de pie, desnudo, con el vello que cubría su cuerpo mojado y liso y su pene flácido colgando entre los gordos muslos.

—¿Hay alguna posibilidad de que puedas traerme un poco de vino?

Kaira tardó unos momentos en recobrar la compostura y hacer lo que le habían mandado. Se fue como una criada obediente y le llevó el vino al Abad Supremo. Samina no lo hubiera hecho por ningún motivo, lo más probable era que hubiera atravesado al hombre con su lanza.

En cuanto el Abad Supremo se hubo vestido, la Madre Matrona acudió a

reprenderlo con delicadeza por su comportamiento. Kaira se había esperado algo más, pero, claro, el Abad Supremo era el más poderoso de los representantes de Arlor.

Más tarde, cuando él y la Madre Matrona se sentaron a cenar juntos en las dependencias de la mujer, Kaira y Samina tuvieron el respiro que se habían ganado. Al principio se sentaron en silencio comiendo carne seca y pan. Kaira sólo podía esperar a que empezara el torrente.

—¿Qué demonios está pasando? —Samina escupió un trozo de pan a medio masticar sobre su regazo con tanta fuerza que Kaira apartó su vaso de agua a una distancia segura—. Se supone que el Abad Supremo tiene que ser un hombre devoto. Deberían echarlo del templo a latigazos en lugar de estar cenando con la Madre Matrona. ¿Cómo ha llegado un hombre como él a ser la cabeza de nuestra religión? —Kaira no tenía la respuesta—. ¿Por qué está aquí? Lo más probable es que haya venido para evitar la guerra cuando tendría que estar en el frente ofreciendo auxilio sagrado a nuestras tropas. Pero no, él está aquí, escondiéndose tras nuestras paredes, comiéndose nuestro pan, abusando de nuestra...

—¿Hospitalidad?

Samina enarcó una ceja.

—Algo así. Bueno, pues yo digo que ya está bien. Si vuelve a ponerle un dedo encima a alguna de estas chicas, se lo cortaré y haré que se lo coma.

—¿Y de qué te va a servir eso? ¿Qué bien nos va a hacer a las dos? Nos han encargado que lo protejamos.

—¿Protegerlo de qué? —Le dio un bocado a su pedazo de pan y empezó a hablar con la boca llena—. A lo único que debería tenerle miedo aquí es a mí.

—Sí, estoy segura.

Samina sonrió ampliamente.

Más tarde, mientras Kaira reflexionaba sobre aquella jornada, no pudo más que esperar que la siguiente pasara mucho más deprisa. Y más tranquilamente.

El Abad Supremo estaba metido en la cama y ella volvía a estar vigilando la puerta. Samina estaba descansando un poco, pues no era necesario que estuvieran las dos montando guardia en la habitación del Abad Supremo en su propio templo. Y, aunque le dolía admitirlo, Kaira prefería llevar a cabo su tarea ella sola. Quería a Samina tanto como a cualquiera de sus hermanas, pero aquella quejumbre constante empezaba a ponerla nerviosa.

Con un poco de suerte, los asuntos del Abad Supremo en Steelhaven concluirían pronto. Entonces podrían despacharlo con una sonrisa y diciéndole adiós con la mano, y las cosas volverían a la normalidad.

Normalidad.

Con los khurtas en su frontera —no, al otro lado de su frontera, hollando sus tierras y quemando sus cosechas—, era poco probable que nada volviera a ser normal durante un tiempo. Y hétela allí: Primera Doncella Escudera de Vorena, montando guardia para proteger a un viejo gordo y licencioso. Esto a Kaira le dolía. Tendría que

haber estado en el frente, tendría que haber estado hombro con hombro con sus hermanas, amilanando a las hordas de Amon Tugha.

Pero esto era lo que había.

Alguien se acercaba por el pasillo y Kaira se puso firmes de repente, agarrando el escudo y la lanza, con los músculos tensos y lista para adoptar una actitud defensiva si tenía que hacerlo. Cuando vio la figura con hábito blanco de una sacerdotisa que caminaba hacia ella, se relajó un poco.

La chica llevaba una bandeja de bronce en la que había una garrafa de vino tinto y un cuenco de uvas. Se detuvo frente a Kaira, pero no levantó la vista de debajo de su capucha blanca.

—El Abad Supremo pidió un poco de vino, hermana. Se lo he traído.

Nadie había informado a Kaira de esto. Observó un momento a la chica preguntándose si debería probar el vino por si tenía veneno, o al menos comprobar lo que decía la joven con alguna de las sacerdotisas de más rango, pero entonces la puerta se abrió con un crujido por detrás de ella.

—¿Es mi vino? —preguntó el Abad Supremo con entusiasmo—. Sé buena chica y tráemelo.

Kaira se hizo a un lado y resistió la tentación de mirar al hombre al que protegía, no fuera que estuviera allí con todo su hirsuto esplendor y su polla minúscula.

La Hija de Arlor entró en la habitación y la puerta se cerró tras ella de golpe.

Una vez más, Kaira oyó la voz amortiguada y claramente divertida del Abad Supremo, pero su tono afectado no resultaba cálido. Y, de nuevo, oyó a la sacerdotisa respondiendo en voz baja... inocente... ingenua.

El Abad Supremo se rió y de pronto Kaira oyó un chillido. Él se rió otra vez y dijo algo más en voz más alta. En esta ocasión sus palabras sonaron ásperas, con un tono agresivo de reprensión... o de castigo.

La chica gritó.

Fue suficiente. Kaira había cumplido con su deber, había montado guardia a petición de la Madre Matrona y había actuado con honor. Ya no podía seguir callando.

Dejó el escudo y la lanza apoyados en la pared, no fuera a hacer algo que pudiera lamentar, abrió la puerta de golpe y entró con el ceño fruncido, como si fuera a enfrentarse a un enemigo en el campo de batalla en lugar de a un viejo idiota abusón y perverso.

El Abad Supremo se volvió bruscamente a mirarla. Con una mano sujetaba el hábito de la chica como si intentara arrancárselo del hombro y con la otra le agarraba el brazo y se lo apretaba con fuerza.

La chica tenía la capucha echada hacia atrás y su rostro era visible. No tendría más de diecisiete años.

—¡Basta! —dijo Kaira, y se situó junto al Abad, mirándolo fijamente como provocándolo para que peleara. Él se limitó a sonreír.

—Vamos, vamos —dijo, y soltó a la chica, que rápidamente se puso bien el hombro del hábito y volvió a cubrirse la cabeza con la capucha—. Sólo nos estábamos divirtiendo un poco.

—A mí no me lo parece. —Kaira se volvió hacia la joven sacerdotisa—. ¿Cómo te llamas, chica?

—Claudya —respondió con un hilo de voz, como un ratoncito.

—Te sugiero que regreses con tus hermanas.

Claudya no necesitó que se lo dijeran dos veces y salió de la habitación con pasos rápidos y entrecortados.

El Abad Supremo seguía sonriendo.

—Vamos, sólo ha sido un malentendido. —Se acercó a una mesa donde estaba la garrafa en su bandeja de bronce y sirvió dos copas de vino—. Una boba embriagada por el florecer de la juventud. Iba emitiendo esas señales... ¿Sabes cuáles? Por supuesto que sí. Veo que eres una mujer con experiencia.

Tomó las copas y le ofreció una a Kaira. Cuando lo único que obtuvo a cambio fue una mirada de desprecio, volvió a dejarla en la mesa y se encogió de hombros.

—Mira. —Se acercó más, demasiado, hasta que estuvo junto a ella con la cabeza levantada, puesto que Kaira descollaba sobre su cuerpo diminuto—. Aquí hay una jerarquía. Resulta que yo estoy en lo más alto... y puedo ayudar a los que están, digamos, por debajo de mí. —Alargó la mano gordinflona y deslizó el dedo por el antebrazo desnudo de Kaira. Su tacto le dio la misma sensación que si una hilera de gusanos la recorriera—. Si todos nos llevamos bien, todo el mundo se beneficia de ello. —Subió el dedo hacia el hombro y luego, para horror de Kaira, empezó a trazar una línea hacia su pecho—. No hay motivo para que no podamos ser amigos, ¿no es cierto? Porque créeme cuando te digo que no me querrías como enemigo.

Algo chasqueó en su interior, como si se hubiera tensado la cuerda de un arco hasta el límite. Kaira agarró el dedo del Abad Supremo antes de que pudiera hacerlo avanzar más. El hombre abrió la boca horrorizado y puso unos ojos como platos cuando ella se lo dobló. Sabía que debería haberlo dejado ahí, ya había hecho suficiente para darle una lección, pero no se detuvo. Más adelante lo vería como una culminación de circunstancias que la habían llevado a esto: las chicas de las que el hombre había abusado, las quejas constantes de Samina, su necesidad de combatir en el frente, de sentirse útil. Todo ello había contribuido a que siguiera adelante, a que cruzara el punto de no retorno.

El Abad Supremo gritó cuando Kaira le rompió el dedo. Al mismo tiempo, su mano libre se alzó como si tuviera vida propia y se estrelló contra la nariz del hombre, aplastándosela contra la cara en medio de un chorro de sangre y mocos.

El tipo cayó al suelo, volcó la bandeja de bronce de la mesa y la garrafa se hizo añicos con una explosión de vino tinto. Por encima del ruido del cristal que se rompía se alzó el grito agudo del Abad. Gritó como si tuviera las tripas colgando, diciendo que lo estaban asesinando, pidiendo ayuda y llamando a los guardias y clamando a

Arlor que lo protegiera.

Y Kaira se limitó a quedarse mirando a ese lastimero desastre humano. Aunque sabía que las consecuencias de su falta de control, de su momento de locura, serían graves, no pudo lamentarlo.

Tras la construcción del Templo de Otoño se habían prohibido todos los entierros paganos dentro de las murallas de Steelhaven. Anteriormente el culto a los antiguos dioses había sido una práctica común en todos los Estados Libres, de modo que, para aplacar a los que aún eran devotos del antiguo panteón, el rey Murlock les había otorgado la Colina del Bailarín y el terreno sagrado circundante para que llevaran a cabo sus variados ritos de nacimiento, muerte, matrimonio y sacrificio estacional. Había sido una práctica habitual colgar a los delincuentes del inmenso roble que había en la cima de la colina y dejar que se columpiaran en su último baile espasmódico antes de enterrarlos en el terreno circundante. Pero desde que el rey Murlock había empezado a ejecutar a los maleantes dentro de las murallas de la ciudad, la Colina del Bailarín ya no se utilizaba y no había ningún motivo para no cedérsela a los que aún adoraban a los antiguos dioses.

En aquellos momentos, Nobul se encontraba a la sombra de aquel árbol grande y viejo, él y el druida de barba blanca, nadie más. Sin embargo, no estaba observando los procedimientos; su atención se centraba en las ramas que se mecían con la brisa. Escuchó sus crujidos pensando en las cuerdas que solían colgar de ellas con los ahorcados debajo, unos cuerpos hinchados y morados. Era un recuerdo espantoso, pero era mejor que pensar en la alternativa: su hijo Markus que yacía allí en la tierra esperando a ser cubierto y abandonado a los gusanos en la oscuridad.

Nobul no tenía en mucho a los dioses y en general no le hacía mucha gracia que le dijeran lo que tenía que hacer, sobre todo si eran los sacerdotes, pero no lo estaba haciendo por él. Era lo que Rona hubiese querido. Si había otra vida, y Nobul no estaba convencido de que la hubiera, su mujer querría que Markus fuera enterrado igual que ella, para poder estar juntos. Aunque Nobul no creía que sirviera de mucho, aunque no creía que hubiera nada esperándote después de que te metieran en el hoyo, lo hizo de todas formas.

El druida llevaba con ello más tiempo del que le hubiera gustado, pero no se quejó. El hombre hablaba en un idioma que él apenas entendía, de vez en cuando decía el nombre de uno de los antiguos dioses que Nobul reconocía, pero en realidad eran todos irrelevantes. El único dios que haría su aparición sería el Señor de los Cuervos. Subiría a través del suelo, o así decían las viejas historias, y te otorgaría un beneficio. Obtendrías una última petición antes de que se te llevara, como poder terminar una última tarea, o decir adiós a tus parientes, o disfrutar de un último momento bajo el sol.

Al final todo el mundo tenía que enfrentarse al Señor de los Cuervos.

Nobul se sorprendió sonriendo al pensarlo. Si el Señor de los Cuervos venía a por él, desde luego querría una última petición: querría encontrar al cabrón que había hecho esto, encontrar a ese cabrón y darle su merecido.

Dijeron que había sido una flecha perdida, que no pudo evitarse. Los Casacas

Verdes no podían hacerse responsables porque intentaban atrapar a un asesino en la noche. Por este motivo Nobul no tenía derecho a una «compensación monetaria», como ellos la llamaban. No es que quisiera dinero, aunque le hubiera venido condenadamente bien. No, él sólo quería justicia. Pero no había justicia en Steelhaven, no a menos que para empezar tuvieras dinero, amigos y poder. Si no, tenías que aguantarte.

Observó al druida y vio que lo estaba mirando con las manos apretadas frente a sus vestiduras verdes. El anciano tenía la mirada fija, estaba terminando de hablar con los árboles, con la tierra y con el Señor de los Cuervos. A Nobul le pareció que la ceremonia ya había terminado. Señaló la pala con la que había cavado la tumba y el druida asintió. La cogió con un suspiro y empezó a llenar el hoyo cubriendo de tierra el cuerpo de su hijo envuelto en tela de cáñamo.

No se entretuvo al terminar, no se quedó allí para decir unas palabras. Se encaminó directamente de vuelta a la Puerta de Piedra. Durante el camino tuvo la seguridad de haber visto a alguien observando desde un lado del camino, un niño quizás un poco mayor que Markus estaba..., mejor dicho, había estado. Porque cuando miró con más atención, ya había desaparecido.

La casa estaría vacía... como una concha llena de recuerdos que Nobul no tenía mucho interés en rememorar, de modo que se dirigió directamente a la fragua. Cerró la puerta para dejar fuera al mundo y miró las brasas del fuego, el yunque frío y silencioso, la mesa sobre la que ejercía su oficio.

Nobul se situó frente a dicha mesa y bajó la mirada; miró el desorden al que sólo él podía dar sentido. Cogió un pomo de espada a medio terminar, lo sopesó en la mano y pasó el pulgar por el áspero acabado.

Había quien tallaba los trozos de madera durante horas, sacando pequeños pedazos, luego los lijaba y los alisaba en forma de pequeños animales para regalar a sus hijos. Nobul tallaba con hierro y acero, grababa con oro los pomos, ponía remaches en las empuñaduras, envolvía los mangos con el mejor de los cueros e incluso encastaba gemas en el acero cuando se lo pedían. Era un artesano: creaba cosas bellas a partir de los materiales más básicos, pero de pronto cayó en la cuenta de que nunca había hecho nada para su hijo. Hasta la escoria de las calles hacía juguetes para que jugaran sus hijos, pero Nobul Jacks no, él siempre había estado demasiado ocupado para estas cosas, siempre demasiado preocupado con su trabajo. Lo único que le había dado a Markus eran palabras duras y furia. Lo último que le había dado había sido una bofetada. Le pareció que eso lo convertía en una especie de cabrón.

Agarró el pomo con fuerza y apretó los dientes para contener el dolor y las lágrimas. Dio media vuelta y estaba a punto de lanzar aquel pedazo inútil de metal hacia el otro lado de la habitación cuando vio que la puerta estaba abierta. Entraron dos hombres fornidos de aspecto duro. Unos hombres a los que Nobul reconoció.

El primero de ellos era calvo, la sonrisa de su cara amistosa, como si se esperara

su presencia. El segundo era más alto, su expresión más adusta que la del primero, un auténtico hijo de puta de aspecto malvado.

Nobul volvió a dejar el pomo en la mesa con suavidad mientras el segundo hombre cerraba la puerta.

—Hola, viejo amigo.

Nobul no respondió, se limitó a quedárselos mirando.

El hombre calvo miró a su amigo y se encogió de hombros. El otro no se movió, simplemente miró a Nobul como si quisiera hacerle daño. El herrero clavó la mirada en el suelo. Ya le daba igual, no tenía energía para amilanarlos. Podían tener lo que quisieran, coger todo lo que tenía; la verdad era que ya no le importaba.

—Sé que la visita es inesperada y que este mes ya has pagado, pero ya sabes cómo están las cosas. Ese suplemento del que habíamos hablado..., por lo visto nuestro jefe lo quiere ahora.

Nobul se limitó a asentir. Echó un vistazo por la fragua intentando pensar si tenía algunas monedas por allí o si las había dejado en la casa. Recordó entonces que se había gastado lo último que tenía para pagar al druida por la ceremonia. No le quedaba nada.

—No lo tengo —dijo. No había emoción alguna en su voz; no tenía miedo, no de esos dos. Podían hacer lo que tuvieran que hacer.

El calvo asintió.

—Pues tenemos un problema. —Miró a su compañero otra vez. El otro siguió sin reaccionar—. Pero ¿sabes qué?, probablemente podamos llegar a un acuerdo. —Fue paseando hasta un barril del que sobresalían unas barras de acero sin templar, sacó una y la sopesó en la mano—. No somos personas poco razonables. No es que vayamos a hacerte daño... al menos todavía no. ¿Cómo vas a poder ganar nada si te dejamos hecho papilla de una jodida paliza? —Pronunció las últimas palabras a voz en cuello y golpeó el yunque con la barra de acero. El ruido resonó por toda la fragua.

Nobul se limitó a mover la cabeza afirmativamente.

—Tienes hasta mañana —anunció el matón, y tiró el acero de nuevo en el barril con despreocupación—. Cincuenta monedas de cobre o cinco de plata. Nos da igual. Ya sabes, ahora que somos amigos... —Se volvió y le hizo una señal a su compañero, que dio la impresión de tener que arrancar la mirada de Nobul antes de dirigirse hacia la puerta.

—¡Ah, a propósito! —El calvo dio media vuelta sonriendo, lleno de satisfacción como si acabara de ganar la mano en una partida de cartas—. Lamento lo de tu chico.

Se hizo el silencio, un momento que pareció alargarse hasta que Nobul asimiló aquella afirmación poco sincera.

Levantó la mirada y la clavó en aquel hombre, fulminándolo con ella, notando que apretaba los puños sin querer.

—¿Cómo dices? —le preguntó.

—Tu chico. Un asunto desagradable. Pero supongo que ahora tienes una boca

menos que alimentar. No deberías tener problemas para efectuar el pago mensual, ¿eh?

El calvo dio media vuelta y le dirigió una mirada cómplice al segundo matón. En esta ocasión su compañero le respondió con una sonrisa.

Una broma. Un jodido chiste sobre Markus. Su hijo, que yacía muerto en la tierra, muerto y sin poder hablar para defenderse. Ya no volvería a hablar jamás.

—Espera —dijo Nobul antes de que pudieran abrir la puerta. Los dos hombres se detuvieron y se volvieron hacia él con expectación; el calvo, con la cabeza ladeada como si esperara que le respondiera con algo, como si quisiera que Nobul empezara a lanzarle insultos, a llegar a la provocación y proporcionarle una excusa para darle una paliza.

—¿Qué?

—No sé cómo te llamas —le dijo Nobul—. Puesto que ahora somos amigos y vamos a vernos con más frecuencia, debería saber tu nombre, ¿no?

El calvo sonrió de satisfacción, miró a su compañero y luego otra vez a Nobul.

—¿Mi nombre? Puedes llamarme «Señor». ¿Qué tal para empezar?

—¿Llamarte qué?

—Señor. ¿Es que estás sordo?

—Lo siento, no lo había entendido.

La sonrisa del calvo se extendió por toda su cara y se acercó con paso decidido y arrogante, se acercó tanto que Nobul podría haberlo tocado con tan sólo alargar la mano. Se inclinó hacia él y lo miró con dureza. El herrero había visto esa misma mirada cientos de veces en las compañías de mercenarios y en el regimiento de reclutas. Había visto a oficiales dirigirla a sus subordinados, había visto a los peces gordos dirigirla a los pequeños. Por lo visto ahora era él quien la recibía.

—He dicho que puedes llamarme...

Nobul lanzó la mano al frente con los dedos como garfios y agarró la cara del calvo como un águila atraparía a un conejo en sus garras.

—¡Jodido hijo de puta! —gritó al tiempo que hundía el pulgar en la cuenca del ojo del calvo, lo metió por debajo del globo ocular y se lo sacó con un débil estallido.

El calvo cayó al suelo aullando como un perro al que le hubieran cortado las pelotas, pero Nobul seguía moviéndose. El segundo matón iba hacia él con una sonrisa malvada en el rostro, como si ya se lo hubiera esperado, como si lo deseara. Aquel tipo era grande, pero torpe. Tenía músculos, pero estaban debajo de una gruesa capa de grasa.

No era duro como el hierro. No estaba templado como el acero.

Nobul le agarró la cabeza antes de que el hombre pudiera dar dos pasos y se la estrelló contra su rodilla que ya la esperaba al tiempo que escupía su furia con un gruñido entre dientes apretados. Notó que la cabeza le golpeaba la rodilla y un fuerte dolor le recorrió el muslo. Un dolor agudo. Un dolor bueno. Tiró de la cabeza del matón hacia arriba y notó que se había quedado inerte entre sus manos. Pero Nobul

no había terminado aún, y lo arrastró hasta el yunque para volver a golpearle la cabeza, esta vez contra el duro bloque de metal. Le resonó el cráneo, no con un sonido melódico como el del martillo contra el acero, sino con un ruido apagado como el de un hacha contra un tocón. La golpeó de nuevo y en esta ocasión vio que la sangre se extendía por el bloque de metal. Lo golpeó una última vez y lo soltó. El tipo se quedó inmóvil en el suelo con los gritos del calvo de fondo. Podría estar inconsciente, podría estar muerto, resultaba difícil saberlo. Nobul levantó un pie y lo dejó caer en la garganta de aquel hombre, que cedió bajo su bota, y la sangre y la saliva empezaron a salir de su boca abierta. El herrero se quedó mirando la cabeza que ahora colgaba entre sus anchos hombros. Si aún le quedaba vida después de haberle estrellado la cabeza contra un yunque, definitivamente ahora estaba muerto.

—¡Mi ojo, joder! ¡Cabrón! ¡Cabrón!

Nobul dio media vuelta y vio que el calvo seguía retorciéndose en el suelo. Se agarraba la cara con la mano y el globo ocular le sobresalía entre los dedos colgando de un tallo carnosos.

—Calla, hijo —le dijo Nobul al tiempo que cogía su martillo—. Esto va a terminar enseguida.

Se situó encima del hombre que gritaba, alzó el martillo y se puso a trabajar...

Cuando terminó, cuando hubo limpiado la mierda y la sangre, Nobul empujó su carretilla por los adoquines de las calles ensombrecidas por el atardecer con los brazos tensos bajo su peso. Normalmente, hubiera transportado unas cuantas armas o piezas de armadura cubiertas con una lona para llevarlas directas al tendero que le pagaba un buen precio o, si era un encargo, directas al mayorista que le pagaría un precio aún mejor. Dudaba que obtuviera nada por los dos pedazos de mierda muerta que ahora mismo llevaba en la carretilla.

No le preocupaba que lo descubrieran. Los Casacas Verdes de aquella parte de la ciudad lo conocían, lo habían visto en más de una ocasión transportando su mercancía en la carretilla por las calles. Quizá les pareciera un poco curioso que empujara la carretilla al anochecer, pero aunque le pidieran que se detuviera para echar un vistazo a lo que llevaba, a Nobul no le importaba. Que miraran bajo la lona, que vieran los cadáveres que llevaba, que retrocedieran horrorizados y se llevaran esos estúpidos silbatos a la boca, que alzarán sus ballestas y le ordenaran que se tumbara en el suelo mientras le ponían los grilletes.

Que lo hicieran.

Pero no lo hicieron.

Llegó al Storway, allí donde cruzaba el barrio Comercial, y empujó la carretilla por el pequeño camino de sirga. Había tres botes del canal amarrados cerca de allí, listos para emprender el largo viaje río arriba hasta Silverwall. Nobul se detuvo un segundo, se quedó inmóvil sin dejar la carretilla en el suelo y esperó para ver si venía alguien. No venía nadie.

Tardó sólo unos momentos en meter los dos cadáveres suavemente en el río. Se

quedaron allí flotando, cabeceando con las olas como manzanas en un barril hasta que la corriente los atrapó y se los llevó. Se quedó mirando cómo se hundían lentamente bajo la superficie, de camino al mar Midral. Podría ser que la marea volviera a sacarlos a la superficie, pero ya estarían muy lejos de allí.

Se encaminó de vuelta a casa sin pensárselo dos veces.

Cuando Nobul regresó a la fragua, se entretuvo el tiempo justo para llenar la carretilla con madera del cobertizo. Siempre tenía la leñera bien abastecida, pues sin leña una fragua resultaba inútil. Una vez dentro, alimentó el fuego y se quedó mirando cómo las viejas brasas encendían la madera. Luego se dirigió a su mesa y sacó el cofre alargado que había debajo. Estaba hecho de sencilla madera noble ribeteada de hierro, de un metro veinte de largo por treinta centímetros de ancho, y su contenido lo hacía aún más pesado. Se detuvo con la mano en la tapa dudando si abrirlo y echar un vistazo o no. No tenía una verdadera necesidad de hacerlo, puesto que ya sabía lo que había dentro. No era necesario hacer aflorar más viejos recuerdos.

Dejó el cofre contra la puerta, tomó la pala y se puso a echar madera ardiendo en todos los rincones de la fragua para luego apilar más leña encima. Al cabo de poco ya había varios fuegos ardiendo que llenaban la fragua de humo, subían hasta las vigas del techo y prendían las paredes.

Nobul miró atrás por última vez, recogió el cofre, salió a la calle y cerró la puerta con llave.

Después de esto sólo había un lugar al que podía ir. Probablemente, la vieja Fernella era la última amiga que le quedaba. La conocía de los viejos tiempos, de cuando era un chico que no apuntaba nada bueno y que se peleaba con cualquiera que lo mirara dos veces. Había un buen paseo hasta su casa, pero Nobul todavía se acordaba del camino. Cuando llamó a la puerta y ella acudió a abrir, vio en sus ojos que lo reconocía. Pero su mirada no fue lo cálida que se había esperado.

—Nobul Jacks en mi puerta después de ¿cuántos años? —dijo la anciana—. Debe de querer algo.

Él se miró los pies y se encogió de hombros.

—Sólo un pequeño favor. No tienes que hacerlo si no quieres.

—Eso ya lo sé. No me asustas, muchacho.

No, por supuesto que no la asustaba. Sin embargo, ella sí lo había asustado hacía mucho tiempo, en la lejana época en la que no le tenía miedo a nada.

—Necesito que me guardes esto una temporada. —Le entregó el cofre de madera y, a pesar de su edad y de su cuerpo marchito, ella se lo tomó de las manos como si no pesara nada.

—¿Por qué no puedes guardarlo tú?

No mencionó a Markus. Quizá no lo supiera.

—Ya no tengo dónde ponerlo.

La mujer asintió y ladeó la cabeza hacia el interior de la casa.

—¿Quieres entrar un rato? Te leeré como en los viejos tiempos.

Tal vez sí lo supiera. Tal vez ésa fuera su manera de decir que lamentaba su pérdida.

Por un momento lo consideró. Por un momento, sentarse un rato en el salón de Fernella y escuchar sus viejas historias le pareció la mejor idea que le habían planteado nunca. Pero entonces se acordó. Recordó la bofetada que le había propinado a su hijo. Recordó la última mirada apenada en los ojos del chico. Recordó que no merecía ningún respiro de su dolor. No se merecía nada.

—No, tengo que marcharme. —Y con estas palabras, se dio la vuelta y la dejó allí en la puerta.

No había caminado mucho cuando le llegó el olor a humo de su fragua y oyó el sonido de la gente que se arremolinaba por allí frenéticamente sin saber cómo lidiar con aquello. Nobul iba a dar media vuelta para alejarse cuando un joven dobló la esquina corriendo. Reconoció al muchacho, pero no sabía su nombre. Tendría unos pocos años menos de los que tenía Markus..., de los que había tenido.

—Nobul —dijo el chico, nervioso y jadeante—. Tu fragua está ardiendo. — Señaló en la dirección por la que había venido.

—Ya lo sé —dijo él, y se quedó allí parado.

—Pues date prisa. Si no se apaga, no te quedará nada.

Nobul sonrió al oírlo. Sonrió porque ya no le quedaba nada, al menos nada que valiera una mierda.

Se volvió de espaldas al chico, al humo y al vocerío y se alejó.

Río esperaba en la sala oscura mientras el sonido de su propio pulso le llenaba los oídos. *Rugiente como un torrente que va hacia el mar*. Hacía dos días que había completado su tarea, dos días desde su regreso, desde que había empezado aquella vigilia, esperando a que apareciera el Padre de Asesinos. Durante este tiempo no había comido ni bebido nada —*las frías aguas*—, pero le importaba muy poco. Él estaba allí para obedecer, para servir, y es lo que haría.

El santuario se hallaba muy por debajo de las calles de la ciudad, oculto en las profundidades del laberinto de arterias de antiguos túneles de cloaca al este del Storway. *El río de las montañas que fluye con rapidez, dando vida... y arrebatándola*. Río conocía los caminos secretos mejor que nadie, podía recorrer los túneles oscuros sin necesidad de antorcha, podía evitar las antiguas habitaciones inundadas que impedirían el paso a cualquier otra persona que deambulara por debajo de Steelhaven. Dicho conocimiento le resultaba de mucha utilidad en su trabajo y era capaz de moverse con rapidez por la ciudad a su antojo, ya fuera por los tejados como por los pasajes subterráneos. *Fluyendo y cruzando como una miriada de afluentes*.

A pesar del frío y la humedad, se sentía cómodo en aquel lugar. Era su hogar, era el lugar en el que había crecido, en el que se había hecho fuerte y había aprendido su oficio. Era un lugar como ningún otro, prisión y refugio a la vez. Él estaba unido a este lugar, se sentía atraído a él. *Como un arroyo al océano*.

Oyó que se acercaban por los túneles, reconoció sus pasos silenciosos y supo que no eran intrusos. Sus pisadas eran demasiado pausadas, demasiado firmes en los túneles oscuros como la noche para tratarse de unos intrusos. Sólo podían estar a las órdenes de un hombre.

La puerta de la celda de Río se abrió y allí estaba él, alto y delgado como un fideo, con el pelo y la barba entrecanos y un rostro arrugado que revelaba el peso de sus años. Pero sus ojos, aquellos ojos de un azul de hielo, eran jóvenes y no dejaban traslucir ni una pizca de bondad en sus centelleantes profundidades. El Padre de Asesinos bajó la mirada con una sonrisa carente de cordialidad o bienvenida.

Detrás de él estaban los hermanos de Río: Montaña, alto y fuerte, con unas cejas oscuras arrugadas por un frunce perpetuo, y Bosque, delgado y furioso aun estando en reposo. Ellos también lo miraron impassibles, saludándolo sin compasión.

—Has vuelto a nosotros —dijo el padre con su voz anciana aún llena de fuerza. Una voz para ser temida a la vez que amada—. Oí que tuviste problemas, que la milicia casi te atrapó. ¿Estás herido?

—No, padre —contestó él, e inclinó la cabeza.

—Eso es bueno. Ven, hablaremos.

Río se puso de pie por primera vez en dos días. Tenía las piernas entumecidas por la vigilia, pero seguía moviéndose con gracia y velocidad, y se levantó rápidamente para seguir a su padre tal y como le había ordenado. Fuera de la celda estaba la vasta

sala de entrenamiento iluminada por brillantes antorchas y braseros relucientes. Las paredes estaban llenas de armas, maniqués para practicar el tiro al blanco, barras y cuerdas para trepar y saltar. Era el hogar de Río, una habitación en la que había vivido, aprendido y dominado su arte desde que tenía uso de razón.

—Lo has hecho bien, Río —dijo el anciano mientras guiaba a sus hijos fuera de la sala de entrenamiento y a través de un túnel oscuro—. Estoy satisfecho con el resultado de tu trabajo. —Salieron a una caverna subterránea enorme excavada en la roca desnuda siglos atrás con un propósito que Río no había sabido nunca—. Nuestra cruzada para erradicar de estas calles la lascivia depravada, la enfermedad de los malvados, está progresando bien. —Se volvió a mirar a Río, descollando sobre él como siempre hacía—. Pero te vieron. Ha habido alboroto en las calles, con la milicia buscándote, cuando el asesinato de Constantin Deredko debería de haber sido un secreto, un misterio para que resolvieran los inquisidores de esta ciudad.

—Lo sé, padre, y lo lamento mucho.

El Padre de Asesinos puso una mano en el hombro de Río.

—Sé que lo lamentas, hijo mío. —De pronto sus palabras fueron afables, tranquilizadoras, y Río levantó la vista y vio que su padre lo miraba con una sonrisa—. Pero con cada error estamos un poco más cerca de ser descubiertos. Cada error nos pone en un peligro mayor y no podemos permitir que nuestra cruzada fracase.

—Lo entiendo.

—Sí, hijo mío. Lo entiendes.

El padre extendió la mano. Bosque avanzó un paso y le puso un látigo de cuero oscuro en la palma abierta. Río ya se estaba quitando la túnica.

La dejó caer al suelo, se puso de rodillas e inclinó la cabeza.

—¿Qué es el dolor, hijo mío? —preguntó el Padre de Asesinos al tiempo que azotaba la espalda expuesta de su hijo con las colas del látigo, dejando una marca roja en la tirante carne musculosa.

—El dolor es mi fortaleza —respondió Río—. Me hace poderoso como las olas del mar contra las que todo se romperá y caerá.

—¿Y qué es la avaricia? —dijo el anciano con otro violento golpe de látigo.

—La avaricia es el ámbito de los más débiles. Los restos flotantes a los que se aferran en la tormenta del mundo.

—¿Y qué es la ira? —Otro movimiento del brazo, otro latigazo.

—La ira es mi herramienta, mi armadura y mi espada. Es con ira que mataré a mis enemigos, emergerá como una riada y los ahogará en su propia iniquidad.

—Bien —dijo el padre, y tomó el mentón de su hijo con una mano nudosa y callosa. Río levantó la mirada hacia aquellos ojos profundos y en ellos vio brotar lágrimas—. Eres mi hijo, y las lecciones que debo enseñarte son tan dolorosas para mí como lo son para ti.

—Lo sé, padre —repuso él.

El viejo sonrió, y mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla, le hizo señas a

Río para que se levantara. A pesar del fuego ardiente que sentía en la espalda, obedeció sin dar muestras de que sentía dolor, sin mostrar debilidad delante de su padre.

—Montaña, trae a nuestro invitado. Bosque, asiste a tu hermano.

Tras pronunciar estas palabras el Padre de Asesinos se dirigió de nuevo a la oscuridad de la gran sala subterránea.

Bosque se ocupó de la espalda de Río en silencio. Aunque éste quería preguntarle a su hermano quién era este «invitado», no sería tan tonto de hablar a menos que su padre le diera permiso. El escozor del linimento hacía que le ardiera la espalda como si le estuvieran marcando con hierros candentes, pero aun así no emitió ni un solo sonido mientras su hermano le limpiaba y vendaba las heridas. Cuando hubo terminado, ambos aguardaron en silencio, escuchando el goteo constante de la cueva húmeda y el distante correteo de las ratas en la negrura.

Río oyó que se acercaba Montaña mucho antes de que llegara a la sala. Aunque su hermano caminaba en silencio, el invitado que traía con él parecía hablar constantemente, quejándose de que le hubieran obligado a vendarse los ojos, del olor de los túneles húmedos y oscuros, del suelo resbaladizo bajo sus pies, del frío constante que se le metía en los huesos. Hablaba con un marcado acento que Río se esforzó por reconocer. Era similar a los que había oído en los muelles de la ciudad cuando llegaban los marineros extranjeros chapurreando en dialectos que él apenas entendía.

Apareció Montaña cuyo grueso puño agarraba el brazo de aquel hombre. Río vio que el recién llegado iba vestido con un extraño atuendo, unas vestiduras sueltas de color azul con un fajín rojo atado a la cintura y la cabeza envuelta en un pañuelo. Por encima del hombro llevaba una bolsa de terciopelo que se sujetaba con fuerza contra el costado con la mano tan apretada que tenía los nudillos blancos. Llevaba los ojos tapados con una venda, bajo la cual sobresalía una nariz prominente. Tenía la boca abierta y parloteaba sin parar dejando a la vista unos dientes de un blanco y dorado reluciente.

—¿De verdad es necesario que me sujetes tan fuerte? —preguntó el desconocido en tono de súplica, pues estaba claro que ya no podía más—. Y puedo asegurarte, por milésima vez, que esta venda no es necesaria. Soy un hombre de lo más discreto y entiendo perfectamente el secreto de mi propósito aquí.

Montaña lo condujo hasta el centro de la sala y le quitó la venda. El hombre parpadeó con la luz centelleante de las antorchas y luego miró a su alrededor con los ojos muy abiertos. Observó a Montaña, así como a Río y a Bosque, que se encontraban a su alrededor mirándolo en silencio.

—¿Alguno de vosotros es el hombre al que tengo que ver? —preguntó el desconocido que vestía de forma extraña—. ¿Alguno de vosotros es el Padre de... el Padre de Asesinos? —Su pregunta fue respondida con el silencio—. Soy Massoum Am Kalhed Las Fahir Am Jadar Abbasi, antiguo enviado del Kali Ustman Al Talib de

Dravhistan. Actualmente estoy al servicio de...

—Estoy perfectamente al tanto de a quién sirves en la actualidad —dijo una voz desde la oscuridad. De la negrura salió la figura imponente del Padre de Asesinos que se acercó a aquel hombrecillo como un águila sobre su presa. Río vio que Massoum daba un paso tambaleante hacia atrás y que luego recuperaba la compostura.

Se obligó a sonreír antes de inclinar la cabeza y llevarse un dedo a la frente y a los labios.

—Es un honor conocer al fabuloso Padre de Asesinos. El príncipe Amon Tugha os manda muchos recuerdos.

—¿Ah, sí? —dijo el anciano mirando hacia abajo con sus centelleantes ojos azules—. ¿De verdad?

—Sí, de verdad. Y como muestra de su estima, os envía esto. —Massoum rebuscó en la bolsa que llevaba colgada del hombro. Río y sus hermanos se pusieron tensos unos instantes, siempre en guardia, siempre alerta del peligro, pero Massoum sólo sacó un maltrecho billetero de cuero. Lo tendió con una amigable sonrisa.

El Padre de Asesinos contempló a aquel hombrecillo y luego miró el billetero, tras lo cual extendió una mano marchita con la que tomó el objeto que le ofrecían. Lo abrió lentamente, como si algo pudiera saltarle encima si no iba con cuidado, y miró en su interior. El viejo estuvo mirando unos momentos. El silencio inundó la sala; ni siquiera el goteo de la humedad invadió aquel momento, como si la propia cueva estuviera conteniendo el aliento con anticipación. En el semblante del Padre no había indicios de lo que pensaba de aquel obsequio, ni siquiera cuando volvió a mirar a Massoum.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó mientras cerraba el billetero y lo sujetaba con el puño cerrado.

El mensajero miró a Río y a sus hermanos con vacilación.

—Tal vez deberíamos tratar esto en privado, ¿no?

—No hay nada que puedas decir que no quisiera que oyeran mis hijos, heraldo. Y ahora habla.

Massoum ensanchó aún más su sonrisa. Si el Padre de Asesinos lo intimidaba, no lo demostró.

—Amon Tugha os pide que realicéis una sola tarea para él. Hay que apartar del juego al heredero del rey Cael. El caudillo tiene ojos y oídos en palacio, un agente con quien podríais asociaros para planear esta tarea. Los detalles están aquí. —Le tendió un pequeño trozo de pergamino doblado—. Una vez realizada la tarea, Amon Tugha devolverá...

—Sé qué es lo prometido, heraldo —lo interrumpió el anciano al tiempo que le arrebató el pergamino de la mano a Massoum—. Llevo esperando este día más tiempo del que te imaginas. Muy bien, tu trabajo ha terminado.

El Padre de Asesinos hizo una señal a Montaña y éste agarró a Massoum del brazo y le tendió la venda para los ojos. El heraldo puso cara de desconsuelo al ver la

faja de tela negra antes de atársela en torno a la cabeza. En esta ocasión, mientras Montaña lo conducía fuera de la sala, no emitió ni un solo sonido de queja.

El Padre de Asesinos miró a Río y Bosque con detenimiento.

—La que nos han pedido es una tarea sutil —dijo acercándose a ellos poco a poco—, una tarea que sobrepasa las habilidades de Montaña. Él es un instrumento contundente, devastador, pero tosco. Ésta tarea requiere de un paso suave. ¿Cuál de vosotros servirá? ¿Cuál de vosotros podrá entrar en Skyhelm y quitarle la vida a una princesa?

Río hincó una rodilla en el suelo de inmediato. Aún le dolía la espalda, pero hizo caso omiso del dolor, lo relegó al fondo de su mente como algo efímero, fugaz y sin importancia.

—Yo serviré, padre. Permíteme expiar mi reciente error. Sólo pido la oportunidad.

En cuestión de un segundo Bosque se arrodilló a su lado.

—No, padre, por favor permíteme que cumpla tus deseos. Mi hermano ha demostrado que aún no está preparado para semejante tarea.

Cuando Río alzó la mirada, el padre estaba sonriendo.

—Me complacéis, hijos míos. Me complacéis gratamente. —Los observó con atención; Río esperaba que eligiera a Bosque para esta tarea. Él nunca era renuente a matar a petición de su padre, pero matar a una mujer, ¿a una princesa nada menos? ¿Qué delito podría haber cometido para merecer este final? A pesar de sus ansias de expiar sus errores, no estaba listo para arrebatarse la vida a un inocente.

El Padre de Asesinos le puso una mano en la cabeza a Bosque, y Río sintió que lo embargaba el alivio.

—Tú siempre me has complacido —afirmó—. Siempre has demostrado tus habilidades, nunca has eludido tus obligaciones y nunca me has hecho dudar de ti ni un instante. —Se volvió a mirar a Río—. Por dicha razón debes ser tú, y no tu hermano, quien lleve a cabo esta seria tarea.

Bosque no se inmutó ante el rechazo y Río tampoco reaccionó, aunque se le había caído el alma a los pies.

—Gracias, padre. —Fue lo único que pudo decir.

—De nada, hijo mío. Y ahora prepárate para lo que te espera. Debes estar sano y fuerte porque la tarea que tienes por delante no va a ser fácil.

Y dicho esto, se adentró en la oscuridad una vez más.

Río se quedó allí sin moverse, notando que su hermano lo miraba.

—No vuelvas a fallarle —le dijo Bosque. Río percibió el desdén en su voz. El hecho de que su padre lo rechazara le había dolido en lo más profundo, Río lo notaba. Siempre habían sido compañeros, aunque nunca amigos, y aquello no iba a contribuir a que intimaran más.

—No fallaré —repuso mientras caminaba de vuelta a la sala de entrenamiento.

Pero en su interior no sentía la convicción de sus palabras. En algún lugar una

chica había sido señalada para morir. Y tanto si le gustaba como si no, él había sido elegido para llevar a cabo la tarea.

Se entrenó duramente durante horas, poniendo a punto su cuerpo y fortaleciendo su mente. Las heridas de la espalda le dolían más que cuando su padre había utilizado el látigo, pero apartó de sí el dolor, derrotándolo con la misma facilidad que a cualquier enemigo de carne y hueso.

Cuando hubo terminado, cuando su hermano lo hubo dejado solo, se limpió con un trapo y se puso la túnica oscura. Fuera ya sería de día, era su oportunidad de ver amanecer.

Salió sigilosamente del santuario, recorrió los túneles subterráneos sin que la oscuridad lo obstaculizara y salió a las calles de la ciudad, donde lo recibió el frío aire de la mañana y un sol brillante que relucía en un cielo despejado. Lo que vio lo hizo sonreír y le hubiera encantado disfrutar de su esplendor, pero no se entretuvo, no se detuvo a apreciar la mañana.

Ella lo estaría esperando y no quería arriesgarse a no encontrarla.

La sensación de libertad prevaleció; iba despojado de grilletes, con sus obligaciones momentáneamente olvidadas. Río escaló rápidamente un edificio cercano, trepó por él en silencio y sin apartarse de las sombras, sin ser visto. Los tejados de aquella ciudad eran su dominio, aunque los compartía de vez en cuando con los pájaros y gatos callejeros. Era un punto panorámico del que muy pocos estaban enterados; la ciudad rara vez se veía desde esas alturas, y en ocasiones Río sentía pena por los que nunca llegaron a vivir esa experiencia.

Mientras corría de un tejado a otro, saltando por encima y entre ellos, *igual que el salmón nada contra corriente*, de pronto se sintió vivo, se sintió libre. Esto era vida, cuando no llevaba sobre sus hombros la carga del santuario, cuando quedaba libre de sus obligaciones. Aunque quería mucho a su padre, las tareas que le encomendaba a menudo le afectaban.

Sí, estaba librando a esta ciudad de su mugre, salvándola de sí misma, pero no podía evitar sentir de vez en cuando unos remordimientos que se deslizaban en su pensamiento. ¿Constantin Deredko merecía morir de forma tan horrible? ¿Exhalar su último suspiro enfermizo y asfixiado solo? De haber elegido la espada de Río, su muerte hubiese sido rápida, ¿y quién decía que no había merecido tan crudo final por el dolor que había infligido en otros?

Pero ¿qué podía haber hecho esta princesa para merecer ser la víctima?

Río sabía que no le correspondía a él cuestionar la voluntad del Padre de Asesinos. Él no sabía quién era este tal Amon Tugha ni por qué su padre estaría deseoso de llevar a cabo el trabajo que le encargaba, pero no se atrevió a preguntar. Él no podía preguntar.

Antes de que Río pudiera albergar más dudas, había llegado a su destino.

La pequeña plaza estaba pavimentada y bordeada de árboles, un refugio en medio del bullicio de la ciudad. Miró hacia abajo desde su posición privilegiada en un tejado

cercano y vio que el lugar estaba vacío, como casi siempre estaba. A menudo le sorprendía el hecho de que rara vez se visitara esa plaza. Estaba claro que la gente de aquella ciudad prefería el estrépito y el ajetreo a la tranquilidad y el solaz. No es que a Río le importara.

Porque ella no tardaría en llegar.

Ella era su único secreto. Su única traición. Si el Padre de Asesinos supiera que venía a este sitio a la luz del día para librarse de su carga, se lo haría pagar muy caro. Pero Río era cauteloso, siempre lo había sido.

Algunos días la encontraba allí, sentada pacientemente, y hablaban hasta que oscurecía. Otros días era él quien esperaba hasta que el sol había cruzado el cielo y seguía sin haber ni rastro de ella. A menudo guardaba esta vigilia y su compañía era la recompensa que se otorgaba por el duro trabajo que tenía que hacer. Era su única concesión a la normalidad, su única pretensión de ser una de las miles de personas comunes y corrientes entre las que se movía sin ser visto, conocido ni querido. Ella era su confesionario, aunque nunca le habló de los hombres a los que había matado ni de la vida que llevaba en realidad.

De manera que se sentó a esperar.

Había llorado hasta que ya no pudo llorar más; lágrimas duras, sollozos agitados, hasta que apenas podía respirar. Rag nunca había sentido nada parecido a esto.

La culpabilidad ya estaba presente cuando había empezado a robar, como un peso constante en su interior, como si siempre hubiera sabido que lo que estaba haciendo estaba mal, que otras personas tendrían que vivir con las consecuencias de sus acciones, pero nada la había hecho sentir nunca como ahora.

Era escoria de las calles; se suponía que no tenía responsabilidades. Se suponía que no debía preocuparse de nada, salvo de sí misma.

Pero de Markus sí se había preocupado.

Puede que fuera mayor que los otros chicos, que Migs, Tidge y Chirpy, pero era más inocente que cualquiera de ellos. No tenía ni la mitad de la astucia callejera que tenía Tidge ni las habilidades de Chirpy. No tendría que haber estado con ella esa noche. Y no hubiera estado allí de no ser por ella, ¿no es cierto? Fue ella la que se lo llevó consigo, fue ella la que dijo que sí a su charla entusiasta sobre unirse a su pandilla.

¿Pandilla? ¿A quién quería engañar? No eran una pandilla, sólo eran un grupo de chicos de mierda de la calle que robaban lo que podían y se mantenían ocultos.

El remordimiento que la embargaba era tal que incluso había ido a ver cómo enterraban al pobre Markus en la Colina del Bailarín. También había visto a su padre, o al menos al hombre que le dio sepultura. Parecía lamentarlo mucho junto a la tumba, aunque Rag no vio que derramara una sola lágrima.

Había querido decir algo, había querido darle sus condolencias de algún modo, pero cuando vio la expresión de su cara, esa expresión de pérdida en aquellos rasgos de acero, se lo pensó mejor. Y de todos modos, ¿qué hubiera dicho? «Yo fui la que lo llevó a los tejados, señor. De manera que podría decirse que fui yo quien provocó su muerte. En cualquier caso, lamento su pérdida. A propósito, ¿podría darme unas monedas?».

Sí, estaba segura de que hubiera ido muy bien. Puede que incluso se hubiera sentido menos culpable mientras él le estuviera retorciendo la cabeza para arrancársela de los hombros.

Y fue todo esto, toda esta mierda, lo que había hecho que empezara a pensar en sí misma.

Fue sólo por un cruel capricho de los dioses que Markus recibiera aquella saeta y no ella. Sólo fue por un pelo y por un poco de suerte que no hubiera sido ella la que diera su último suspiro en un tejado mientras la sangre le salía a borbotones por entre los dedos y esperaba al Señor de los Cuervos. Y después de haber estado pensando había tomado una decisión...

Ya era hora de que todo esto terminara.

Había hablado con Fender al respecto. Le explicó que ya estaba harta, que no

quería terminar siendo otra golfilla más muerta en las calles. Le contó que no podía continuar así, que no podía seguir viviendo de esta manera y que necesitaba algo más.

Al principio él se había mostrado enojado como de costumbre y la había llamado idiota por querer marcharse, dijo que era una insensata por tener ambiciones de ser algo más de lo que era. Pero al final, pese a todas sus palabras enojadas y de intentar convencerla de lo contrario, accedió a ayudarla.

Accedió a ayudarla a entrar en el Gremio.

Fender por supuesto había tenido la ocasión de entrar hacía un tiempo, pero se había rajado. Dijo que los del Gremio eran gente desagradable, una panda de cabrones que sólo miraban por sí mismos, pero todavía tenía contactos y podía darle a Rag una recomendación si quería.

Tal vez pensaba que si ella estaba en el Gremio sería como si todos ellos lo estuvieran: una licencia para robar, contactos en todos los lugares adecuados, un paso hacia el éxito. Quizá sólo quería librarse de ella después de tanto tiempo y por el desacuerdo sobre quién era el líder de la pandilla. Fueran cuales fueran los motivos de Fender, dijo que conocía a alguien que podía hablar con alguien, y así quedó la cosa.

De modo que ahora sólo tenía que esperarle, allí en el tejado del Toro, intentando por todos los medios no mirar a los ojos a Migs, Chirpy y Tidge. Si iba a ocurrir esto, los dejaría atrás, avanzaría hacia cosas mejores. Podría volver a verlos, por supuesto, quizás incluso pudiera procurarles algo de comer y algunas monedas, pero las cosas ya nunca serían como eran. Ella subía, avanzaba, y cuando hacías eso, no valía la pena volver la vista atrás. Tenías que mirar siempre al frente, mantener la calma, mantenerte fuerte, y a la mierda todo lo demás.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Rag dio media vuelta y vio a Fender al borde del tejado. Ni siquiera lo había oído llegar. Le faltaba poco para alcanzar la perfección moviéndose con sigilo y ella tenía que admitir que eso la ponía un poco nerviosa. Quizá fuera otra razón para cambiar de vida.

—No tienes por qué hacerlo, ya lo sabes —dijo él en un tono casi comprensivo, pero no del todo—. No es necesario tomarse las cosas tan mal. Era un...

—No hables de él, Fender. —No quería ni que mencionara siquiera el nombre de Markus. Sólo serviría para enojarla—. Y sí, tengo que hacerlo. Lo que pasó con Markus sólo hizo que me decidiera antes. Iba a hacer esto tarde o temprano.

Fender sonrió y respondió con un leve gesto de la cabeza.

—Sí, supongo que sí. No tienes que hacer de madre eternamente. —Desvió la mirada hacia el endeble refugio en el que estaban sentados Chirpy, Tidge y Migs.

De pronto se sintió más culpable que nunca, y no por Markus. Por mucho que intentara convencerse de que no tenía responsabilidades, sabía que había tres niños que dependían de ella. Tres pequeños muchachos a los que iba a dar la espalda.

Como si pudiera leerle el pensamiento, Fender le dijo:

—No te preocupes por ellos. Me encargaré de que estén bien.

Rag lo miró a los ojos y tuvo la sensación de que estaba diciendo la verdad. Para todo hay una maldita primera vez.

—¿Vas a despedirte?

Ella miró otra vez hacia la pequeña choza al oír una risita en el interior, probablemente de Chirpy.

—No —contestó—. No tiene sentido estropearles el día. Ya lo averiguarán muy pronto. ¿Hablaste con tu hombre?

Él asintió.

—Por supuesto que hablé con él. Me ha dicho: «Sí». De hecho sabe de alguien que está buscando gente. Si quieres que te lo presente podemos ir ahora mismo.

—De acuerdo, vamos.

Fender no dijo nada más y descendió por delante de ella las tambaleantes escaleras que bajaban del tejado de El Toro. Rag lo siguió con la cabeza gacha, ahora resignada, a sabiendas de que no había vuelta atrás. Y no se volvió, ni siquiera intentó echar una última mirada a sus chicos. Eso podría haberle impedido hacer lo que tenía que hacer.

Al llegar a la suciedad de Slip Street no miró a su alrededor. Estaba esperando dejar atrás todo aquello, avanzar a una vida mejor, de modo que mantuvo la cabeza gacha y siguió a Fender.

Anduvieron un buen trecho por la ciudad hasta llegar a Northgate. Aquella zona de Steelhaven era enorme y crecía con rapidez, un laberinto de casas desvencijadas en el que era fácil perderse. Fender se detuvo enseguida y señaló el edificio en el que se encontraba su contacto.

—Entra allí —le dijo—. Pregunta por Krupps.

A Rag se le hizo un nudo en la garganta. Incluso en los Muelles había oído hablar de este lugar. El Ciervo Negro era una de esas tabernas que uno evitaba. Hasta los Casacas Verdes la rehuían. Ella nunca había estado allí. De haber intentado ejercer su oficio y robarle el monedero a alguien en El Ciervo Negro, probablemente no hubiera vivido mucho más, al menos no con todos los dedos.

Pero no había otro camino que hacia delante.

—Gracias, Fender —le dijo—. Supongo que ya nos veremos más tarde.

—Tú guárdate las espaldas, Rag.

Cuando ella se volvió hacia él con un gesto de agradecimiento, Fender ya no estaba.

Ahora allí no había nadie más que ella. Ella y un bar lleno de cabronazos y asesinos. Y tenía la oportunidad de entrar en el Gremio. De tener una vida mejor.

Bueno, las cosas ya no podían empeorar más, ¿no?

La puerta de El Ciervo Negro casi estaba colgando de las bisagras, tenía la madera podrida y la pintura desconchada y pelándose. Rag la empujó hacia dentro y penetró en la penumbra esperándose que todos los presentes dejaran las bebidas de

inmediato y la miraran con ojos oscuros y furiosos. Pero nadie dirigió ni una mirada en su dirección.

Había un murmullo de conversaciones en voz baja y una niebla de humo de pipa flotaba en el aire como el aliento de algún antiguo dragón. Rag lo contempló todo con atención guardándose de atraer la mirada de nadie, teniendo presente que no podía quedarse mucho rato allí mirando boquiabierto. No quería llamar excesivamente la atención dando la impresión de que estaba fuera de lugar.

La mejor opción era acercarse a la barra y hacerlo con determinación, sin llamar la atención, que no la vieran. Así pues, se movió, con la cabeza gacha, concentrada, permaneciendo alerta. Ahora no era cuestión de bajar la guardia.

Avanzó con paso resuelto y audacia por las tablas del suelo que crujían y pasó junto a hombres encorvados que jugaban a cartas hasta que algo le chilló al oído.

Casi se le salió el corazón por la boca del sobresalto y soltó un grito de chiquilla. Hete allí un feo mono del carajo, una de esas cosas peludas del extranjero, encima del hombro de uno de los hombres encorvados. Al viejo no le molestó el ruido, pero se rió de ella con una voz anciana y flemosa.

«Bien hecho, Rag. Cómo quedar como la picha de un caballo. Una primera impresión estupenda».

Llegó hasta la barra después de que echara a perder cualquier intención de aparentar naturalidad. El camarero era calvo, tenía un bigote grande y grasiento y estaba pasando un trapo mugriento por el borde de un pichel. Sonreía con satisfacción, probablemente por ese jodido ruido estúpido que ella había hecho.

Rag se esperaba que el hombre le preguntara qué quería, pero se quedó allí plantado con esa sonrisa idiota en la cara. Supuso que sería mejor que hablara ella.

—Estoy buscando a Krupps. —Intentó aparentar toda la dureza posible, brusquedad y nada de emoción, pero la voz le salió como siempre.

El camarero, sin dejar de mirarla, movió la cabeza para señalar un rincón. Rag dio la vuelta y vio a un hombre que la miraba desde las sombras. Bajo la escasa luz que entraba por una ventana sucia vio que con él había otros dos tipos.

Como no quería mostrar ninguna reticencia, no fuera que la confundieran con miedo, Rag caminó directamente hacia el trío de hombres con la barbilla tan erguida como le fue posible.

—¿Eres Krupps? —preguntó, intentando otra vez parecer dura, pero fracasando miserablemente.

—En efecto, lo soy —respondió él con una sonrisa sorprendentemente cordial—. Tú debes de ser esa tal Rag de la que he oído hablar. Toma asiento.

Uno de los otros hombres empujó una silla de madera con el pie por debajo de la mesa. Ella le dirigió una mirada somera a la silla, cogió otra vacía que había a su lado y la acercó a la mesa. Ninguno de los hombres reaccionó ante su fingido intento de bravuconería. Probablemente oyeran su corazón agitándose como un banderín en un día ventoso.

Rag observó con detenimiento las facciones de los tres hombres. Tuvo que admitir que Krupps no estaba mal. De hecho, bien mirado, parecía sumamente fuera de lugar en El Ciervo Negro. Era guapo, probablemente tuviera poco más de veinte años, con una melena lacia de pelo negro más apropiada para un dandi del Distrito de la Corona que para un delincuente del hampa. No obstante, ella no era tan tonta como para dejar que la sonrisa rejalada de aquel hombre le hiciera bajar la guardia. Con los otros dos no había ese peligro. De la misma manera en que Krupps parecía estar fuera de lugar, aquellos dos encajaban a la perfección.

El que había deslizado la silla con el pie era calvo y fornido y el poco pelo que le quedaba lo llevaba alisado hacia atrás con unos nudos grasientos encima de las orejas. Estaba mascando algo y Rag no quería saber qué era, la verdad.

En el rincón, aparentemente aferrado a la oscuridad, estaba el último miembro del trío. Era flaco como un palo, con unas mejillas hundidas debajo de dos ojos penetrantes. Tenía un cabello oscuro que llevaba peinado hacia atrás en un tirante moño y el cuerpo envuelto en un abrigo raído que no le quedaba bien y que no lograba ocultar lo flaco que era.

—Éste es Burney —dijo Krupps dirigiendo un gesto hacia el hombre corpulento que la saludó con un guiño—. Y ése es Steraglio. —El flaco del rincón se limitó a fruncir el ceño—. Hemos oído que eres muy buena cortabolsas, joven Rag —continuó Krupps.

Ella respondió encogiéndose de hombros e intentando mostrar despreocupación ante su comentario. Probablemente lo único que consiguió fue aparentar más miedo.

—Porque nos ha surgido un trabajo y podría ser que necesitáramos a alguien con tus habilidades. A alguien sigiloso. A alguien ágil.

Rag tampoco respondió esta vez, seguía intentando hacerse una idea de en qué se había metido.

—Esto es una gilipollez —soltó de repente Steraglio desde el rincón. Su voz era fina y aflautada, pero aun así llenó a Rag de una inquietante sensación de terror—. Mírala: es una jodida cría. Y que sepa cortar monederos no significa que pueda entrar a robar en las casas.

Krupps le dirigió una mirada que decía «cierra la puta boca». Steraglio captó la indirecta.

—Tal como mi amigo acaba de mencionar, no queremos necesariamente que le robes el dinero a alguien. Pero tengo la sensación de que ya has robado antes en una casa.

«No, no lo había hecho, joder».

—Pues claro que sí, joder —respondió Rag con una confianza que la sorprendió.

Krupps sonrió.

—Excelente. Tenemos el trabajo perfecto para ti. Y si te apuntas el reparto es a cuatro partes iguales, Rag.

Una cuarta parte sonaba muy bien, pero el dinero no era la razón principal por la

que estaba allí.

—¿Y qué pasa con el Gremio? —preguntó—. ¿Este trabajo me hará entrar en el Gremio?

La sonrisa de Krupps se ensanchó.

—Por eso has venido, ¿no es verdad? ¿Para entrar en el Gremio? Haz bien este trabajo y estarás dentro. Escribe tu propio boleto de entrada, el único camino es hacia arriba.

De repente Rag se sintió cómoda, se sintió segura. Aquella pandilla la necesitaba, y la necesitaban tanto que estaban dispuestos a darle exactamente lo que quería. La cosa estaba resultando más fácil de lo que se había esperado.

—Bueno, ¿y qué trabajo es? ¿En casa de quién hay que entrar? —preguntó sintiendo que aumentaba su confianza.

—Lo único por lo que tienes que preocuparte es por entrar dentro y abrirnos una puerta al resto. Después nosotros nos ocuparemos de todo.

¿Abrir una puerta? ¿Para que esta gente entrara en casa de alguien? Rag echó un vistazo en torno a la mesa dudando que fuera una buena idea a fin de cuentas. Si alguna vez poseía una casa, estaba del todo segura que no querría que unos individuos como Steraglio y Burney se deslizaran en ella en mitad de la noche.

—¿Ocuparos de todo cómo? No voy a participar en un asesinato ni nada parecido.

Krupps se echó a reír y al poco se le sumó Burney, pero Rag se fijó en que Steraglio ni siquiera había esbozado una sonrisa.

—¡Oh, Rag! Nosotros no nos dedicamos al negocio del asesinato... Nosotros estamos en el negocio de coger lo que no es nuestro. ¿Acaso parecemos asesinos? ¿Te parezco la clase de tipo que entra en casa de alguien a medianoche y le raja el cuello?

—Para ser sinceros, Rag no se sintió más tranquila—. La casa en la que vamos a entrar... perdón, en la que tú vas a entrar, es propiedad de un comerciante rico, un comerciante jodidamente avaricioso, pero él ni siquiera estará allí. Así pues, casa vacía, ganancias fáciles. ¿Suena bien?

Rag tuvo que admitir que cada vez sonaba mejor. Su gesto de asentimiento fue recibido por una gran sonrisa por parte de Krupps y una firme palmada en el hombro por parte de Burney.

—¡Varson! Saca el buen material —gritó Krupps hacia el otro extremo del bar. Al cabo de unos instantes el camarero grasiento había dejado una botella polvorienta en la mesa con cuatro vasos relativamente limpios. Krupps los llenó y Rag tomó el suyo mirando el líquido de aspecto turbio que había dentro.

—Brindemos por el dinero de los demás —dijo Krupps, que alzó su vaso con una amplia sonrisa. Rag no pudo evitar sentirse embelesada por esa sonrisa y levantó su vaso con los demás y se bebió el contenido de un solo trago antes de volver a dejarlo en la mesa dando un golpe. Tenía un sabor fuerte y agrio que le quemó la garganta e hizo que le escociera la nariz. Hizo todo lo que pudo para contenerlo en su interior, pero, para su consternación, Krupps ya estaba llenándole el vaso otra vez.

—Por nuestra nueva amiga —dijo Burney cuya voz de barítono resonó por todo el interior de El Ciervo Negro.

—¡Por Rag! —añadió Krupps llevándose el segundo vaso a los labios.

«De perdidos al río», pensó ella, y tomó un trago. Pero esta vez el espeso alcohol le hizo dar un resoplido y, sin advertencia, arrojó por la nariz el líquido que le escocía encima del regazo de Krupps.

Un repentino silencio. Y los demás, Steraglio incluido, empezaron a reírse como histéricos.

Mientras se limpiaba los mocos agrios de la nariz, Rag tuvo que admitir que, a pesar de haberle estropeado los pantalones a un hombre, las cosas tenían buena pinta.

Otro día, otro libro lleno de galimatías indescifrables. Por lo visto aquél detallaba los aspectos metafísicos de la sanación a través del arte primario de la adivinación; pero lo único que Waylian podía apreciar era el tejido de la encuadernación del libro y el hábil trabajo de artesanía de su cubierta en relieve. Siempre había admirado el trabajo de los diestros artesanos, su atención a los detalles y los años de práctica que hacían falta para crear una obra de arte supremo. Sin embargo, no apreciaba tanto a los escritores de tratados sobre los entresijos de las artes mágicas.

Estaba perdiendo la paciencia con todo aquello. ¿Qué sentido tenía? La frustración que le provocaba su falta de comprensión se estaba manifestando en forma de un período de concentración marcadamente breve y a menudo se sorprendía soñando despierto tanto en clase con Gelredida como fuera de ella. Al menos allí, en la Gran Biblioteca, no lo reprenderían por su falta de atención.

Waylian dirigió la mirada a las hileras de mesas flanqueadas por la fila de librerías que parecía interminable. Parecían mofarse de él con su misterio, alzándose por encima de él como montañas infranqueables, riéndose de su ignorancia y protegiendo celosamente el saber que nunca le impartirían. Supuso que no tendría que sufrir esta indignidad durante mucho más tiempo. Sin duda la Bruja Roja se encargaría de expulsarle muy pronto.

Mientras paseaba la mirada por la sala con despreocupación, sus ojos se posaron en uno de los otros estudiantes. Aquella chica de mechones rubios y rizados que le caían en torno a la cara. Ella le sonrió, pero volvió a su estudio antes de que Waylian tuviera ocasión de devolverle la sonrisa.

¿Cómo diantre se llamaba? ¿Gael? ¿Glorie? ¡Joder! ¿Qué le pasaba a su memoria últimamente? Fuera cual fuera su nombre, era lo más bonito que había visto en mucho tiempo, y le había sonreído.

«No es que haya significado nada, sólo ha sido una sonrisa amistosa desde el otro lado de la biblioteca; no hay por qué emocionarse, Waylian. De todas formas, no estarás aquí el tiempo suficiente para poder hacer algo al respecto».

Pero tampoco haría daño a nadie tener algo bonito en lo que concentrarse mientras estuviera allí.

Volvió a mirarla con la esperanza de que la chica levantara la vista, pero antes de que esto pudiera ocurrir una sombra fría se cernió sobre él.

—Veo que estás trabajando duro otra vez, ¿eh, Jotun?

Waylian se sobresaltó al oír la voz. No sabía si estaba molesto o asustado. *Jotun* era el nuevo nombre que le había puesto su maestra, y él no estaba ni mucho menos cerca de averiguar qué significaba.

—Esto..., sí, magistrada —respondió Waylian al tiempo que levantaba la mirada avergonzadamente y vio que Gelredida lo miraba con su habitual desdén altanero—. Estaba... esto...

—Sí, ya veo lo que estabas haciendo. —La Bruja Roja enarcó una ceja y echó un vistazo hacia donde estaba sentada la chica rubia. Waylian vio que la joven miraba mientras su severa tutora lo humillaba.

«Una magnífica primera impresión, Waylian. Sencillamente genial».

—Jotun, te alegrará saber que necesito tu ayuda.

—¿Mi...?

—Ayuda, sí. Estoy segura de que te sorprende considerando tu inutilidad en todos los demás aspectos, pero voy a salir a la ciudad y no estaría bien que me vieran de acá para allá por las calles sin mi leal aprendiz, ¿no es verdad?

—Bueno, yo...

—Sí, estoy segura de que sí, Jotun. Y ahora llévate los libros a tu habitación y reúnete conmigo en el vestíbulo de entrada lo antes posible.

Y dicho esto salió de la biblioteca.

Waylian recogió sus libros con toda la rapidez de la que fue capaz, sin atreverse a mirar a la chica rubia, no fuera a estar riéndose de su humillación, y salió a toda prisa de la biblioteca.

Gelredida estaba esperándolo y era evidente que no le hacía ninguna gracia. Waylian tan sólo había tardado unos momentos en dirigirse a toda prisa a su habitación y volver directamente por la larga escalera de caracol al vestíbulo de entrada, pero, a juzgar por su expresión, parecía que la hubiese hecho esperar una eternidad. La mujer no le dijo nada cuando él apareció, se limitó a cruzar las enormes puertas dobles que abrieron cuatro Caballeros Cuervo imponentes.

Cuando llegó a Steelhaven por primera vez, Waylian había entrado por Eastgate, una zona relativamente rica de la ciudad, y lo habían acompañado directamente a la Torre de los Magistrados. Desde entonces había visto muy poco la ciudad, salvo lo que podía divisarse por alguna de las muchas ventanas de la torre. Cuando Gelredida lo condujo por los jardines de la torre hasta el exterior, quedó claro que no se dirigían a una zona rica.

Siguió a su maestra hacia el norte, por calles cada vez más sucias. Las casas de piedra y madera pronto dieron paso a chozas torcidas de madera podrida y pizarra desportillada; los adoquines pulidos, a zanjas embarradas por las que corrían aguas residuales. Si Waylian no hubiera tenido tanto miedo de la Bruja Roja, quizá le hubiese preguntado por qué no los acompañaba un Caballero Cuervo o tal vez cinco. Sin embargo, los personajes aún más malsanos que rondaban las calles parecían evitarlos, como si supieran quién era Gelredida y lo que suponía enfrentarse a ella. La pareja siguió aún más hacia el norte como si llevaran un aura, un aura que decía «somos de la Casta, y si lo intentáis, vais a lamentarlo».

Continuaron en silencio. Waylian empezaba a preguntarse si no se habrían perdido cuando vio una especie de alboroto más adelante. Se había congregado una multitud: una muchedumbre de campesinos de aspecto desaliñado que se abucheaban porque todos querían mirar algo. Cuando estuvieron más cerca, vio a dos Casacas

Verdes que montaban guardia en la puerta de una destartada casa de tres pisos y que de vez en cuando empujaban a cualquiera que se acercara demasiado o que atisbara por la puerta entreabierta.

Gelredida se acercó a la multitud y mientras Waylian se preguntaba cómo iba a abrirse paso entre el gentío uno de los campesinos de pronto percibió que la Bruja Roja se acercaba a él. Empalideció y se apartó de su camino. El conocimiento de su llegada pareció recorrer la multitud como un susurro al viento y las cabezas se volvieron, los ojos se agrandaban de repente cuando veían el semblante severo de la maestra de Waylian. Un espacio suficiente para albergar un caballo y un carro apareció entre el gentío mientras ella lo cruzaba con paso resuelto y él intentaba seguirle el ritmo a trompicones chapoteando por la calle embarrada.

Uno de los Casacas Verdes inclinó la cabeza en señal de respeto cuando ella se acercó; el otro empujó la puerta para abrirla del todo y permitirle la entrada a la casa, que parecía inclinarse peligrosamente y estar en riesgo de derrumbe inminente. Gelredida entró sin saludarlos; Waylian les ofreció una débil sonrisa de agradecimiento. No correspondieron a su cortesía.

El interior de la casa estaba decrepito, con el enlucido que saltaba de las paredes y un mobiliario que no servía ni para leña tirado por allí. Dentro había más Casacas Verdes con el rostro pálido y los hombros hundidos. Fue entonces cuando de repente Waylian percibió el olor. Se llevó una mano a la cara para bloquear el hedor que era como de huevos podridos y tejón muerto, pero no le sirvió de nada. Aquel tufo se le metió en la nariz y en la cabeza. Por mucha lavanda o menta que utilizara, iba a tardar en desvanecerse.

Subieron las escaleras, que crujieron de mala manera, pero que lograron de algún modo soportar su peso. Cuanto más subían, peor era el olor. Definitivamente allí había algo muerto y Waylian tuvo una creciente sensación de mal presagio.

En el rellano de arriba había una lúgubre figura aguardando, como si ya esperara a la Bruja Roja. Llevaba muy corto el cabello gris y un parche de cuero le tapaba un ojo. Le habían roto la nariz más de una vez. Su rostro alargado y su semblante lúgubre hicieron vacilar a Waylian un segundo. Cuando Gelredida llegó a lo alto de las escaleras, el serio Casaca Verde la saludó con la cabeza. Era un gesto de confianza al que la Bruja Roja correspondió de igual forma.

—Ben Kilgar, como que vivo y respiro. —Aunque las palabras de Gelredida fueron cordiales, su expresión no se suavizó.

—Ahora soy el sargento Kilgar, magistrada —respondió con un acento profundo y retumbante—. Me alegra veros. Ha pasado...

—Mucho tiempo. Diría que demasiado, pero tal vez me equivocaría.

Él asintió. Fue entonces cuando Waylian se dio cuenta de que el hombre sólo tenía un brazo, le faltaba el izquierdo a la altura del codo.

—Ojalá nos encontráramos en mejores circunstancias —dijo ella—. ¿Procedemos?

El sargento Kilgar no dijo nada, se limitó a guiarlos por el pasillo. Dos Casadas Verdes de aspecto pálido que había frente a otra puerta se pusieron firmes rápidamente cuando su sargento se acercó. Empujó la puerta para abrirla y entró. Cuando hizo esto, el hedor que atormentaba las fosas nasales de Waylian se intensificó de repente, aunque ni el severo sargento de los Casacas Verdes ni Gelredida parecieron notarlo.

Ella entró también y Waylian la siguió obedientemente, aunque el estómago se le revolvía con cada paso que daba, tanto por el terror de lo que encontraría allí como por el olor cada vez más nauseabundo. En cuanto hubo cruzado el umbral de la puerta lo lamentó de inmediato.

La habitación estaba iluminada por la luz de unas velas y la única ventana que había se había tapado con unas tablas muy bien colocadas. Bajo aquella luz parpadeante Waylian vio que había unos símbolos pintarrajeados en las paredes, pero en la penumbra resultaba difícil saber con qué los habían pintado. Los símbolos parecían exudar un miasma que le nublabla la cabeza y le hacía llorar los ojos. De hecho, todo el lugar parecía estar lleno de un grueso manto como de un fuerte polen, sólo que desprendía un dulzor más empalagoso.

Pero no fue eso lo que hizo recular a Waylian. No fue eso lo que le provocó arcadas e hizo que se llevara la mano a la boca para contener el torrente de bilis que subía escociéndole por su interior. No fue eso lo que hizo que saliera corriendo al pasillo para evacuar el contenido de su estómago sobre las sucias tablas del suelo.

Fue el cadáver destripado que había clavado en el centro de la habitación.

Waylian vomitó. Vomitó hasta que ya no pudo vomitar más, y expulsó el desayuno de pan frito y morcilla. No era ni por asomo tan bueno al salir como lo había sido al entrar por la boca.

Y ni siquiera fueron las entrañas desparramadas por el suelo lo que lo superó, sino más bien los ojos de mirada vacía del cadáver. Por mucho que vomitara no podía quitarse esa imagen de la cabeza.

Al final consiguió engullir lo que le quedaba en la garganta y se apoyó contra la pared respirando con dificultad. Se limpió la nariz húmeda con la manga y entonces Gelredida salió de la habitación seguida de Kilgar.

—Os lo aseguro, sargento, es un engaño.

—Pero los símbolos, el asesinato es...

—Vuestro problema, me temo. Los símbolos son un galimatías, la forma de la muerte hace que parezca un rito infernal y es más que probable que sea para desviar la atención del verdadero culpable hacia un miembro de la Casta. No, Ben, no estáis buscando a ningún hechicero. Sólo a un sádico común y corriente.

—Lamento haberos hecho perder el tiempo.

—En absoluto. Hicisteis bien en mandar a buscarme. Nunca se es demasiado cauto. Lo último que necesitamos ahora mismo es un mago errante sin escrúpulos vagando a su antojo por la ciudad.

—En efecto. Gracias por vuestro tiempo, magistrada. Me ha alegrado volver a veros.

—Y a mí también, sargento.

Acto seguido se volvió a mirar a Waylian como miraría a una mierda pegada en el zapato.

—Recobra la compostura, Jotun. No será el último cadáver que veas. Será mejor que te acostumbres.

Pasó junto a él con paso resuelto y Waylian no tuvo más remedio que seguirla. Mientras recorrían las calles mugrientas en silencio no se atrevió a hacer preguntas sobre el asesinato, y estaba claro que ella no iba a brindarle información voluntariamente. Al llegar a la Torre, Gelredida lo dejó sin decir palabra y se alejó con sigilo hacia las entrañas del inmenso edificio.

Waylian no lamentó verla marchar.

Más tarde, tendido en la cama de su dormitorio, sólo se le ocurrió una manera de quitarse de la cabeza la imagen de aquel cadáver de mirada vacía. Cerró los ojos con fuerza y empezó a imaginarse a Glorie.

¿O se llamaba Gael?

En cualquier caso, fuera cual fuera su nombre, la chica estaba incrustada en su mente y allí tumbado a solas en la oscuridad no pudo pensar en nada más. Poco a poco su mano fue bajando por debajo de las sábanas. Al principio sintió una punzada de culpabilidad —¿qué iba a pensar de él si supiera lo que estaba a punto de hacer, y encima pensando en ella?— al imaginársela desnuda en su cama, tocándolo, deslizando sus labios arriba y abajo de su...

La culpabilidad se desvaneció. Waylian se mordió el labio inferior y se agarró con más firmeza, teniéndola sólo a ella en sus pensamientos, imaginando la cara que pondría cuando le hubiera hecho lo que quería. Esa sonrisa, que en la biblioteca había sido amistosa y abierta, en aquella habitación oscura sería coqueta, llena de promesa. Su cabello, que le caía sobre los hombros con aquellos rizados de un dorado rojizo, estaría despeinado y alborotado. Su tez, normalmente pálida y suave, tendría las mejillas sonrosadas y estaría reluciente de sudor tras haber hecho el amor.

Waylian notó que su erección crecía al imaginarse rodeándole el pecho con la mano, acercándose a la boca, tomando el pezón entre los dientes y...

—Suelta eso, Jotun.

Casi se cayó de la cama del susto, pero tuvo la suficiente presencia de ánimo como para subirse la manta hasta el cuello y vio a Gelredida de pie a su lado. Su expresión era menos agradable de lo habitual si cabe.

—Vístete —le ordenó enarcando una ceja con desagrado—. Tenemos trabajo que hacer.

Dicho esto, dio la vuelta y salió de su dormitorio, cerró la puerta al salir y lo dejó otra vez sumido en la oscuridad.

Waylian se quedó mirando la puerta unos instantes después de que ella se hubiese

marchado y deseando fervientemente que no lo hubiera pillado con la polla en la mano, pero por mucho que mirara no iba a retroceder en el tiempo.

Se vistió con rapidez y el pene se le quedó flácido enseguida cuando la visión de la chica se hizo pedazos y fue reemplazada por el recuerdo de Gelredida mirándolo con desprecio mientras él se masturbaba frenéticamente.

La magistrada lo estaba esperando en el vestíbulo de entrada y las dos grandes puertas ya estaban abiertas. Waylian no pudo soportar mirarla a los ojos mientras se acercaba. Agradeció que ella diera la vuelta y saliera a la noche sin saludarlo siquiera a su llegada. Gracias a los dioses que no le había hecho más preguntas. ¿Qué excusa se hubiera inventado? «Lo siento, magistrada, no era lo que pensáis. En realidad me estaba rascando enérgicamente un molesto picor que tenía en el muslo».

Se adentraron otra vez en las calles y pasaron de las avenidas adoquinadas y bien iluminadas a los callejones llenos de suciedad. Waylian se hubiera sentido más intimidado al ser de noche e ir andando por los barrios problemáticos de la ciudad, pero sabía por su experiencia anterior que no había nada que temer, al menos mientras su maestra estuviera presente. No preguntó adónde iban, pero incluso de noche y con su limitado conocimiento de la geografía de la ciudad, supo que estaban repitiendo su ruta anterior. Sus sospechas se confirmaron cuando llegaron otra vez a la casa destartalada con su ocupante eviscerado.

Esta vez sólo había un Casaca Verde y el gentío de la calle sin duda había perdido el interés y se había alejado en busca de otra desgracia que contemplar. Gelredida se acercó al guardia con la cabeza oculta bajo la capucha de sus vestiduras. Al principio, el Casaca Verde se puso firme, sin duda obedeciendo las órdenes que tenía de no permitir que nadie entrara en la casa. La Bruja Roja le dijo unas palabras que Waylian no oyó. Los rasgos severos del Casaca Verde se suavizaron, incluso logró esbozar una sonrisa, y el hombre se hizo a un lado y le indicó que entrara. Waylian sintió que lo embargaba una oleada de repentina calma junto con una extraña sensación de benevolencia hacia su maestra. La siguió al interior, echó un rápido vistazo al Casaca Verde y vio la sonrisa boba que tenía en la cara. Fuera cual fuera el encanto que hubiera utilizado su maestra, no había duda de que era potente.

Mientras subían por las tambaleantes escaleras, Waylian ya no pudo contenerse más. Tenía que saber qué estaban haciendo, sobre todo si iba a tener que ver otra vez aquel cadáver espantoso.

—¿Por qué hemos vuelto aquí, magistrada?

No obtuvo respuesta.

Probablemente fuera hacerse ilusiones pensar que ella pudiera dignarse a contarle por qué habían regresado.

Cuando la mujer entró en la habitación, Waylian se detuvo en la puerta. Notó que se le revolvía el estómago con anticipación y que iba a vomitar la sopa de champiñones y el pan duro que había comido para cenar, pero con una fuerza de voluntad titánica consiguió controlarlo. Apretó los puños a los costados y entró tras

ella.

El cadáver seguía allí. Waylian vio que se trataba de un hombre de unos treinta años, un detalle en el que no se había fijado previamente. Las entrañas seguían desparramadas de cualquier manera, pero la sangre que lo rodeaba como un halo oscuro se había secado y endurecido.

Gelredida sujetó una vela en alto al tiempo que se arrodillaba junto al cuerpo.

—¿Qué es lo que ves, Jotun?

«¿Cómo? ¿Aparte de que hay un hombre destripado en el suelo y que no parece que vaya a levantarse y andar en cualquier momento?».

—Esto... No sé a qué os referís, magistrada.

—Ha habido un asesinato. Este cuerpo lleva aquí todo el día y casi toda la noche. Hace calor para esta época del año. ¿Qué es lo que te parece extraño?

—Pues... ¿Que no hay moscas?

—Muy bien.

Waylian estuvo a punto de tropezar; eran las primeras palabras de elogio que le había dirigido jamás.

—Así pues, ¿no es un simple asesinato?

Ella se levantó y lo miró por debajo de la capucha con el rostro enmarcado de manera sobrecogedora por la luz de la única vela que sujetaba.

—No, Jotun, no es un simple asesinato.

—Pero le dijisteis al sargento...

—Le dije al sargento lo que necesitaba oír. No se beneficiará de saber el origen de esta muerte. No puede hacer nada por este pobre diablo ni por los que vendrán. Hará falta un cazador con la misma habilidad y astucia para atrapar a la presa que buscamos. —Bajó la mirada hacia el cadáver y en su semblante asomó una expresión de dolor que desapareció con la misma rapidez con la que había aparecido—. Aquí se ha llevado a cabo un ritual. Un rito de una maldad tan despreciable que hará falta purgarla. Un sacramento oscuro tan blasfemo que se ha tragado la vida de todo lo que lo rodeaba.

—Entonces, ¿estamos buscando a un miembro de la Casta?

La Bruja Roja asintió moviendo la cabeza lentamente con una expresión angustiada bajo la capucha.

—Y a menos que lo encontremos enseguida, habrá más como éste, muchos, muchos más.

Era casi un metro de acero, con casi cuatro centímetros de anchura en la empuñadura y con una hoja recta que a unos dos centímetros y medio del extremo se estrechaba para terminar en punta. La cruz estaba hecha de bronce, el puño iba envuelto en cuero y el pomo era de hierro. También era un montón de mierda. Pero la verdad era que Merrick no había esperado nada mejor.

La espada que le había dado el Gremio traqueteaba en su vaina y saltaban copos de óxido del metal. No se había atrevido a empuñarla con ímpetu, no fuera a caérsele un trozo, pero al menos no le había costado nada.

Casi nada.

Tanto si le gustaba como si no, estaba a punto de empezar a ganársela de verdad.

Se encontraba al final del embarcadero, al este de las Balsas, con el aspecto y la sensación de ser una pieza de repuesto, pero ésas habían sido sus instrucciones. No podía hacer mucho al respecto. Como si el hedor del pescado muerto y de los marineros sudorosos no fuera bastante malo, se hallaba en la dirección del viento respecto a las Balsas y la fetidez proveniente del verdín y la suciedad que había en ellas era espantosa.

Los marineros borrachos andaban tambaleantes por el paseo marítimo, zigzagueando con pericia entre las putas y los rateros. Algunos iban en grupo cantando salomas, echándose unos a otros el aliento impregnado de ron. Merrick hizo todo lo posible por no llamar la atención de nadie, permaneció apoyado en la esquina de un almacén inmenso intentando fundirse con él. Tuvo que admitir que aquello no resultaba difícil: su aspecto era una mierda, igual que el de todo el mundo en esta parte de la ciudad.

—¿Eres Ryder?

Una voz por detrás de él. Le habían dicho que esperara al contacto, pero ¿sería un contacto amistoso o un contacto de los de «te apuñalo en cuanto me mires»?

Sólo había una forma de averiguarlo.

—¿Quién quiere saberlo? —Podría dar la impresión de ser cauto. Mejor eso que parecer un gilipollas.

—Yo, y soy el que está detrás de ti con un cuchillo.

«¡Ah, bueno! Eso da otro cariz a las cosas».

—Sí, soy Ryder. Pero ya lo sabías. Así pues, la verdad es que no hay necesidad de tanta rudeza, ¿no?

Una figura salió de entre las sombras, un hombre moreno y extranjero. Era menudo, con un rostro puntiagudo y ratonil, una nariz enorme, unos dientes grandes y unos ojos que miraban de soslayo. Y no había mentido: llevaba un tosco cuchillo curvo, el más perverso que Merrick había visto jamás.

—Nunca se es demasiado precavido —dijo el hombre—. Pero me dijeron que tu habla era como la de un noble y tu aspecto como el de una mierda. Ahora veo que no

me he equivocado de hombre.

«Encantador».

Hablaba con acento de Kajrapur, pero su dominio del teutónico era impresionante, sobre todo tratándose de un pequeño asesino con aspecto de roedor.

—Sí —repuso Merrick, que se separó de la pared e hizo todo lo posible para impresionar. Quizá sin éxito—. Está claro que mi reputación me precede. Supongo que has venido para llevarme ante Bolo, ¿no?

Sin mediar palabra, el asesino enfundó su arma y emprendió el camino desde el embarcadero hacia el laberinto de callejones del barrio de los Almacenes.

Sumido en la penumbra, Merrick empezó a sentirse nervioso de inmediato. Ponerse en manos de un desconocido no era algo que hubiera hecho con frecuencia, y menos cuando éste tenía aspecto de poder coserlo a tajos con una hoja curva y robarle las botas en cualquier momento, pero ¿qué alternativa tenía? Era esto o ir contra el Gremio, y hacer eso era prácticamente como cortarse las pelotas uno mismo.

Avanzaron por entre los edificios dispares del barrio de los Almacenes. Unos viejos depósitos de piedra se alzaban junto a graneros de madera derrumbados, con gárgolas de basalto que miraban con lascivia desde los tejados flanqueadas por tejas de pizarra sueltas y aleros de madera podrida. En la época de los Reyes de la Espada, cuando Steelhaven había sido un núcleo comercial por todo el mar Midral, los comerciantes de las cinco provincias habían utilizado aquel distrito para almacenar grano, ganado y esclavos a la espera de hacer trueques con magnates del comercio de los tres continentes. Dado que aquella época dorada había terminado, los tratados se habían olvidado, las amistades entre reinos se habían agriado y la mayoría de aquellos almacenes estaban vacíos. Actualmente, la mayor parte del comercio tenía que ver con el hedor a pescado o con las putas de los muelles. Sin embargo, Merrick sabía que dentro de no mucho tiempo se reviviría una de aquellas viejas tradiciones. Algún día cercano, en uno de aquellos edificios ruinosos, temblando de frío y muertos de miedo, un grupo de hombres, mujeres y niños estarían destinados a costas lejanas y a los horrores de la esclavitud a manos de unos extranjeros salvajes.

Y Merrick Ryder era el que tenía que organizarlo todo.

¡Qué orgullosa estaría su madre! Que Arlor la tuviera en su gloria.

Al final Cara de Rata se detuvo frente a uno de los edificios ruinosos y miró a uno y otro lado como si pudiera haberles seguido alguien. Merrick hizo lo mismo esperando que en cualquier momento apareciera un enojado destacamento de Casacas Verdes y los arrestara, pero allí no había nadie.

Cara de Rata llamó a una puerta pequeña de hierro con tachones: tres golpes rápidos y dos más lentos. Entonces esperó.

Merrick notó que el corazón se le aceleraba mientras le miraba la nuca a Cara de Rata, preguntándose qué ocurriría si daba media vuelta y echaba a correr. Si lograba llegar a los muelles, probablemente pudiera embarcarse en alguna nave que fuera a Equ'un o a Dravhistan, quizás incluso a Han-Shar, y pagaría por su pasaje trabajando

duro en un buque de carga de largo trayecto. Cuando llegara a su destino, estaría más delgado y más bronceado. Las ricas esposas de los comerciantes de Tarr Vanau se volverían locas por un guapo occidental.

Antes de poder convertir su idea en acción, la puerta de hierro se abrió. Cara de Rata cruzó el umbral y desapareció en la oscuridad del interior.

Merrick se lo pensó una última vez. Si lo seguía, ya no habría remedio; estaría atado a aquella empresa, atado al hombre que haría de él un malvado traficante de esclavos hijo de puta. Si huía, siempre estaría huyendo, nunca estaría a salvo, y al final el Gremio lo encontraría, no importaba lo lejos que se marchara.

No había nada que pensar, ¿no?

Apretó los puños y siguió a su guía al interior.

La puerta de hierro se cerró detrás de él, que se quedó allí parado un instante mientras la vista se adaptaba a la oscuridad, esperando que en cualquier momento un cuchillo o un garrote cayera sobre él de entre las sombras. Nada arremetió contra él, pero cuando pudo ver en la penumbra, se fijó en que estaba rodeado de unos cabrones corpulentos.

Cara de Rata esperaba pacientemente a un lado de la habitación. Merrick avanzó y se abrió paso por entre los imponentes guardaespaldas mientras su guía lo llevaba hacia la única fuente de luz que había al fondo de un pasillo adyacente.

Merrick se movía tan rápido como podía sin que diera la impresión de estar corriendo, y le resultaba difícil no hacer caso de aquellos individuos que daban miedo y que lo seguían. También le costó muchísimo ignorar el hedor de aquel lugar, rancio y húmedo, donde reinaba el olor persistente de la más absoluta falta de higiene.

El pasillo conducía a una habitación tenuemente iluminada. Unos faroles se alineaban en las paredes y sus cristales teñidos de rojo proyectaban un resplandor inquietante. Había más gigantones esperando y la luz de los faroles jugaba en sus rostros dándoles un aspecto casi demoníaco.

En medio de todos ellos había un gigante cuya piel parecía negra bajo la roja luz, con la cabeza coronada por un enorme turbante y la mano apoyada en el pomo de un inmenso alfanje. Tenía cicatrices entrecruzadas en los brazos y el pecho desnudo, y el labio superior había sufrido un corte hasta la nariz y se lo habían vuelto a coser toscamente.

Aquél debía de ser el hombre que Merrick había ido a ver: Bolo el tratante de esclavos.

Avanzó, plantó los pies, alzó la barbilla y miró al gigante directamente a sus ojos furiosos. No era bueno parecer débil, aunque lo más probable era que aquella bestia pudiera partirle el cuello sin pensárselo.

—Soy Merrick Ryder. Supongo que eres el hombre al que he venido a ver, ¿no?

El gigante se limitó a quedárselo mirando, pero algunos de los otros piratas se rieron disimuladamente por detrás de él y uno de ellos soltó unas carcajadas como rebuznos.

«No ha sido un gran comienzo».

—Creo que el hombre al que has venido a ver soy yo —dijo uno de los piratas que caminó hasta el frente del grupo. Era un tipo alto y moreno, de piel oscurecida por el sol y la espuma de mar, con unos ojos de un azul penetrante y cabellos que caían en torno a su atractivo rostro en forma de rizos negros y relucientes. Llevaba una camisa de seda abierta hasta el ombligo que dejaba ver un pecho bien definido; su mano derecha descansaba cómodamente sobre el pomo enjovado de su sable.

Si Merrick había esperado encontrarse con algún monstruo que se alimentaba de niños y bebés, definitivamente aquel hombre no lo era. Bolo parecía un señor pirata de leyenda de la cabeza a los pies.

—Arrodíllate ante el gran Bolo Pavitas —dijo el gigante con la voz más grave que Merrick había oído nunca—. Señor de esclavos de los cuatro mares. Príncipe de la Bahía Keidro. Primer almirante de la Flota Sedosa y séptimo señor del Camino de la Serpiente.

Allí había un enigma. No serviría iniciar aquellos procedimientos desde una posición de debilidad, y si doblaba la rodilla como un perrito faldero, sin duda se mostraría demasiado sumiso. Merrick intentó pensar con rapidez, pero rodeado como estaba de unos brutos imponentes, las ideas no se le presentaban con prontitud. Si mostraba falta de fortaleza, no infundiría ningún respeto. Si mostraba impertinencia, podría salir de allí a trozos.

Por suerte, Bolo avanzó junto a su enorme guardaespaldas y tomó la decisión por él.

—Basta, Lago. Este hombre es nuestro invitado —dijo, y el gigante lleno de cicatrices inclinó la cabeza y se hizo a un lado obedientemente—. Debo pedirte disculpas. Lago se toma muy en serio las responsabilidades de su cargo.

—No tiene importancia —repuso Merrick.

—De modo que tú eres el hombre que Bastian y Friedrik enviaron para limar las asperezas de nuestro acuerdo y procurar que se haga el trato, ¿no?

«Bueno, no soy el vendedor de berberechos del barrio».

—Sí, soy yo.

—Excelente. —Bolo sonrió y le brillaron los ojos. Merrick reconoció aquella sonrisa, era una sonrisa que él había adoptado miles de veces para ganarse la confianza de un millar de idiotas ricos.

No sabía si odiar a este tal Bolo o invitarlo a salir a tomar una copa.

—¿Confío en que tus credenciales estarán en orden? —preguntó el pirata.

Merrick puso mala cara.

—Si te refieres a si he hecho esto con anterioridad, entonces sí; negocié uno o dos tratos en mi época. Si te refieres a si he vendido gente a tratantes de esclavos extranjeros, entonces no; ésta sería mi primera vez.

Se dio cuenta de que había dicho demasiado en cuanto las palabras salieron de su boca, pero no había podido contenerse y estaba claro que ahora ya no podía retirarlas.

Aquél era un trato de mierda para todos los involucrados —los esclavos en particular y él en especial—, pero tenía que sobreponerse. Si mostraba remordimiento delante de aquel cabrón insensible, seguramente haría que lo mataran.

Bolo se limitó a sonreír, tomó a Merrick del brazo y lo llevó al fondo de la habitación, donde había un pasillo que se adentraba aún más en el sombrío interior del edificio.

—No deberías preocuparte, Ryder. Es natural que albergues dudas. ¿Crees que yo no lamento lo que hago? —«Creo que duermes como un jodido bebé»—. Pero he llegado a darme cuenta de que no soy más que una parte de una empresa comercial, sólo un eslabón en una cadena más grande, y si yo no lo hiciera, otra persona llevaría a cabo esta tarea, tal vez alguien con menos compasión, alguien que tratara a los que tuviera a su cargo con crueldad y malicia. Además, si lo consideras detenidamente, la única alternativa para esos pobres desgraciados que vamos a transportar es una vida de miseria.

Habían salido a un almacén enorme y oscuro. Merrick percibió el olor rancio que había notado nada más entrar por la puerta de hierro. Era el almizcle de los cuerpos sin lavar mezclado con el hedor a orina rancia.

—El caudillo elharim ya ha cruzado vuestras fronteras del norte. Miles de personas huyen de su ira, y ¿adónde crees que se dirigen? —Merrick podía imaginárselo perfectamente, pero se mordió la lengua; no le haría ningún bien interrumpir a Bolo en plena alocución—. Vendrán aquí. Miles de personas apretujadas entre estas paredes sin comida, sin refugio, propagando su enfermedad, pudriéndose en las calles. Yo solamente... alivio la congestión. Estas almas perdidas no sufrirán; se ocuparán bien de ellas. Los dravhistanos tratan muy bien a sus esclavos, casi como si fueran miembros de la familia. ¿Y cuál es la alternativa para ellos? ¿Crees que los khurtas les ofrecerán algo mejor? —Merrick lo dudaba—. Por supuesto que no. De modo que ya lo ves, si lo consideras en términos prácticos, estamos salvando vidas... y haciendo un buen dinero con el negocio. —Bolo puso énfasis en su frase frotándose los dedos de una mano contra el pulgar.

Merrick casi se creyó su explicación. Casi se convenció de que lo que decía Bolo tenía sentido; que de alguna manera estaba ayudando a la gente a la que transportarían en sus barcos de esclavos, manteniéndolos a salvo de los horrores de la guerra y fuera del alcance de los khurtas.

Hasta que no vio lo que le esperaba en la penumbra no se dio cuenta de que sólo había sido más que una estúpida fantasía.

Hilera tras hilera de jaulas de acero llenaban el almacén. En cada una de ellas había una figura a duras penas humana, unos ojos muertos que miraban a la nada, rostros pálidos por falta de comida; la ropa que tenían les colgaba de unos hombros que apenas eran lo bastante anchos como para sostenerla. Todo lo que Bolo acababa de decir se desvaneció en la insignificancia y fue reemplazado por una creciente furia.

¿A quién intentaba engañar ese cabrón? No estaban ayudando a esa gente; los estaban condenando a una vida de sufrimiento y esclavitud. ¿Y qué clase de hombre de negocios era ese hijo de puta? ¿Cómo iba a conseguir un buen precio en el mercado si su «mercancía» estaba medio muerta?

—Y ahora —dijo Bolo que sonrió enseñando los dientes— hablemos del precio.

De pronto Merrick tuvo que apretar los puños.

—El precio ya se ha negociado y concretado —replicó casi sin poder hablar de lo apretada que tenía la mandíbula.

—Sí, por supuesto tienes razón. Pero como puedes ver, el ganado no es todo lo que podría ser...

Si no hubiese habido tantos hombres de Bolo presentes con sus espadas curvas dispuestos a utilizarlas, Merrick podría haberlo estrangulado allí mismo.

—¡Ése no es mi problema! —Su voz resonó por el almacén—. ¡El puto precio está fijado! —La sonrisa de Bolo desapareció de su hermoso rostro—. ¡Si quieres ganar dinero con tu ganado, dales de comer, joder!

Bolo desvió la mirada hacia sus hombres. Merrick sabía que se había pasado de la raya regañando al pirata delante de sus subordinados, pero ahora ya poco podía hacer. Tenía que seguir adelante, tenía que demostrar su valía, o era más que probable que acabara metido él también en una jaula de acero.

—¡No los mires a ellos! —dijo, y Bolo volvió a dirigirle la mirada. Pero Merrick oía que aquellos brutos se movían con incomodidad por detrás de él. Una palabra de su jefe y estaba acabado—. No creas que te ayudarán. Si me ocurre algo, el Gremio enviará a un centenar de hombres que te harán pedazos antes de que puedas limpiarte el culo. Y ya sabes a quién me refiero cuando hablo del Gremio, ¿verdad? La organización que lleva dirigiendo esta ciudad desde hace doscientos años. Que tiene ojos y oídos en una veintena de puertos. Que tiene más dinero que cualquiera de vosotros y de vuestros amigos piratas. ¡La organización que, si jodes este trato, te seguirá por todos tus putos cuatro mares y hasta la Bahía Keidro donde te follarán el culo mientras tus hombres miran!

Bolo se lo quedó mirando con expresión impasible y por un momento Merrick creyó que había pronunciado sus últimas palabras.

Entonces el pirata sonrió.

—Por supuesto —dijo dándole unas palmaditas en el brazo como si fueran viejos amigos—. Sin resentimientos. El precio es el precio, lo entiendo.

Merrick asintió sintiendo que lo embargaba el alivio.

—El precio es el precio.

—Y para demostrarte que no hay resentimiento, ¿qué tal si probamos un poco la mercancía?

Antes de que Merrick pudiera responder, los matones de Bolo habían llevado hasta allí a tres figuras demacradas. Las chicas parecían jóvenes, la menor apenas tendría edad de tener la primera menstruación. Todas tenían un rostro que podría

haber sido bonito una vez, pero que ahora estaba estropeado por la mugre, por unos ojos torturados como si hubieran visto horrores que nadie tan joven debería haber presenciado... o experimentado. Tenían el cabello lacio, los vestidos manchados, pero aun así permanecían con la barbilla alta, todavía valientes, todavía con un atisbo de esperanza... o de desafío.

Merrick sintió que se enfurecía una vez más, pero ya había bailado bastante al filo de su suerte por un día y consiguió morderse la lengua, incapaz de decirle a Bolo lo que pensaba exactamente de su oferta.

—Tengo chicos si lo prefieres —comentó el tratante de esclavos tras unos momentos de silencio.

—No estoy interesado —logró decir Merrick, que arrancó la mirada de las chicas y regresó a la habitación iluminada de rojo, lejos del almacén y de sus lastimeros habitantes.

—Me inclino a creer que puedes facilitar mis necesidades —dijo Bolo mientras seguía a Merrick fuera del almacén.

—Puedo. No tendrás ningún problema con los Casacas Verdes ni con los trabajadores del puerto. Tú sólo dime cuánto... «ganado» más necesitas y nos encargaremos de que se te haga llegar. Confío en que tengas espacio suficiente para ellos, ¿eh?

—Por supuesto. En este mismo momento me están trayendo más jaulas.

Merrick notó que le subía la bilis a la garganta.

—En tal caso creo que hemos terminado, de momento.

—No del todo. —Bolo hizo un gesto a uno de los hombres que estaban detrás de Merrick, que se dio la vuelta casi esperando encontrarse con un maníaco blandiendo un cuchillo.

En cambio, el gigantesco guardaespaldas Lago avanzó con algo entre las manos. Al principio, Merrick creyó que era una cuerda hasta que de pronto se movió sola, un extremo se agitaba, se enroscaba y proyectaba unas sombras extrañas en la pared. Era una serpiente y, a juzgar por el cuidado con el que el matón de piel oscura la sostenía, Merrick sólo pudo suponer que era venenosa.

Lago la estiró entre sus brazos musculosos y otro hombre se acercó y le rajó el vientre a la criatura. La sangre manó en forma de diminutos riachuelos viscosos y el guardaespaldas llenó dos copas y le ofreció una a Merrick, que la tomó antes de poder pensar siquiera en rechazarla, y la otra a Bolo, que la cogió con una sonrisa alegre.

—*Ka'i dellan*. —El pirata brindó en su idioma natal, alzó la copa hacia Merrick y se tragó el líquido con entusiasmo.

Merrick vio que le salía un poco del mejunje pegajoso entre los labios y le bajaba por la barbilla.

No había forma de evitarlo.

—Por hacer dinero. —«Y por vivir lo suficiente para gastarlo».

Se tragó la sangre tan deprisa como pudo. Le bajó como si fuera un grumo de moco caliente de otra persona.

—Desde luego —dijo Bolo—. Ha sido un placer. —«Seguro que sí»—. Mis hombres te acompañarán de vuelta.

—No es necesario, puedo volver solo. Hasta la próxima. —Dicho esto, Merrick le tendió la copa al guardaespaldas, dio media vuelta y volvió a la oscuridad con el estómago revuelto e intentando con todas sus fuerzas no echar a correr como el demonio.

Cuando la puerta de hierro se abrió por delante de él, al parecer sola, oyó la risa de Bolo en la habitación a la que se sumaron rápidamente las más broncas y escandalosas de sus serviles secuaces.

Cuando estuvo seguro de haberse alejado lo suficiente del almacén para no ser visto ni oído, se dobló en dos, se agarró las rodillas y vomitó sangre roja de serpiente en el camino adoquinado.

«La cosa fue bien», pensó mientras volvía a alejarse con toda la rapidez que le permitían sus temblorosas piernas.

Pero no importaba lo mucho que intentara restarle importancia, decirse que había hecho lo correcto, no podía quitarse de la cabeza la imagen de las tres chicas de aspecto enfermizo, ni lo que podía ocurrirles cuando las abandonó a su suerte.

Al final se había decidido por algo modesto. De hecho, lo único que podía haberse considerado atrevido de su vestido era el encaje del canesú. Era una prenda al estilo de Valdoran, con unas mangas largas y abullonadas y el cuello alto y ceñido, cortada de un grueso trozo de terciopelo azul con estampado de flores que ya empezaba a rozarle en la cintura y las axilas. ¿Cómo lo soportaban las del norte?

Sin embargo, en aquellos momentos el corte de su vestido era el menor de los problemas de Janessa. Ahora mismo estaba combatiendo las ganas de vomitar mientras esperaba en el vestíbulo a punto de que la anunciaran ante la multitud y la exhibieran como si fuera la vaquilla ganadora del concurso anual.

A su lado estaba Odaka, su sombra siempre presente. El hombre guardaba silencio y sus rasgos delgados y severos estaban fijos en el arco que tenía delante y por el cual se desbordaba el sonido de la música y del regocijo. Había una gran multitud, eso resultaba evidente. Toda la flor y nata de los Estados Libres acudía a Skyhelm para papar moscas, pavonearse y adular mientras su nación se hallaba bajo la amenaza de una invasión y su rey estaba en el lejano norte enfrentándose a quién sabía qué peligros.

La Fiesta de Arlor se celebraba tradicionalmente en el equinoccio de otoño y las calles de Steelhaven ya se habían llenado de personas que celebraban la victoria de su antiguo héroe de leyenda. Sin embargo, para la flor y nata de los Estados Libres era distinto: Arlor prohibía que celebraran sus ritos el mismo día que los campesinos. En consecuencia, el banquete de Skyhelm tenía lugar varios días después que en el resto de los Estados Libres y allí la nobleza podía reunirse sin tener la sensación de estar al mismo nivel que las nutridas masas. La arrogancia de la situación disgustaba mucho a Janessa. Ella hubiera preferido haberlo celebrado en las calles como todos los demás.

Sin embargo, tenía una obligación que cumplir. Tendría que entrar allí, sonreír y saludarlos a todos con la adecuada afectación. Ahora mismo le vendría bien tener una amiga a su lado, pero no tenía ni idea de dónde demonios estaba Graye.

Un viejo regente, preparado para anunciarla al mundo, se acercó a ella desde el otro lado de la arcada. El hombre, que se peinaba el cabello ralo y cano hacia un lado de la cabeza, tenía la espalda encorvada, pero su aspecto aún resultaba impresionante con su atuendo oficial en rojo y dorado. El anciano le hizo una seña con la cabeza a Odaka.

—Es la hora —dijo el regente sin dignarse mirarla.

Janessa tenía el estómago revuelto y notó que perdía el color de la cara. Odaka dio un paso adelante, pero ella se había quedado clavada en el sitio. Cuando el regente había llegado al borde de la arcada y se dio cuenta de que Janessa no iba a su lado se volvió y le lanzó una mirada fulminante. El viejo regente también la miró.

La multitud la estaría esperando. Todos estaban listos para mirar y juzgar, para reírse disimulada o abiertamente con sus pequeñas facciones conspiradoras. Era como

si estuviera condenada a galeras y el gentío estuviera esperándola con coles podridas y la boca llena de flema para escupirla sobre ella cuando pasara. ¿Quién iba a ayudarla? ¿Quién vendría a salvarla de esto?

Entonces el viejo regente le sonrió.

Fue una sonrisa tranquilizadora que le arrugó toda la cara. Janessa no lo había visto nunca y ni siquiera sabía su nombre, pero hubo algo en su sonrisa que la tranquilizó, que hizo que se diera cuenta de que todo «podría» salir bien. Le hizo recordar la sonrisa que su padre solía dirigirle cuando se sentía herida o sola. Aquel único gesto bastó para que se diera cuenta de que tenía una obligación que llevar a cabo; una obligación tan importante como la de cualquier soldado del frente.

Respiró hondo y echó a andar.

Cuando llegó al arco, vio lo que le esperaba. Las nueve banderas de los Estados Libres colgaban del techo en todo su heráldico esplendor. A la derecha estaban las banderas de las cinco provincias: el leopardo montés de Valdor, la rosa de Braega, el dragón rojo de Dredun, el buque de guerra negro de Ankavern y el halcón de caza de Stelmorn. A la izquierda estaban las banderas de las cuatro ciudades-Estado: el puño con guantelete de Ironhold, la verja levadiza de Coppergate, las montañas de Silverwall y en el centro, la más grande y prominente, la corona y las espadas de Steelhaven.

Debajo de las banderas y con los rostros cubiertos por un despliegue de máscaras enjoradas de colores vivos estaban los nobles y sus cortesanos. La gente se arremolinaba por allí, zigzagueando por todas partes como un hervidero de serpientes enzarzadas en una danza de pomposidad, falsa adulación y calumnia sarcástica aparentemente interminable.

A Janessa le repugnaba todo aquello. Lo único que quería hacer era dar media vuelta y salir corriendo, pero ya era demasiado tarde. En respuesta a una señal del regente, la orquesta, situada en una posición elevada en una galería que daba a la multitud, guardó silencio. A su vez, en cuanto la música hubo terminado con el torpe toque de una tuba, las voces chillonas de la multitud enmascarada fueron enmudeciendo poco a poco y la gente miró para ver qué ocurría.

—Su real majestad, la princesa Janessa Mastragall —bramó el anciano con voz grave y sonora. La joven no sabía cómo podía sacar semejante sonido de su cuerpo frágil y marchito, pero no era el momento de preguntar.

Odaka se detuvo en lo alto de la escalinata de mármol y miró con severidad a los que estaban abajo. Janessa esperó con él, siguiendo su ejemplo, permaneciendo inmóvil y contemplando a la multitud con toda la arrogancia de la que fue capaz. La verdad es que era como si estuviera expuesta en el mercado, con todas las miradas fijas en ella, valorándola, juzgando su idoneidad. No ayudaba el hecho de que era prácticamente la única persona presente que no llevaba máscara. Pero no estaría bien que la futura reina ocultara su belleza a las masas, ¿verdad?

Janessa estuvo a punto de reírse de la idea. ¡Sí, hombre, belleza!

La habían depilado, vestido y perfumado antes de la Fiesta de Arlor. La habían bañado en aceites, le habían lavado, peinado y sujetado los rizos pelirrojos, pero en el fondo ella seguía sintiéndose como una pilluela. Seguía sintiéndose salvaje. Sólo que ahora era como si hubieran enjaulado a la loba que había en su interior. Encerrada tras unos barrotes para que la miraran con desprecio y la pincharan con palos hasta que actuara, hasta que reaccionara y mordiera.

—¿Vamos? —dijo Odaka, y dio el primer paso hacia el gentío que aguardaba.

No era una petición a la que ella pudiera negarse.

Janessa bajó por la escalinata cogida del brazo de Odaka. Al menos estaba agradecida por eso. No estaba acostumbrada a circular por escaleras con un atuendo tan formal, y de no haber estado allí el regente para sujetarla, seguro que hubiera tropezado con los bajos del vestido o se hubiera caído por culpa de aquellos zapatos tan poco prácticos que le habían obligado a ponerse y hubiera bajado rodando hasta la gente. Desde luego hubiera causado impresión.

La multitud se separó cuando Janessa llegó al pie de la escalera y todas las miradas estaban posadas en ella mientras Odaka la guiaba por el suelo de piedra labrada del comedor. De repente la primera sintió que no podía respirar en aquella atmósfera sofocante, pero se las arregló para ocultar su incomodidad. Allí adonde dirigiera la vista había gente mirándola que se llevaba la mano a la boca para susurrar. En cuestión de unos momentos quedó rodeada, cercada por una apretada y tumultuosa aglomeración de cuerpos. Sólo oía una intensa mezcla de perfumes, sólo oía un bajo murmullo de voces intercaladas con las risitas agudas de las damas de la corte.

Y entonces la orquesta empezó a tocar.

Fue como el primer torrente de lluvia de una tormenta y alivió la nube negra que se había cernido sobre su cabeza. De pronto la multitud se distrajo y centró su atención en otras cosas. Algunos seguían mirando, sí, pero la mayoría retomaron sus conversaciones previas como si hubieran perdido el interés por una breve distracción. Janessa sintió que la embargaba una sensación de alivio, pero sabía que aquello sólo era el principio; tenía por delante toda una noche en la que tendría que soportar a aduladores que se pavoneaban.

Entonces, en el momento justo, la forma gorda con andares de pato del canciller Durket se abrió paso entre el gentío arrastrando los pies, ansioso por ser el primero en saludarla. Resultaba fácil reconocerle a pesar de la máscara que le cubría todo el rostro. Era la cara enjorada de un cervato, pero un cerdo hubiera sido más apropiado. Durket había sido el Maestro de Moneda de su padre durante tanto tiempo como alcanzaba su memoria. Durante ese tiempo su cinto se había hinchado y las arcas de la Corona habían menguado. Con las numerosas guerras y la peste que los Estados Libres se habían visto obligados a soportar, al canciller le había resultado difícil cuadrar las cuentas. Pero Durket siempre se las arreglaba para encontrar monedas suficientes con las que llenarse la boca, incluso cuando el rey tenía poco que poder

gastar en sus súbditos.

—Majestad —dijo inclinándose cuanto podía sobre su tripa del tamaño de un tonel—, ¿puedo deciros lo deslumbrante que estáis esta noche? No hay duda de que vuestro modisto ha hecho maravillas.

«¡Estupendo! Cumplidos ambiguos sobre su vestido, y lo genial era que venían de un jabalí envuelto con lazos».

—Gracias, canciller —respondió Janessa tratando de parecer regia. Estaba del todo segura de que no lo había conseguido—. Y yo podría deciros que vos también tenéis un aspecto un tanto resplandeciente, esta noche. —Estas palabras se le ocurrieron en el último momento, pero pareció bastante sincera al decirlo. No pudo evitar sentirse complacida por lo bien que se estaba adaptando a toda aquella falsa adulación.

—Vuestra majestad es muy gentil con su elogio. —Durket sonrió, pero Janessa le veía los ojos tras la máscara, y éstos indudablemente no sonreían—. Y ahora, si pudiera tener unas palabras con el regente... Tengo que discutir con él un tema de Estado y estoy seguro de que no os interesará, majestad.

—Por supuesto —repuso ella apretando los puños, aunque resistió la tentación de darle un puñetazo a Durket en su condescendiente cara.

El canciller tomó a Odaka del brazo. El alto regente dirigió una mirada a Janessa que la joven no supo interpretar. Era una curiosa mezcla de preocupación y amenaza, como si le estuviera ordenando que no se pusiera en evidencia y al mismo tiempo quisiera quedarse allí para protegerla. No obstante, Odaka dejó que el corpulento canciller se lo llevara para discutir serios asuntos de Estado que, fueran cuales fueran, consideraban que ella no podía comprender.

Se quedó sola, pero apenas había tenido tiempo de aceptar una copa de vino que le ofreció un siervo que pasaba cuando notó una presencia a su lado.

—Majestad.

Era una voz femenina, una voz que Janessa no conocía y cuyo tono meloso le puso la piel de gallina. Una mujer menuda de mediana edad estaba de pie a su lado con un atisbo de sonrisa en su rostro marchito que, al igual que el de Janessa, no estaba cubierto por ninguna máscara. Llevaba un vestido immaculado de satén púrpura con filigrana de plata y las mangas negras como la noche.

—En ausencia de vuestro acompañante, por favor, permitidme que me presente. Soy la baronesa Isabelle Magrida de Dredun, y éste es mi hijo, Leon. —Señaló a un joven que estaba a su lado con una máscara de zorro levantada lo justo para dejar al descubierto su boca que en aquellos momentos atiborraba con un muslo de ganso. Su expresión no podía haber mostrado más desinterés.

La baronesa frunció el ceño al ver los malos modales de su hijo. El joven Leon escondió obedientemente el muslo de ganso detrás de la espalda y se inclinó con una elegancia sorprendente.

—Es un honor conocerlos —repuso Janessa inclinando la cabeza ni poco ni

mucho, tal como le había enseñado su institutriz—. Y por favor aceptad mis condolencias por la muerte de vuestro esposo. Sé que mi padre lo tenía en mucha estima.

En realidad, su padre había considerado al barón Harlan Magrida una serpiente taimada de la que no lamentaba haberse librado, pero hasta Janessa sabía que en la corte había muchas verdades que era mejor no decir.

Isabelle torció un poco la boca, como si fuera a darle las gracias con una sonrisa, pero al final se lo pensara mejor.

—Sí, todos lamentamos profundamente su pérdida, en particular sus súbditos que lo querían con vigor y que ahora se ven obligados a soportar la dureza de las hordas de los khurtas.

A decir de todos, los súbditos del barón Harlan lo habían considerado un ogro y probablemente les dieran gracias a los khurtas en cuanto tuvieran ocasión.

—Y estoy segura de que mi padre hará todo lo posible para expulsar a los invasores de nuestro territorio y devolver a vuestra gente a su legítimo lugar.

—Por supuesto. Y llegado el día, mi hijo Leon es el candidato a heredar un poderoso reino. Será el barón de todo Drel dun y administrador del Bosque Alto.

En realidad era una provincia más que un reino desde el establecimiento de los Estados Libres, pero Janessa estaba dispuesta a pasarlo por alto.

—Y además será un señor magnífico, estoy segura. —Miró a Leon, que ya se había vuelto a poner bien la máscara, pero que aún daba la impresión de querer estar en cualquier otro sitio.

—Nos encantaría que vinierais a visitarnos cuando por fin termine el conflicto. —«¡Oh, no, ya estamos!»—. Estoy segura de que los aires de Drel dun os vendrán bien. —Como si hubiera esperado el momento justo, Leon se levantó la máscara, enarcó una ceja y sonrió.

Janessa tuvo que admitir que era guapo, aunque su comportamiento denotaba arrogancia, al igual que su porte, su despreocupación desdeñosa e incluso la laca que llevaba en el pelo. Se quedó sin palabras. ¿Qué se suponía que tenía que decir a una invitación como aquélla? ¿Cuál era la respuesta adecuada? Negarse se consideraría un insulto, pero aceptar podría equivaler a prometerse en matrimonio.

Sintió que la atmósfera sofocante se extendía otra vez por todo el comedor. Los extremos de la inmensa sala empezaron a dar vueltas y la música parecía sonar cada vez más alta y discordante.

«¿Dónde diablos estaba Odaka? ¿Acaso no era su trabajo procurar que no ocurrieran estas cosas?».

—Por favor, disculpad la interrupción, majestad, pero el señor gobernador de Coppergate desea una audiencia.

Janessa se dio la vuelta y notó que una oleada de alivio la inundaba al reconocer los rasgos delicados de Graye bajo la pequeña máscara dorada que llevaba sobre los ojos. Estuvo a punto de aceptar agradecida, pero se contuvo.

«No parezcas demasiado ansiosa. Todo esto es un juego. No hay que ofender ni adular; así es como se comportan los reyes y las reinas».

—Como verás, estoy hablando con la baronesa.

—Me temo que el señor gobernador fue de lo más insistente —repuso Graye de inmediato—. Hay asuntos importantes en Coppergate que, en ausencia del rey, requieren de vuestra atención real. Y no puede quedarse mucho tiempo en la fiesta.

—Está bien —dijo Janessa intentando fingir un adecuado grado de decepción—. Si me disculpáis, baronesa, Leon. —Los saludó a ambos con una inclinación de la cabeza y fue correspondida con una genuflexión y una reverencia, aunque Isabelle tenía la misma expresión que si hubiera dado un sorbo a una copa de vino y le hubiese sabido a orina de caballo.

Graye la condujo por entre la multitud y Janessa fue saludando cortésmente con la cabeza a todos junto a los que pasó hasta que se encontró en un hueco del fondo del salón.

—¿Dónde te habías metido? —le dijo Janessa en tono admonitorio, aunque no podía evitar sentirse agradecida.

—No eres la única que necesita encontrar marido —replicó Graye con una sonrisa burlona y unos dientes perfectos casi deslumbrantes a la luz de las antorchas.

—Pues está claro que el joven Leon Magrida está libre. Pronto será barón de todo Dredun.

—No, gracias —repuso Graye torciendo la boca con desagrado—. He oído que es un sapo asqueroso como su madre. Y a propósito, de nada, podría haberte dejado en sus garras.

Janessa le dio las gracias con una sonrisa.

—¿Dónde estaría yo sin ti que vienes a rescatarme?

—Prometida con alguna comadreja del norte, sin duda. Y no vas a obtener más ayuda por mi parte hasta que admitas lo indispensable que soy.

—Bueno, eres bastante buena escogiendo zapatos. Aunque los tacones que tienen éstos son demasiado altos, tal como predije. —Se levantó la falda para mostrar su calzado poco práctico.

Una sombra se cernió sobre las dos chicas y Graye levantó la vista con expresión de culpabilidad.

—Bajaos el vestido, majestad. —Llegó a sus oídos el susurro grave de Odaka Du'ur.

Janessa se soltó la falda rápidamente y recobró la compostura antes de darse la vuelta para enfrentarse al regente.

—Sólo estaba...

—No importa lo que «sólo» estabais a punto de hacer. Hay gente a la que debéis conocer. No estáis aquí para cotillear con vuestra doncella.

«Está claro que no... La razón por la que estoy aquí es para ser vendida en el mercado».

—Pues procedamos —repuso Janessa, que alzó la barbilla y salió de la privacidad del hueco de la sala para volver a adentrarse entre el gentío.

No supo cuánto tiempo estuvo exhibiéndose ante los varios nobles de los Estados Libres mientras Odaka hacía las presentaciones y ella sonreía diligentemente contribuyendo lo mejor que sabía a la absurda cháchara insustancial. La mayoría de los duques y barones gobernantes de los Estados Libres se encontraban en el lejano norte con su padre, pero habían mandado a sus enviados. Magistrados, administradores y ministros desfilaron frente a ella, así como el Abad Supremo de Ironhold, que, según observó Janessa, tenía unas magulladuras amarillentas en lo que se le veía de la cara y una mano vendada. Si un señor tenía que estar ausente, su esposa o uno de sus hijos estaba presente en su lugar. Janessa intentó recordar todos sus nombres, pero sencillamente eran demasiados. Sólo aquéllos con un aliento particularmente ofensivo o unos rasgos faciales desagradables le causaban una impresión duradera; como los dientes negros del juez Burtleby o las enormes fosas nasales de *lady Morgana Hirsch*.

Cuando creía que ya no podía soportarlo más, Odaka la guió hacia un hombre alto de poco más de veinte años, guapo pero con expresión altanera, y se lo presentó.

—Lord Raelan Logar, hijo de Bannon Logar, duque de Valdor y Protector del Norte.

Janessa inclinó la cabeza tal como había hecho ya muchas veces, sonriendo lo necesario y esperando que fuera la última vez.

—Lord Raelan. Es un placer. Sé que nuestros padres se tienen en mucha estima. —A diferencia de la mayoría de los tópicos que había pronunciado aquella noche, al menos éste era verdad.

—En efecto —respondió Raelan—. Sólo espero que regresen con nosotros sanos, salvos y victoriosos.

Janessa se puso tensa ante el repentino recordatorio de que su padre corría un peligro mortal.

—Sólo podemos tener esperanza.

—Ojalá pudiera estar a su lado... Pero héteme aquí. —Aunque su expresión era serena, su tono denotaba acusación. ¿Acaso la consideraba responsable de su presencia en la corte? ¿Pensaba que ella había pedido que abandonara a su padre en el frente para poder obligarlo a estar juntos como un semental y una yegua en la época de celo?

—Puedo aseguraros, lord Raelan, que yo siento lo mismo.

—Estoy seguro. —Echó un vistazo por el comedor como si buscara una compañía más interesante.

Janessa se estaba acercando más a él con un sentimiento de vergüenza e ira cada vez más intenso, desesperada por decirle que detestaba aquella farsa de enmascarados tanto como él, cuando la orquesta empezó a tocar una estridente melodía. Cualquier cosa que *pudiera* haber dicho quedó ahogada bajo un ensordecedor torrente de

música. Odaka se inclinó para hablarles.

—Empieza el baile, mi señor —le dijo a Raelan—. Quizá queráis ofrecerle vuestra mano a su majestad.

Realan hizo una leve reverencia con la cabeza y le ofreció la mano, tal como era tradición.

Janessa miró en derredor presa del pánico. Quería rechazarlo, pero su conversación con Raelan ya había llamado la atención y una veintena de cortesanos los estaban mirando. Si lo rechazaba ahora, sólo conseguiría parecer desdeñosa.

Aceptó la mano que le tendía a regañadientes.

Raelan la condujo hasta el centro de la sala donde quizás una docena de cortesanos habían ocupado sus posiciones: los hombres a un lado y las damas en el otro. Alguien de entre el gentío que los rodeaba aplaudió al tiempo que se congregaba un público jubiloso y Janessa no pudo hacer más que mirar asustada a su alrededor con miedo de hacer el ridículo.

Intentó desesperadamente recordar los pasos. Le habían enseñado los modales de la corte y el baile era una de las muchas cosas que se había visto obligada a aprender, pero había olvidado por completo el tipo de danza que iba con aquella melodía; ni siquiera sabía cuál era el primer paso.

Los hombres situados en fila se inclinaron todos a la vez frente a las damas que tenían delante. Las mujeres, por su parte, también hicieron una reverencia y Janessa logró unirse a ellas. Con aquel simple gesto pareció volverle todo a la memoria.

Ambas filas avanzaron, todos levantaron la mano derecha, entrechocaron las palmas y giraron al unísono, zigzagueando al compás rítmico de la música. De vez en cuando las parejas se cambiaban y Janessa se encontraba con otro de los jóvenes bailarines que siempre la miraban con los ojos muy abiertos de temor. Pero siempre volvía con Raelan. No tardó en relajarse con los pasos repetitivos e incluso estaba empezando a divertirse.

—Bailáis bien —logró decirle a Raelan una de las veces que se cruzaron.

—Sí. En el norte también celebramos fiestas, majestad —repuso él con brusquedad.

No iba a sacarle nada. Estaba claro que odiaba aquello tanto como ella. Posiblemente más aún.

El baile terminó con un toque de flautas y ambas filas de bailarines se saludaron con una inclinación tal como habían hecho al principio. Cuando Janessa alzó la mirada, vio que Raelan se abría paso a empujones por entre la multitud para desaparecer entre el agolpamiento de gente.

Se sintió sola y vulnerable de inmediato. No le facilitó la situación ver que la baronesa Isabelle Magrida la miraba con el ceño fruncido, claramente enfurecida por que fuera el hijo de otra persona quien había conseguido quitarle un baile a la heredera al trono.

Janessa dio media vuelta adoptando una actitud tan altanera y orgullosa como le

fue posible y el gentío se fue apartando por delante de ella. No iba a quedarse allí para que otro le tomara la mano y la llevara a bailar otra vez. Ya había tenido más que suficiente. Que miraran, que paparan moscas, ella no iba a seguir jugando.

Dos centinelas de la guardia de Skyhelm se hicieron a un lado cuando Janessa abandonó el salón de banquetes desesperada por encontrar algún sitio donde estar sola. En aquel inmenso palacio no había ni un lugar vacío; cada esquina que doblaba ocultaba un cortesano cotilla o un guardia vigilante. Al final llegó a un entrepiso que daba a los jardines de palacio y allí se detuvo a respirar mirando la oscuridad e intentando contener las lágrimas.

¿Dónde estaba su padre? ¿Por qué no podía estar allí para cuidar de ella? Para rechazar a todos los pretendientes indignos, a los gazmoños y aduladores cotillas.

Pero ella ya sabía por qué su padre no estaba allí. Sabía por qué se había visto obligado a abandonarla a su suerte.

—Majestad, estaba preocupado.

Odaka..., su sombra. En el fondo sabía que estaría vigilándola, siguiéndola, anticipándose a todos sus movimientos. Debería estar agradecida de que hubiera alguien que se preocupara por ella pero lo único que sentía era resentimiento.

—¿Os pareció una actuación lo bastante buena, regente?

Una pausa. Casi pudo oír cómo el hombre calculaba la respuesta adecuada.

—No os comprendo, mi señora.

—He cumplido mi parte. He conocido a vuestro pretendiente favorito y he dicho todo lo correcto. Incluso bailé con él. ¿Ya se ha cerrado el trato? ¿Se ha sellado el pacto?

Odaka dibujó una sonrisa en su rostro. Janessa se dio cuenta a pesar de la oscuridad.

—Mi señora, os pido disculpas si os he llevado a creer lo contrario, pero la elección de casarse es vuestra. Vuestro padre ha sido muy explícito al respecto. Si lord Raelan os parece deficiente, ya encontraremos otra pareja más adecuada.

Janessa se lo quedó mirando con incredulidad mientras asimilaba sus palabras. Llevaba días, semanas mortificándose con este tema y ahora daba la impresión de que había sido inútil.

—¿Quieres decir que puedo casarme con quien yo desee?

—Por supuesto. Vuestro padre y yo lo discutimos largo y tendido. Él sabe lo... obstinada que sois. Se da cuenta de que no podría haber un matrimonio con alguien que vos no aprobarais.

Janessa se sintió como una idiota. Debería haber confiado en su padre, por supuesto, él nunca la habría condenado a un matrimonio sin amor.

—Muy bien —repuso—. Gracias, Odaka. —Y se lo agradecía de verdad. El regente estaba mostrando una faceta que ella no había visto hasta entonces. Quizás aquel pecho fuerte y hondo que tenía albergara un corazón después de todo.

—Majestad. —Le hizo una reverencia—. Estoy aquí para servirlos.

—¿En serio? —Una idea malvada empezó a tomar forma en su cabeza—. Podrías empezar por sacar de palacio a unos cuantos cortesanos cotillas. ¿Qué me dices de los Magrida, para empezar?

—Me temo que eso no será posible, mi señora. Vuestro padre les ha ofrecido refugio en palacio hasta su regreso. Con la pérdida de Dredun a manos de los khurtas no tienen adonde ir.

«Bueno, no se puede tener todo».

—Está bien, Odaka. Ahora voy a retirarme. ¿Puedes disculparme con nuestros invitados?

—Por supuesto. —La saludó con una inclinación y se marchó.

Janessa volvió de nuevo la mirada hacia la noche consciente de que mucho más al norte su padre podría estar luchando por su supervivencia así como por la de los Estados Libres. Pero aquí ella tenía que librar sus propias batallas, aunque a juzgar por lo que le había dicho Odaka, sabía que su padre estaba haciendo todo lo posible para ayudarla también con ellas. Y no podía más que agradecerse.

Y, pese a la oportunidad que le había dado, la de elegir al pretendiente que quisiera, Janessa sabía que no habría ninguno adecuado, ni siquiera el apuesto Raelan Logar. Nunca habría nadie que pudiera robarle el corazón... porque su corazón ya pertenecía a otra persona.

Hacía años que Nobul no experimentaba la disciplina del patio de entrenamiento. A pesar del tiempo transcurrido, el recuerdo aún le dejó una sensación extraña en la boca del estómago. Esperando al sargento de armas junto a tus compañeros sin estar seguro de lo que iba a suceder, pero previendo dolor y humillación. Y las veces en que te obligaban a marchar y a correr durante horas, y cuando el sargento iba a señalar a alguien para que recibiera el «tratamiento especial» y lo único que podías hacer era rezar para que no fueras tú...

Sin embargo, ahora estaba de pie en el patio con el frío del invierno que se avecinaba metido en sus viejos huesos y lo único que sentía era aburrimiento.

Estaba allí solo, rodeado por todas partes por los edificios del cuartel. El único sonido que oía era el insistente piar de un pájaro solitario desde un tejado que tenía a sus espaldas. ¿Se habían presentado más voluntarios? Lo más probable era que nadie quisiera alistarse. Con la posibilidad de una guerra o quizás incluso de un asedio, la última línea de defensa de la ciudad serían los Casacas Verdes. Eran los que estaban mejor entrenados para el trabajo. El rey Cael ya se había llevado al norte a la mitad de los Casacas Verdes, Caballeros de la Sangre y de la Guardia de Centinelas en activo, dejando una mínima dotación para salvaguardar la ciudad.

Nobul no estaba seguro de por qué había decidido alistarse en los Casacas Verdes, sobre todo cuando uno de ellos había sido el responsable de que Markus yaciera bajo tierra. ¿Era por la posibilidad de que lo enviaran al frente? ¿Tanto ansiaba la muerte? O tal vez sólo ansiaba un propósito, sólo algo que llenara sus días, ¿y qué mejor que esto? Ya había sido combatiente y suponía que lo sería siempre.

Pero por mucho que intentara decirse que ésta era su vocación, también sabía que estando solo en las calles sin nadie que le guardara las espaldas, el Gremio no tardaría en dar con él. No iban a olvidarse de los dos sicarios a los que había matado.

¿No hacía eso que toda su bravuconería fuera una gran estupidez? ¿Tenía miedo de verdad? ¿Se estaba diciendo que era un tipo duro? ¿Se estaba diciendo que era un hombre de hierro y acero y que hacía esto porque era un machaca-cráneos?

No importaba en lo más mínimo. No tenía ningún otro lugar adónde ir. No podía hacer ninguna otra cosa. Podría haberse unido a una compañía de mercenarios, pero esos tiempos ya habían pasado para él. Era demasiado viejo para dormir a la intemperie, para comer bazofia y luchar constantemente contra la enfermedad, los ladrones y el frío cortante.

Además, si las cosas no iban bien en el norte, no tardarían en tener a un montón de salvajes aullantes derribando a golpes las puertas de esta ciudad.

Sin duda eso resolvería todos sus problemas.

Nobul había ido a preguntar acerca del reclutamiento hacía dos días y un Casaca Verde con bigote le había dicho que volviera más tarde, que no había nadie que pudiera ayudarlo. Cuando había regresado al día siguiente, lo recibió el mismo rostro

indiferente y le dijo: «Vuelve mañana y espera al sargento en el patio de instrucción». Cuando había regresado por tercera vez, no había encontrado a nadie que le recibiera, pero como la puerta estaba abierta, entró sin más. De modo que allí estaba, esperando obedientemente en el patio de instrucción, aun cuando empezaba a pensar que no iba a venir nadie.

Antes de que pudiera decidirse a abandonar todo el asunto, oyó cerrarse una puerta de madera en alguna parte a lo lejos. ¿Más reclutas? ¿Sería carne joven o algún veterano barbudo y nudoso, un viejo como él?

Alguien silbaba de forma poco melodiosa.

Un muchacho joven entró al patio con paso resuelto y con cara de no tener ni una sola preocupación en la vida. Llevaba el gambesón verde colgado del hombro y el casco agarrado contra el costado con despreocupación. No iba armado.

Cuando vio a Nobul allí plantado, le sonrió y lo saludó con la cabeza, como si fueran viejos amigos. No parecía preocuparle que hubiera un hombre al que no había visto nunca en medio del patio donde se suponía que sólo podían entrar los Casacas Verdes. Tanto hablar de la vigilante milicia de la ciudad...

Antes de pasar junto a Nobul, el joven se detuvo y frunció levemente el ceño como si de pronto cayera en la cuenta de que algo andaba mal.

—¿Eres el nuevo recluta? —le preguntó señalándolo con el dedo. Como si Nobul fuera a estar allí plantado de no serlo.

—Supongo que soy uno de ellos —contestó, dudando si dar alguna muestra de respeto. Por lo que él sabía, aquel muchacho podría ser uno de los sargentos y no sería buena idea cabrearlo antes de haber empezado siquiera.

—¿Uno de ellos? No va a venir nadie más. Eres tú, amigo —dijo el chico con una sonrisa—. Soy Denny. —Le tendió la mano.

Parecía un poco inapropiado, pero Nobul se la estrechó de todas formas.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó.

—Ah. —Denny miró a su alrededor como si sus compañeros Casacas Verdes estuvieran escondidos y pudieran aparecer en cualquier momento—. Es el cambio de turno. Probablemente la última guardia fue hace una jodida eternidad. Se supone que tienen que esperar al relevo, pero, para ser justos, normalmente llegamos tarde, de manera que no esperan.

Nobul echó un vistazo en derredor con incredulidad.

—¿Así que este sitio está abandonado?

—Sí. Pero no hay de qué preocuparse, antes de irse cierran con llave la armería. Aunque, de todas formas, no vale la pena robar la mierda que hay dentro.

Tal vez aquello había sido un error. Tendría que haber interpretado las señales hacía dos días, la primera vez que intentó mostrar interés y lo recibieron con absoluta falta de entusiasmo. Estaba claro que los Casacas Verdes eran una panda de indisciplinados. Pero ¿acaso no lo había sabido? No era de extrañar que el Gremio campara a sus anchas por la ciudad. No era de extrañar que durante tanto tiempo

hubiera sido víctima de esos cabronazos de sicarios que exigían el sueldo que tanto le costaba ganar a cambio de «protección».

Nobul se sintió enojado de repente. Se suponía que aquellos hombres eran los guardianes de la ciudad. No eran más que una pandilla de muchachos jugando a los soldados.

—Gracias por hacérmelo saber —dijo, y se dio la vuelta para marcharse.

—¡Denny! ¿Qué coño haces ahí parado como un gallo cojo? Ponte el uniforme y vacía los cubos del turno de anoche... No van a limpiarse solos, ¿verdad?

La autoridad de aquella voz hizo que Nobul se detuviera. Se puso firmes y se sintió un tanto intimidado y no poco aliviado de que al menos hubiera alguien con un poco de influencia.

Una figura alta y entrecana salió al patio de instrucción mientras Denny se iba corriendo a cumplir con sus obligaciones. Llevaba un parche sobre el ojo derecho y le faltaba el brazo izquierdo a la altura del codo. A juzgar por su rostro curtido y la confianza relajada con la que caminaba, Nobul vio que era un hombre aguerrido. Un veterano, por fin.

El Casaca Verde caminó hacia él y se detuvo cuando estuvo a pocos centímetros de su cara. Lo miró de la cabeza a los pies. Lo evaluó. Sus narices casi se tocaban. Nobul ya había estado en esta situación muchas veces, hacía muchos años. Los recuerdos del barro, el dolor y los gritos afluyeron de nuevo. Tuvo que admitirlo: a una parte de él le gustaba.

—Tú debes de ser el nuevo recluta. Me dijeron que alguien había mostrado interés. ¿Tu nombre?

¿Nombre? Vaya, eso era un dilema. Lo más probable era que el Gremio aún estuviera preguntándose qué les ocurrió a sus dos recaudadores y Nobul era el primero en la lista para saber dónde encontrarlos. Probablemente fuera mejor no andar por ahí gritando su paradero desde los tejados.

—Lincon. —Había conocido a un muchacho de las Compañías Libres llamado Lincon. Era un nombre tan bueno como cualquier otro y el chico que lo tenía ya no lo necesitaría más porque llevaba veinte años bajo tierra.

—¿Tienes experiencia?

—Un poco. —Nobul no era tan tonto como para explicarse con demasiado detalle y ni mucho menos para exagerar dónde había estado y lo que había hecho. Era una manera segura de señalarse como un gilipollas.

—¿Un poco? —El veterano volvió a mirarlo de arriba abajo—. La verdad es que por tu aspecto parece que más que un poco. —«Porque era de hierro. Porque era de acero»—. Casi todos los chicos que tenemos son demasiado jóvenes para limpiarse solos el culo o demasiado viejos para mear sin que les escueza. Supongo que tú te decantas más hacia el lado de los mayores. ¿Por qué deberíamos aceptarte?

—Porque, a juzgar por lo que he visto hasta ahora, necesitáis hombres desesperadamente.

Aquel único ojo lo observó un momento con detenimiento. Nobul no oía nada más que el canto de un solo pájaro. Se preguntó si había dicho lo correcto o había echado a perder su oportunidad.

—En eso tienes razón, Lincon. Está clarísimo que necesitamos hombres desesperadamente. Pero a pesar de lo que puedas pensar, tampoco aceptamos a cualquier vejstorio. —Era bueno saberlo. Ahora sólo cabía esperar que este tipo no lo considerara un vejstorio—. ¿Y qué experiencia tienes exactamente, hijo?

Nobul pensó en ello. Intentó no pensarlo demasiado, pero ésta era una pregunta importante. ¿Le daba la charla entera o procuraba quitarle importancia? No tenía sentido hacer el tonto, daba la impresión de que ese individuo no soportaba a los idiotas.

—Bakhaus Gate —respondió tratando de no pensar demasiado en los recuerdos que se avivaron al pronunciar las palabras.

El Casaca Verde enarcó la ceja que no estaba oculta bajo el parche.

—¿Bakhaus Gate, nada menos? Estuve en Bakhaus, en el Primer Batallón. ¿Y tú?

—Yo estuve en las levas —contestó—. A las órdenes del capitán Graig.

—Lo recuerdo. Era un buen hombre. Fue una mierda la forma en que se fue.

Nobul estuvo completamente de acuerdo con él y el recuerdo casi hizo que se estremeciera, pero no tenía sentido darle vueltas a eso en aquel momento. La forma en que habían destrozado a Graig con zarpas y dientes ya le había provocado bastantes pesadillas.

El hombre lo observó de nuevo, sondeándolo como por última vez.

—Si serviste en las levas, eres lo bastante bueno para los Casacas Verdes. Me llamarás sargento Kilgar, o sólo sargento, si eres tan amable.

—Sí, sargento.

—Antes de que empieces, deberías saber que el salario es bajo, dos coronas a la semana. Y las masas agitadas que estamos obligados a proteger no te darán las gracias. Te sonreirán por delante y te escupirán por detrás, eso si no te apuñalan de entrada.

Nobul había vivido entre la basura y la escoria de esta ciudad toda su vida y el hecho de que los Casacas Verdes se llevaran la mayor parte de su ira no era nada nuevo para él. Y dos coronas a la semana era más de lo que podría ganar ahora que su fragua había quedado reducida a cenizas.

—Parece justo —repuso.

Kilgar asintió sabiamente.

—Eres fácil de contentar. Encajarás bien. Ve a ver a Denny. Te buscará un uniforme, te dará los papeles adecuados para que les pongas tu marca y te presentará al resto de los muchachos. Deberían llegar pronto, si no ya me enteraré del motivo de su jodido retraso.

—Sí, sargento —dijo Nobul que sentía que los viejos recuerdos lo inundaban. Los «Sí, señor, no, señor» de la vida militar. El andar corriendo por ahí, que te dijeran qué

hacer, qué comer y cuándo cagar.

Tuvo que admitir que empezaba a gustarle. Estaba claro que Kilgar tenía razón: encajaría bien.

Denny hizo lo que el sargento había dicho y le buscó un uniforme: gambesón de cuero verde blasonado en la espalda con el símbolo de las espadas cruzadas debajo de la corona del rey. Le dio a Nobul un casco que dejaba el rostro al descubierto; le iba un poco grande, pero ya serviría, sobre todo si alguien intentaba darle con una cachiporra en la cabeza. Puede que hiciera un ruido sordo, pero al menos evitaría que le abrieran el cráneo.

Una vez terminaron con eso, Denny fue a una habitación diminuta, hurgó en un cajón de una mesa y sacó los papeles de reclutamiento. Nobul ni siquiera se molestó en leerlos, podía ser que estuviera comprometiéndose para toda la vida sin saberlo, pero le daba igual. Se limitó a poner su marca y dejarlos allí.

Denny también hizo las presentaciones cuando más miembros de la guardia —la Guardia Ámbar, tal como se les conocía— fueron llegando a los barracones uno a uno. En total eran ocho en la guardia, incluidos Denny, Nobul y el sargento Kilgar, y su tarea era vigilar Northgate, el lugar más cercano a la muralla exterior. Patrullaban por parejas, lo cual no era lo más seguro que se podía hacer en Northgate, sobre todo por la noche, pero todos tenían un silbato por si se metían en un conflicto del que no podían salir y necesitaban que alguien les ayudara.

El resto de la guardia constaba de Dustin y Edric, los gemelos. Ambos tenían una expresión un tanto embobada y Nobul no supo cuál de los dos parecía más estúpido. Pero no era cuestión de subestimarlos. Había combatido junto a hombres que parecían aún más tontos y que habían resultado ser valientes y leales.

Anton era un muchacho bastante bien parecido, pero era joven y tenía un aire apenado, como si hubiera perdido la punta de la polla y no tuviera ni idea de dónde encontrarla. Esbozó una sonrisa cuando Denny se lo presentó, un muchacho sumiso y flojo como un anciano, y Nobul no pudo evitar preguntarse cómo reaccionaría si se veía metido en problemas de verdad en la calle; lo más probable es que saliera corriendo como si lo persiguiera el Señor de los Cuervos.

El viejo Hake fue el siguiente en llegar. Nobul no sabía si ése era su verdadero nombre o si se llamaba así por el pez^[1], pero le quedaba bien de todos modos, aunque sólo fuera por el olor que desprendía. Era un hombre afable, le sonrió y lo saludó con la cabeza mientras masticaba hierba para pipa. El viejo parecía estar bastante en forma, pero no serviría de mucho en una pelea.

El último en llegar fue Bilgot. Denny se lo presentó, un muchacho grandote con una pelambreira pelirroja y una barriga cervecera en vías de expansión bajo el gambesón. Nobul supo que era problemático antes incluso de que abriera la boca. Ya lo había visto miles de veces: un tipo joven que ha crecido siendo grandote, que se aprovecha de los muchachos más pequeños y nadie tiene las pelotas de plantarle cara. Un pez gordo en un estanque pequeño. No estaba allí para irritar a nadie, de modo

que cuando el grandote de Bilgot dijo: «¿Quién es esta jodida carne nueva?» él no respondió; dejó que Denny lo explicara.

—Es el nuevo recluta —dijo el chico—. Se llama Lincon...

—¿Lincon? —Bilgot se acercó a él con actitud provocadora, le sacaba una o dos pulgadas bien buenas a Nobul—. Pareces un tipo duro. ¿Eres un tipo duro?

Nobul se había encontrado en la misma situación recientemente y había dos hombres muertos flotando por el Storway hacia el mar por los problemas que habían causado. No estaría bien perder los estribos y cagarla otra vez, de modo que permaneció sin decir nada, sin apartar la mirada, pero sin hacer nada que provocara al otro.

—Déjame que te diga que aquí el que manda soy yo. Lo que yo digo va...

—¡Muy bien, panda de cabrones perezosos!

Se originó un repentino alboroto cuando se oyó la voz de Kilgar.

Bilgot cerró la boca y dio media vuelta para ponerse firmes junto al resto de los muchachos. Nobul estaba junto a ellos y no hizo falta que nadie le dijera lo que tenía que hacer, ya había estado muchas veces en la misma situación.

—Como podéis ver —dijo Kilgar mientras entraban en el barracón—, hoy tenemos a un hombre nuevo con nosotros. Denny, tú le enseñarás cómo funciona todo. No debería resultarte difícil, es un veterano, de Bakhaus Gate nada menos, sirvió a las órdenes del rey, por lo que ya sabe lo que es tener problemas y vivir para contarlos.

Nobul notó que la atmósfera cambiaba con la mención de Bakhaus Gate. Algunos de los muchachos le tendrían un respeto instantáneo por ello, otros creerían que era una mentira. Podían pensar lo que quisieran; eso no iba a cambiar nada.

—¡Muy bien! En marcha.

Y la Guardia Ámbar salió en fila del cuartel.

De camino a las calles se detuvieron en la armería, aunque llamarla así era casi como decir que un zurullo era una tiara. Más tarde Denny le explicó que debido a la falta de fondos y al hecho de que casi todos los muchachos enviados al frente se habían llevado consigo lo mejor, tenían que compartir las armas con las demás guardias y que al finalizar tu turno tenías que devolverlas intactas a la pequeña habitación cerrada con llave que llamaban armería. No había mucho donde escoger, y Nobul optó por una espada corta porque parecía el arma que menos posibilidades tenía de romperse después de un diestro golpe. Los otros muchachos se decantaron por lo más intimidante y Bilgot se decidió por una enorme cachiporra listada. Eso demostraba lo poco que sabían estos chicos al escoger armas que tenían aspecto de ir en serio a pesar de que resultaban inútiles para el trabajo que tenían entre manos, pero, claro, no tenían mucho donde elegir.

Cuando salieron a las calles de Northgate, Denny guardó silencio. Al principio Nobul pensó que era porque estaba alerta; al fin y al cabo él también sentía la presión. Con los cascos y las casacas verdes destacaban como un blanco fácil para cualquiera

que quisiera causarles molestias.

Denny señalaba los callejones poco fiables que había que evitar y las caras que podrían causar más problemas, pero no parecía preocupado por investigarlas, de manera que Nobul siguió su ejemplo.

En algunos lugares recibieron sonrisas radiantes, pero Nobul se dio cuenta de que tras la mitad de ellas había muy poca amistad. Se sorprendió volviéndose a mirar al menor ruido que oía, con la mano cerca de la espada corta, consciente del silbato que llevaba colgando del cuello por si necesitaba ayuda. Pero también fue consciente del respeto que se les mostraba sólo por llevar el uniforme... ¿o era miedo? La gente se apartaba de su camino cuando se acercaban y si parecía que alguien tramaba algo, desaparecían tan pronto como Nobul y Denny se aproximaban a ellos.

Tuvo que admitirlo: estaba empezando a divertirse.

Fue transcurriendo la tarde y no había indicios de problemas, por lo que Nobul incluso se relajó un poco. Fue entonces cuando empezaron las preguntas.

—Así que Bakhaus Gate. No quedan muchos de esa época. Debes de haber visto cosas tremendas, ¿eh?

—Ninguna que deseara para nadie.

—No, por supuesto que no. Pero yo ojalá hubiera podido estar allí. Ojalá hubiera podido hacer mi parte como vosotros.

Nobul no contestó. No tenía sentido hacer pedazos los sueños de gloria y batalla de nadie, aunque estuvieran diciendo chorradas. Que el muchacho tuviera su sueño. Con suerte no tendría que experimentarlo nunca, pero si los khurtas entraban en los Estados Libres y tenía que enfrentarse a ellos en las puertas de la ciudad, no tardaría en enterarse de cómo era la realidad.

—¿Viste al Casco Negro en acción? —preguntó Denny con los ojos como platos—. Fue la historia que más ganas me dio de alistarme en los Casacas Verdes. Uno de los chicos mayores de Leach Street solía hablarnos del Casco Negro. Retuvo la puerta él solo mientras el rey sacaba a sus heridos por la brecha. Dicen que se llevó media docena de pieles de los hombres-bestia blandiendo ese martillo suyo como si no pesara nada y destrozando a esos cabrones con cara de león por todas partes.

—Este tipo de historias normalmente no se cuentan tal como fueron —repuso Nobul.

—No —coincidió Denny, que sin duda se sentía un idiota por haberse emocionado con las historias de guerra de un viejo—. Seis pieles suena como una sarta de tonterías. Es probable que ese tipo ni siquiera existiera.

Siguieron andando en silencio mientras el sol descendía por detrás de la muralla norte.

Nobul sólo podía pensar en que lo de las seis pieles era, en efecto, una sarta de tonterías.

Según sus cálculos, más bien fueron una docena.

Kaira esperó en la antesala, despojada de armas y armadura. Era una habitación silenciosa, construida para la contemplación. Había meditado allí muchas veces, con los ojos cerrados o la mirada fija en el enlucido blanco y desnudo. Pero ahora no estaba meditando.

En cuestión de unas pocas horas todo su mundo parecía haberse desmoronado. Los gritos del Abad Supremo casi habían derribado el tejado del Templo de Otoño en torno a ella. Samina había acudido corriendo seguida de cerca por más de sus hermanas. Y luego por la mismísima Exarca.

La mujer no había hablado mucho. Se limitó a ordenar a Kaira que se retirara a sus aposentos. Había acudido más tarde y la había acompañado al vestíbulo donde ahora estaba sentada aguardando su destino.

Había sido un acto grave, pero Kaira era incapaz de arrepentirse. Ese cerdo asqueroso se merecía todo lo que le había hecho y más, pero ahora la castigarían a ella. Era ella la que sufriría por sus actos.

La espera empezaba a hacerse insoportable. Era como si hubiera sido condenada, como si le esperara la horca, aunque sabía que las Hermanas de Arlor no querrían que sufriera ningún daño. Sin embargo, las Doncellas Escuderas eran mucho más severas con sus castigos.

Kaira habían contemplado la posibilidad de escapar. La puerta de la antesala estaba cerrada, pero no tenía echado el cerrojo. Si decidiera abandonar el templo, podía escapar de allí fácilmente y nadie podría detenerla. Pero Kaira Stormfall nunca había huido de nada y, a pesar de haber deshonrado sus votos, seguía siendo leal al Templo de Otoño y a las personas que lo habitaban. Nunca podría huir de sus obligaciones para con este lugar.

Oyó pasos fuera en el pasillo. No era la primera vez que pensó que venían para llevarla a su juicio. Unas figuras invisibles llevaban toda la noche y el día pasando junto a la habitación, algunas con rápida urgencia y otras con mesura y lentitud. Esta vez los pasos se acercaban con un ritmo decidido y se detuvieron al llegar a la puerta. Kaira esperó mientras el pomo giraba y la puerta se abría y se permitió una sonrisa al ver que entraba Samina, pero su amiga no se la devolvió.

—Hermana —dijo Kaira que se puso de pie.

—Lo siento —repuso Samina. Me han enviado a buscarte.

Kaira asintió.

—Lo entiendo. —Se irguió cuan alta era, con orgullo, lista para afrontar su suerte—. No deberíamos hacerles esperar.

Las dos guerreras recorrieron los pasillos del templo y las Hijas de Arlor se apartaban de su camino como siempre, solo que esta vez Kaira no sintió orgullo. Ahora, todo lo que la rodeaba era vergüenza, y aunque ninguna de las sacerdotisas le demostró ninguna falta de respeto, ella seguía sintiendo que las había traicionado

tanto a ellas como a los principios según los cuales habían sido educadas.

Las guerreras se dirigieron con aire solemne a la antecámara situada junto al sanctasanctórum de la Madre Matrona. Tal como Kaira había supuesto, Daedla la estaba esperando.

—Yo te dejo aquí, hermana —susurró Samina. Kaira le dirigió una grave sonrisa antes de que se marchara. Por mucho que quisiera tener a Samina a su lado sabía que aquélla era una batalla que tenía que afrontar sola.

Daedla abrió la puerta del sanctasanctórum sin mediar palabra. Kaira optó por no mirarla porque no quería ver su expresión de censura al pasar y la puerta se cerró tras ella.

La Madre Matrona estaba sentada frente a la gran mesa de roble y a su derecha estaba la Exarca de pie. Ambas tenían una expresión seria, pero ¿qué esperaba? ¿Que la recibieran con los brazos abiertos y sonrisas relajadas? ¿Que la trataran como a una heroína?

—Acércate más —dijo la Madre Matrona. Su voz sonó calmada y mesurada. Kaira no detectó furia en ella. Al acercarse vio que la Exarca tenía una expresión severa, pero no le resultó sorprendente; la más grande de las Doncellas Escuderas siempre tenía el semblante adusto.

—Siéntate, por favor.

La petición de la Madre Matrona dejó de piedra a Kaira. Se sentó sin pensarlo en el asiento que la aguardaba. No se había esperado esto. Esperaba que la reprendieran, que la obligaran a permanecer firmes mientras las dos cabezas del templo le recriminaban su comportamiento.

Entonces la Madre Matrona le hizo una pregunta de lo más extraña:

—¿Estás bien?

¿*Estaba bien*? La habían condenado a una celda y la habían obligado a aguardar su suerte por haberle dado una paliza brutal al Abad Supremo de Ironhold. Era muy probable que el hombre hubiera exigido su ejecución, o en el mejor de los casos su expulsión del Templo de Otoño. ¿*Estaba bien*?

—Sí, Madre Matrona —respondió.

—Bien. Eso es bueno. Por supuesto tus hermanas están muy preocupadas por ti. Nos alegra poder tranquilizarlas.

—¿Cómo está el Abad Supremo? —Lo preguntó antes de poder contenerse. Sabía que era una estupidez. Hubiera sido prudente esperar. Si la Madre Matrona quería que lo supiera, se lo habría dicho, pero la prudencia era algo que últimamente Kaira parecía haber tirado por la borda. ¿Por qué iba a ser distinta ahora?

Los labios de la Madre Matrona esbozaron un fugaz atisbo de sonrisa. No duró más de un segundo, pero estuvo ahí.

—Se recuperará —contestó—. Aunque ha pedido que se le aloje en otra parte de la ciudad hasta que esté en condiciones de hacer el viaje de vuelta a Ironhold. Pero no deberías preocuparte por él.

Era un comentario curioso. ¿Por qué no debía preocuparse por él? Al fin y al cabo, él era el motivo de que la hubieran convocado allí.

La Madre Matrona se empujó para levantarse de la silla. Una mujer más débil hubiera utilizado un bastón para ayudarse a tan avanzada edad, pero la Madre Matrona, a pesar de sus años, caminaba con sus frágiles piernas al parecer sólo por su fuerza de voluntad. Rodeó la mesa y le puso una mano en el hombro a Kaira.

—La Exarca y yo hemos estado hablando de ti largo y tendido. Discutiendo tu futuro. —*Así pues, al menos tenía un futuro. Era algo por lo que estar agradecida*—. Y está claro que tu futuro está al otro lado de los muros del templo.

A Kaira se le hizo un nudo en la boca del estómago. Apretó los dientes y por un momento pareció que la habitación daba vueltas hasta que se obligó a recuperar el control.

—De modo que van a expulsarme —dijo.

Era de esperar. Podía considerarse afortunada de que fuera el único castigo.

La Madre Matrona sonrió.

—Todo lo contrario. ¿Crees que te abandonaríamos a los caprichos del mundo exterior? ¿Crees que desperdiciaríamos la lealtad y las habilidades de tan valiosa sirviente? Antes derribaríamos los muros de este templo que mostrar tan desdeñosa indiferencia por ti que tan bien nos has servido.

Kaira consideró las palabras de la Madre Matrona y no estaba segura de lo que significaban.

—Si no van a expulsarme, ¿por qué van a mandarme fuera de aquí?

—Hay una tarea que deseamos que lleves a cabo. Una especie de misión que te llevará a la ciudad. Es una tarea peligrosa, una que no consideraríamos para nadie más. Los acontecimientos recientes implican que se te pueda mandar fuera de aquí sin que se te eche de menos. Todo el mundo creerá que se te ha expulsado, pero nosotras sabremos la verdad. —Le dio unas palmaditas en el brazo a Kaira con complicidad.

—¿Qué misión?

La Madre Matrona miró a la Exarca. Kaira también miró... a la mujer que para ella había sido lo más parecido a una madre. Poseía unos rasgos marcados y era guapa. En sus mejores años había sido más fuerte, más rápida y mortífera que cualquier Doncella Escudera desde la mismísima Vorena. Se decía que había defendido la vida del rey en Bakhaus Gate y que había matado a una bestia guerrera de los aeslanti con tan sólo una espada rota. Puede que la edad hubiera abierto surcos en su rostro, pero seguía imponiendo un respeto absoluto.

—El Templo de Otoño se ha enterado de un complot. —Como siempre, la Exarca habló en un tono mesurado y firme—. Hay inocentes que van a ser embarcados y vendidos como esclavos. Necesitamos que encuentres a los responsables y que los elimines antes de que puedan llevar a cabo su plan.

¿Complots? Pero ¿por qué iba a preocuparse de semejantes cosas el Templo de

Otoño?

—¿Cómo lo hemos sabido? —preguntó Kaira, confusa. El templo no era un gremio clandestino; no tenía espías a su servicio.

—Tenemos ojos y oídos por toda la ciudad. Se enteraron de esto hace tiempo, pero hasta ahora no hemos estado en situación de actuar.

—¿Ojos y oídos? ¿Os referís a espías? Las Hijas realizan buenas acciones para los pobres y los enfermos. Las Doncellas Escuderas protegen los templos y la ciudad. ¿Por qué necesitamos espías?

La Exarca sonrió.

—A lo largo de los años nuestro templo ha llegado a sufrir muy diversas amenazas. Casi han estado a punto de hundirlo en muchas ocasiones. Hemos aprendido que la cautela y la información son tan valiosas como las lanzas y los escudos.

—Pero si existe semejante complot, ¿por qué no alertamos a los Casacas Verdes o a la Inquisición?

—Porque sólo meterían la pata. Efectuarían sus arrestos y castigarían a los culpables, pero el verdadero poder que hay detrás del complot, el mal real, escaparía como siempre hace. Para tener un completo éxito debemos ser sutiles. Por eso tienes que llevar a cabo esta tarea por nosotras.

—Pero yo no soy espía. No entiendo qué queréis de mí.

—Tu papel no es el de espía. Ya tenemos un informante en la organización de los conspiradores, pero no se halla en situación de hacer más por nosotras. Necesitamos a alguien con tu habilidad y coraje únicos para que se introduzca en esta organización y destruya a aquellos que quieren esclavizar a nuestra gente.

—Pero ¿cómo? No soy actriz. No sé interpretar un papel. El templo es lo único que conozco.

—No tendrás que interpretar ningún papel —dijo la Exarca—. Ya te has encargado de eso. Por haber cometido sacrilegio dentro de los muros del Templo de Otoño se te desterrará a las calles de la ciudad. No será un engaño, sino la verdad. La gente no sabrá que sólo es temporal. Después nuestro agente se pondrá en contacto contigo y te invitará a unirse a la organización de la que hablamos. Una vez dentro, realizarás las tareas que te den hasta el momento adecuado para actuar. Simplemente harás lo que te digan.

Mientras la Exarca hablaba, Kaira sintió que la invadía una preocupación desacostumbrada. Sólo había estado en la ciudad de servicio militar, nunca sola; ¿cómo iba a infiltrarse en alguna clase de banda criminal y desarticularla? ¿Acaso debía convertirse en una vulgar asesina?

Pero ¿qué alternativa tenía?

—¿Cuándo debo marcharme? —preguntó.

La Madre Matrona le puso un brazo en el hombro con gesto de consuelo.

—Debes marcharte ahora mismo. No hay tiempo que perder. No hables con nadie

antes de irte. Aunque confiamos en nuestras hermanas e hijas, es esencial la más absoluta discreción.

—Pero ¿qué tengo que hacer? No sé adónde ir ni cómo podría empezar.

—Recibirás instrucciones en una posada que hay al norte de la ciudad. Allí se pondrán en contacto contigo y te dirán qué hacer a continuación.

Kaira miró a la Exarca. Intentó que su mirada fuera resuelta, pero tuvo la sensación de que sólo fue lastimera. La mujer alzó la barbilla exigiendo fuerza como siempre había hecho y Kaira Stormfall estaba decidida a no defraudarla.

—Muy bien. Si ése es vuestro deseo, estoy obligada a servirlo. —Y lo cierto era que no tenía alternativa.

—Cuando esto termine, serás recibida de vuelta como una heroína —dijo la Madre Matrona—. Será como si nunca nos hubieses dejado. Y recuérdalo siempre: Arlor es fortaleza. Vorena es valor.

Kaira se puso de pie y repitió las palabras de la Madre Matrona, pero la jerga no la tranquilizó en absoluto. Les hizo una reverencia a las dos, dio media vuelta y salió del sanctasanctorum.

En su habitación la esperaban una capa sencilla de lana y una maltrecha mochila de cuero, un monedero que contenía cinco coronas y un mapa que mostraba una ruta hacia la posada en la que tendría que encontrarse con su contacto. Se puso un atuendo sencillo de viaje y se cubrió la cabeza con la capucha de la capa.

Por suerte el gran patio estaba vacío cuando Kaira lo cruzó para dirigirse a la puerta principal. Mientras caminaba no se atrevió a levantar la vista a las estatuas de Vorena y Arlor, no fuera que la estuvieran mirando y juzgándola con sus pétreos ojos muertos.

Le dolía no poder decir adiós, no poder abrazar a Samina una última vez, pero no podía ser. Nadie debía saber el motivo de su partida, una palabra suelta podía poner en peligro su misión. Si Kaira quería volver al templo algún día, sabía que debía tener éxito.

La puerta estaba abierta y, cuando la cruzó, las Doncellas Escuderas que estaban de guardia ni siquiera la miraron. Kaira dio su primer paso al otro lado del umbral y sintió la presión del mundo exterior casi como una carga física. Ya no era una Doncella Escudera, ya no estaba protegida por su templo y sus hermanas. El futuro era amedrentador, pero ella lo recibiría de frente, como siempre había hecho. Como siempre haría.

Subió por la Avenida de las Lanzas, una calle por la que había caminado cientos de veces y con cada paso que daba se sentía más perdida. Al llegar al final de la calle abrió la mochila y sacó el tosco mapa agarrándolo con fuerza para evitar que le temblaran las manos.

Esto era una locura. Ella era una Doncella Escudera de Vorena, una guerrera nata que ahora tenía miedo de estar sola en la ciudad. Kaira cobró ánimo, siguió las escasas indicaciones, se dirigió al norte y enseguida se encontró en una zona que le

era desconocida.

Cuanto más se aproximaba a su destino, más insalubres se volvían las vistas y olores de la calle. Kaira ya había visto otras veces a los borrachos y gandules de la ciudad, pero con la ventaja de llevar su armadura oficial, la cual infundía respeto, naturalmente. Las multitudes siempre habían vitoreado y se habían apartado para dejar paso a las Doncellas Escuderas. Ahora no era más que otra viajera en la calle y no tenía defensa contra las miradas embobadas de la ciudadanía. Por el camino evitó las figuras sospechosas que acechaban en las esquinas o entradas. No tenía miedo de lo que pudieran hacerle, sino de lo que podría ser que tuviera que hacer ella si alguien la abordaba. ¿Cómo iba a ayudar a su misión arriesgarse a tener problemas con los Casacas Verdes cuando apenas se había alejado una legua del templo?

Sin embargo, lo que más la perturbó fueron las prostitutas que parecían estar en todas partes, vendiéndose a cambio de unos cuantos peniques. Kaira había oído hablar de estas mujeres, por supuesto, pero no se había imaginado que serían tan descaradas de ejercer su profesión abiertamente en las calles. Le daba asco. ¿Cómo se podía caer tan bajo? Seguro que podrían encontrar refugio en el templo, ¿no? Sin duda las Hijas de Arlor podían cuidar de estas mujeres y salvarlas de una vida de degradación.

Pero mientras Kaira se abría paso a empujones por entre la concentración de suciedad humana no tardó en caer en la cuenta de que resultaría imposible simplemente por la gran cantidad de aquellos seres lastimosos que había. El Templo de Otoño no podría socorrerlas a todas.

Oscurecía cuando llegó a la posada. Los faroleros estaban ocupados con los faroles que colgaban intermitentemente de sus postes de hierro. Kaira vio un letrero que colgaba sin gracia de un edificio de tres pisos y cuyo sello toscamente pintado lo anunciaba como El Poni y el Violín.

Entró bien arrebujaada en la capa como para protegerse de los habitantes del interior. Una vez dentro, se dio cuenta de que no tenía que haberse preocupado. En la penumbra iluminada por las velas distinguió a menos de media docena de parroquianos, ninguno de los cuales pareció preocupado por ella. Nada le obstruyó el paso mientras se dirigía a la barra. Tras ella, una figura delgada y grasienta se enderezó cuando estuvo cerca, como si la hubiera estado esperando.

—Vengo del Templo de Otoño —dijo en voz baja. Le dolía andar escondiéndose así, como cualquier otro rufián de las calles.

—Sí —respondió el hombre grasiento, y se dio la vuelta para coger una llave oscura de hierro que estaba colgada junto a otras en una hilera de ganchos—. Sígueme.

La hizo entrar en la barra y subieron al primer piso por un tramo de escaleras de madera que crujían. Allí aún estaba más oscuro y Kaira se quitó la capucha de la capa para ver mejor cualquier peligro que pudiera estar acechando.

El hombre abrió una puerta del fondo del pasillo con la llave y le indicó que

entrara.

—Más tarde traeré comida —dijo cuando Kaira entró en la habitación. A la luz de la vela vio una cama pequeña y una mesa de madera al lado. Por lo demás la habitación estaba vacía.

—¿Qué te debo? —preguntó mientras cogía la mochila.

—Ya está arreglado —contestó, y cerró la puerta.

Kaira se quedó unos momentos allí de pie en la penumbra y escuchó los pasos del hombre que hacían crujir las escaleras al bajar.

Entonces sólo quedó ella en la oscuridad y el silencio.

Por primera vez en la vida se sintió verdaderamente sola.

La institutriz Nordaine era una mujer realmente arisca cuya insulsez resultaba anuladora. Janessa no comprendía por qué el rey la había elegido para tomarla como empleada. No servía en absoluto para ser profesora de conocimientos o modales. La mujer vestía con tonos de gris apagado y ocultaba todo su cuerpo, desde el pañuelo que llevaba en su cabeza diminuta hasta el dobladillo deshilachado de la falda. Cómo podía enseñar estilo y comportamiento cuando carecía completamente de ambos era un misterio sobre el que Janessa y Graye habían reflexionado en más de una ocasión.

El estilo de enseñanza de la mujer también era una eterna fuente de diversión. Hablaba con una aguda voz de falsete y, cuando citaba de los textos anticuados que utilizaba, de vez en cuando afectaba un acento para imitar mejor a los antiguos teólogos, filósofos y eruditos que estaba citando. Janessa y Graye tenían dificultades para evitar reírse en voz alta cuando la mujer citaba a Pastergan, sobre todo porque el acusado ceceo de Pastergan era legendario.

Pero la mayor causa de preocupación eran los modales de Nordaine. La institutriz, una mujer pía y casta, llevaba las cosas a los extremos. A las chicas no se les permitía llevar prendas que dejaran ver nada por debajo del cuello o por encima del tobillo y definitivamente nada por encima de la muñeca. No tenían que sonreír en ningún momento, a menos que alguien importante dijera algo gracioso, y nunca tenían que pronunciar las primeras palabras de una conversación, sobre todo si dicha conversación era con un hombre. Y si alguna vez tenían que estar cerca de un miembro del sexo opuesto, debían estar acompañadas en todo momento por la propia institutriz o por alguien que ella aprobara... y que normalmente era Odaka Du'ur.

Esta excesiva moralidad había llevado a las chicas a elaborar sus propias teorías sobre las circunstancias de la institutriz Nordaine y las razones de sus rígidos principios. Janessa había propuesto que un padre excesivamente protector debía de haberla tenido atada hasta su trigésimo invierno, mientras que Graye, como siempre, ideó un pasado mucho más exótico: Nordaine había sido una ramera promiscua dada a las noches de abandono salvaje con marineros extranjeros, hasta que vio el error de sus costumbres. Luego, avergonzada, había decidido que era mejor enseñar historia a chicas jóvenes. Las dos se habían reído de eso largamente y con ganas.

Sin embargo, hoy la institutriz Nordaine demostró cierta flexibilidad en sus severas normas permitiéndoles, aun a riesgo de distracción, que tomaran las lecciones en el porche que daba al extremo norte de los jardines. Era una mañana cálida para la época del año y las tres se sentaron bajo el sol radiante, con los pájaros que cantaban sus últimas melodías antes de emprender el vuelo invernal. Aunque Nordaine había insistido en que llevaran puesto el chal, no fueran a resfriarse, y Janessa había accedido de mala gana.

La pequeña concesión de Nordaine no implicaba que las clases fueran más atractivas, y durante el transcurso de la mañana Janessa se había sorprendido

durmiéndose, mirando fijamente al vacío, deseando poder ser libre como los pájaros que gorjeaban y jugueteaban por allí.

Era mejor que pensar en la alternativa: que pronto tendría que elegir marido, uno que gobernara los Estados Libres a su lado y a quien tendría que dar hijos para que la línea de reyes y reinas pudiera continuar. Era una idea que la indignaba y la enojaba al mismo tiempo, aunque le hubieran dejado decidir con quién casarse. Estaba claro que si no quería a ninguno de los aspirantes a pretendiente no podía decirse que fuera una verdadera elección.

Janessa se contuvo. No debía pensar en esas cosas. No debía culpar de su aprieto a todo el que la rodeaba. Era fuerte y sobreviviría. De modo que desvió sus pensamientos a otras cosas: a aquellos pájaros cantores, al sol que brillaba en las primeras hojas que caían. Fue su falta de atención al monólogo incesante de Nordaine lo que le permitió darse cuenta del mensajero que cruzaba los jardines. Se movía con cierta urgencia e incluso desde la distancia vio que llevaba la ropa manchada del viaje y la cara cubierta de la suciedad del camino, como si hubiera cabalgado varios días. Lo acompañaba uno de los centinelas de Skyhelm, que se esforzaba por seguirle el paso. Cuando Janessa vio que Odaka avanzaba para recibir al mensajero, ya no pudo contenerse más.

Hizo caso omiso de las llamadas de su institutriz y se apresuró por los jardines hacia los hombres que intercambiaban unas palabras rápidas. Tenía el estómago revuelto y una creciente sensación de miedo se abría paso desde su vientre mientras especulaba sobre las noticias que había traído el mensajero.

¿Serían sobre su padre? ¿Lo habían matado en combate? ¿Acaso los khurtas habían aplastado a los ejércitos de los Estados Libres y en aquel mismo momento iban desbocados por las provincias?

Cuando Janessa cruzó el jardín, Odaka y el mensajero estaban finalizando su conversación.

—¿Qué ocurre? —inquirió la princesa, que no estaba de humor para ceremonias.

Odaka se volvió al oírla y la miró primero con sorpresa, luego con expresión pensativa.

—¡Cuéntamelo! Exijo saberlo. ¿El mensaje es de mi padre?

—Lo lamento, regente —dijo Nordaine que llegó detrás de ella sin aliento tras una torpe persecución por los jardines.

Odaka siguió observando a Janessa con curiosidad, como si la estuviera tanteando. Ella ya había visto aquella expresión muchas veces y nunca estaba segura de lo que él pensaba. Pero ahora era evidente que meditaba si era lo bastante madura como para confiarle estas últimas noticias.

—Acompañadme, jovencita —dijo Nordaine—. Sean cuales sean las noticias que han llegado, no es necesario que os preocupéis por ello. Es un asunto para el regente y para el consejo de vuestro padre.

—No —replicó Janessa, y se encogió de hombros para zafarse de la mano de su

institutriz—. Si algún día tengo que ser reina, debo familiarizarme con los asuntos de Estado. ¿Y qué mejor momento que ahora que nuestras tierras están amenazadas? Odaka, ¿qué dice el mensaje?

El hombre apartó la mirada del pergamino y la dirigió a Janessa.

—Voy a discutir este mensaje con todos los miembros del consejo que aún siguen en la ciudad. Nos reunimos en breve en la cámara de guerra. Reuníos allí con nosotros, majestad. —Inclinó la cabeza con reverencia y se retiró.

Janessa se volvió a mirar a la institutriz Nordaine, que ahora tenía el rostro bastante colorado.

—Esto será todo por hoy, institutriz —dijo. Por primera vez intentó mostrarse autoritaria al estilo de su padre. Pareció efectivo, puesto que la mujer bajó la mirada y retrocedió.

Tras ella estaba Graye, mirando con un esbozo de sonrisa. ¡Cómo le hubiese gustado a Janessa tomarla de la mano y huir tal como habían planeado tantas noches atrás!, pero su vida había cambiado. Ya no era simplemente una chiquilla. Tenía serias responsabilidades; formaba parte del consejo de su padre.

Necesitaba tiempo para vestirse de manera apropiada antes de presentarse al consejo y eligió un sencillo vestido marrón con pocos adornos. Parecía apropiado para una ocasión tan sobria. En consecuencia, cuando llegó a la cámara de guerra, el resto del consejo ya estaba reunido.

Janessa ya había estado en la cámara de guerra muchas veces, pero aquel día parecía distinta. Había banderas y trofeos de centenares de batallas, algunos de los cuales había ganado su padre. Cuando de niña jugaba a los pies de su padre, no se había fijado mucho en ellos, pero ahora parecían ponerse de manifiesto con claridad, como si gritaran su historia y le recalcaran su orgulloso legado.

Tres banderines hechos jirones de los antiguos Reyes de la Espada ocupaban un puesto de honor en la pared del norte, flanqueados por hachas y lanzas que había ganado el duque de Valdor en las guerras fronterizas con Golgartha. La corona negra de hierro del Rey Loco Xekotak, capturada en las antiguas Guerras del Dragón de los Kaer’Vahari, se hallaba sobre un pedestal al este, y al oeste estaba el espantoso cráneo torcido de Groë Magnon, el señor bandido de las Islas de Sangre.

Había muchísimos objetos más, tanto antiguos como nuevos, pero Janessa no tenía tiempo de contemplarlos mientras caminaba hacia la mesa de roble y hierro que ocupaba el centro de la cámara. Odaka Du’ur estaba sentado a la cabecera con la expresión más severa y resoluta que la princesa le había visto nunca. A su derecha estaba el capitán Garret de los Centinelas. Janessa lo conocía desde siempre y era un elemento constante de palacio; siempre estaba allí, velando por ella vigilantemente desde las sombras. Los años habían teñido de gris su barba castaña y había vuelto sus ojos sonrientes más preocupados y oscuros. Ella confiaba en Garret más que en ningún otro hombre y la consoló saber que estaba allí.

A la izquierda de Odaka estaba sentado el canciller Durket, que cuando ella entró

ya tenía una sonrisa en su cara de cerdo. Durket también había sido un elemento en su vida, igual que Garret, pero nunca tan grato.

Y eso era todo lo que quedaba del Consejo del Rey. Había otros asientos en torno a la mesa negra de roble, once en total: uno para el rey, dos para sus generales de infantería y caballería, dos para los señores gobernadores de las ciudades-Estado, cinco para los nobles de las provincias y uno para el maestro de los custodios. Ahora estos asientos estaban vacíos, los hombres cuyos lugares representaban se habían marchado al norte para acabar con los khurtas.

Había otros hombres de importancia que servían al rey, por supuesto, entre ellos el senescal de los inquisidores y el alto condestable de los Casacas Verdes, pero ellos eran hombres de Steelhaven, eran hombres sólo de la ciudad y no estaban al tanto de las maquinaciones de los Estados Libres o no eran lo bastante dignos de un asiento en la mesa del consejo.

Los tres miembros del consejo que quedaban se pusieron de pie cuando Janessa avanzó hacia ellos. Se detuvo frente a la silla situada enfrente de Odaka. La que estaba reservada para su padre.

—Por favor, sentaos, majestad, y empezaremos —dijo el regente.

Janessa se hundió en la ornamentada silla de su padre con una serenidad sorprendente. Los tres hombres aguardaron a que tomara asiento antes de ocupar sus lugares y Odaka se dispuso a declarar iniciada la reunión. Ella no pudo contenerse más.

—¿Cómo está mi padre? —preguntó.

Todas las miradas se volvieron hacia ella. Durket con expresión molesta por la interrupción del protocolo y Garret con comprensión.

—Vive, majestad —respondió Odaka, que no se alteró por su interrupción—. El mensajero que vino del frente trajo sus propias palabras.

Janessa le dio las gracias con una inclinación de la cabeza, sintiéndose un poco tonta ahora. Si iba a participar en las reuniones del consejo de guerra, debía controlar mejor sus impulsos.

—Sin embargo, las noticias del norte no son buenas. Las palabras del rey dan que pensar. Dredun está ardiendo, su capital destrozada y sus habitantes han huido.

Durket levantó la mirada casi con inquietud.

—Pero ¿cómo? Los khurtas son salvajes. No son unos sitiadores. ¿Cómo pueden haber arrasado Touran?

—La capital de Dredun es una ciudad fronteriza —explicó Garret— y Touran no es una fortaleza. Es posible que los khurtas pudieran haberla tomado, pero mi pregunta es: ¿cómo lo hicieron con tanta rapidez? Está claro que su caudillo elharim ha enseñado bien a los khurtas. Es imposible que esos salvajes pudieran haber llevado a cabo un ataque tan audaz sin el consejo de un táctico experto.

—Lo lograran como lo lograran —terció Odaka—, queda el hecho de que ahora tienen el camino despejado a Coppergate. El rey ha hecho todo lo posible para

intentar negociar con Amon Tugha, pero parece que sus súplicas han sido rechazadas. De momento el príncipe elharim se contenta con dejar que su horda viole y saquee nuestra provincia más septentrional, pero inevitablemente se dirigirán al sur.

—Tal vez no lo hagan —dijo Durket, que se aferraba desesperadamente a la más mínima esperanza—. Coppergate es un bastión en el norte. No caerá fácilmente. Amon Tugha debe de estar loco para intentar capturarlo.

—Puede que no se llegue a eso. —Odaka miró a Janessa, como si pensara que la joven no querría oír lo que iba a decir a continuación—. El rey Cael tiene intención de hacer frente a la horda de los khurtas en el campo antes de que lleguen a Coppergate. Los aplastará en el valle de Kelbur Fenn y los mandará de vuelta a sus llanuras inhóspitas.

—Pero eso sería una locura —intervino Garret, que expresó con palabras lo mismo que pensaba Janessa—. ¿Por qué renunciar a una posición defendible para enfrentarse al enemigo en campo abierto? Coppergate es casi tan inexpugnable como Steelhaven.

—El rey tiene veinte mil soldados de infantería que estarían bien situados para defender la ciudad, pero sus cinco mil soldados de caballería son inútiles tras las defensas de Coppergate. No me ha explicado sus planes, pero sólo puedo imaginar que tiene intención de acabar con los khurtas con su caballería en el paso estrecho. El enemigo sólo podrá acercarse en fila y ni siquiera esa horda podría resistir contra los Caballeros de la Sangre. Es el único plan viable.

—Pero ¿y si fracasa? —Janessa percibió la alarma en la voz de Durket. Casi le dio asco. El hombre se encontraba a leguas de distancia del frente, del peligro al que su padre se enfrentaba, y sin embargo temblaba de miedo.

—Eso ya no está en nuestras manos —contestó Odaka—. Nuestro principal problema es que miles de refugiados de Dredun vienen de camino en busca de nuestra acogida.

—Pero ¿y por qué no van a Ironhold? ¿O a Braega? —dijo Durket—. Seguro que pueden acoger a algunos de ellos.

—Ya lo han hecho, pero la gente huye de Dredun en grandes cantidades. La horda de los khurtas ha sembrado el terror por toda la provincia. Sencillamente no hay suficientes ciudades lo bastante seguras para acoger a todos los desplazados, así pues, inevitablemente, se dirigen hacia aquí.

—Pues los acogeremos.

Fue lo primero que Janessa sintió que podía comentar. Silenció a los tres hombres.

—Majestad —le dijo Durket con una sonrisa condescendiente—, simplemente no tenemos espacio. Steelhaven es un centro de comercio para las provincias y el extranjero. Sus calles ya rebosan de personas descarriadas y niños abandonados. No tenemos mucho espacio para visitas, por no hablar de miles de refugiados que apenas llevan su ropa a la espalda. ¿Cómo los alimentaremos? ¿Dónde los alojaremos?

—Encontraremos la manera —respondió ella, aunque reconoció para sus adentros que no tenía ni idea de dónde podría acomodar a centenares de familias hambrientas.

—Todo eso está muy bien, majestad, pero los detalles son importantes. Los recursos son escasos con la guerra en el norte. La gente ya está asustada y muerta de miedo. Habrá disturbios en las calles. Hambre...

—Pues comeremos menos, canciller. —Había alzado la voz sin pensarlo, se había olvidado del decoro, pero la obstinación de Durket fue demasiado y la mención del hambre había sido lo máximo que le podía tolerar.

—El canciller dice la verdad, majestad —dijo Odaka. A Janessa se le cayó el alma a los pies. Si alguien iba a apoyarla en eso, esperaba que fuera Odaka—. Nuestros recursos son sumamente escasos. Tenemos que buscar una alternativa.

—¿Y qué hay de nuestros lazos comerciales con otras naciones? ¿Qué hay de Dravhistan? ¿De Han-Shar? ¿De Kajrapur? Seguro que pueden ayudarnos, ¿no?

—Tenéis razón, majestad; han sido socios comerciales durante muchos años. Pero no van a ofrecernos caridad. En este asunto tenemos que arreglárnoslas solos. Dar refugio y comida a tantos refugiados es algo que mal nos podemos permitir.

Las palabras de Odaka parecían inapelables. Estaba claro que no iban a recibir ayuda del extranjero.

¿Qué ocurriría si su padre fracasaba y los khurtas corrían sin control por los Estados Libres? ¿Qué ocurriría, que los dioses tuvieran misericordia, si al final encontraban la forma de penetrar en las murallas de la ciudad? A menos que Steelhaven abriera sus puertas para dejar entrar a los refugiados, éstos acabarían masacrados, hasta el último niño inocente.

—No —dijo Janessa pensando con rapidez. No podía permitir que el consejo tomara esta decisión por encima de ella. Tenía que haber una solución—. ¿Y qué me decís de la Ciudad Vieja? Podríamos alojarlos allí. Y si empezamos a racionar la comida ahora, podríamos hacer que duraran las reservas hasta que los khurtas sean expulsados de nuestras fronteras.

Durket abrió la boca para hablar, obviamente para poner alguna objeción, pero no se le ocurrió ninguna.

—¿Garret? —preguntó Odaka.

Janessa miró al capitán y vio su rostro atormentado por las dudas. ¿Acaso se había equivocado al suponer que él, de entre todos, podría haber estado de acuerdo con ella?

—Habrá problemas —afirmó con expresión grave y las manos entrelazadas bajo la barbilla—. Con tantas caras nuevas, los Casacas Verdes tendrán dificultades para mantener la seguridad en la ciudad, incluso si ponemos a los refugiados en la Ciudad Vieja. Y en cualquier caso, está en ruinas en su mayor parte, ruinas viejas, un refugio para los delincuentes que huyen de la ciudad propiamente dicha.

—Entonces tenemos que limpiarla —dijo Janessa. Todos los argumentos que recibía en contra la estaban volviendo más resuelta. No iba a permitir una negativa—.

Tenemos que hacerla habitable. Hay que guardar la comida, requisarla si es necesario. Y la Ciudad Vieja debe convertirse en un lugar seguro.

Durket se disponía a hablar, pero Odaka lo interrumpió.

—Si éste es vuestro deseo, majestad, así se hará.

Y eso fue todo. No hubo más discusión. Las palabras que Odaka pronunció a continuación demostraron que sus deseos se llevarían a cabo, a pesar de lo que pensarán los demás.

—Capitán Garret, vos informaréis al alto condestable de que hay que limpiar la Ciudad Vieja y hacer espacio para los refugiados. Durket, vos impondréis un estipendio a todas las granjas e industrias pesqueras y conseguid también algunos lugares en el barrio de los Almacenes para guardar el grano. —Ambos asintieron, aunque Durket puso la misma cara que si estuviera intentando tragarse una avispa—. Esto es todo por ahora. A menos que antes recibamos más noticias, volveremos a reunirnos dentro de cuatro días para ver qué progresos hemos hecho.

Janessa se levantó, al igual que hicieron los otros tres miembros del consejo, y Garret y Durket abandonaron la habitación. Odaka se la quedó mirando desde el otro lado de la mesa. ¿Había retomado la mirada contemplativa de siempre, tanteándola, buscando debilidad?

—Ya tenéis lo que queríais. Pero ¿qué habéis aprendido? —le preguntó.

Era una pregunta curiosa y Janessa no supo reconocer si el regente estaba molesto u orgulloso. ¿Y qué había aprendido? ¿Qué tenía un poder que no había conocido antes? ¿Que Durket era un borrachín miserable?

—No sé a qué te refieres.

Odaka frunció el ceño y Janessa tuvo la sensación de que lo había decepcionado una vez más.

—Habéis aprendido que por cada decisión que toméis habrá consecuencias. Que como futura reina de este reino debéis sopesar todos los resultados, considerar todas las opciones. Por cada refugiado que no se muera de hambre porque hemos requisado el grano habrá dos niños hambrientos en el este. ¿Quién puede estar seguro de que su padre no pueda acabar desesperado y pueda robarle el ternero a su vecino para alimentarlos? ¿Quién puede estar seguro de que el vecino no podría perseguirlo, porque su familia también pasa hambre, y matar a ese hombre por su delito?

—No pensé...

—Pues debéis empezar a hacerlo —dijo Odaka, que no hizo ningún intento de disimular su furia.

—Si no estabas de acuerdo conmigo, ¿por qué no lo dijiste? ¿Por qué accediste a mi petición?

Él la miró profundamente a los ojos y su ira se desvaneció.

—Algún día seréis mi reina —respondió con una reverencia—. Y yo vivo para obedecer.

Dicho esto, abandonó la cámara de guerra y dejó a Janessa entre las chucherías y

trofeos de reyes que habían muerto mucho tiempo atrás.

¿Habían pasado tres días? Por la cantidad de vómito que tenía en la camisa, probablemente sí. Tres días desde que se había encontrado con Bolo y le habían ofrecido esas chicas lastimosas. Él las había rechazado, por supuesto. ¿Qué otra cosa podía hacer? Al fin y al cabo no era un animal.

¿O sí?

Pues claro que era un jodido animal, de lo contrario ¿por qué estaría haciendo esto para empezar? Y puede que no se hubiera saciado con esas chicas, pero eso no le había impedido ir corriendo directo al prostíbulo de Verdant Street y saciarse allí.

Merrick apenas recordaba las dos últimas noches de borrachera y putaño. Pensó mirar el monedero, pero sabía que estaría vacío.

Y eso era un problema. Le habían dado un monedero lleno, le habían dicho que hiciera lo que tenía que hacer. Estaba casi seguro de que eso significaba pagar a la Guardia Portuaria y a los Casacas Verdes que pudieran estar de patrulla por los muelles en lugar de despilfarrarlo en putas y vino. Aunque, francamente, las putas y el vino nunca eran un despilfarro.

Se incorporó, bajó la mirada a sus piernas desnudas y a su pene flácido, pequeño y regordete, inútil bajo el borde de la camisa, y la cabeza empezó a darle vueltas. Lo invadió una oleada de náusea y volvió a tumbarse hundiendo la cabeza en la almohada de plumas de ganso. Hubiera estado bien quedarse allí tumbado para siempre. Olvidarse del mundo exterior, olvidarse de las deudas contraídas, olvidarse del trabajo que tenía que hacer. Olvidarse de Bastian, de Friedrik, de Shanka y de Bolo, el jodido traficante de esclavos.

Pero ellos no se olvidarían de él.

Se obligó a incorporarse conteniendo la sensación de mareo, tragando bilis. Poco a poco la habitación dejó de dar vueltas y Merrick deslizó las piernas por el borde de la cama. ¿Y de quién era esta habitación? ¿De Lilleth? ¿De Meagan? No es que importara, al cabo del tiempo todas las habitaciones de las putas parecían iguales.

Se puso los calzones y manejó con torpeza el cinturón de la espada hasta que al fin logró abrocharse la hebilla. No había ningún cuenco con agua para lavarse, ni siquiera un vaso medio vacío de vino para humedecerse la garganta reseca, pero, claro, así eran las cosas en los burdeles: todo eran sonrisas al llegar y ni siquiera un educado «Vete al carajo» al salir.

Bajó las escaleras a trompicones haciendo caso omiso de los cuerpos que había tendidos boca abajo por allí, intentando evitar mirar a los otros clientes que procuraban marcharse sin mirarlo a él. No es que Merrick compartiera su vergüenza. Ya había estado allí demasiado a menudo como para que siguiera remordiéndole. Últimamente ya nada le remordía mucho, y muy probablemente ése fuera el motivo de que Bastian y Friedrik lo hubieran elegido para este trabajo.

Hacía frío en la calle, que estaba muy concurrida para ser tan temprano. Alguien

vendía fruta con mucho alboroto en un puesto maloliente justo a las puertas del burdel, pero Merrick no tenía dinero para comida. Además, si no llegaba pronto a ver a Palien, el hambre sería la menor de sus preocupaciones.

Tropezó más de una vez, aún notaba los efectos secundarios de su juerga. No es que hubiese sido muy divertida; echó un par de polvos borrachos y pasó el resto del tiempo tumbado y sumido en un estupor. De todos modos, al menos había servido para matar un par de días, para adormecer la sensación de terror que lo embargaba. Esa clase de servicio no podía valorarse en oro o plata.

De un modo u otro consiguió llegar a los suburbios de Northgate sin ningún percance. Era como si la escoria y los salteadores supieran que venía y que tenían que mantenerse alejados.

El Gremio poseía un centenar de casas seguras por toda la ciudad y Merrick Ryder tenía el privilegio de conocer unas cuantas. Aunque aquélla en la que tenía que reunirse con Palien no era de las mejores, ni mucho menos. Se encontraba en la esquina de una calle y tenía tres pisos de altura. Merrick no tenía ni idea de hasta qué punto se adentraba en la mierda y las alcantarillas de abajo y no tenía un gran deseo de averiguarlo.

Antes de que pudiera llamar siquiera, la puerta se abrió con un crujido y una figura grande miró afuera. Merrick lo reconoció; era uno de los brutos que lo habían rescatado fuera de la capilla abandonada. A Merrick siempre se le habían dado bien las caras, sobre todo las que lo salvaban de ser apuñalado y luego arrastrado por media ciudad cogido del cogote.

El hombre no dijo nada, sólo abrió la puerta y con un movimiento de la cabeza le indicó a Merrick que entrara.

Dentro estaba oscuro, lo suficiente para que pudiera haber alguien acechando a la espera con un cuchillo en la mano, pero Merrick ya había hecho todo esto en la guarida de Bolo; ya había hecho frente a la oscuridad... y seguía con vida. Además, si el Gremio lo quisiera muerto, ya estaría tirado en la calle con la cabeza partida o flotando por el Storway con la garganta abierta, de manera que no había nada que temer. Eso esperaba.

En la penumbra distinguió una habitación diminuta iluminada por la luz de una vela que invitaba a entrar. Pero en la entrada, al ver a Palien, su confianza se llevó un duro golpe en las tripas.

Alto, ágil y atlético, con el pelo y el bigote encerados y peinados, sin un solo cabello fuera de lugar, como siempre. Merrick ya se había encontrado con él unas cuantas veces, se había visto arrastrado por su encanto y su aspecto, lo cual era extraño porque por regla general era él el que encandilaba. Su experiencia pasada también le había enseñado lo peligroso que era Palien y explicaba por qué no tenía ningunas ganas de aquello.

—¿Dónde coño has estado estos tres últimos días? —le preguntó Palien en cuanto entró.

—Estuve haciendo lo que se me dijo. Organizando la transacción de la mercancía sin problemas. —No estaría bien explicar que había estado gastando las últimas monedas del Gremio en vino barato y putas.

—¿Así que no estabas echando un polvo en Verdant Street? —Palien enarcó una ceja, que se elevó una pulgada más que la otra.

—Bueno...

—La verdad es que me importa una mierda lo que estuvieras haciendo, Ryder. Lo que sí me importa es si te reuniste con Bolo y cerraste el acuerdo. Y llevo esperando aquí tres jodidos días para averiguarlo.

—Me entretuvieron un poco.

—¡Me importa un carajo! —La voz de Palien casi llegó al techo. Al oír su grito, el bruto que estaba junto a Merrick dio un paso atrás arrastrando los pies, como si el comentario hubiera ido dirigido a él.

Merrick notó que se le aceleraba el corazón. Era el momento de tranquilizar a Palien, quizá.

—Todo va bien con Bolo. Terminé el trato. Nos tomamos unas copas para celebrarlo. —«Y yo vomité en la calle»—. Intentó cambiar el precio, pero le dejé claro que con nosotros no se juega, que contigo no se juega. Ya tiene un poco de mercancía. —«Y parecía estar en condiciones lamentables»—. Le dije que no habría problema en conseguir más.

Mientras Merrick hablaba, la ceja enarcada de Palien fue descendiendo poco a poco hasta que quedó al mismo nivel que su compañera.

—No habrá problema en conseguir más —confirmó Palien—. ¿Qué has hecho para arreglar las cosas en el muelle? ¿Se han pagado los sobornos o has derrochado todo ese dinero?

—Todo va estupendamente. —«Más o menos»—. Pero, de hecho, el dinero que me diste para este tema puede que no lo cubra. —«Porque, en efecto, lo he derrochado todo».

Palien se limitó a mirarlo fijamente sin dar muestras de que lo hubiera oído siquiera.

Merrick ya había estado otras veces en esta situación, mirando a la cara a los hijos de puta. Normalmente lograba salir huyendo o solucionar las cosas hablando, pero ahora mismo no había hacia dónde correr ni se le ocurría ninguna excusa, de modo que se limitó a devolverle la mirada. Palien estaba esperando que se viniera abajo, que admitiera que aún tenía el dinero o que se lo había gastado. La cuestión era que no lo tenía, y si le decía que el dinero había volado, la situación se volvería desagradable.

Y lo cierto es que Merrick quería evitar las situaciones desagradables.

A pesar del frío que hacía en la habitación se le formó una gota de sudor en la nuca que le bajó por la espalda. Se sobresaltó al oír un portazo por detrás de él y oyó con alivio el sonido amortiguado de unas voces mientras que Palien volvió su

atención hacia la entrada.

Entró otro de los secuaces con expresión avergonzada, como si temiera por su vida por interrumpir. Junto a él había otra figura, no tan alta como aquel matón, pero mucho más impresionante.

Era extranjero, del este. Muy probablemente era de Dravhistan, llevaba una ropa confeccionada con brillantes sedas y el pelo cubierto por el tocado que solían llevar en los Reinos del Este. Un fajín ceñía su generosa cintura y por encima del hombro llevaba una ornamentada bolsa que Merrick se fijó que aferraba contra el costado en actitud protectora.

—Esto... está aquí —dijo el secuaz.

Palien empezó a enarcar la ceja otra vez.

—Sí, gracias. Ya lo veo, joder.

Volvió su atención de nuevo a Merrick al tiempo que extendía la mano tras él y por un segundo el pánico hizo mella en Merrick. Pensó en empuñar la espada, pero eso sería la mayor tontería que podía hacer. Si Palien había alargado la mano con intención de asir una espada, matarlo no resolvería nada.

Por suerte no fue así. Agarró un monedero y se lo tiró.

—Mejor será que lo hagas durar —le advirtió—. Si necesitas más, te aconsejo que vendas algo, y mirándote bien no es probable que saques mucho dinero por tu culo.

—Por supuesto. Esto bastará.

—Pues lárgate. Como puedes ver tengo un invitado.

Merrick no esperó. Saludó con la cabeza a los tres hombres (el extranjero fue el único que se dignó a devolverle el saludo) y se marchó tan aprisa como pudo.

Una vez fuera en la calle, empezó a sentirse mejor, se le estaba pasando la resaca. Una jarra de cerveza y un poco de carne no identificable de un vendedor callejero le llenó el vacío del estómago y sació su sed. No obstante, sabía que tenía que terminar una tarea y esto le provocaba un dolor de tripa que no se mitigaría por mucho pastel de carne que pudiera comer.

Tenía el dinero en el monedero y había que pagar sobornos. Lo mejor para su salud era que efectuara el pago antes de que la tentación de gastárselo todo en putas baratas y vino más barato aún se hiciera irresistible, y su primera parada sería la más dura.

El cuartel de los Centinelas se hallaba en el lado este de Skyhelm. El rostro de Merrick era lo bastante conocido como para permitirle la entrada en el barrio de la Corona; al fin y al cabo, ése era el motivo por el que el Gremio lo había contratado para empezar.

Lo acompañaron al edificio del cuartel. Por la hora que era, el toque de diana ya había terminado y en el centro del patio de entrenamiento pavimentado estaba el hombre al que había ido a ver.

El capitán Garret estaba sentado frente a una mesa pequeña en una silla

igualmente pequeña. Casi resultaba gracioso ver sus largas piernas y su torso corpulento en aquel asiento de aspecto frágil. O habría resultado gracioso si Merrick no hubiese estado allí con un propósito tan desagradable. Tenía que tantear a Garret, ver si el capitán era tan incorruptible como daba a entender. No sería necesario que el viejo supiera exactamente qué tramaba Merrick, pero si podía convencerlo para que hiciera la vista gorda aquí o allá, eso lo ayudaría enormemente.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Merrick mientras cruzaba tranquilamente el patio de instrucción adoptando su sonrisa relajada.

Garret levantó la vista de su pan con jamón y le devolvió la sonrisa.

—Demasiado. —Se levantó y tendió la mano a Merrick, que se alegró de estrechársela—. Siéntate —dijo señalándole la silla que había frente a la suya—. ¿Tienes hambre? Hay de sobras para los dos.

—Sólo un té, si es que sigues siendo adicto a esa variedad de Han-Shar que te empeñas en preparar.

Garret sonrió ampliamente, se sentó y le sirvió una taza a Merrick de la tetera que había en el centro de la mesa.

—Lo siento, no tengo vino. Sé que tienes debilidad por esa porquería de Braega.

—De momento me basta con el té.

—¡Ja! ¿Una noche dura? Tú no cambias, ¿eh, muchacho?

«No tienes ni idea, Garret».

—Ya me conoces. Pero ¿qué me dices de ti? Después de todos estos años sigues aquí; es como si disfrutaras haciendo el papel de vigilante del palacio real.

La sonrisa de Garret perdió el humor.

—Es un deber. Uno del que estoy orgulloso. Claro que no espero que tú lo entiendas.

—Lo entiendo perfectamente. Pero no me pidas que me una.

Garret sonrió con suficiencia al oírlo y los dos hombres hicieron una pausa para sorber de sus tazas. Estaban hechas de porcelana, importadas del este, y las dos tenían un pájaro exótico pintado de azul a un lado, un refinamiento que parecía bastante ridículo en la mano grande y peluda de Garret.

—Bueno, dime, ¿qué tal estás? —preguntó el capitán al tiempo que se reclinaba en su silla—. Porque tienes un aspecto horrible.

—Gracias. Es la moda en Northgate. —Merrick se tocó las solapas de la camisa mugrienta—. Y tú eres el menos apropiado para hacer comentarios sobre la ropa. Ese uniforme es más viejo que yo.

—Me ha dado muy buen servicio y estoy orgulloso de él. Tan orgulloso como cuando lo llevaba junto a tu padre. —La mera mención de su padre hizo que de pronto el sabor dulce del té se le agriara en la boca. Garret sabía que sus palabras habían sido poco delicadas—. Lo siento, muchacho. Sé lo que sientes hacia él, pero soy un viejo soldado y serví con tu padre un montón de años. Lo que ocurrió fue una pena.

—¿Fue una pena? Nos abandonó. Nos dejó sin nada. Desapareció sin decir ni una maldita palabra y no volvimos a verlo jamás. —Merrick era consciente de que no había venido para quejarse de sus problemas, pero oír hablar del cabrón de su padre le cabreaba.

—Esto no es justo, muchacho, y tú lo sabes. En realidad nadie sabe lo que le ocurrió, y a tu madre y a ti os dejó suficiente dinero. Hice todo lo posible por cuidar de ti. Fue una verdadera pena la forma en que acabaron las cosas.

«¿Una verdadera pena?». Era una forma de verlo. Después de que su madre muriera del Dulce Cáncer, Merrick se había quedado con una fortuna. Había tardado menos de dos años en malgastarla y jugársela.

Pero lo que había perdido en riquezas incalculables lo había ganado en amigos del Gremio, de manera que al final la cosa resultó en una agradable transacción. Los amigos psicóticos que te cortarían las pelotas antes que mirarte eran con mucho los de la mejor clase.

—Bueno, ya basta del pasado —dijo Merrick, ansioso por volver al grano—. ¿Cómo estás? Ahora mismo las cosas deben de ser difíciles. No envidio tu suerte.

Garret se puso serio de pronto.

—No tienes ni idea, muchacho. Las noticias del norte no son buenas. Pronto habrá una batalla, una carnicería que no hemos visto desde Bakhaus Gate. —Merrick había oído las historias, aunque en aquel entonces no era más que un niño. Garret nunca haría una comparación semejante a la ligera—. El futuro de todos los Estados Libres pende de un hilo y aquí se están tramando cosas muy malas. Los Casacas Verdes dicen que un mago errante anda suelto. Los magistrados dicen que no hay nada de lo que preocuparse, pero esos cabrones furtivos dicen dos mentiras por cada verdad. Y la semana pasada la Inquisición perdió a un teniente, el joven Petraeus y dos Caballeros de la Sangre hechos pedazos por diversión en un callejón. Salieron para arrestar a algún espía, pero no volvieron. Petraeus era un magnífico esgrimista y sus dos caballeros eran veteranos de las campañas. No hubieran caído con facilidad, pero no había ni rastro de nadie más. Petraeus ni siquiera tuvo oportunidad de desenvainar la espada. Está claro que tenemos a un asesino peligroso extranjero que anda suelto, además de a otro conjurador homicida.

—Quizá sea la misma persona —dijo Merrick, aunque en realidad no estaba interesado en los problemas de Garret.

—Sí, tal vez. Pero ni siquiera estamos cerca de atraparlo, sea quien sea. Sencillamente no disponemos de hombres. Los mejores están en el norte y aún pende de un hilo si volverán o no. Cada día llega más gente a la ciudad, algunos de Dredun huyendo de sus casas incendiadas, otros que sólo tienen miedo de una invasión y de lo que pueda acarrear. Y si el rey Cael pierde... —Garret tomó otro sorbo de la taza. Sin duda ya había dicho suficiente y no quería contemplar las consecuencias en caso de que el rey no lograra contener la oleada de los khurtas.

De pronto Merrick empezó a sentirse incómodo. Había acudido allí a tantear a

Garret para un soborno, para ver si este hombre orgulloso al que conocía desde niño aceptaría dinero para permitirle comerciar con esclavos.

Era evidente que nunca haría tal cosa.

—Está claro que tienes muchas cosas que hacer, viejo amigo, de modo que me marcharé. Gracias por el té.

Tenía que irse, tenía que salir de aquel lugar. Había sido un error estúpido. Garret le recordaba demasiado un pasado que había dejado atrás, un pasado que había perdido en el juego y que nunca volvería.

Antes de que pudiera marcharse, el capitán apoyó una mano en él y le sonrió.

—¿Qué pasa, muchacho? No me dirás que apareciste aquí de repente para nada. Si hay un problema, puedes contármelo. Prometí a tus padres...

—Ya lo sé —dijo Merrick, que de repente sintió pánico. No se merecía esto. Si Garret supiera lo que se traía entre manos, no solamente se enfurecería, sino que además estaría profundamente avergonzado—. No tienes que sentirte como si me debieras algo. Ha llovido mucho desde entonces. Ya no soy un niño.

El viejo soldado se rió.

—Eso ya lo sé, muchacho. Así que, si alguna vez tienes dificultades, puedes acudir a mí. Si alguna vez necesitas ayuda, o un trabajo, yo estaré aquí. Hay sitio para ti en los Centinelas. Siempre nos vendría bien un hombre de tu talento.

«¡Su puto talento! ¿Por qué todo el mundo estaba siempre interesado en su talento? ¿Por qué nadie lo quería por el simple placer de su compañía?».

—Gracias por la oferta. —Merrick se puso de pie, desesperado por marcharse, aunque consiguió no salir de allí como si el lugar estuviera en llamas—. Pero ya tengo trabajo.

¿Acaso no era verdad? Un trabajo con el que podría acabar muerto en cualquier momento.

Se despidieron saludándose con la cabeza sin decir nada más, sin largos tópicos ni abrazos calurosos.

Merrick volvió a encontrarse en la calle con la respiración agitada, la cabeza dándole vueltas y la sensación de náusea otra vez en el estómago.

Menuda idea estúpida de mierda. Había sido un idiota al ir allí, pensando que podía influir en el viejo Garret y hacer que traicionara a su ciudad y a su rey. Si antes Merrick Ryder nunca se había considerado un hijo de puta traidor, pues ahora era el momento de empezar.

Estaba claro que era hora de tomar otra copa.

Cuando lo dejaban solo con sus pensamientos era peor. Aquella cara parecía perseguirlo, se mofaba de él en sus sueños nocturnos y se sentaba tras él durante el día, justo allí donde no la veía.

La Liber Conflagrantia era enorme, pero a Waylian le parecía un ataúd en el que estaba atrapado, atrapado con un cadáver que lo miraba fijamente con ojos vidriosos, reprobador, vengativo, pidiendo a gritos una justicia que él nunca podría proporcionar.

Últimamente la magistrada Gelredida había centrado toda su atención en la caza y captura del asesino que andaba suelto por la ciudad, tanto era así que las clases de Waylian eran pocas y breves. Sí que le dedicaba el tiempo de asignarle una tarea todos los días, cada una de las cuales le exigía pasarse horas interminables en la Gran Biblioteca. Apenas tenía tiempo para ninguna otra cosa, y como consecuencia de ello, se estaba volviendo cada vez más solitario, lo último que necesitaba ahora mismo.

Cada vez que intentaba concentrarse en sus estudios, lo único que veía en el tomo polvoriento era el rostro de un muerto. Cada noche que pasaba en la oscuridad obligándose a pensar en otra cosa, lo único que veía eran esos ojos fríos y sin vida. De vez en cuando conseguía imaginarse a la chica rubia a la que había admirado desde lejos... ¿Gladis? ¿Gemmy?, pero al cabo de poco ella también empalidecía, su piel se volvía cerosa y la luz de sus ojos se extinguía hasta que parecían los de un pez podrido.

Y no es que no tuviera otras cosas de las que preocuparse. Para empezar aún tenía que averiguar qué demonios significaba *Jotun*. Pese a todo lo ocurrido, pese a todo lo que tenía en la cabeza, Gelredida seguía insistiendo en llamarle así y en encargarle tareas serviles y degradantes hasta que pudiera descifrar el enigma del significado del nuevo mote. Sin embargo, esta vez Waylian estaba convencido de que casi lo tenía.

Había averiguado que era una palabra originaria de Golgartha y que *tun* significaba heces, pero se había quedado atascado ahí. Había estudiado casi todos los dialectos de clan y sólo le quedaba uno, el de los kharna khel, una feroz tribu del norte que se hallaba perpetuamente enzarzada en batalla con las bestias hediondas de las Fortalezas de Hielo de Morath. Era cuestión de tiempo que se tropezara con la palabra correcta, pero la sombra de un hombre muerto que lo seguía allá adonde iba y cuyo rostro se manifestaba en la página de cada libro que abría dificultaba aún más su tarea.

—Apuesto a que lees hasta cuando duermes, ¿eh, Grimm?

Waylian se volvió tan bruscamente que notó una punzada de dolor en el cuello. Bram estaba sentado en la mesa de al lado con esa sonrisa relajada en la cara y ese pelo que le caía sobre un ojo y que a las chicas les gustaba tanto.

—Ojalá pudiera —respondió Waylian, que se alegró de la distracción—. No es que me baste con las horas del día.

—¿Sigues teniendo problemas?

—Siempre.

Rembram Thule se rió en voz demasiado alta. Uno de los eruditos de la biblioteca los miró con el ceño fruncido, pero Bram no le hizo caso.

—Trabajas demasiado, Grimm. Quizás ése sea tu problema. A veces es mejor alejarse un poco del trabajo. Hacer algo para relajarse. Si tengo un problema, intento pensar en otra cosa, y la mayoría de las veces la solución surge de la nada.

—Es genial, me alegro mucho por ti.

Bram le dio unas palmaditas en el brazo a Waylian.

—Vamos, hombre. No es tan malo. Se dice que ahora mismo la Bruja Roja está dedicando su tiempo a otra cosa. Eso significa que te ha dejado en paz. ¿Cómo puede ser malo?

—Es malo porque me dejó tanto trabajo que tengo la sensación de estar ahogándome en un mar de dichosos libros. Y por si eso no fuera suficiente, como no pueda descifrar el mote nuevo que me ha puesto, pronto estaré ahogándome en un mar de mierda cuando tenga que limpiar las letrinas.

—Sí, entiendo que la situación es un tanto apurada. —El tono de Bram era solemne, pero aun así no pudo evitar una sonrisa pícar—. ¿Y cómo te llama esta semana?

—*Jotun*. He conseguido ubicar su procedencia en textos de Golgartha y sé que *tun* significa «mierda», pero no logro avanzar.

La sonrisa de Bram se hizo más amplia.

—Son huevas de pescado, Grimm.

—No, no puede ser. *Tun* significa mierda, eso seguro.

—Confía en mí. Los antiguos marineros de Golgartha creían que las huevas eran los excrementos del pescado y las tiraban, mucho antes de que decidieran prescindir de las supersticiones y empezar a comérselas. Debes de estar empezando a gustarle a la abuela, te ha comparado con una exquisitez de Golgartha.

Waylian estaba atónito.

—Supongo que es una mejora: ahora tengo la misma utilidad que algo que hay en las entrañas de un pez, y he dejado de ser lo que cuelga entre las patas de un chivo.

—Cuando menos te lo esperes, te pedirá en matrimonio.

Waylian se horrorizó sólo con pensarlo.

—Sí, me muero por ver qué me propone a continuación.

—No será nada de Golgartha, eso seguro. —Bram tomó distraídamente una de las gruesas historias encuadernadas en cuero que Waylian había estado estudiando—. Lo cual es una pena. Para ser una raza salvaje tienen mucho que decir con sentido.

—¿Eso crees? —Waylian sólo había leído sobre sus guerras incesantes. Seguro que entre ellos no se contaban grandes pensadores o eruditos, a menos que te gustara leer versos interminables sobre cómo destripar a tus enemigos e incendiar sus castros.

—Desde luego. Los *skarls* y hechiceros de Golgartha fueron los primeros en el

oeste en considerar la magia como un arte. Los antiguos teutones les robaron todo lo que saben, forjaron alianzas con sus dispares tribus y luego los traicionaron en la Guerra de las Nieves Rojas. «Nos arrebataron las palabras de poder con corazones de piedra negra», decían los del norte.

Waylian había oído hablar de aquella guerra, aunque con un enfoque levemente distinto. Los antiguos Reyes de la Espada habían combatido a una fuerza invasora de Golgartha para defender sus fronteras contra una violenta horda de salvajes barbudos. En los textos de la biblioteca no se mencionaba para nada la traición.

—A decir de todos, si no hubieran luchado en esa guerra, todos andaríamos por ahí con taparrabos, partiéndonos la cabeza unos a otros con hachas de piedra. —Al menos Waylian había recordado eso de sus estudios.

—No subestimes a los habitantes de Golgartha. Eran de una época en que la magia no estaba controlada. Antes de que los archimaestros prohibieran su utilización fuera de la Casta. Y hoy en día aún seguimos persiguiendo a los errantes.

—Pues resulta que tenemos a un errante suelto en la ciudad. —Waylian sabía que no debería haberlo mencionado, pero sólo era Bram.

—¿En serio? ¿Qué ha hecho, convertir en rana a la esposa de un granjero?

—No exactamente. Destripó a un pobre diablo después de clavarlo al suelo. —«Y desde entonces he estado viendo el rostro atormentado del pobre desgraciado».

—Eso no demuestra nada, ¿no crees? En esta ciudad acuchillan a la gente todos los días.

—No de esta manera. Había símbolos en las paredes, cosas horribles: tuve náuseas con sólo mirarlos. La magistrada tuvo que purgar la habitación y dice que habrá más muertes.

—Entonces, ¿ya ha empezado la caza de brujas? Me pregunto a cuántos pobres desgraciados quemarán en la hoguera esta vez antes de encontrar al verdadero culpable.

—La magistrada sabe lo que está buscando. No cometerá ningún error.

—No estés tan seguro, Grimm. No sería la primera vez que persiguen a un mago por nada.

—Y ahora me dirás que los errantes no son peligrosos.

Bram se echó a reír.

—Por supuesto que son peligrosos, pero no tenemos que colgar a todas las brujas de los setos que andan por los campos haciendo tinturas con setas y remedios para los granos con boñigas de vaca.

Desde el otro lado de la biblioteca les llegó un siseo que pedía silencio. El viejo erudito cuyo trabajo consistía en organizar los miles de libros y códices los miraba con severidad tras una pila de rollos.

Bram se limitó a sonreírle ampliamente.

—Vamos, Grimm, salgamos de aquí. De todas formas si trabajas demasiado te quedarás ciego.

—No puedo. Todavía tengo...

—Vamos, no te esclavices, hombre. —Bram barrió los libros de Waylian de la mesa y los ejemplares cayeron al suelo con un ruido sordo que resonó en el techo de la biblioteca.

El viejo erudito parecía a punto de sufrir una apoplejía por la ira contenida.

De pronto Waylian fue presa del pánico cuando el anciano empezó a cruzar la biblioteca zigzagueando torpemente entre las hileras de mesas. Bram ya se estaba acercando a las sólidas puertas dobles. Si Gelredida se enteraba de que había estado comportándose mal en la Liber Conflagrantia en lugar de estudiar, estaría limpiando retretes hasta el fin de los tiempos.

Agarró su cartera, se levantó de un salto y corrió detrás de Bram. Oyó unos gruñidos furiosos a su espalda, pero el anciano no podría alcanzarles.

Waylian salió corriendo al pasillo, pasó junto a los siempre vigilantes Caballeros Cuervo y vio que su amigo desaparecía por una esquina. La emoción de la carrera lo estaba vigorizando y el hecho de saber que se estaba portando mal en la austera Torre de los Magistrados no hizo más que animarlo. El riesgo de que pudiera verle alguno de los viejos hechiceros remilgados y castigarlo severamente sólo sirvió para aumentar su excitación. El estrés del último par de días se liberó, expulsado en un arrebato de desafío desenfrenado.

Bram cruzó los pasillos vacíos a toda velocidad con el impulso que le daban sus piernas larguiruchas, pero Waylian estaba decidido a no quedarse atrás. Patinaba al doblar las esquinas y siguió corriendo por una antigua escalera de piedra, subiendo los desgastados peldaños de tres en tres. Cuando llegó por fin arriba, Bram le estaba esperando con una amplia sonrisa en la cara.

Se encontraban en lo alto del bastión septentrional de la Torre de los Magistrados, el punto más alto de la ciudad, y Bram estaba contemplando los Estados Libres. En un día despejado se distinguía el extremo sur de las montañas Kriega al nordeste, pero hoy había unas cuantas nubes que lo ocultaban. Sin embargo, Steelhaven se extendía en todo su esplendor: una inmensa colmena de calles serpenteantes y tejados de teja. El Storway atravesaba la ciudad al oeste y dividía la ciudad vieja de la nueva, mientras que al sudeste, en lo alto de un promontorio escarpado, se alzaban las estatuas de Arlor y Vorena, atentos a los invasores que pudieran venir tanto por tierra como por mar.

Waylian sabía que por el mar nada se aproximaba que tuvieran que temer, pero por el norte...

—Mírala, Grimm. —Bram ni siquiera estaba sin aliento, de modo que Waylian hizo todo lo posible por no jadear como un jamelgo tirando de un carro de nabos—. Hace que te sientas pequeño, ¿verdad?

«La verdad es que no lo he pensado».

—Bueno, sí. Supongo que sí.

—Vamos, mira. Mira la vastedad de este lugar repleto de las masas pululantes. Y

lo único que hacen es follarse, pelearse y parir a más criaturas para que follen y se peleen. Eso es lo que somos, Grimm: animales. Por eso tenemos que disfrutarlo mientras dure.

—Sé lo que quieres decir. —«Más o menos».

—¿Ah, sí? ¿Por eso te pasas la vida en la biblioteca? Hay un mundo ahí afuera. Un mundo esperando a que lo agarremos del pescuezo. Hay algunas cosas que no pueden aprenderse en los libros. Algunas cosas hay que experimentarlas.

—Pero no estamos aquí para experimentar, Bram. Estamos aquí para estudiar. El archimaestro Marghil dice...

—¿A quién le importa una mierda lo que piense ese tritón viejo y reseco? Y no vayas a decirme que te crees todas esas virtuosas, elevadas y tremendas tonterías que declama. Te he visto mirando a Gerdy. —«¡Así es como se llama, joder!»—. Hay un placer que apuesto que no te importaría experimentar. —«No sabes ni la mitad»—. Algo que no se puede aprender en un libro.

—Bueno, sí que puedes, pero...

—¡Exactamente! Puedes, pero no es lo mismo, ¿verdad, Grimm?

—En cualquier caso, es irrelevante. Los alumnos tienen prohibido tener relaciones unos con otros. De modo que será mejor que te lo saques de la cabeza.

—¿Y tú has conseguido sacártelo de la cabeza? —Bram se apoyó en una de las almenas con aire despreocupado y sonrió.

—Sí, por supuesto que sí. —«Mentiroso, mentiroso, tienes la polla ardiendo. Piensas en ella todas las noches mientras te masturbas hasta quedarte tonto».

—Entonces, ¿no te importará si lo intento yo?

—¿Cómo dices? —Waylian sintió un escalofrío repentino.

—¿Y si lo intento yo? Es muy guapa. ¿Crees que le gustarán mis encantos? —Bram parecía estar absolutamente seguro de la respuesta. Indudablemente, a ella le gustarían sus encantos... y Waylian poco podía hacer al respecto.

—¡Pues no, no lo creo para nada! Pensará que estás siendo del todo inapropiado.

—De acuerdo, Grimm, no te enfades. Está claro que tenemos otro dilema. La única manera de solucionarlo es preguntárselo a la chica, ¿no?

—Pero no está aquí, ¿verdad? No podemos.

—No. Pero tengo una muy buena idea de dónde estará.

Dicho esto, se apartó del parapeto de un empujón y se dirigió a las escaleras. Waylian intentó agarrarlo, pero, al igual que antes, Bram fue demasiado rápido, se hizo a un lado para esquivarlo y echó a correr.

Salieron otra vez a la carrera y descendieron la vasta torre, pero esta vez Waylian tuvo más cuidado al bajar por las escaleras. Aunque tenía las piernas casi igual de largas que Bram, su amigo poseía gracia y coordinación mientras que él era un bobo desgarrado.

Por algún milagro lograron no tropezar con ningún magistrado antes de llegar al refectorio. Bram, que entró primero, se abrió camino de inmediato entre las hileras de

largas mesas de caballete hacia un grupo de aprendices que había al fondo de la sala. Waylian vio con consternación que uno de ellos, que por lo visto se reía de alguna broma, era Gerdy. Le palpitó el corazón al ver su cabello rubio y su sonrisa cautivadora, pero sintió náuseas cuando advirtió que Bram avanzaba hacia ella: ¿Qué le diría? ¿Estaría de humor para humillar y degradar? A Waylian le gustaba Bram, pero sabía que podía ser cruel con sus burlas porque con mucha frecuencia había sido el blanco de las mismas.

Estuvo a punto de caer de bruces con las prisas por cruzar la sala. No conseguiría llegar a Gerdy antes que Bram, pero cuanto antes llegara, más probabilidades tendría de limitar cualquier daño.

Bram ya se estaba presentando, sonriendo con esa sonrisa característica y sin una sola gota de sudor en la frente a pesar de la reciente carrera hacia el refectorio. Los aprendices, y sobre todo Gerdy, se rieron cuando él se unió a ellos. Waylian, aunque entorpecido por las mesas que había en medio, ya casi había llegado. Su amigo vio que se acercaba, dijo algo y los demás se volvieron a mirarlo. Uno esbozó una sonrisa de satisfacción, como si el comentario de Bram hubiera sido vulgar... Bueno, pues en ese sentido no había cambios.

Aunque Waylian ya prácticamente estaba junto a la mesa, no oyó lo que dijo su amigo a continuación y que hizo que el grupo estallara en carcajadas.

«¿Qué había dicho? ¿Algo sobre el pelo de Waylian, sus estúpidos miembros delgaduchos o su ridículo acento? ¿O, que los dioses no lo quisieran, que se la meneaba todas las noches pensando en Gerdy?».

«Eso era... ¡Bram le había contado que se la meneaba pensando en ella!».

—¡Es un puto mentiroso! —chilló.

Los aprendices dejaron de reír.

El murmullo de las conversaciones se fue apagando por todo el resto del refectorio. Todas las miradas se volvieron hacia Waylian, que estaba allí de pie jadeando y sudando como un perro viejo al que hubieran dejado demasiado tiempo al sol.

Bram sonrió.

Gerdy lo miró como si acabara de vomitarle encima.

Waylian huyó, volvió a cruzar el gran salón tan rápido como pudo sin echar a correr, pasando por entre las mesas de caballete intentando no cruzar la mirada con nadie.

No se detuvo hasta regresar a su habitación.

Más tarde cayó en la cuenta de que ya no lo atormentaba la imagen de un cadáver destripado. La imagen que ahora lo perseguía era la de un montón de rostros burlones que se reían.

La llamaban la Urbe. En el pasado había tenido muchos nombres, la mayoría de los cuales Nobul desconocía, nombres antiguos en viejas lenguas muertas hacía tiempo. Lo más probable era que en aquel entonces consistiera en un grupo de cabañas de pescadores construidas allí donde el río se unía al mar; una apiñada comunidad que se defendía sola en los tiempos más difíciles. Posteriormente habría sido un fuerte improvisado con una empalizada de madera que lo defendía de las tierras del norte y con el mar a sus espaldas. Con el transcurso de los siglos los edificios de madera se habían vuelto de piedra, la empalizada de troncos de árbol en un lienzo de muralla. Los tambaleantes embarcaderos de madera contruidos por los pescadores de antaño se habían desmontado y se habían vuelto a construir, dando forma a un vasto puerto y convirtiendo así una vieja aldea en una ciudad portuaria, un centro para la industria y el comercio con países de los tres continentes.

Con el comercio de armas (sus artesanos fabricaban las mejores armas y armaduras de las provincias) y su reputación como la fortaleza más inexpugnable que los teutones habían construido jamás, había adoptado el nombre de Staelhafn en el idioma antiguo: Steelhaven. Era una almenara brillante en una época de sombras, un monumento a los albores de una nueva civilización.

Pero los tiempos cambiaron.

En la época de Arlor, los teutones se enfrentaban a una amenaza inhumana y los Reyes de la Espada habían sido educados para hacerle frente, por lo que a los líderes tribales se les daban armas poderosas batidas y templadas en las forjas de Steelhaven. Sin embargo, en los primeros años de aquel conflicto se habían enfrentado a un enemigo infernal y no se pudo hacer nada para salvar el gran puerto de los demonios que querían ver esclavizadas o muertas a las razas del hombre. La ciudad había sido destruida: se decía que los incendios lo quemaron todo y los muertos habían gritado desde un invierno hasta el siguiente.

La Ciudad Vieja, tal como se la llegó a conocer, había sido abandonada y sólo quedaban sus fantasmas para recorrer las calles destrozadas. Al lado de ella se construyó una nueva Steelhaven, mayor de lo que había sido nunca la antigua, un testimonio del espíritu perdurable de Arlor y sus Reyes de la Espada, pero la Ciudad Vieja se alzaba a su sombra como un recordatorio constante de que incluso las más grandes metrópolis pueden caer.

Pese a su fama como sepulcro de aparecidos, la gente seguía viviendo entre las ruinas. Era un refugio para los desesperados y los locos, aquéllos a los que poco importaban los espectros, reales o imaginados, que pudieran acechar en las tenebrosas ruinas. Los habitantes la llamaban la Urbe. Un curioso nombre que ocultaba su naturaleza siniestra.

—Este lugar es una letrina.

Denny tenía la costumbre de resumir las cosas.

Nobul se limitó a asentir con un gruñido sin dejar de observar con atención. La Guardia Ámbar estaba allí sola, las otras guardias estaban despejando otras zonas de la Urbe. Aquel lugar lo ponía nervioso; había demasiados sitios para esconderse, demasiados puntos ciegos donde podría haber alguien esperando con un cuchillo... o algo peor. A Dustin casi lo había decapitado un cabrón desesperado que saltó de las ruinas de una vieja capilla gritando a voz en cuello y agitando una cuchilla de carnicero oxidada como si intentara picar las moscas que revoloteaban en torno a su cabeza. Dustin, Edric y el grandote Bilgot habían logrado someter a aquel hombre. Luego Bilgot lo había pateado hasta que dejó de moverse. A Nobul no le había gustado eso, pero sabía que era necesario. No era seguro dejar a alguien que pudiera levantarse y amenazarte otra vez. Él había pateado a muchos hombres como aquél a lo largo de los años. No podía quejarse por el hecho de que otra persona lo hiciera.

—¡Muy bien! —Kilgar apareció por encima de ellos, encima de una vieja columna caída—. Nos quedan otras dos calles antes de la puesta de sol. Mantened los ojos abiertos. No queremos bajas.

—Este destacamento es una mierda —se quejó Denny mientras avanzaban detrás de su sargento—. Y de todos modos, ¿de qué va a servir? Echamos a esos hijos de puta y regresan como ratas.

—Son las órdenes que tenemos —replicó Nobul—. Será mejor que sigas adelante y las cumplas. —Denny le caía bien, aunque el chico podía llegar a hablar más que siete. Y tenía razón.

La Guardia Ámbar era el primero de un grupo enviado a «despejar» la Urbe. Al parecer la estaban haciendo habitable para miles de refugiados que se dirigían hacia allí en avalancha. Aunque ¿cuántos de ellos saldrían corriendo y volverían directos a los khurtas en cuanto vieran los alojamientos que les habían reservado?

En cuanto la suciedad y la escoria de las calles hubiera sido recogida tenían que venir los trabajadores para convertir los edificios en lugares seguros, retirar la mampostería suelta y reparar las paredes caídas. Otra cuestión era si tendrían la oportunidad de hacerlo antes de que los desalojados volvieran para reclamar sus casuchas.

Kilgar iba en cabeza avanzando por la calle, o al menos por lo que quedaba de ella. Estaba cubierta de vegetación casi por completo y la flora que se había abierto camino a través de las losas asfixiaba ahora los antiguos edificios de piedra en un frondoso abrazo. Había perros callejeros en cada esquina, gruñían desafiantes y luego se escabullían como los chuchos que eran. Los desperdicios humanos lo llenaban todo: aquel lugar era una apestosa cloaca abierta. Ni siquiera los tugurios de Northgate olían tan mal; los hombres de la Guardia Ámbar tenían arcadas continuamente. Anton se tapó la cara atándose un pañuelo viejo, pero las náuseas que le sobrevenían cada diez pasos confirmaron que era inútil.

Nobul apoyó el pie en un montón de planchas podridas que bloqueaban una entrada y empujó. Se desmenuzaron y dejaron el paso abierto. Como unos idiotas, no

habían pensado en traer unas antorchas, de modo que tuvo que entrar al oscuro interior poco a poco y esperar que se le acostumbraran los ojos antes de que le saltara encima alguien que aún merodeara por ahí. Denny estaba a su lado, pero, aunque hablaba con audacia, no estaba claro si el muchacho resultaría de mucha ayuda en una pelea.

Una vez dentro, se dio cuenta de que no había nada que temer, aparte de las ratas y las arañas. Un revoltijo de muebles rotos y una chimenea ennegrecida sugerían que tal vez alguien hubiera intentado hacer un hogar de aquel sitio, muchos años atrás. Era así en muchas de las chozas pues, a pesar de la fama que tenía como guarida de los perdidos y los villanos, la Urbe estaba escasamente poblada. Ya fuera por los peligros de los asesinos y violadores o de los demonios que acechaban en sus calles bajo la luz de la luna, el hecho era que la gente se había mantenido alejada y cada edificio vacío que encontraban proporcionaba cierto alivio a Nobul.

—¿Quién coño querría vivir aquí? —preguntó Denny con la nariz arrugada de asco, aunque dentro no olía ni de cerca tan mal como en el exterior.

—La gente vivirá en cualquier parte si está lo bastante desesperada. Las calles de la ciudad ya se están llenando.

—Tienes que estar muy desesperado para querer vivir aquí. Creo que yo preferiría arriesgarme en las calles de la ciudad antes que tener un techo en la Urbe.

—Las dos cosas son peligrosas.

—Ya lo creo. Se dice que hay refugiados desaparecidos. Docenas de ellos. La gente lleva toda la semana quejándose a los Casacas Verdes. Han desaparecido sin más hombres adultos.

Nobul había oído los rumores, pero, como no había datos fiables sobre la cantidad de refugiados que estaban entrando en la ciudad, resultaba difícil saber la verdad.

—No tiene sentido preocuparse por las historias que circulan por las calles. Concentrémonos en aquello sobre lo que podemos hacer algo.

—Está muy bien decirlo. —Denny adoptó una expresión seria que no le sentaba bien a su cara—. ¿Y qué pasa con el sangriento asesinato de Northgate? La bruja de la torre dijo que no tenía importancia, que sólo era algún cabrón loco, pero Kilgar no la creyó. Él dice que se está tramando algo diabólico, y yo sé a quién creo.

—Si un hechicero anda suelto, no podemos hacer mucho al respecto, ¿no es verdad? Concentrémonos en el trabajo que tenemos entre manos. Preocuparse de las mierdas de otras partes no hará más que distraernos de las mierdas que tenemos aquí. Y te necesito concentrado.

Denny asintió. Aunque él tenía más experiencia en los Casacas Verdes, sin duda Nobul tenía más experiencia en general. El chico estaba dispuesto a aceptar sus órdenes casi de inmediato, sobre todo en aquellas calles sucias y peligrosas.

Nobul tampoco estaba cuestionando el criterio de Kilgar, aunque si uno de los hechiceros de la torre decía que no había conjuradores, ¿quién era él para discutirlo? En cuanto a los refugiados desaparecidos... En aquellos momentos proliferaban toda

clase de rumores, desde historias de dragones o gremlins hasta de hombres que adoptaban forma de bestia con la luna llena. Nobul creía en las cosas que podía ver con sus propios ojos y dejaba que los demás se preocuparan del resto. Había visto demasiados de los horrores que los hombres podían infligir a otros hombres como para preocuparse de los que imaginaban otros.

Al salir fuera se encontraron con el viejo Hake y los gemelos que arrastraban a alguien para sacarlo al exterior. El tipo profería insultos al cielo a voz en cuello y se resistió tanto que se les escapó y salió corriendo por las calles rotas. La mano alzada de Kilgar frenó cualquier persecución.

—Dejadlo. Habrá muchos más como él, y si perseguimos a todos esos desgraciados, llegará el mediodía y ya estaremos exhaustos.

Fueron abriéndose paso calle arriba, pero aquella zona concreta de la Urbe estaba prácticamente abandonada, salvo por los perros sarnosos y las ratas más sarnosas aún. No encontraron más señales de vida hasta que no llegaron a lo que una vez debió de haber sido una plaza principal.

En otro tiempo podría haber sido un núcleo de la Ciudad Vieja donde los puesteros vendían sus mercancías y los comerciantes ricos acudían a hacer negocios. Ahora era un desierto cubierto de detritus y sábanas hechas jirones que, tendidas entre las grandes estatuas caídas a manera de techo, daban sombra a la gente agachada que se había refugiado bajo ellas. Había muchos hombres, mujeres y niños allí sentados sin más.

A Nobul se le cayó el alma a los pies al ver la tarea que tenían por delante. Tendrían que tener cuidado. Aunque ninguno de aquellos desgraciados parecía estar en condiciones de resistirse mucho, juntos y a la mínima provocación podrían convertirse en una multitud peligrosa.

—Está bien —dijo Kilgar procurando no alzar la voz—. Manteneos a la vista los unos de los otros y vamos a tomarnos esto con calma. No hace falta provocarlos si no es necesario, pero tenemos un trabajo que hacer y vamos a hacerlo.

Avanzaron con cautela. Kilgar se acercó al primero de aquella chusma sin hogar, lo empujó suavemente con el pie y le ordenó en tono firme pero calmado que «se marchara». El hombre no protestó demasiado, se puso de pie con vacilación y se limitó a alejarse con el ceño fruncido. El resto de los muchachos siguieron su ejemplo y empezaron a echar a la muchedumbre que merodeaba por allí. Al principio todo fue bien y la plaza empezó a despejarse poco a poco. Nobul comenzó a pensar que podría ser que salieran de ésta ilesos, hasta que Bilgot se dirigió hacia una anciana que estaba sentada junto a un árbol muerto.

—Vamos, vieja bruja —dijo el hombretón en el tono más bajo que pudo, pero que aun así fue demasiado alto—. Sigue tu camino, por orden del rey.

—¡Qué te jodan, gordo cabrón! —replicó la mujer escupiendo las palabras de su boca desdentada.

—¡He dicho que te muevas, joder! —Bilgot puntuó sus palabras con una fuerte

patada. La anciana apenas dio muestras de que la hubiera golpeado.

—Tranquilo, Bil —dijo Denny al tiempo que se acercaba—. Es una anciana.

Nobul miró al otro lado de la plaza y vio que otros de los allí asentados los estaban observando. Bilgot tenía que calmarse.

—No me digas lo que tengo que hacer, gilipollas —respondió Bilgot. Denny retrocedió, pues no deseaba provocar a su corpulento compañero—. ¡Te dije que te movieras, vieja vaca! ¡Muévete!

Bilgot alargó la mano, pero Denny lo detuvo. El Casaca Verde grandote dio media vuelta hacia su compañero, y Nobul se alegró al ver que el joven se mantenía firme.

—Es una anciana, Bil. Tómatelo con calma, nada más.

Bilgot se infló, listo para entablar pelea.

Nobul ya había visto suficiente. Si Bilgot quería pelea, ya era hora de que la tuviera, pero antes de que pudiera intervenir, la anciana atacó.

Nobul sólo podía conjeturar de dónde había sacado el arma, pero, a pesar de sus años, la mujer se movió a una velocidad aterradora. Denny gritó y se agarró el brazo, y su grito llamó la atención de todos los que estaban en la plaza.

Antes de que Nobul pudiera impedirselo, Bilgot estaba dándole patadas en la cabeza a la anciana.

—¡Jodida zorra! —gruñó mientras la pisoteaba con sus enormes botas.

Nobul tiró de él. Kilgar estaba gritando algo por detrás de ellos, pero era demasiado tarde. Un pedazo de mampostería fue volando hacia Denny que se agarraba el brazo mientras la sangre roja manaba profusamente a través de su puño.

—Basta —gruñó Nobul. La anciana yacía inmóvil en el suelo y su cabello enmarañado cubría parcialmente el destrozo que Bilgot le había hecho en la cara—. Tenemos que largarnos de aquí —instó a Denny cuando otro trozo de piedra proveniente de alguna parte en la multitud rebotó ruidosamente contra el casco abierto del joven.

—¡Maldita sea! —exclamó el muchacho, que empezó a retroceder tambaleándose para evitar aquella lluvia cada vez más intensa.

La multitud de vagabundos pareció movilizarse de pronto lanzando gritos de protesta. El hecho de ver cómo pateaban peor que a un perro a uno de los suyos, a una anciana, los había enloquecido en un instante.

—Conmigo —gritó Kilgar, y empezó a dirigirse de nuevo al sur de la plaza por donde habían venido. Nobul agarró a Denny, que tenía el gesto ausente, y se lo llevó a rastras.

«¡Hijos de puta!», gritó alguien mientras un granizo de piedras les caía encima por todos lados. «¡Matad a esos cabrones!», gritó otro.

Aquello iba de mal en peor.

Anton, Dustin y Edric fueron en cabeza y Nobul empujó a Denny tras ellos.

—No te pares —le ordenó con brusquedad, y esperó al viejo Hake, que venía detrás renqueando. El cabrón de Bilgot podía cuidarse solo.

Cuando aún no habían salido de allí, un grito alertó a Nobul: un hombre con ojos de loco estaba saltando sobre él esgrimiendo un cuchillo romo de fabricación casera. Giró rápidamente sobre sus talones para apartarse y el cuchillo le desgarró el jubón. Nobul sabía que tenía que reducir a ese tipo de prisa. Agarró a su atacante por la muñeca de la mano con la que empuñaba el cuchillo y clavó brutalmente los dedos de la otra mano en la garganta de aquel cabrón desesperado hundiéndolos con fuerza una, dos veces. El hombre se desplomó asfixiándose, soltó el cuchillo y se llevó las manos a la garganta destrozada, como si eso fuera a servirle de algo.

—Vamos —gritó Kilgar, como si Nobul se estuviera entreteniendo por gusto. No hacía falta que le dijeran que tenía que largarse de allí. Mientras la multitud empezaba a lanzarse a la carga, dio media vuelta y echó a correr. Bajaron corriendo por la calle cubierta de maleza. Por delante Nobul veía a Kilgar y a Bilgot, ese gordo cabrón que resollaba al verse obligado a arrastrar su mole calle abajo saltando por encima de la mampostería caída y chapoteando por los excrementos de perro.

Enseguida quedaron cercados, por detrás venía la muchedumbre enfurecida de salvajes ocupantes pisándoles los talones y por delante también se presentaron problemas.

Dustin y Edric rodaban por el suelo intentando esquivar a un joven pelirrojo con un cuchillo. A Hake y Anton no se les veía por ninguna parte. Kilgar y Bilgot se abalanzaron a la pelea. Denny gritó mientras luchaba con un rufián de pelo alborotado y Nobul vio que iba a perder; la cuchillada del brazo se lo había dejado inútil y con el otro desviaba a duras penas un trozo de pizarra brutalmente afilado que se le acercaba al cuello.

Nobul se olvidó de los demás y avanzó a toda velocidad, desenvainó su espada corta y se la clavó a aquel tipo debajo de las costillas antes de que pudiera hundir su arma improvisada en Denny. El hombre chilló y retrocedió un paso. Le lanzó una mirada de odio a Nobul, que se quedó allí con la hoja chorreante, y a continuación se alejó tambaleándose e intentando tapan el tajo sangrante que tenía en el costado.

Nobul dio media vuelta para hacer frente a la multitud que se les venía encima y tiró de Denny para ponerlo detrás de él. Los muchachos habían reducido al tipo pelirrojo y también se volvieron para enfrentarse al gentío.

La multitud se fue acercando lentamente a la Guardia Ámbar clamando venganza con avidez, ansiosos por descargar su furia.

—Tranquilos, muchachos —dijo Kilgar al tiempo que agarraba una espada con la mano que le quedaba—. Al final parece que vamos a pelear.

—Son demasiados, joder —dijo Denny con miedo en su voz.

—Pues caeremos luchando —replicó Kilgar.

Nobul estuvo a punto de echarse a reír.

Había sobrevivido a Bakhaus Gate. Había sobrevivido al Gremio. Ahora iba a morir a manos de un hatajo de cabrones indigentes de la Urbe.

Por otro lado, le pareció que era una muerte tan buena como las otras.

Cuando el primer cabrón asesino se disponía a atacar, de repente soltó un grito y se llevó la mano rápidamente al pecho para aferrar el asta de una saeta que había aparecido allí. Mientras el hombre caía, una descarga de proyectiles volaron por encima de sus cabezas, algunos de los cuales alcanzaron sus objetivos y otros rebotaron en las ruinas circundantes. No hizo falta nada más para que la multitud echara a correr a través del follaje, ansiosos por escapar antes de que les dispararan otra descarga.

Al volverse Nobul vio a media docena de ballesteros en un tejado ruinoso. ¡Eran Casacas Verdes!

—¿Eres tú, Kilgar? —gritó uno de ellos.

—Sí. Justo a tiempo, sargento Bodlin. Nos disponíamos a dispensar la Justicia del Rey a esos cabrones.

—Por supuesto, Kilgar —repuso Bodlin—. Aun así, me parece que la Guardia Ámbar nos sigue debiendo una.

—Como quieras —dijo Kilgar con un atisbo de sonrisa en su rostro—. Bueno, creo que ya hemos tenido suficiente por un día, muchachos. Larguémonos de aquí.

Ninguno de ellos se quejó.

Mucho tiempo atrás ella y Graye habían jugado en este jardín, riéndose tontamente de pequeñas y con estridencia de jovencitas. Ahora que Janessa era una mujer adulta, daba la sensación de que el lugar había quedado despojado de toda alegría. Empezaba el otoño y las hojas se habían vuelto amarillas, luego marrones y habían caído sobre la hierba húmeda dejando los árboles desnudos y tristes. Las estatuas ornamentales de doncellas jugueteando y sus apuestos pretendientes parecían tan frías como la piedra en la que se habían tallado, en brutal contraste con la animación que parecían adquirir en los largos y soleados días de verano.

—He oído que ya está en marcha la reforma de la Ciudad Vieja —dijo Graye mientras paseaban por un sendero de grava entre dos setos de lavanda.

—Sí —contestó Janessa, despreciando así otro intento de entablar conversación por parte de Graye. Sabía que estaba siendo maleducada. No era su intención, pero no podía quitarse de encima el mal humor. Las responsabilidades la abrumaban ahora más que nunca. Sencillamente no podía quitarse de la cabeza las palabras de Odaka: «Por cada decisión que toméis habrá consecuencias».

Pese a todos sus intentos por animar las cosas, la doncella sabía que la princesa estaba preocupada y no dejó de preguntar. Si Janessa hubiera querido desahogarse, sabía que Graye la escucharía.

El olor a lavanda era tenue, pero persistía aferrado a las flores marchitas. Tras ellas, la institutriz Nordaine canturreaba una tonada deprimente y poco melodiosa, sin duda aburrida con sus obligaciones, aunque no es que se hubiera quejado.

—Lo siento, hoy no soy muy buena compañía —dijo Janessa. No debía regodearse en la autocompasión, y menos cuando había otras personas en situaciones mucho peores que la suya.

—A mí no tienes que decirme lo siento. —Graye sonrió, la tomó del brazo y le dio un apretón en la mano.

Fue un simple gesto, pero significó muchísimo.

—No, rara vez lo hago, ¿verdad? —repuso Janessa—. ¿Recuerdas cuando encontré esa rana?

—Sí, lo recuerdo; me perseguiste por el jardín con ella desde mediodía hasta la puesta de sol. Cuando tu madre te dijo que te disculparas, te negaste rotundamente.

—Sólo era una rana.

—Son unas criaturas viscosas y repugnantes a las que habría que matar nada más verlas.

—No como los erizos, ¿eh?

Se rieron. Graye había encontrado un erizo en los jardines cuando ambas debían de tener unos nueve inviernos nada más. Se había empeñado en quedárselo de mascota hasta que las pulgas de la criatura le infestaron el pelo y la atacaron tan despiadadamente que le había rogado a la institutriz que le cortara los rizos que le

llegaban a la cintura. Janessa no recordaba haberse reído entonces, pero era el recuerdo más divertido que tenía.

Dejaron de reír cuando vieron que se acercaba Odaka.

—Ahí viene —dijo Graye—. Contento como siempre. Creo que si alguna vez sonrío se le caerán los dientes por la impresión de quedar expuestos.

Janessa hizo callar a su amiga, pero tuvo que contener la risa.

—Mi señora —dijo Odaka con su acostumbrada reverencia. Iba vestido con una túnica roja ribeteada con seda negra y llevaba un sombrero a juego—. Confío en que estéis bien. Hoy hace más fresco, pero aun así el día es agradable, ¿no os parece?

Janessa no sabía qué responder. No era propio del regente charlar del tiempo. Ella se puso en guardia de inmediato.

—Sí, muy agradable —dijo, aunque en realidad quería preguntarle qué demonios quería.

—*Lady Daldarrion*, institutriz Nordaine, confío en que también se encuentran bien, ¿no?

No era habitual que Odaka reconociera siquiera la existencia de las compañeras de Janessa, pero preguntarles cómo estaban... En consecuencia las dos mujeres se limitaron a mascullar una respuesta, tan sorprendidas como ella por el comportamiento del regente.

Janessa estaba impaciente y a punto de preguntar qué pasaba cuando Odaka anunció:

—Uno de vuestros invitados aguarda en el vestíbulo, mi señora.

El hombre extendió el brazo para indicar que no debería hacer esperar al invitado, fuera quien fuera.

—Gracias, Odaka —dijo Janessa, y empezó a dirigirse al palacio—. Venid —instó a su séquito, pero el regente tenía otras ideas.

—Esto..., creo que su majestad tal vez preferiría que fuera una audiencia privada.

—Pero yo soy la acompañante de su majestad —replicó Nordaine—. Debería estar a su lado en todo momento. Sobre todo cuando habla con sus invitados.

—En esta ocasión no será necesario —dijo Janessa sin estar del todo segura. «Uno de sus invitados» podía significar cualquier cosa. ¿Podía arriesgarse a quedarse sola con la baronesa Isabelle o con su espantoso hijo Leon?

Siguió a Odaka al interior de Skyhelm y la presencia de los Centinelas la tranquilizó un poco. Antes de llegar al vestíbulo no pudo evitar preguntar:

—¿Quién es este invitado, Odaka?

—Alguien que ha solicitado audiencia, mi señora.

—Eso ya podría habérmelo imaginado —replicó ella al borde de la irritación—. ¿Cuál de nuestros invitados es?

El regente se detuvo delante de ella, hizo una reverencia y le indicó que pasara. Para su sorpresa, Janessa se dio cuenta de que ya habían llegado al vestíbulo y allí, esperándola, estaba Raelan Logar.

—¿Qué significa esto? —preguntó en voz baja con la esperanza de que Odaka respondiera antes de que Raelan se diera cuenta de que había llegado.

—Lord Raelan desea hablar con vos, mi señora. Yo sólo cumplo los deseos de nuestro invitado.

—No lo entiendo. Ese hombre estuvo brusco y grosero en la fiesta, y dijiste que podía elegir al pretendiente que quisiera.

—Y no ha cambiado nada. Pero si no habláis con él nunca sabréis por qué ha solicitado veros.

Odaka dijo todo esto mientras seguía inclinado y con el brazo señalando aún al interior del vestíbulo. Raelan ya se había vuelto y los vio a ambos. Janessa sólo pudo imaginar lo ridículos que estarían, ella susurrando por la comisura de los labios y el regente doblado por la cintura como un lisiado.

—Mi señor —dijo Janessa, que saludó a Raelan con una sonrisa—. Qué agradable sorpresa.

Él torció la boca hacia un lado en un amago de sonrisa.

—El placer es todo mío, mi señora.

«Seguro que sí».

—Tengo entendido que habéis estado con nosotros desde la fiesta, pero no puedo pasar mucho tiempo con los invitados de palacio. —«Porque he estado evitándoos como al escorbuto»—. Por favor, aceptad mis disculpas.

—No son necesarias, mi señora.

—¿Estáis disfrutando de vuestra estancia en Skyhelm? —«¿O quizá preferiríais que os cortaran las piernas con una sierra?».

—Las habitaciones son adecuadas. Aunque en Valdor preferimos mucha menos ostentación.

«Y estoy segura de que también os azotáis por la noche, después de lavaros con nieve».

—Yo también creo que ciertas costumbres de palacio son un tanto llamativas. No son del gusto de todos.

Raelan asintió y torció la boca otra vez. Janessa se fijó en que tenía los puños apretados y los nudillos blancos.

Esbozó una sonrisa y ella hizo lo mismo.

¿Qué se suponía que tenía que decir ahora? Miró a Odaka, pero el hombre había desaparecido dejándola a solas con Raelan. Su inquietud se fue incrementando a medida que el silencio se alargaba. Ya era hora de que le dijera lo que tenía en mente, ¿no? ¿Por qué había solicitado audiencia si no iba a hablar?

Janessa lo miró, y él a ella. Sus ojos eran tristes, como si pudiera romper a llorar en cualquier momento.

—¿Sabéis que nuestras casas han sido aliadas durante muchos años? —dijo al fin.

—Sí —contestó ella, que sabía perfectamente que los Mastragall y los Logar habían sido íntimos durante siglos.

—¿Y que en este preciso momento nuestros padres están luchando hombro con hombro contra los enemigos de los Estados Libres?

—Sí, lord Raelan, por supuesto que lo sé.

—En tal caso sabéis que nuestro deber está muy claro.

—¿Nuestro deber, lord Raelan?

—Unir nuestras casas y fortalecer la unión de los Estados Libres.

Janessa hizo una pausa para asimilar sus palabras, no estaba segura de haberlo oído bien.

—¿Esto era una proposición de matrimonio, lord Raelan?

Él se aclaró la garganta.

—Sé que no es ideal para ninguno de los dos, pero no hay alternativa. Los Mastragall tendrán la fuerza y el apoyo de los Logar y de todo Valdor. Los Estados Libres permanecerán seguros.

«¡Qué romántico!».

—Sí, bueno, pero...

—Sé que debe de haber sido una sorpresa. Pero tenemos que seguir siendo racionales.

«Sí, racionales. Tal como siempre había soñado».

—Lo comprendo, lord Raelan, pero...

—No podemos demorarnos con este asunto. Es un matrimonio bueno para vos y práctico para mí.

«Basta, por favor. Me palpita el corazón y siento que voy a desmayarme con tanto halago».

—Primero debo informar a mi padre. Debe aprobar la propuesta. —«O mejor dicho, tengo que decirle que voy a rechazarla... por muy tentadora que sea».

—¿Aprobarla? Este matrimonio ha sido idea de vuestro padre.

Eso le costó asimilarlo.

La otra noche sin ir más lejos, Odaka le había dicho que su padre le permitiría rechazar cualquier proposición con la que no estuviera de acuerdo y sin embargo allí estaba, organizando su boda. ¿Podía negarse? ¿Debía negarse?

—Lord Raelan, agradezco vuestra franqueza. La oferta es sumamente tentadora. La consideraré.

Dicho esto, dio media vuelta con rapidez intentando evitar ver la reacción del joven, pero no fue lo bastante rápida. Raelan tenía el ceño fruncido, Janessa no sabía si de ira o de perplejidad, pero no iba a quedarse para averiguarlo.

Salió del vestíbulo tan aprisa como pudo sin correr. Pasó junto a Odaka en el pasillo de fuera, y antes de que el hombre pudiera decir nada, ella levantó la mano para acallararlo. Pero al regente no se le disuadía tan fácilmente y la siguió por el pasillo.

—¿Puedo preguntar cuál fue la respuesta de su majestad?

«De modo que Odaka ha sido cómplice en todo este arreglo desde el principio».

—No, no puedes —replicó ella sin ni siquiera intentar ocultar su enojo.

—Vuestro padre querrá saberlo lo antes posible.

Aquello hizo que se detuviera. Dio media vuelta hacia Odaka, que se limitó a mirarla impasible.

—Me dijiste que mi padre me permitiría tomar mi propia decisión. ¿Era mentira?

—Por supuesto que no. La decisión depende por completo de vos, aunque, tal como os dije antes, todas vuestras decisiones tienen consecuencias.

—Sí, lo has dejado perfectamente claro. Y ahora el reino depende de mi decisión. A pesar de lo que mi padre espera, no puedo decidir sin pensarlo.

Y siguió andando por el pasillo, aliviada al ver que Odaka no hacía ningún esfuerzo por seguirla.

Tenía que pensar. Su padre le permitiría tomar su propia decisión, pero había dejado muy claro cuáles eran sus deseos. Janessa podía elegir marido si así lo deseaba, pero la elección debía hacerse por el bien de los Estados Libres.

¿Qué alternativas había? El alto y arrogante Raelan... ¿o tal vez el más bajo y no menos arrogante Leon cumplía los requisitos?

Estaba claro que no tenía elección en absoluto.

Al llegar a su habitación se acercó a la ventana para contemplar la ciudad, la ciudad que para ella estaba prohibida.

Sólo que no lo estaba.

Estaba prohibida para la princesa Janessa Mastragall, un lugar que gobernaría, pero al que nunca se atrevería a ir... Sin embargo, ¿tenía que ser siempre una princesa?

Janessa abrió el arcón de roble que tenía a los pies de la cama y rebuscó en el fondo. Allí, enrollados en un apretado ovillo, estaban el sencillo vestido marrón y el chal que siempre tenía escondidos. Hizo un lío con las prendas, las ocultó debajo de la falda de su vestido de seda y emprendió el camino a través del palacio.

Al pasar junto a los centinelas éstos se pusieron firmes, pero ninguno de ellos le preguntó adónde iba. ¿Por qué iban a preguntárselo? Al fin y al cabo, Skyhelm era su casa. Algún día sería el lugar desde el que gobernaría los Estados Libres. ¿Por qué iba nadie a hacerle preguntas?

Fue bajando gradualmente hasta la cocina cada vez con más discreción. A nadie le extrañaría que deambulara por los salones de la parte superior del palacio, pero no había ningún motivo para que estuviera en sus entrañas, donde trabajaban y dormían los criados. Cuando jugaba de niña, nadie había cuestionado si corría por la cocina o por las dependencias de los criados; pero ahora que era adulta no podían verla mezclándose con el servicio. Aunque con los años Janessa se había convertido en una experta del subterfugio.

En las sombras de la despensa se despojó de su vestido de seda y se puso la ropa de color apagado que había ocultado en su habitación durante mucho tiempo. Cubrió su inconfundible cabeza de rizos pelirrojos con el chal y salió a la cocina. En medio

de la algarabía de los cocineros que preparaban verduras, carne y aves de corral para los invitados de Skyhelm, nadie miró dos veces a Janessa. Se dirigió tranquilamente a la puerta lateral, tomó dos cubos vacíos y salió al patio.

Un sólido muro rodeaba el palacio y todas sus puertas estaban vigiladas por centinelas de Skyhelm, pero éstos no dieron ninguna importancia a una joven que salía de los terrenos de palacio para ir a buscar leche para la cocina. Volver a entrar en palacio nunca resultaba tan fácil, pero salir era siempre lo mismo. Habían pasado muchos días desde la última vez que lo hizo, desde que había aprovechado su libertad en la ciudad, pero ahora mismo era lo que necesitaba.

Con la cabeza cubierta por el chal, los guardias de la puerta este no la miraron dos veces cuando pasó junto a ellos. Una vez fuera, dejó los cubos en el suelo y echó a correr. Era libre, libre de la empalagosa opulencia de palacio, libre de Odaka y de Raelan. Libre de sus obligaciones y responsabilidades.

En las calles de Steelhaven ya no era la princesa Janessa.

No era nadie.

Cuando salió del barrio de la Corona, recorrió las calles chapoteando por su mugre que no tardó en cubrir de inmundicia sus zapatos relucientes. Al doblar una esquina esquivó a un caballo que tiraba de un pesado carro cargado hasta los topes de nabos y se rió cuando el carretero la maldijo.

Las vistas y sonidos de la ciudad le inundaron la cabeza: la gente hablaba, reía, gritaba..., vivía. Ya no estaba confinada a los pasillos. Allí fuera no tenía barreras, estaba liberada de la sombra de sus responsabilidades.

No podía más que envidiar a esa gente, envidiar la libertad que tenían de elegir sus caminos, la libertad para elegir sus vidas y sus amores.

No tardó mucho en llegar a su destino. Era una tranquila plaza bordeada de árboles y con una sola estatua en el centro que representaba a Craetus, uno de los antiguos Reyes de la Espada, con su gran arma de batalla sostenida en alto.

Janessa respiraba agitadamente y notaba cómo la sangre corría por sus venas. Se sentó en un banco de hierro con una sonrisa en la cara y las mejillas coloradas para empaparse de la tranquilidad y escuchar el murmullo de los vendedores callejeros más allá de la plaza que se mezclaba con el piar de los pocos pájaros que aún había en las ramas desnudas.

Allí sentada notó el primer frío del otoño, se arrebujó con el chal que llevaba sobre los hombros y miró hacia el parapeto de Skyhelm, el cual resultaba visible a lo lejos en el horizonte. Se preguntó qué harían Odaka y Nordaine si iban a su habitación y se encontraban con que no estaba. ¿Interrogarían a Graye? ¿Creerían que la habían secuestrado? ¿Enviarían a los centinelas a buscarla?

Que se asustaran. Que temieran por ella. Lo necesitaba. Se lo merecía. Si iba a verse obligada a casarse con alguien que no era de su elección, lo menos que podían hacer era concederle una tarde de respiro antes...

Estaba detrás de ella.

Janessa no lo había oído acercarse, pero nunca lo oía. Siempre aparecía de la nada y se aproximaba a ella como una sombra.

La princesa alzó la mirada y sonrió. Él no le devolvió la sonrisa, pero nunca lo hacía.

Se sentó a su lado en el banco y se miraron el uno al otro. Como siempre, Janessa levantó la mano y recorrió suavemente el entramado de cicatrices que estropeaban un lado de su bello rostro. Al menos no tenía más que la última vez que lo había visto.

La primera vez que había ido allí, la primera vez que se había escabullido de palacio hacía años para escapar de alguna reprimenda que hacía tiempo había olvidado, había llegado a aquel lugar. Mientras estaba allí llorando sola, cuando lo único que quería era huir de aquella ciudad y de su familia, él se le había acercado y la había consolado en silencio. A lo largo de los años, cuando se sentía herida o sola, había ido allí y él la estaba esperando.

Aquella primera vez que se había acercado a ella tenía sólo una cicatriz en la cara. A partir de entonces, cada vez que se veían había más cicatrices, más marcas, pero ella nunca le preguntó su origen y él nunca se lo contó.

Bastaba con que estaban allí el uno para el otro. Río, había dicho llamarse, y a ella le había parecido acertado porque cuando hablaba con su voz suave podía imaginarse un arroyo solitario que cantaba su propia melodía triste. Al principio se había mostrado renuente a hablar con ella, pero ahora era como si no pudiera esperar para desahogarse y hablaba de sus esperanzas y sus sueños de libertad, de una nueva vida, siempre de una nueva vida, como si la que tenía le resultara casi insoportable.

Tan desesperada había estado ella por retenerlo, tan desesperada por conservar su amor secreto, que no le había dicho su verdadero nombre y, al ver un pájaro posado en un árbol cercano le había dicho que se llamaba Jay^[2]. No había querido mentirle, pero en aquel momento le había parecido oportuno. ¡Dioses, si quizá Río ni siquiera fuera su verdadero nombre! Pero a ella le importaba muy poco. Lo único que importaba era que al menos tenían algo de tiempo para estar juntos.

—Hola, Río —susurró ella sonriendo.

—Hola, Jay. —Él no le devolvió la sonrisa, pero Janessa vio en sus ojos que se alegraba de que hubiera ido.

Entonces, a la sombra de un viejo olmo sin hojas, se besaron.

Las últimas noches Rag había dormido en un duro catre. No era muy cómodo, pero era muchísimo mejor que dormir en el tejado de una taberna. Aunque tenía que reconocer que la compañía no era tan buena como su anterior pandilla. Burney roncaba como si rebuznara un asno y acababa mirando en la oscuridad el enlucido desconchado del techo durante horas interminables. No tenía ni idea de cómo se las arreglaban Krupps y Steraglio para dormir con esos ronquidos, pero se apagaban como velas mientras que ella permanecía allí tumbada escuchando el estruendo.

Los tres hombres compartían una habitación en una casa diminuta a dos puertas de distancia de El Ciervo Negro. Krupps había dicho que sería mejor que ella también se mudara, ya que ahora era de la banda. Rag se había preguntado si era buena idea convivir con tres hombres adultos. Era joven, pero no se hacía falsas ilusiones sobre lo que podría ocurrirle si alguno se encaprichaba de ella. Sin embargo, al final sus ganas de unirse al Gremio habían prevalecido. Si era lo que hacía falta, eso sería lo que haría.

Steraglio se la quedaba mirando de vez en cuando. Él creía que lo hacía cuando ella no se daba cuenta, pero a veces lo veía por el rabillo del ojo. Le daba miedo, aunque no lo admitiría. Intentaba mantenerse alejada de él o que estuviera por ahí alguno de los otros dos. Burney era grandote y su aspecto daba miedo, pero era muy dulce. Krupps, con su atractivo rostro y sonrisa descarada, la tranquilizaba. Había empezado a llamarla Sweets^[3], siempre con un guiño y una sonrisa, cosa que a Rag le gustaba mucho. La gente rara vez había hecho el esfuerzo de ser amable con ella. A medida que pasaba el tiempo se encontró con que Krupps le gustaba cada vez más.

A pesar de lo apretujados que dormían, Rag no tenía ninguna queja. Empezaba a sentirse parte de la banda. A veces Krupps y Burney hasta le preguntaban su opinión sobre algo, nada demasiado importante, pero la hacía sentir más como una igual, como uno de los muchachos.

Pero lo mejor era que ya no tenía que robar para hacerse con unos peniques con los que poder comer. La casa tenía una despensa y Krupps hacía el desayuno (huevos y jamón, o bien salchicha especiada) todos los días. Con pan y queso a mediodía y un caldo de alguna clase por la noche, Rag nunca había comido tan bien. Hubo unas cuantas veces que, como una idiota, se había atiborrado tanto que había llorado de placer y luego por el dolor provocado por el empacho.

No se olvidaba de los que había dejado atrás. Echaba de menos a Chirpy, a Migs y a Tidge, e incluso a Fender, si lo pensaba mucho, pero ahora formaban parte del pasado. Ahora tenía una nueva pandilla, una banda de verdad, no solamente a unos jovencitos dispuestos a jugársela en las esquinas de las calles.

Aun así, a medida que iban transcurriendo los días y no pasaba nada, Rag empezó a preguntarse ciertas cosas. Daba la impresión de que lo único que hacían era pasar el

tiempo bebiendo. De vez en cuando Steraglio abría un libro y en alguna ocasión Krupps desaparecía de la casa durante un tiempo, pero, aparte de eso, no parecían hacer mucho precisamente. No es que Rag se estuviera quejando. No le correspondía hacerlo. Seguro que debían de saber lo que hacían.

Sin embargo, al cabo de unos cuantos días surgió trabajo de repente.

—Bueno, Sweets —dijo Krupps. Rag acababa de despertarse y bajaba por las escaleras. Estaban todos allí sentados esperándola—. Ha llegado la hora de que trabajemos un poco.

Krupps iba ataviado como un dandi, con una ropa que Rag no había visto nunca. Llevaba una camisa con mangas abullonadas, un chaleco de satén y calzones a juego. Sobre una silla había un abrigo confeccionado con la misma tela. Se había alisado el pelo peinándose hacia atrás con alguna clase de ungüento y desprendía un aroma tan dulzón que casi mareaba. Steraglio iba vestido de forma parecida, aunque él seguía oliendo a calcetines rancios. Burney tenía el mismo aspecto de siempre, grueso y sudoroso.

—¿Adónde vamos? —preguntó Rag mientras se restregaba los ojos.

—Lo averiguarás muy pronto —repuso Krupps—. Y ahora ponte esto.

Recogió un montón de seda azul y la lanzó en dirección a Rag. Hasta que la joven no lo atrapó y lo sostuvo en alto no se dio cuenta de que era un vestido.

Nunca había llevado un vestido, y un cuerno iba a empezar entonces. Y menos con una prenda con la que iba a parecer una puta de la calle Verdant.

—Debéis de estar de broma si creéis que voy a ponerme este vestido.

—No estamos de broma, Sweets. Y también tienes que cepillarte el pelo.

Rag los fue mirando uno a uno. Sus expresiones confirmaron que aquello no era una broma.

Volvió arriba y tardó una eternidad en ponerse el vestido, pero al final lo consiguió después de adivinar la diferencia entre la parte delantera y la trasera. Por suerte los zapatos a juego eran de suela plana, de ningún modo hubiera caminado con los tacones puntiagudos que a veces llevaban las chicas de la calle. El pelo resultó todo un reto, anudado y enmarañado como estaba, pero al fin logró pasarse un peine y regresó abajo.

Krupps sonrió.

—¡Sweets! Pareces...

—¡No digas ni una puta palabra! —le espetó sintiéndose completamente ridícula.

—Puede que tengamos que trabajar en los modales —comentó Steraglio.

—¿Alguien va a decirme para qué es todo esto? —Rag hizo un gesto hacia el vestido que colgaba de ella como una sábana chillona.

—Todo a su tiempo, Sweets. De momento acostúmbrate a tener aspecto de una damisela como es debido.

«¡A la mierda!», tenía ganas de decir. «¡Y a la mierda este vestido!», pero mantuvo la boca cerrada. Ya se había quejado bastante.

—Muy bien, vámonos —dijo Krupps, y abrió la puerta de la casa.

Mientras Rag y Steraglio salían tras él, ella preguntó si Burney también venía.

—Esto requiere de un poco de sutileza, Sweets. A Burney no se le da bien, por lo que de momento vamos a dejarlo fuera.

Parecía razonable. Burney era tan sutil como un caballo de guerra.

Se dirigieron hacia el sur por la ciudad, hacia el centro, y Rag no tardó en darse cuenta de adónde iban. Tenía que tener la boca cerrada y no acosarlos con preguntas, pero no pudo contenerse.

—Vamos al barrio de la Corona —dijo al fin.

—Muy bien —repuso Steraglio—. Pero ¿crees que podrías concentrarte en estar guapa con este vestido y hablar menos?

Rag quiso decirle que se fuera a la mierda, pero se lo pensó mejor... Krupps no siempre estaría allí para protegerla. Ella quería saber cómo iban a entrar en el barrio de la Corona, puesto que estaba separado del resto de la ciudad por un muro, pero imaginó que pronto lo averiguaría.

Al llegar frente a una de las puertas de hierro forjado que permitían la entrada al barrio, Krupps hizo una seña para que se detuvieran.

—Bien, dejadme hablar a mí. En cuanto entremos, procurad actuar con toda la naturalidad posible. Como si éste fuera nuestro sitio. —Miró a Rag como si eso fuera a resultarle un problema—. Bueno, haced lo que podáis.

Dicho esto, caminó hacia la puerta. Había tres Casacas Verdes que estaban por allí sin hacer nada, pero que cuando ellos se acercaron se pusieron firmes. Rag pensó que se les había acabado el juego en aquel mismo instante. ¿Cómo iban a entrar allí? Había sido una idea estúpida; se parecía tanto a una encopetada como a una vaca preñada.

—¿Va todo bien, amigo? —dijo uno de los Casacas Verdes al tiempo que alargaba el brazo para estrecharle la mano a Krupps.

—¿Qué tal estás, Westley? —repuso Krupps.

Si una cosa tenía Rag es que era rápida: rápida a la hora de ver venir los problemas y para ver el dinero. Cuando los dos hombres se estrecharon la mano, aunque ocurrió en un instante, vio una corona de oro que pasaba de la palma de Krupps a la del Casaca Verde.

—No puedo quejarme, viejo amigo —contestó Westley, que se hizo a un lado y dirigió una seña a los otros dos Casacas Verdes. La puerta de hierro chirrió cuando la abrieron para permitirles la entrada a una parte de la ciudad que Rag no había visto nunca. Aquél era el barrio de la Corona, donde vivían los ricos y privilegiados, y donde había más riquezas de las que ella podía llegar a imaginar... y podía imaginarse muchas.

Krupps sonreía ampliamente cuando entraron paseando, como si aquello fuera lo más natural del mundo. Rag se detuvo en el umbral consciente de que eso estaba mal, de que tenía prohibido entrar allí. Sencillamente no pertenecía a aquel lugar, pero un

firme empujón por parte de Steraglio la hizo cambiar de opinión enseguida y cruzó la puerta a trompicones por detrás de Krupps.

Una vez dentro, Rag no pudo más que maravillarse al ver los edificios, sus limpias fachadas revestidas de piedra, sus ventanas relucientes... Bueno, el hecho de que tuvieran ventanas ya era sorprendente. Aquí y allá los senderos estaban bordeados por unos arceles de hierba bien recortada adornados con flores que, aunque estaban perdiendo su lustre con la llegada del otoño, a Rag le parecieron muy hermosas. Aquí y allá había un arbusto recortado con pericia para que pareciera un pájaro o un cervato. ¿Cuánto tiempo habrían tardado en darles forma? Y había una cosa extraña... Rag tardó un poco en darse cuenta de que aquella parte de la ciudad no apestaba a comida podrida o a excrementos humeantes.

Las calles no estaban atestadas de chusma: apenas se veía un alma. Le maravilló que hubiera tanto espacio para tan poca gente. Y aquéllos a los que vio parecían deslizarse con una gracia que se apartaba mucho del modo de andar furtivo y con fuertes pisotones de los que vivían en los Muelles o en Northgate. Era como si aquellas personas no tuvieran ni una sola preocupación en el mundo; paseaban sin rumbo con su immaculado atuendo hecho a medida, oliendo a perfume y aceites exóticos..., y eso sólo los hombres.

—Cierra la boca —le dijo Steraglio en voz baja—. Estás mirando boquiabierta a esa gente como si anduvieran por ahí desnudos. Intentamos encajar. Mirando así sólo conseguirás llamar la atención. Para eso hubiéramos podido ponerle el vestido a un mono.

Rag se recuperó. Habían ido allí a hacer un trabajo y no iba a ser ella la que lo jodiera.

—¿Sabemos adónde vamos? —preguntó Steraglio que cuanto más deambulaban por las anchas calles más nervioso parecía.

—Cálmate —contestó Krupps—. Sé exactamente adónde vamos.

Era evidente que Steraglio se sentía tan fuera de lugar como Rag. Sus rasgos severos tenían un ceño muy fruncido e iba mirando a todas partes como una gallina que esperara ver al zorro.

Al cabo de poco salieron a una plaza amplia bordeada de árboles. El magnífico césped del centro estaba rodeado por cuatro hileras de casas, todas ellas protegidas por una puntiaguda verja de hierro.

—Ya hemos llegado —anunció Krupps dirigiendo un gesto con la cabeza a la casa situada en el extremo nordeste de la plaza—. La vivienda de Barnus Juno. El tratante de especias más rico de Steelhaven.

La casa tenía tres pisos, pero, a diferencia de otros edificios de tamaño similar de otras partes de la ciudad, sus paredes eran rectas y las tejas del tejado eran uniformes y estaban bien puestas.

—¿Qué nos parece? —Krupps dirigió la pregunta a Steraglio.

—Nos parece que todas las ventanas de abajo están atrancadas —respondió

mirando con los ojos entrecerrados al otro lado de la amplia zona verde—. ¿Y la parte de atrás?

—No hay entrada, por el otro lado la casa da al teatro de la ópera.

—Por lo tanto nos queda la puerta principal o el segundo piso.

Krupps movió la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Y bien, Sweets? ¿Qué será?

Rag se quedó helada. Era por eso que la habían traído. Éste era su trabajo: entrar en la casa de un comerciante de especias. Pero ¿cómo?

—Bueno...

—¡Ya lo sabía, joder! —exclamó Steraglio—. Todo esto ha sido una pérdida de tiempo.

Krupps le lanzó una mirada asesina y Steraglio se echó atrás. Se alejó caminando por la hierba mascullando maldiciones para sus adentros.

—Puedes entrar, ¿verdad, Sweets? —le preguntó Krupps. En esta ocasión su acostumbrada voz dulce tenía un leve tono de crispación.

Rag tenía que colarse allí o confesar y decirle que no tenía ni idea de cómo entrar en las casas. Si confesaba, se acabó el Gremio. Volvería al tejado de El Toro y volvería a robar peniques.

Le sonrió y le guiñó el ojo tal como él hacía a menudo.

—Pues claro que puedo, Sweets —respondió ella con sorna. Se sintió complacida y muy aliviada al ver que su jugada había dado resultado y que Krupps le devolvía la sonrisa.

—Buena chica. Así pues, ¿qué dices? ¿La puerta o la ventana?

Rag volvió a mirar la casa. Tenía poca experiencia forzando cerraduras. Fender había intentado enseñarle un par de veces, pero lo único que había hecho ella había sido doblar una de sus ganzúas y romper la otra dentro de un candado. Después de aquello ya no volvió a dejar ni que se acercara a sus herramientas.

—Será más fácil por la ventana —respondió haciendo todo lo posible para que pareciera que sabía lo que se traía entre manos.

—Bien. Eso está bien. Conocemos la distribución, de modo que no debería haber sorpresas durante la noche. Tú trepas hasta el primer piso, te metes por la ventana, bajas y nos dejas entrar por la puerta principal. Es pan comido.

—Y seguro que este tal Barnus Juno no está en casa, ¿no? —preguntó ella. Lo último que quería era entrar en la casa y encontrarse con que un comerciante de especias furioso la estaba esperando con un cuchillo de carnicero.

—Está en Coppergate. Estará fuera una semana. Dentro no hay nadie..., a menos que haya dejado a su perro, claro.

—¿Qué coño dices? —Saltó Rag, probablemente en voz demasiado alta.

Krupps se rió.

—¡Mira que eres ingenua, Sweets! Relájate, no hay ni perro ni comerciante. Sólo tú, nosotros y un montón de dinero esperando a que se lo lleven a su nuevo hogar.

—¿Y sabemos que el Gremio nos apoya en esto? —Sabía que no debía hacer más preguntas, pero no pudo contenerse.

—Tienes que aprender a confiar un poco —respondió Krupps, y le puso la mano en el hombro—. ¿Estaríamos tan locos como para hacerlo sin el permiso del Gremio? Sé que Burney es bobo y que Steraglio es «intrépido», pero yo no estoy loco. ¿Por qué iba a meterme en semejante lío?

Rag supuso que eso tenía sentido. Nadie quería disgustar al Gremio, daba igual lo provechoso que fuera un trabajo.

—¿Habéis acabado ya, vosotros dos? —dijo Steraglio que regresó pisando con fuerza por el arreglado césped.

—Casi —contestó Krupps—. Necesitaremos una palanca de hierro para la ventana. Sabes manejar una barreta, ¿no? —Rag no tenía ni idea de lo que era una barreta, pero asintió de todos modos.

—Muy bien, pues ahora que ya hemos aclarado esto, vamos —dijo Steraglio, que se encaminó a la puerta sin esperar a ver si lo seguía alguien.

Krupps y Rag fueron detrás de él, aunque los guiaba a un paso vertiginoso. Era como si aquel lugar los estuviera juzgando, acusándolos antes de que empezaran siquiera, y cuanto antes se marcharan de allí, mejor. Y fue entonces cuando al doblar una esquina, ya cerca de la puerta, se detuvieron de pronto porque estuvieron a punto de tropezar con dos damas suntuosamente vestidas.

Una de ellas era alta y delgada y llevaba el rostro muy pintado, aunque no lo suficiente para llenar la gran cantidad de arrugas que surcaban su piel. Los polvos y la pintura conseguían de algún modo hacer que pareciera aún mayor y más grotesca de lo que ya era. La otra mujer era mucho más baja y casi tan ancha como alta, con un pecho abundante a punto de derramarse por encima de su vestido rojo.

Steraglio se hizo a un lado y frunció el ceño, molesto, pero Krupps intervino antes de que su cómplice perturbara a las mujeres.

—Les pido disculpas —dijo afectando un aire altivo si bien encantador—. Con las prisas casi tropezamos con ustedes. Discúlpennos.

La mujer alta miró por encima del hombro con desprecio, pero su amiga más baja y rolliza se había fijado en Rag.

—¡Vaya! ¿Qué tenemos aquí? —dijo con una sonrisa que le hinchó los carrillos como la panza de un borracho—. ¡Qué encanto! ¡Y qué vestido tan bonito! ¿Adónde vas con tu papá, querida?

Rag se la quedó mirando. Que la mujer describiera la monstruosidad que llevaba puesta como «bonita» la desconcertó un poco. Si abría la boca y hablaba como la ratera de la calle que era, todo se iría al traste, de modo que se limitó a seguir mirando con cara de boba.

—Lo siento, pero mi hija es un poco simple —dijo Krupps al tiempo que agarraba rápidamente a Rag por el brazo—. No ha sido la misma desde que falleció su madre. Su tío y yo estamos...

—¡Es terriblemente trágico! —La mujer gorda se agachó y le pasó una mano por el pelo a Rag... Gracias a los dioses que se lo había peinado antes. Sus enormes pechos casi se cayeron del vestido al inclinarse. La joven volvió la cabeza asqueada.

La otra mujer dio un paso adelante mirando por encima de su larga nariz.

—Sí, es terriblemente trágico. ¿Cómo dijo que se llaman?

—No lo hemos dicho —repuso Krupps con una sonrisa.

La mujer alta lo escudriñó con expectación.

Él parecía estar perplejo. Pese a su animada labia, estaba claro que no sabía qué decir. Aquella mujer parecía astuta: decir el nombre equivocado en el lugar erróneo podría hacer que se pusiera a llamar a gritos a los Casacas Verdes. Por el rabillo del ojo, Rag vio que Steraglio se sacaba algo de la manga de la chaqueta. Poco a poco apareció una larga hoja plateada en su mano.

—Así pues, ¿sus nombres son? —insistió la mujer en tono cada vez más serio. No iba a cejar hasta que se aclarara el tema. Su gorda amiga dejó de acariciarle el pelo a Rag y se volvió a mirar a los hombres con recelo.

Steraglio dio un paso adelante.

—¡Qué os jodan, viejas brujas! —gritó Rag a voz en cuello.

Acto seguido pasó a toda prisa junto a ellas, chocó contra Steraglio y lo empujó en dirección a la puerta de acceso al barrio de la Corona. En aquel instante se marcharon todos, Steraglio iba el primero y Krupps el último mientras se alejaban a toda velocidad por los adoquines relucientes. La puerta aún estaba abierta cuando al fin llegaron, aflojaron el paso antes de cruzarla tranquilamente y Krupps sonrió a Westley y a los otros dos Casacas Verdes al pasar.

—Podría haber ido peor —comentó Krupps alegremente mientras se dirigían de vuelta a la casa.

Rag no pudo más que coincidir con él y miró a Steraglio, que había vuelto a ocultar el cuchillo. Podría haber sido muchísimo peor.

Kaira estuvo tres días esperando en su habitación. Le habían dicho que alguien se pondría en contacto con ella, pero no vino nadie la primera noche, ni la segunda. Al dueño de El Poni y el Violín no parecía importarle que estuviera allí, él se limitaba a proporcionarle comida y no pedía nada a cambio.

De modo que Kaira esperó.

Mientras tanto se mantuvo ocupada perfeccionando su cuerpo y su mente, utilizando el escaso espacio de la habitación para ponerse a prueba física y mentalmente. Usó la cama y las vigas del techo para trabajar los músculos: cincuenta ejercicios de brazos, cien flexiones, doscientas abdominales. Levantó la mesa de madera sobre la espalda e hizo sentadillas hasta que le ardieron los muslos. A continuación se estiró, se agarró los tobillos y se inclinó hasta tocar las rodillas con la cabeza manteniendo las piernas rectas como una flecha y apoyando las palmas en el suelo, luego pasó cada brazo por encima del hombro y juntó las manos a la espalda.

No se le escapaba la necesidad de seguir estando fuerte y ágil. Esta misión sería difícil y Kaira no tenía ni idea de cuándo iba a hacerle falta su habilidad como luchadora.

Para fortalecer la mente sencillamente se sentaba a rezar. Vorena sólo velaría por ella si se mantenía firme de pensamiento y propósito. No debía permitir que nada le influyera, no debía permitir que nada se interpusiera en su camino. No era fácil mantener la concentración en un lugar tan ajeno a todo lo que conocía y sin la presencia constante de sus hermanas. Las Doncellas Escuderas eran una orden acostumbrada a trabajar como una unidad y al no tenerlas a su lado a Kaira le resultaba difícil encontrar la fuerza que iba a necesitar para la empresa que tenía por delante.

Pero la tarea había sido asignada. Era su castigo por la falta de control de la que había dado muestras. Kaira llevaría a cabo su misión, cumpliría con su deber y no dejaría que nada se lo impidiera.

Al tercer día llamaron a la puerta.

Kaira la abrió sólo un poco y miró a la penumbra esperando que fuera su contacto, pero preparada por si no lo era. Al principio no veía más que oscuridad, aunque, cuando sus ojos se acostumbraron a la luz que daba la única vela del candelabro de la pared, vio a una figura en la penumbra.

—¿Vas a invitarme a entrar? —preguntó una voz desde la oscuridad. Era una voz femenina, y joven. Puede que a otra persona esto la hubiera tranquilizado, pero Kaira había entrenado a chicas que eran jóvenes, chicas que eran menudas, y sabía lo peligrosas que podían ser.

No obstante, dio un paso atrás y abrió la puerta a la desconocida, con los músculos tensos y preparados para cualquier ataque.

La joven entró. Era delgada, llevaba una capa que la cubría de la cabeza hasta las

rodillas y cuando se retiró la capucha estaba sonriendo.

—¿Estás bien? —le preguntó en tono familiar, como si fueran viejas amigas, como si esto fuera lo más normal del mundo. Como si el mundo de Kaira no se hubiese derrumbado a su alrededor y no hubiera caído en desgracia, ni se hubiera visto forzada a abandonar su casa y obligada a desempeñar una tarea para la que no servía en absoluto.

—¿Quién eres? —replicó Kaira, que no estaba de humor para cumplidos.

La chica sonrió aún más.

—Tengo muchos nombres, pero puedes llamarme Buttercup.

«¿Buttercup? ¿Qué clase de nombre era ése? Era viejo, un apelativo con el que los granjeros sentimentales llamaban a sus novillas de concurso».

—¿Esto es una broma?

La sonrisa de la chica perdió un poco de su humor.

—Descubrirás que yo sólo bromeo en raras ocasiones. Y ahora no es una de ellas. De modo que te lo volveré a preguntar: ¿Estás bien? ¿Estás en forma?

«Por supuesto que estoy en forma, soy una Doncella Escudera de Vorena, una defensora de los débiles, un instrumento de rectitud afilado y templado en las llamas de la batalla, listo para acabar con los enemigos de mis dioses y mi rey».

—Sí.

—Excelente. Te hará falta allí adonde vamos. He concertado un encuentro, de manera que lo único que tienes que hacer es presentarte y quizá demostrar algunas de tus... habilidades.

Kaira no se hizo falsas ilusiones en cuanto a lo que significaba eso. Con suerte no tendría que matar a nadie durante el proceso.

—¿Cómo sabré lo que tengo que hacer una vez que haya demostrado mi valía?

Buttercup inclinó la cabeza como si estuviera hablando con un niño.

—Tú déjame eso a mí, cielo. Intenta no pensar demasiado. Ciñámonos a lo que se nos da bien.

Kaira apretó los puños y resistió la tentación de enseñarle un poco de respeto a esa cría, pero intuyó que muy pronto tendría la oportunidad de desahogar su frustración.

—¿Nos vamos? —dijo la chica con un gesto hacia la puerta.

Kaira se puso la capa y la siguió sin decir nada.

Le pareció que el viaje por las calles era un poco menos sucio de lo que le había resultado la primera vez que dejó el Templo de Otoño. La gente con la que se cruzaba era un poco menos amenazadora, las prostitutas un poco menos lastimosas.

Con un creciente presentimiento, se dio cuenta de que se estaba acostumbrando a la miseria, adaptándose a ella, y eso le daba más miedo que cualquier otra cosa. Dentro de los confines del templo había estado protegida de aquella realidad, allí se conservaba su pureza, apartada de la corrupción de la ciudad, pero cuanto más caminaba por aquellas calles, cuanto más se mezclaba con los habitantes perdidos y

olvidados, más posibilidades tenía de parecerse a ellos.

Kaira apretó los dientes al considerar la perspectiva. Nunca podría permitir que la corrompieran. A pesar de todo seguía siendo una Doncella Escudera, seguía siendo una hermana elegida de Vorena, una llama brillante en la oscuridad, un faro para los extraviados. Por mucho que se hundiera en el fango, eso no lo olvidaría nunca.

—Hemos llegado —anunció Buttercup.

Se encontraban al norte de un ajetreado mercado de carne cuyo hedor casi le revolvió el estómago a Kaira. Buttercup la condujo por un callejón que discurría entre un par de altos edificios de piedra. Había dos hombres esperando en lo alto de una escalera. Saludaron con la cabeza a Buttercup, que empezó a bajar hacia la oscuridad, y miraron a Kaira con divertido recelo cuando pasó junto a ellos. Al pie de las escaleras, Buttercup abrió una puerta podrida y entró en una bodega húmeda y oscura.

El olor a humedad invadió el olfato de Kaira que se detuvo para que los ojos se le acostumbraran a la negrura. En la penumbra vio a un hombre sentado a una mesa de espaldas a ella. A un lado tenía una botella de vino y una copa.

Mientras esperaba, Kaira se percató de que había otras figuras en la oscuridad, en los extremos de la bodega, observando y aguardando. Tenía los nervios a flor de piel, todos los músculos tensos y estaba lista para atacar al primer indicio de peligro. En su cabeza algo le gritaba que esto estaba mal, que se estaba poniendo innecesariamente en peligro, pero logró dominar el impulso de salir huyendo.

Si no quería fracasar en su misión tenía que seguir adelante con ello.

El hombre terminó por fin su comida, se bebió lo que le quedaba de vino y se limpió la boca con un paño. Se reclinó en su asiento, soltó aire alegremente y a continuación se volvió a mirar a las dos mujeres.

—Ah, Buttercup —dijo en voz baja—. Siempre es un placer, querida. ¿Y a quién has traído a vernos?

—Palien, ¿puedo presentarte a Kaira? Antes era mercenaria, ahora lamentablemente no tiene trabajo.

—Oh, sí. —Palien se puso de pie y examinó a Kaira de arriba abajo con mirada apreciativa. Era un hombre enjuto, a pesar de su evidente apetito, con la cabeza cubierta de un espeso cabello oscuro y un bigote largo que se rizaba sobre el labio superior. Tenía unos ojos pequeños y oscuros cuya mirada incomodaba a Kaira—. Hemos oído hablar mucho de ti. Y no hay duda de que tu aspecto se corresponde.

Se pasó el pulgar y el índice por el bigote mientras la escudriñaba. Ella casi se esperaba que el hombre se acercara a comprobar la firmeza de sus ancas como haría con un caballo pura sangre.

—¿Crees que podrá servirte? —preguntó Buttercup. Kaira detestaba que hablaran por ella como si fuera una niña, pero le habían aconsejado que no dijera nada. Dadas las circunstancias, probablemente fuera lo mejor.

Palien meneó la cabeza de lado a lado.

—Es posible. Pero sólo hay una forma de asegurarse.

Kaira notó una repentina presencia junto a ella. No tuvo que volver la cabeza para saber que se trataba de un hombre... y uno grande, además. Se había acercado sin que ella lo oyera ni lo viera; fue un buen trabajo. Bien podría ser que fuera peligroso. Cuando el tipo levantó el brazo y arremetió con el hacha que empuñaba, Kaira se dio cuenta de que no había ninguna duda al respecto.

Se inclinó hacia atrás doblando la espalda de un modo imposible y el hacha cortó el aire a un par de centímetros de su nariz. Apenas tuvo tiempo de enderezarse y retroceder antes de que el hombre arremetiera de nuevo: tres golpes desesperados dirigidos a su cabeza, hombro y estómago. Ella los esquivó con tres pasos rápidos como el rayo.

Era un tipo grande, en efecto, con un rostro feo que aún resultaba más desagradable por la mueca furiosa de sus labios llenos de cicatrices. Tenía la nariz y los dientes hundidos, lo cual indicaba que había luchado con gran cantidad de oponentes en las calles.

Pero Kaira no era de la calle.

Ella era una guerrera nata, entrenada en un templo dedicado a todas las artes marciales.

El hombre no tenía ninguna posibilidad.

Cuando avanzó levantando mucho el brazo para asestar un nuevo golpe, Kaira se acercó y giró sobre sus talones. Se apretó de espaldas a él cuando el tipo bajaba el brazo de modo que éste pasó por encima del hombro de Kaira. Lo agarró de la muñeca, tiró hacia abajo del brazo que sostenía aquella hacha de aspecto perverso y se lo partió por el codo. El arma cayó al suelo de la bodega con estrépito y el hombre aulló de dolor. Le torció el brazo roto oyendo cómo el rugido del hombre se volvía cada vez más agudo, le golpeó la rodilla con la planta del pie y la mandíbula con el pulpejo de la mano en rápida sucesión. Aquel grandullón se desplomó en silencio, pero otro asaltante ya se apresuraba a salir de las sombras.

Éste le tiró una estocada con la espada dirigida a la cabeza y Kaira retrocedió lo justo para evitar el filo agudo, que aun así pasó tan cerca que notó cómo hendía el aire frente a ella. Cuando su adversario echó el brazo atrás dispuesto a asestar otro golpe, ella levantó el pie con fuerza y rapidez y le golpeó entre las piernas. El hombre lanzó un gáñido como de perro azotado, soltó la espada y se agarró sus partes con las dos manos. Kaira lo agarró del pelo y levantó la rodilla, le estampó la nariz en ella y le echó la cabeza atrás bruscamente hasta que ésta golpeó ruidosamente contra el suelo.

La joven se volvió a tiempo de ver que Palien hacía dos movimientos rápidos con la mano para indicar a otros dos de sus hombres que avanzaran. Uno era bajo y nervudo, llevaba una podadera en una mano y un cuchillo tosco en la otra. El segundo era más ancho de espaldas y así un garrote con ambas manos.

Aquellos dos hombres fueron más mesurados, más cuidadosos a la hora de

acercarse, dieron vueltas a su alrededor buscando un hueco en la defensa de Kaira.

Ella esperó. Al final tendrían que hacer algún movimiento; sólo era cuestión de tiempo. Una inspiración brusca la alertó del primer ataque y el del garrote se precipitó hacia ella, seguido de cerca por su amigo más bajo.

Kaira agachó la cabeza para esquivar el garrote y giró el cuerpo rápidamente justo a tiempo de evitar la podadera que aun así le rasgó la túnica. Logró arremeter con la mano plana y tensa y golpeó al hombre más bajo en la garganta con fuerza suficiente para hacerlo retroceder, aunque no lo bastante como para que el golpe resultara fatal. Palien quizá no apreciaría que matara a sus hombres, pero Kaira supuso que sería aceptable lisiarlos.

El garrote arremetió de nuevo y ella afirmó las piernas, atrapó el arma de madera con las manos y la detuvo a medio camino. Su atacante tuvo el tiempo justo de fruncir el ceño con desconcierto antes de que ella le arrancara el garrote de las manos y le golpeará con él la cabeza, con lo que el tipo se desplomó como un saco de patatas viejas.

Kaira alzó el garrote a tiempo de detener la podadera que volvió a atacarla ahora que el que la empuñaba se había recuperado. Las armas chocaron, saltaron astillas y la punta afilada se clavó en la madera. El hombre tiró de la podadera para liberarla pero se había encajado con fuerza y la joven no estaba dispuesta a soltar el garrote. El tipo soltó el arma con un gruñido de frustración y se quedó con el cuchillo tosco con el cual asestó tres rápidas cuchilladas que Kaira esquivó con facilidad.

A continuación propinó a su atacante un rápido garrotazo en la mano que le hizo soltar el cuchillo. El hombre abrió la boca para maldecirla, pero ella fue más rápida que su lenguaje soez, levantó el garrote, con la podadera aún clavada en él, y le propinó un golpe por debajo de la mandíbula. Él cerró la boca de golpe, se mordió la lengua con fuerza y soltó un chorro de sangre por la boca mientras se iba de espaldas y caía redondo al suelo.

Kaira miró a su alrededor buscando el próximo atacante, pero no acudió ninguno. Lo único que recibió fue un lento aplauso por parte de Palien que parecía extrañamente divertido al ver la facilidad con la que sus hombres habían sido vencidos.

—Una demostración impresionante —dijo con admiración—. No mentías, ¿eh, Buttercup?

—Yo nunca miento, Palien —repuso ella, aunque Kaira dudaba que eso fuera cierto.

—Pero ¿qué hacemos contigo? Eres demasiado guapa para hacer de matón, aunque estoy seguro de que si aparecieras dispuesta a recaudar un estipendio de los comerciantes a los que protegemos, éstos se pegarían por pagar. ¿Qué hacemos, qué hacemos?

—Tengo una sugerencia —terció Buttercup, que se acercó tanto que casi tocó a Palien. A él no pareció importarle tenerla tan cerca—. Quizá sería más apropiada para

mantener a raya a Ryder. Podría mantenerlo con vida mientras él finaliza el trato con Bolo, y si no cumple con su deber y se excede tirando nuestro dinero por la ventana, ella podría ejercer una suave persuasión para meterlo en vereda. Ryder estará mucho más predispuesto a escuchar a una mujer, sobre todo a una con unas habilidades tan evidentes.

Palien enarcó una ceja mientras pensaba en ello. Al cabo asintió.

—Una idea excelente. Por una belleza como ésta Ryder rodará por el suelo y dejará que le hagan cosquillas en la barriga. Ahora recuerdo por qué te tengo cerca, querida. —Buttercup sonrió—. Está bien, creo que puedo confiar en ti para que lo arregles todo. E intenta encontrarle algo mejor que ponerse. Tiene aspecto de haber llegado con la última tanda de refugiados.

Kaira asimiló todo esto en silencio. La sangre aún corría a borbotones por sus venas tras la emoción del combate real, pero se las arregló para contener el impulso de seguir adelante, de golpear a Palien por su insolencia y de abofetear a Buttercup hasta que le suplicara clemencia.

Por ahora tendría que esperar el momento oportuno.

Después de despedirse de Palien, Buttercup la guió fuera de la bodega con una amplia sonrisa en la cara.

—Pareces estar satisfecha de ti misma —comentó Kaira cuando ya habían dejado muy atrás el edificio.

—¡Pues claro que estoy satisfecha de mí misma! Salió mucho mejor de lo que podría haber planeado. Por cierto, bien hecho. Tu demostración fue ejemplar.

¿Ejemplar? Un logro como aquél no reportaba ningún placer especial a Kaira. Era una defensora de los débiles e indefensos y, pese a la emoción del combate, no se deleitaba infligiendo dolor a los demás, pero era muy consciente de lo que se esperaba de ella.

—Para eso estoy aquí, ¿no? Para hacer el papel de mercenaria hasta que deba hacer el de asesina.

Buttercup se detuvo de repente y se llevó a Kaira a un lado de la calle con expresión sombría.

—Estás aquí para ayudarme a encontrar el verdadero poder que hay detrás del Gremio para así poder destruirlo. El Gremio busca aún más riqueza y poder: esclavizarían hasta al último inocente de los Estados Libres si ello implicara conseguir dicho objetivo. Tú eres un arma, Kaira Stormfall, un arma que acabará con el mal que infesta esta ciudad. Naciste para ello.

—Pero ¿cómo vamos a conseguirlo de esta manera? Tengo que hacer de niñera de un criado de ese hombre llamado Palien. ¿Cómo va a ayudarme a cumplir con mi misión vigilar a un delincuente de poca monta?

Buttercup sonrió una vez más.

—¿Delincuente de poca monta? Merrick Ryder es mucho más que eso. Tiene una larga historia personal con el Gremio. Y además sus líderes lo escuchan. He trabajado

con Palien durante meses intentando conseguir una audiencia con ellos, pero en vano. A Ryder le encargaron su tarea actual los jefes del Gremio en persona. Y si tuviera éxito, es muy probable que deseen felicitarlo en persona. Y si fracasa, querrán ver con sus propios ojos cómo lo matan. Si lo ayudas tal como tenemos planeado, estarás con él cuando se reúna con los jefes para recibir la recompensa que hayan decidido entregarle. Entonces tendrás tu oportunidad de atacar.

—Si este tal Ryder es tan importante, ¿por qué me necesita? Si los amos del Gremio tanto lo valoran, debería ser capaz de cuidarse solo.

—Él todavía no sabe que requiere de tu ayuda, pero lo sabrá. En cuanto tengas su confianza, debes permanecer a su lado hasta el momento adecuado.

—¿Y cómo me ganaré su confianza?

Buttercup sonrió ampliamente, tomó a Kaira del brazo como si fuera una vieja amiga y la guió por las calles.

—Eso déjame a mí.

La Torre de las Velas era una estructura antigua, construida con rocas talladas de los negros arrecifes que recorrían la costa en toda su longitud. Daba a la gran bahía en forma de semicírculo, una construcción ingeniosa en sí misma que podía dar cabida a un millar de barcos amarrados holgadamente. Aunque ya había pasado sus buenos tiempos, seguía siendo un ajetreado centro de transporte del que salía una miríada de rutas comerciales por el mar Midral con galeones, carabelas, bergantines, pinazas y otras embarcaciones que iban y venían por centenares cada día. Y era desde la Torre de las Velas que todo este movimiento se urdía, controlaba y registraba con intrincado detalle.

Como era una estructura de mucha importancia, estaba vigilada día y noche por la Guardia Portuaria cuya librea con la corona y el ancla se exhibía con orgullo en los tabardos con los que cubrían sus corazas de color rojo langosta. Sus inconfundibles alabardas medían tres metros de largo y a sus hojas se les había dado una forma que recordaba a unas velas desplegadas.

Nadie tenía permitido entrar en la torre a menos que contara con la autorización correcta, no fuera que interfiriera en el funcionamiento interno de la administración del puerto. Para conseguir una audiencia con la capitana de puerto en persona, había que solicitarla por escrito y podían pasar diez días antes de lograr los permisos adecuados.

Merrick Ryder tardó menos de una hora.

—¿Te apetece un poco de vino? —preguntó la mujer—. ¿O quizás algo un poco más fuerte?

La capitana de puerto estaba junto a una vitrina de madera de roble pulida que contenía toda una colección de vinos y licores, algunos de ellos en intrincadas botellas de vidrio soplado, otros en licoreras o jarras de bronce moldeado.

—Tomaré lo que sea que estés tomando tú, Terese —respondió Merrick dirigiéndole su sonrisa.

Terese se acercaba a la mediana edad, era mayor de lo que a Merrick solían gustarle, pero seguía siendo relativamente atractiva. Aunque su cabello se estaba volviendo gris no había perdido su brillo y tenía el rostro arrugado, pero ni mucho menos ajado. Los años que había pasado presidiendo el vasto puerto de Steelhaven desde una silla forrada de piel le habían dejado un poco de peso adicional en el trasero, pero él podía tolerarlo. Nunca le había importado un poco de carne en una mujer.

—Es algo más fuerte —dijo al tiempo que servía dos vasos de un licor dorado de una licorera.

Se acercó, le tendió el vaso y luego se sentó en el borde de su enorme mesa.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti... o hay algo que puedas hacer por mí?

Terese tenía un brillo en los ojos y desde luego a Merrick no se le escapó la

sugerencia. A él le hubiera encantado demostrárselo; le hubiera encantado tumbarla sobre la mesa y darle lo que estaba pidiendo, pero dudaba que fuera la forma de proceder. Algunas mujeres eran muy dadas a eso, a abandonarse al momento, pero a pesar del flirteo de Terese, Merrick dudaba que ella fuera de ésas. Tenía la mesa dispuesta con demasiada meticulosidad, todos los libros de cuentas ordenados por fechas en el estante adecuado, las plumas dispuestas según su tamaño junto al tintero. No había rollos o manuscritos desperdigados por allí, todo tenía un sitio. Esto revelaba que era metódica, que tenía el control, y tumbarla sobre su mesa quizá fuera momentáneamente placentero, pero lo más probable era que no lo ayudara a conseguir lo que necesitaba.

—He venido en representación de ciertos grupos —dijo Merrick después de probar el licor. Era ardiente y dulce. Aún quedaba por ver si Terese resultaría ser igual—. Unos grupos que aprecian la rapidez y la eficiencia. Su cargamento es perecedero y necesitan entrar y salir del puerto en una noche. También son grupos que recompensan la discreción. Grupos que estarían dispuestos a pagar generosamente si pudieras satisfacer sus necesidades.

—¿En serio? —repuso ella, y tomó un sorbo de su vaso. Cuando lo bajó, tenía un atisbo de sonrisa en la cara, pero nada más.

«Es buena —pensó Merrick—. Y está claro que no es la primera vez que alguien le ofrece un soborno».

Había dos maneras de manejar la situación. Podías intentar seguir hablando y esperar que algo de lo que dijeras hiciera mella, que algo de lo que ofrecieras pudiera inclinar a la otra persona a aceptar. O podías quedarte callado, esperar a que fuera el otro el que diera el siguiente paso, que te diera una pista en cuanto a su precio.

Y todo el mundo tenía un precio.

El despacho de Terese carecía de sentimentalismo, pero los muebles eran caros y de magnífica factura; en una pared había un tapiz que representaba rutas comerciales por el mar Midral y que debía de haber costado una fortuna y había dos cuadros de antiguos maestros que incluso Merrick reconoció, y eso que no era un entendido en arte ni mucho menos. Esta habitación no se había equipado con las ganancias de una capitana de puerto. Terese tenía que tener algo más en danza, algún otro chanchullo aparte por el que cobraba generosamente.

—¿Qué tal está la bebida? —preguntó tras un silencio que pareció durar una eternidad.

«Su determinación empezaba a quebrantarse».

—Está buena —contestó Merrick.

Otra pausa. Más tiempo muerto en el que simplemente se miraron el uno al otro.

—¿Y quiénes son los grupos a los que representas? —preguntó ella al fin.

—¿Acaso te importa? —replicó él sonriendo de nuevo para que ella pudiera ver el blanco de sus dientes.

Consiguió una sonrisa a cambio.

Pero desapareció.

La mujer dejó el vaso a su lado en la mesa y le lanzó una mirada fría como el acero.

—Llevo veinte años trabajando en este puerto —dijo. De pronto Merrick se sintió como un niño al que su niñera iba a regañar—. Muchas de las leyes y normas por las que se rige fueron impuestas por mí. Una de ellas es la pena por hacer contrabando que, dependiendo del cargamento en cuestión, puede ser una cuantiosa multa, la pérdida de los dedos o incluso la horca.

Aquello no estaba yendo tan bien como él se había esperado. Merrick se inclinó hacia delante y dejó el vaso junto al de ella.

—Entiendo. Pues parece que nos queda poco de qué hablar.

La mujer recuperó la sonrisa.

—¿Tantas ganas de verme y luego te marchas tan rápido? Siéntate, chico, y déjame que te explique cómo va esto. —Se levantó y se dirigió al otro lado de la mesa, donde tomó asiento con tanta lentitud que el cuero de la silla crujió como si le doliera.

Fue al grano.

—Costará trescientas coronas por barco. Eso te garantizará un amarradero durante una noche, absoluta discreción y quedar fuera del registro del muelle. Quiero el dinero por anticipado y una vez que se me entregue no volverás a intentar ponerte en contacto conmigo. ¿Está claro?

«Joder, ya lo creo que sí».

—Como el agua, Terese —respondió Merrick con su mejor sonrisa.

Esta vez ella no se la devolvió.

—Pues si no hay nada más, soy una mujer ocupada.

Se lo quedó mirando, pero Merrick ya había captado el mensaje. Abandonaría la torre y el olor a pescado podrido tan rápido como pudiera.

Cuando estuvo otra vez en las calles, se sintió eufórico. Le palpitaba el corazón y todavía notaba el sabor del cálido licor en la lengua. Lo que necesitaba ahora mismo era beber por la victoria.

Pero ¿adónde podía ir?

Había un millar de garitos en la ciudad y Merrick había bebido en casi todos ellos. Sin embargo, la ocasión requería algo especial; no había nada como celebrarlo con los amigos y quería algún lugar familiar, algún lugar en el que fuera bienvenido. Sólo había un sitio... ¡El Perro Empapado!

Claro que la última vez que estuvo allí hubo un leve incidente cuando lo sorprendieron haciendo trampas a las cartas. Esto en sí mismo no hubiera sido tan malo si el hombre que lo pilló no hubiera descubierto a continuación que Merrick se había estado acostando con su mujer. Pero a estas alturas seguro que todo el mundo se había olvidado de eso..., ¿no?

Se detuvo al llegar a la puerta de El Perro Empapado. ¿Era tan buena idea? Su

mano se movió hacia la empuñadura de la espada que llevaba al costado.

«Siempre quedaba eso. Lo único con lo que podía contar».

Abrió la puerta preparándose para oír una sarta de insultos, cobrando ánimo por si le lanzaban un taburete, una mesa o algo peor.

No le lanzaron nada.

—¡Ryder! ¡Cuánto tiempo!

Merrick miró al fondo de la taberna y vio que Uli, el camarero, le sonreía desde detrás de la barra. Se abrió paso con cuidado por el local. Vio a su viejo amigo Olleg jugando a cartas con Gerlin en un reservado y los saludó con un gesto de la cabeza y una sonrisa. Olleg levantó una mano gordinflona y le devolvió el saludo mientras que Gerlin se limitó a fruncir el ceño. De todos modos, a Gerlin nunca le había caído bien, por lo que era demasiado esperar un abrazo y un beso por su parte.

Karll también estaba en el extremo de la barra y lo miró de reojo mientras se acercaba. No era de extrañar después de lo que había hecho su esposa, pero no todo fue culpa de Merrick.

—¿Qué va a ser, Ryder? ¿Lo de siempre? —le preguntó Uli.

En realidad no tenía una bebida habitual; bebía cerveza, vino, licores... lo que hubiera, pero ¿quién era él para cuestionar a su camarero favorito?

—Por supuesto —respondió—. Y una ronda para todos mis amigos. —Dicho esto, dio una palmada en la barra y dejó un puñado de monedas—. Que sigan llegando, Uli. Y tómate algo tú también.

Ante la promesa de bebidas gratis, Olleg y Gerlin terminaron su partida de cartas y casi tropezaron el uno con el otro con las prisas por acercarse a la barra. El primero lucía una amplia sonrisa que dividía su gordo rostro. El otro seguía ceñudo.

—¡Ryder, viejo canalla! —bramó Olleg para que lo oyera todo el bar—. ¿Dónde has estado escondiéndote estos últimos días?

—Aquí y allá. Ya me conoces... Lugares a los que ir, gente a la que ver.

Olleg se rió y le guiñó un ojo con complicidad. Uli colocó una hilera de picheles en la mesa y los llenó del vino de una jarra de peltre.

—Di más bien esposas a las que ver —terció Karll de pronto, alzó la cabeza de su bebida y dirigió a Merrick una mirada de reproche.

—No era mi intención llegar tan lejos, viejo amigo —dijo al tiempo que agarraba uno de los picheles y se lo ofrecía a Karll. Olleg y Gerlin también tomaron uno—. Brindemos para que sea agua pasada. Ya hace tiempo que somos amigos. Brindemos por el futuro, no vivamos en el pasado.

—Sí, por el futuro —dijo Olleg, que levantó su pichel.

Gerlin y Karll alzaron los suyos a regañadientes y los cuatro, junto con Uli, los apuraron con entusiasmo.

Cuando todos habían vuelto a dejar los picheles en la barra con un fuerte golpe y Uli empezaba a llenarlos otra vez, Merrick le dio una palmada en el brazo a Karll.

—No importa, viejo amigo. Tómate otra copa. —Uli ya había llenado los picheles

y Merrick se apresuró a ofrecerle otro a Karll.

—Sí, otra copa —gritó Olleg—. No recuerdo a una sola mujer a la que no pudiera olvidar después de una buena copa. —Alzó su pichel hacia el techo.

Merrick arrugó el ceño intentando seguir la lógica del jugador gordinflón, pero era demasiado temprano para eso y se contentó con apurar su pichel y pedirle a Uli que lo llenara de nuevo.

Al cabo de cuatro rondas el local ya se veía satisfactoriamente borroso y los cuatro se estaban riendo juntos otra vez como en los viejos tiempos. Estaba bien aislarse del mundo, del Gremio y de los locos traficantes de esclavos, tomar unas copas con los amigos sin la amenaza de una violencia inminente.

Dio la impresión de que la tarde transcurría desdibujada, la risa de Olleg era la más larga y escandalosa, pero, como siempre, se hacía menos molesta cuanto más bebía Merrick. Lograron incluso arrancarle una sonrisa a Karll y por lo visto Olleg había estado en lo cierto sobre lo de olvidar a su mujer. Gerlin intentó mantener su expresión avinagrada, pero al final Merrick logró ganárselo y no tardaron en estar riéndose como niños de nada en particular.

Cuando en el exterior el cielo empezaba a oscurecerse, un grupo de marineros borrachos entró a trompicones doblando así el número de clientes en un instante. Un par de ellos tenía aspecto de andar buscando problemas porque llamaron «gordo cabrón» a Olleg más de una vez, además de tachar a Merrick de petimetre jactancioso..., pero eso no podía discutirlo. Sin embargo, sólo hicieron falta dos rondas de cerveza para que lo solucionaran, y en cuestión de momentos todo el bar se había sumado a un estridente coro de «El contramaestre ha perdido su aparejo», seguido rápidamente de unos cuantos versos de «Mi perro cava zanjas profundas». Olleg se empeñó en cantar el verso de «Métele un armiño en los calzones» en voz más alta que ninguno de los marineros.

Merrick cayó en la cuenta de que, con toda la excitación, no había ido a orinar desde que había llegado, lo cual era toda una hazaña considerando lo que había bebido, y salió a trompicones a la parte de atrás sin dejar de reírse de Olleg, de los marineros y de la vida en general.

Soltó un audible suspiro cuando la orina se liberó y cayó en el arroyo de la calle con un golpeteo. Siempre había orinado como un caballo y disfrutaba mucho haciéndolo; muchos decían que era señal de buena salud, ¿y quién era él para discutirlo? Cuando terminó, se ató el cordón de los calzones con torpeza mientras miraba la luna que resplandecía sobre él, llena y roja como la sangre.

La luna asesina.

—No es una buena señal, ¿eh, Ryder? —Se sorprendió tanto que estuvo a punto de pillarse la punta del pene con el nudo que estaba haciendo—. La luna roja es un mal presagio.

Merrick se dio la vuelta tambaleándose un poco y entrecerró los ojos para ver quién lo había estado observando en la penumbra.

—¿Quién anda ahí? —gritó—. Voy armado, te lo advierto.

—Eso ya lo vemos. —Una figura salió de las sombras del callejón y Merrick notó que se le erizaba el vello de la nuca.

—¡Shanka! Me alegro de verte.

—Apuesto a que sí —dijo Shanka el Prestamista.

Su larga y lacia cabellera enmarcaba un rostro anguloso y duro que era todo malicia y crueldad. ¿Por qué había decidido Merrick pedirle dinero prestado a un hombre como aquél? ¿Acaso estaba loco? Pero, claro, ¿por qué uno pedía dinero prestado a hombres como Shanka? Era por desesperación.

—Iba a pasar a verte, en cuanto hubiera...

—Ahórratelo, Ryder. Ya es demasiado tarde para toda esa mierda. Me debes dinero, ha vencido el plazo y es hora de pagar. De un modo u otro.

Merrick sabía sin comprobarlo que el dinero que antes tenía en el monedero ya no estaba. No es que importara; antes de haber pagado las bebidas para toda la taberna ya no llevaba suficiente para saldar la deuda que tenía.

—Vamos, aguarda un minuto, Shanka. Puedo pagarte. En este mismo momento estoy haciendo un trabajo para el Gremio.

—Sí, eso parece. Si estuvieras trabajando para el Gremio, no estarías emborrachándote en El Perro Empapado. Estarías haciendo todo lo posible para terminar el trabajo y que así pudieran pagarte... y tú pudieras pagarme a mí.

—Es la verdad —dijo Merrick en un tono más desesperado de lo que le hubiese gustado.

De pronto hubo un movimiento entre las sombras por detrás de Shanka y otras dos figuras avanzaron, unos cabrones fornidos de aspecto peligroso. Merrick miró la puerta que daba a la taberna, pero antes de que pudiera pensar en utilizarla, alguien la cruzó, alguien grande y robusto al que no reconoció: otro de los esbirros de Shanka.

—Quiero mi dinero o te quitaré algo que no querrás perder. ¿Qué va a ser?

—Tendrás tu dinero, Shanka. Es una promesa. Sólo tengo que terminar el trabaj... ¡Uuuufff!

El más próximo de los hombres de Shanka le pegó en el estómago. Fue un golpe fuerte, uno de esos que iban del vientre a los dedos de los pies. Merrick se quedó sin aliento, pero se las arregló para seguir de pie, retrocedió tambaleante hasta apoyarse en la pared, consciente de que se estaba hundiendo hasta el tobillo en el pis embarrado.

No había más remedio. Tendría que enseñarles un par de cosas a esos cabrones. De ninguna manera iba a dejar que Shanka y sus matones se tomaran libertades.

Merrick se mantuvo tan derecho como pudo, llevó una mano a la empuñadura de su espada con la otra agarró la vaina por arriba.

—Me parece justo advertirte, Shanka, que sé utilizar esto. No me pongas a prueba o me veré obligado a desenvainar. Me educó en el Colegio de la Casa Tarnath, lord Macharias en persona me enseñó los sesenta y seis *Principiums martial*. He matado a

doce hombres en combate singular y no tendré remordimientos cuando tenga vuestros jodidos cadáveres sangrando a mis pies. Y ahora retroceded.

Aunque sus hombres se miraron los unos a los otros con aire indeciso, estaba claro que Shanka no había quedado impresionado.

—Rompedle las piernas a este hijo de puta —ordenó.

Si sus hombres tenían alguna duda, Shanka las dispó al instante con su orden.

Merrick desenvainó la espada... o al menos la empuñadura de su espada. Cuando la sacó la hoja se quedó metida en la vaina que no se ajustaba bien y él se quedó sujetando un mero pedazo de metal inútil.

«¡Mierda!».

Los hombres de Shanka se le estaban echando encima y estaba claro que el primero de ellos estaba conteniendo las ganas de mearse de risa. Merrick lanzó la empuñadura, le dio a ese hombre de lleno en la cara y a continuación hizo todo lo posible por huir valientemente. No había dado ni tres pasos cuando otro de los hombres de Shanka le golpeó en la mandíbula.

Merrick cayó contra la pared y le flaquearon las rodillas. Otro golpe en la cara lo dejó tendido en el suelo, revolcándose en un charco de barro y pis.

Entonces intervinieron los demás, le propinaron patadas y puñetazos sin piedad. Notó que se le quebraba una costilla, se hizo un ovillo, pero entonces recibió un golpe de lleno en la columna. Merrick gritaba intentando taparse la cabeza, el cuerpo y la espalda, pero sencillamente no tenía brazos suficientes para parar la avalancha de patadas y puñetazos que le estaba cayendo encima. Le reventaron la nariz. Le rajaron los labios. Se le aflojó un diente.

Lo agarraron por los brazos, tiraron de él para levantarlo y con los ojos hinchados vio que Shanka lo miraba con malicia por entre los mechones oscuros de pelo grasiento y lacio.

—¿Qué te dije, pequeño hij...?

Se oyó un alboroto por detrás de Shanka que hizo que éste se volviera. Uno de sus hombres cayó de bruces como si lo hubieran talado con un hacha.

Merrick vio una figura entre las sombras que se movía con rapidez y elegancia. Los matones de Shanka lo soltaron en el suelo mojado de orina y él no pudo hacer más que escuchar los gritos y chillidos de dolor y de pánico mientras les daban una paliza, el chasquido de un hueso al romperse, el golpe de un cuerpo contra el suelo.

Debía de estar desvaneciéndose con rapidez. Debía de haber recibido demasiados golpes en la cabeza porque cuando hubo cesado el alboroto y estaba a punto de sumirse en la inconsciencia, estuvo seguro de que oyó a una mujer que pronunciaba su nombre.

Un ángel dijo su nombre.

Río había estudiado la disposición del palacio con tanta diligencia que tenía las imágenes garabateadas en la cabeza con el mismo detalle que habían tenido en los rollos de papel vitela que el Padre de Asesinos le había dado.

Estaba en la oscuridad de la calle esperando para avanzar, pero en su imaginación ya había hecho esto un centenar de veces, ya había escalado los muros, ya había recorrido sigilosamente los pasillos de palacio evitando a los centinelas que se ocupaban de sus obligaciones.

Había conseguido entrar en el barrio de la Corona con mucha facilidad; el muro que lo rodeaba no era alto y los guardias no estaban lo bastante vigilantes para detener a Río cuando *pasó fluyendo, silencioso como la noche*. No obstante, los centinelas que rondaban por el palacio serían otro cantar. Por tanto, era una suerte que el Padre de Asesinos tuviera a alguien en palacio, alguien que estaba encantado de proporcionarles las distribuciones detalladas. Alguien muy dispuesto a trazar pacientemente los movimientos de los guardias de palacio que patrullaban el inmenso edificio.

Dos fornidos centinelas avanzaban hacia él por la base del muro de treinta metros que rodeaba Skyhelm. Iban en silencio, alerta, y no conversando como los guardias del Distrito de la Corona. Pero a pesar de su atención, sólo eran hombres: no verían ni oirían.

Una vez que los dos centinelas pasaron, Río salió de la oscuridad y sus pasos no hicieron ningún ruido cuando corrió hacia la base del muro y subió rápidamente unos dos metros y medio por la superficie de piedra antes de saltar y agarrarse a la gruesa cornisa que se alzaba a casi cinco metros a su lado. Se encaramó con facilidad agarrándose al muro de piedra con dedos de hierro, moviéndose como una araña, manteniéndose apartado de la luz de los faroles que recorrían la base del muro.

Fue subiendo lenta y silenciosamente sin despegarse de la pared. Sabía que habría más centinelas en lo alto y si uno de ellos se asomaba podría ser que viera su sombra negra moviéndose hacia ellos como un insecto gigante. Era el momento más peligroso, el momento en el que era más vulnerable, pero no podía apresurarse; tenía que permanecer en silencio.

Cuando ya casi estaba en lo alto del muro, se detuvo y esperó, escuchó por si oía ruido de pasos en el camino elevado de arriba. Los pasos llegaron, lentos pero seguros, mientras él aguardaba en la oscuridad.

Si el espía del Padre de Asesinos les había dicho la verdad, sería un balletero con armadura ligera. Los pasos de aquel hombre se aproximaron inexorablemente y luego se detuvieron justo encima de donde Río estaba aferrado. Se le aceleró el corazón, pero logró dominar el posible pánico. Era Río, *fluía con la corriente, corría para encontrar el mar*. Nada podía detenerle.

Tras una breve pausa, los pasos siguieron adelante y él soltó aire larga y

lentamente. En cuanto el sonido se hizo más distante, se aupó despacio y atisbó por el borde de la pared. No había nadie en ninguna de las dos direcciones, de modo que Río trepó al adarve y se deslizó en silencio entre las sombras.

Pese a la oscuridad distinguió el palacio y los terrenos circundantes. Escudriñó la penumbra intentando divisar a los centinelas que se encontraban entre él y el palacio. Al norte había un sendero que salía desde la puerta principal. Estaba hecho de gravilla que haría un ruido infernal al pisarla y revelaría su paradero de inmediato. Al oeste estaban los jardines de Skyhelm, cuya hierba ocultaría sus pisadas, pero donde también patrullaba un centinela con su perro. Ya los veía a los dos, aunque podría ser que el perro lo olfateara, que percibiera un nuevo olor extraño en el terreno. Pero Río debía seguir adelante.

Avanzó con la cabeza agachada y se deslizó por la escalera que salía del adarve. Los terrenos del palacio se hallaban brillantemente iluminados en gran parte con faroles ornamentales, pero aún había sombra suficiente para que él se ocultara. Los jardines se hallaban a oscuras y él estaba deseando alcanzarlos para sumirse en la ocultación que ofrecían.

En cuanto pisó la hierba mullida, se arrodilló y cogió la bolsa que llevaba atada a la espalda. La aflojó, sacó el contenido que dormía dentro y desató las ataduras que sujetaban sus patas diminutas. De otra bolsa que llevaba a la cintura sacó un frasquito y lo destapó. Los dos conejos que había traído estaban drogados, aunque levemente. Las sales del frasquito bastaron para despertarlos con un sobresalto y ambos salieron corriendo, presas de un pánico desesperado, y se adentraron en la negrura a toda velocidad como si los persiguiera un zorro.

Río observó y esperó, *inmóvil como el lago en verano*. Casi de inmediato lo saludó el sonido de unos ladridos a la izquierda, junto con el grito desesperado de un centinela que intentaba frenar a su perro. Mientras los gruñidos se movían en una dirección, Río fue en dirección contraria, acercándose al palacio.

La base de Skyhelm estaba rodeada de antorchas que iluminaban el magnífico edificio como una pira. El palacio se alzaba en el aire, una miríada de ventanas adornaban sus caras, las torres se elevaban aún más alto desde la estructura principal. Los pasillos de su interior serían como un laberinto, pero uno que Río había estudiado a conciencia. Se los sabía de memoria.

Un centinela con coraza iba andando por debajo de una pérgola que había en la base del edificio y él esperó a que pasara, tras lo cual salió corriendo a la luz. Afirmó un pie en una de las columnas de granito que sostenían la estructura y saltó al tejado.

Sus pies pisaron las tejas con suavidad y sin apenas un sonido llegó al muro y a la base de una enorme ventana. Estaba abierta. El hombre que el Padre de Asesinos tenía en palacio había hecho bien su trabajo.

Río deslizó la ventana para abrirla un poquito más y se metió en la habitación del otro lado. El interior era inmenso, un salón que sin duda se utilizaba para entretener a la élite de la ciudad, pero ahora se hallaba silencioso y oscuro.

Cruzó por el suelo de mármol hacia el extremo norte de la habitación donde había una sólida puerta doble. Al abrirla entró un hilo de luz y se detuvo mientras se le acostumbraban los ojos al pasillo del otro lado. No había centinelas y salió al pasillo bien iluminado sintiéndose vulnerable una vez más con aquella fuerte luz, pero mantuvo el pulso uniforme con su fuerza de voluntad, *una voluntad que nadie podía resistir, como la llegada de la marea.*

Al fondo del pasillo había una escalera que subía y que lo llevaría a los pisos superiores del palacio. Allí encontraría menos guardias. Y allí encontraría su objetivo.

Antes de que hubiera dado dos pasos una voz resonó por el pasillo y lo dejó paralizado.

—¿Quién anda ahí? No te muevas de donde estás.

Una figura con armadura se dirigía hacia él desde el otro extremo del pasillo. Pero ¿cómo podía ser? Río había estudiado los planos: conocía las patrullas, se las había aprendido hasta que fue capaz de recitarlas en sueños.

Estaba claro que el hombre del Padre de Asesinos no era tan competente como habían creído.

Río se limitó a quedarse quieto en el pasillo mostrando las palmas de las manos extendidas a los lados, sin darle motivos al centinela para que pensara que iba a resistirse. El hombre con armadura había desenvainado la espada y la blandió de forma amenazadora, pero se encontraban en un pasillo estrecho: no podría lanzar un tajo.

Aunque no es que Río le hubiese dado la oportunidad.

Antes de que el tipo pudiera alargar su enorme mano cubierta por el guantelete, Río avanzó hacia él y apartó la espada con una mano mientras que con la otra agarró el borde del casco del centinela. Le golpeó la cabeza contra la pared y el ruido metálico resultante fue más fuerte de lo que a Río le hubiese gustado, pero era necesario si quería abatirlo con rapidez. La espada cayó al suelo ruidosamente mientras el hombre intentaba con desesperación agarrar a su agresor, pero Río ya estaba encima de él y se movía con rapidez y elegancia, *como los rápidos que fluyen por las montañas*, y tenía el brazo en torno al cuello del centinela. Era un tipo fuerte y agarraba el brazo de Río con una fuerza increíble, pero no podría liberarse luchando, no antes de haber sucumbido a la falta de aire. La fuerza abandonó sus miembros paulatinamente y quedó inerte en brazos de Río.

Éste consiguió arrastrar al guardia con cierta dificultad para meterlo en el salón oscuro y ocultarlo en las sombras. No había necesidad de matarlo: no se despertaría hasta dentro de un rato.

Subió las escaleras de tres en tres, silencioso como la muerte que había venido a traer, pasó rozando una cortina, *como las corrientes rozan los juncos*. No obstante, en esta ocasión estuvo más alerta, si cabe. Si el hombre que el Padre de Asesinos tenía dentro de palacio había cometido un error, ¿cuántos más podría haber cometido? Río no podía permitirse el lujo de que lo detuvieran antes de haber completado su tarea,

no podía permitirse el lujo de tropezarse con otro centinela solitario, o con dos, o tres. Aunque sería capaz de deshacerse de ellos con bastante facilidad, lo más probable era que dieran la alarma, con lo cual era dudoso que llegara a su objetivo antes de que lo sometieran.

Río se detuvo al final de otro pasillo y oyó las risas de unos hombres a través de una puerta abierta. Era un cuarto destartado que olía intensamente a almizcle y tabaco de pipa. Al pasar por delante vio que los hombres que había dentro, ajenos a su presencia, bromeaban unos con otros con el rostro arrugado por la risa.

Eso hizo que él se detuviera un momento al pasar y recordara una de las lecciones del Padre de Asesinos.

«La risa es para los débiles», había dicho con un golpe del látigo. Río se había encogido y su movimiento provocó otra dolorosa lengüetada del azote. «Revela los corazones de los hombres, que también son débiles. Tu corazón debe ser de piedra, como el guijarro en el lecho del río, inflexible, inamovible».

Con frecuencia se había preguntado cómo debía de ser compartir esa risa con otro hombre. Río tenía hermanos, cierto, pero no compartía con ellos ninguna fraternidad. Ellos no se reían como otros, y no compartían amor.

Esa clase de cosas no eran para él. Él no era débil como otros. Él era fuerte, *como la corriente tras las lluvias de primavera*. No era propenso a los defectos que afligían a los débiles. Por eso no podían detenerlo.

Fue subiendo y subiendo con la distribución de los pasillos muy viva en su mente. Sabía por dónde tenía que ir antes de llegar a una intersección, veía extenderse la ruta, formándose ante él, aunque nunca había pisado antes aquellos pasillos. Aquí y allá había patrullas de guardias; aquí y allá había cortesanos y siervos que se ocupaban de sus asuntos nocturnos, pero Río era una sombra que se movía en torno a ellos como una brisa acallada.

Tenía frente a él la puerta de su habitación. No había nadie vigilándola, nadie que se interpusiera en su camino. Agarró la manija, la puerta se abrió con un compasivo silencio y en un soplo estuvo dentro, donde lo recibió una oscuridad casi completa.

Una única vela se iba consumiendo junto a la ventana y proyectaba una luz tenue por la habitación. Unos escalones llevaban a una cama enorme situada sobre una tarima elevada, con sus cuatro postes tallados de grueso roble y un dosel de tela tejida en lo alto. Río no se movió, dejó que se le acostumbrara la vista, se dio tiempo para centrarse en su objetivo. Oía su respiración suave y acompasada a través de la negrura, y mientras daba un paso vacilante, sacó una hoja de su vaina.

Y entonces se detuvo.

Una idea pareció irrumpir a la fuerza en su cabeza, una duda que ya había sentido anteriormente. Más de una vez.

Esta chica era inocente.

«Pero el Padre de Asesinos la había condenado».

Por lo poco que Río comprendía, aquélla era la guerra de su padre..., la guerra del

rey. No tenía nada que ver con ella.

«Pero Río no podía desobedecer al Padre de Asesinos».

Ella no había cometido ningún delito.

«Si no hacía lo que le habían mandado, lo castigarían. Le otorgarían otra cicatriz que se sumaría a las que ya mostraban la vergüenza del fracaso y la debilidad en su rostro».

Dio otro paso adelante y se acercó a ella con sigilo y en silencio sintiendo la confianza de la hoja que tenía en la mano. Aquello era lo que él hacía. Aquello era para lo que estaba hecho. Era Río, *el río imparable*, que vivía para llevar a cabo lo que mandara el Padre de Asesinos.

«Pero ¿qué derecho tenía? Por muchas veces que se lo hubieran recordado de palabra y con el azote, en su cabeza aún no podía justificarlo».

Otro paso lo llevó por la escalera hasta la tarima en la que estaba la cama. La respiración de la muchacha era muy suave, sin duda sus sueños eran tranquilos. Río no podía recordar la última vez que había dormido sin que lo perturbaran las pesadillas, la última vez que no lo habían atormentado los terrores.

«Pero sucumbir a ellos sólo demostraría debilidad, confesarlos sólo provocaría la ira del Padre de Asesinos».

Ya estaba junto a la cama y la tenía al alcance de la mano. Sólo haría falta dar un golpe rápido. Un corte rápido que terminara con su vida antes de que tuviera tiempo de despertarse siquiera. Río se acercó más y la luz parpadeante de la vela le dejó ver su rostro.

Un rostro que conocía.

Su corazón se llenó de un horror peor que un millar de terrores nocturnos y la hoja se le escapó de la mano y cayó ruidosamente sobre el suelo de madera.

Era ella, la chica de los jardines. Su chica: la de un centenar de encuentros secretos. La chica de un millar de besos dulces.

Jay.

La joven se despertó con una brusca inhalación de aire y el cabello rojo como el fuego cayéndole sobre la cara. Lo vio a él allí de pie, una sombra en la noche, pero no gritó.

—¿Quién eres? —preguntó tras lo que pareció una eternidad. No había miedo en su voz y él no pudo más que admirarla por ello.

Río bajó la cara poco a poco para que ella pudiera ver sus rasgos marcados bajo la luz. La joven sonrió, aunque con vacilación, como si combatiera su falta de comprensión.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Jay se levantó de la cama—. ¿Cómo entraste?

Él no respondió, no podía. ¿Qué iba a decirle? ¿Que lo había enviado el Padre de Asesinos? ¿Que la habían señalado para morir y que él era quien ejecutaría la sentencia? No podía decírselo, y se la quedó mirando fijamente, miró ese rostro, esa belleza que siempre hacía que le diera un vuelco el corazón.

Jay se apartó de la cama y Río no pudo hacer otra cosa más que mirarla mientras la joven cogía otra vela y la encendía con las últimas brasas que apenas brillaban en la chimenea de su habitación. Cuando regresaba hacia él con su hermoso rostro iluminado, de repente vio el arma tirada en el suelo entre los dos.

—¿Qué es eso? —le preguntó, y su curiosidad se desvaneció en cuanto cayó en la cuenta.

Él seguía sin poder decir nada, paralizado en el sitio. Su boca se movía formando palabras que no salían. Ella meneó la cabeza con incredulidad. Él la meneó para negarlo. No podía ser. Ella era la única a la que había...

La puerta de la habitación se abrió bruscamente. Río dio media vuelta y vio a un joven, un poco mayor que él, que entraba a grandes zancadas. Era alto, de cabello oscuro, y caminaba con toda la seguridad de un guerrero entrenado, con la mano apoyada en la espada que llevaba en la cadera.

—Retroceded, Janessa —ordenó el guerrero, que no parecía sorprendido de la presencia de Río.

—Esperad, Raelan —replicó ella, aunque el guerrero ya avanzaba y la espada salió sonoramente de la vaina. Pero Río ya se movía, *fluyendo por las orillas, corriendo hacia los mares*.

El joven guerrero atacó con un golpe medido y preciso, con brazo experto. Río podría haberlo esquivado con los ojos vendados, pero dejó que la hoja pasara a un pelo de él al tiempo que se movía con más rapidez de la que su oponente pudo percibir. Antes de que el hombre pudiera recuperar su postura, Río había agarrado la espada por la empuñadura y con el codo le asestó un golpe en la mandíbula.

Su enemigo cayó al suelo. Río hizo girar el arma en su mano y la alzó para asestar un golpe mortal. Era más pesada que las que él estaba acostumbrado a usar, era el arma de un caballero, pero aun así podía empuñarla. Sería una muerte rápida.

—¡No! —gritó Jay, que cubrió al joven guerrero con su cuerpo antes de que pudiera asestar el golpe final. Río se detuvo sosteniendo la espada en alto hasta que vio la mirada en sus ojos: el miedo, el dolor y el desafío.

A Río se le encogió el corazón en el pecho. Abrió la boca para hablar, pero de nuevo las palabras no salieron. Soltó un suspiro destrozado y lanzó la espada hacia el otro extremo de la habitación, donde tras dar unas vueltas por el aire cayó contra las tablas del suelo.

El guerrero seguía aturdido en el suelo junto a Jay. Ella tenía el ceño fruncido por la confusión, pero aun así tomó a Río de la mano.

—Tienes que salir corriendo —le dijo—. O te matarán.

Él dio la vuelta para marcharse y se dirigió hacia la ventana abierta, pero sabía que no podía irse sin dar algún tipo de explicación. Si no volvía a verla, tenía que dejar claro que no le hubiera hecho daño. No había acudido a ese lugar para matarla a ella, sino para matar a otra, a una princesa. No a ella, no a Jay, no a su amor.

—Yo...

Sus palabras quedaron bruscamente interrumpidas por un dolor punzante en el costado. Se tambaleó, se llevó la mano a la cadera y la retiró cubierta de sangre. El joven guerrero, todavía aturdido pero de rodillas, sujetaba la hoja de Río en el puño, ahora cubierta de sangre.

Jay lo miró con angustia patente en sus ojos.

Río dio un paso hacia ella. Quería abrazarla, decirle que lo lamentaba, que no había tenido elección, pero antes de poder pronunciar una sola palabra irrumpieron más figuras en la habitación: centinelas con armadura y las espadas desenvainadas.

Río giró sobre sus talones tambaleándose un poco a causa del dolor, pero mantuvo la compostura.

Era Río.

No sentía debilidad, ni dudaba, ni pensaba en nada que no fuera escapar.

Con dos pasos alcanzó la ventana.

Otro... y había saltado a la noche.

—Bueno, ¿y ahora qué hago? —Kaira estaba tan acostumbrada a una vida de control reglamentado que le dolió hacer semejante pregunta. Era una situación para la que no servía en absoluto.

—Sugiero que empieces por rezar para que se despierte —contestó Buttercup. Ella se lo estaba tomando como un juego, pese al hecho de que un hombre podría estar muriendo.

El hombre que, según se había enterado, era Merrick Ryder yacía en su cama de El Poni y el Violín. Kaira había hecho todo lo que había podido para tratar sus heridas; no era cirujana de batalla, pero sabía coser y vendar una herida. El tipo tenía la cabeza vendada, los ojos empezaban a hincharse, tenía la nariz destrozada, probablemente rota y el labio partido por tres sitios. Por las magulladuras de su cuerpo poco podía hacer ella. Si tenía las costillas rotas, no les iba a servir de mucho. Kaira sólo podía esperar que fuera más fuerte de lo que parecía. Aunque en aquellos momentos no parecía un hombre fuerte ni de lejos.

—¿Y si se muere? Entonces, ¿qué?

—Entonces encontraremos alguna otra manera de que asciendas por la jerarquía del Gremio. Ryder no es la única carta que podemos jugar.

Kaira lo miró, observó cómo su pecho se alzaba y descendía con cada respiración, superficial pero regular. Lo que sabía de aquel hombre le había creado una imagen bastante desagradable de él, pero no pudo evitar sentir un poco de pena. Se había educado en el Templo de Otoño, la habían entrenado para ser una luchadora incomparable, pero también una defensora de los débiles e indefensos. Se había criado junto a las Hijas de Arlor, esa orden dedicada al cuidado de los que no podían cuidarse por sí mismos. Su carácter dulce y compasivo servía para apaciguar el temperamento marcial de las Doncellas Escuderas y, pese a su disciplinada educación, ella no podía evitar sentir compasión por un hombre al que habían golpeado hasta casi matarlo, a pesar de su naturaleza vil y delictiva.

Sin embargo, Buttercup no tenía la misma compasión.

—Mira, yo volveré al alba. Si para entonces está muerto, esperaremos al anochecer, arrojaremos su cuerpo al Storway y convenceremos a Palien para que te dé otro puesto. Hasta entonces... ponte cómoda con tu nuevo amigo.

Le guiñó un ojo y se dirigió a la puerta.

—¿Vas a dejarme aquí con él? —A Kaira no le hacía gracia la idea de hacer de niñera.

—Sí, así es. No te preocupes, creo que estarás a salvo. —Señaló la forma golpeada y vendada que yacía indefensa en la cama—. ¿O tal vez te resulte difícil controlarte? Toda la vida enclaustrada en ese monasterio sin ningún hombre. He oído hablar de las mujeres como tú.

Kaira apretó los puños. Buttercup se había pasado un poco con su sugerencia,

pero ella mantuvo el control.

—Vete —le dijo.

La joven sonrió, pero igualmente se marchó de inmediato. Incluso ella se dio cuenta de que pisaba un terreno peligroso al provocar a Kaira.

Cuando la puerta se cerró de golpe, Merrick soltó un gemido y sus labios rotos se movieron en un intento por hablar. Kaira mojó un paño limpio en un cuenco de agua fría, se lo acercó a los labios y lo escurrió para dejar caer un par de gotas en su boca. Esto pareció calmarlo.

Ella había querido intervenir antes. Quiso atacar a Shanka y a sus hombres antes de que le dejaran la cara hecha papilla a Merrick, pero Buttercup se lo había impedido. Quería que Merrick estuviera agradecido y que no rechazara su ayuda bajo ningún concepto, pero desde luego Kaira no se había imaginado que acabaría casi muerto. Cuando empezaron a golpearle, ella se había movido con toda la rapidez de la que fue capaz, pero no había sido lo bastante rápida. La única conexión que tenían con el círculo interno del Gremio estaba bailando en el filo de una espada y podía caer en el olvido en cualquier momento.

Si Merrick no podía ayudarla a tener éxito en su misión, ¿cuánto tiempo podría tardar en que le concedieran una audiencia con los poderes que estaban detrás del Gremio? ¿Podría ser que estuviera en la jungla, separada de sus hermanas y de toda la vida que conocía, durante meses e incluso años? Era impensable.

Le dolía no poder hacer nada al respecto. Kaira Stormfall hubiera luchado contra cualquier hombre o bestia para defender a los débiles y llevar a cabo la voluntad de Vorena, pero en esta situación se sentía impotente de verdad. Todo su futuro dependía de un hombre que podía morir a causa de sus heridas en cualquier instante.

Pero así eran las cosas.

—Oye, ¿estás bien? Pareces un poco preocupada por algo.

Kaira se sobresaltó al oír aquella voz débil. Merrick la miraba a través de sus ojos ennegrecidos y sus labios partidos formaron una sonrisa pícaro.

—No. Yo... bueno... —Cayó en la cuenta de que debía de haber estado frunciendo el ceño—. Estás despierto.

«Por supuesto que estaba despierto, qué tontería».

—Buena observación —repuso él, y se movió para intentar sentarse. Lo único que consiguió fue hacer una mueca de dolor.

—No intentes moverte —le dijo Kaira, que se acercó un paso. Le puso la mano en el pecho para que volviera a tumbarse, pero él intentó apartarla empujando. Estaba claro que era tozudo.

—Estoy bien —dijo con el rostro crispado de dolor. Kaira lo ayudó a incorporarse y le colocó bien las almohadas para que estuviera más cómodo—. Aunque me siento como si alguien me hubiera molido a patadas.

—Lo hicieron —repuso Kaira.

Él la miró, otra vez.

—Eres mi ángel —le dijo con una sonrisa que le agrietó la costra que había empezado a formársele en el labio, con lo que crispó el rostro de nuevo.

—No hables, por favor —le pidió Kaira al tiempo que cogía el cuenco de agua.

—No te creerías la cantidad de gente que me dice eso. Incluso cuando no tengo los labios más destrozados que los pulgares de un zapatero remendón. —Kaira le ofreció el paño mojado, pero él se limitó a mirarla fijamente—. Tienes una sonrisa muy hermosa.

Ella ni siquiera se había dado cuenta de que sonriera.

Kaira se endureció. No estaba allí para hablar de trivialidades con él, sobre todo cuando era responsable de tratar con esclavos.

—Cállate y toma esto —le ordenó. La orden no admitía discusión y Merrick pareció captar la indirecta.

Después de darse unos toques en el labio con el paño, volvió a mirarla con una ceja enarcada.

—Dime, ¿quién eres?

—Me llamo Kaira... —«Stormfall. Tu nombre es Kaira Stormfall. Pero claro... ya no eres Stormfall».

—Kaira, tienes mi eterno agradecimiento. ¿Tienes por costumbre rescatar a hombres vulnerables por la calle?

—Palien me envió para asegurarme de que no te hicieran daño.

—Y estuviste a punto de lograrlo. —Torció el gesto al moverse para intentar ponerse más cómodo. Al fin pareció encontrar una posición que le dolía menos—. Tengo que decir que su gusto en guardaespaldas ha mejorado muchísimo últimamente.

—Tienes suerte de que llegara cuando lo hice.

«Aunque hubieras tenido mucha más suerte si Buttercup me hubiese dejado intervenir antes».

—Querida, está claro que tuve suerte de que por lo menos llegaras. —Sonrió.

De pronto Kaira se sintió cohibida al darse cuenta de que lo estaba mirando fijamente. De repente tuvo ganas de hacerle daño, pero también de devolverle la sonrisa... e incluso de agradecerle el cumplido.

—De modo que Palien me ha enviado una guardaespaldas. ¡Qué considerado! —Merrick se movió para apoyarse y pasó las piernas por encima del borde de la cama. Kaira se acercó para ayudarle y él se volvió a mirarla.

Otra vez esa sonrisa. Muy cerca.

Ella retrocedió un paso.

—¿Te importaría traerme un espejo, ángel? Me gustaría echar un vistazo a los daños. —Señaló su maltrecho rostro con un gesto.

Kaira recorrió la habitación con la mirada. Ella casi no tenía necesidad de espejos, sólo los utilizaba antes de las ceremonias para asegurarse de que su atuendo de gala luciera lo mejor posible, bruñido hasta que relucía, que la espada estuviera a la altura

adecuada en la cadera, que tuviera la capa puesta de manera correcta. Pero, en fin, vio un espejo de mano en el estante y se lo pasó a Merrick. Él aguardó un segundo, como si no estuviera seguro de querer verlo. Luego lo sostuvo frente a la cara y se contempló al principio con repugnancia, luego con aceptación y finalmente con aprobación.

—Supongo que podría ser peor.

—En cuanto te laves no tendrás tan mal aspecto —dijo Kaira—. ¿Puedes tenerte en pie?

—Sólo hay una forma de averiguarlo, supongo. —Dejó el espejo en la cama y extendió los brazos para que ella lo ayudara.

Kaira tiró de él, que se puso de pie con vacilación. Respiró con fuerza entre dientes, pero consiguió mantener el equilibrio.

—Al menos no tengo nada roto —comentó, y dio un tembloroso paso adelante.

—Bien —repuso ella, consciente de que todavía la tenía agarrada de las manos.

Merrick la miró y sonrió otra vez. Ella quiso devolverle la sonrisa, pero intentó resistir la tentación. Kaira no estaba allí para hacer amistades; estaba allí para procurar que este hombre viviera lo suficiente para que ella pudiera terminar su misión.

—¿Sabes que tienes unos ojos muy bonitos? —le dijo Merrick. Pese a su fanfarronería, sus palabras parecían sinceras.

El comentario hizo que a Kaira le entraran ganas de pegarle más que nunca.

—Deberías volver a echarte y descansar. Mañana continuarás con tu tarea. —Kaira arrancó las manos de entre las de Merrick, que volvió a hundirse en la cama con un suave gemido.

—No eres muy conversadora, ¿verdad?

—Hablo cuando es necesario —contestó ella—. No sólo para llenar el aire de ruido.

—Como quieras. Sólo intentaba ser amable. —Acomodó la cabeza en las almohadas con un suspiro.

Kaira sintió una punzada de culpa. Tal vez sí intentaba ser amable. Tal vez sí pensara que tenía unos bonitos...

«Es un delincuente, comercia con el sufrimiento humano, y en cuanto hayas eliminado a los jefes del Gremio, bien podría ser que tuvieras que hacer lo mismo con él».

El ambiente de la habitación se hizo sofocante de repente. Aunque Kaira ya estaba familiarizada con el olor a sangre y sudor, éste se volvió agobiante. Cuando Merrick cerró los ojos, salió al pasillo y respiró hondo. El aire no era mucho mejor, pero al menos no lo estaba compartiendo con un hombre al que quizá tuviera que matar.

Cuando al fin volvió a entrar, Merrick roncaba ruidosamente. Kaira esperó en la silla a que se hiciera de día.

Hacía ya un buen rato que había amanecido cuando llegó Buttercup, pero Merrick aún dormía. Afortunadamente sus ronquidos habían cesado cuando las primeras luces del día empezaron a colarse por la única ventana de la habitación.

—Así pues, sigue vivo —dijo Buttercup al ver que Merrick se movía. Acto seguido el hombre abrió los ojos.

—Otro ángel —comentó con una sonrisa—. Debe de ser mi día de suerte. ¿Hay alguna posibilidad de que pudierais salir un momento a buscarme una copa de vino?

—De momento se te ha acabado el beber. Mira el lío en el que eso te ha metido. —Buttercup lo miró de arriba abajo meneando la cabeza—. A partir de ahora beberás agua o no beberás.

—¿Agua? —Fue como si la joven le hubiera sugerido que se bebiera su propia orina—. ¿Es que intentas envenenarme, mujer? Todo el mundo sabe que lo que baja por el Storway ni siquiera es apto para los perros o los campesinos.

—Pues acostúmbrate. Y levántate; ya llevas bastante tiempo aquí tumbado. No se te paga para que estés en la cama holgazaneando. Hay cosas que requieren de tu atención.

Merrick se incorporó con cautela, con el ceño fruncido, pero sin quejarse, y luego se puso de pie. Kaira se fijó en que se movía con mucha más seguridad que la noche anterior. ¿Había estado fingiendo o era que se estaba curando muy deprisa? El tiempo lo diría.

—Sólo para que conste —dijo mientras intentaba en vano sacudir el polvo de su ropa mugrienta y manchada de sangre—, no me pagan nada. Al parecer mi deuda con Shanka iba a quedar saldada, pero a juzgar por lo ocurrido anoche no ha sido así, ¿verdad?

—Se está considerando —contestó Buttercup.

—¿Considerando? —Merrick puso cara de incredulidad—. ¿Considerando? ¡Mírame la cara, joder! —Le mostró el rostro hecho papilla.

Ella permaneció impassible.

—Y sería peor, mucho peor sin nuestra ayuda. Deja de quejarte como una vieja lavandera. Ponte las botas.

Merrick refunfuñó, pero empezó a calzarse las botas con torpeza.

Buttercup se volvió a mirar a Kaira.

—Encárgate de que se lave y quédate con él... ¡En todo momento! No lo dejes solo ni cuando tenga que utilizar el retrete.

Merrick pareció encantado con eso, pero la mirada severa que le dirigió Kaira hizo que se encogiera de hombros y volviera a sus botas.

—Y ahora, si los dos tenéis claro lo que se espera de vosotros, tengo asuntos que atender en otra parte. —Se detuvo en el umbral—. Y mira a ver si puedes encontrarle una espada decente. Esa última no estaba en muy buenas condiciones. No queremos que nuestro legendario espadachín vaya por ahí empuñando un arma inútil, ¿verdad?

Le guiñó un ojo a Merrick y se fue. Él le dirigió un gesto obsceno..., una vez se

hubo marchado.

—Empiezo a tomarle antipatía a esa mujer —comentó—. Tiene algo que no me inspira confianza.

«Y no sabes ni la mitad».

—¿Y adónde vamos ahora? —preguntó Kaira, ansiosa por cambiar de tema.

—Obviamente, tengo que lavarme. Encontrar una muda de ropa decente. Luego estaba pensando en pasar por una preciosa taberna que hay en los Muelles. Y puedes venir conmigo si quieres. Nunca viene mal llevar del brazo a una hermosa acompañante cuando visitas tu antro preferido.

—Pero Buttercup dijo...

—Buttercup puede besarme el culo, si me perdonas la expresión. Con lo que he pasado estos últimos días me merezco por lo menos una copa.

—¿No has bebido ya bastante últimamente?

Merrick la miró ceñudo.

—¿Qué pasa? ¿Estás pensando en unirme a las Hijas o algo así? Vive un poco. Suéltate el pelo. —Miró su cabello cortísimo—. Ya me entiendes.

—Tienes una tarea y mi trabajo es asegurarme de que la lleves a cabo. No habrá diversión. Ni bebida ni tabernas. Nada debe distraerte.

Merrick adoptó una expresión burlona.

—¿Nada? ¿Estás segura?

—Sí, lo estoy.

—¿Y cómo vas a...?

Kaira arremetió de pronto, le agarró el pelo con una mano y apretó con fuerza contra el cardenal amarillento que tenía en un ojo. Merrick aulló como un gato callejero herido y alzó las manos para detenerla, pero ella se las apartó a manotazos.

—¡Está bien! ¡Está bien! —gritó Merrick—. ¡Tú ganas! —Se dejó caer en la cama tapándose el ojo con la mano—. No hay necesidad de más violencia.

—Bien. Entonces, ¿nos entendemos?

—Lo que entiendo es que mi ángel se ha convertido en una maníaca. Empiezo a darme cuenta de por qué te contrató Palien. —Le dirigió una mirada herida. Luego se toqueteó el vendaje de la cabeza.

—Es hora de marcharse —dijo Kaira. Había dejado las cosas claras y había descubierto cómo manejar a Merrick a partir de ahora.

Él se puso de pie obedientemente y caminó hacia la puerta mientras que por fin consiguió quitarse el vendaje manchado de sangre que tiró al suelo.

—Vas a comprarme una espada nueva —anunció con irritación mientras salía del cuarto delante de ella.

Kaira se volvió para cerrar la puerta con llave y no pudo contener una sonrisa.

En el palacio de Skyhelm reinaba la agitación. Janessa oía a Garret vociferando a sus hombres desde dos pisos más arriba. La voz grave de Odaka también resonaba por los pasillos y con frecuencia los despejaba de sirvientes y doncellas antes incluso de que apareciera.

Janessa estaba sentada en su habitación con la institutriz a su lado. Graye se hallaba de pie en una esquina con expresión angustiada. Aunque habían limpiado la sangre del suelo, aún quedaba una mancha en la alfombra que cubría la mayor parte de la habitación. Janessa no podía hacer otra cosa que no fuera mirar fijamente esa mancha, un recordatorio de que Río había resultado gravemente herido.

Río, que había venido a matarla mientras dormía.

Janessa no sabía dónde estaba Raelan; al joven señor se lo había llevado un contingente de la escolta de su padre.

Él le había salvado la vida. ¿O no? ¿De verdad había corrido un peligro mortal? ¿De verdad la habría asesinado Río? El otro día, sin ir más lejos, le había hablado con tanta ternura... Le había abierto el corazón. ¿Acaso había sido una treta, algo planeado de antemano? Pero ¿por qué no la había matado la primera vez que se vieron? Le hubiera resultado muy fácil quitarle la vida sin que nadie lo viera en su lugar de encuentro. Sin duda mucho más fácil que allanar Skyhelm.

Sí, él le había hablado de su vida: de maltrato, de miseria y de que lo obligaban a hacer cosas cada vez más ajenas a su naturaleza. Pero Janessa no podría haberse imaginado esto ni por un momento..., imaginarse que era... ¿qué? ¿Un asesino? ¿Un homicida?

Claro que le habían extrañado sus cicatrices, esas marcas de maltrato, pero nunca había pensado...

Quizá siempre había corrido peligro. Y sin duda Garret daba por sentado que aún lo corría. Había doblado el número de centinelas en todos los puestos y había empezado a reprobador a todos los caballeros de servicio, gritándoles como un loco mientras los reprendía por su falta de vigilancia.

¿Y qué haría su padre cuando lo supiera? El rey estaba batiéndose para salvar los Estados Libres. Pero si se enteraba de que su hija se hallaba amenazada por asesinos, casi seguro que abandonaría la defensa de su reino, aunque sólo fuera por un tiempo, y cabalgaría de vuelta para protegerla en persona.

No podía imponerle semejante elección. Debían dejar que se concentrara en proteger a su pueblo.

Janessa se levantó, provocando con ello que la institutriz Nordaine, que había sucumbido al sueño por el cansancio, se despertara.

—Tengo que hablar con Odaka —dijo la princesa.

Graye puso cara de horror.

—De momento tenemos que quedarnos aquí. No podemos...

—Puedo hacer lo que quiera, Graye.

No era su intención saltar así; su amiga sólo pensaba en su seguridad, pero Janessa no podía permitir que su padre se enterara de esto antes de enfrentarse a los khurtas en batalla. En estos momentos nada debía distraerle.

—Graye tiene razón —intervino Nordaine como atontada—. Tenemos que quedarnos aquí. —Pero Janessa ya se dirigía a la puerta.

Recorrió los pasillos de Skyhelm a toda prisa, con el camisón agitándose y el pelo alborotado, gritando que tenía que hablar con Odaka. Los dos centinelas que le habían asignado tenían que esforzarse para seguirle el ritmo. Janessa sabía que debía de parecer histérica andando por los pasillos de palacio como un alma en pena frenética, pero le daba igual.

Nadie osó detenerla, los sirvientes de palacio se apartaban de su camino, Nordaine y Graye iban detrás de ella, pero no se atrevían a refrenarla.

Janessa llegó a los pasillos inferiores y la voz de Odaka la guió hacia una sala. Allí se detuvo y despachó a Nordaine y Graye.

—Ahora podéis marcharos —les dijo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la doncella.

—Tengo que hacer esto sola. Ya no soy una niña, Graye. Algún día seré reina y tú no siempre estarás a mi lado por si tropiezo.

La institutriz Nordaine fue a decir algo, pero Janessa levantó la mano para acallarla y se sorprendió al ver que funcionaba.

Las dos mujeres la dejaron frente a la puerta.

Se armó de valor para enfrentarse a Odaka y abrió la puerta, pero, antes de poder expresar sus deseos al regente, que no había que contarle a su padre lo del atentado contra su vida, se detuvo en seco.

Odaka no estaba solo. La baronesa Isabelle Magrida miró a Janessa con expresión un tanto divertida cuando irrumpió en la sala. Su hijo Leon complementó el gesto de su madre con una sonrisa maliciosa que asomó a un lado de su boca.

—Majestad —dijo Odaka, y le hizo una reverencia cuando entró.

La baronesa inclinó la cabeza con una genuflexión y Leon le hizo una leve inclinación, como si el esfuerzo fuera demasiado grande.

Janessa se los quedó mirando a los tres un momento, sin estar segura de cómo proceder. Quería decirle a Odaka que lo sucedido en palacio debía mantenerse en secreto, al menos por ahora, pero no delante de la baronesa y su hijo. Aquello no les concernía y era seguro que carecían de discreción.

El regente fue el primero en romper el silencio.

—Estaba tranquilizando a nuestros invitados —explicó—. Skyhelm es un lugar seguro, el más seguro de la ciudad.

Isabelle no parecía convencida.

—Sin embargo, se permitió que un asesino penetrara en sus defensas, regente. De no haber sido por lord Raelan podrían haber asesinado a la princesa. Si la habitación

de mi hijo hubiera estado más cerca, ahora el asesino estaría muerto en lugar de haber escapado en la noche. —Se volvió a mirar a Janessa aparentando compasión—. ¿Y cómo estáis, querida? Tenéis que descansar en la cama después de esta terrible experiencia. —«¿Querida?». Janessa hizo una mueca—. Si hay algo que mi hijo o yo podamos hacer por vos, por favor no dudéis en pedírnoslo.

«¿Y qué haríais, baronesa? ¿Poneros una armadura, agarrar una alabarda y plantaros frente a mi puerta por la noche?».

—Os agradezco mucho vuestra preocupación —dijo Janessa con una sonrisa casi tan falsa como la de la baronesa—. Pero puedo aseguraros que estoy perfectamente. Si eso es todo, hay asuntos que debo discutir ahora con el regente.

A Isabelle se le congeló brevemente la expresión, pero su máscara reapareció al cabo de un instante.

—Por supuesto, querida. —«¿Otra vez querida? ¡Para la gente como vos soy “majestad”!»—. Vamos, Leon. Iremos a nuestras habitaciones a descansar... si podemos.

Hicieron una reverencia y se marcharon.

Janessa se volvió hacia Odaka de inmediato.

—¿Se le ha mandado ya noticia a mi padre de los acontecimientos de esta noche? —preguntó.

El hombre frunció el ceño y dijo que no con la cabeza.

—Hemos estado asegurándonos de que el palacio era seguro, mi señora.

—Bien. Mi padre no tiene que enterarse de esto hasta que los problemas en el norte hayan concluido.

«¿Problemas?». Janessa se dio cuenta de que daba la impresión de que su padre estaba solucionando alguna disputa diplomática sin importancia y no combatiendo en una guerra por la supervivencia misma del reino y las vidas de sus súbditos.

—Pero vuestro padre debe saberlo. Amon Tugha ha atacado dentro de la capital, dentro de su palacio, y contra su hija. El elharim ha dejado claras sus intenciones, no mostrará clemencia, no se detendrá hasta que el rey y el linaje de los Mastragall sean erradicados. No puedo ocultarle esto.

—Puedes y lo harás, Odaka. Esto no puede llegar a oídos de mi padre. No hay que distraerle en este momento crucial. —De nuevo, no había sido su intención hablar en tono tan enérgico, incluso dictatorial, pero ya empezaba a salirle de forma natural.

El regente no dijo nada. Janessa se preguntó si se habría pasado de la raya, pero recordó sus palabras: «Y yo vivo para obedecer».

—Vuestro padre acabará enterándose. Y cuando sepa que se lo he ocultado...

—Porque yo te lo ordené. Se lo has ocultado obedeciendo mis órdenes. Mi padre también debería aprender que si algún día tengo que gobernar se me debe permitir tomar decisiones. Si se entera de lo de este aspirante a asesino, enviará hombres de vuelta a la ciudad para protegerme, hombres que es necesario que estén combatiendo

bajo la bandera de mi padre. La noticia le supondría una carga innecesaria. No puedo permitirlo. No voy a permitirlo.

Odaka acabó asintiendo.

—Como deseáis, mi señora. Me encargaré de que no se envíe ningún mensaje hasta que los ejércitos de los Estados Libres se hayan enfrentado a la horda khurta.

Janessa se sintió calmada. Tenía el control. Estuvo a punto de darle las gracias a Odaka, pero logró contenerse.

—¿Alguien ha sufrido algún daño? Aparte de lord Raelan, quiero decir.

—Uno de los centinelas de palacio resultó herido, pero vivirá. A menos que Garret lo estrangule por haber fallado. Por lo demás, sólo lord Raelan se tropezó con el asesino.

—¿Y él cómo está? ¿Se recupera?

Y en aquel preciso momento se abrió la puerta de la sala. Entraron dos centinelas y tras ellos lo hizo lord Raelan, flanqueado por su propia escolta: dos de los famosos Lobos de la Frontera de Valdor. Aquellos hombres entrecanos del norte no se despegaban de su joven protegido.

Los tres hincaron la rodilla en el suelo e inclinaron la cabeza frente a Janessa.

—Majestad —dijo Raelan—. Supe que estabais aquí. Me alegra ver que estáis bien.

Algo había cambiado en él, algo que hizo que Janessa en cierto modo se complaciera al verle y comprobar que estaba ileso.

—Levantaos, lord Raelan, por favor. —Él y sus hombres obedecieron y ella vio la magulladura amarillenta que el hombre tenía en la mandíbula donde Río lo había golpeado—. ¿Estáis bien, espero?

—Lo estoy, mi señora. Y aún mejor al veros a salvo.

Janessa escudriñó su rostro con preocupación.

—Vuestras heridas...

—No es nada. Las he sufrido peores en el patio de entrenamiento. Lo único que lamento es haber permitido que vuestro asesino escapara. ¡Ojalá hubiera podido capturarlo!

—Sí..., es lamentable que escapara. Parece ser que la influencia del elharim ya ha llegado a Steelhaven.

—Pero ahora estáis a salvo, mi señora. Juro protegeros. Mis lobos y yo seremos vuestra guardia día y noche.

Janessa percibió que Odaka se movía con incomodidad al oír la sugerencia de que los centinelas no podían proteger a su princesa, pero permaneció callado.

—Me halaga que consideréis un deber el protegerme, pero os aseguro, lord Raelan, que no es necesario. Estoy perfectamente segura. Se ha doblado la guardia y mi puerta está vigilada día y noche. Ahora ni un ejército de asesinos podría llegar hasta mí.

—Muy bien, mi señora. Pero, por favor, sabed que soy vuestro servidor. Un

ataque contra vos es un ataque contra todo lo que aprecio.

Janessa sonrió.

—Vuestra devoción me halaga, lord Raelan.

Él dio un paso adelante con aspecto un tanto incómodo. Bajó la voz para que sólo ella pudiera oírlo.

—Deberíais saber, mi señora, que mi devoción por vos es inquebrantable. Haría cualquier cosa por vos. Llegaría a cualquier extremo para protegeros. Daría mi vida incluso.

Janessa se quedó desconcertada. ¿Dónde estaba esa efusión de emoción cuando le había propuesto en matrimonio? ¿Lo estaba diciendo en serio o sólo representaba un papel para intentar ganársela y que a la larga le regalara el trono?

—Yo... agradezco vuestras palabras, lord Raelan. Y no dudéis que aún estoy considerando vuestra... proposición. —Casi se le atragantó la palabra.

Él meneó la cabeza.

—Por favor, mi señora... Janessa. Mi preocupación, mi temor por vos es real. Me destruiría pensar que alguien pudiera haceros daño.

Raelan la miraba ardientemente y ya no hablaba en voz baja. Le importaba un bledo si su declaración de amor la oían todos los presentes, incluida su adusta escolta.

Janessa se sintió mareada. ¿De verdad la amaba? ¿Era eso lo que ella esperaba?, ¿que le abriera el corazón de esa manera?

Resultaba abrumador. Estaba indecisa ante todas aquellas miradas que aguardaban su respuesta. ¿Debía aceptar su proposición de matrimonio ahora, delante de Odaka y de los hombres de Raelan?

—Gracias. —Fue lo único que logró decir.

Bajó la mirada y se dio cuenta de que aún llevaba el camisón. Logró esbozar una sonrisa incómoda con la comisura de los labios, giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta.

Regresó a su dormitorio a toda prisa con la cabeza bullendo de agitados pensamientos. Contuvo las lágrimas y lamentó que su padre no estuviera allí. Él sabría qué hacer, él le diría qué hacer.

Pero lo cierto era que ya se lo había dicho: su deseo era que se casara con Raelan.

En la puerta de su dormitorio había un centinela.

—Me han enviado para que monte guardia dentro de vuestra habitación, majestad. Son órdenes del regente.

Janessa se volvió contra él y su preocupación alimentó su furia como una chispa el fuego.

—¿Y se supone que hay que vigilarme mientras duermo? —bramó fulminando con la mirada al hombre con coraza.

Él emitió unos sonidos vacilantes, era evidente que no sabía qué hacer. El caballero no podía dejar de cumplir las órdenes del regente ni ignorar la ira de su princesa. Janessa se sintió culpable. Aquel hombre no le había hecho nada; su

arrebatado había sido inaceptable.

—Bueno, pues quédate aquí afuera —gritó, abrió la puerta de un empujón y la cerró dando un portazo al entrar.

Entonces brotaron las lágrimas. Janessa logró contener los sollozos, conservar su dignidad. Algún día tendría que gobernar aquellas tierras, aquella ciudad, y una reina débil sería peor que no tener reina.

En aquel momento percibió que algo acechaba en las sombras en el rincón opuesto de la habitación. Aunque resultaba casi imperceptible en la penumbra, supo que la figura temblaba en la oscuridad.

Janessa podría haber gritado, podría haber huido por la puerta, pero no lo hizo. De algún modo lo sabía...

Él se dejó ver, con la capucha bajada y el rostro entonces visible a la luz de la vela: ese rostro marcado y aun así hermoso.

La princesa corrió hacia él, que avanzaba tambaleándose y pudo sujetarlo entre sus brazos. Notó el calor febril de su cuerpo, su piel húmeda, la fina capa de sudor que lo cubría. Se agarraba el costado donde tenía una mancha carmesí en la ropa. Sus manos estaban llenas de sangre coagulada.

Janessa lo llevó hasta la cama con cierto esfuerzo y él se dejó caer apretando los dientes, pero sin hacer ruido.

—Tenemos que parar la hemorragia —dijo ella mientras agarraba las sábanas de lino con el puño e intentaba en vano contener la sangre que le brotaba del costado.

Janessa estaba llorando, pero él sonreía.

Alzó la mano hacia el rostro de la joven y dejó que una lágrima corriera por su dedo manchado de sangre.

Ella abrió la boca para hablar, pero, antes de que pudiera decir nada, la puerta de la habitación se abrió.

—Sé que dijiste que querías estar sola, pero no podía dormir. Garret anda por todas partes dando gritos —dijo Graye mientras entraba—. Me alegro de no ser...

Se detuvo y se los quedó mirando a los dos en la cama mientras se le iba el color de la cara.

Janessa cruzó la habitación a todo correr y cerró la puerta de golpe antes de que a Graye se le ocurriera salir corriendo y le tapó la boca con la mano para evitar que soltara un grito de alarma.

La princesa vio el miedo en los ojos de su amiga.

—Tienes que confiar en mí, Graye. Tienes que confiar en mí como nunca lo has hecho antes. —La doncella volvió la vista rápidamente hacia el hombre tendido en la cama—. Es amigo mío. Tienes que creerme. Nunca me haría daño. No podría. —Janessa sabía lo difícil que debía resultar creerlo—. ¿Si quito la mano gritarás? —Graye vaciló, pero dijo que no con la cabeza.

Janessa retiró la mano.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó la joven con un susurro ronco.

—Ahora mismo no tengo tiempo de explicártelo. Lo único que puedo decirte es que está herido y que tengo que detener la hemorragia. ¿Me ayudarás?

Grave miró al hombre tendido en la cama que se apretaba la sábana manchada de carmesí contra el costado, respirando con dificultad.

—Por supuesto —contestó.

Ella fue a buscarlo antes de amanecer, lo despertó cuando la luz gris de un día de otoño empezaba a filtrarse por los postigos. Esta vez no dijo nada, pero Waylian sabía lo que tenía que hacer.

Se puso el hábito en silencio y ni siquiera se molestó en echarse agua en la cara antes de seguirla por la escalera de caracol hasta la base de la torre.

En parte agradecía que aún no se hubiese levantado nadie más. Los últimos días se había sentido tan avergonzado que no se dejó ver en las áreas comunes, pues le incomodaba demasiado ver a cualquiera. Notaba que se reían a sus espaldas, lo señalaban con el dedo y susurraban entre ellos.

—Ahí va el idiota del refectorio.

—Ése es el que grita blasfemias gratuitas.

—Sí, he oído que se masturba como un loco antes de dormir y que luego llora en la almohada.

Waylian podía pasar sin el ridículo. Ya tenía bastante con lo que lidiar, tan fuera de lugar como se sentía en aquellos momentos. Los libros que leía ya no tenían sentido, las clases a las que asistía ya no resultaban instructivas y sólo era cuestión de tiempo que lo echaran de la torre.

Al menos entonces podría regresar a casa.

Supondría cierta vergüenza, por supuesto, pero a Waylian no le importaba. Podía hacer frente a los comentarios sobre su fracaso: pronto se desvanecerían. Luego podría ser escribiente o algún tipo de estudioso y establecerse, empezar una vida al margen de la esfera de la magia.

Estaba del todo seguro de que no lo echaría de menos.

Su maestra lo esperaba mientras él bajaba las escaleras. Afortunadamente, aquella mañana en particular no había desprecio en su mirada. Puede que siguiera pareciéndose a una gárgola maliciosa, carente de emoción, y seguía siendo aterradora, pero Waylian no tuvo la sensación de que hubiera una especial hostilidad dirigida hacia él. Simplemente se mostró indiferente.

Gelredida atravesó las grandes puertas dobles antes de que él llegara al pie de la escalera y Waylian tuvo que esforzarse al máximo para seguirla el paso. No es que eso importara. Él tenía que ser su sombra silenciosa. El porqué quería que fuera con ella era un misterio: él no podía contribuir con ninguna gran percepción de las cosas precisamente, aunque ahora ya sabía qué clase de cosas se dirigían a investigar.

Era la tercera noche que lo llamaba. La primera había sido para investigar el espantoso cadáver destripado que le había hecho echar las entrañas por todo el suelo. La segunda fue después de que hubiera conseguido humillarse delante de Gerdy, Bram y el resto de los estudiantes. Aquella noche ella había ido a buscarlo, lo había despertado de sus avergonzados sueños y lo había guiado a través de las calles hacia otra casa rodeada por los Casacas Verdes. En esta ocasión no había ninguna multitud,

ninguna concentración empalagosa de humanidad intentando ver la carnicería. El asesinato había sido igual de grotesco que el primero, el cuerpo del hombre estaba igual de masacrado, los símbolos pintarrajeados en la pared eran aún más obscenos de contemplar, aunque Waylian seguía teniendo muy poca comprensión de su significado. Sin embargo, en esa ocasión había logrado contener la cena pese a su insistencia en subirle a la boca.

Ahora, mientras seguía a Gelredida por las deterioradas calles, se sentía más optimista con respecto a lo que podría ver. Supuso que un cuerpo mutilado era muy parecido a cualquier otro. Probablemente el asesinato de aquella noche no le deparara muchas sorpresas.

Waylian no se fijó mucho en la ruta que seguían. Todas las calles le parecían iguales: casas destartadas construidas demasiado juntas que se achaparraban en calles embarradas llenas de mendigos aún más embarrados que pedían limosna.

Se había esperado que los Casacas Verdes estuvieran esperando a su maestra igual que habían hecho anteriormente, por lo que resultó un tanto sorprendente cuando ella se detuvo y llamó a la puerta principal de un enorme edificio de piedra sin vigilancia cuyas ventanas estaban entabladas desde hacía mucho tiempo.

Al cabo de un rato se abrió un postigo que había en la puerta. No hubo ningún intercambio de palabras, pero quienquiera que se escondiera dentro debió de reconocer a Gelredida, puesto que la puerta se abrió rápidamente y la maestra de Waylian entró.

Él nunca había estado en el interior de un prostíbulo, pero aun así esto no era lo que se habría esperado. La puerta se abrió a una habitación amplia con varios sofás dispuestos por allí. Sentadas en ellos había unas chicas escasamente vestidas, de varias formas y tamaños, algunas con aspecto de aburridas, otras temerosas y una que lloraba abiertamente. A ésta la estaba consolando una prostituta que tenía los pechos más grandes que Waylian había visto jamás.

El hecho de estar tan cerca de aquellas mujeres casi hizo que se resintiera. Había oído hablar de las prostitutas y de los hombres que buscaban consuelo en su compañía, por supuesto, pero nunca había estado tan cerca de una. Estar en su presencia hacía que se sintiera sucio, como si pudiera caer víctima de alguna enfermedad por el simple hecho de estar en la misma habitación.

Una mujer anciana saludó a la magistrada Gelredida. Tenía el rostro muy arrugado y su aspecto era grotesco al ir pintada de forma llamativa igual que las otras putas. Era posible que hubiera sido deseable alguna vez, ahora resultaba difícil decirlo, la edad y una cicatriz amoratada junto a su ojo izquierdo hacía mucho que habían despedido con un beso a su belleza.

—¿No se lo has contado a nadie? —preguntó Gelredida.

La prostituta enarcó una ceja pintada.

—¿Tú qué crees? —replicó.

—¿Y éstas? —La Bruja Roja señaló a la veintena de chicas en distintos estados

de desnudez.

—Ambas sabemos qué aseguraría su silencio.

Gelredida sacó una bolsa de la nada y Waylian oyó el revelador tintineo de monedas cuando la magistrada se la puso en la mano a la dueña del burdel.

—Está arriba —dijo la anciana prostituta—. La puerta está abierta. El olor debería bastar para guiarte.

Dicho esto, se alejó hacia otra habitación oculta por una gruesa cortina.

Gelredida empezó a subir las escaleras y Waylian la siguió con prontitud porque no tenía el más mínimo deseo de quedarse a solas con aquellas mujeres de la noche.

—¿Por qué aquí no hay Casacas Verdes, magistrada? —preguntó cuando llegaron al rellano del primer piso.

—Es tal como lo quiero —contestó Gelredida—. De esta forma podremos investigar la escena sin que nos molesten y reducir al mínimo el riesgo de que corra la voz.

—Pero ¿cómo podéis garantizar el silencio de esas... mujeres?

Gelredida se detuvo, se volvió y miró a Waylian con una sonrisa irónica.

—Todos los hombres son fanfarrones por naturaleza y las mujeres de recursos casi siempre son unas cotillas y unas chismosas. Las prostitutas, sin embargo, aprenden a guardar silencio... siempre que el precio sea adecuado. Antes confiaría en la discreción de una prostituta que en la de cualquier otra persona de esta ciudad.

Continuó andando por el pasillo. Waylian la siguió y, a medida que el sonido de los sollozos del piso de abajo se iba atenuando, un olor familiar empezó a inundar su olfato. El hedor a podredumbre, a cadáver, flotaba en el pasillo como si estuvieran a punto de entrar en una carnicería. Waylian se preparó para lo que estaba a punto de ver y Gelredida se metió por una puerta abierta.

Había velas negras con relucientes llamas rojas, como las otras veces. Las paredes tenían los habituales símbolos siniestros, pero Waylian dirigió de inmediato su atención al cadáver. En esta ocasión, en lugar de estar extendido en el suelo, el cuerpo de aquella desafortunada prostituta estaba clavado en el techo y sus entrañas colgaban hasta acariciar el suelo como las ramas de un sauce. Waylian no tenía ni idea de cómo se las había arreglado el asesino para clavarla allí sin alertar a los demás ocupantes del burdel. Pero al fin y al cabo no estaban tratando con un asesino común y corriente. Éste era un conjurador errante, un mago infame de lo más despreciable. ¡A saber qué atroces trucos había utilizado para llevar a cabo su espantoso acto!

Mientras observaba a la mujer cuyos ojos lechosos miraban al vacío, Waylian sintió una repentina punzada de vergüenza. En el piso de abajo había considerado a aquellas mujeres unas putas. Había pensado que eran viles e indignas de su compasión. Pero aquella mujer era apenas una niña, no mucho mayor que él. Una chica que tal vez tuviera sueños, que quizás había aspirado a algo más que a abrirse de piernas por dinero, pero ahora aquellos sueños habían muerto con ella. Y los habían matado de la forma más obscena.

—Deberíamos bajarla de ahí —dijo mientras Gelredida se ocupaba en examinar las paredes.

—De momento puede quedarse donde está. Dudo que llegue tarde a ninguna cita.

Waylian se sintió invadido por una furia que brotó de su vientre. La humillación de los últimos días unida a la vergüenza de aquel momento parecían bullir en su interior.

—¡Tenemos que bajarla! —exclamó en voz demasiado alta.

Gelredida se volvió hacia él con el rostro crispado de irritación. Waylian se preparó para la diatriba, para los insultos y el ridículo, pero no llegaron. Los rasgos de la mujer se ablandaron y asintió moviendo lentamente la cabeza.

—Está bien. Utiliza eso. —Señaló una silla que había en un rincón y acto seguido se volvió de nuevo hacia la pared y estudió los símbolos de cerca, aunque no tanto como para tocarlos.

Waylian tomó la silla y la arrastró a través del charco de sangre de manera que las patas dejaron un rastro en las tablas del suelo hasta que estuvo situado debajo de la chica. Subió a la silla y agarró el clavo que sujetaba uno de sus pies al techo. Los dedos le resbalaban por la sangre coagulada que había en la cabeza del clavo y no conseguía asirlo bien. Se tiró de la manga hasta taparse la mano y así logró agarrar bien el clavo para tirar de él. Al fin salió junto con una lluvia de enlucido y la pierna de la chica cayó y quedó colgando inútilmente. Waylian utilizó la misma técnica con la otra pierna, con lo que el cuerpo de la muchacha se desplomó y quedó colgando de los brazos. Por suerte Waylian ya se había preparado y logró sujetar el peso de la chica, cuyas entrañas aún colgaban y le empaparon la toga de sangre. No le importó. Lo único que quería era bajarla de ese techo.

Una semana antes aquello le hubiera revuelto el estómago, pero los acontecimientos recientes lo habían endurecido. Waylian tenía la sensación de que ya no era un niño.

El cuerpo desangrado de la mujer era ligero como la muñeca de una niña y hasta él, débil como era, pudo aguantar su peso. Por fin logró sacar los clavos que le sujetaban las manos y la joven cayó sobre su hombro como un viejo saco vacío. Waylian bajó de la silla y depositó a la chica en el suelo. Se arrodilló a su lado e intentó cerrarle los ojos, pero por mucho que lo intentó no pudo cerrárselos del todo. Ella seguía mirando a través de los párpados entreabiertos como si fingiera dormir, pero siguiera atisbando. Sin embargo, sus entrañas desparramadas y el tinte pálido de su piel hacían patente que no dormía.

Waylian oyó que su maestra tomaba aire bruscamente y se volvió a mirarla. La mujer se había quitado la capucha y estaba de pie a unos pasos de distancia de la pared, como si de repente comprendiera los símbolos allí pintarrajeados.

—No puede ser —susurró—. Es una locura. Sólo un loco...

Waylian se acercó a ella. Contempló los símbolos, pero con ello sólo consiguió sentir náuseas. Aunque no entendía lo que querían decir, percibía que eran

prohibidos, escritos que no debería ver ningún ojo mortal.

—Lo que tenemos aquí, Waylian, es un ritual de origen sumamente diabólico. —«¿Waylian? Me ha llamado Waylian»—. No reparé en ello con el primer asesinato, no lo creí posible con el segundo, pero esta pobre chica ha demostrado más allá de toda duda qué se trae entre manos nuestro enemigo.

Lo único que pudo hacer Waylian fue apartar la mirada de la pared antes de que la bilis que le subía por la garganta amenazara con hacerle vomitar. Al volver la vista vio que había dos hombres fornidos en la puerta.

—Ah —dijo Gelredida—, habéis llegado. Como podéis ver, está hecho un desastre. —Señaló el cadáver—. Estoy segura de que sabéis lo que tenéis que hacer. —Le lanzó una bolsa con monedas a uno de los hombres y Waylian empezó a preguntarse cuánto dinero llevaría esa mujer en sus vestiduras.

Mientras los hombres sacaban un montón de sacos que parecían de cáñamo y una cuerda, uno de ellos preguntó:

—¿El Storway?

—Sí —contestó Gelredida—. Y esta vez no lastréis el cuerpo, de lo contrario nunca llegará al mar. No queremos que aparezca flotando en el puerto.

Waylian quedó súbitamente horrorizado.

—No podéis...

Su maestra le lanzó una mirada severa.

Los hombres acometieron su tarea, envolvieron el cuerpo con los sacos y lo ataron bien con la cuerda.

—No, esto no está bien —dijo Waylian cuando uno de ellos se echó el cadáver al hombro. Aquello había sido un ser humano, una chica con vida y sentimientos. No podían deshacerse de ella como lo hacían con los residuos—. Habría que enterrarla. —Gelredida estaba molesta pero a Waylian ya le daba igual—. No podéis. No está bien.

La miró fijamente intentando por todos los medios sostenerle la mirada. La mujer también lo miró y sus ojos se clavaron en él, evaluándolo como si lo estuviera examinando en el aula. Pero por segunda vez accedió a sus exigencias y sacó otras dos coronas del interior de la toga.

—Muy bien. —Arrojó las monedas al suelo—. Parecéis unos caballeros con recursos y esto debería servirnos para sacar el cuerpo de la ciudad sin que nadie se dé cuenta. Encargaos de que sea enterrada en la Colina del Bailarín. No es necesario señalar la tumba.

Al ver que ninguno de ellos se quejaba, Gelredida salió de la habitación.

Waylian la siguió y de pronto fue consciente de que llevaba la toga cubierta de sangre, la sangre de una chica a la que no conocía y cuyo nombre no sabía.

Gelredida bajó las escaleras y se dirigió a la puerta, pero Waylian se detuvo y se volvió hacia la chica que lloraba.

—¿Cómo se llamaba? —le preguntó con toda la consideración que pudo mostrar.

La chica lo miró con el rostro manchado por el maquillaje que se había corrido con las lágrimas.

—¿Y a ti qué te importa? —le preguntó.

—Tú dímelo —le exigió en tono menos suave.

—Kaylee —dijo la chica, tras lo cual hundió la cabeza en el hombro de su vecina.

Waylian le dio las gracias con la cabeza y salió rápidamente a la noche detrás de su maestra.

Hasta que no hubo pasado un rato no cayó en la cuenta de que Gelredida no se dirigía de vuelta a la Torre de los Magistrados. Aunque su sentido de la orientación era horrible, sabía que se estaban alejando del gran edificio.

Llegaron al extremo de un callejón que daba a un espacio abierto, amplio y pavimentado, que se extendía a derecha e izquierda. En la penumbra, Waylian vio una verja con pinchos que se prolongaba en ambas direcciones. Al acercarse más vio que al otro lado de la verja había un montículo sobre el cual se alzaba un edificio oscuro y siniestro lleno de cúpulas derruidas y chapiteles rotos.

—¿Qué es esto, magistrada? —preguntó mientras se aproximaban a la verja, y entonces Waylian pudo ver que estaba hecha de latón y que cada uno de los barrotes tenía grabados unos diminutos símbolos indescifrables.

Gelredida no le respondió, sino que continuó andando a lo largo del perímetro sin apartar ni un momento la mirada del oscuro monumento que se achaparraba inquietante en lo alto del montículo.

Al final llegaron a una puerta en la verja. Ésta tenía un grotesco friso en relieve hecho del mismo latón que el resto de la cerca. Representaba escenas de horror con espeluznante detalle: hombres, mujeres y niños a los que hacían pedazos unas horrendas criaturas demacradas llenas de garras, colmillos y de una furia desnuda. A Waylian la escena le resultó repulsiva, pero, por extraño que pareciera, no podía apartar los ojos de ella.

En el centro de la puerta había un bloque cuadrado de metal cuya superficie estaba cubierta de símbolos similares a los de los barrotes de la verja. Gelredida respiró hondo, se inclinó hacia el bloque metálico y le susurró como si le estuviera haciendo una confidencia a un amante.

Waylian notó que lo invadía una oleada de náusea parecida a la que había sentido al mirar los símbolos pintarrajeados en las escenas de los asesinatos recientes. Se llevó una mano a la cara a tiempo de contener una gota de sangre que le cayó por la nariz.

Antes de que pudiera gritar alarmado, la puerta se movió. Los personajes representados en el friso de latón cambiaron mecánicamente, algunos levantando los brazos, otros abriendo mucho la boca como en un macabro simulacro de un teatro de marionetas. De repente las figuras se retiraron y de algún modo u otro abrieron la puerta de latón y despejaron el camino hacia el imponente monumento.

Waylian siguió a su maestra que empezó a subir por la ladera. Aunque la

sensación de náusea se atenuó, fue sustituida por otra de un terror abrumador, como si estuvieran invadiendo un terreno profano y en cualquier momento pudieran aparecer los guardianes del lugar e infligir su castigo a los intrusos.

Cuando llegaron al monumento, Waylian estaba prácticamente muerto de miedo.

Gelredida se detuvo frente a una entrada del monolito que parecía tener un enorme bloque de piedra encajado en ella.

—El Templo de los Necrófagos —susurró—. ¿Has oído hablar de él?

—Sí, magistrada —respondió Waylian.

—Claro que sí; hasta el más bajo de los golfillos de la calle ha oído hablar de él. Esta tumba ha permanecido en medio de la ciudad durante casi siete siglos como una úlcera en su corazón. A lo largo de los años la gente ha ideado sus propias historias sobre este lugar, la mayoría de las cuales son mitos y rumores. Historias que se remontan a los siete siglos que ellos llevan atrapados aquí.

—¿Los necrófagos?

—Sí, claro, los necrófagos. Proliferan por todas las provincias y amenazan con convertirlas en territorio de los muertos. Hizo falta la Guardia Wyvern para atraerlos por fin hasta aquí con la ayuda del Crisol de los Magistrados. Éste fue el único terreno en el que pudieron detenerlos. Cuando por fin ligaron a las criaturas a este lugar, ya casi no quedaba nada de ninguna de las dos órdenes.

—Pero ¿esto qué tiene que ver con...?

—Alguien intenta llevar a cabo un ritual. Un rito antiguo y prohibido que traerá de vuelta a estos monstruos que proliferarían sin control. Antes no quise creerlo, pero ahora es momento de afrontar la verdad.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué iba alguien a querer soltar a estas criaturas?

Gelredida meneó la cabeza.

—Locura. Orgullo desmedido. Curiosidad malsana. El motivo no importa. Lo único que importa es el hecho de que alguien lo esté intentando. Alguien está intentando convertirse en el Maleficar Necrus.

—¿Podemos detenerlo? —Le tembló la voz, pero no se avergonzó de tener miedo.

—Tenemos que hacerlo, Waylian. Si estas criaturas se desatan en la ciudad, no dejarán nada con vida.

El joven vio el miedo en los ojos de Gelredida y tuvo que admitir que eso fue lo que más lo perturbó.

Su maestra puso una mano sobre la enorme losa de piedra que tapaba la entrada como si buscara algo a tientas. Cuando estuvo satisfecha, asintió.

—Los celadores todavía están en su sitio. Aún no se han debilitado. Aún queda tiempo.

Dicho esto, se dio la vuelta y se alejó del monumento, y Waylian la siguió de vuelta por el sendero y a través de la verja. Apenas oyó el chirrido del antiguo portal de latón cuando se cerró a sus espaldas, lo único que podía pensar era que si aquellos

necrófagos podían infundir terror a la Bruja Roja es que debían de ser realmente dignos de temer.

Unas luces centelleantes iluminaban el barrio de la Corona por la noche. Los faroleros no solamente encendían las antorchas que había en los soportes, sino también miles de velas diminutas que había colocadas entre los parterres intrincadamente dispuestos y que bordeaban los senderos de mosaico. Los varios estanques y canales en miniatura que entrecruzaban el barrio estaban igualmente iluminados por miles de candeleros flotantes, cada uno de ellos con una llama brillante.

Rag quedó asombrada al verlo y se imaginó que era un pájaro que miraba la escena desde lo alto, unas vistas cuya majestuosidad habría rivalizado con el cielo estrellado. Sin embargo, la distracción resultó demasiado breve mientras caminaba por los pulidos guijarros con su pandilla. Krupps estaba más callado de lo habitual, se mostraba incluso adusto mientras se dirigían de nuevo a la casa del comerciante. Steraglio tenía el mismo aire sombrío y taciturno de siempre y Burney iba paseando como si no tuviera ni una sola preocupación en la vida. Ella iba la última y volvía a preguntarse en qué se había metido.

Iba detrás del grupo y podría dar media vuelta y desaparecer antes de que ninguno de ellos se diera cuenta de que ya no estaba. ¿Tan malo sería volver al tejado de El Toro? ¿Sin el Gremio, sin una pandilla, sin nada que llevarse a la boca? Sabía que Chirpy, Migs y Tidge se alegrarían de verla. Fender se burlaría de ella por haber fastidiado su gran oportunidad, pero Rag suponía que podría vivir con ello.

Todo había parecido muy fácil cuando habían hablado de ello, antes de un robo de verdad, pero ahora las dudas la atormentaban. ¿Y si los pillaban? ¿Y si había alguien o, que los dioses no lo quisieran, algo en la casa?

Rag meneó la cabeza para despejar las dudas. Aquello era lo que ella quería, lo que había ansiado: una forma de entrar en el Gremio, y ahora la tenía al alcance, de ninguna manera iba a fastidiarlo.

Ya se veía la casa del comerciante y Rag tenía la misma sensación en el estómago que si estuviera intentando digerir medio ladrillo. Krupps y los demás dependían de ella para entrar. Les había dicho que era ladrona de casas. Obviamente no era ninguna ladrona de casas, pero lo mejor sería que aprendiera rápido. El otro día Steraglio había estado dispuesto a acuchillar a esas dos viejas brujas y sabía que no dudaría en acuchillarla a ella a base de bien si no encontraba la mercancía.

Cuando estuvieron más cerca de la casa, Steraglio y Burney se separaron. Sin decir ni una palabra apagaron todas las velas y faroles que bordeaban el camino y sumieron las inmediaciones en la oscuridad mientras que Krupps y Rag seguían hacia la verja de hierro con pinchos que rodeaba la casa.

—Bueno, aquí estamos, Sweets. ¿Estás lista?

«No, estoy cagada de miedo».

Ella dijo que sí con la cabeza.

—Muy bien, pues toma esto. —Se abrió el abrigo y sacó lo que Rag había aprendido que era una barreta. Era una barra metálica de unos sesenta centímetros de largo que se iba aplanando hacia el extremo, el cual estaba doblado para abrir cosas haciendo palanca. En este caso la ventana del piso de arriba.

La tomó de manos de Krupps, se la enganchó en el cinturón y él le sonrió y le guiñó un ojo, se volvió hacia la verja de pinchos, se agarró a ella y se afirmó. Rag se subió a su espalda, le colocó un pie en el hombro y se impulsó para saltar por encima de los pinchos de lo alto de la verja y caer hábilmente al otro lado.

No perdió el tiempo; no estaría bien que los demás saltaran la verja y se la encontraran aún en la puerta principal preguntándose cómo demonios iba a subir al primer piso.

El lateral de la casa estaba revestido de una prominente mampostería y no le costó nada meter los dedos entre las piedras, agarrarse al mortero que se desmenuzaba y trepar por el lado con suma facilidad. Llegó al primer piso en un santiamén, cada vez con más confianza en la facilidad con la que se movía. Dio un paso hacia el alféizar de la ventana y se permitió echar un vistazo abajo.

¡Fue un error!

Normalmente no le hubiera importado, estaba acostumbrada a correr por los tejados, pero lo que le dio miedo fue ver las barras puntiagudas que la esperaban abajo. Se asustó tanto que perdió pie en el alféizar, un pequeño resbalón que en el suelo no hubiera significado nada, pero que allí, a por lo menos una docena de pies de altura, hubiera sido fatal. Se dejó llevar por el pánico y tanto se agarró a la jamba de la ventana y a los ladrillos que estuvo a punto de romperse las uñas. Notó un tirón en el cinturón y al bajar la mirada vio que la barreta se soltaba y caía al suelo. Rebotó en el pavimento con un estrépito tremendo.

Rag se quedó allí colgando unos momentos. Esperando a que alguien saliera a ver a qué venía tanto alboroto. Vio a los muchachos en las sombras de abajo, inmóviles, todos alerta por si había alguna señal de movimiento, igual que ella, pero no la hubo.

«Vamos, Rag, no pierdas el control. Abre la puta ventana y entra».

Alargó el brazo con cautela y buscó a tientas la base de la ventana, rezando y rezando para que estuviera abierta y no necesitara la palanca. Tiró, notó que la ventana cedía un poco y se permitió sonreír. «Tan fácil como cortarle el monedero a un muerto». Otro tirón y la ventana se abrió lo suficiente para que pudiera entrar. Rag se subió a ella, se agarró al marco y deslizó primero las piernas y luego el resto del cuerpo a través del hueco.

Había entrado.

Dentro estaba oscuro, más oscuro que la noche, y pasó un tiempo hasta que se le adaptó la vista. Incluso después de haber esperado lo que le pareció una eternidad seguía sin ver más allá de unos pocos pasos por delante. «Que te quedes aquí quieta no va a mejorar las cosas».

Empezó a moverse buscando la puerta. Lo hizo silenciosa como la muerte

mientras toda clase de preguntas empezaban a pasársele por la cabeza. ¿Y si el comerciante estaba allí? ¿Y si resultaba que sí tenía un perro? ¿Un perro grande con unos dientes jodidamente grandes?

Llegó a la puerta, la abrió un poco y esperó aguzando el oído por si oía alguna señal de hombre o bestia. Como no oyó nada, bajó por las escaleras tan aprisa como pudo e hizo girar el pomo de la puerta principal.

Pero la puerta no se abrió.

Miró con más atención y vio el gran ojo de una cerradura que la miraba como una boca enorme que se reía. «¿Y qué te esperabas?». A través del vidrio de colores de la puerta vio que los otros tres habían logrado saltar la verja y estaban esperando al otro lado. Esperando a que ella los dejara entrar.

Rag miró a su alrededor desesperadamente buscando una llave. Había una cómoda y rebuscó en los cajones apartando papeles, un catalejo, un abrecartas, unos grandes tarugos de madera que a saber para qué coño servían y toda clase de porquería, pero ni rastro de ninguna llave. En el vestíbulo había dos pares de botas y Rag las volvió del revés, más desesperada con cada respiración que daba, pero seguía sin encontrar la llave. Si tenía que buscarla por toda la maldita casa, podría estar allí toda la noche. Eso les sentaría de maravilla a los tíos que estaban plantados fuera como malditos limoneros.

Se quedó en el vestíbulo sintiendo cómo la invadía el pánico, sintiendo cómo brotaban las lágrimas. Entonces la vio, plateada y reluciente, colgada de un gancho de la pared por una cadena.

«¡Maldita llave!».

Casi partió la cadena cuando la agarró para sacarla del gancho, la metió en la cerradura y esperó y deseó que encajara. Cuando giró el cerrojo, Rag soltó el aire que había estado conteniendo durante sabían los dioses cuánto tiempo.

Krupps abrió la puerta de un empujón casi antes de que ella hubiera tenido tiempo de abrirla.

—Muy bien, Sweets —dijo mientras pasaba por su lado rápidamente seguido de cerca por Burney.

—¿Querías despertar a todo el jodido vecindario? —le dijo Steraglio blandiendo la barreta que se le había caído a Rag, tras lo cual subió por las escaleras detrás de los otros dos y dejó que ella cerrara la puerta.

Mientras los seguía, los oyó trabajar, moviendo muebles, examinando cajones.

—Creía que habías dicho que estaría aquí —dijo Krupps con un ronco susurro en la oscuridad.

—Debería estar aquí, joder —repuso Steraglio—. Coles me dijo que estaba debajo de la cama del comerciante.

—Ahí debajo no hay nada más que un puto bacín. ¿Dónde está, jodido imbécil?

Rag se detuvo en lo alto de las escaleras porque no tenía ningún deseo de meterse entre dos hombres que se peleaban.

—Vigila la puta boca —dijo Steraglio, y por un resquicio de la puerta la joven vio que había detenido su frenética búsqueda y estaba mirando fijamente a Krupps.

—¿O qué? —replicó Krupps. Él también había interrumpido la búsqueda y llevó lentamente la mano derecha hacia el interior de su abrigo.

—¡Eh, muchachos! —La voz de Burney pareció sonar demasiado fuerte en la casa oscura, pero Rag se sintió aliviada al oírla—. ¿Es esto lo que estáis buscando?

Tanto Steraglio como Krupps corrieron a la habitación que estaba registrando Burney.

—Sí —dijo Krupps—. Muy bien, amigo. Al menos hay una persona con la que puedo contar. —Rag se acercó a la puerta de la habitación y los vio a los tres junto a un cofre enorme—. Bien, agárralo, Burney, y larguémonos de aquí.

Burney se inclinó y logró rodear todo el cofre con los brazos, pero cuando intentó levantarlo no se movió. Krupps y Steraglio se quedaron mirando y sus expresiones de alivio pasaron a ser de preocupación mientras su colega jadeaba y resoplaba, tirando y empujando el cofre con todas sus considerables fuerzas, pero esa cosa se negaba a moverse.

—¿Estará clavado? —dijo Burney al fin mientras se desplomaba encima del cofre.

—¡Mierda! —exclamó Steraglio, que se fue a un rincón de la habitación dando fuertes pisotones, furioso.

—Esto tiene que ser una broma —dijo Krupps—. ¡Coles se estará partiendo de risa! «Un cofre», dijo. «Sólo hay que cogerlo y marcharse», dijo.

Rag no tenía ni idea de quién era este tal «Coles», pero supuso que le esperaba una buena paliza cuando Krupps le pusiera la mano encima.

Un ruido en el piso de abajo distrajo la atención de Rag de la riña entre los hombres. Se volvió, bajó un escalón y se detuvo en seco.

El pomo de la puerta estaba girando.

—¡Viene alguien! —susurró. Lo dijo lo bastante alto como para silenciar a los muchachos.

Mientras ella permanecía inmóvil en la escalera la puerta se abrió y un hombre entró tranquilamente. En la mano llevaba un farol que arrojaba una luz lóbrega sobre las paredes, cruzó el vestíbulo hasta que la vio a ella allí parada y se detuvo en seco.

Rag y el hombre se miraron mutuamente. A la luz del farol ella vio que llevaba una chaqueta magnífica cosida a mano, un ancho fajín que sujetaba su generosa circunferencia y unos pantalones ceñidos a sus gordos muslos, tal como era el estilo en las zonas más ricas de la ciudad.

El hombre le sostuvo la mirada y luego sonrió lentamente.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó con voz grave y sonora—. ¿Has encontrado algo interesante, querida?

Rag abrió la boca para contestar, pero antes de que tuviera ocasión de hacerlo Krupps y Steraglio salieron de entre las sombras y agarraron al hombre. Debía de

haber otra escalera en cualquier parte de la casa y se las habían arreglado para bajar con sigilo y acercarse al mercader desde una habitación que había a un lado.

—En realidad —dijo Krupps—, sí que hemos encontrado algo.

Antes de que el ricachón pudiera hablar lo metieron en la habitación lateral de la que habían salido. El hombre dejó caer el farol al suelo donde empezó a quemar la alfombra de intrincado tejido y Rag fue a recogerlo y apagó las pocas llamas a pisotones.

Los oyó en la habitación de al lado, gritando y volcando muebles mientras el comerciante protestaba ruidosamente. Se oyó un sonido que sólo podía haber sido de un puñetazo, seguido de un grito de dolor.

Iba todo mal..., dijeron que nadie saldría herido.

Rag se acercó a la entrada de la habitación, el farol la iluminó y vio que estaban atando al hombre a una silla con una cuerda. Burney estaba con ellos, de pie junto al comerciante con aire amenazador.

—¿Barnus Juno, supongo? —dijo Krupps. Había un nivel de amenaza en su voz que Rag no había oído nunca. Le dio miedo.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? —preguntó Barnus, obviamente aterrorizado.

—Creo que ya sabes lo que queremos. Y ahora dime, ¿dónde está la maldita llave de ese cofre?

Barnus miró a los tres hombres uno detrás de otro, pero no encontró esperanza en lo que vio. Cada uno de ellos parecía igual de despiadado que el siguiente: Burney con sus músculos, Steraglio con su espada desenvainada y Krupps con su actitud amenazadora.

—No la tengo —contestó Barnus.

Incluso Rag se dio cuenta de que mentía.

Krupps le hizo un gesto con la cabeza a Burney y el grandote le dio un puñetazo en el estómago al comerciante y otro en la mandíbula.

—Ten cuidado —dijo Krupps—. Necesitamos que pueda hablar.

Barnus escupió sangre y lo que podría haber sido un diente.

—Os lo prometo. No la tengo. —Burney volvió a golpearlo, y el hombre soltó un leve gemido seguido por un sollozo ahogado.

Rag tenía ganas de correr a interponerse entre ellos, de decirles que pararan, que dejaran en paz al pobre desgraciado y que se marcharan tan rápido como pudieran antes de ir demasiado lejos.

Sin embargo, no se movió. Sabía que sería una estupidez entrometerse. Había sido una estupidez ir allí, confiar en aquellos hombres. No eran la pandilla que ella creía que eran. Le habían mentido: se suponía que allí no debía haber nadie. Se suponía que nadie debía resultar herido, pero allí estaban ellos, pegándole una paliza a ese pobre tipo.

Antes de que pudieran golpearle de nuevo se oyeron unos golpes insistentes en la puerta y todo el mundo se detuvo.

—¿Barnus? ¿Estás ahí? —Era la voz de una mujer, aguda y altanera.

El comerciante abrió la boca para avisarla, pero Burney se la tapó con la mano antes de que pudiera decir nada. Krupps y Steraglio pasaron rápidamente junto a Rag y se dirigieron uno a cada lado de la puerta, agachados para que no se les viera por el arco de vidrio de colores.

—¡He oído un ruido, Barnus! ¿Estás en casa?

El pomo de la puerta giró y Krupps lo agarró firmemente con la mano. Se metió la otra en la chaqueta y sacó un cuchillo, más parecido a una cuchilla de carnicero que a un puñal, mientras que la mujer del otro lado se esforzaba por abrir la puerta. Steraglio se pasó la lengua por los labios empuñando su cuchillo, como si deseara que la mujer entrara para poder clavárselo.

¡Aquello era demasiado! Iban a matar a ese comerciante y ahora también a una vieja estúpida. Había que hacer algo.

Rag soltó un fuerte maullido.

No sabía por qué lo había hecho, ni siquiera se parecía mucho a un maldito gato, más bien había sonado como alguien que hubiese pisado un clavo oxidado, pero fue lo único que se le ocurrió con tan poca antelación.

El rostro de la mujer apareció en el vidrio y miró adentro, pero obviamente estaba demasiado oscuro para que pudiera ver nada.

Con una rápida queja sobre haberla despertado en mitad de la noche, se alejó.

Krupps dejó escapar un audible suspiro.

—Bien. —Se dirigió a la habitación en la que Barnus seguía atado con la mano de Burney tapándole la boca—. Ya basta de gilipollecés. Dinos dónde está la llave o aquí mi amigo te va a sacar un ojo.

Barnus se quedó allí quieto y absolutamente aterrado.

—Muy bien, mierdecilla —dijo Steraglio, que le acercó el cuchillo.

—¡Espera! ¡Espera! —chilló Barnus—. Está en el dormitorio principal. Debajo del colchón.

Krupps miró a Burney y a Steraglio con incredulidad.

—¿A ninguno de los dos se os ocurrió mirar bajo el colchón?

Acto seguido los tres salieron de allí a la vez y a toda prisa para ir a buscar la llave y abrir el cofre. Rag se quedó clavada en el sitio y observó cómo casi tropezaban el uno con el otro con el ansia de correr escaleras arriba.

Lentamente se volvió a mirar a Barnus. El hombre tenía unos ojos como platos por el miedo y le salía un hilo de sangre por la boca. La miró con expresión de súplica.

Rag miró hacia la escalera que habían utilizado los muchachos. Sabía muy bien que lo más probable era que mataran al comerciante. Ninguno de ellos llevaba máscara e incluso en la penumbra estaba prácticamente segura de que Barnus recordaría el rostro de los cuatro rufianes que lo habían aterrorizado. Los muchachos no dejarían un testigo para los Casacas Verdes.

Se acercó a la silla e intentó desesperada y torpemente desatar la cuerda que sujetaba al comerciante, escuchando en todo momento el ruido del trajinar de muebles y de los pasos que sonaban por las tablas del suelo del piso de arriba. Al fin aflojó la cuerda y retrocedió.

Barnus le dirigió una sonrisa de agradecimiento... y a continuación le propinó un revés en la cara que la hizo caer de culo y golpearse la cabeza.

Quedó aturdida, no podía levantarse, pero aun así vio que el hombre hurgaba en el cajón de su mesa buscando algo. Ese algo brilló con la luz de la vela; sólo podía ser un cuchillo.

—Voy a enseñaros a robar a Barnus Juno, cabrones —dijo abriendo mucho los ojos con una furia animal.

Alguien bajaba por las escaleras y el comerciante corrió a esconderse.

Rag estaba tan atontada que no podía hablar.

Entró Burney con el ceño fruncido y expresión consternada.

—Ésa no es la llave, jodido...

Soltó un grito de dolor cuando Barnus le hundió el cuchillo en el brazo. Antes de que Barnus pudiera retirar la mano y volver a acuchillarlo, Burney retrocedió tambaleándose y se llevó consigo el cuchillo.

—¡Hijos de puta! ¿Sabéis quién soy? —chilló Barnus, que avanzó de un salto con las manos como garras pero Burney pudo apartarlo dándole un golpe con el otro brazo. Se sacó el cuchillo, pero el arma ensangrentada cayó al suelo cuando Barnus se precipitó de nuevo sobre él. Rag no tenía ni idea de qué pretendía conseguir el comerciante, pero estaba claro que no estaba a la altura del cabrón grandote al que estaba atacando.

Burney lo empujó hacia atrás y en aquel momento entraron a toda prisa Krupps y Steraglio.

—¿Qué coño pasa? —dijo el primero, que se tambaleó cuando Barnus le propinó un golpe en la mandíbula.

Steraglio no estaba dispuesto a sufrir el mismo castigo y sacó el cuchillo en el preciso momento en el que Rag lograba ponerse de pie.

Ella intentó gritar «no» o «detente» o algo, pero no le salieron las palabras. Steraglio había apuñalado a Barnus tres veces (en el pecho, en el abdomen y en el muslo) antes de que el comerciante se diera cuenta de que lo habían alcanzado.

Entonces fue como una jauría de perros lanzándose contra un oso: el primero había hecho sangrar a la presa y el resto sabían que estaba acabada. Burney fue el siguiente en golpear y le propinó un puñetazo en el cuello. Krupps, que se recuperó enseguida del golpe en la mandíbula, sacó su arma y al cabo de un instante los tres estaban atacando frenéticamente, asestando puñaladas, puñetazos y patadas a Barnus en el suelo. Los chillidos de agonía del comerciante quedaban ahogados por los gritos de odio de los tres ladrones.

Rag observó impotente cómo hacían papilla al hombre al que habían ido a robar.

Cuando todo terminó y Barnus había dejado de moverse, Krupps la miró. Su mirada fue bastante acusadora; no hacía falta que lo dijera con palabras.

—Larguémonos de aquí —dijo, y se dirigió a la puerta.

Los tres salieron de la casa apresuradamente. Rag sólo se detuvo un instante a mirar a Barnus, cuya magnífica ropa estaba empapada de sangre oscura. Luego los siguió.

La puerta de la verja estaba abierta de par en par. Barnus debía de haberla dejado así al llegar a casa. Nada los detuvo y se alejaron en la noche.

Mientras corría, Rag se dio cuenta de que aquello acarrearía represalias.

Quería huir de aquellos hombres y de lo que habían hecho, escapar del inevitable castigo que pronto les perseguiría, pero ¿adónde iba a ir? ¿Quién la acogería ahora?

Podía ir directamente a los Casacas Verdes, pero ¿por qué iban a creerla? ¿Cómo podía explicar que no tenía intención de hacer daño a nadie, que se suponía que nadie debía resultar herido?

De manera que siguió a los tres hombres, plenamente consciente de que era tan culpable del asesinato como ellos.

Llegaron como la marea, con la única diferencia que no parecía que ellos fueran a retirarse pronto. Entraron en la Urbe a miles, una bullente masa de hombres, mujeres y niños lastimosos que llevaban lo poco que tenían en carros o a lomos del ganado.

Nobul y el resto de los Casacas Verdes los habían observado desde Saviour's Bridge, moviéndose como una masa de lodo hacia las casas improvisadas que se verían obligados a ocupar durante tanto tiempo como tardara el rey Cael en acabar con los khurtas. En aquel momento se había preguntado si era sensato dejarlos sin supervisión, sin nadie que les dijera adónde ir o en qué choza podían acomodarse, pero a Kilgar le había parecido lógico.

—Si van a matarse unos a otros —dijo mientras miraba con su único ojo—, no tiene sentido que nos metamos en medio.

Nobul podía más o menos entender lo que quería decir. De todos modos, si hubiera habido alguien allí abajo, una o dos figuras de autoridad que distribuyeran a la gente por las zonas más tranquilas, seguro que las cosas habrían sido más fáciles. Podría ser que incluso se hubiesen salvado algunas vidas.

La cuestión era que habían dejado que los refugiados se las arreglaran solos. El camino hacia la Ciudad Vieja estaba abierto y entraron en tropel. Había habido matanzas, por supuesto. Todo el mundo quería las mejores parcelas más cercanas al Storway para así poder arrojar su mierda directamente al mar. Como siempre ocurría, fueron los más fuertes, violentos y malos los que lograron conservarlas.

Los Casacas Verdes habían realizado una batida en los días posteriores, cuando todo se había calmado. Habían encontrado trece cadáveres, dos de ellos eran niños de la misma familia cuya madre fue violada y masacrada.

Nobul había querido enojarse por eso, había querido dar rienda suelta a su ira e ir a la caza de los culpables, pero ¿para qué? Había demasiados candidatos y nadie lo bastante valiente como para señalarle a los correctos.

Poco después empezaron a recibir denuncias sobre personas que habían desaparecido.

Al principio habían llegado de una en una o de dos en dos, pero luego desapareció la primera familia entera y los Casacas Verdes se habían visto obligados a prestar atención.

Nadie parecía tener ninguna pista. Era como si el mismísimo Señor de los Cuervos los hubiera hecho desaparecer. No había señales de lucha, ni gritos, era como si hubieran recogido los bártulos, hubieran salido corriendo y se hubieran largado a sabía Arlor dónde.

No obstante, los Casacas Verdes tenían que aparentar que estaban haciendo algo, aunque sólo fuera para evitar que cundiera el pánico. No sería conveniente que la histeria dominara la Urbe, que varios miles de refugiados se volvieran locos y se tomaran la ley por su mano. Ya era bastante malo que hubiera habido trece asesinatos

en una noche. Lo último que querían era una masacre.

Los Casacas Verdes tuvieron que dispersarse mucho, de modo que patrullaban en parejas. Cada pareja se ocuparía de una calle y de manera aleatoria echaría puertas abajo a patadas, registraría casas, efectuaría arrestos, aunque eso rara vez ocurría, sencillamente porque no había espacio en la cárcel de la ciudad. De ese modo todo el mundo podía ver que estaban tomando medias con respecto a las denuncias, que hacían algo para ayudar, para obligar a salir al elemento criminal.

Nobul sabía que en realidad era una pérdida de tiempo. Los delincuentes eran incontables, e incluso la gente común y corriente, los granjeros, comerciantes y artesanos, estaban recurriendo al robo, al atraco y al timo sólo para poder alimentarse ellos y sus familias.

De manera que Nobul entró en la Urbe con una intensa reticencia y con Denny a su lado. El muchacho había demostrado que no servía de mucho en una pelea, pero sin duda había dejado patente que era leal, y en la Guardia Ámbar no había otro al que Nobul prefiriera tener guardándole las espaldas. Además, durante los pocos días que llevaban echando puertas abajo lo peor que se habían encontrado fue a una madre furiosa que les gritó que trajeran a un boticario para su bebé enfermo. Ellos habían hecho todo lo posible para calmarla, pero sin éxito. Al final se habían retirado y la dejaron allí. Nobul había sentido una punzada de culpabilidad, pero no era la única mujer que tenía un bebé enfermo, y las Hijas de Arlor estaban haciendo todo lo que podían para atender a los enfermos y hambrientos. De todas formas, ¿qué podían hacer los Casacas Verdes?

—Entonces, ¿qué crees que es? —preguntó Denny mientras recorrían una calle ruïnosa.

—¿Qué creo que es el qué? —repuso Nobul, que hacía todo lo posible por no pisar los excrementos de los que estaba sembrado el camino. Daba la impresión de que lo único que había cambiado en esas calles antes de que las hubieran despejado era que casi toda la mierda de perro había sido reemplazada por la de los humanos.

—El lugar adonde van estas personas desaparecidas.

Nobul encogió sus anchos hombros.

—Que me aspen si lo sé. Pero sí sé que poner patas arriba estas casuchas no va a ayudarnos a encontrar la respuesta.

—En eso estoy completamente de acuerdo —dijo Denny. Estos últimos días se había mostrado muy locuaz, ofrecía su opinión sobre por qué deberían estar buscando a delincuentes de verdad y no a fantasmas en la noche. No le había servido de nada y Kilgar se había limitado a recordarle las virtudes de obedecer órdenes sin cuestionarlas, puesto que eso podría evitar que terminara con el labio hinchado. Aquello hizo callar por fin a Denny.

—¿Quieres saber lo que creo?

—La verdad es que no —contestó Nobul sin sentirse culpable por la inmediata expresión decepcionada del muchacho. Por mucho que Denny le hiciera sonreír a

veces, había un momento y un lugar para sus teorías descabelladas.

Siguieron bajando por la calle y Denny se volvió a mirar a Nobul con cara de resignación.

—¿Qué me dices de ésta? —Señaló una puerta que había elegido al azar.

—Es tan buena como cualquier otra —repuso Nobul—. Tú primero.

—¿Por qué yo? Siempre soy yo. Está bien, vamos a echarlo a cara o cruz. —
Denny buscó una moneda.

—Cruz —dijo Nobul mientras el chico mandó la moneda dando vueltas por el aire. La atrapó entre la palma y el dorso de la mano y echó una mirada.

—Mierda —dijo.

Nobul se permitió sonreír.

Denny afirmó las manos a ambos lados de la puerta y le pegó una patada. La madera se astilló, pero no cedió del todo. Con una segunda patada la puerta se abrió de golpe hacia dentro. El muchacho se precipitó al interior y Nobul lo siguió con el arma desenvainada.

—Que nadie se mueva en nombre del rey Cael —gritó Denny.

Nobul vio que sólo había un hombre en la casucha. Sus rasgos flacos mostraban miedo y dirigió la mirada a un cuchillo corto que tenía en la mesa, pero sin duda se lo pensó mejor.

Aquel lugar apestaba, desprendía un hedor rancio a descomposición y Nobul se asombró de que aquel hombre hubiera conseguido soltar tanta peste en el corto espacio de tiempo que llevaba allí. Echó un vistazo superficial a la habitación. No parecía haber nada inadecuado, pero el tipo no dejaba de mirar a su alrededor con desesperación, como un animal acorralado.

—¿Tu nombre?

—Par... Pardo —contestó el hombre—. Ivaar Pardo de Briar Lock.

—¿De Deldrun, eh? Está a un largo camino del norte.

—¿Adónde se suponía que iba a ir si no?

Denny asintió con la cabeza.

—Estás tú solo, ¿no, Ivaar?

—Sí. No tengo familia digna de mención.

«¿No tienes familia, o no tienes a nadie digno de mención?».

—¿Sabes por qué estamos aquí, Ivaar? —Nobul tuvo que admitir que, aunque Denny era una mierda en combate, sin duda sabía mostrarse autoritario cuando quería.

—Bueno... Supongo que es por lo de la gente desaparecida, ¿no?

—Así es, la gente desaparecida, Ivaar. ¿Qué sabes de ello?

El hombre miró a Nobul y luego otra vez a Denny, como si fuera una liebre intentando calcular qué sabueso iba a desgarrarle el cuello primero.

—Yo no sé nada. De verdad, no sé nada.

Denny dejó que su respuesta flotara en el aire. A veces era mejor no decir nada y

dejar que sudaran un poco. En ocasiones se preguntaban qué era lo que sabías, se preguntaban si sabías algo que no les estabas diciendo y luego te lo contaban de todos modos. Ivaar no dijo ni una palabra.

Al fin Denny asintió.

—Está bien. Si registramos este lugar, Ivaar, ¿encontraremos algo que no deberíamos encontrar?

—No, señor. Aquí no hay nada.

—Bien. Odio perder el tiempo, Ivaar.

Nobul vio que Denny ya casi había terminado, pero aunque no le gustaba pasar mucho tiempo en aquellas casuchas, había algo que lo inquietaba. Quizá fuera ese olor, o la expresión culpable que había adoptado Ivaar en cuanto se dio cuenta de quiénes eran.

—Aguarda un minuto —dijo cuando Denny daba la vuelta para marcharse. Se acercó a un cofre que había en un rincón y sobre el que dos moscas zumbaban sin cesar—. ¿Qué hay aquí dentro? —preguntó al tiempo que levantaba la tapa con el pie.

—¡Es mío! —gritó Ivaar cuando Nobul reveló lo que había en el cofre.

Estaba lleno de comida. Alguna de ella podrida, la mayoría pasada, pero al fin y al cabo era comida. Pan, salchichón, carnes secas, una bolsa de patatas en las que había más grillos que tubérculo, unas manzanas más arrugadas que el escroto de un anciano y una cabeza de cerdo con los ojos aún intactos.

—Es mío —gritó otra vez Ivaar caminando hacia el cofre, pero Denny le dio un empujón.

—¿Cuánto tiempo hace que lo tienes? —preguntó arrugando la nariz ante el repentino hedor que impregnó la minúscula habitación.

—¡No tiene nada que ver con vosotros! ¡Es todo mío!

—Está todo podrido, joder. Podrías haber alimentado a tres familias con esto.

—Es mío.

Denny le propinó un revés en la cara a Ivaar. El hombre retrocedió tambaleándose y las lágrimas afluyeron a sus ojos. Nobul vio que volvía a mirar el cuchillo que había en la mesa y que poco a poco se aplacó e incluso retrocedió un paso.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —preguntó Denny, que se estrujó la nariz para mirar en el interior del cofre.

—No hay mucho que podamos hacer —respondió Nobul—. No podemos empezar a repartirla, sólo conseguiríamos que la gente enfermara.

Denny se volvió hacia Ivaar.

—La gente se muere de hambre y tú dejas que todo esto se pudra. Casi estoy por hacértelo comer todo, aquí mismo, ahora.

Ivaar puso cara de miedo y una lágrima le saltó por el párpado y le corrió por la mejilla.

—Ya no servirá de nada —dijo Nobul—. Vamos, ya me he hartado de esta peste.

Salió al aire libre y Denny fue detrás.

—Tendríamos que haberle dado una paliza —comentó el chico mientras caminaban de vuelta hacia la ciudad.

Nobul le dijo que no con la cabeza.

—¿Para qué? ¿Para darle una lección? El pobre tipo ya tiene bastante con lo que lidiar. Puede que todos estemos igual dentro de poco.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Significa que podría ser que tuviéramos a varios miles de jodidos khurtas enojados llamando a nuestra puerta dentro de unas cuantas semanas. ¿Y qué estamos haciendo al respecto?

—No, el rey va a enfrentarse a ellos en Kelbur Fenn. Lo hará cualquier día de éstos, incluso podría ser hoy. En cuanto les haya dado una paliza, las cosas volverán a la normalidad.

—No estés demasiado seguro. No importa cuántos caballeros, arqueros y comida tengas, siempre puede haber algo que vuelva la batalla en tu contra.

Nobul se dio cuenta de que Denny quería discutir, pero ambos sabían quién poseía más experiencia en la guerra.

—Esto no tiene sentido —dijo el chico cuando ya llevaban un rato bajando por la calle—. Volvamos al cuartel. Mataría por una copa.

Cualquier otro día Nobul le habría dicho «no». Cualquiera otro día hubiera cumplido con su deber, no por miedo a lo que pudiera hacer Kilgar, sino porque era eso lo que lo mantenía ocupado, lo que le mantenía ocupada la mente. Sin embargo, aquel día todo parecía una mierda: aquel lugar, el hedor que desprendía y los rostros lastimeros de todos los que vivían allí. Si es que se podía llamar vida a aquello.

Asintió y Denny sonrió. Obviamente no se esperaba que Nobul accediera.

—Dime, ¿dónde crees que están los refugiados desaparecidos? —preguntó Denny mientras se encaminaban de regreso por Saviour's Bridge. Nobul tuvo que admirar su persistencia.

—No lo sé —respondió—. Pero estoy bastante seguro de que echar abajo las puertas de los barrios bajos no va a servir para que encontremos a los culpables.

—¿Por dónde empezarías tú entonces?

—¿Por dónde crees? Si el Gremio no sabe lo que está ocurriendo es que no lo sabe nadie. Son las suyas las puertas que hay que echar abajo.

—Pues buena suerte. —Denny sonrió ampliamente—. Pero asegúrate de hacerme saber el día que decidas enfrentarte a esos locos hijos de puta, y yo me aseguraré de estar en una guardia distinta.

El chico tenía razón. El Gremio tenía ojos y oídos en todas partes y untaba muchas manos en los Casacas Verdes. Era una línea de investigación peligrosa y lo más probable era que el cabrón entrometido que decidiera investigar acabara con un cuchillo entre las escápulas.

Siguieron andando y Nobul se dio cuenta de que Denny se moría de ganas de que

le preguntara.

—De acuerdo, continúa, ¿cuál es tu teoría?

La sonrisa del muchacho se agrandó.

—Es curioso que preguntes. ¿Sabes lo de esos asesinatos? —«¿Y quién no?»—. Todo está relacionado. Los asesinatos que hemos visto, esos pobres desgraciados mutilados por toda la ciudad..., son sólo el comienzo. Es como si estuvieran practicando, si quieres decirlo así. Los locos que están haciendo esto son los mismos que han hecho desaparecer a los refugiados.

Nobul enarcó una ceja.

—¿Y cómo lo han conseguido?

—Son conjuradores, ¿no? Todo es magia. —Denny movió los dedos frente a él como si quisiera hacer aparecer algo de la nada. Nobul sabía perfectamente que el chico a duras penas lograba hacer aparecer el pis en su polla sin ayuda, de modo que la magia hubiera supuesto un verdadero desafío.

—Está bien —dijo Nobul, que se las arregló para sonreír. Había sonreído unas cuantas veces últimamente, y casi todas habían sido por cosas que dijo Denny.

—Tú acuérdate bien de lo que te digo. Cuando al final todo salga a la luz verás que estas dos cosas están relacionadas. Te lo digo yo.

El cuartel ya casi estaba a la vista cuando Denny vio a dos Casacas Verdes por delante, apoyados sin hacer nada contra una tosca choza de madera.

—Ahí están Platt y Firby —dijo al tiempo que levantaba la mano para saludarlos, pero ellos no lo vieron porque aparecieron dos figuras de entre el gentío que pasaba que atrajeron su atención.

Aquella pareja tenía algo que hizo vacilar a Nobul. No sabía decir de qué se trataba, sólo era una sensación en su interior, pero suficiente para interrumpir a Denny antes de que pudiera gritar, y se lo llevó a un lado de la calle para observar.

Uno de los recién llegados era un hombre delgado, de estatura media, con una pelambreira castaña. Por su forma de actuar, Nobul supo que daba muestras de confianza. Era imposible saber si eso significaba que era un luchador o que se estaba echando un farol, pero en cualquier caso llevaba una espada al costado. Sonreía a los dos Casacas Verdes, con los que charlaba con relajada familiaridad y estaba claro que le gustaba hablar. Sin embargo, e incluso desde aquella distancia, Nobul vio que tenía una serie de magulladuras en la cara. Estaba claro que a alguien no le había gustado lo que tenía que decir últimamente.

La segunda era una mujer, alta y hasta escultural. Mantenía la cabeza agachada, como si intentara pasar desapercibida, pero con su cabello rubio cortísimo y sus rasgos llamativos no resultaba fácil. A pesar de sus intentos por parecer insignificante, era evidente que tenía unos hombros muy musculosos y la cintura fina: el cuerpo de un guerrero.

Aquella pareja tenía algo extraño y Nobul lo sabía.

—¿Son amigos tuyos? —le preguntó a Denny sin apartar la mirada de aquellos

cuatro. El guapo con el rostro magullado hizo una broma y los Casacas Verdes se rieron, pero la mujer no.

—¿Platt y Firby? Sí, hace siglos que los conozco. A Firby van a nombrarlo sargento dentro de poco. ¿Por qué?, ¿qué pasa?

Nobul no respondió. Definitivamente pasaba algo, y si esperaba lo suficiente... Ahí estaba, un monedero pasó de la mano del dandi a la de uno de los Casacas Verdes mientras todos seguían riendo.

—¿Ves eso? —preguntó Nobul, casi dispuesto a dirigirse hasta allí y preguntar qué coño se traían entre manos.

—¿El qué? —dijo Denny.

—Un soborno.

—¿Y qué carajo te importa? Muchos compañeros lo hacen.

Nobul se enojó de repente. Muchos compañeros lo hacían, pero eso no implicaba que estuviera bien. El hecho de que fuera tan fácil comprar a los Casacas Verdes era el motivo de que el Gremio proliferara en la ciudad. Por eso él se había visto obligado a pagar dinero por protección durante años, porque no tenía a nadie a quien recurrir. Por eso había gente desaparecida, porque los Casacas Verdes tenían demasiado miedo o las manos demasiado bien untadas para investigar quién estaba involucrado en realidad. Por eso había muerto su hijo...

No, su hijo no había muerto por eso, ¿verdad? Su hijo había muerto porque él era un cabrón frío, duro y acosador.

—Sí. Muchos compañeros lo hacen —dijo Nobul, que sintió desvanecerse su ira.

Siguió observando mientras terminaban la conversación y el hombre se despidió de los dos Casacas Verdes. Él y la mujer desaparecieron entre el gentío y durante un minuto Nobul consideró seguirlos. Dio un paso adelante, pero de repente se oyó un aullido, un grito que se alzó por encima del bullicio de la calle.

Denny se volvió.

—¿Qué dian...?

Lo interrumpió otro grito, esta vez procedente de otra parte.

Como si fuera contagioso, como una plaga llevada por el viento, los gritos fueron de boca en boca y el pánico se adueñó de las calles. Una mujer pasó corriendo con su hijo agarrado de la mano. Un hombre empujaba su carro lleno de ostras e iba derramando su mercancía sin que le importara un bledo. Un anciano cayó de rodillas llorando a moco tendido.

Nobul avanzó hacia la multitud exigiendo saber qué era lo que iba mal, pero la gente pasaba dando empujones dominada por el miedo. Al final agarró a un transeúnte, a una mujer de mediana edad que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué está pasando? —inquirió.

La mujer lo miró como atontada.

—Hemos perdido —contestó con voz entrecortada—. Los khurtas los han derrotado.

Nobul la miró con incredulidad y luego, al notar que se retorció en sus manos, la soltó.

Entonces lo oyó: un grito lastimero que se alzaba por encima del ruido y la cháchara.

—¡El rey ha muerto! —gritó alguien—. ¡Han asesinado al rey Cael!

Nobul miró a Denny.

Ninguno de los dos supo qué decir.

La notaba cómoda en la cadera; era la mejor espada que había tenido desde... bueno, desde siempre. Y además había sido una ganga. La había comprado con Kaira en un puesto del mercado de Northgate, y mientras Merrick comprobaba su peso y pasaba el dedo por el cortante filo, no pudo más que preguntarse qué hacía un costoso vendedor callejero con un arma de semejante calidad. Estaba claro que el tipo no tenía ni idea de lo que poseía porque se la había vendido por una miseria. Por lo visto toda la remesa de armas del tendero venía de una vieja forja quemada cuyo propietario había desaparecido. Alguien había dejado pasar un montón de dinero, pero no era problema suyo. Ahora tenía una espada digna de él, y eso era lo único que importaba. Si Shanka y sus matones o, para el caso, cualquier otro cabrón quisiera atacarle, sería mejor que supieran pelear o acabarían ensartados en un metro de acero.

Y no era el único as que tenía en la manga.

Kaira era hermosa, eso tenía que reconocérselo. No le vendría mal un poco de colorete en las mejillas y en los labios, quizás un poco de *kohl* en los ojos, pero aun así era más atractiva que la mayoría de damas con las que Merrick estaba acostumbrado a relacionarse. Y además de su atractivo, era evidente que sabía manejarse en una lucha. Era casi tan alta como él y bajo su túnica los músculos eran tensos y duros. Era ancha de hombros, tenía muy buena vista y cumplía con su obligación de protegerlo con una vigilancia que lo hacía sentir... ¿seguro? En cualquier caso, se sentía más seguro de lo que se había sentido en mucho tiempo, al menos desde que se había endeudado con Shanka.

Ahora lo único que tenía que hacer era arrancarle una sonrisa y quién sabe adónde podría llevar eso. Sin embargo, no era fácil; era una mujer seria con ganas. Y desde luego las noticias sobre el rey no habían mejorado las cosas.

Merrick no perdía el tiempo adulando a los Mastragall, pero tampoco los despreciaba como algunos. Sabía que era necesario que un país estuviera gobernado por una mano dura y precisamente él no podía envidiarle a alguien ciertos privilegios, ya había tenido suficientes antes de echarlo todo a perder. Kaira se lo estaba tomando muy mal. Había recibido la noticia del asesinato de Cael con los labios rígidos y la mandíbula tensa cuando había empezado la histeria en las calles, pero él se daba cuenta de que le estaba costando asimilarla.

Bueno, supuso que algunas personas eran siempre patrióticas.

Recorrieron las calles, ella a su lado, su guardiana siempre presente. Toda la gente con la que se cruzaban estaba abatida; había algo en el ambiente, una sensación que anticipaba que algo iba a ocurrir dentro de poco; y no iba a ser nada bueno.

Los pregoneros aún no habían anunciado nada, pero Merrick sabía que era inminente. Habiendo derrotado a sus ejércitos en Kelbur Fenn, no habría nada que impidiera que los khurtas barrieran los Estados Libres. Proliferaban los rumores y pronto les seguiría el pánico. Lo mejor que podían esperar era que los khurtas

saquearan hasta quedar satisfechos y que luego se largaran por donde habían venido. En el fondo Merrick sabía que había muy pocas posibilidades de que eso ocurriera, pero en realidad no podía hacer que le importara.

Ahora ya había terminado con todo aquello, ya había hecho su parte. En cuanto se despidiera y saldara todas las deudas, se largaría de aquel basurero con la misma rapidez que las monedas del monedero de un jugador.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Kaira.

Merrick no se esperaba que le hiciera preguntas, hasta el momento no le había preguntado nada, y casi lo pilló desprevenido.

—Lo siento, ¿tendrías que estar en algún otro sitio?

Ella no respondió, se limitó a menear la cabeza, cosa que hizo que Merrick se sintiera mal.

—Si tienes que saberlo, vamos a ver a Palien. Ya he hecho mi parte; se le ha pagado a la gente, todo está listo para actuar. Puedo explicarle todos los pormenores y seguir mi camino alegremente. No te preocupes, no tardaremos mucho. Luego puedo llevarte a ese bar del puerto, tal como te prometí.

«Más vale que tomemos esa última copa antes de que deje todo esto atrás».

Más silencio. Había intentado tentarla más de una vez con la promesa de un buen vino y mejor compañía, pero estaba claro que a ella no le interesaba. A Merrick le resultaba de lo más molesto.

—Así pues, ¿ya casi hemos terminado?

—En serio, ¿tienes otros planes? ¿Palien no te paga lo suficiente? ¿Tienes perspectivas más lucrativas en alguna otra parte?

Ella volvió a menear la cabeza.

—Lo que pasa es que tengo muchas ganas de que esto termine.

Merrick la miró, pero poco pudo leer en aquel rostro fuerte que tenía.

—Si hace que te sientas mejor, ya somos dos.

—¿Tienes dudas sobre esto?

—¿Dudas? ¿Quién ha dicho nada de dudas? Sólo quiero que esto acabe para así poder volver a mi vida. No tienes ni idea de las molestias que me supone.

—De modo que lo único que te importa es...

—¿Qué quieres saber, Kaira? —Empezaba a preferir que estuviera callada—. ¿Si lo único que me importa es el dinero? Sí, supongo que sí. ¿Si me siento culpable por...?

Se calló. No estaba bien hablar de ello en la calle, pero ella lo había incitado en un mal lugar.

¿Estaba orgulloso de sí mismo? Por supuesto que no, pero ¿qué podía hacer? Si no hubiera hecho aquello, y con el máximo de sus capacidades, estaría pudriéndose en una zanja en alguna parte. Seguramente Kaira no lo apreciaba, pero él no le debía ninguna explicación. Ella era su guardaespaldas, no se le pagaba para que supiera todos los pormenores, se le pagaba para mantenerlo con vida el tiempo suficiente

para que una barcada de esclavos zarpara y se alejara hacia las profundidades del mar azul.

—Quizá deberíamos hablar de esto más tarde —se sorprendió diciendo.

¿Quería hablar de ello más tarde? Había pensado que no quería hablar de ello en ningún momento. Hablar de ello lo hacía real, le hacía pensar en lo que había hecho, y eso no podía ser bueno. ¿No?

Hicieron el resto del camino en silencio, Merrick haciendo todo lo posible por no contemplar las consecuencias de sus acciones, tanto para él como para aquéllos con cuyas vidas estaba negociando. Cuando llegaron a la casa en la que se escondía Palien, lo único que le importaba era concluir aquel negocio y salir de ello con vida.

Los acompañaron por tres tramos de escaleras y encontraron a Palien comiendo en una terraza iluminada por el sol.

—Espero que sean buenas noticias, Ryder —dijo mientras comía. Comiendo, siempre estaba comiendo. ¿Cómo se las arreglaba para mantenerse delgado como un lobo hambriento... y el doble de agresivo?

—Pues claro que son buenas noticias —respondió Merrick con una sonrisa. No le convenía parecer asustado delante de aquel cabrón malvado—. La Torre del Puerto es tuya. También se ha sobornado a la mitad de los Casacas Verdes que estarán de servicio. No conseguiremos nada con los centinelas, pero en realidad no suponen un motivo de preocupación, ¿verdad? No vamos a llevarnos a nadie de palacio.

Palien asintió mientras comía e hizo una mueca de satisfacción.

—Excelente —dijo con el filete a medio masticar—. Y el hecho de que Cael se haya ido con el Dios de los Cuervos lo hará mucho más fácil ahora que la ciudad está de duelo. Estarán todos demasiado preocupados con sus propias penas como para fijarse en unos cuantos campesinos desaparecidos.

—No sabemos si está muerto —terció Kaira. Lo dijo en tono tan contundente y decidido que Palien se detuvo a medio masticar.

Merrick notó la repentina tensión en el ambiente, oyó que los hombres de Palien se movían incómodos. En situaciones como ésta, nunca era buena idea hablar a menos que te hablaran primero, pero estaba claro que nadie se lo había explicado a Kaira.

—Imagino que lo que quiere decir es que tienes que seguir estando en guardia, al menos hasta que todo esto haya terminado —dijo Merrick tan deprisa como pudo—. No deberías dar nada por seguro hasta que el barco esté cargado y tú estés fuera de peligro.

Palien movió lentamente la cabeza en señal de asentimiento, pero no apartó la mirada de Kaira.

—Supongo que tienes razón. Empiezo a comprender por qué te contrataron, Ryder.

—No fue solamente por mi irresistible sonrisa. —Era mejor quitarle importancia al asunto antes de que Kaira consiguiera que los destriparan a los dos—. Así pues, si

nuestro negocio ha concluido, me marcharé. Supongo que mis deudas están todas...

—¿De qué coño estás hablando? —Ahora Palien lo miraba fijamente a él.

—Bueno, mi participación en esto... ya ha terminado, ¿no?

Palien sonrió, pero su sonrisa no denotaba humor. En realidad, fue el gesto más malvado que Merrick había visto jamás.

—No seas estúpido, Ryder, joder. Aún tienes que encargarte de que la mercancía se ponga en camino y recoger el pago. ¿Qué te hizo pensar que habíamos terminado contigo?

«El hecho de que he estado en este negocio de principio a fin, pese al considerable riesgo para mi persona».

—Bueno, yo...

Palien le hizo un gesto a uno de sus hombres y de pronto Merrick notó que unas manos lo agarraban del jubón. Apenas tuvo tiempo de protestar, tiempo de mirar a Kaira, que permanecía allí observando, mientras lo arrastraban hasta el borde del tejado y lo sostenían allí colgado y él intentaba hacer pie con las puntas de los dedos.

—Sigues retorciéndote, ¿verdad, Ryder? —dijo Palin, que volvió a centrar su atención en la comida—. Como un gusano en un anzuelo. Siempre buscando tu ruta de escape, siempre mirando si puedes saltar del caballo antes de que llegue al final. ¡Pues bien, no puedes! —Pronunció estas últimas palabras en voz tan alta que Merrick creyó que le iban a reventar los oídos—. Para ti esto no termina hasta que nosotros lo digamos. ¿Ha quedado lo bastante claro?

—Sí —respondió él con toda la valentía de la que fue capaz. Al bajar la mirada vio el suelo tres pisos más abajo y se preguntó si el barro estaría lo bastante húmedo y resbaladizo como para amortiguar su caída.

No sabía por qué, pero lo dudaba.

—Bien. Entonces confío en que puedo dejar que te ocupes de los últimos preparativos. ¿Necesitas más manos que te ayuden a recoger el pago?

Merrick le dijo que no con la cabeza. Cuantos menos de los matones de Palien estuvieran involucrados con el dinero, menos posibilidades tenían de traicionarlo. Y las posibilidades de que eso ocurriera ya eran bastante altas.

—Podemos ocuparnos. Bolo es perfectamente consciente de las consecuencias si decidiera jodernos.

—Excelente. —Palien le hizo una seña al matón para que volviera a dejar a Merrick sano y salvo en el suelo—. Pues poneos en camino. —Dicho esto, retomó su comida.

Merrick no estaba dispuesto a entretenerse para que alguien más le mostrara las vistas, por lo que se dirigió a las escaleras tan aprisa como pudo, pero sin correr como una niña huyendo de una araña.

En cuanto estuvieron en la calle, a duras penas pudo contener su furia.

—¿Qué coño fue eso? «No sabemos si está muerto». No se contradice así a Palien. ¿Intentas que nos maten a los dos?

—No pude contenerme. Ese hombre ha...

—Ese hombre tiene el poder de hacer que nos maten y nos hagan desaparecer. Si quiere darse placer mirando un retrato de nuestra pobre reina muerta y luego limpiarse la polla con tu túnica, puede hacerlo, y deberías mantener la boca cerrada mientras lo hace.

Kaira frunció el ceño y por un segundo Merrick se preguntó si había ido demasiado lejos, hasta que ella asintió. Sabía que probablemente se estaba desquitando con ella porque había creído que estaba fuera, libre de toda esa mierda, y ahora estaba muy claro que no era así.

—Creo que sé cómo te sientes al respecto. Yo me siento igual, pero tenemos que acostumbrarnos a las personas con las que nos acostamos.

—Yo no...

—Es una forma de hablar, Kaira. Significa cierra la puta boca y sobrevive otro día. —Ella se limitó a mirarlo con expresión vaga—. ¡Por la sangre de Arlor! Es como hablar con un niño.

Echó a andar y se alejó, pues estaba demasiado frustrado para hablar y por una vez necesitaba tiempo para él, pero no había posibilidad de que lo consiguiera. Las grandes zancadas de Kaira no tardaron en igualar las suyas y era evidente que la joven no sabía captar una indirecta.

Era el momento de beber y, por mucho que gimoteara o lo intimidara, su conciencia rubia de ojos azules no iba a detenerlo.

Cuando Merrick entró en la taberna, casi se esperaba que Kaira lo agarrara por el brazo y lo alejara de allí, pero no lo hizo; lo siguió adentro.

—Vino —pidió en la barra.

Cuando el dueño le sirvió una copa, Merrick le dijo que dejara la botella. Para su sorpresa, Kaira pidió una segunda copa.

—¿Qué mosca te ha picado? ¿Crees que ahora sí puedes tolerar un poco de vino?

—Últimamente estoy descubriendo que puedo tolerar muchas cosas que pensaba que no podría tolerar.

¿Eso era una indirecta? ¿Se refería a él?

«¡Bah! ¿Y qué?».

—Brindemos para que esto acabe —dijo alzando la copa. Ella se lo quedó mirando hasta que Merrick le indicó que hiciera lo mismo. Entrechocó la copa con la de Kayra y se lo bebió todo. Ella lo miró, luego desvió la mirada hacia su copa llena con cierto temor antes de apurarla de un solo trago. Él ya volvía a llenar las copas mientras Kaira torcía el gesto al notar el sabor. Merrick tenía que reconocer que no era una cosecha de las mejores, pero a él no le había parecido tan malo.

—¿Lo has dicho en serio? —preguntó Kaira después de haber apurado dos copas más—. ¿Lo de que te sentías igual?

—¿Sentirme igual? ¿Con lo que estamos haciendo? Supongo que sí. ¿Por qué? ¿Cómo te sientes tú?

Kaira lo pensó larga y detenidamente antes de contestar.

—Como si me estuvieran utilizando. Como si fuera una especie de herramienta que alguien usa para no ensuciarse las manos. Y cuanto más me utilizan, más me ensucio.

Para tratarse de una mujer que no hablaba demasiado, no había duda de que Kaira pensaba mucho.

—Es una... muy buena manera de expresarlo. Pero es mejor no pensar así. Sólo te conduce a las dudas. Las dudas llevan a la vacilación, y eso hará que te maten. O peor aún: hará que me maten a mí.

—Todos morimos, Merrick Ryder.

—Joder, mujer, ya basta de filosofía. Tenemos un trabajo que hacer, y cabreándonos y quejándonos no lograremos hacerlo. De todos modos, no sé por qué lloras tanto por todo esto. Seguro que tú puedes alejarte de esta mierda en cuanto quieras. Yo estoy atado por las pelotas.

Kaira le dijo que no con la cabeza.

—Yo también estoy atada. —«Pero no por las pelotas, espero»—. Y tengo que llegar al final.

—Pues bien —Merrick volvió a levantar la copa—, por los finales felices. —Entrechocaron las copas y apuraron el vino una vez más—. Y ahora, hablando de finales felices, tengo que ir a mear.

Le dirigió la mejor de sus sonrisas y salió a la parte de atrás para vaciar la vejiga con la esperanza de que Kaira no siguiera el consejo que Buttercup le había dado de ir con él hasta al retrete.

Ella se lo quedó mirando mientras se alejaba y hasta que no hubo salido por la puerta trasera de la taberna no cayó en la cuenta de que estaba sonriendo.

¿Qué tenía ese hombre que le resultaba tan fascinante? No es que anteriormente no hubiera tenido contacto con hombres. Conocía a muchos: comerciantes que hacían negocios en el templo, soldados que iban a entrenar con las Doncellas Escuderas, los pobres, ancianos y enfermos que acudían a las Hijas de Arlor en busca de socorro.

Pero nunca había conocido a nadie como Merrick Ryder. Sí, había conocido a hombres guapos, la mayoría de ellos unos arrogantes que sabían lo atractivos que eran y que se aprovechaban de ello por las ventajas que podía acarrearles. Sin embargo, Ryder no solamente era uno de esos hombres; él tenía algo que le preocupaba, tenía algo más aparte de mucha labia y una sonrisa fácil. De vez en cuando había algo en sus ojos, una mirada remota como si lo atormentara el pasado... o quizá sus actos presentes. Kaira no sabía qué era.

En cualquier caso, ella estaba decidida a no caer presa de su encanto. Sí, él había expresado remordimientos por lo que tenía que hacer, y lo más probable era que sus afirmaciones fueran genuinas, pero pronto iba a llegar el día en que tal vez tuviera que poner fin a su vida. Si se concentraba demasiado en sus cualidades más atractivas, la tarea podría resultarle mucho más difícil.

Paseó la mirada por la taberna para intentar distraer sus pensamientos de cómo podría terminar aquello. El lugar estaba concurrido, en su mayor parte por hombres y camareras, y el murmullo de las conversaciones llenaba la estancia. Kaira oía muchas de ellas: charlas cotidianas y especulaciones, algunas conversaciones lascivas, otras conjeturas aterradas sobre el futuro de la ciudad.

Deseaba desesperadamente estar de vuelta en el Templo de Otoño. En aquel mismo momento estarían preparándose para la guerra. Si, en efecto, el rey había sido derrotado, tenía que haber un contraataque antes de que los khurtas pudieran penetrar en los Estados Libres. ¿Quién mejor que las Doncellas Escuderas para encabezar dicho ataque, para atacar el corazón del enemigo y detener su avance?

¿Hubiera sido mejor para ella si le hubieran permitido ir al frente cuando lo había solicitado? Podría haber encontrado su fin en Kelbur Fenn con el resto del ejército, pero seguro que habría sido un destino mejor que el que ahora podía esperar: condenada a la miseria de la ciudad, con una misión imposible de llevar a cabo.

Pero tenía que llevar su tarea a buen término. Para bien o para mal, éste era su destino y lo afrontaría como debía hacerlo una verdadera hermana de Vorena.

Kaira se llevó la copa a los labios y saboreó aquel brebaje amargo y avinagrado que en aquel lugar pasaba por ser vino. En el Templo de Otoño bebían en ocasiones ceremoniales o en las fiestas, y era vino de una cosecha superior, no como esa porquería. Fue otro recordatorio más de lo que se estaba perdiendo, de lo que había echado a perder cuando había hecho pagar al Abad Supremo por su ofensa.

De todos modos, a Kaira le resultaba difícil reprochárselo. Sí, no había hecho más que arruinar su futuro y ponerse en evidencia, pero ¡ay!... ¡Cómo merecía ese hombre el castigo!

Suspiró y se quedó mirando la copa de vino. Pese a su sabor acre debía de ser fuerte. Kaira se notaba la cabeza lenta, su perspicacia había desaparecido. ¿Qué estaba haciendo allí, en aquel lugar? ¿Mezclándose con aquellas almas perdidas y bebiendo esa porquería?

Durante un momento aterrador vio cómo podría ser su futuro. ¿Y si no satisfacía nunca a la Exarca y a la Madre Matrona? ¿Y si nunca le permitían reclamar su puesto en el Templo de Otoño? ¿Estaría condenada a vivir en la sordidez de esta ciudad? ¿Obligada a vivir junto a los inútiles y libertinos de Steelhaven durante el resto de sus días? Teniendo que depender de las mismas distracciones sin sentido del vino, la lujuria y...

Kaira se detuvo.

La lujuria, en efecto. ¿En qué estaba pensando?

—¿Te preocupa algo?

Levantó la mirada y vio a Merrick allí de pie, sonriéndole como si supiera lo que pensaba.

—No.

—De acuerdo, no te preocupes, sólo preguntaba. Estoy seguro de que no era nada malo.

«Si tú supieras...».

Tomaron otra copa. Ésta pasó con más facilidad, casi con suavidad, y Kaira empezaba a sentirse cómoda por primera vez desde que abandonó el templo. Por un lado eso la preocupaba, pero por otro sencillamente le daba igual.

—Creo que deberías contarme más cosas sobre ti, Kaira. Si estamos metidos en esto mientras dure, al menos deberíamos conocernos mutuamente.

Ella pensó desesperadamente. ¿Debería inventarse algo? ¿Debería decirle la verdad? «No, la verdad no podía ser». Se maldijo a sí misma y a su suerte. No se había imaginado esto y desde luego Buttercup no le había advertido que podía haber algún tipo de interrogatorio, que quizá necesitara ocultar sus huellas con algún subterfugio.

—Yo... bueno... la verdad es que no hay nada que contar.

—¿Nada que contar? Eres una mujer y sin embargo luchas como un hombre. Las únicas mujeres a las que he visto hacer eso son las Doncellas Escuderas...

Se le fue apagando la voz y Kaira sintió que el pánico la embargaba. No había dicho nada y él ya la había descubierto. ¿Y si profundizaba en el tema? ¿Y si averiguaba por qué lo estaba utilizando?

—Caí en desgracia —dijo, pues no conocía otro modo de hablar que no fuera diciendo la verdad—. Pegué al Abad Supremo y me despidieron de la orden.

Merrick sonrió.

—¿Pegaste al Abad Supremo? ¡Ja! Me encanta. Eres una caja de sorpresas, Kaira. Cuanto más sé de ti, más me gustas.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó ella, desesperada por desviar la conversación de sí misma.

—¿Yo? No hay mucho que saber —contestó—. Pero puesto que has preguntado —le sonrió y luego dirigió la mirada más allá de su hombro—. ¡Camarero! ¡Otra de éstas!

Kaira bajó la mirada, horrorizada al ver que se habían bebido toda la botella entre los dos. Casi al instante sus copas se llenaron de nuevo y Merrick se la llevaba a los labios. Cuando se hubo bebido media copa a grandes tragos, se puso de pie de manera teatral, como si estuviera a punto de subir al escenario.

—Sé que tal vez te sorprenda saber, dado que sólo me has visto en mis peores momentos, que me crié en una familia noble. Mi padre era capitán de los centinelas de Skyhelm, mi madre la tercera hija de un conde o barón de Braega, no recuerdo cuál de las dos cosas, que murió antes de que yo naciera. La cuestión es que me criaron para la grandeza, me entrenaron con la espada y el caballo, me educaron los mejores tutores y me enseñaron todas las costumbres que correspondían a un hombre de mi linaje.

Al principio Kaira no estaba segura de si estaba de guasa o no; pronunciaba cada palabra con una sonrisa irónica, pero sus modales y su forma de hablar tenían algo que los hacía creíbles.

—Sé lo que estás pensando —continuó diciendo—. ¿Cómo diablos cayó tan bajo? Es una triste historia y estoy seguro de que no estarás interesada en todos los detalles, pero empieza con mi padre, el gran y honorable Tannick Ryder, que abandonó a mi madre cuando yo aún era un niño. —La sonrisa irónica se había desvanecido y Kaira casi pudo saborear la amargura de sus palabras—. Una noche se levantó y se marchó sin decir una palabra. Supimos que no lo habían secuestrado ni asesinado porque lo vieron salir cabalgando por Lych Gate con su caballo. Dejó atrás la espada y la armadura, por lo que dondequiera que fuera no era a la batalla. No volvimos a saber de él. Le rompió el corazón a mi madre.

Hizo una pausa, como si pensar en la pérdida de su madre le resultara doloroso. Kaira alargó el brazo para apoyar la mano en la suya, pero él la retiró antes de que pudiera tocarle.

—Lo siento —dijo ella.

—Oh, no, no lo sientas por mí. Ni siquiera he llegado a la parte más jodida. La parte en la que a mi madre se la lleva el Dulce Cáncer y el pobrecito Merrick se queda solo para dirigir la finca. El pobrecito Merrick sin padres que lo guiaran, con una fascinación por las damas y debilidad por las mesas de juego. Logré conservar esa fortuna durante tres años. Tres años tras los cuales tuve que vender la casa y las tierras, así como la espada y la armadura de mi padre. Fue sorprendente lo poco que valían... o al menos lo poco por lo que las vendí, pero así son las cosas cuando eres

joven, estás borracho y desesperado, no te das cuenta del valor de las cosas.

Estaba claro que ahora se daba cuenta del valor de las cosas.

Volvió a llevarse la copa a los labios e hizo una pausa, como si el vino fuera la raíz de todos sus problemas... antes de sucumbir a la tentación y tomar un largo sorbo.

Kaira sintió una punzada de culpabilidad al oír lo que le contaba. Ella lo estaba utilizando, a aquel hombre que lo había perdido todo, pero no pudo sentir lástima por él. Merrick había sido la causa de sus propios problemas, se lo habían dado todo y él lo había derrochado innecesariamente. Era muy fácil achacarlo a la locura de juventud, pero había muchos otros que habían sufrido más a manos del Dulce Cáncer. Había otros que estaban sufriendo en aquellos momentos y que nunca habían experimentado los privilegios que reportaba la suerte en el nacimiento.

Merrick era un producto de su propia locura, pero era evidente que había bondad en él.

—Ahora has dejado atrás el pasado. Quizás haya esperanza para tu futuro, ¿no?
—comentó Kaira después de dar un sorbo de su copa.

Él le sonrió al oírlo.

—Ya lo creo que hay esperanza. En cuanto haya terminado con este negocio de mierda todas las deudas quedarán saldadas. Entonces seré libre de dejar atrás este lugar y todas sus calles mierdosas.

Daba la impresión de que Merrick no había aprendido nada a pesar de lo que había sufrido. Lo único en que pensaba era en sí mismo, no se preocupaba lo más mínimo por aquellos que pagarían por su futuro con su libertad.

—Pero ¿y qué me dices de los que van a ser vendidos como esclavos? ¿Está bien que su sufrimiento te beneficie?

Merrick enarcó una ceja.

—¿Ahora me estás sermoneando, hermana? Sé que eras una Doncella Escudera, comprometida con tu templo, pero todo eso ya pasó. Podría decirse que te lo cargaste todo cuando le diste una paliza al Abad Supremo. Ahórrate tus sermones. No los necesito.

—Pero hay...

—¡Basta! —Dejó la copa en la barra con un fuerte golpe. Varios clientes cercanos interrumpieron sus conversaciones para fijarse en la promesa de violencia—. No tengo alternativa en esto. Y tú tampoco. Tú no puedes regresar a tu templo del mismo modo en que yo no puedo regresar a mi...

Se interrumpió como si cayera en la cuenta de que había perdido el control y estaba hablando en voz demasiado alta. En un instante la sonrisa estaba otra vez en su rostro.

—Mira, quizá no fue buena idea ahondar en nuestros pasados. Tienes razón: deberíamos pensar en el futuro. —Se acercó más a ella. Kaira pudo olerlo; un intenso olor almizclado, como si se hubiera bañado con aceites exóticos. Mezclado con el

vino que había bebido casi hizo que la cabeza le diera vueltas—. Los años que estuviste encerrada en ese templo... ahora han quedado atrás. Puedes hacer lo que quieras, ir adonde quieras, estar con quien desees.

Merrick sonrió ampliamente, enarcó una ceja y se acercó tanto que Kaira casi notaba su aliento en la cara. Nunca había estado tan cerca de un hombre, salvo en combate, pero aun así no lo apartó de un empujón. Ni siquiera estaba segura de querer hacerlo.

—¿Qué me dices si alquilamos una habitación?

Le pasó los dedos por el brazo hasta su mano abierta. Kaira notó su tacto provocativo en la palma.

Le agarró la mano y se la apretó de manera que al principio él pensó que estaba correspondiendo a su proposición. Kaira apretó más fuerte y la expresión de engreída confianza de Merrick no tardó en volverse de consternación cuando los nudillos le crujieron y se le clavaron unos con otros.

Logró soltar un suspiro de dolor antes de que ella le pusiera la mano libre en mitad del pecho con firmeza, con lo que le hizo perder el equilibrio y lo tiró al suelo.

Hubo risotadas junto con gritos de aprobación por parte de varios clientes de la taberna, pero Kaira hizo caso omiso de ellos, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

Se apresuró por las calles que todavía estaban concurridas cuando se aproximaba el atardecer. Mientras se alejaba de la taberna tuvo la impresión de que el aire fresco hacía que le diera vueltas la cabeza. Tropezó con un hombre que le soltó una maldición. En lugar de reprenderle por su grosería, Kaira echó a correr, esforzándose por respirar, sintiéndose atrapada en aquellas calles opresivas con edificios a ambos lados que se le echaban encima como si en cualquier momento pudieran derrumbarse sobre ella.

No supo durante cuánto tiempo estuvo corriendo, pero cuando al final llegó al puerto se detuvo. Allí el aire no era más dulce, el olor a excrementos y orina de caballo reemplazaron a los del pescado y la sal del mar.

De repente el estómago empezó a agitarse como el mar que tenía delante y tuvo que inclinarse para devolver. El vómito era del color del vino que había consumido, sólo que al salir sabía incluso peor.

Había sido una idiota al permitirse emborracharse, permitirse escuchar a ese hombre, pero se había dejado llevar por su triste historia, por el pasado que lo atormentaba. Pese a todas sus protestas afirmando lo contrario, Merrick seguía siendo un gusano repugnante. El potencial que podría haber tenido para llevar una vida virtuosa había desaparecido. Kaira lo sabía.

Merrick le era indiferente.

Se limpió las lágrimas de los ojos y un chorro de bilis de los labios con la manga y luego miró al mar, al infinito océano oscuro, y deseó como nunca había deseado antes poder zarpar y dejar todo aquello atrás.

Un grupo de marineros depositaba en el muelle su último cargamento y de

repente Kaira les tuvo envidia. Pronto se harían a la mar, libres como el viento a sus espaldas. ¡Cómo debían de sentirse sin nada que los confinara, salvo las olas y el horizonte lejano!

La tentación de unirse a ellos era casi abrumadora hasta que posó la mirada en un niño sentado en las sombras a unos pasos de distancia. Tenía la cara tan sucia e iba tan despeinado que Kaira no distinguió si se trataba de un niño o de una niña.

Eso hizo que frenara sus descabellados pensamientos de huir; le hizo recordar sus obligaciones.

Por eso tenía que quedarse. Por eso tenía que luchar, para proteger a niños como aquél, a los vulnerables, a los que no podían protegerse por sí mismos.

Se irguió cuan alta era y sintió un renovado vigor en sus miembros y un fortalecimiento de su voluntad. Llevaría a cabo su misión y destruiría el poder que había detrás del Gremio, aunque ello implicara la muerte de Merrick.

Aunque ello implicara su propia muerte.

Nada se lo impediría.

El suelo estaba cubierto por un mosaico a cuadros hecho de baldosas de caoba oscura y roble claro. Estaban enceradas y pulidas, tan lustrosas que las sandalias de Waylian rechinaron al caminar por ellas. Adornando las paredes había unos gruesos tapices tejidos que representaban escenas de la historia: El Martillo del Viento forjando las nueve espadas, la victoria del rey Darnaith sobre los golgarthanos, la Flota Argentada zarpando rumbo a su Cuarta Gloriosa Cruzada.

Los tapices se alzaban a unos seis metros de altura hasta tocar un techo pintado de manera intrincada con representaciones de dioses de todo el mundo conocido: Jarl el Sanador y el Hombre Vacío, venerados por los druidas y las brujas de los setos de todos los Estados Libres; Helion y el Moonsyr, reverenciados por los elharim de las lejanas Tierras Fluviales; los antiguos Gorm y Kaga el Creador de las praderas de Equ'un; Tzargor Ungoth y Skargan Bonestribe de los páramos nevados de Golgartha; todos girando los unos en torno a los otros como si formaran parte de la misma constelación divina.

Waylian se mareaba sólo con mirarlo, y aquello no era más que la antecámara. Al otro lado de las sólidas puertas de latón que había enfrente, atentamente vigiladas por cuatro Caballeros Cuervo, se encontraba la Cámara del Crisol. La perspectiva de cruzar aquel umbral sagrado lo llenaba de terror, incluso teniendo a la magistrada Gelredida a su lado. Era el centro de poder de la Torre de los Magistrados, donde se reunía el consejo dirigente, los cinco conjuradores más poderosos de los Estados Libres y, por definición, del mundo. Waylian no se había sentido tan pequeño e indigno en toda su vida.

Dos de los Caballeros Cuervo avanzaron hacia donde ellos estaban. Waylian estuvo a punto de retroceder un paso cuando se acercaron imponentes con su armadura negra y sus yelmos picudos mirando desde lo alto de sus cuerpos gigantescos.

Gelredida extendió las manos con despreocupación y uno de los caballeros le deslizó un brazalete de hierro en cada una de las muñecas. Waylian observó con gran curiosidad cómo de pronto los brazaletes se ceñían solos, el intrincado dorado de las manillas se movió y retorció mientras éstas se encogían para adaptarse a las delicadas muñecas de la mujer. Los Caballeros Cuervo volvieron a sus puestos en la puerta sin decir ni una palabra.

—Son para contrarrestar mis poderes —explicó Gelredida para responder a la pregunta que Waylian no había hecho—. No hay que utilizar la magia dentro de la Cámara del Crisol. Todos aquellos que entran tienen que llevar esto para que así, sea cual sea su lealtad, no puedan utilizar su talento con otros.

—¿Los miembros del consejo no se fían unos de otros? —Parecía una locura que tuviera que imponerse semejante medida.

—El Crisol de los Magistrados no siempre ha sido una asamblea tan civilizada y

unificada. No siempre hemos vivido en una época tan progresista y hubo un tiempo en que estas cadenas habrían salvado vidas. Es una convención anticuada, pero cuesta romper con algunas tradiciones.

La forma en que lo dijo hizo que Waylian se preguntara si quería decir que todavía existía una gruesa veta de discordia que recorría el consejo después de tantos siglos de conflictos y desgobierno. Supuso que tendría que esperar para saberlo.

—¿Se me permitirá la entrada a la cámara como aprendiz?

—Ahora que estoy... indefensa, se me permite que alguien me acompañe. Un guardaespaldas, si quieres decirlo así. —Ni siquiera intentó disimular la ironía de sus palabras—. Además, te vendrá bien la experiencia.

—¿Y yo no tengo que llevar manillas? ¿Y si yo...?

—¿Si tú qué? ¿Si de pronto pones de manifiesto un mínimo talento en alguna de las artes? Por favor, Grimm, intenta no hacerme reír. Ésta es una ocasión que requiere solemnidad, no hilaridad. —Gelredida no parecía que fuera a reírse en ningún momento—. Si mi aprendiz fuera tan fuerte en las artes como para suponer un peligro, sería la primera vez en mil años.

Dos de los Caballeros Cuervo agarraron los gruesos aros de latón atornillados en el centro de las enormes puertas y tiraron de ellos. No hubo ninguna fanfarria, ni sonaron los gongs, pero mediante alguna señal silenciosa, los caballeros recibieron sus órdenes y a Gelredida se le concedió audiencia.

Waylian sintió que el corazón le palpitaba en el pecho cuando se reveló la Cámara del Crisol. La magistrada avanzó y él la siguió maravillándose con la enorme sala que se hallaba casi en lo más alto de la Torre de los Magistrados.

Era un amplio semicírculo rodeado por una galería tallada en la dura piedra, como si la torre en sí fuera una especie de inmenso y sólido monolito esculpido en una formación rocosa natural. Waylian había visto los niveles inferiores. Sabía que estaban hechos de madera y piedra, por lo que no imaginaba cómo se habría construido esta sólida habitación a tanta altura.

Unos frisos y símbolos intrincados estaban grabados en la roca. Allí adonde mirara, Waylian no podía más que maravillarse ante aquella destreza artesanal. Las gárgolas lo miraban maliciosas desde todos los rincones sombríos, al parecer intentando arrancarse de la sólida roca, pero en cuanto entró, su atención se vio inextricablemente atraída por los cinco púlpitos que se hallaban en el centro de la sala.

Los cinco archimaestros estaban tras sus púlpitos con expresiones de altiva indiferencia. Cuando se había iniciado en la torre como aprendiz hacía más de un año, Waylian los había visto en la ceremonia inaugural y había escuchado sus discursos sobre las distintas artes. Sus nombres eran legendarios y estaban grabados de forma indeleble en su consciencia. Cada uno de ellos representaba una disciplina distinta de la magia, una de las cinco artes primarias, y eran todos unos maestros sin rival: conjuradores sin par en todos los remotos continentes del mundo.

En el extremo izquierdo estaba Hoylen Crabbe, Maestro Invocador y Guardián de los Libros. Era un hombre delgado de pelo negro con muchas entradas y cuyas vestiduras se hallaban salpicadas de antiguos símbolos que naturalmente Waylian no reconoció. Aunque tenía aspecto de tener cuarenta y tantos años, el joven sabía que un hombre con semejante poder tenía que ser mucho mayor.

A su lado estaba Crannock Marghil, Maestro Canalizador y Guardián de las Llaves. A diferencia de Crabbe, Crannock aparentaba todos y cada uno de sus ochenta y pico años, con un cabello fino y ralo y la carne con manchas de vejez casi traslúcida. Llevaba unas gafas gruesas y sus hombros a duras penas sostenían la toga roja y azul que colgaba de ellos. Se decía que el arte del Canalizador era el más peligroso de los cinco y estaba claro que Crannock había pagado caro su talento.

En el centro se hallaba Drennan Folds, Maestro Convocador y Guardián de los Rollos. Era un hombre corpulento con un cabello gris aún espeso y unas patillas que le bajaban por la cara casi hasta unirse en el mentón. Tenía el ceño perpetuamente fruncido y sus vestiduras marrones parecían almidonadas sobre su ancho cuerpo. Tenía una fea cicatriz desde la frente a la mejilla que le bisecaba el ojo, y la herida le había dado un color lechoso en contraste con el otro, que era de un azul de hielo. Estaba claro que Drennan también había pagado su precio por su arte y Waylian casi se estremeció al pensar en la horrible criatura que debía de haber convocado para dejarle una marca semejante.

A la izquierda de Drennan estaba Nero Laius, Maestro Adivinador y Guardián de los Cuervos. Era bajo en comparación con sus iguales, con una mata de pelo rizado y gris y un aspecto casi afable. Sin embargo, Waylian sabía que no había que subestimar a un hombre como él: ninguno de los archimaestros había alcanzado su posición sin ensuciarse las manos hasta cierto punto.

Por último, en el extremo derecho estaba Lucen Kalvor, Maestro Alquimista y Guardián de los Instrumentos. Parecía aún más joven que Hoylen Crabbe y era el más nuevo de los archimaestros después de que a su predecesor, el anterior tutor de Lucen, lo hubieran encontrado muerto en sus habitaciones. Nadie había podido descubrir la causa de la muerte del anciano y corría el rumor, que casi nunca se comentaba, de que Lucen había matado a su tutor para usurpar su puesto. Si había algo de verdad en ello, nadie acusó al joven y atractivo archimaestro, al que se le mostró la debida deferencia, ya fuera por miedo o por el respeto que exigía su posición.

Aquellos cinco hombres observaron a Gelredida y a Waylian cuando se acercaron. Aunque tenían la mirada fija en su maestra, el aprendiz no pudo evitar sentirse intimidado.

—Magistrada Gelredida —dijo Nero Laius con una sonrisa—. Es un raro placer veros en esta cámara. —Waylian no pudo resolver si estaba siendo sincero o no.

—¿Un placer? Estoy segura, archimaestro Laius —respondió Gelredida—. El corazón me late mucho más deprisa ahora que me encuentro ante el Crisol.

Incluso Waylian sabía que eso sonaba a insinceridad. No obstante, el archimaestro Laius mantuvo la sonrisa en sus labios.

—Basta ya de cumplidos. —Drennan Folds frunció aún más el ceño y su ojo de un blanco lechoso pareció oscurecerse levemente con su desagrado—. Tenemos asuntos que requieren nuestra atención. ¿Por qué habéis solicitado una audiencia?

La magistrada Gelredida le dirigió de inmediato una mirada irónica a Folds y sus rasgos curtidos lo observaron con un regocijo que apenas ocultó.

Folds dio la impresión de ceder un poco y quedó claro que entre ellos dos había mucha historia. Waylian no se atrevió siquiera a especular sobre la naturaleza de la misma.

—Supongo que todos estáis al corriente de los asesinatos que han tenido lugar en la ciudad, ¿no? ¿Cuerpos mutilados? ¿Códigos prohibidos?

—Lo estamos. —Fue Crannock Marghil quien respondió con una voz tan fina y débil como la carne que cubría sus ancianos huesos—. Todos estamos de acuerdo en que se trata de un asunto terrible. Pero nos inclinamos a creer que no es nada más que la obra de un conjurador errante. Desde luego nada que debiera preocupar al Crisol.

—Me temo, archimaestro Marghil, que es exactamente el tipo de cosa que debería preocuparos.

—Vamos, vamos, magistrada —terció el archimaestro Laius—. Estoy seguro de que alguien con vuestra ilimitada habilidad y vigilancia puede arreglárselas para dar con un asesino solitario.

Gelredida le devolvió la sonrisa.

—Estoy de acuerdo. Pero éste no es un asesino común y corriente. Éste es un asesino extraordinariamente astuto y peligroso que puede ponernos a todos en peligro.

Drennan Folds estalló en carcajadas.

—¿Y qué podría haber tan peligroso en él que pueda asustar a nuestra Bruja Roja?

Waylian notó que se le erizaba el vello de la nuca. Había oído a Bram llamarla así varias veces, pero sólo cuando estaba seguro de que ella no podía oírle. Que alguien la llamara así a la cara...

Gelredida miró al archimaestro Folds sin inmutarse por su intento de provocarla.

—Porque, Drennan, están intentando utilizar el noveno arte.

Los archimaestros guardaron silencio.

El noveno arte. Waylian sólo había oído hablar de él en algunas historias. Desde luego nunca lo había estudiado en un libro. Se decía que era el único arte que estaba prohibido: cinco eran conocidos por la Casta, tres se habían perdido, con lo que quedaba sólo uno. Y este último era un horror.

Contaba la leyenda que fue el abuso del noveno arte lo que había desatado los infiernos en la Tierra; lo que había abierto las puertas del averno y había soltado a la horda demoníaca sobre las tierras de los hombres, y que sólo se evitó la destrucción

absoluta gracias al poder de Arlor.

Si había alguien jugando con el noveno arte, o estaba loco o empapado en más maldad de la que Waylian podía llegar a comprender. Fuera lo que fuera, había que pararlo.

Hasta aquel momento no había comprendido lo importante que había sido atrapar a su presa. Antes sólo había considerado al culpable un conjurador errante, un sádico, un asesino.

Ahora estaba claro que aquél al que buscaban era mucho, mucho más que eso.

—¿Qué pruebas tienes? —preguntó Crannock Marghil en cuanto hubieron asimilado las palabras de Gelredida.

—He estudiado los símbolos pintados en el lugar de cada asesinato. Quienquiera que sea el asesino, ha aprendido bien el antiguo saber y el camino del que Cruza la Puerta.

—Pero el Portal más próximo es...

—Sí, el Templo de los Necrófagos.

Drennan Folds se inclinó hacia delante en su asiento y escudriñó a Gelredida con su ojo bueno.

—¿Y por qué no se ha abierto la puerta? Si esto significa que ha regresado el Maleficar Necrus, ¿por qué la ciudad no está plagada de demonios?

—No estoy segura. Quizás el conjurador no fuera lo bastante competente con las palabras. Quizá no haya logrado encontrar un sacrificio lo bastante importante para completar el ritual. Puede que sólo esté esperando el momento oportuno.

—Son muchos «quizás», magistrada. ¿Cómo vamos a trabajar con «quizás»?

—Al menos podéis ayudarme a encontrar a este asesino. Nero podría poner a sus adivinadores a buscar señales. Podríamos...

—Es poca la ayuda que podrían dar los adivinadores. Si este conjurador errante está utilizando el noveno arte, el sacrificio necesario para encontrarle sería...

—¡Valdría la pena!

Era obvio que Gelredida estaba perdiendo la paciencia.

—Magistrada —intervino Hoylen Crabbe, quien no había hablado hasta ahora. Tenía una voz profunda y sonora, y Waylian sintió una especie de calma hipnótica, como si fuera atraído por Crabbe como una abeja a la miel—. Nuestro rey ha muerto. Tenemos enemigos a nuestras puertas. El Crisol tiene mucho que considerar, muchos planes que hacer para proteger nuestra ciudad, ¿y vos nos traéis esto? Nunca podría haber un conjurador errante lo bastante poderoso como para dominar el noveno arte. Sólo un archimaestro podría...

—Si se abre el Templo de los Necrófagos, no quedará ninguna ciudad que proteger —declaró Gelredida—. No quedará nada.

—Tenemos plena confianza en vuestras habilidades, magistrada. Encontraréis a ese asesino, de eso estamos seguros. —Crabbe sonrió y dio la impresión de que no había nada más que decir. La decisión estaba tomada y ni siquiera Gelredida podía

hacer nada para influir en ella.

Las puertas se abrieron de pronto a sus espaldas y Waylian pensó que sería una señal para que se marcharan, pero Gelredida se quedó donde estaba mirando a cada uno de esos hombres con serio desafío.

—Tenemos que ver a otros peticionarios, magistrada —dijo el maestro Folds con un gesto hacia las puertas de latón.

—Creo que quizá la magistrada Gelredida podría quedarse a presenciar esto —sugirió Crabbe—. Así verá de primera mano a qué nos enfrentamos. Tal vez su opinión pueda resultar valiosa. Al fin y al cabo, está preocupada por el bienestar de nuestra ciudad.

—Es absurdo —replicó Folds con brusquedad—. No es miembro del Crisol.

Crannock Marghil levantó una mano arrugada para frenar la ira del maestro Folds.

—Quizá por esta vez, Drennan, podríamos prescindir del protocolo, ¿no?

No había duda de que Drennan Folds no quería allí a la magistrada, pero difirió a regañadientes a sus compañeros archimaestros. Gelredida se inclinó levemente y luego fue a situarse a un lado de la cámara donde pareció fundirse con las sombras.

Waylian miró hacia la entrada abierta. No sabía muy bien qué esperaba ver entrar por aquellas puertas de latón, pero desde luego no era lo que las cruzó tranquilamente.

Flanqueado por dos Caballeros Cuervo entró un hombre corpulento de piel oscura, quizá de Dravhistan o Kajrapur si el turbante que llevaba en la cabeza era una indicación. Iba ataviado con unas vestiduras azules y sueltas sujetas a la cintura por un fajín rojo y llevaba una bolsa colgada del hombro aferrada al costado. Entró con una amplia sonrisa y se dirigió al centro de la sala, se llevó un dedo a la frente y a los labios antes de inclinarse con teatralidad frente a los cinco archimaestros.

—¡Saludos, oh, grandes y poderosos señores del Crisol! Me llamo Massoum Am Kalhed Las Fahir Am Jadar Abbasi y traigo saludos de parte del Príncipe de las Tierras Fluviales.

—Sabemos quién eres —dijo Drennan Folds con voz rebosante de desprecio—. Y sabemos por qué estás aquí. Has venido a hacer el negocio de un traidor. ¿Nos consideras unos traidores? ¿Crees que somos unos idiotas que daríamos la espalda a los nuestros?

La sonrisa de Abbasi vaciló brevemente.

—La humildad y la incompetencia me impiden intentar discernir lo que podrían pensar unos hombres grandes y poderosos como vosotros, mi señor. Yo no soy más que un humilde mensajero que ha venido a hacer una oferta en nombre del elharim al que conocéis como Amon Tugha.

Waylian notó que se le secaba la boca de pronto. Aquél era el heraldo de Amon Tugha en persona. El hombre que había invadido los Estados Libres. El guerrero que había asesinado a su rey.

—Pues habla —dijo el maestro Folds—. Y vete de aquí mientras aún puedas.

El forastero sonrió con nerviosismo, se inclinó una vez más y metió la mano en su bolsa. Los archimaestros se movieron levemente cuando lo hizo, sin duda temerosos de lo que pudiera sacar, sobre todo porque todos ellos llevaban las manillas de hierro que implicaban que su magia era inútil si querían utilizarla como un arma. Pero Abbasi simplemente sacó un viejo muñeco andrajoso y lo dejó en el suelo. Metió la mano en la bolsa otras cuatro veces para sacar otros cuatro muñecos que dispuso en el suelo delante de él.

Waylian estuvo a punto de soltar un suspiro, pero los archimaestros no compartían su alivio.

Cuando Abbasi dejó el último muñeco en el suelo, el maestro Folds se puso de pie con brusquedad.

—¿Qué significa esto? —Daba la impresión de que su ojo lechoso iba a salirse de la cuenca.

Massoum Abbasi retrocedió con las manos en alto como si no supiera qué había hecho para provocar semejante ofensa.

—Mis disculpas, maestros. No era mi intención alarmaros.

—Entonces es que no tienes ni idea de lo que esto representa —terció el viejo Crannock Marghil mirando los muñecos con tristeza.

Waylian tampoco tenía ni idea. Eran unos muñecos toscos, como los que podría poseer cualquier niño pobre. Todos iban vestidos de un color distinto, con diferentes peinados, algunos con el pelo gris, otros con el pelo oscuro, uno con el pelo ralo y... mientras miraba... no pudo evitar pensar que le recordaban a...

—Mis señores —dijo Abbasi—, soy consciente de lo que esto representa, igual que vosotros. Pero el Príncipe de las Tierras Fluviales no muestra esto como una señal de sus intenciones, sino meramente como una demostración del poder de que dispone. Un poder que jura no utilizar a cambio de vuestra... inacción. —Los archimaestros se movieron con incomodidad en sus asientos, pero ninguno de ellos dijo nada—. Ahora que vuestro rey está muerto y vuestros ejércitos derrotados, no habrá nadie que se oponga a la horda que avanza rápidamente hacia vuestra ciudad. Pero no temáis. Amon Tugha es generoso y aquellos que se niegan a oponerse a él no tan sólo salvarán la vida, sino que además serán recompensados.

Waylian sintió que lo embargaba la ira. ¿Quién creía que era este mensajero para ofrecer un trato semejante, para pensar que podrían traicionar a su ciudad, a su gente, por la clemencia de un invasor extranjero?

Pero los archimaestros no se movieron ni respondieron.

Fue tanto su cobardía como la arrogancia del mensajero lo que llenó a Waylian de una repentina furia. No pudo evitar sentir el impulso de dar un paso adelante, abrir la boca para gritarle a ese canalla y decirle que el Crisol no iba a quedarse cruzado de brazos y permitir que los insultara en su propia cámara sagrada.

Notó que una mano lo agarraba del brazo con tanta fuerza que casi gritó. Era

evidente que la Bruja Roja también se había enfurecido, pero fue lo bastante sensata como para no decir nada. Mientras sus dedos se le clavaban en la carne del brazo, Waylian decidió que lo mejor era seguir su ejemplo.

Al fin Crannock Marghil asintió moviendo su anciana cabeza.

—Habéis entregado vuestro mensaje. Volved con vuestro amo elharim y decidle que lo pensaremos.

Massoum Abbasi hizo una reverencia y se llevó la mano a la frente y a los labios una última vez.

—Eso es lo único que os pide, oh, gran maestro.

Dicho esto, retrocedió alejándose de los cinco púlpitos y se retiró de la cámara seguido por los Caballeros Cuervo y dejando atrás los cinco muñecos de trapo.

Gelredida avanzó con paso resuelto y con cuidado de no acercarse a los muñecos.

—Está claro que todos tenéis mucho que discutir —afirmó.

—Y está claro que vos tenéis mucho que hacer —replicó el maestro Folds, claramente afectado por lo ocurrido. Waylian no tenía ni idea del significado de los muñecos, pero intuía que debía de ser algo serio.

Gelredida inclinó la cabeza y dio media vuelta para marcharse. Waylian la siguió al otro lado de las puertas de latón y sólo se atrevió a volver la vista atrás una sola vez cuando éstas se cerraron tras él. Si los archimaestros tenían mucho que discutir, no parecían tener prisa por empezar; y, mientras la puerta se cerraba de golpe, todos ellos tenían un semblante adusto, cada uno a su manera, con la boca cerrada y la mirada fija en los muñecos que tan asombrosamente se parecían a cada uno de los cinco hombres.

—No tienes que hablar de lo que has presenciado hoy aquí —le dijo la magistrada en cuanto le retiraron las manillas de las muñecas. Después bajaron por la enorme escalera de caracol que recorría la torre en toda su altura.

—De todos modos no entiendo nada.

La mujer se detuvo frente a él y se volvió para mirarlo a los ojos. Waylian vio que lo estaba evaluando, como si sopesara la utilidad de explicarle las cosas a un aprendiz tan inepto como él.

—Hay que pagar un precio muy alto para utilizar la magia, Waylian. Es un precio que puede que algún día tengas que pagar, si es que alguna vez manifiestas algo de talento. Los archimaestros son ancianos temerosos y Amon Tugha acaba de explotar dicho miedo. Esos muñecos representan las magias de antaño, de los brujos y chamanes de las tierras septentrionales. Ahora todos los archimaestros están señalados, maldecidos con antiguas magias a las que implicará un gran coste hacer frente. Pero Amon Tugha ha dejado claro que no habrá que pagar ningún precio si se quedan cruzados de brazos sin hacer nada.

—¿Y por eso no os van a ofrecer más ayuda para capturar al errante? ¿Por lo que costaría?

Gelredida le sonrió. Fue un pequeño gesto, pero el joven no había recibido

ninguno hasta el momento y lo dejó desconcertado.

—Estás aprendiendo, Waylian. Puede que aún consigamos hacer de ti un aprendiz. —Con estas palabras se volvió y siguió bajando las escaleras—. Esto será todo por hoy. Creo que te has ganado un respiro de mi compañía.

Era un respiro que cualquier otro día Waylian hubiera aceptado de buen grado, pero tuvo que admitirlo: empezaba a gustarle esa mujer. Sin embargo, no era de los que desperdiciaban una tarde libre, de modo que, en cuanto ella se marchó a sus aposentos, él apenas pudo evitar dirigirse a los suyos a toda velocidad.

Cuando al fin llegó casi sin aliento tras la carrera y dando gracias por no haberse tropezado con ninguno de los demás aprendices, se detuvo bruscamente. La puerta de su habitación estaba entornada y dentro se veía un débil parpadeo de la luz de una vela.

Waylian empujó la puerta y la abrió con cautela preguntándose qué le estaría esperando. Lo que vio dentro iba más allá de cualquier cosa que pudiera haber imaginado.

Sobre su cama, tendida como si estuviera preparada para su funeral, estaba la forma desnuda de Gerdy. Su cabello se extendía sobre la almohada de Waylian, su carne era suave y lisa bajo la parpadeante luz. A su lado, sonriendo de oreja a oreja, estaba Rembram Thule.

—¡Ta-chán! —exclamó con un gesto hacia el cuerpo tendido de Gerdy como si acabara de hacerla aparecer de la nada.

Waylian entró rápidamente y cerró la puerta de golpe antes de que nadie más pudiera ver lo que Bram le había traído.

—¿Qué coño es esto? —preguntó con voz más chillona de lo que le hubiese gustado, pero que en aquellas circunstancias probablemente fuera apropiada.

—Te he traído un regalo, Grimm —contestó Bram—. Es lo que querías, ¿no?

—Sí... no... Bueno, no de esta forma. ¿Qué le has hecho?

Bram se acercó a Gerdy y le alborotó el pelo.

—Oh, sólo le di un par de gotas de artemisa en una infusión de raíces. Algo básico, Grimm. Incluso tú podrías conseguirlo.

—¿La has drogado?

Bram frunció el ceño.

—¿Cómo si no iba a traerla aquí?

Waylian sólo pudo mirar a Gerdy con desaliento.

—Pero... ¿qué se supone que voy a hacer con ella ahora?

—Lo que quieras. Más o menos ésa es la idea. —Le hizo un guiño sugestivo—. De todos modos, supongo que no quieres público, así que ya te veré más tarde. —Mientras Waylian miraba fijamente a Gerdy tendida en su cama, Bram se escabulló, abrió la puerta y se detuvo un momento—. Ya me contarás qué tal te ha ido, ¿de acuerdo? —Y tras dirigirle otro guiño se marchó y cerró la puerta tras él.

Waylian se lo quedó mirando porque de repente no quería mirar a la chica

desnuda en su cama.

¿En qué demonios estaba pensando Bram?

¿Y qué se suponía que tenía que hacer él ahora?

Imaginó que podía esperar a que se despertara y luego intentar explicarle lo ocurrido. Pero claro, Bram no estaba allí. No había nadie que respaldara su historia. Si Gerdy se despertaba desnuda en una habitación que no era la suya, lo más probable era que se pusiera a gritar como una loca. ¡Y que lo asparan si iba a quedarse allí para verlo!

Agarró una manta de repuesto y se la echó encima a Gerdy sin entusiasmo, en un pobre gesto por conservar su recato. Luego, sin volver la vista atrás, salió por la puerta a toda prisa y se alejó corriendo por el pasillo.

Sólo podía esperar que la chica se despertara, se preguntara cómo demonios había llegado allí y se limitara a volver a su habitación.

Con suerte no se despertaría llamando a gritos a los Caballeros Cuervo y diciendo que la había drogado un violador. ¿A quién señalarían todos con el dedo?

Sí, a Waylian Grimm, ni más ni menos.

Mientras corría por el pasillo, anheló como nunca lo había hecho el tranquilo aburrimiento de su ciudad natal de Groffham.

El Paseo de los Reyes se hallaba bordeado por más gente de la que Nobul había visto jamás en un mismo lugar. Había miles de personas: hombres y mujeres, niños y ancianos. Los ricos al lado de los pobres, los guerreros al lado de los sacerdotes. Pero a pesar de la gran concentración de personas, un silencio sobrecogedor reinaba en el ambiente.

Incluso las oscuras nubes que se hinchaban en lo alto parecían estar esperando..., respetando la vigilia que se celebraba en la ciudad y aguardando a que trajeran al viejo rey para descargar su diluvio sobre las mugrientas calles de abajo.

Nobul formaba parte del destacamento de Casacas Verdes apostado para controlar a la multitud, pero no creía que fuera necesario. Habría muchas lágrimas, pero él no veía ningún indicio de que fuera a haber problemas.

Estaban todos allí en fila: Kilgar y Denny, Anton, Dustin, Edric, Hake, Hells e incluso Bilgot, que esperaba en solemne silencio sin rastro de todo su cabreo y fanfarronería. Era como si hubiera algo en la atmósfera, algo que hubiera chupado el espíritu de todos los hombres, mujeres y perros de las calles.

Pero una ciudad no enterraba a su rey todos los días.

Se oyeron unos murmullos de la multitud. Las cabezas se volvieron y los cuellos se estiraron para ver lo que ocurría. Desde delante Nobul vio que se había abierto la puerta principal de la avenida. Ya faltaba poco.

—Esto es una mierda —murmuró Denny a su lado—. ¿Qué coño vamos a hacer ahora?

—Bueno —respondió Nobul haciendo todo lo posible por no alzar la voz—, vamos a quedarnos aquí erguidos y respetuosos mientras traen al rey.

—No me refiero a eso.

No, Nobul sabía exactamente a qué se refería Denny, pero no tenía respuesta para él. ¿Qué iban a hacer ahora que no tenían rey? Cael Mastragall había sido el Unificador. Él había unido a los Estados Libres, tomando a provincias en guerra y haciendo un reino con ellas. ¿Quién iba a mantener eso unido ahora?, ¿su hija? ¿Una chica que apenas tenía edad para casarse? Nobul dudaba que la muchacha tuviera mucho de gobernador firme. No con los taimados cabrones que gobernaban las otras provincias y que competían por su tajada del poder. Tendría suerte si sobrevivía a este año.

No era su problema. Lo que a él más le inquietaba era lo que podían hacer los khurtas a continuación. Pero ¿estaba preocupado? ¿Acaso le importaba un carajo que llegaran hasta las murallas aporreando sus timbales?

Le importaba una mierda.

Podría ser su oportunidad de volver a los viejos tiempos. No habría elección. Sí, lo más probable era que esta vez hiciera que lo mataran, ¡pero menuda muerte tendría! Y se aseguraría de llevarse por delante a un montón de esos hijos de puta

salvajes.

Ya distinguía la procesión: la encabezaban unos caballeros con armadura sobre dos enormes corceles, seguidos por un palanquín. Nobul aún no lo veía bien del todo, pero supuso que el rey iba tendido en él, lo más probable que con la espada aferrada al pecho como todos los monarcas que le precedieron.

El paseo estaba bordeado por estatuas de antiguos reyes muertos y desaparecidos, observando cómo transportaban al último de ellos. Había demasiadas para contarlas, pues el paseo se extendía más allá de lo que alcanzaba la vista. ¿A cuántos de ellos habían llevado por allí, expuestos en todo su esplendor como Cael?

Era una despedida mejor de la que Nobul tendría jamás, pero por otro lado la muerte era la muerte. Echó un vistazo a la multitud, miró sus rostros apenados y se preguntó si sabían siquiera por qué estaban llorando. ¿Estaban tristes por el rey que amaban... o lo estaban por ellos mismos, que se encontraban bajo la amenaza de una horda extranjera y sin nadie que los guiara contra ella?

El rey Cael había sido querido, de eso no había duda, pero Nobul no pudo evitar preguntarse si el anciano se lo merecía de verdad. Él había servido a sus órdenes en campaña, había visto de primera mano lo cruel que podía llegar a ser el viejo cabrón. En Bakhaus Gate habían conseguido ganar porque los soldados tenían tanto miedo del rey y de su estricta disciplina como del enemigo. Nobul había visto azotar a un hombre hasta matarlo por robar. Apenas soportaba recordar lo que les habían hecho a los dos muchachos a los que sorprendieron violando.

Sin embargo, formaba parte del juego. Cael tenía que ser un cabrón despiadado. Sin él, los aeslanti hubieran campado a sus anchas y convertido los Estados Libres en una nación de esclavos. Por mucho que Nobul lo hubiese odiado en aquella época, sabía que tenía mucho que agradecerle a Cael.

—Ahí viene —dijo Denny hablando por un lado de la boca.

Kilgar se inclinó hacia él.

—Si dices una palabra más, te encontrarás con una bota en el culo, chico.

Denny cerró la boca de golpe.

Nobul observó acercarse a los corceles blancos. Los Caballeros de la Sangre que iban montados en ellos habían hecho todo lo posible por pulir su armadura y la de sus caballos, pero los hombres recién llegados de la batalla eran inconfundibles. Los tabardos que vestían estaban desgarrados y manchados de sangre, las banderas a juego hechas jirones. Uno de ellos llevaba el yelmo mellado, al otro parecía que alguien le hubiera arreado con un martillo en el espaldar y el avambrazo.

La gente lloraba abiertamente, muchachas jóvenes y hombres ancianos se unían en el dolor. Nobul tuvo que admitir que aquello lo emocionó un poco, pero a él no le quedaban lágrimas. No había derramado ninguna por su hijo y no tenía ninguna intención de hacerlo por un viejo cabrón con el que nunca había hablado.

—Tranquilos, muchachos —dijo Kilgar, y Nobul se preguntó si habría problemas cuando se fijara en Hake y en Anton. Ambos lloraban como niñas. Bueno, pues que

expresaran su dolor. Él había llorado mucho en su época, aunque no recientemente. Él había llorado por amigos muertos, por una esposa muerta. ¡Demonios! Si incluso había llorado por sí mismo de vez en cuando. Si un hombre quería llorar, pues que llorara. Cualquiera que hubiera visto una batalla sabía que no era nada vergonzoso.

Los caballeros ya habían pasado por delante con los caballos nerviosos y asustadizos al verse rodeados por el enorme gentío. Nobul vio el palanquín y los hombres que lo transportaban. Los caballeros montados parecían estar magullados, pero tenían un aspecto tan duro como si hubieran ido hasta los infiernos y hubieran vuelto. No era tan sólo el mal estado de su armadura; Nobul reconocía fácilmente los rostros de los hombres atormentados por la guerra.

Pero ¿quién mejor para llevar a su rey hasta su sepelio final? ¿Quién mejor que los hombres que habían luchado a su lado, que habían sufrido con él y sangrado con él? Si a Nobul lo transportaran a su descanso final, esperaba que lo hicieran unos hombres como aquéllos.

En cuanto al rey, su aspecto era más magnífico que nunca, tendido con su armadura de gala reluciente, con la antigua espada, la legendaria *Helsbayn*, aferrada contra su cuerpo y su corona de acero bien sujeta a la cabeza.

De pronto a uno de los soldados le flaquearon las piernas por la fatiga, tropezó y casi perdió el equilibrio. El palanquín se inclinó y el cuerpo del rey estuvo a punto de caerse mientras la horrorizada multitud soltaba aire. Nobul se movió antes de poder pensarlo siquiera, avanzó a grandes zancadas, tomó el peso del palanquín de manos de aquel hombre y volvió a enderezarlo.

Por un momento cruzó la mirada con la del joven soldado y en ella vio algo que hacía mucho tiempo que no veía. Era el vacío, una vacuidad que sólo podía causar el verdadero horror de la batalla, y compartieron esa mirada sólo un instante.

Nobul le hizo un gesto con la cabeza, se apoyó el peso del palanquín en el hombro y dejó que el hombre tuviera un respiro. Se merecía más, pero era lo único que él podía darle. Cuando se quiso dar cuenta, ya avanzaban otra vez y el impulso incesante de la procesión instaba al palanquín a seguir adelante. Nobul no tuvo tiempo para pensar, se limitó a caminar con el peso en el hombro y a llevar al rey hacia su lugar de descanso final, tanto si era digno de tal honor como si no.

¿Honor? ¿Era un honor llevar a un hombre como él? Nobul sabía que no estaba en posición de juzgar a nadie. Los actos que había cometido en su vida no eran mejores o peores que los del rey Cael Mastragall. En cuanto a lo de ser digno... Había servido a las órdenes de Cael en otra época. Nobul consideró que era tan digno como cualquiera.

En cuanto avanzaron, olió a los otros hombres cuyo hedor impregnaba el aire. Cualquiera que hubiera pasado semanas en campaña empezaba a oler de maneras horribles, pero había otro olor bajo la suciedad, la mugre y el sudor. Era el hedor a podredumbre, de heridas infectadas desatendidas durante demasiado tiempo, la fetidez vacía y pútrida de los dientes caídos descuidados también durante demasiado

tiempo y de los pies con demasiadas llagas abiertas.

Le trajo recuerdos que hubiera preferido dejar olvidados. Durante el camino de regreso de Bakhaus Gate habían muerto tantos hombres de frío y hambre como los que habían perecido en batalla, y él casi fue uno de ellos. Sabía por lo que estaban pasando esos hombres, y eso lo llenaba de una profunda tristeza. No era la muerte del rey lo que la gente debería estar llorando, sino la de otros miles de hombres que se habían quedado por el camino sin enterrar. Jóvenes muchachos temblando sobre su propia inmundicia, llorando y llamando a sus madres. Jóvenes de rostro radiante que habían marchado a la guerra con la promesa de la victoria y la gloria, pero que habían encontrado su final en un campo solitario lejos de casa.

Pero la vida nunca fue justa, ¿verdad?

El vasto Sepulcro de las Coronas se hizo visible por delante de ellos. Nobul vio el enorme edificio más allá de los corceles que trotaban frente a él. Era un antiguo mausoleo que albergaba los ataúdes de un centenar de reyes y reinas. Dado que la mitad de los monarcas habían adorado a los antiguos dioses y la otra mitad a Arlor y Vorena, no se consideraba correcto que los ritos funerarios para los gobernantes de Steelhaven tuvieran lugar en el Templo de Otoño. De modo que el Sepulcro de las Coronas era el lugar en el que se dejaban reposar, bajo la atenta mirada de los dioses antiguos y nuevos. Nobul se preguntó si Arlor y el Señor de los Cuervos estarían entonces discutiendo sobre quién tenía que llevarse el viejo cabrón a los infiernos.

Una escalera enorme subía hasta las puertas del sepulcro y los muchachos que llevaban la delantera del palanquín lo bajaron para que el rey no se deslizara por detrás. Al frente, los caballos enfilaron las escaleras como si tuvieran práctica, pisando con seguridad sobre los anchos peldaños de piedra. Nobul empezó a notar la carga mientras subían, pero si ninguno de aquellos muchachos se quejaba, él tampoco iba a hacerlo. Esperando en lo alto había representantes del Templo de Otoño: Doncellas Escuderas que llevaban sus armas con orgullo junto a sacerdotisas vestidas de blanco y con la cabeza cubierta en señal de respeto. Encabezaron la marcha a través de las grandes puertas dobles que medían casi seis metros de altura.

El interior del Sepulcro de las Coronas era magnífico. Unas grandes columnas se alzaban hacia un enorme techo de cristal cubierto de vidrios multicolores que lo pintaban todo de tonos distintos. Las paredes estaban llenas de frisos tallados en mármol y de estatuas que representaban a todos los reyes y reinas de Steelhaven y señalaban su lugar de reposo. Por un segundo Nobul casi se olvidó del motivo por el que estaba allí, casi se olvidó de la carga que aún llevaba al hombro.

Al llegar al altar situado en el extremo del largo pasillo pavimentado, él y los portadores se levantaron el palanquín de los hombros y dejaron a su rey frente a él. Nobul tomó conciencia del resto de la congregación, la «flor y nata» de los Estados Libres, y de repente se sintió fuera de lugar.

El regente de piel oscura, Odaka Du'ur, miraba con una expresión severa en su rostro. Había sido el consejero del rey; habían sangrado juntos. Nobul sabía

perfectamente cómo eso podía unir a dos hombres. Junto a Odaka Du'ur había muchos otros, ataviados con sus vestiduras de estado; Nobul no hubiera reconocido a la mayoría de ellos de habérselos cruzado por la calle. Sólo una persona destacaba, a pesar de su menudo tamaño y del modesto vestido negro que llevaba.

La princesa Janessa se mantenía erguida con una seriedad que resultaba extraña en su bonito rostro. Nobul se dio cuenta de que la muchacha contenía las lágrimas intentando cumplir con su obligación mientras veía cómo presentaban a su padre.

De repente se sintió culpable por todas las cosas que había pensado del anciano. Sí, había sido un cabrón y había enviado a muchos a la tumba, pero ¿quién podía decir si Nobul Jacks hubiera actuado de forma distinta de haber estado en el pellejo de Cael?

Empezó a tener la sensación de que se había quedado más tiempo del debido. La gente estaba allí para llorar una muerte, para mostrar sus respetos y enviar a su rey a los infiernos o a los Salones de Arlor, o adondequiera que creyeran. Nobul sólo estaba allí porque había querido ayudar a un pobre muchacho. Se dirigió hacia el fondo del sepulcro y salió antes de que pudieran cerrar las enormes puertas.

En cuanto las puertas se hubieron cerrado de golpe tras él, sólo sintió alivio, e inhaló una gran bocanada de aire mientras las primeras gotas de lluvia salpicaban el suelo a su alrededor.

Al cabo de un rato, cuando los hombres y mujeres de la corte del rey Cael hubieron escuchado las palabras de los sacerdotes y mascullado sus plegarias, le llegó el turno de despedirse de su rey a la gente común y corriente. A ninguno de ellos parecía importarle hacer cola bajo la lluvia, y la mayoría ya estaban empapados cuando consiguieron entrar en el Sepulcro.

Nobul se quedó junto al resto de los muchachos observando a los súbditos del rey que iban pasando para verlo de cuerpo presente, para depositar una o dos flores y derramar una lágrima por él. Daba la impresión de que toda la ciudad lo lloraba, pero a él no le apetecía sumarse al duelo. Si venían los khurtas, pronto habría lágrimas de sobra que derramar. No valía la pena verterlas ahora por un solo viejo.

—Te hace pensar, ¿verdad? —dijo Denny.

—¿El qué? —repuso Nobul.

—Que venga toda esta gente a llorar a un hombre. Hace que te preguntes cómo será cuando mueras.

—La verdad es que no.

—Me refiero a que probablemente mi anciana madre vendría, si yo muriera primero. No tengo hijos ni esposa. ¿Y si no me caso nunca? No me apetece morir solo.

—Todos morimos solos, Denny. Nadie puede hacerlo por ti.

Se quedaron allí un poco más. A medida que iba transcurriendo el día se fue reduciendo el gentío. En cuanto las calles estuvieron prácticamente vacías, ya no era necesario que la Guardia Ámbar se quedara por allí.

De vuelta al cuartel, Denny caminaba junto a Nobul y era evidente que algo le preocupaba.

—Tú eres un veterano de Bakhaus Gate. Ya has matado antes, ¿verdad? —dijo al fin.

Nobul notó que se le agarrotaba el cuello. Era una pregunta que no iba a responder. Si le decía a Denny que no, sería una mentira flagrante, y si le decía que sí, eso sólo llevaría a más preguntas que no quería contestar.

—Yo maté a alguien una vez —dijo Denny antes de que a Nobul se le ocurriera una respuesta—. Tampoco era un delincuente, sólo un transeúnte que estaba en el lugar equivocado en el momento inoportuno.

Vaya, pues eso sí que Nobul no se lo esperaba.

Miró a Denny y se dio cuenta de que el muchacho estaba incómodo.

—Fue un accidente... Kilgar y los muchachos lo saben, pero no se lo he contado a nadie más. ¿No se lo contarás a nadie, verdad, Lincon?

Nobul le dijo que no con la cabeza. Él había matado varias veces, y había hablado varias veces con hombres que habían matado, las suficientes para saber lo mucho que podía llegar a costar vivir con ello. Algunos lo llevaban mejor que otros, pero imaginó que precisamente Denny no estaba hecho para eso.

—Gracias. Sé que puedo contar contigo, amigo. Confío en ti.

—Todos hemos hecho cosas de las que no estamos orgullosos, muchacho —dijo Nobul. Los dioses sabían que podía dar fe de ello.

—Sí, pero hay que vivir con ello, ¿no? Se queda contigo. Las noches son lo peor. —«¿Acaso no es verdad?»—. Aún lo veo allí tendido, con los ojos muertos y vidriosos, cubierto de sangre. Le disparé, ¿sabes? Intentábamos atrapar a un asesino y pensábamos que ya lo teníamos acorralado en un tejado, y entonces se armó un gran follón. Se me disparó la ballesta, y cuando todo se calmó vi a ese muchacho tendido en el tejado, con la saeta clavada y desangrándose.

Nobul apretó los puños.

Denny había sido el que había matado a su hijo.

—De todas formas debería callarme. Es mejor no dar vueltas a las cosas.

Y dicho esto, Denny se alejó, sumido en sus propios pensamientos.

Nobul aún tenía los puños apretados con tanta fuerza que las uñas casi le rasgaron la piel, pero se limitó a quedarse mirando al muchacho mientras éste se alejaba. Miró al tipo que había matado a su chico mientras le daba la espalda.

Y no hizo nada.

Hablaron largo y tendido sobre el peligro al que se enfrentaban los Estados Libres.

Odaka, Garret y Durket escucharon atentamente el relato de la Batalla de Delbur Fenn por parte del general Hawke, que contó que el enemigo se había lanzado sobre ellos como una ola gigantesca, una única horda de guerreros pintados que gritaban. Al principio los Caballeros de la Sangre acabaron fácilmente con ellos, pero no eran más que un cebo, guerreros que Amon Tugha sacrificó para atraer a los ejércitos de los Estados Libres hacia una trampa.

Los khurtas eran una turba, una horda de asesinos salvajes, pero por lo visto el caudillo elharim los había convertido en algo más. Mientras los caballeros del rey se abrían paso con dificultad entre sus filas en el campo de batalla, otros miles de ellos avanzaban en silencio más allá del valle de Kelbur Fenn para flanquear a los ejércitos de los Estados Libres que esperaban. Soltaron a sus bestias de guerra: perros feroces y osos con armadura rápidamente seguidos por lanzas y hachas para saquear los carros de suministros y masacrar a las fuerzas de reserva.

Los khurtas habían sido derrotados en el frente, o eso parecía, y los Caballeros de la Sangre los persiguieron. Sin embargo, lo que les esperaba al otro lado del valle no era una horda desbaratada, sino la artillería del elharim: sus máquinas de guerra y sus arqueros que esperaban a que los caballeros montados se situaran a su alcance. Murieron todos casi sin excepción, y cuando el rey condujo a los pocos supervivientes de vuelta a sus líneas, lo único que encontró fue un tren de bagaje diezmado y a sus fuerzas de reserva masacradas.

Fue más tarde, mientras contaban los muertos, cuando descubrieron que habían asesinado al rey. Nadie vio al asesino y no dejaron ninguna señal en su cuerpo, pero lo encontraron en su tienda, con su espada sagrada aún envainada al costado y los ojos cerrados como si simplemente estuviera descansando.

Janessa lo escuchó todo sin decir una palabra. No prestó mucha atención a los relatos de guerra del general Hawke y ni siquiera a su explicación del asesinato de su padre. Incluso cuando pasó a hablar de los movimientos incesantes de la horda, de que habían pasado por Coppergate prácticamente sin hacer caso de la ciudad y habían seguido hasta Braega, ella apenas se había percatado de sus palabras. Los hombres reconocían su dolor y procedían con su reunión como si ella no estuviera presente, hablando de movimientos de tropas, de reforzar defensas, de fuerzas auxiliares, compañías de mercenarios y muchas otras cosas.

Janessa se alegró de su consideración, pero no era solamente la pena lo que ocupaba su mente. No era tan sólo el hecho de que hubieran matado a su padre, de que hubieran traído su cuerpo en un sencillo catre de madera, sin adornos ni gloria, lo que la preocupaba. Ni siquiera era el hecho de que ahora cargara con la responsabilidad de gobernar los Estados Libres y de procurar por el bienestar de sus gentes. Sabía que era eso lo que debería haber ocupado el primer lugar en sus

pensamientos; que había miles de personas que dependían de que ella y su consejo tomaran la decisión correcta, de que los protegieran y defendieran.

Sin embargo, para su propia vergüenza, Janessa sólo podía pensar en Río.

—... y debemos hablar con la Liga del Banquero —dijo Odaka.

Fue como si sus palabras la devolvieran de pronto a la reunión y los rostros de los demás hombres se enfocaran nítidamente de pronto. No sabía por qué este comentario significó más para ella que cualquier otra cosa que se había dicho, pero hubo algo en él, algo en el tono del regente, que le hizo pensar que era lo más importante.

—¿Y eso por qué? —preguntó.

Todos se volvieron a mirarla, como si se fijaran en ella por primera vez. Odaka miró al canciller Durket, cuyo rostro se contrajo con una sonrisa forzada antes de hablar.

—Majestad, los conflictos en los que vuestro padre se ha visto involucrado a lo largo de los años, la lucha que han sufrido los Estados Libres, han tenido un efecto devastador en las arcas de la Corona. Ya tenemos una deuda de más de diez millones de coronas con la Liga de los Banqueros. Si tenemos que hacer frente a los khurtas y expulsarlos de nuestros territorios, necesitaremos más fondos para pagar tropas, equipo y suministros.

Janessa se había involucrado muy poco en la gestión del reino de su padre, pero incluso ella sabía que la Liga de los Banqueros era un consorcio dirigido por figuras ricas y poderosas de varios países extranjeros. Sin su ayuda los Estados Libres quedarían a merced de sus enemigos.

—¿Y qué deberíamos hacer?

Durket miró a Odaka, el cual no le brindó mucha ayuda obligándole así a continuar.

—Hemos convocado una reunión con uno de sus representantes. Estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo que nos beneficie mutuamente.

—Hablaré con él —había dicho Janessa antes de haberlo pensado siquiera.

—¿Majestad? —A Durket parecieron salirse los ojos—. Creo que es mejor si yo...

—He dicho que hablaré con él, canciller.

Durket asintió, pero Odaka continuó donde él lo había dejado.

—Comprendo vuestra impaciencia por asumir el cargo de vuestro padre, pero quizá deberíamos empezar con otros asuntos de Estado menos difíciles. La Liga de los Banqueros puede ser... complicada, en el mejor de los casos.

—Pronto seré responsable de todos los asuntos de Estado. Mi padre no se escondía detrás de su consejo y yo tampoco lo haré. —Se puso de pie con la esperanza de que eso le diera un mínimo de autoridad, pero tuvo miedo de que más bien la hiciera parecer una niña malhumorada—. General Hawke, más tarde discutiremos qué suministros necesitan nuestros ejércitos para hacer frente al enemigo. Canciller, me hará falta ver todos los libros de cuentas relacionados con los

gastos de la Corona. Odaka, tú organizarás las cosas para mi coronación inmediatamente. Nuestro pueblo no puede quedarse sin monarca, sobre todo con el enemigo a nuestras puertas.

Todos y cada uno de los hombres asintieron a sus exigencias y Janessa, por primera vez en la vida, casi tuvo la sensación de estar a la altura de su tarea. Tenía los puños apretados, aunque sólo fuera para evitar que temblaran, pero aun así se sintió bien. Tuvo la sensación de estar al mando.

No obstante, tenía que irse antes de que se derrumbara. Antes de que el barniz de control se desprendiera y dejara ver lo que había debajo: que estaba asustada y apenada.

—¿Esto va a ser todo, caballeros?

Se dispuso a marcharse y los cuatro hombres se pusieron de pie e inclinaron la cabeza a su paso.

Los pasillos de Skyhelm albergaban a más centinelas de los que Janessa había visto jamás. Algunos de los Caballeros de la Sangre de su padre también velaban tomándose un respiro antes de regresar a la guerra en el norte, aunque ella supuso que ya no eran caballeros de su padre, que ahora eran los suyos.

Aun rodeada como estaba de hombres que darían gustosamente su vida por ella, seguía sintiéndose vulnerable. Se dirigió a su habitación tan aprisa como pudo. Cuando llegó a ella, sacó del vestido la única llave que abriría su puerta y entró.

El interior estaba oscuro, siempre lo estaba. Años atrás, en una vida distinta, había detestado que su habitación estuviera sumida en la oscuridad. Ahora ya no le importaba, porque sabía que él estaría esperando en las sombras.

Cerró la puerta con llave al entrar y, al cabo de un momento, notó su aliento en el cuello y sus brazos que se movían para rodearla. Cerró los ojos y sucumbió a él.

Durante los últimos días había permanecido en la habitación de Janessa y ella lo había cuidado hasta que se repuso. En este tiempo la joven se lo había contado todo, igual que antes él le había hablado de sus miedos y sueños en la pequeña plaza. Habían encontrado consuelo el uno en el otro, una unión de pensamiento y espíritu. Raelan, Leon y la idea de cualquier otro pretendiente quedaron olvidados. Sólo un hombre era dueño de su corazón.

Lo que quería más que nada era sentir sus besos, sus brazos en torno a ella, su peso sobre ella. No obstante, se había resistido, igual que él. Sin embargo, ahora, tras el funeral de su padre, después de interminables reuniones con el consejo, Janessa estaba cansada; ya no podía resistirlo más y tampoco permitiría que lo hiciera Río.

Cayeron sobre la cama y él la besó en los labios. Janessa le devolvió el beso con avidez, compartiendo su aliento, recorriéndole la espalda con los dedos, notando las cicatrices y el músculo tirante de debajo. Le pasó la mano por el pecho duro y rozó el vendaje que protegía la herida del costado, ahora ya curada. Había quedado una cicatriz lívida, una más que se sumaba a las muchas que ya tenía. Cuando deslizó la mano hacia su entrepierna, él la detuvo.

—No deberíamos —dijo; unas palabras que la joven le había oído decir muchas veces, pero no estaba de humor para parar ahora. Pronto sería reina, servidora y ama de miles de personas, responsable de las vidas de sus súbditos. Se lo merecía, merecía este único respiro del deber y las obligaciones, ¿no?

—Sí deberíamos —replicó ella bajando más la mano.

Él era lo bastante fuerte como para detenerla si de verdad quería hacerlo, pero era evidente que su deseo era tan profundo como el de ella, y permitió que, con la respiración rápida y entrecortada, le desabrochara torpemente el cordón de los pantalones mientras él le besaba el cuello.

Janessa se subió la falda frenéticamente y lo empujó dentro de ella, sus labios se juntaron con fuerza y le metió la lengua en la boca. Soltó un grito ahogado cuando él la penetró, con la boca aún pegada a la suya, y se abandonó a la sensación y a su sabor.

Río empezó a mover las caderas, primero lentamente y luego con más urgencia. Por un momento Janessa dejó de besarlo, abrió los ojos para mirarlo y vio que él ya la estaba observando. Quiso decir algo, pero nada parecía apropiado. Antes de que se diera cuenta, ya volvía a tener los ojos cerrados, había agarrado la carne dura de sus glúteos y lo había empujado más dentro de ella, más deprisa, hasta que todo terminó con un último coro de jadeos.

Janessa soltó aire largamente, deleitándose en la sensación de tener a Río aferrado a ella. Él levantó la cabeza despacio y la joven vio lágrimas en sus ojos. Durante días habían confiado el uno en el otro, y ella sabía que aquellas lágrimas eran una mezcla amarga de dicha y pesar. Sabía que tendrían casi el mismo sabor que las suyas y se las limpió a besos, notando su salobridad en los labios, y lo tranquilizó con su sonrisa.

Más tarde, tendida en sus brazos, rodeada por la oscuridad y los sonidos exteriores de la noche, Janessa se sintió más en paz de lo que nunca se había sentido. El dolor por la pérdida de su padre, la amenaza para los Estados Libres, sus responsabilidades como gobernante; todo pareció desvanecerse.

—Ojalá pudiera ser siempre así —susurró.

—Entonces tendríamos que abandonar este lugar —repuso él.

Por alguna razón, Janessa ya sabía que diría aquellas palabras antes de que las pronunciara.

—No podemos —replicó ella. «Pero tú sí que puedes; tú puedes hacer lo que desees»—. Tengo que ser reina. No puedo abandonar a mi pueblo. —«¿Tu pueblo? Son el pueblo de tu padre; tú no pediste esto. Escápate, vete muy lejos de este lugar y no regreses jamás».

—En tal caso me quedaré a tu lado para protegerte.

Janessa sonrió al oírlo. Su ingenuidad la hizo sonreír. Su obstinado sentido de la lealtad.

—No puedes.

Y en un instante quedó claro que tendría que elegir entre la Corona de Acero y su amado. Nunca se le permitiría tenerlos a los dos.

—No te dejaré. El Padre de Asesinos ha jurado acabar contigo y no se detendrá hasta que su tarea se haya llevado a cabo. Tus guardias no pueden protegerte. Estos muros no pueden protegerte. Sólo puedo protegerte yo. Tenemos que abandonar este lugar... los dos juntos.

Y así de rápido tomó su decisión. Él la había tomado por ella, había elegido lo que ella quería, y al hacerlo la había liberado de toda carga.

—Pero ¿adónde iríamos?

—Lejos, cruzando el mar si es necesario, donde nadie nos conozca.

—Pero...

Janessa se calló. No se le ocurrían más excusas. No había ningún motivo por el que no debiera escaparse con Río y dejar atrás aquel lugar. Ella no había pedido esta responsabilidad, tener que casarse por prudencia política, verse obligada a gobernar una nación y a su gente simplemente por un accidente de nacimiento. No podía hacer frente a eso. No era lo bastante fuerte. Steelhaven y los Estados Libres estarían mejor sin ella. Un hombre como Odaka sería muchísimo mejor gobernante.

¿Por qué no podía vivir como otras mujeres? ¿Por qué no podía elegir a su esposo y tener todas las cosas que los demás podían tener: una familia, la oportunidad de envejecer con la persona amada?

Pero sí que podía tener esas cosas; era muy fácil.

Sólo tenía que tomar de la mano a Río y huir.

—Sí —declaró—. Sí, lo haremos.

Lo vio sonreír por primera vez desde que lo había conocido. Fue una sonrisa buena, una sonrisa amable. Janessa supo que había tomado la decisión correcta.

—Pues no debemos demorarnos —dijo Río—. El Padre de Asesinos no esperará mucho tiempo. Ya han pasado muchos días. Puede que incluso haya enviado a uno de mis hermanos. Debemos irnos de inmediato.

—Necesitaremos comida y ropa para el viaje —sugirió ella—. Puedo conseguirlo. Luego podremos irnos. —Se emocionó sólo con decirlo.

Lo besó largamente, tras lo cual se levantó de la cama y se puso el vestido. Salió de la habitación y recorrió el pasillo para ir en busca de los suministros que necesitarían con la sensación de que el estómago le daba volteretas.

Todo aquello estaba mal. Su cabeza le decía que estaba traicionando a su gente, a Odaka e incluso a la memoria de su padre, pero al mismo tiempo su corazón le decía que iba a hacer lo correcto, y el corazón se estaba imponiendo a su cabeza, siempre había sido así.

Durante un tiempo había sido esclava del deber, obligada a hacer lo que creía que era lo correcto, pero siempre había sido el lobo salvaje de la familia.

Y ahora no era el momento de que la enjaularan.

Al llegar el fondo del pasillo, dos centinelas avanzaron para acompañarla, pero

ella los despachó con un gesto. De camino a las cocinas vio a muchos más hombres que de costumbre vigilando el palacio. A Río y a ella les resultaría difícil salir de Skyhelm sin ser vistos, pero Janessa ya lo había hecho muchas otras veces, y si él había logrado entrar sin que lo vieran, estaba del todo segura de que podría salir sin problemas.

Los pisos inferiores de palacio estaban sumidos en la oscuridad, pero Janessa no necesitaba luz para saber el camino. La atmósfera olía a carnes y verduras cocinadas de la cena y de pronto se preguntó si la habrían echado de menos en la lujosa mesa.

Ya no importaba. Pronto la iban a echar en falta. Quizás el misterio que rodearía su desaparición desconcertaría a los historiadores durante años.

Avanzaba con sigilo en la oscuridad deslizando la mano por la pared cuando vio una luz tenue por delante. Era raro que hubiera alguien en la cocina a esas horas y se detuvo en la oscuridad preguntándose quién podría ser y si debía seguir adelante. Pero ¿cómo iba a dejar que nada la detuviera ahora? No podía esperar.

Antes de que pudiera volver a avanzar, oyó un ruido a la vuelta de la esquina. Fue un jadeo, un resuello esforzado... y Janessa supo de qué se trataba. Hubiese reconocido el sonido de dos amantes enzarzados en su pasión, aunque no acabara de experimentar ella misma esos mismos placeres.

El sonido se hizo más fuerte, resonó en la oscuridad a medida que el coito se hacía más insistente. El ruido de la mesa rozando las losas del suelo acompañaba los jadeos rítmicos. Janessa no quería interferir en un acto tan íntimo y se hubiese marchado de no haber oído las palabras.

—¡Vamos, folladme!

No fueron las palabras en sí lo que la hicieron pararse en seco, sino el hecho de que reconoció la voz.

Pero no, no podía ser. Casi lo descartó cuando oyó al hombre.

—¡Chsst! Despertarás al servicio.

¡No! No podía tratarse de él también.

—¡Callaos y folladme, mi señor!

¡Era ella, por todos los dioses!

Janessa no pudo resistir la tentación de asomarse a la esquina y allí estaba, tendida en la mesa de la cocina donde el personal preparaba las comidas, rodeando a lord Raelan Logar con las piernas mientras éste la embestía una y otra vez.

Graye.

Su amiga Graye.

Janessa se quedó allí plantada mirando cómo el hombre que le había declarado su amor y le había propuesto matrimonio copulaba con la chica que había sido su confidente más íntima durante la mayor parte de su vida.

En aquel preciso momento Graye abrió los ojos y vio a Janessa allí de pie. No habló, pero puso cara de horror, agarró a Raelan y lo sacudió.

—¿Qué pasa? Oh... —dijo cuando vio también a Janessa bajo la luz de la vela.

Durante unos momentos incómodos se quedaron mirando unos a otros hasta que Raelan reunió coraje para hablar.

—Janessa, majestad... Puedo explicarlo —dijo mientras volvía a guardarse torpemente su erección en los pantalones.

—¿En serio? —repuso ella—. Supongo que esto significa que habéis considerado vuestra propuesta de matrimonio, ¿no, lord Raelan? —No pudo enfurecerse, pues los dioses sabían que ella había estado con su amado hacía unos momentos, pero estaba disfrutando al ver sufrir a Raelan.

—¡Y tú! —Janessa miró a Graye, cuya expresión era casi afligida—. ¿Ibas a dejar que me casara con un hombre con el que ya habías...? ¿Ese vestido es el mío?

La doncella tiró del vestido que llevaba puesto a medias intentando taparse lo mejor posible.

—Que os aproveche —dijo al fin la princesa, y dio media vuelta para marcharse.

—Janessa, esperad —le rogó Raelan, pero ella no estaba de humor para escuchar. Sin embargo, no llegó muy lejos.

—Sí —dijo una voz desde la oscuridad—. Por favor, majestad, esperad.

Era una voz profunda y llena de maldad. Al igual que Janessa, Raelan y Graye se volvieron al tiempo que una figura imponente aparecía de entre las sombras.

Era un hombre alto, con el pecho desnudo, de hombros gruesos y poderosos... y cubierto de cicatrices. Su rostro no tenía ni pizca de bondad y unas cejas negras y espesas se fruncían bajo un cabello negro muy corto.

—¿Quién sois? ¿Qué queréis? —exigió saber Raelan al tiempo que avanzaba hacia él. Movié la mano hacia la espada que no llevaba en el costado.

—¿Quién soy? —dijo el hombre—. Soy Montaña, y hago tronar el cielo y temblar la tierra. ¿Por qué estoy aquí? —Miró a Janessa y sus ojos eran como los de un lobo—. He venido a petición de mi padre. He venido a por vos.

Mientras la miraba, la joven conoció de pronto el verdadero horror por primera vez en su vida. Los ojos de aquel hombre no mostraban compasión y supo que no habría clemencia.

—¡Jamás! —bramó Raelan, que se abalanzó hacia él. Aunque no iba armado, y después de todo lo que había hecho, seguía dispuesto a defenderla. Si bien Janessa no pudo más que admirarlo por ello, el joven no podía competir con aquel hombre.

El asesino se movió con una velocidad aterradora para alguien de semejante tamaño y evitó fácilmente el torpe ataque de Raelan. Antes de que el joven señor pudiera lanzar otro puñetazo, el hombre que se hacía llamar Montaña lo había golpeado tres veces en la garganta y sus manos cayeron sobre él como martillos de hierro.

Raelan se desplomó en silencio y cayó pesadamente al suelo.

Graye gritó a voz en cuello mientras Janessa se quedaba paralizada mirando con un terror ciego.

¿Cómo podía estar ocurriendo esto? ¿Cómo podía ese hombre haber entrado allí,

haberla encontrado allí? ¿Y dónde estaba...?

Montaña se movió con la rapidez de una serpiente, agarró a Graye y la levantó como si fuera una muñeca de trapo. Retorció sus manos enormes, que le partieron el cuello a la chica y silenciaron su grito. El monstruo dejó caer el cuerpo sin vida de la doncella al suelo y fue a por Janessa.

—Y ahora, majestad —dijo dando un paso hacia ella y sonriendo sin el menor atisbo de humor—, mi padre tendrá vuestro corazón.

Por primera vez no había cerrado la puerta al salir. En un primer momento Río no se lo había tomado como un augurio, pero a medida que iba pasando el tiempo empezó a inquietarse cada vez más.

¿Por qué la había dejado marchar? ¿Y sola?

Se puso la túnica, se dirigió hacia la puerta, pero se escabulló rápidamente en las sombras de la habitación cuando oyó unas voces que se acercaban desde el otro lado, unas voces que no reconoció.

Río observó desde la oscuridad cómo se abría la puerta y entraba alguien.

—Ya te dije que no estaba. —Era una mujer de edad avanzada.

—Será mejor que nos demos prisa; hace días que no se ha hecho esta habitación.

—Otra mujer, ésta mucho más joven.

—Bien, tú haz la cama. Yo quitaré el polvo deprisa. Y enciende unas velas. No veo ni torta aquí dentro.

Entraron las dos, una llevando una vela y la otra con un cubo y una pila de ropa de cama encima del hombro.

A Río se le aceleró el corazón. Sabía que no podían encontrarlo allí, y si iban a iluminar la habitación, ni siquiera él podría ocultarse de las mujeres.

La puerta empezó a cerrarse y él se movió, se deslizó por las sombras y la cruzó sin hacer apenas más ruido que un soplo de aire. Cuando la puerta se cerró de un portazo tras él, oyó que una de las mujeres decía «¿qué ha sido eso?», pero él ya no estaba.

¿Y ahora qué? No podía quedarse en el pasillo y esperar a que las criadas volvieran a salir, pero tampoco podía andar rondando por el palacio y que los guardias acabaran viéndole.

Tenía que encontrar a Jay.

Río conocía la distribución del palacio. Si quería provisiones para el viaje, seguro que habría ido a la cocina, pero ¿cómo llegar allí? Era una locura intentar abrirse camino por el palacio. Había el doble de centinelas que la primera vez que llegó a este lugar y era muy poco probable que pudiera evitarlos por segunda vez.

Se acercó a una de las ventanas, se asomó a una caída vertical y luego se subió al alféizar y salió. Hacía unas cuantas noches, cuando escapó por la ventana de la habitación de Jay, se había quedado allí aferrado mientras los guardias de palacio lo buscaban en vano. Ahora su herida estaba prácticamente curada y él se sentía más fuerte que nunca, no le supondría un reto abrirse camino por las paredes.

En las cocinas había una puerta lateral. Si podía bajar con rapidez, pronto podría estar con Jay. Podrían tomar lo que necesitaban y salir de aquel lugar esa misma noche. La perspectiva le subió el ánimo y lo empujó a bajar más deprisa por el lado del edificio.

Río se detuvo cerca de la base de la torre situada más al norte y sus ojos

escudriñaron el sendero que rodeaba el pie de Skyhelm por si veía algún centinela. No apareció nadie.

Bajó al suelo con inquietud, esperando que en cualquier momento apareciera un centinela por una esquina, pero nada.

Mientras se dirigía a la puerta lateral se sintió embargado por un desasosiego. La sensación no tardó en convertirse en miedo cuando vio los cuerpos allí tendidos, con la armadura arrugada y los miembros extendidos de manera poco natural.

Echó a correr mientras lo invadía el pánico. Cuando entró en el pasillo oscuro que llevaba a las cocinas, oyó un grito, el de una mujer. Río sintió náuseas. Estaba más asustado de lo que había estado jamás. No por él, sino por Jay...

Se dirigió al fondo del pasillo a toda velocidad, a la carrera, sin importarle si había alguien a la espera. Oyó una voz que reconoció, un tono grave y sonoro.

Irrumpió en la habitación con un rugido, a tiempo de ver que Montaña se abalanzaba sobre Jay. Ella estaba paralizada de miedo. Había cuerpos en el suelo.

Montaña se volvió para rechazar el ataque de Río, desvió el golpe rápido como el rayo y contraatacó con un cabezazo que lanzó a su hermano hacia atrás y lo hizo caer con fuerza contra una mesa.

—¿Tú? Creíamos que estabas muerto —dijo el gigante frunciendo el ceño con desconcierto.

—No permitiré que le hagas daño —repuso Río que aún no se había recuperado del golpe.

Montaña se abalanzó con sus inmensas manos extendidas.

—¡Corre! —gritó Río cuando las manos de Montaña se cerraron en torno a su garganta. Los dedos le apretaban con fuerza bloqueándole las vías respiratorias... Miró a su hermano a los ojos, pero sólo vio maldad en ellos.

—¿Qué te ha pasado, Río? —le preguntó Montaña—. ¿Qué te ha hecho esta bruja para que hayas sido capaz de traicionar a nuestro padre?

Montaña apretó aún más y Río notó que se le nublabla la vista. No podía hacer nada contra semejante fuerza; nada que pudiera parar la ira de su hermano. El fin sería inevitable y ni todo su talento, ni toda su habilidad mortal podrían evitarlo. Aun así, no pudo tener remordimientos, no pudo sentir pena por sacrificar el amor del Padre de Asesinos. Hubiera sacrificado el mundo entero a cambio de unos momentos con Jay. Montaña gritó, arqueó la espalda profiriendo un gruñido y dejó caer a Río al suelo. El gigante dio media vuelta rápidamente y Río vio que se llevaba la mano abierta a la paletilla de donde le sobresalía un cuchillo de cocina. La herida sangraba. Jay se mantuvo desafiante mientras Montaña se acercó a ella. Río avanzó de un salto y propinó una patada a su hermano detrás de las piernas que lo derribó. Continuó moviéndose, rodó para ponerse de pie y agarró a Jay de los brazos.

—Te dije que corrieras —dijo.

—No te dejaré —replicó ella mirando a Montaña, que se estaba levantando del suelo.

—Tienes que irte. No puedo luchar contra él mientras te protejo. —La empujó hacia la puerta y luego se dio la vuelta de nuevo para enfrentarse a Montaña.

Su hermano lo miró con una mueca que dejó ver sus dientes amarillos al tiempo que llevaba el brazo atrás y lograba por fin quitarse el cuchillo de la espalda. Con un rápido movimiento de muñeca se lo arrojó a Río, que lo esquivó hábilmente.

Montaña era un espectáculo formidable, un arma devastadora. El Padre de Asesinos había dicho que aquella misión no era para él porque requería sutileza y sigilo. Estaba claro que, dado que Río no había matado a Jay, el anciano había cambiado de opinión. Ahora había decidido que la fuerza y el poderío eran exactamente lo que hacía falta.

Se inclinó adoptando una postura defensiva, preparándose para enfrentarse a su hermano, cuando se oyó un alboroto por detrás.

Unos guardias armados entraron estrepitosamente en la habitación con las espadas ya desenvainadas y un propósito evidente.

—¡Proteged a la princesa! —bramó uno de ellos, que tiró de Jay para que retrocediera. Aunque la joven protestó, no pudo resistirse. Río se sintió aliviado: ella estaba a salvo. En algún otro lugar de palacio sonaba una campana y su tañido llegaba hasta las entrañas de Skyhelm, alertando a todo el mundo del peligro.

Río sabía que tenía que escapar. Si lo atrapaban, lo interrogarían y Jay sin duda revelaría la naturaleza de su relación sólo para protegerle. No podía permitir que hiciera eso. No por él.

Montaña salió a todo correr por delante de él. Río lo siguió mientras que los guardias los perseguían con el traqueteo de la armadura. Su hermano estampó el pie contra una puerta, el cerrojo salió volando por los aires junto con un montón de astillas y siguieron adelante a toda velocidad hasta que media docena de centinelas recién alertados les cortaron el paso. Esgrimían unas temibles alabardas y los rodearon rápidamente.

Montaña sonrió.

—¿Estás preparado para luchar, hermano?

Río no respondió. No tenía ningún deseo de hacer daño a esos hombres; ellos sólo estaban cumpliendo con su deber.

Pero a su hermano le importaba poco a quién mataba.

Cuando el primer guardia atacó y su alabarda descendió describiendo un arco, Montaña se movió a una velocidad aterradora. Agarró el mango que descendía y lo detuvo en el aire. Permanecieron así un momento mientras el centinela intentaba en vano arrancar su arma de manos del gigante. Montaña realizó un movimiento de guadaña con la mano con el que hizo pedazos el mango y luego describió un arco devastador con la hoja que prácticamente le cercenó la cabeza al centinela. El cuerpo se desplomó a un lado. Con lo que quedaba del arma, Montaña arremetió contra otro centinela que cargaba, lo alcanzó de lleno en la visera del yelmo y lo derribó.

Río sabía que todos aquellos hombres encontrarían la muerte, pero estaba

demasiado ocupado evitando las espadas de sus propios oponentes como para intervenir. Las hojas parecían abalanzarse desde todos los ángulos y lo único que podía hacer era esquivarlas o desviarlas de un golpe. Notaba la herida del costado, apenas curada, tensa y tirante, y la carne cosida amenazaba con rajarse cada vez que se retorció para evitar que lo ensartaran como a un cerdo.

En cuanto se abrió un hueco, se alejó, pasó por encima de los cadáveres y siguió el rastro de Montaña una vez más. Vio la forma gigantesca de su hermano corriendo hacia una escalera que llevaba al parapeto de la muralla de palacio y subiendo los escalones de cuatro en cuatro. Lo siguió por la escalera y al llegar a lo alto lo vio de pie en las almenas observándolo con una sonrisa. Un gesto burlón con el que le preguntaba si era tan valiente como para seguirle.

Cuando Montaña saltó a la negrura de la noche, Río no se entretuvo. Apoyó el pie en uno de los merlones y siguió a su hermano saltando al vacío; entre él y el suelo, treinta metros más abajo, sólo había aire.

Río oyó un ruido de pizarra que se rompía. Un tejado surgió de la oscuridad y se le acercó a una velocidad espantosa, sus pies golpearon las tejas y notó que se partían bajo él. Apenas tuvo tiempo de fijarse en el enorme agujero que su hermano había hecho en el tejado porque cayó de espaldas hacia el borde.

Río se agarró desesperadamente a un canalón, pero éste se rompió, cedió y él volvió a caer. Se golpeó las costillas contra algo que detuvo brevemente su descenso y acabó cayendo pesadamente contra los adoquines.

No podía recuperar el aliento y se quedó allí en el suelo un rato, intentando desesperadamente inhalar un poco de aire.

Se oyó un grito, la voz de una mujer, y apenas tuvo tiempo de ponerse en cuclillas cuando una enorme mesa de madera atravesó la ventana de la casa con estrépito. Montaña salió detrás de la mesa con el cuerpo magullado y lleno de tajos a causa de la caída. No obstante sonrió ampliamente cuando se acercó con aire amenazador a Río, que entonces se levantó con la fuerza que le dio la desesperación.

Montaña arremetió con dos golpes rápidos que Río esquivó. Hizo una finta hacia un lado y notó que pisaba cristales rotos, se agachó hábilmente y recogió un pedazo en la palma de la mano. El cristal le cortó la carne, pero prefería tener un arma que derramara su sangre antes que enfrentarse a Montaña desarmado.

Su hermano atacó de nuevo con un puño poderoso que amenazaba con arrancarle la cabeza; pero ambos habían peleado muchas veces bajo la atenta mirada de su padre. Se habían puesto a prueba de sobras el uno al otro y Río sabía que, pese a toda su fuerza, Montaña nunca podría igualarlo en velocidad.

Agachó la cabeza y propinó dos tajos con el pedazo de cristal que abrieron dos franjas rojas a juego en el abdomen de Montaña. Su hermano combatió el dolor con un gruñido, apretó los puños y volvió a la carga rugiendo.

Una vez, cuando eran más jóvenes, unos chicos apenas adultos los dos, Montaña lo había atrapado en esos brazos rollizos que tenía y lo había golpeado hasta que le

sangraron los ojos. Río supo entonces que su hermano podría acabar con él algún día y había jurado que nunca volvería a ser derrotado por él. Aquella noche cumpliría su juramento.

Río se retorció para alejarse de aquellos puños letales y utilizó el impulso de su giro para dar potencia a su golpe. Clavó el cristal en la base del cuello de Montaña y, cuando estuvo lo bastante hundido en el músculo y los tendones, partió el extremo.

Su hermano rugió de dolor e intentó en vano quitarse el cristal del cuello con los dedos resbaladizos por la sangre.

Mientras permanecían allí los dos con la respiración agitada, inhalando el aire a bocanadas, Río vio un brillo de miedo en los ojos de su hermano, algo que no había visto nunca. Lo llenó de satisfacción.

Sin mediar palabra, Montaña dio media vuelta y salió corriendo a una velocidad sorprendente.

Por un instante Río casi consideró dejarlo ir, dejar que volviera con su padre con la noticia de que él vivía y que lo había traicionado por el amor de una mujer.

Pero sabía que no podía hacerlo.

Su padre no se detendría, y en cuanto las heridas de Montaña estuvieran curadas, volvería a enviarlo a matar a Jay, y tal vez no lo enviara a él solo.

Río siguió fácilmente a su presa; Montaña iba dejando un rastro de devastación, apartando a la gente a golpes y abriéndose paso con estrépito entre cajas, cajones y carretillas abandonados.

Cruzaron una plaza vacía y vio que más adelante había un puente. Apoyó el pie en el carro de un vendedor ambulante para impulsarse y saltó al tejado de un cobertizo. Siguió subiendo hasta llegar al primer piso del edificio mientras su hermano, que ya se tambaleaba, pasaba por debajo de él.

Río saltó como un gato, dejándose caer sobre su presa desde lo alto. Su hermano cayó al suelo bajo su ataque, pero se levantó peleando. Él esquivó un golpe y le propinó una patada a un lado de la rodilla a Montaña. Apartó de un golpe la mano con la que su hermano intentaba agarrarlo y lanzó un puñetazo que alcanzó aquel cuello grueso y grande con toda la fuerza de la furia.

Montaña cayó hacia atrás y al desplomarse se golpeó la cabeza contra la dura piedra del puente. Estaba en apuros, se aferraba desesperadamente la garganta y Río vio cómo se sumía en la derrota, consciente de que había que enviar un mensaje a su padre.

En algún lugar distante oyó el sonido de la milicia que los perseguían a gritos.

Que vinieran, llegarían demasiado tarde, como siempre.

Mientras su hermano intentaba desesperadamente alejarse a rastras, Río le rodeó el cuello con el brazo y apretó con todas sus fuerzas. Montaña también tiró con mucha fuerza para intentar liberarse, pero no sería lo bastante fuerte.

El gigante se fue debilitando poco a poco, sus manos se aflojaron hasta que la falta de aire hizo que se le combaran las piernas. En cuanto su hermano se hundió en

sus brazos, Río le retorció el cuello y soltó un grito furioso cuando se lo partió.

Miró el cuerpo inerte sin lástima ni remordimiento.

Cuando los milicianos llegaron al puente, no encontrarían más que el cadáver roto de un gigante mutilado.

Río habría desaparecido.

No se había dicho mucho desde que regresaron a su casa cerca de El Ciervo Negro. Habían matado a un tipo en el distrito más rico de Steelhaven y no habían conseguido nada que recompensara su esfuerzo. ¿Qué iban a decir?

Steraglio rumiaba en un rincón. De vez en cuando lanzaba una mirada asesina a Rag; eran las miradas más asesinas que ella había visto nunca y hablaban de toda clase de cosas desagradables. Era evidente que la culpaba del hecho de que el robo se hubiera ido a la mierda y ella estaba segura de que le hubiera demostrado lo cabreado que estaba si Krupps no hubiera estado allí..., aunque tampoco era la persona favorita de Krupps. Éste no le había dirigido la palabra desde que habían vuelto, ni siquiera había mirado en su dirección.

No es que a ella le importara. Aquella noche le había revelado una parte de él que Rag no conocía, una faceta que no le gustaba y que desde luego no quería volver a ver. Por otro lado, los tres se habían puesto a ello, a apuñalar, patear y dar puñetazos a aquel pobre desgraciado hasta que no quedó de él más que un montón de carne ensangrentada en el suelo. Incluso Burney, el bobo grandote de Burney, el que tenía un huevo frito por cerebro, se había sumado a la matanza cuando empezó.

Rag deseaba con todas sus fuerzas salir de allí, dejar atrás ese lugar, pero no lo había hecho. Se había quedado y había soportado aquel ambiente de mierda y las miradas de mierda. De todos modos, ¿adónde hubiese ido? Estar en una casa llena de una horrible tensión, pero con un techo sobre la cabeza y comida en el estómago era mejor que hallarse bajo la lluvia sin techo ni comida. Además, aún estaba el asunto del Gremio. No había preguntado en qué punto estaban con respecto a eso: si seguía teniendo una posibilidad o no. Tarde o temprano tendría que preguntarlo. Para empezar, ésa era la única razón por la que se había metido en aquel asunto. No iba a ir a ninguna parte hasta que al menos lograra averiguar a qué atenerse.

—¿Quién quiere cenar? —preguntó Burney cuando estaban todos sentados en la pequeña habitación del piso de abajo.

—¿Cómo puedes pensar en la comida en un momento como éste? —replicó Steraglio.

—¿Un momento como cuál? Además, no importa la clase de momento que sea, tenemos que comer.

—¿No importa el momento...? Te voy a decir qué momento es: es momento de que estuviéramos pensando en largarnos de aquí. Si los Casacas Verdes no dan con nosotros, el Gremio no tardará en hacerlo. Hay demasiada gente que sabe que fuimos nosotros quienes hicimos el trabajo, de modo que sabrán que fuimos nosotros los del jodido asesinato. Cuando averigüen dónde vivimos, vendrán aquí y nos colgarán... Eso si tenemos suerte.

¿El Gremio? ¿Por qué iban a venir los del Gremio? Le habían dicho que el Gremio había autorizado el asunto. Porque lo había autorizado, ¿no?

—¿Cómo iba a saber nadie quiénes somos? —preguntó Burney con el ceño fruncido y expresión confusa.

—Porque la gente lo sabe, jodido idiota. Coles era el hombre que teníamos dentro, el que nos dio el trabajo para empezar. Él sabe dónde vivimos. Westley, nuestro amigo Casaca Verde que trabaja en la puerta del Distrito de la Corona, conoce nuestros nombres y dónde vivimos. Todo el mundo que entra en El Ciervo, todos saben también dónde vivimos. ¡Pero, claro, no nos resulta fácil ser discretos cuando tenemos a un imbécil torpe como tú en la pandilla!

Burney frunció aún más el ceño.

—¡Tonterías! No fue culpa mía que todo se fuera a la mierda. No fui yo quien lo desató. Y recibí un corte. —Señaló el tosco vendaje que llevaba en el antebrazo y que aún estaba manchado de sangre.

—No, no fuiste tú quien lo desató, ¿verdad? —Steraglio miró a Rag, casi incapaz de contenerse.

—Está bien, ya basta —dijo Krupps.

Era evidente que Steraglio y Burney querían continuar con su pelea, pero se lo pensaron mejor. Krupps había estado de mal humor desde el robo. Estaba claro que tenían miedo de provocarlo.

Eso ponía nerviosa a Rag. Había creído que Krupps no era tan malo. También había pensado que tenía debilidad por ella, lo cual siempre ayudaba. Ahora no sabía qué pensar.

—Seguir dándole vueltas a esto no va a cambiar nada. Todo se ha ido a la mierda, pero siempre hay una salida. —Krupps volvió a quedarse mirando al techo, con sus apuestos rasgos enmarcados por la poca luz que entraba por la ventana.

De repente Rag sintió que tenía que salir de aquel lugar. De todas formas, ¿qué estaba haciendo allí? No podía hacer nada para contribuir y llevaba encerrada allí desde el robo frustrado, si es que se le podía llamar robo. Si se escabullía y desaparecía un rato, ¿alguno de ellos se daría cuenta? Probablemente Steraglio sí lo hiciera; no tendría a nadie a quien fulminar con la mirada.

Mientras los muchachos permanecían sentados en silencio, Rag se dirigió a la puerta con sigilo. Sólo unas horas al aire libre. Luego volvería y Krupps tendría un plan.

Se detuvo cuando alguien llamó a la puerta desde el otro lado, tres golpes en rápida sucesión.

Todos levantaron la vista, inmóviles como ratas frente al haz de luz de un farol. Burney miró a Steraglio, Steraglio miró a Krupps y Krupps miró hacia la puerta.

Ninguno de ellos miró a Rag.

Con un gesto de la cabeza, Krupps le indicó a Burney que respondiera y Rag vio que Steraglio iba a por su cuchillo. Mientras el grandote se dirigía a la puerta, Krupps recorrió la habitación con la mirada buscando posibles vías de escape. Rag se sintió mal de pronto, y asustada. Tuvo el impulso de salir por la ventana y marcharse por el

tejado, pero hubo algo que la hizo quedarse. Era como si tuviera los zapatos clavados al suelo y no la dejaran moverse del sitio.

—¿Quién es? —preguntó Burney con la mano inmóvil cerca del cerrojo de la puerta.

—Soy Coles —respondió una voz desde el otro lado.

Los muchachos parecieron relajarse un poco, de modo que Rag hizo lo mismo.

Burney descorrió los pestillos que había arriba y debajo de la puerta y tiró de ella para abrirla.

Coles entró volando en la habitación, chocó con Burney y cayeron los dos encima de una silla. Entró seguido de tres... no, de cuatro de los tipos más grandes que Rag había visto en su vida. Uno de ellos agredió a Burney antes de que éste pudiera volver a levantarse y lo golpeó una y otra vez con un garrote cubierto de tachones metálicos. Otro fue a por Steraglio, que soltó el cuchillo y levantó las manos para rendirse. Ello no evitó que recibiera un porrazo en el brazo y que chillara como una niña.

Krupps se limitó a retroceder, sin prisa pero sin pausa, con una sonrisa fingida.

—¿Qué podemos hacer por vosotros, muchachos? —dijo mientras los tipos grandotes se iban acercando a él.

Uno de ellos echó un vistazo por la habitación con aire impasible, con un rostro lleno de bultos y cicatrices, como si un leñador lo hubiese golpeado con su hacha.

—Alguien quiere tener unas palabras con vosotros. Creo que ya sabéis por qué.

Ninguno de ellos protestó.

—No fue culpa mía, chicos —dijo Coles mientras se levantaba del suelo. Era un hombre delgado, con los dientes torcidos y parduzcos, un pelo ralo y lacio que le cubría la cabeza a modo de mechones grasientos—. Supieron quién lo había hecho de inmediato. Os juro que yo no les conté nada.

—Aparte de dónde encontrarnos —replicó Krupps, pero no parecía enojado y Rag creyó que él habría hecho lo mismo de haber estado en el pellejo de Coles.

—Bien, pues vámonos —dijo el más grandote de los matones.

Dos de ellos recogieron a Burney que sangraba profusamente por la cabeza. Mientras empujaban a Steraglio y Krupps hacia la puerta, Rag intentó fundirse con el rincón con la esperanza de que la pasaran por alto en medio de la confusión.

Por desgracia no lo hicieron.

Un gesto con el gran garrote tachonado le indicó que debía seguirles.

Los condujeron por las calles. En aquel extremo de la ciudad no había Casacas Verdes. Nunca estaban cerca cuando podían ser útiles. Los llevaron a los cuatro, junto con Coles, arreándolos como si fueran ganado por los callejones sombríos.

Rag pensó varias veces en largarse, echar a correr y no parar hasta que estuviera de vuelta en El Toro. ¿Qué estaba pensando cuando dejó a sus chicos atrás? ¿Quién se creía que era intentando entrar en el Gremio, intentando llegar alto? Era una ratera de pacotilla de las calles. Debería haber sabido cuál era su sitio, no debería haber metido las narices. Ahora estaba más jodida de lo que nunca había estado y con el

Gremio no había manera de librarse, al menos no con todos los dedos con los que empezaste.

Llegaron a una entrada que conducía a un almacén grande y viejo. Había más hombres esperándolos, unos rostros misteriosos y aterradores bajo la vacilante luz de las velas y los faroles. Sentado en un cajón de embalaje situado en el centro había un hombre más menudo que el resto, con una mata de pelo rizado en la cabeza, hurgándose las uñas con un cuchillo pequeño. Los alinearon a los cinco delante de él. Burney se tambaleaba como atontado mientras le sangraba la cabeza y Coles parecía estar nervioso e inquieto.

El tipo del pelo rizado levantó la mirada y sonrió, como si estuvieran todos allí para una fiesta, como si estuviera encantadísimo de ver a todo el mundo.

—Hola —dijo, y sus dientes blancos relucieron con la luz del farol—. Me alegro de que hayáis podido venir todos. —Uno de los matones cerró la puerta cuando entraron y Rag empezó a tener la sensación de que no podía respirar, como si la habitación se hubiera quedado sin aire—. ¿Alguno de vosotros sabe quién soy?

Coles paseó la mirada por sus compañeros de fila y acto seguido levantó la mano con vacilación.

—Bueno, sí, señor. Yo lo sé, señor. Sois el señor Friedrik, señor.

—En efecto, así es —dijo el hombre, que parecía complacido de que alguien lo reconociera—. Soy el señor Friedrik. Y tú eres Coles, eso ya lo sé. Así pues, ¿quiénes sois los demás? —Miró a los de la fila con expectación.

Los muchachos dijeron sus nombres: Steraglio, Burney, Krupps; entonces le tocó a Rag. Miró a aquel hombre haciendo todo lo posible por contener las lágrimas. Quizá debiera aprovecharse de eso, ¿no? ¿Debía esperar que no fuera a hacer daño a una niña, y menos a una que lloraba a moco tendido?

No. Aunque Rag estaba muerta de miedo, no iba a hacer eso. No era una cobarde...

—Rag —susurró. O Friedrik tenía un oído excelente o no le importaba cómo se llamaba.

—Bien, supongo que todos sabéis por qué estáis aquí, ¿no?

Hubo una pausa y los cinco esperaron a ver quién sería el primero en hablar. Fue Coles quien rompió el silencio, y no de buena manera.

—No fui yo, señor Friedrik —dijo, y se dejó caer de rodillas—. Yo no quería. Fue idea suya. —Señaló hacia la fila a nadie en particular—. Dijeron que me matarían si no accedía a ello. Tengo dos hijos, señor Friedrik. Son sólo unos niños, dependen de mí. Su madre está enferma. No tuve elección. Por favor, señor Friedrik...

Mientras Coles continuaba suplicando, Friedrik dirigió una mirada cansina a uno de sus hombres. El gigantón avanzó y golpeó a Coles en la cabeza con el garrote tachonado. Rag oyó el crujido cuando el garrote le partió el cráneo y Coles cayó de bruces. La joven se quedó mirándolo allí tendido, ensangrentado y con los ojos fijos en el vacío. Por mucho que había querido que se callara, tuvo que admitir que había

sido una forma muy cruel de lograrlo.

—Bueno... —continuó diciendo Friedrik como si nada hubiera pasado—. Todo esto me resulta muy molesto. —Se levantó de la caja y empezó a caminar frente a ellos de un lado a otro—. Estoy tan deseoso como cualquiera de animar empresas comerciales. No me importa un poco de competición sana. Si alguien quiere hacerse un nombre, yo les digo «buena suerte». Pero veréis, teníamos un acuerdo con el pobre Barnus. Incluso se podría decir que éramos amigos. De modo que, cuando alguien va y me jode los tratos que he hecho, tengo que dar ejemplo. Estoy seguro de que lo comprendéis. —Los muchachos asintieron, pero Rag estaba tan asustada que no podía moverse—. Bien, soy un hombre razonable, de manera que hete aquí el trato: siempre estoy buscando sangre nueva. Habéis demostrado ser una panda de innovadores ambiciosos. Mierda, debéis de tener todas unas pelotas de acero para haber hecho lo que hicisteis sin mi permiso. De manera que estoy dispuesto a ofrecer una vacante en mi organización. Aunque sólo será una. Así pues, aquel de vosotros que pueda traerme la cabeza de los otros tres, entrará a formar parte de mi club. Sois libres de empezar cuando queráis.

Rag no había acabado de entender lo que se había dicho hasta que Burney dio un paso adelante.

—Pueden darte por el culo —gritó con la sangre corriéndole por la cara y con aspecto de estar completamente aturdido—. Si crees que vamos a...

No consiguió terminar la frase. Steraglio se sacó un cuchillo de la manga y se lo clavó en el cuello. Cuando lo retiró, un chorro de sangre salió disparado de la garganta de Burney, que tuvo el tiempo justo de taparse el agujero con la mano antes de desplomarse con un gruñido burbujeante.

Steraglio se volvió, pero Krupps ya se estaba moviendo, agarró la muñeca que sostenía el cuchillo y la empujó. Cayeron los dos, Steraglio tiró de Krupps, que se le echó encima. Todos se los quedaron mirando.

Rodaron los dos por el suelo mugriento sujetando desesperadamente el cuchillo entre ellos. Krupps logró dar un cabezazo, Steraglio le mordió el brazo y ambos gruñeron, gimieron y se quejaron mientras la emprendían a zarpazos y arañazos el uno contra el otro por el suelo del almacén. Era un espectáculo atroz, como dos perros salvajes peleándose por un hueso, y Rag empezó a sentirse cada vez más mareada.

Al final prevaleció la fuerza de Krupps. Consiguió hacer rodar a Steraglio de espaldas mientras asía el cuchillo con ambas manos y lo retorció para apuntarlo contra su cuello. El cuchillo se movía despacio, cada vez más cerca y Rag vio el pánico en los ojos de Steraglio.

—Espera —dijo con voz aguda y desesperada—. Krupps, espera. Por favor, espera, joder.

Krupps no esperó. Empujó y empujó y al final el cuchillo penetró en el cuello. Rag vio la sangre, un hilo al principio mientras Steraglio empezaba a atragantarse y

luego un chorro que le salió del cuello y la boca cuando, con un último esfuerzo, Krupps hundió el cuchillo hasta la empuñadura.

Steraglio continuó resistiéndose, escupiendo la sangre que burbujeaba en su boca, pero Krupps mantuvo el cuchillo allí y esperó a que su «amigo» muriera. Cuando el pobre desgraciado dejó al fin de moverse, Krupps sacó el cuchillo y se puso de pie con esfuerzo, respirando agitadamente. Miró a Friedrik que le devolvió la mirada impasible.

—Como ya he dicho, sólo hay una vacante.

Friedrik no miró hacia ella, pero Rag supo a qué se refería.

Retrocedió cuando Krupps se volvió hacia ella. Él seguía respirando con dificultad, pero su expresión era decidida. Todo lo que habían pasado, todas sus palabras amables y guiños juguetones, no significaba absolutamente nada.

Iba a matarla.

Rag dio media vuelta, echó a correr y llegó a la puerta antes de que nadie tuviera tiempo de moverse. Agarró la manija esperando que no la hubieran cerrado con llave y sintió un alivio cegador cuando se abrió. La luz decreciente del atardecer penetró en el interior y la llenó de esperanza mientras salía al callejón a toda velocidad y huía para salvar la vida.

Chapoteó al cruzar un charco y estuvo a punto de caerse, echó un vistazo por encima del hombro y vio que Krupps iba pisándole los talones. Pero su expresión no era enojada; no estaba furioso ni babeaba. Se le veía calmado, casi serio, como si perseguir chicas y asesinarlas fuera un pasatiempo cotidiano. Eso lo hacía aún más aterrador.

El callejón torció en una dirección y luego en otra. Rag necesitaba encontrar a otra persona, a cualquiera. Una chica «inocente» perseguida por un maníaco que esgrimía un cuchillo. Quien no la ayudara tendría que ser un cabrón despiadado.

Otra curva del callejón y estuvo a punto de chocar contra la pared.

¡Era un puto callejón sin salida!

Miró a su alrededor desesperadamente, vio una plancha de madera podrida y la cogió. Krupps se acercaba, oía sus pasos al pisar los charcos. Cuando dobló la esquina, ella arremetió contra él y le golpeó la cara con la madera, que se rompió en astillas podridas y lo tumbó en el suelo.

El cuchillo se alejó dando vueltas por la tierra y Rag fue a por él, lo agarró con el corazón palpitante y sus dedos estaban a punto de cerrarse en torno a la empuñadura. Pero fueron los dedos de él los que se cerraron primero en torno a su tobillo.

Le levantó los pies y cayó de bruces sobre el suelo húmedo. El cuchillo estaba allí, muy cerca, pero no podía alcanzarlo. Krupps la atrajo hacia él, se puso sobre ella y la aplastó bajo su peso. Le propinó un puñetazo en la cara y la impresión la dejó sin aliento y sin las palabras que pudiera haber dicho. Otro puñetazo la dejó aturdida, con el callejón dando vueltas y el rostro de Krupps moviéndose en círculos.

—Lo siento, Sweets —dijo aquel rostro atractivo que la miraba sin emoción—.

No quería que esto terminara así. —Alargó la mano para recoger el cuchillo que estaba manchado de barro, pero aún afilado.

Rag quería decir algo, quería suplicarle por su vida como había hecho Coles, pero a él no le había servido de nada y a ella tampoco le serviría. Sólo podía esperar que no doliera demasiado.

Se vio un destello verde.

Krupps alzó la vista y Rag vio que en sus rasgos impasibles se dibujaba una expresión de pánico. Algo lo golpeó. Lo golpeó tan fuerte que se le quitó de encima y cayó en un charco con un chapoteo.

Hubo un alboroto y aparecieron tipos de verde por todas partes. Uno de ellos arremetió contra Krupps como si hubiese nacido para ello, lo golpeó y lo aporreó, dando puñetazos a diestro y siniestro como si no fuera a parar nunca.

Alguien rodeó a Rag con los brazos y la levantó. Todavía le daba vueltas la cabeza y de repente se sintió más mareada, estaba exhausta. Tenía la ropa mojada y algo le chorreaba por la cara.

—Estás bien —dijo una voz profunda—. Ahora estás a salvo.

Rag no pudo ubicar a aquel hombre, pero estaba segura de que lo había visto antes. Y aunque no pudo recordar de qué lo conocía, cuando dijo que estaba a salvo, supo que lo decía en serio.

Estaba borracho otra vez, pero eso no era nada extraordinario. Merrick recorrió la calle tambaleándose y estuvo a punto de resbalar en los adoquines grasientos. Apenas tuvo oportunidad de maldecir a los balleneros y su falta de cuidado porque vomitó en el muelle. Alguien, probablemente un marinero de culo peludo, se reía de él, que daba arcadas, pero Merrick no le hizo caso.

Se sintió mucho mejor al terminar, aunque aún le daba vueltas la cabeza. Miró a su alrededor con una sonrisa de satisfacción, contento al ver las caras de asco de los transeúntes. Se limpió la boca y contempló el muelle. El sol brillaba y la tarde era templada para la época del año. Tarde o temprano, más bien temprano, empezaría a hacer frío, los fuertes vientos marinos soplarían desde el Midral y azotarían las calles de Steelhaven como un diablo aullador. Aunque no era nada comparado con lo que se avecinaba por el norte, pero con suerte él estaría a leguas de distancia mar adentro para cuando llegaran los khurtas. Si es que llegaban.

Corrían rumores de que se dirigían directos a la ciudad. Merrick lo consideraba poco probable puesto que había cientos de millas entre Steelhaven y la horda. Con un poco de suerte se aburrirían de violar y saquear y se largarían al lugar de donde habían venido antes de que terminara la semana. De todos modos, más valía prevenir que curar. No tenía sentido quedarse por allí esperando a que algún salvaje lo destripara cuando podía zarpar hacia climas más soleados. Le sentaba bien el bronceado y las damas exóticas de Jal Nassan seguro que se volvían locas por un guapo desconocido extranjero con historias de... bueno, de lo que decidiera inventar.

La perspectiva de la libertad lo hacía estar deseando más que nunca concluir con aquel desagradable asunto. Podría dejar atrás aquella apestosa ciudad y su Gremio. Y también podría dejar atrás a esa bruja loca de Kaira, eso en sí mismo ya sería una bendición.

De todos modos, ¿qué mosca le había picado? Él sólo le había tocado la mano, sólo se había acercado tal como había hecho mil veces con otras mil mujeres. Merrick conocía bien los desaires, conocía bien las bofetadas, pero no había necesidad de tumbarlo en medio del bar y dejarlo como un gallo de concurso.

Era obvio que estaba frustrada, era lo más probable después de pasarse tantos años encerrada en el Templo de Otoño sin hombres con los que desatar sus deseos contenidos.

De momento se las había arreglado para evitarla, pero sabía que tarde o temprano tendrían que encontrarse. Su negocio con Bolo casi había concluido y la quería a su lado en esa última reunión por si las cosas se torcían. Si Bolo intentaba jugársela, Merrick estaría encantado de soltar a Kaira y toda su agresión reprimida sobre él. Sería como arrojar a un terrier contra un nido de ratas, sólo tendría que sentarse y observar la carnicería.

Se le dibujó una sonrisa en la cara al pensarlo.

Bajó hasta el puerto, se metió la mano en el bolsillo y sintió la satisfacción cuando su mano se cerró en torno a la petaca de peltre. La notó fresca al tacto, casi tentadora, desenroscó el tapón y se la llevó a los labios. Pese al frío de la petaca, el licor era cálido y dulce en su boca y Merrick se limpió los restos de vómito de los dientes antes de tragárselo. Era infalible para asentar el estómago.

Se dirigió hacia la vasta media luna de la bahía con paso decidido y arrogante, con una mano en el pomo de la espada y agarrando la petaca con la otra. Todo iba bien; no tenía nada de qué preocuparse. Sólo tenía que negociar la venta de la mercancía y pagar todas las deudas. Entonces sería libre de rondar por alta mar hasta el día del juicio final.

Había mucho ajeteo en la bahía. O bien la gente se estaba tomando en serio la amenaza del norte y se marchaban por mar, o era una hora particularmente buena para el comercio. Los embarcaderos de madera y piedra eran un hervidero de estibadores y marineros, comerciantes extranjeros y agentes comerciales. Era evidente que los negocios no se habían detenido por la amenaza de la guerra. De hecho, era evidente que los negocios prosperaban con la guerra, y el comercio marítimo el que más.

Quizá fuera algo con lo que debería diversificarse. En cuanto todo esto terminara podría empezar su propio negocio comerciando por el mar Midral. Podía comprarse un buque mercante, nada demasiado extravagante, al menos para empezar. Tras dar otro trago a su petaca, Merrick casi se había convencido de que estaba preparado para ser un magnate del comercio, señor de los mares, favorito de señores y reyes de diez naciones.

¿Qué iba a impedírselo?

Mientras paseaba por el puerto y la brisa marina avivaba sus sueños de futuras riquezas vio a alguien que le llamó la atención. El hombre no era de Steelhaven, eso era evidente, pero no estaba fuera de lugar entre el torrente de comerciantes extranjeros. Lo que hizo que Merrick se fijara en él fue que ya lo había visto antes en alguna parte.

Había una carabela amarrada al embarcadero cuya tripulación trabajaba duro con las velas y los cabos. Si Merrick aspiraba a una vida en el mar lo cierto era que tendría que averiguar para qué servían todas esas cuerdas y poleas. O quizá pagara a otros para que hicieran todo aquello, al fin y al cabo para eso estaban los marineros. ¿Para qué tener un perro y ladrar tú mismo?

Era obvio que el hombre estaba esperando para embarcar y Merrick se fue acercando sin dejar de devanarse los sesos hasta que, cuando estaba a un brazo de distancia de él, se acordó. Aquél era el exótico extranjero que había pedido audiencia con Palien días atrás. Fuera cual fuera el negocio que tenían, estaba claro que había concluido y ahora el hombre esperaba el barco que lo llevaría a casa. Por la forma en que agarraba la bolsa que llevaba al hombro y por cómo miraba al mar con aire pensativo, esperaba el viaje con impaciencia.

Merrick debería haber dejado las cosas allí, debería haber dejado a aquel hombre con lo suyo, pero siempre había sido un cabrón entrometido. Eso le había causado problemas con frecuencia... ¿Por qué romper ahora con las viejas costumbres?

—Bonito día —dijo.

El hombre se volvió con una expresión de sorpresa que ocultó al instante detrás de una sonrisa.

Astuto. Merrick reconocía a un hombre acostumbrado a enmascarar sus verdaderos sentimientos.

—Desde luego que sí —respondió el extranjero—. Me entristece dejar este lugar. Vuestra ciudad es realmente bonita, esto...

—Ryder. Merrick Ryder —repuso sin creerse la valoración que hizo el hombre sobre la ciudad. Hasta una vieja muda, ciega y sin nariz sabría que aquel lugar era un vertedero.

—Saludos, Ryder. Soy Massoum Am Kalhed Las Fahir Am Jadar Abbasi, un pobre comerciante de especias que ha venido a Steelhaven a negociar.

«Un pobre comerciante de especias... Esto era una novedad».

—¿Y vuestra visita ha sido tan lucrativa como esperabais?

—En efecto, Ryder. Lo ha sido. Pero lamentablemente ahora debo volver a casa porque todos los viajes llegan a su fin.

—Sí, así es. —Merrick no podía haber estado más de acuerdo. Se moría de ganas de que terminara el viaje que estaba haciendo él ahora mismo—. ¿Habéis conocido a alguna persona interesante al menos?

Massoum sonrió.

—Vuestra ciudad rebosa de gente interesante. Una mezcla fascinante. Ojalá pudiera quedarme más tiempo para experimentar más. Uno podría pasarse la vida nadando en el mar de cultura de esta ciudad.

«Vale, ya basta de gilipollices».

—Estoy de acuerdo en que esta ciudad tiene su parte de cultura, pero no finjamos también que no tiene su parte de escoria.

Massoum asintió con gesto cómplice.

—Sois un hombre astuto. Tenéis razón, por supuesto, pero ¿acaso no se puede decir lo mismo de todas las ciudades del mundo?

—Ésta más que la mayoría. —Aunque Merrick no había estado en la mayoría de ciudades de los Estados Libres y mucho menos del mundo, tenía una idea bastante clara de que su ciudad se contaba entre las peores—. Y perdonadme, pero no parecéis la clase de hombre al que le iría bien en un lugar como éste durante mucho tiempo. Es evidente que no estáis aquí por la cultura. Ni por el comercio de especias.

Massoum inclinó la cabeza.

—Veo que no tiene sentido intentar ocultaros la verdad, amigo mío. Digamos que soy un mensajero. Ahora que he entregado mis mensajes es hora de que abandone este lugar.

—Y apuesto a que no veis la hora de hacerlo. —Massoum no tuvo respuesta para eso, de modo que Merrick continuó—. Así pues, ¿vuestros mensajes eran de boca de hombres ricos y poderosos? ¿O simplemente estáis aquí para intercambiar palabras en nombre de comerciantes y marineros?

—Si una cosa soy es discreto, amigo mío. Tanto si transmito las palabras de reyes o de mendigos, las leyes de mi profesión me obligan a no discutir nunca los asuntos de los que me contratan con nadie que no sean aquéllos con los que me pagan por contactar.

—Entiendo. Pero decidme una cosa: ¿sois feliz trabajando para los hombres para los que transmitís estos mensajes?

Merrick no sabía por qué había preguntado eso. ¿Sería esa punzada de culpabilidad que volvía a subirle por la espalda? ¿De verdad le interesaba lo que aquel extranjero tenía que decir? ¿Estaba buscando algún tipo de justificación? ¿O encontraría alguna clase de afinidad con aquel desconocido?

—Lo de ser feliz no viene al caso, amigo mío. No importa si trabajo para un tirano o para un santo. Sus mensajes seguirían transmitiéndose aunque no fuera yo quien lo hiciera.

Y allí estaba, la justificación que había estado buscando.

—De modo que aunque trabajemos para unos tiranos, esto no significa que seamos...

—¿Que nosotros seamos unos tiranos? ¿Capaces de horribles maldades? ¿Acaso la costa es malvada por los barcos que naufragan? ¿Es malvado el lobo por los corderos que mata?

—Pero nosotros no somos lobos, somos hombres. Tenemos elección.

Massoum asintió al oír sus palabras.

—Tenéis razón, por supuesto. Pero si un lobo optara por no matar al cordero, siempre habrá otros lobos.

Merrick tomó otro trago de la petaca. Aquella conversación no estaba yendo como se había esperado, en absoluto. Lo único que él quería era averiguar qué estaba haciendo allí ese cabrón, no tener una discusión sobre los pros y los contras de lo que hacía.

—Siempre hay lobos —dijo Merrick—. Pero, por otro lado, por cada lobo hay un pastor.

«¿De dónde diantre había sacado eso?».

—En efecto. Y ahí está la elección, amigo mío. El lobo o el pastor. Es la elección moral que todos debemos hacer algún día. Yo he descubierto que vale más la pena tomar el camino del lobo. Aunque sin duda el pastor duerme más tranquilo en su cama.

—Sin duda —coincidió Merrick, y tomó otro trago de la petaca.

Un grito desde a bordo de la carabela indicó que estaban listos para zarpar. Massoum se volvió hacia Merrick y se inclinó al tiempo que se llevaba una mano a la

frente y a los labios.

—Ha sido un placer hablar con vos —dijo—. Pero debo marcharme. Que el Viento del Desierto guíe vuestro camino, Merrick Ryder.

—Sí, y el vuestro —repuso él con una inclinación.

Cuando Massoum subió a bordo del barco, Merrick se llevó la petaca a los labios una vez más, pero la encontró vacía.

Se desataron las amarras y se desplegaron las velas. El barco empezó a moverse lentamente hasta que la resplandeciente lona amarilla atrapó una repentina ráfaga de viento que lo empujó alejándolo de la bahía.

Massoum lo saludó con la mano desde la cubierta.

—Recordad, amigo mío, el pastor o el lobo. La elección es simple.

Merrick sólo pudo asentir con la cabeza mientras veía alejarse el barco. Luego dio media vuelta y regresó a la ciudad.

El pastor o el jodido lobo, desde luego. ¡Menuda sarta de tonterías! Él no tenía ni voz ni voto sobre lo que era. Elegir el lobo y tenerlo para siempre en la conciencia o elegir al pastor y hacer que te corten las pelotas.

No podía decirse que fuera una alternativa, en absoluto.

Por otro lado, nunca se le había dado muy bien tomar la decisión correcta.

Había estado mirando el cuerpo desde que la luz del amanecer empezó a entrar por el vidrio de colores de las ventanas. Janessa había despachado a todo el mundo de la capilla y, creyéndola transida de dolor, los centinelas habían obedecido diligentemente. Sin embargo, no era dolor: Raelan había demostrado que el amor que le declaró era falso y ella mentiría si afirmara haber sentido algo por él. Pero seguía teniendo una sensación de vacío en el estómago, un oscuro abismo de pena.

¿Era culpa lo que sentía? ¿Cierta responsabilidad por su muerte?

Raelan había intentado defenderla y había pagado con su vida por semejante valentía, pero si él y Graye no hubieran estado copulando como un par de perros callejeros, hubiera estado sano y salvo en otra parte.

Graye. El mero hecho de pensar en ella bastaba para que brotaran las lágrimas. Pobre Graye. Aunque ella y Raelan la habían traicionado, no merecían morir. La propia Janessa había estado a punto de dar la espalda a la corona, a su pueblo, y todo por el amor de un hombre.

Se habían llevado el cadáver de su amiga de la ciudad para enviarlo de vuelta al norte, a Braega, donde sería enterrada en las tierras de sus ancestros junto a sus padres. Janessa no volvería a verla y eso le estaba resultando duro.

El cuerpo de Raelan estaba tendido en la pequeña capilla, envuelto en terciopelo negro. Lo enterrarían en la Colina del Bailarín, según el deseo de su padre. En el norte todavía adoraban a los viejos dioses mientras que sólo mostraban un somero respeto por Arlor y Vorena. No conseguirían llevar el cuerpo a Valdor antes de que empezara a descomponerse y el duque Bannon Logar aún estaba luchando en un combate de retaguardia en el norte. Difícilmente podía dejar los ejércitos de los Estados Libres, aunque fuera para ir al entierro de su hijo. Se le había enviado un mensaje y Janessa no podía ni imaginarse su dolor tras perder a su querido amigo el rey y luego a su hijo en cuestión de días.

De momento Raelan permanecería allí tendido en la oscuridad y Janessa estaba decidida a quedarse a su lado hasta que alguien viniera a buscarlo.

La puerta se abrió por detrás de ella, con lo que la luz del exterior entró en la capilla e iluminó intensamente el cuerpo amortajado.

—Di instrucciones de que me dejaran sola —dijo Janessa.

—Lo comprendo, majestad, pero debo hablar con vos.

Se volvió y vio que Odaka cerraba la puerta de la capilla. Tenía una expresión grave, el semblante demacrado y los ojos enrojecidos como si llevara días sin dormir.

Sabía de qué había ido a hablarle Odaka. El tema del matrimonio, un compromiso político, aún se cernía sobre ella, se cernía sobre los Estados Libres. Recordó el pacto que había hecho con Río y lo cerca que habían estado de dejar todo esto atrás. ¿Aún podría hacerlo? ¿Volvería él a buscarla?

—Este reciente atentado contra vuestra vida no hace más que precipitar la

necesidad de que forméis una alianza. Si os ocurre algo antes de que podamos llegar a semejante acuerdo, los Estados Libres quedarán sumidos en el caos. No podemos permitirlo, y menos con los invasores a nuestras puertas.

—Sé lo que está en juego, Odaka.

¿Lo sabía? ¿Valoraba de verdad todo lo que podría perderse? Desde luego no lo había valorado cuando había estado con Río. Cuando había caído en sus brazos y lo único que había deseado era huir y dejar atrás ese lugar.

—Tenéis que tomar una decisión, mi señora. Sé que es difícil pero...

—Pero tiene que hacerse, lo sé. —Se volvió a mirarlo y al ver su rostro y su gesto serio supo la carga que llevaba aquel hombre. Sostenía el reino sobre sus hombros mientras que ella sólo pensaba en sí misma.

Janessa le miró la mano. En la tenue penumbra no veía la cicatriz de la palma, pero sabía que estaba allí. Su padre tenía una igual. En los viejos tiempos, cuando ella sólo era una niña, los dos habían sellado su vínculo con sangre antes de combatir a los aeslanti. Se decía que Odaka Du'ur iba a la cabeza de una tribu de cincuenta mil hombres, pero que había dado la espalda a todo ese poder para servir al rey Cael. Janessa no sabía si creía todas esas historias, pero sí creía que había sido leal a su padre, tan leal como ahora le era a ella.

—Y menuda decisión que tengo que tomar —comentó la joven—. ¿Elijo a lord Leon, un hombre a todas luces egoísta y desaliñado? ¿O quizás a lord Bartolomeo, de quien, al igual que su padre, se rumorea ya que ha engendrado a una veintena de bastardos? Siempre está el duque Vargus de Stelmorn, aunque tiene más de ochenta años y no ha tenido ningún hijo pese a las siete esposas a las que ha sobrevivido. ¿Y lord Cadran de Braega? Tengo entendido que ya casi tiene siete años. Estoy segura de que será un gran estadista cuando haya aprendido a leer bien.

—Comprendo vuestra renuencia, mi señora. No obstante, debemos actuar deprisa. Ya lo he organizado todo para que os escolten hasta un lugar seguro fuera de la ciudad. Desde allí podemos celebrar un matrimonio y...

—No, no me marcharé. —La idea de ir a cualquier parte sin Río la llenaba de terror. Pero sólo los dioses sabían adónde había ido él. Habían encontrado el cuerpo del gigante asesino en el puente Aldwark, pero no había ni rastro de su amado. Janessa estaba decidida a quedarse en la ciudad hasta que supiera qué había sido de él.

—Vuestro noble gesto es admirable, pero lo que más me preocupa es vuestra seguridad.

¿Noble gesto? ¿Acaso Odaka creía que se quedaba por alguna especie de lealtad hacia su ciudad, hacia su pueblo? La suposición del regente hizo que se avergonzara. Se quedaba por amor hacia un hombre que se la habría llevado lejos de su gente. Se la habría llevado lejos de una ciudad que pronto podía ser arrasada.

—Sea un gesto noble o no, Odaka, no puedo marcharme. Mi sitio está aquí. —Mientras pronunciaba estas palabras empezó a creérselas, empezó a convencerse de

que actuaba realmente por un sentido del deber, pero ni aun así pudo dejar de pensar en Río y en lo que significaba para ella.

—Pero es evidente que aquí no podemos protegeros. El palacio no es seguro.

—La ciudad no es segura, Odaka. Todo el mundo corre peligro. ¿Por qué no también su reina?

¿Su reina? Era la primera vez que había pronunciado esa palabra. La primera vez que había pensado seriamente en asumir el cargo. El mero hecho de pensarlo la agobiaba.

Odaka estaba a punto de discutírselo cuando se abrió la puerta de la capilla. Entraron dos guerreros de cabello entrecano y Janessa los reconoció como a la escolta de lord Raelan, los Lobos de la Frontera de Valdor. Se arrodillaron frente a ella con la cabeza inclinada.

—Hemos venido a por el príncipe —dijo uno. Era curioso que lo llamaran así, pero en Valdor era costumbre llamar príncipes a sus jóvenes señores. Al fin y al cabo, en otra época había sido un reino por derecho propio.

—Por supuesto. ¿Ya os lo lleváis para enterrarlo?

—Sí, majestad. No tiene sentido retrasarlo.

Janessa asintió.

—En tal caso os acompañaré.

Los dos hombres se miraron y se movieron con incomodidad.

—Es demasiado peligroso que salgáis de palacio, mi señora —dijo Odaka—. Además, lord Raelan va a tener un entierro pagano. No está bien que vean a la futura reina de Steelhaven asistir a una ceremonia pagana. Pronto seréis la defensora de la fe de la ciudad, la mano terrenal de Arlor. Va contra el protocolo.

—¡Al diablo el protocolo, Odaka! —exclamó con brusquedad mirando el cadáver de Raelan. Ella seguía respetándolo pese a su traición.

Los Lobos de la Frontera estaban esperando instrucciones y Janessa no pudo sentir más que compasión por ellos: habían dejado que asesinaran a su protegido. No se imaginaba el castigo que les esperaba a su regreso a Valdor, la vergüenza...

—Está bien —dijo—. Lleváoslo.

Con otra inclinación, los guerreros levantaron las andas en las que descansaba Raelan y se las llevaron de la habitación.

Cuando se hubieron marchado, Odaka se volvió de nuevo hacia ella.

—Mi señora, lo siento, pero...

—Sé lo que hay que hacer —lo interrumpió con aspereza—. Ahora más que nunca.

Empujó a Odaka para pasar y salió de la capilla. Dos centinelas la siguieron de inmediato y caminaron junto a ella con un traqueteo metálico.

Janessa no tenía ni idea de adónde iba. Skyhelm era un lugar enorme, con muchas habitaciones, pero ninguna de ellas le resultaba atractiva. Sin embargo, al pasar junto al salón del trono de su padre, se detuvo.

Era un salón enorme de paredes de piedra desnuda. Desde el reinado del rey Godrik el Doliente había sido una sala austera y gris en la que no se exhibían banderas ni trofeos. En el lugar en el que el rey daba audiencia no podía haber opulencia ni distracciones.

Janessa se detuvo en el umbral y miró el trono situado al fondo del gran salón. Estaba tallado en la piedra, al igual que el resto de la habitación, frío e imparcial, tal como debían ser los juicios de un rey. O de una reina.

Entró en la sala y los centinelas siguieron todos sus pasos mientras se dirigía al trono. Algún día no muy lejano tendría que sentarse en aquel asiento y gobernar una nación. O podía casarse y ceder la responsabilidad. En ese aspecto la elección era fácil.

De niña había jugado en aquel lugar, se había escondido detrás de las columnas de piedra, había trepado a la enorme silla de piedra. Lo tenía prohibido, por supuesto, pero a la pequeña Janessa, la loba de cabellos de fuego, le había dado igual.

Ahora que quizá fuera su obligación sentarse en ese trono, por primera vez le daba miedo.

—Magnífico, ¿verdad?

Janessa se volvió en dirección a la voz, pero no antes que los centinelas, que giraron ruidosamente sobre sus talones y agarraron las espadas con rapidez.

La baronesa Isabelle estaba en el arco que llevaba al salón con una sonrisa inocente en la cara. Cruzó el umbral andando tranquilamente.

—No os alarméis, por favor. Soy del todo inofensiva.

Los centinelas parecieron relajarse un poco, pero Janessa no estaba segura de lo inofensiva que era esa mujer en realidad. No obstante, la saludó con la cabeza y los soldados retiraron las manos de sus armas.

—Todavía no había tenido oportunidad de ofrecer mis condolencias —dijo Isabelle—. Vuestro padre era un gran rey y lord Raelan hubiese sido un digno sucesor.

—Agradezco el sentimiento.

—Deberíais saber que comparto vuestra tristeza. Hace muy poco que mi esposo fue masacrado por la misma horda que amenaza nuestros territorios. Sé lo duro que puede llegar a ser, sobre todo cuando nuestras obligaciones son tan pesadas como nuestro dolor. Pero debemos pensar en el futuro. —«¡Ah, ya estamos!»—. La gente necesita algo por lo que congregarse. Necesita a alguien a quien seguir. Un gobernante que merezca su lealtad. Que merezca sentarse en este asiento —señaló la silla de piedra con un gesto.

—Por supuesto —repuso Janessa—. Y yo se lo daré.

—¿Lo haréis? ¿Creéis que podéis dar estabilidad a los Estados Libres y a todos sus habitantes? Nos enfrentamos a la destrucción. A un enemigo implacable. ¿Creéis que podéis hacerle frente sola? No sois más que una joven que no ha sido puesta a prueba.

—Soy más fuerte de lo que parezco.

Isabelle sonrió.

—Tendréis que serlo.

Aquello empezaba a irritarla. Janessa había permitido que la mujer expresara su opinión, pero estaba claro lo que quería. Leon era el único candidato factible y su madre olía el poder, lo saboreaba, de eso no había duda.

Isabelle se acercó más a ella.

—Sé que tenéis a hombres en vuestro entorno. Hombres en los que creéis que podéis confiar. Pero ¿en quién podéis confiar realmente? Una reina necesita un esposo. Alguien que la mantenga a salvo. Vuestra vida ya ha resultado amenazada en dos ocasiones. Si os casáis, dicha alianza doblará la fortaleza de este palacio, de esta ciudad. Las miradas de otras provincias ya se dirigen a Steelhaven. Se necesita una demostración de fuerza. Una alianza que fortalecerá los Estados Libres...

—Sí, todo esto ya lo he oído antes —terció Janessa con brusquedad. Esto hizo callar a Isabelle de golpe, pero la expresión de la mujer no vaciló—. Y ahora que ha desaparecido un pretendiente, hay que reemplazarlo. ¿Habéis venido para decirme que Leon es la mejor alternativa?

—Es la única alternativa —afirmó Isabelle—. No es una opción perfecta, lo admito. Soy su madre, pero hasta yo sé que el muchacho tiene defectos. Fue consentido y mimado, pero sois una chica lista. Vos podéis domesticarlo.

¿Ahora qué era? ¿Una domadora de perros? No quería a un hombre que necesitara adiestramiento, quería...

Quería a Río.

—¿Y tan fácil de manipular es Leon?

Isabelle enarcó una ceja.

—Hay que dedicarle un poco de esfuerzo, nada más. Eso no quiere decir que no tenga sus virtudes.

—No lo dudo. Pensaré en ello, mi señora.

—Pensadlo rápido. Los Estados Libres se enfrentan a la destrucción y debéis casaros. La elección es clara. No esperéis demasiado tiempo o puede ser que vuestra boda se celebre en los escombros de esta ciudad.

Isabelle dio media vuelta sin aguardar respuesta y abandonó el salón del trono con paso resuelto. Janessa se la quedó mirando mientras se marchaba, pensando en sus palabras y en lo que éstas implicaban.

Para salvar su ciudad, su país, tendría que casarse para formar una alianza fuerte y duradera. Y sólo había una opción adecuada: Leon Magrida.

La idea le causaba repugnancia. ¡Había estado en brazos de Río hacía tan poco tiempo! Un hombre al que amaba y que la amaba a ella sin reservas ni exigencias. Nunca tendría lo mismo con Leon. Janessa había considerado casarse con Raelan, pero el joven señor de Valdor había sido un hombre fuerte y capaz.

Leon no podía estar más lejos de eso.

De repente el salón del trono y todo lo que éste representaba se volvieron sofocantes. Janessa tenía que salir de allí. Abandonó la sala seguida de cerca por sus centinelas. Hubiera preferido la soledad, hubiera preferido alejarse corriendo de allí, pero habían pasado los días en los que eso era posible.

Mientras recorría el palacio reconoció que no volvería a tener nada parecido a la soledad. Empezó a subir las escaleras acelerando el paso cada vez más, notando que las paredes se movían, sintiendo la respiración en pequeños jadeos. Sus centinelas cumplían con su deber con diligencia y la seguían de cerca, sin dejar que se perdiera de vista.

Cuando al fin llegó a lo alto de la torre para contemplar la ciudad, ellos no iban muy rezagados.

Janessa apoyó una mano en el parapeto y miró al norte. No veía la Colina del Bailarín, pero sabía que Raelan sería enterrado allí muy pronto.

Ahora sólo quedaba Leon Magrida.

Si un hombre como Raelan la había traicionado, ¿cuán bajo podría llegar a caer Leon? ¿Cómo podía casarse con un hombre semejante... aunque fuera por el bien de su pueblo? ¿Y estando además enamorada de otra persona?

Volvió a mirar por encima de los tejados de la ciudad. ¿Estaba Río ahí fuera esperándola en algún lugar? ¿Estaba muerto? ¿Había decidido huir de la ciudad sin ella?

Exhausta y confusa, su mente empezó a albergar dudas sobre cualquier hombre, cualquier pretendiente. Cualquier amante.

¿En quién podía confiar? ¿De quién debería aceptar el consejo?

Si al final hasta Graye la había traicionado, una amiga que había sido su confidente gran parte de su vida. Y Odaka había sido el hombre de su padre, no el suyo. ¿De verdad podía confiar en él?

—Traedme al regente —le dijo a uno de los guardias, que hizo una pronta reverencia y se marchó para cumplir con su orden.

Mientras contemplaba su ciudad y esperaba a Odaka, Janessa fue adquiriendo resolución. Aquélla era su ciudad, su pueblo. Sólo había una persona en el mundo en la que podía confiar. Sólo una persona a la que había necesitado de verdad.

Cuando al fin llegó Odaka y se inclinó frente a ella, Janessa se había decidido por completo.

—Adelantaréis los preparativos para mi coronación —dijo, y continuó hablando antes de que a Odaka le diera tiempo a protestar—. No voy a abandonar la ciudad. Me quedaré con la gente de Steelhaven y me enfrentaré a lo que ellos se enfrenten. Sufiré lo que ellos sufran. No habrá matrimonio. No habrá alianza. Mi padre unió los Estados Libres y yo afianzaré dicha unión, pero no a petición de un rey. Seré reina de esta ciudad y gobernaré tal como lo hubiera hecho mi padre.

Odaka se la quedó mirando fijamente.

Durante unos momentos fugaces Janessa se preguntó qué diría, casi quería que

discutiera, que la disuadiera, pero no lo hizo.

—Como ordenéis, majestad —dijo al fin. Le dirigió una profunda reverencia y se volvió para marcharse.

Janessa hubiera jurado que lo vio sonreír cuando se dio la vuelta.

La tenía sujeta, la estaba aplastando con su peso, dejándola sin aire en los pulmones. Ella olía su aliento en la cara, caliente y pegajoso como la carne que se ha dejado al sol. Él la manoseaba entre las piernas y ella quería gritar, quería emprenderla a golpes, pero no podía moverse. No era el miedo lo que la paralizaba, sino que tenía las extremidades inertes. Tenía los ojos muy abiertos, veía descender su rostro lascivo con la lengua fuera como una babosa, hinchada y húmeda. Le agarró la parte interior del muslo y se la estrujó. Lo hizo sólo para hacerle daño, sólo para herirla. Brotaron las lágrimas que le inundaron el rostro, pero eso no lo detuvo. Su respiración se hacía más febril, más irregular, y él se movía entre sus piernas, empujando y retorciendo el cuerpo buscando la posición. Ella movió la cabeza, frenética y desesperada, hasta que al final logró sacudirse la mano que le tapaba la boca, pero el grito no llegó, se perdió en su garganta mientras él...

Rag abrió los ojos con el corazón palpitante.

Todavía podía olerlo, aún lo veía encima de ella, pero sólo era un fantasma.

¿Un muerto?

La habitación era pequeña, pero espaciosa. Había una ventana abierta en alguna parte: notaba la brisa que refrescaba el lugar y un pájaro gorjeaba cerca de allí.

Rag se llevó una mano a la cara y se estremeció al tocarse el ojo y notar el dolor de la carne hinchada. Quizá fuera buena idea levantar la cabeza, echar un vistazo a su alrededor, ver cómo estaban las cosas. Al alzarla de la almohada la habitación empezó a dar vueltas y tuvo la sensación de que la cabeza era como un barril de aceite sobre sus hombros.

De acuerdo, tal vez no fuera tan buena idea después de todo.

En cualquier caso, ¿dónde estaba? ¿En alguna especie de enfermería? ¿En casa de alguien?

No estaría bien dejarse llevar por un pánico ciego en un momento como aquél, pero, definitivamente, Rag estaba a punto. Sabía que tenía que moverse, que tenía que salir de allí enseguida. Si recordaba bien, Krupps había recibido una buena paliza y se la habían dado los Casacas Verdes. Si lo habían interrogado, podía ser que se lo hubiera contado todo; sobre el asesinato y el papel que había tenido Rag en él. No estaba dispuesta a quedarse allí: una excursión a la horca no resultaba nada atrayente.

Puso toda su voluntad en moverse, levantó otra vez la cabeza y notó que la habitación volvía a dar vueltas, pero no hizo caso. Sólo era un mareo, no le haría daño..., pero al parecer iba a hacer que vomitara.

El deseo de volverse a tumbar era casi abrumador, pero Rag lo resistió, lo resistió igual que se había resistido a Krupps en aquel callejón, desesperada y como si su vida dependiera de ello. Sin embargo, en esta ocasión logró imponerse y controlar las náuseas.

Había una puerta; la veía girar borrosa allí, en la línea de su visión. Lo único que

tenía que hacer era levantarse y empezar a andar, y estaría fuera antes de que nadie se diera cuenta.

Rag afirmó las manos al borde de la cama y empujó, preparada para caer al suelo hábilmente y largarse de allí como alma que lleva el diablo. Al poner los pies en el suelo las rodillas le fallaron y se derrumbaron bajo ella como ramitas secas. Se agarró a las sábanas y apretó los dientes para combatir las náuseas y el mareo, intentando con todas sus fuerzas levantarse, pero el esfuerzo era demasiado grande, demasiado grande.

Se le empezaron a inundar los ojos de lágrimas.

«Nada de lágrimas, joder —pensó—. ¿Cómo voy a entrar nunca en el Gremio si me pongo a llorar como un bebé cada vez que algo sale mal?».

La puerta se abrió con un chirrido y entró un joven. Era rubio y tenía un rostro lozano, llevaba una jarra en la mano, probablemente con agua y seguramente para ella, y durante un segundo se quedó mirando cómo la muchacha se agitaba en el suelo. Estaba claro que no tenía ni idea de qué hacer y lo cierto era que Rag no tenía ningún consejo que darle, por lo que en realidad no podía quejarse de que se quedara allí plantado mirándola colgada de las sábanas de la cama.

El joven salió corriendo sin decirle ni una palabra. Rag lo oyó llamar a alguien a voz en grito, diciéndole a quien fuera que la chica estaba despierta.

Pues ya estaba: todo había terminado. Ahora volverían, la interrogarían y en cuanto pudiera caminar, cosa que le parecía que no iba a ser muy pronto, le darían una cuerda corta y una caída larga.

Pasos, rápidos y pesados... Ya llegaban. Cuando entró, lo reconoció de inmediato a pesar de su visión borrosa. Cuando la había recogido en el callejón, pensó que lo conocía de cara. Ahora que lo veía como era debido, estaba segura de saber quién era.

Era un tipo grandote: cuello grueso, cabello corto y un rostro que había visto mucha acción. No era de extrañar que Markus le tuviera tanto miedo. Rag apenas lo conocía y ya estaba asustada.

No obstante, cuando la recogió, cuando la ayudó a levantarse del suelo y la dejó sobre la cama, lo hizo casi con suavidad, esos ojos que podían haber sido tan duros de haber querido sólo parecieron mostrar preocupación. Le hizo pensar en la vez que lo había visto en la Colina del Bailarín enterrando a Markus. En aquella ocasión tampoco había parecido tan feroz.

—No deberías intentar moverte —dijo con una voz grave que con la misma facilidad podría haber resultado amenazadora si él hubiese querido—. Te has llevado unos cuantos golpes.

Rag agradecía su preocupación, pero no se le escapaba el hecho de que seguía estando en un lío. Todo empezaría en cualquier momento. «¿Cómo conociste a Krupps? ¿Estuviste con él aquella noche? ¿Tú también te sumaste al apuñalamiento y la carnicería?».

Se preparó para ello, sabía que era inminente.

El joven entró y se acercó al tipo grandote, que se volvió hacia él.

—¿Y la dejaste tendida en el suelo?

El muchacho levantó la mirada con cara de no saber ni cómo se llamaba.

—No sabía qué hacer. No tengo conocimientos médicos.

—¡Joder, Denny! —El tipo grandote se volvió nuevamente hacia ella y le puso una mano en la mejilla como si quisiera comprobar si tenía fiebre—. Me llamo Lincon —dijo con mucha suavidad—. ¿Y tú?

—Rag. —La pilló tan desprevenida que contestó antes de poder evitarlo. Hasta que no había intentado hablar, Rag no se había dado cuenta de lo débil que estaba, de lo reseca que tenía la boca.

—Ve a por un poco de agua —dijo Lincon por encima del hombro, lo cual bastó para que el joven, Denny, saliera a buscarla a toda prisa—. Ahora estás a salvo, Rag. Nadie va a hacerte daño.

Ella no conocía a ese tipo, salvo por lo que tenía entendido por Markus. Según decían había sido un cabrón frío y duro que había tratado al chico como una mierda, pero cuando le dijo a ella que estaba a salvo, que nadie iba a volver a hacerle daño, ella confió en su palabra como nunca había confiado en nadie.

¿No iban a interrogarla? ¿Acaso Krupps no se lo habría contado todo a estas alturas?

—¿Dónde está...? —A duras penas podía decir su nombre. Lo que había hecho, lo que había intentado hacer—. ¿Dónde está...?

—Ya no te preocupes más por eso —dijo Lincon—. No volverá a hacerte daño. No volverá a hacer daño a nadie; el sargento se ha encargado de ello.

—¿Está...?

—Tieso, cielo.

Denny entró con el agua y Lincon sostuvo una taza en alto para que la llenara. A continuación sujetó con cuidado la dolorida cabeza de Rag y le llevó la taza a los labios.

No podía dejar de mirarle a la cara mientras bebía, viendo esos ojos fríos como el acero. Ella pensaba que era un monstruo, pero le estaba dando agua, cuidando de ella como si fuera de los suyos.

Nadie había cuidado nunca de Rag cuando había estado enferma. Siempre había sido ella la que actuaba como madre, siempre cuidando de Chirpy, Migs y Tidge cuando habían tenido fiebre, se habían hecho un corte o un rasguño. Eso la ponía nerviosa, la hacía recelar, pero aun así dejó que él le sostuviera la cabeza y le vertiera la bebida directamente en la boca. Cuando la taza quedó vacía, volvió a apoyarle la cabeza en la almohada.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Rag. Ahora que tenía los labios más húmedos le resultaba más fácil hablar.

—Como ya te he dicho, está muerto, cielo. No tienes que preocuparte.

—No, me refiero a su cuerpo. ¿Dónde está su cuerpo?

Lincon miró en derredor vacilante, como si en realidad no supiera qué contestar.

—Hasta que venga alguien a llevárselo para enterrarlo está... bueno... en nuestro sótano. Es un lugar fresco, ¿sabes?

Rag cerró los ojos. No había más que decir. De momento era todo lo que necesitaba saber. Lincon se quedó sentado con ella un rato más, al menos lo que tardó en quedarse dormida.

Cuando se despertó más tarde, era de noche. La luz de la luna que entraba en la habitación le reveló que volvía a estar sola, y esta vez Rag supo que tenía que levantarse, tenía que usar las piernas fuera como fuera.

Se incorporó en la oscuridad y, conteniendo el aliento, se deslizó fuera de la cama y puso un pie en el suelo, y cuando consiguió apoyar un poco de peso en él sin caerse, volvió a respirar. Apoyó los dos pies y se dio cuenta de que podía tenerse en pie, estaba un poco temblorosa, pero no tanto como antes.

En algún momento había perdido los zapatos, pero ése era el menor de sus problemas. Le dolía la cabeza y le iba a costar mucho encontrar el cuerpo de Krupps a oscuras.

Rag abrió la puerta de la habitación y se asomó. El pasillo al que daba estaba igual de oscuro que su cuarto. Era como si el lugar estuviera desierto. Típico de los Casacas Verdes, nunca estaban cerca cuando ocurría algo.

Salió de la habitación, cerró la puerta y empezó a andar por el pasillo. Al cabo de poco oyó a alguien que roncaba. Al acercarse más vio que era el joven que había entrado antes en su habitación, ¿se llamaba Denny? Estaba hundido en una silla con los brazos cruzados y una espada corta envainada al costado.

Justo lo que necesitaba.

Rag fue pasando la mirada del rostro de Denny a la empuñadura de la espada mientras alargaba la mano, deseando con todas sus fuerzas que no se despertara. Agarró la empuñadura, tiró de ella y notó que se deslizaba con suavidad por la vaina. Respiró largamente cuando la hoja salió del todo. Denny siguió roncando mientras lo desarmaba y ella se permitió esbozar una sonrisa al tiempo que se metía la espada bajo el brazo y se alejaba por el pasillo con paso suave. Lo más probable es que el joven se viera metido en un buen lío por perderla, pero ahora mismo la necesidad de Rag era mayor.

—¡No vamos a llevárnoslo! —El grito provenía de una habitación a la izquierda de Rag, y la muchacha apenas tuvo tiempo de pegarse a la pared y abrazar las sombras como si le fuera la vida cuando se abrió una puerta que iluminó el pasillo. Un hombre alto vestido con hábito salió por ella seguido de un bruto de pelo entrecano, un solo ojo y medio brazo. Era evidente que ambos estaban cabreados por algo.

—¡Tú eres el sacristán del distrito, es tu puto trabajo! ¿Qué se supone que tengo que hacer con él? —gruñó el hombre con un solo ojo.

—Por mí puedes quemarlo en el patio, pero a menos que puedas permitirte la

cuota, los cementerios de la ciudad están llenos. Y como ya te he dicho, la cuota ha subido.

—¿Desde cuándo? —No había duda de que cada vez estaba más enfadado.

—Desde la reciente afluencia de refugiados de todos los rincones de los Estados Libres. La mayoría de ellos no pasarán del invierno. Por no mencionar los cadáveres que muy pronto empezarán a llegar del norte. Los cementerios ya están llenos. Si no puedes permitírtelo, tendrás que arrojarlo al Storway. En cualquier caso, tú lo mataste, de modo que la responsabilidad es tuya.

Dicho esto, el hombre del hábito se marchó pisando fuerte.

—Gilipollas —masculló el bruto de pelo entrecano que se alejó en dirección contraria.

Ninguno de ellos se fijó en que Rag estaba allí.

Antes de que la puerta por la que salieron pudiera cerrarse del todo, avanzó y metió el brazo. En cuanto se coló por el hueco entrecerró los ojos para protegerse de la luz del farol que iluminaba la habitación hasta que se le adaptó la vista. El corazón empezó a latirle más deprisa cuando vio el pasillo oscuro que llevaba abajo.

Tomó el farol de la mesa y bajó al sótano. Olía a rancio y Rag arrugó la nariz, pero considerando que allí había un cadáver, al menos no apestaba a putrefacción.

O al menos esperaba que hubiera un cadáver ahí abajo. Si no, estaría con la mierda hasta el cuello.

El farol cumplió su cometido y penetró en la oscuridad mientras ella llegaba al pie de las escaleras, pero no detuvo la sensación ominosa que tenía en el estómago. Las paredes estaban cubiertas de humedad y juraría que había oído el chillido de una rata en alguna parte.

Todo esto se volvió insignificante cuando vio que en el centro del sótano, tendido en una mesa de madera, había un cuerpo. No le veía la cara porque alguien lo había cubierto con una manta de lana, pero sabía quién era, quién yacía allí en la oscuridad y el frío.

En aquel momento estuvo a punto de perder el valor. Estuvo a punto de soltar la espada, dar media vuelta y correr escaleras arriba.

A punto.

Nadie iba a hacer esto por ella. Nadie iba a hacer nada por ella nunca más. Aquélla era su oportunidad. Su única oportunidad.

Dejó el farol a un lado y avanzó. Esperaba que el cuerpo se moviera en cualquier momento, que se incorporara, apartara la manta, la mirara y le dijera: «¿Va todo bien, Sweets? ¿Seguimos por donde lo dejamos?». Y luego la agarraría del cuello y apretaría, apretaría y apretaría.

Pero Krupps no hizo eso porque ya no estaba allí. Había un cadáver, sí, pero no era él. Krupps se había marchado, adondequiera que fueran los cabrones cuando morían.

Lo único que quedaba era carne sobre una tabla.

Teniendo esto en mente, Rag alargó la mano y agarró el borde de la manta. No tenía sentido hacerlo despacio y prolongarlo, de modo que la apartó, descubriendo a Krupps ante el mundo. O al menos a lo que quedaba de él.

No se había equivocado mucho con lo de que era carne sobre una tabla. Esos Casacas Verdes se habían esmerado con él, desde luego. Su rostro era una masa ensangrentada y por debajo la carne se veía azul y negra, la boca le colgaba y Rag vio que tenía los dientes rotos y destrozados. De sus ojos no quedaba más que unos bultos hinchados.

Se lo quedó mirando un momento, preguntándose cómo se sentía al respecto. Había intentado cargársela, de acuerdo, pero no podía odiarle del todo por ello. De haber tenido las agallas y la fuerza necesarias, ¿no le habría hecho ella lo mismo?

Sin embargo, en aquel momento no sentía nada por él. Y en cuanto a lo que estaba a punto de hacer, Rag consideraba que era la manera adecuada de sentirse.

De pronto la espada le pesó en la mano, pero la levantó de todos modos, se detuvo para tomar aire y a continuación se la hundió en el cuello allí tendido como estaba. Krupps no hizo ningún sonido de protesta mientras Rag procedía a trincharlo como si fuera un pedazo de carne. Le costaba avanzar, aunque la hoja estaba bien afilada, pero imaginó que cortar una cabeza no era cosa fácil. Salía menos sangre de lo que se había esperado, cosa que agradeció, seguía sin dársele nada bien la sangre. Mientras continuaba, Rag recurrió a utilizar la hoja como si fuera una sierra, empujándola adelante y atrás como si cortara un tronco, y pareció ser la mejor manera. En el centro había hueso y cartílago y fue la parte que le costó más, pero cuando la atravesó el resto fue fácil.

En cuanto le hubo serrado el cuello completamente y la hoja llegó a la mesa de debajo, la cabeza de Krupps se movió de repente. Rag retrocedió y vio que caía rodando al suelo del sótano con un ruido sordo. Se la quedó mirando, preguntándose qué hacer a continuación, sintiendo el peso del cuchillo en la mano y extrañamente tentada de cortarle más pedacitos, pero no había tiempo para eso.

Rag agarró la manta marrón que lo había cubierto, hizo rodar la cabeza para meterla dentro y la envolvió bien. Apareció una mancha de sangre en la lana, pero ya no podía hacer nada al respecto. Además, era de noche y con suerte nadie se daría cuenta.

Dejó la espada allí, agarró el farol y volvió a subir por las escaleras, contenta de salir del sótano. Alguien iba a llevarse una buena sorpresa cuando bajaran más tarde y Rag casi se echó a reír al imaginárselos cagándose de miedo al encontrar un cadáver decapitado.

Al llegar arriba dejó el farol y abrió la puerta que daba al pasillo. Todo seguía oscuro y tranquilo, sin señales de nadie. Rag salió con sigilo y cerró la puerta tras ella.

No tenía ni idea de dónde estaba ni de cómo salir, pero no era cuestión de quedarse por allí esperando a que alguien le diera indicaciones. Caminó con un

silencio sepulcral y sus pies apenas hicieron ni un sonido mientras se abría camino por el edificio hasta que salió a un patio amplio. Rag siguió sin ver a ningún Casaca Verde mientras cruzaba el patio a toda prisa, tan estimulada por el miedo y la emoción que prácticamente se había olvidado de su rostro magullado y su cabeza aturdida.

El patio daba a la calle, una calle tranquila que no reconoció, pero eso daba igual. Ahora ya estaba fuera, tenía su trofeo y todo valdría la pena.

Mientras corría, con el chapoteo de la suciedad de las calles bajo las plantas de los pies, empezó a pensar que casi habían terminado todos sus problemas.

Waylian no había oído nada.

Por lo visto Gerdy había regresado a su habitación sin dar ninguna alarma. Si sabía de quién era el dormitorio en el que se había despertado no le importaba, o al menos no lo suficiente como para notificárselo a alguien importante. Más tarde, cuando él había vuelto a su cuarto y lo había encontrado vacío, el alivio lo inundó como la marea nocturna.

Desde entonces no había visto a Gerdy, lo cual era una bendición por la que Waylian no podía dejar de dar gracias. Por lo que a Rembram Thule concernía, podía pudrirse en los infiernos.

Había pasado mucho tiempo intentando dilucidar por qué había hecho algo así. Él creía que era un amigo, pero ¿qué clase de cabrón drogaba a alguien y lo dejaba en el dormitorio de un amigo?

Eso no podía ser normal, seguro.

Estando allí sentado dándole vueltas al asunto, Waylian se dio cuenta de que ya no soportaba seguir en su habitación, de modo que agarró uno de los gruesos tomos que le había dado la magistrada y se marchó a toda prisa.

Cuando al fin llegó a lo alto de la torre, recordó que fue allí donde Bram y él habían estado contemplando la ciudad. Ahora daba la impresión de que incluso cuando Waylian intentaba encontrar algo parecido a la soledad, Bram estaba allí para estropearlo. Sin embargo, no podía ir a ninguna otra parte, no había ningún otro lugar que le garantizara intimidad.

Se sentó a la sombra del parapeto y abrió el libro. *El arte del invocador*, de Samael Hayn. Otra gran obra maestra, sin duda. ¿Cómo había podido resistirse a profundizar en esta rica obra de conocimiento?

Pues con mucha facilidad, le pareció.

Waylian estuvo leyendo un rato. No asimilaba ni una palabra. Hasta la introducción era seca como un desierto y el doble de interminable, más interesada en la vida particularmente aburrida del autor que en presentar el tema en cuestión. Era una mierda sin sentido.

Apretó los dientes para combatir el dolor que le provocaba, la humillación que le provocaba. Aquel libro fue la gota que colmó el vaso. Pero era inútil culpar a nada ni a nadie más que a sí mismo; la culpa era suya. Él había decidido venir aquí, había decidido hacer las maletas, dejar atrás a todo el mundo y venir a la gran ciudad. Fueron su arrogancia, su orgullo y ambición lo que lo habían conducido a esto. No era culpa de nadie más que todo se hubiera ido al carajo.

Soltó un gruñido y arrojó el libro por el borde de la torre, oyó que las páginas se agitaban desesperadamente por un segundo antes de que se lo llevara el viento. Era probable que alguien lo encontrara en alguna parte, seguramente bastante maltrecho y con algunas páginas de menos, pues que les aprovechara. Waylian sólo podía esperar

que le sacaran más sentido del que él podría sacarle nunca.

Apoyó la cabeza entre las manos. Cuando la levantó, las lágrimas le nublaban la vista. No quería llorar y hasta entonces se las había arreglado para no hacerlo, pero las lágrimas fueron seguidas por un sollozo, éste por un torrente, y Waylian se derrumbó en aquel tejado. Odiaba aquel sitio. Quería irse a casa, volver con su madre, volver con su hermano y su condenado perro. Y odiaba a ese perro. Gruñía siempre que él se acercaba y hasta había intentado morderle en una ocasión. Aunque no había drogado a nadie y lo había dejado en su habitación, de modo que en eso llevaba ventaja el maldito Bram Thule.

En aquel momento salió todo, todo el sufrimiento, la pena y el odio que Waylian sentía por sí mismo, mientras derramaba lágrimas en aquel tejado solitario que daba a una ciudad que apenas conocía, a kilómetros de distancia de su casa. Y no importaban su soledad ni su inutilidad: un ejército invasor se hallaba de camino a las puertas de la ciudad y un mago errante andaba suelto dentro de sus murallas.

¿Qué demonios estaba haciendo él allí?

Así pues, estaba claro lo que tenía que hacer. No tenía sentido esperar a que lo echaran, esperar lo inevitable. Esperar a que un ejército de salvajes cayera sobre ellos y lo hicieran picadillo a él y a todos los de la ciudad. Allí no tenía amigos, no tenía una vida y no deseaba tanto el título de magistrado como para sufrir todo aquello.

Había llegado el momento de marcharse.

Abrió los ojos y fue a ponerse en pie cuando la vio allí mirándolo. La magistrada Gelredida estaba en la escalera que subía a lo alto de la torre y su rostro era una máscara carente de emociones.

Justo lo que le faltaba. Aunque ahora ya daba igual lo que dijera o cómo lo dijera. Iba a marcharse. Podía ridiculizarlo todo lo que quisiera. No supondría ninguna diferencia.

Aun así, Waylian se enjugó las lágrimas con la manga de su túnica y se sorbió los mocos que se le habían formado en la nariz.

—¿Va todo bien? —preguntó la mujer.

«Como si te importara una mierda».

—Sí, estoy bien —respondió Waylian, y se ayudó del parapeto para levantarse.

—No tienes aspecto de estar bien. —«Ya estamos, que empiece el ridículo. Podría hacer lo peor que se le ocurriera, ahora ya no importaría un carajo»—. ¿Hay algo de lo que quieras hablar?

¿Era un truco?

—Yo... bueno... no es nada, magistrada.

«No era nada. Todo era para nada».

—A mí no me parece que sea nada, Waylian. La gente no se pone hecha un mar de lágrimas sin una buena razón. ¿O acaso tienes tendencia a los arrebatos de emoción desenfadada?

«Ya empezamos».

—No, magistrada. Sólo es que yo... —«Pero ¿qué importaba ya?»—. Yo ya he tenido suficiente. Estoy fracasando en mis estudios, no estoy haciendo amistades y echo de menos a mi familia. Creo que me gustaría abandonar la torre y regresar a casa. Creo que es lo mejor.

Ella lo escudriñó y lo miró profundamente a los ojos como si buscara algo.

—¿Lo mejor para quién, Waylian?

—Lo mejor para... —«¡Para mí! ¡Para ti! ¡Para todo el mundo!»—. Lo mejor para... Es mejor que me vaya ahora, antes de que me echen.

—Entiendo. —Asintió con la cabeza mientras consideraba sus palabras—. ¿De modo que te rindes? ¿Desperdicias cualquier futuro potencial que puedas tener aquí para volver a tu corriente vida provincial?

—Yo no me...

Pero sí que lo estaba haciendo, ¿no? Se estaba rindiendo, estaba huyendo. ¿Qué alternativa tenía?

—Sí, supongo que sí. Pero sólo es cuestión de tiempo que me echen. De esta forma no malgasto más el tiempo de nadie. Sobre todo el vuestro.

Gelredida suspiró y luego contempló la ciudad.

—Es una pena, Waylian. Tenía grandes esperanzas puestas en ti.

—Lo siento, magistrada.

La mujer lo miró con una expresión que sólo podía haber sido de compasión.

—Vamos, Waylian. Sé que he sido un poco dura contigo, pero fue sólo por tu propio bien. Algunos alumnos requieren que los eduques. Otros, una patada en el culo. Siempre ha estado claro qué necesitabas tú. ¿Crees que te hubiera dedicado tanto tiempo si no hubiese potencial?

—¿Yo... potencial? Pero si estoy completamente perdido.

—Eres un aprendiz, Waylian. Un neófito. ¿Esperas estar invocando tormentas y convirtiendo el hierro en oro en tu primer año? Hay algunas personas que tardan décadas en aprender sus primeros conjuros. En los aprendices, la lealtad es una virtud tan buena como cualquier otra. Y está claro que tú eres leal, Waylian.

—Entonces, ¿no van a echarme?

La pregunta provocó una sonrisa. Sólo fue un atisbo de sonrisa que dio la impresión de que le iba a partir la piel de las comisuras de los labios, pero definitivamente, y por segunda vez, fue una sonrisa.

—Por supuesto que no, Waylian. Cuesta encontrar buenos aprendices y no tengo la costumbre de tomar a uno nuevo cada diez días. Ya tengo suficiente con aguantarte a ti.

La sonrisa ya había desaparecido y Waylian no estaba seguro de si la mujer bromeaba. No es que importara. Había dicho que no era un inútil, o al menos lo había insinuado. De momento era más que suficiente.

Waylian se irguió, listo para empezar de nuevo con su trabajo. La magistrada Gelredida creía que tenía potencial y él no necesitaba más afirmación que ésa.

—¿Continuamos con nuestras lecciones, magistrada?

—Sí. Dado que esos idiotas de la Cámara del Crisol han decidido quedarse de brazos cruzados, puede que tengamos que ser nosotros dos los que salvemos la ciudad. Parece que tenemos mucho trabajo que hacer.

Si aquello se lo hubiese dicho cualquier otra persona, a Waylian podría haberle resultado aterrador, pero al lado de su maestra de pronto tuvo la sensación de que podía conseguir cualquier cosa, incluso contener a las hordas khurtas. ¿Quién sabía? Tal vez sería él quien tomara la cabeza de Amon Tugha y se la presentara a... bueno, a quienquiera que gobernara este lugar. La reina, imaginó.

—¿Alguna vez habéis pensado en ser miembro del consejo, magistrada? —preguntó mientras se dirigían a las escaleras—. ¿Nunca quisisteis convertirnos en archimaestra?

—Las tradiciones de la Cámara del Crisol se remontan a siglos de antigüedad. Todas y cada una de las artes primarias están representadas por un hombre y sólo por un hombre. Ninguno de los que representan su arte puede demostrar ninguno de los talentos de los demás. Yo tengo a la vez la suerte y la desgracia de poseer más de un talento a mi disposición, lo cual también implica que estoy mancillada a ojos del consejo. Nunca podría ser archimaestra.

—Parece una tradición pasada de moda. Los archimaestros deberían elegirse por su sabiduría y poder, ¿no?

A Gelredida pareció hacerle gracia el comentario.

—¡Ay! Tienes mucho que aprender de la tradición, Waylian. Muchas de nuestras costumbres se remontan a la época de los Reyes de la Espada y a la Guerra de las Nieves Rojas. Son tradiciones que nos han mantenido a salvo, pero que también nos han impedido progresar en nuestro arte. Por esta razón tres de las artes se han perdido con el transcurso de los años. Pero nuestras tradiciones están para protegernos. Muchos de nuestros conocimientos y saber popular se tomaron de tribus antiguas cuya ambición y deseos de poder excedían con mucho su habilidad para controlarlo. Nuestras tradiciones nos mantienen a salvo de semejante codicia.

Esto recordó a Waylian lo que Bram y él habían estado hablando días antes en relación con las historias antiguas de guerra y sangre.

—He leído sobre esas primeras épocas de la Casta. ¿Cómo era...? ¿«Nos arrebataron las palabras de poder con corazones de piedra oscura»?

Gelredida se detuvo en seco, se dio la vuelta y lo miró.

—¿Qué has dicho?

Se lo preguntó como si acabara de decirle que era una vieja pasa arrugada. Waylian palideció de repente. Quizá se estaba tomando demasiadas confianzas; a lo mejor se había pasado de la raya.

—Bueno... fue algo que oí...

—Dilo otra vez —le ordenó bruscamente, y alargó la mano para agarrarlo de la túnica.

—«Nos arrebataron las palabras de poder... con corazones de piedra oscura».

—¡Piedra negra! ¡Corazones de piedra negra! ¿Dónde leíste estas palabras?

—Yo... no las leí, alguien me las dijo.

—¿Quién? ¿Quién te las dijo?

A Waylian le daba vueltas la cabeza. Gelredida estaba furiosa y su ira iba dirigida directamente a él. Fue tal el cambio con respecto a los momentos anteriores que al chico casi se le soltaron las tripas. Por un momento pensó en mentir para salvar a su amigo, pero ¿qué demonios le debía él a Bram?

—Fue Rembram Thule. Estábamos hablando de...

—¿Dónde está? ¿Dónde está ahora mismo?

—No... no estoy seguro... Podría estar en su dormitorio o en el refectorio...

Gelredida lo agarró del brazo con firmeza y se lo llevó del tejado de la torre. Waylian bajó ruidosamente la escalera tras ella intentando por todos los medios seguirle el paso.

Se dirigieron a toda prisa a las habitaciones de los aprendices, pero Bram no estaba allí. Tampoco estaba en el refectorio y era tal la creciente furia de la magistrada que Waylian empezó a preocuparse por la seguridad del muchacho. Los demás aprendices se limitaron a observarla con sorpresa y a apartarse de su camino mientras la mujer arrastraba a Waylian por los pasillos. Estaba claro que todos pensaban que había hecho algo que había ofendido a su maestra, pero ya lo consideraban un imbécil, de manera que poco importaba lo que pensarán.

—Aquí no está, Waylian. ¿Dónde está? Tenemos que encontrarle.

Gelredida lo sujetaba por ambos brazos y lo miraba fijamente a los ojos como si fuera a caerse el tejado y a desplomarse la torre sobre ellos. Le clavó las uñas y él empezó a tener una espantosa sensación de premonición.

—No sé dónde está. No lo entiendo. ¿Qué podría haber hecho él?

—Esas palabras. Sé que no las leíste en ningún libro y sé que no hablas el idioma en el que se pronunciaron originariamente. En todos los lugares en los que hemos encontrado un cadáver, un cuerpo mutilado, había signos en las paredes, signos y símbolos en antiguas lenguas muertas hace mucho tiempo. Y en todos los lugares en los que hemos estado había escrito: «Nos arrebataron las palabras de poder con corazones de piedra negra». Es una antigua maldición que dejaron los chamanes del norte. Parte de un juramento que hicieron después de la Guerra de las Nieves Rojas. Sólo unas pocas personas conocen dicha lengua. Sólo unas pocas.

—Pero Bram no es más que un aprendiz.

—Por eso tenemos que encontrarle. No tiene ni idea de lo que podría desatar. Ni idea de lo que podría provocar en esta ciudad, de modo que piensa, Waylian. ¿Dónde podría estar?

Era imposible. ¿Dónde podía estar? Quedaban pocos sitios donde mirar. En la biblioteca no estaría, eso seguro. Quizá...

—¡Gerdy! Era... amigo de una chica llamada Gerdy.

Gelredida tiró de él en dirección a las habitaciones de los aprendices dispersando a varios estudiantes que osaron cruzarse en su camino. Al final encontraron la puerta de Gerdy situada en el corazón de los dormitorios de las chicas, abrigada por el resto. La magistrada hizo girar el pomo y entró decididamente sin llamar.

Gerdy no estaba, pero la habitación estaba desordenada, como si alguien hubiera ofrecido mucha resistencia a un intruso.

La Bruja Roja soltó entonces a Waylian. La mujer se movía a una velocidad que se contradecía con sus años y se encaminó hacia lo alto de la torre.

—¿Adónde vamos, magistrada? —preguntó Waylian—. ¿Cómo vamos a encontrarlos? Si no están en la torre ahora mismo, podrían estar en cualquier parte de la ciudad.

—Sólo hay una forma de encontrarlos. Y esta vez no van a rechazarme —masculló tanto para Waylian como para sí misma, como si aseverara lo que haría antes de hacerlo.

Llegaron a un suntuoso pasillo con paneles de madera pulida y unos sombríos retratos de antiguos magistrados. Gelredida fue hacia una puerta y nuevamente no se detuvo para llamar. Waylian no podía hacer nada aparte de seguirla, aunque se sentía como si el intruso fuera él.

Pese a lo brusco de su entrada, el ocupante de la habitación recibió a Gelredida con una sonrisa. Waylian reconoció al archimaestro Nero Laius de la reunión en la Cámara del Crisol cuando éste alzó la vista por debajo de su mata de rizado cabello gris.

—Magistrada. ¿A qué debo este placer? —dijo.

—Prescindamos de los cumplidos —repuso Gelredida. Se quedó junto a Nero con aire amenazador, aunque él no pareció sentirse ni mucho menos intimidado—. Necesito que encontréis a alguien y no estoy de humor para que me digáis que no.

La sonrisa de Nero se desvaneció. El hombre miró a Waylian, quien sólo pudo devolverle la mirada con la misma impotencia.

—¿Cómo podría negarme cuando me lo pedís con tanta educación?

Estaban situados en fila, amordazados, con las manos atadas con cuerdas en lugar de con cadenas para evitar que resonaran en la noche mientras los conducían a bordo del barco. Las mujeres y los niños iban todos juntos; así no se asustaban tanto. A los hombres los llevaban allí donde los tratantes de esclavos podían concentrar a sus mejores guardias para sofocar cualquier señal de disidencia si había alguien tan estúpido como para intentar escapar. Merrick ya los había visto pegarle una paliza a un hombre hasta casi matarlo. Todavía estaba tendido en un rincón de la habitación, inmóvil. Quizá ya estuviera muerto, tal vez viviera. Resultaba difícil saberlo.

«¿Y a ti qué te importa? Tú eres el lobo, ¿recuerdas? Al lobo le pagan, el pastor se va a dormir por la noche. No puedes tener las dos cosas».

Dirigió la mirada hacia un pórtico que se extendía a lo largo de una pared. Bolo estaba allí mirando, rodeado de sus hombres. Era evidente que se estaba divirtiendo, bebiendo vino, comiendo uvas y riéndose con ganas.

—¿Cuánto falta? —preguntó Kaira. Había permanecido casi toda la noche a su lado en silencio, observando y esperando. Tenía la mirada fija en aquella multitud lastimera, apaleada y muerta de hambre que aguardaba lo inevitable. Hubo un momento en el que Merrick había pensado que rompería a llorar, pero la implacable guerrera había desafiado sus expectativas. Ahora sencillamente parecía furiosa. Él sólo podía esperar no acabar siendo el blanco de su ira.

—Ya falta poco —respondió—. Tenemos una oportunidad en el muelle cuando den las diez. Luego se llevarán a esta gente y los embarcarán.

—¿Y tenemos que quedarnos a verlo? —Lo miró con furia en los ojos y la mandíbula tensa. Estaba claro que se esforzaba por contenerse. Merrick tuvo que admitir que eso le daba un poco de miedo.

—Supongo que podríamos pedirles que nos paguen ahora. Así podremos irnos.

—¿Y luego entregaremos el dinero? ¿Seremos recompensados por los que dirigen el Gremio?

—Supongo que es lo más probable. Pero yo que tú no estaría tan deseosa de conocerlos. No siempre es una buena señal. —«A veces es señal de que estás a punto de que te corten algo».

—No lo estoy. Lo que ocurre es que tengo ganas de que se acabe este asunto.

Tenía los puños apretados y los músculos de los brazos y los hombros tensos.

—De acuerdo. —Merrick levantó las manos haciendo todo lo posible por calmarla. Aunque no tenía ninguna intención de tocarla. Había aprendido bien la lección—. Iremos a pedirle a Bolo que nos pague. Luego podremos largarnos de aquí.

Mientras se dirigían al pórtico Kaira no apartó la mirada de la multitud a la que estaban preparando para su viaje. Merrick vio que los empujaban y los picaban como si los prepararan para llevarlos al mercado y sabía que era él quien había hecho esto. Él lo había hecho posible; todo aquel asunto pesaba sobre sus hombros.

Sin embargo, no fue él: fueron aquéllos para los que trabajaba. Él era un mero empleado. «Y no importa si trabajas para un santo o para un tirano». Y de no ser Merrick, sería otro pobre desgraciado obligado a hacer el trabajo para el Gremio.

No era culpa suya.

«Mejor ser el lobo que el pastor».

Los guardias de Bolo se movieron para impedirles el paso a la pareja que se acercaba al pórtico, pero el pirata hizo un gesto con la mano para que se apartaran. Sonrió mientras Merrick se aproximaba a él, como si fueran viejos amigos, socios que se reunían para charlar sobre los viejos tiempos.

Merrick sólo pudo devolverle la sonrisa. «Mejor ser el lobo».

—Amigo mío —dijo Bolo—. Es un placer verte, pero desafortunadamente nuestro negocio casi ha concluido.

—¿Y todo va según lo planeado?

—Por supuesto. Todo va según lo previsto. Pero parece inquieto. ¿Te preocupa algo?

—¿A mí? —«Mejor ser el lobo, no lo olvides»—. Estoy bien. No estoy tan seguro en cuanto a éstos. —Hizo un gesto hacia las filas de esclavos desaliñados.

—No te preocupes, por favor. Van de camino a un lugar mejor. A un futuro mejor. Si se quedaran aquí, estarían condenados a una vida de pobreza y posiblemente serían masacrados por el caudillo elharim. Es mejor así. Mejor para ellos, al menos.

«Y mejor para tus arcas, sin duda».

—¿Así es como los convenciste a todos para que vinieran pacíficamente? ¿Los persuadiste de que iban hacia una vida mejor?

La sonrisa de Bolo se extendió por toda su cara.

—La comida y el refugio, cuando no se tienen, suponen una tentación que la mayoría no puede resistir. Cuando ofreces pan a un hombre cuya familia se está muriendo de hambre, te seguirá a cualquier parte.

—¿Incluso a la esclavitud? —«Ten cuidado, Ryder».

—Creo que tenemos conceptos muy distintos de lo que es la esclavitud. Esta gente estará al cuidado de los ricos y privilegiados de cuatro continentes, al menos la mayoría.

«¿Y qué pasa con los que acabarán en los prostíbulos y canchas de lucha?».

—Estoy seguro de que cuando lleguen adondequiera que vayan te lo agradecerán. —Miró a los guardias que los rodeaban y luego a Kaira, que tenía la mirada llena de odio y fija en Bolo, lo cual le daba aspecto de perro rabioso.

Quizás había llegado el momento de marcharse.

—Si hemos terminado aquí, aceptaremos el último pago y nos iremos, si te parece bien.

Bolo se apoyó en la baranda y sonrió.

—Sí, me parece bien, amigo mío. —Con el pie levantó la tapa de un cofre que tenía al lado—. Verás que con esto concluye nuestro negocio.

Merrick bajó la mirada hacia todo el dinero que relucía en la caja. Lo que podría hacer él con todo eso. Los lugares a los que podría ir. Las cosas que podría comprar.

A continuación miró a la multitud de abajo.

«Mejor ser el lobo. Mejor ser el puto lobo. ¡Ni lo pienses siquiera!».

Dio un paso adelante, un paso hacia el dinero, pero se detuvo.

«Pero tú no eres un lobo. Nunca lo fuiste. Tampoco es que seas un pastor, Merrick Ryder. No eres más que un cobarde. Fuiste un cobarde cuando dilapidaste la fortuna de tus padres. Fuiste un cobarde cuando te endeudaste con el Gremio. ¡Ahora mismo eres un jodido cobarde!».

Un rostro entre la multitud alzó la mirada, joven, inocente. Bueno, no por mucho tiempo.

«¡Coge el dinero, cobarde!».

—¿Pasa algo? —preguntó Bolo.

«¡Coge el dinero y márchate! Deja atrás toda esta mierda igual que has dejado todo lo demás, todas las responsabilidades que has tenido alguna vez».

—No soy un cobarde —susurró Merrick.

Bolo frunció el ceño.

—¿Qué te pasa, amigo mío? Aquí está el pago que has pedido. Cógelo y ve a ocuparte de tus cosas.

Merrick miró a Bolo y luego miró por encima del pórtico hacia el montón de hombres, mujeres y niños aguardando su destino.

—Yo... no puedo... —murmuró.

«¡Cobarde!».

—¿El qué no puedes? —preguntó Bolo, cada vez más impaciente—. Aquí está el dinero. Cógelo ahora o vete con las manos vacías. Tú eliges.

—Yo... Yo soy... —«Yo soy el pastor, por favor dime que soy el pastor».

—¿Qué? —Bolo se estaba inquietando, sus dedos tamborileaban contra la empuñadura enjoyada de su alfanje—. ¿Qué te pasa?

Merrick se lo quedó mirando fijamente, arrugando su apuesto entrecejo. Entonces lo vio, vio al hombre que tenía delante, el hombre en el que algún día podría convertirse. Lo único que tenía que hacer era coger el dinero y marcharse hacia una nueva vida de potencial infinito. Lo único que tenía que hacer era abandonar a los inocentes que estaban abajo, aguardando su suerte en silencio.

—Yo soy el pastor —dijo Merrick escupiendo las palabras entre dientes apretados al tiempo que se llevaba la mano a la cadera—. Y tú eres el lobo. —Cerró los dedos en torno a la empuñadura de su espada y la desenvainó más rápido de lo que pudieron moverse los guardias de Bolo, con más rapidez de la que la mano de aquel traficante pudo agarrar su alfanje enjoyado.

El tratante de esclavos abrió desmesuradamente los ojos cuando se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, de que no iba a desenvainar su arma a tiempo. Abrió la boca para hablar, pero la espada penetró en su garganta antes de que las palabras

llegaran a ella.

Dos guardias avanzaron, demasiado tarde para salvar al que les pagaba, pero más que dispuestos a vengarlo. Merrick giró sobre sus talones, su espada atravesó el aire con un zumbido y un destello y le abrió el cuello a uno de ellos. Luego logró esquivar el golpe torpe del segundo guardaespaldas y le hundió la espada en el pecho sin pensárselo.

Esos dos cayeron al suelo y Merrick retrocedió un paso y echó un vistazo a Bolo, que se aferraba el cuello con desesperación, intentando en vano contener la sangre que fluía libremente de su herida. Intentaba hablar, pero Merrick ya había oído demasiadas de sus palabras. Se quedó mirando a Bolo mientras éste se ahogaba en su propia sangre y se empapó de lo que veía, se alimentó de ello, saboreándolo como si fuera un excelente vino.

Quedaban cinco hombres además de Kaira, y todos estaban allí plantados mirándolo con incredulidad, pero en cuestión de un momento se recuperaron y agarraron sus armas. Desde el pórtico oyó que alguien lanzaba un grito de advertencia abajo al ver lo que estaba ocurriendo arriba.

Merrick miró a los cinco guardaespaldas de Bolo y sonrió.

—Sólo tenéis una oportunidad de seguir con vida —dijo al tiempo que sacudía la sangre de la punta de su espada, deleitándose en su equilibrio y en la sensación de tenerla en la mano. Hacía mucho tiempo, muchos años que no sentía una emoción semejante. La había echado de menos—. Me educé en el Colegio de la Casa Tarnath y fui instruido en los sesenta y seis *Principiums martial* por lord Macharias en persona. He matado a doce hombres... Bueno... —Bajó la mirada a los tres cadáveres que tenía delante—. En realidad, ya son quince hombres en combate singular, y me apetece sumar unos cuantos más. Podéis correr y seguir con vida o quedaros y morir. ¿Qué va a ser?

Al principio los cinco parecían indecisos y Merrick no estaba seguro de lo que iban a hacer. Kaira se limitó a observar. Él no sabía si lo ayudaría o se pondría de parte de los tratantes de esclavos.

No tardaría en averiguarlo.

El gigantón dio un paso adelante. Merrick recordó que se llamaba Lago, el marcado y temible segundo al mando de Bolo. El hombre miró con tristeza a su amo muerto, desplomado en el suelo con un gorjal de su propia sangre. Cuando volvió a mirar a Merrick, su rostro se crispó de furia.

—Has asesinado a Bolo Pavitas, señor de esclavos de los cuatro mares y príncipe de la Bahía Keidro. Primer almirante de la Flota Sedosa y...

—¡Joder! —gritó Merrick—. ¿Podemos seguir con esto de una vez?

Lago soltó un rugido y levantó en alto su alfanje. Estaba rabioso, un gigantesco montículo de músculo que se le venía encima con su enorme y afilada hoja. Merrick sólo podía imaginar el miedo que infundía en sus esclavos, el terror que debían de haber sentido al verse atrapados en el ojo de su furiosa tormenta.

No significaba nada.

Merrick avanzó ofreciéndose como blanco fácil antes de hacerse a un lado rápidamente. La hoja de Lago descendió y golpeó estrepitosamente contra el pórtico lanzando astillas por los aires en el preciso momento en el que la espada de Merrick se le clavaba por debajo de la axila y penetraba casi hasta la empuñadura. El descomunal tratante de esclavos ni siquiera tuvo ocasión de gritar antes de desplomarse y quedar como un enorme bulto en el suelo.

Sin embargo, no había tiempo para regocijarse. Al ver cargar a Lago, los otros cuatro cobraron ánimo y se precipitaron todos a una.

Pero Merrick se había entrenado en los patios de armas del Colegio de la Casa Tarnath, se había enfrentado a media docena de espadachines a la vez y había recibido una paliza tras otra con las espadas de entrenamiento. Los *Principiums martial* costaban mucho de aprender y se recordaban largamente, y él los había dominado todos antes de cumplir los catorce años.

Su espada se movía como si estuviera poseída, buscaba sus objetivos con ansia y no mostraba compasión mientras atravesaba la carne, hacía saltar chorros de sangre y cercenaba miembros que salían volando. En tres suspiros Merrick quedó de pie rodeado tan sólo de cadáveres.

Respiraba agitadamente. Aunque se movió con gracia y velocidad mientras mataba, hacía mucho tiempo que no entrenaba su cuerpo y no estaba acostumbrado a tanto ejercicio.

Kaira lo miró mientras él se inclinaba hacia atrás y estiraba la espalda para aliviar el lumbago. Más tratantes de esclavos subían las escaleras corriendo hacia el pórtico y dentro de poco se encontraría frente a una docena de matones sedientos de sangre.

—¿Estás conmigo? —preguntó.

«Porque si no, lo más probable es que sea hombre muerto».

Kaira lo miró durante unos momentos interminables mientras la horda se acercaba dando gritos. Entonces, cuando él ya pensaba que quizá tuviera que salir corriendo, ella sonrió. Se encorvó con una gracia elegante, como una leona disponiéndose para la caza, recogió una espada que había dejado caer uno de los tratantes de esclavos muertos y se volvió para enfrentarse al grupo de matones que se precipitaban escaleras arriba.

El primero apareció gritando desde abajo. Merrick no sabía si el tipo confió en la victoria al ver que se enfrentaba a una mujer, pero de lo que no había duda es de que pareció lamentar sus acciones cuando Kaira hizo girar su arma con experta facilidad y le cercenó el brazo a la altura del hombro.

—¡Vorena! —gritó, dio un salto alto y cayó entre el resto del grupo que atacaba. Dos de ellos se precipitaron escaleras abajo con la fuerza de su embestida y los demás, a los que había pillado desprevenidos, hicieron todo lo posible por evitar a aquella loca que había saltado sobre ellos.

Merrick avanzó para sumar su espada al combate, pero de pronto quedó

asombrado al ver el despliegue de poderío de Kaira. Su hoja no se amedrentaba por la carne que cortaba, su rostro era una máscara de dura concentración que no mostraba furia, sólo una estudiada y disciplinada atención.

En cuestión de momentos algunos chillaban pidiendo clemencia y otros huían para salvar la vida, vista la carnicería, pero Kaira no iba a dejar que la coartaran. Saltó por encima de la barandilla de la escalera y con la espada cortó las ataduras que sujetaban al primer grupo de esclavos.

—Corred —gritó a un grupo de hombres cuya repentina libertad pareció infundir fuerza en sus miembros—. O vengaos. —Kaira alzó la espada y señaló a los tratantes de esclavos que quedaban y que en aquellos momentos estaban desesperados por huir de aquel lugar.

Merrick se permitió una sonrisa al ver que los hombres elegían la venganza.

Era lo que él habría elegido de haber estado en su lugar.

Lo que vio entonces fue brutal y sangriento, pero se obligó a seguir mirando. Al fin y al cabo aquello en parte era culpa suya; al menos debería mirar cómo destrozaban a esos hombres con las manos desnudas o los estrangulaban con cuerdas. Era lo correcto.

Cuando se terminó el derramamiento de sangre y los esclavos que quedaban soltaron sus ataduras, Merrick continuó observando durante un rato a los padres que se reunían con las esposas y los hijos. Kaira hizo todo lo posible para atender a los heridos mientras aceptaba el efusivo agradecimiento de aquella nutrida multitud y Merrick no pudo evitar tenerle envidia. Pero ella no había participado en su confinamiento, ella se merecía el agradecimiento.

Él, en cambio...

Pese a la cordialidad de la escena, no pudo evitar percibir su amargura. Sus problemas prácticamente habían terminado, pero ahora se había causado otros a los que difícilmente podría escapar. Había matado a Bolo y traicionado al Gremio, y nunca le perdonarían por eso. Pero entonces se acordó del cofre de Bolo...

El cuerpo del tratante de esclavos estaba rodeado por los cadáveres de sus hombres. El cofre estaba de lado y su valioso contenido se había derramado a los pies del muerto.

Merrick se arrodilló, puso bien la caja forrada de cobre y recogió un puñado de monedas. Había sangre mezclada con el oro, negra y pegajosa en su palma. Pero eso daba igual; las monedas eran monedas. Se limpiarían... y se gastarían.

Echó las monedas en el cofre y recogió otro puñado. Esta vez la sangre le corrió entre los dedos, y cuando intentó echar el oro en la caja, se le quedó pegado a la mano.

—¿Crees que esto te salvará?

Merrick alzó la vista y vio a Kaira de pie a su lado.

—Creo que ayudará —respondió él—. Si quieres la mitad, lo compartiré con mucho gusto. Los dioses saben que nos lo hemos ganado.

Kaira le dijo que no con la cabeza y su gesto de decepción casi resultó doloroso. Casi.

—Hay otros que lo merecen más —dijo ella.

—¿Qué otros...? —Merrick miró a la multitud desaliñada—. Espera... ¡Ah, no! No puedes estar pensando en serio...

«Eso es, quédate el dinero. De todos modos, no es que hayas hecho lo correcto alguna vez en la vida».

Volvió a mirar a las familias. A sus rostros lastimeros.

«¡Joder!».

Se puso de pie y señaló el cofre como si lo estuviera acusando... no sabía de qué.

—Vale, está bien, cógelo. Espero que te haga feliz.

Kaira recogió el cofre y cerró la tapa.

—Créeme, no te hubiera hecho feliz —repuso ella, dio media vuelta y bajó por la escalera para repartir las monedas.

«No, puede que no me hubiera hecho feliz. Pero me habría mantenido con vida. Al menos durante un tiempo».

Y se quedó lo suficiente para ver cómo ella regalaba las monedas, sus monedas, sin pensárselo dos veces.

Observó desde los tejados, escondido tan cerca como se atrevió. Vigiló los movimientos de hombres con armadura, de centinelas y de la milicia con casaca verde que patrullaban las calles. De haber habido una entrada, la hubiera tomado; de haber habido una forma de trepar el muro sin ser visto, la hubiera utilizado. Estuvo observando y esperando un día y una noche, pero ahora el palacio estaba protegido contra él; no había manera de entrar.

Ella estaba allí en alguna parte. Río lo sentía. La añoraba, suspiraba por ella tan intensamente que era como tener un cuchillo en las entrañas. Si se quedaba observando el tiempo suficiente, seguro que podría verla, un fugaz atisbo de ella para apaciguarle el corazón que palpitaba contra su pecho, *como las olas contra las rocas*.

Sin embargo, Jay no apareció, protegida como estaba por sus guardias con armadura, confinada dentro de los muros de palacio como un pájaro seguro en su jaula.

Pero aquellos guardias y centinelas no podrían protegerla para siempre, ni un millar de hombres podrían mantenerla a salvo. Si el Padre de Asesinos la señalaba, no podrían evitar que llegara hasta ella.

Sólo Río podía mantenerla a salvo.

Sólo Río.

No obstante, a medida que iba pasando el tiempo supo que esperar lo inevitable no la protegería del peligro, de la ira de su padre. Tenía que actuar, tenía que trasladar la lucha a aquellos que querían matarla. No podía protegerla esperando en las sombras y, con una repentina y nítida claridad, supo lo que tenía que hacer.

De haber habido alternativa, la habría tomado, pero cuanto más tiempo se quedara allí, más tiempo tendría el Padre de Asesinos para hacer sus planes.

El camino estaba claro. Río tendría que matar a su padre.

Cuando el atardecer sangró el cielo de luz, emprendió el camino por los tejados de la ciudad, pisando las tejas con seguridad mientras avanzaba. Se sentía libre, lo cual era raro, la caza lo hacía sentir vivo, pero esta vez Río estaba acongojado. Aunque sabía que había que hacerlo, el hecho de que estuviera a punto de enfrentarse a su padre pesaba sobre él. Era el hombre que lo había criado, que lo había educado, que le había enseñado a sobrevivir y ahora iba a sufrir la mayor traición que podía infligir un hijo.

¿Y cómo lo derrotaría? El Padre de Asesinos era el asesino consumado, el hombre más mortífero que Río había conocido. No tenía debilidades ni había defectos en su armadura. Por cada uno de sus ataques, su Padre tenía un contraataque. Río no podía decir lo mismo de él.

A lo largo de los años habían combatido el uno contra el otro en innumerables ocasiones y no había vencido a su padre ni una sola vez. Pero tenía que hacer algo y tenía que hacerlo ahora. No esperaría, *porque el Río no espera nada ni a nadie*.

Unas luces parpadeantes a lo lejos señalaban su ruta y Río tenía una vista aguda, templada en la oscuridad de los túneles subterráneos y bajo cielos negros sin estrellas. Los tejados eran su patio de juegos y podría haber hecho el camino con los ojos vendados de haber querido. Fue este sentido superior el que lo alertó de que alguien lo seguía. Era una noción muy débil, sombras en su periferia, pero fue suficiente.

Sólo quedaban con vida dos hombres que pudieran seguirlo mientras cruzaba la ciudad. A Río se le aceleró aún más el corazón ante la perspectiva de que pudiera ser su padre.

Saltó un hueco de tres metros y cayó en silencio sobre un tejado plano, rodó por el suelo y al dar la voltereta se volvió y se vio frente a su perseguidor. Esperaba que fuera su padre, esperaba una muerte rápida porque él no llevaba armas, pero no era el Padre de Asesinos el que iba tras él.

Bosque aguardó unos momentos en las sombras antes de dejarse ver. Salió de la oscuridad con paso seguro, con su gracia felina casi hipnotizadora. Río siempre había admirado a su hermano mayor, a veces un compañero, a veces un mentor, siempre un peligro.

Aguardó, y Bosque sonrió.

—Nuestro padre está decepcionado contigo —dijo mientras caminaba, moviéndose como un gato que merodeara.

Río no tenía respuesta a eso. Sentía la culpabilidad como una carga muy pesada; su traición, como un peso de hierro en torno al cuello.

—Aunque brutal y estúpido, Montaña era su hijo. Padre lloró su pérdida una noche y un día. Sabía que eras tú quien lo mató, no hay otro que pudiera haberlo vencido. Aparte de mí.

—¿Has venido a pelear conmigo, hermano? —preguntó Río, que tenía hasta la última fibra de su cuerpo en tensión y escudriñaba con la mirada, esperando a que Bosque atacara, rápido y certero como sólo él podía ser.

Pero su hermano se limitó a reírse.

—No, no he venido a pelear contigo, Río. Nuestro padre ya ha perdido un hijo. No tiene ningún deseo de perder otro.

—¿Y te ha enviado a ti para que me lleves a casa? Pues te digo una cosa, no iré más que con ánimo de asesinar.

Bosque mostró sólo un ápice de emoción. Era obvio que Río se estaba extralimitando al sugerir que haría daño a su padre.

—Él no te quiere en casa. Le has dado la espalda y a cambio él te la ha dado a ti. Deberías morir por esto, Río. Insistí para que me dejara matarte, pero él rechazó mi petición. En cambio, te ofrece clemencia. Más de la que mereces.

Por un momento fugaz Río sintió alivio, pero sabía que la clemencia no era lo mismo que el perdón.

—¿Clemencia? ¿El Padre de los Asesinos ofrece clemencia? No, no te creo, hermano.

—No juzgues tan rápidamente las cosas. Su clemencia no viene sin un precio, Río. Deberías saberlo.

—¿Y qué quiere que haga?

Bosque sonrió otra vez.

—Querría que realizaras una última tarea para él. Abandonar la ciudad y viajar por mar. Hay unos hombres en un lugar conocido como la Bahía Keidro que han sido señalados y tú los mandarás a su descanso eterno. Hazlo y vivirás. Es la clemencia que nuestro padre ofrece.

No, él no podía...

—¿Abandonar la ciudad? ¿Y dejar a Jay sin nadie que la proteja? ¿Creéis que soy idiota? ¿Haríais que os regalara su vida?

La sonrisa del rostro de Bosque se desvaneció de pronto.

—¿Qué te ha hecho, hermano? ¿Con qué te ha envenenado que escupirías a nuestro padre a la cara?

—Me ha enseñado... —«El amor»—. Me ha enseñado que hay otro camino que el del asesino. Me ha enseñado que no nacemos para esto, Bosque. Somos hombres igual que los demás. No tenemos que...

—¡Basta! —espetó Bosque—. No intentes infectarme con el mismo veneno que ha vertido en tu oído. Somos hijos del Padre de Asesinos. Somos las armas en sus manos. Las hojas rápidas de la noche. ¿No hemos nacido para esto? Quizá tú no, pero claro, tú siempre fuiste débil. Esto es lo que soy, y nunca nadie hará que me aparte de ello.

Estaba claro que no podría convencerlo. La devoción de su hermano era demasiado fuerte.

—No lo haré. Ve y díselo a nuestro padre. Dile que preferiría morir.

Bosque agachó la mirada y asintió con la cabeza. Cuando volvió a levantar la vista, la sonrisa había vuelto a su rostro.

—Mi padre predijo que podrías reaccionar así. De modo que está dispuesto a negociar.

¿Negociar? A Río le pareció que era una forma curiosa de decirlo. El Padre de Asesinos era inflexible, firme en sus propósitos. Él no negociaba. Cuando tomaba una decisión, no había forma de cambiarla.

—¿A qué te refieres? El Padre...

—Te ofrece una oportunidad, Río. Eres su hijo. No tiene ningún deseo de terminar con tu vida. Es una oportunidad, hermano, una que deberías aprovechar.

—¿Y cuál es la naturaleza de este trato?

—Si haces esta última cosa por él, si matas solamente a cinco hombres de su elección, jura perdonar la vida de tu... ¿Cómo deberíamos llamarla? ¿Tu amada? Pero has de saber que no puedes regresar nunca. Si regresas a la ciudad, el trato queda anulado; la vida de tu princesa, confiscada.

—¿Ofrece hacer un pacto? Ambos sabemos que el Padre de Asesinos no hace

pactos.

—En esta ocasión está dispuesto a romper con la tradición. Es una oferta generosa. Yo la aceptaría si estuviera en tu... aprieto. —Con estas palabras Bosque le lanzó algo a Río, que lo atrapó con destreza—. Esto debería facilitar tu pasaje en un barco hasta la Bahía Keidro. Allí te darán los nombres de los hombres a los que tienes que visitar: cinco señores del Camino de la Serpiente. Hombres malvados, todos ellos piratas y tratantes de esclavos, cada uno de los cuales merece la muerte con creces. Tómallo y vete, hermano. Haz esto y ella estará a salvo. Es la palabra de nuestro padre.

Río se miró la palma de la mano y vio el monedero.

—¿Así de fácil? ¿Me voy y ella vivirá?

—Así de fácil, hermano —contestó Bosque—. Pero no tardes demasiado. Nuestro padre no es un hombre paciente.

Bosque empezó a caminar hacia atrás sin apartar la mirada de Río. Ahora había menos confianza que nunca entre ellos. De haberse invertido los papeles, Río tampoco le hubiese dado la espalda.

Bosque llegó al extremo del tejado plano, dio un paso atrás y desapareció en la nada, dejándose caer del borde como una piedra.

En cuanto se fue, Río dio media vuelta y echó a correr por los tejados con toda la rapidez con la que podían llevarle las piernas, decidido a poner tanta distancia como fuera posible entre él y su hermano. Aunque su encuentro había transcurrido sin incidentes, sabía lo impredecible que podía ser.

Mientras corría, Río se mantuvo más alerta que nunca, esperando el ataque que vendría de la creciente oscuridad. Pero dicho ataque nunca vino, y cuando se encontró en el tejado más al sur de la ciudad mirando a los muelles, se detuvo por fin.

Río se dio cuenta de que había estado corriendo aturdido, había seguido una dirección sin ton ni son que lo había llevado hasta allí.

Hasta un lugar desde el que podría huir de la ciudad.

Se dio la vuelta y miró por encima de los tejados de Steelhaven hacia el palacio situado en la distancia. Hacia su amor.

¿Podía confiar en el Padre de Asesinos? ¿Estaría Jay a salvo si cumplía su parte del trato? Desde luego su padre nunca le había dado motivos para dudar de su palabra.

Pero ¿cómo podía irse sin hablar primero con Jay? Ella no sabría lo que había sido de él. Podría pensar que la había abandonado.

Si se quedaba, si intentaba llevar a cabo su juramento de matar al padre, seguramente lo matarían a él y Jay quedaría sin protector. Pero si el anciano mantenía su palabra, y no había ningún motivo para pensar que no lo haría, ella se salvaría de morir a sus manos. Lo único que Río tenía que hacer era marcharse.

Sin duda era la única forma.

Bajó de los tejados sujetándose bien contra las apretadas paredes de un callejón

hasta llegar al suelo y luego se dirigió al muelle caminando por la bahía en forma de media luna.

Costaba creer que pudiera hacer esto, que pudiera salir corriendo y dejarla, y más de una vez se detuvo y se dio la vuelta hacia la ciudad, sintiendo que tiraba de él.

Pero no tenía alternativa.

Con el monedero bien agarrado en la mano, corrió hasta el muelle. Allí había innumerables barcos amarrados y no tardó en encontrar el que se dirigía a la Bahía Keidro. Al acercarse a la embarcación vio el nombre estampado en el costado, pintado de blanco que contrastaba contra la negra amura: *El Salvador de la Doncella*.

Río estuvo a punto de echarse a reír. ¿Acaso era alguna especie de augurio? Y de ser así, ¿estaba diciendo que hacía lo correcto o que debería regresar?

Subió por la plancha sin pensar en ello y enseguida se vio frente a un marinero de pelo entrecano con la cabeza cubierta por un pañuelo y con unos tatuajes en sus gruesos brazos que aún eran visibles en la creciente penumbra.

—No es un barco de pasajeros —dijo sencillamente mientras miraba a Río con frialdad.

—¿Ni siquiera por esto? —repuso él al tiempo que le lanzaba la bolsa de monedas.

El hombre la sopesó en el puño.

—Debes de ser rico o estar desesperado para pagar tanto por un pasaje a Keidro. ¿De qué se trata? ¿Tienes negocios con los señores del Camino de la Serpiente? —Se rió de su broma y luego siguió ocupándose de sus cosas en cubierta, dejando solo a Río.

No sabía si aquellos hombres, esos señores piratas, eran tan malvados como había dicho Bosque o no, pero eso no lo detendría. Mejor para ellos que no supieran que venía Río.

Que venía sólo con ánimo de asesinar.

Las puertas de latón del Templo de los Necrófagos estaban abiertas. Waylian estaba frente a ellas junto a la magistrada y dos Caballeros Cuervo, pero a pesar de su presencia, aquel lugar seguía llenándolo de terror.

—¿Deberíamos esperar a los Casacas Verdes, magistrada? —preguntó mirando de reojo a los dos guerreros de armadura oscura. Resultaban imponentes con aquellos yelmos picudos que ocultaban su rostro, pero Waylian no sabía si bastarían para hacer frente a un hombre instruido en el noveno arte.

—No hay tiempo —respondió Gelredida, que avanzó y cruzó el umbral seguida de los Caballeros Cuervo—. Eres libre de quedarte aquí esperando si lo deseas.

Sus palabras eran un desafío y Waylian lo sabía. De todas las tareas que le había dado a lo largo de los meses, sabía que ésta era la más importante.

¿Haría que se ganara su respeto?

No había forma de saberlo, pero si se negaba lo perdería definitivamente, de eso sí estaba seguro.

Waylian la siguió a regañadientes.

El archimaestro Laius los había dirigido a este lugar y en cuanto entraron Waylian empezó a desear que el viejo adivinador hubiera sido menos competente. No había tardado nada en escrutar su astrolabio y hurgar unas mollejas de pollo antes de especificar el Templo de los Nigromantes. Al joven le pareció casi cómica la adivinación de Laius, pues el hombre realizó su trabajo como si fuera una especie de charlatán callejero, pero Gelredida confió plenamente en su criterio, se reprobó por su estupidez y se dirigió aquí a toda prisa tras requerir el servicio de los primeros Caballeros Cuervo que encontró.

Así los había traído hasta este espeluznante monolito al norte de la ciudad.

Waylian trató de permanecer tan cerca como le fue posible de los Caballeros Cuervo mientras éstos se abrían paso hacia el Templo de los Nigromantes propiamente dicho con las lanzas en ristre. Aquel lugar le producía una incontrolable sensación de mal presagio y acrecentaba su miedo, pero sabía que no podía dar media vuelta. La magistrada contaba con él. Con suerte sólo querría apoyo moral, porque dudaba que le sirviera de mucho si la cosa se ponía violenta.

Avanzaron los cuatro hacia el edificio de piedra, hacia la entrada que anteriormente había estado bloqueada por una losa inmensa que entonces encontraron en el suelo junto al templo, rota y desmenuzada como si un gigante la hubiera hecho pedazos con un enorme martillo de guerra.

Waylian miró la negra entrada, miró al abismo mientras el miedo atenazaba su corazón como un puño blindado que se lo aferrara. De pronto la magistrada Gelredida lo agarró de la túnica y alzó la mano para pedir silencio. Al principio él no oyó nada, sólo arrugó la nariz al percibir un olor extraño, pero no tardó en oír un suave canto, palabras que se repetían una y otra vez en un idioma que no entendía.

Y la magistrada se movió con evidente prisa. Se precipitó por la entrada y los dos caballeros fueron tras ella con un traqueteo, por lo que Waylian no pudo hacer otra cosa más que seguirlos.

Se apresuraron por un pasillo oscuro que fue a dar a un atrio gigantesco. Era increíblemente grande. Desde el exterior, el Templo de los Necrófagos era un monolito imponente, pero de ninguna manera podía albergar un interior tan enorme. Sus extensas paredes de basalto intrincadamente grabadas con símbolos y frisos, todos igual de grotescos que los representados en las puertas exteriores, hicieron que a Waylian le diera vueltas la cabeza.

Varios tramos de escalera, todos tallados en la roca, subían retorciéndose en espiral hacia una plataforma que había en lo alto. Gelredida no se detuvo, enfiló las escaleras seguida por los caballeros. Waylian apenas tuvo tiempo de recuperar el aliento, apenas tuvo tiempo de maravillarse del interior del templo, apenas tuvo tiempo de manifestar pánico antes de seguirlos.

Las escaleras salían a una plataforma situada en lo alto por encima del templo. Unas ventanas abiertas en la roca dejaban entrar el aire nocturno y una fuerte brisa amenazó con arrojar a Waylian por el borde y de ahí al suelo que estaba a unos quince metros por debajo. Sin embargo, lo que vio en la plataforma le hizo olvidar el inminente peligro de caerse. El suelo de la tarima elevada estaba cubierto de símbolos negros, pictogramas pintarrajeados y grabados en la mampostería. Todo estaba manchado de algo oscuro y asqueroso, una especie de sangre negra que hedía como la muerte.

En el centro de la plataforma estaba Rembram Thule entonando su terrible conjuro. No se detuvo cuando aparecieron ellos cuatro. Estaba demasiado absorto en su ritual, demasiado concentrado en el objeto de su rito... Gerdy.

La joven estaba atada a unas estacas, tenía los ojos vidriosos y la mirada fija y estaba amordazada con una cuerda anudada. Waylian vio que estaba desnuda y por un momento pensó que debería hacer algo para cubrirla tal como había hecho hacía unas cuantas noches, pero en aquel momento ése era el menor de los problemas de la muchacha. Su principal preocupación era la daga que Bram tenía en la mano.

Mientras Waylian miraba lo que estaba ocurriendo, uno de los Caballeros Cuervo soltó un rugido y se abalanzó sosteniendo la lanza de forma amenazadora. Gelredida gritó algo que Waylian no oyó, una advertencia que se perdió con el grito de guerra del caballero, un grito de guerra que sólo sirvió para alertar a Bram de su presencia.

El chico levantó la mirada, pero Waylian vio que ya no era un chico. Tenía un cerco negro en torno a los ojos desprovistos de color cuyos iris eran ahora dos pozos azabache de negro odio. Cuando el caballero atacó, Bram se levantó con rapidez mientras que una sonrisa sin alegría se dibujaba en sus labios y una niebla negra emanaba de sus puños apretados. Waylian no comprendía qué magias oscuras estaba conjurando, pero sabía que estaban impregnadas de maldad.

Los labios sonrientes de Rembram se retorcieron con un conjuro silencioso al

tiempo que él sacaba los puños hacia fuera. De pronto el Caballero Cuervo se quedó rígido en medio de su ataque y Waylian oyó un crujido espantoso que provenía del interior de su armadura, como si de repente se le hubieran partido todos los huesos del cuerpo a la vez. El caballero se desplomó sin emitir ni un sonido.

El segundo caballero fue más cauteloso y avanzó hacia la derecha describiendo un círculo mientras que Gelredida levantaba la mano.

—Tienes que parar esto, chico. No tienes ni idea de lo que estás haciendo.

Bram mostró una sonrisa burlona.

—Sé perfectamente lo que estoy haciendo, vieja bruja. Voy a ver cómo cae este lugar. Soy el que trae el olvido. El Maleficar Necrus.

Y acto seguido alzó el cuchillo sobre el cuerpo tendido de Gerdy.

Waylian soltó un grito sin palabras, un grito de miedo, dolor y resentimiento.

Gelredida avanzó pronunciando algo con un sonido gutural al tiempo que sus dedos se retorcieron para adoptar una intrincada formación.

El Caballero Cuervo que quedaba intervino, alzó la lanza y preparó el brazo para asestar un golpe mortal.

Cuando el cuchillo de Bram fue a clavarse en Gerdy, Gelredida desató su magia con una ráfaga de luz púrpura. Waylian notó que succionaba la energía de la atmósfera, de la piedra del tejado, y que se le llevaba el aliento, como si se le hubiera metido en el pecho y robado al aire de los pulmones.

La ráfaga de luz salió disparada en dirección a Bram, y Waylian observó su trayectoria, que dejó una estela de enervante bruma a su paso. La energía giró en el aire al alcanzar a Bram, al parecer le arrancó el cuchillo que aferraba con el puño y hacía descender hacia el pecho desnudo de Gerdy. Antes de que la daga pudiera penetrar en su carne quedó consumida por la luz púrpura, pero eso no detuvo el ataque de Bram. La daga, ahora envuelta en magia, se hundió en el cuerpo de la muchacha hasta la empuñadura.

Waylian vio horrorizado que la herida se volvía negra al instante. Bram liberó la daga de un tirón en medio de un remolino de niebla negra al mismo tiempo que la lanza del Caballero Cuervo descendía para empalarlo.

Bram se movió a una velocidad preternatural, se hizo a un lado retorciendo el cuerpo y partió en dos el asta de la lanza con la daga. El Caballero Cuervo apenas tuvo tiempo de asimilar que su arma estaba rota cuando Bram le gritó en la cara. Fue un grito feroz, un grito demoníaco que casi le reventó los tímpanos a Waylian y cuya potencia fue tal que arrojó al caballero por encima del borde de la plataforma.

—¿Qué has hecho? —exclamó Gelredida a la vez que avanzaba.

Waylian vio que la herida del pecho de Gerdy se extendía, volvía su carne oscura y necrótica, ramificándose como una telaraña, siguiendo un camino arterial como si una corriente negra recorriera sus venas.

—Sabes perfectamente lo que he hecho —respondió Bram con una sonrisa de satisfacción en sus labios, como si acabara de ganar a alguien a las cartas en lugar de

haber asesinado a una chica a sangre fría.

Gelredida se sacó algo de la túnica y lo lanzó cuando Bram aún estaba hablando. Estalló mientras hendía el aire y desperdigó un polvo como de esporas por toda la cabeza del chico. Bram retrocedió tambaleándose y gañendo como un cachorro apaleado y soltó la daga.

La magistrada se abalanzó hacia el cuerpo de Gerdy.

—Waylian —le dijo con aspereza—, tienes que ayudarme.

El rostro de Bram empezó a arder, empezó a llenarse de verdugones lívidos mientras él retrocedía arañándose la piel.

Gelredida se arrodilló junto a Gerdy y puso las manos en la carne negra de su pecho.

—¿Qué queréis que haga? —preguntó Waylian, incapaz de apartar la mirada de la chica muerta.

Su maestra alzó la mirada y sus ojos ardientes penetraron en él hasta el alma.

—¡Mátalo! —gruñó.

Waylian miró a Bram que parecía estar recuperándose del polvo venenoso. Tenía la cara quemada y la carne pelada en algunos puntos, pero estaba recuperando un poco el control. El joven miró a Waylian y luego a Gelredida, vio que la magistrada posaba las manos en el pecho de Gerdy y empezaba a absorber la negrura de su cuerpo, a drenar la oscuridad de sus venas. Las manos de la magistrada se estaban poniendo tan negras como la carne muerta del pecho de la chica.

—¡No! —gritó Bram—. No lo harás. ¡No puedes detenerlo!

Se precipitó hacia delante, pero Waylian ya estaba moviéndose para interceptarlo. No sabía de dónde venía su coraje, si tenía más miedo de lo que le haría Gelredida si no actuaba o si sabía que había que detener el ritual de Bram a toda costa. En cualquier caso, avanzó de un salto y chocó con Bram antes de que éste pudiera pronunciar más conjuros terribles.

Cayeron los dos amontonados y rodaron por la plataforma. Cuando dejaron de moverse, Waylian quedó de milagro encima de Bram con las manos apretadas en torno a su garganta. Aquel loco sonreía mientras él hacía todo lo posible por asfixiarlo.

Entonces Bram le agarró el vientre a Waylian.

Fue como si le clavaran un atizador al rojo vivo. El aprendiz aguantó tanto como pudo, pero el dolor era demasiado intenso. Soltó un grito desafiante mientras intentaba desesperadamente estrangular a Bram, viendo cómo la saliva le salía de la boca, pero no servía de nada. Un dolor ardiente le chamuscaba las entrañas y tuvo que apartarse, zafarse de las manos del que no hacía mucho había considerado un amigo.

Cayó hacia atrás conteniendo un grito de dolor, y mientras se retorció en el suelo, Bram lo miró con expresión de desprecio.

—¿Cómo se siente uno sabiendo que va a morir, Grimm? —dijo mientras el

negro de sus ojos se extendía y cubría el poco blanco que quedaba en ellos. Sus manos se retorcieron hasta transformarse en zarpas, las puntas de los dedos se volvieron negras y afiladas como las garras de un halcón.

Eso era todo. Así era como iba a terminar.

Algo golpeó con fuerza a Bram en la cabeza y rebotó levantando polvo. Waylian levantó la vista y vio a otras dos figuras en la plataforma: Casacas Verdes, uno grande y corpulento, el otro joven y con expresión temerosa, aunque no es que Waylian pudiera culparlo por ello.

Intentó levantarse, pero lo único que consiguió fue sacudirse inútilmente en el suelo mientras los dos hombres rodeaban a Bram, que todavía se tambaleaba después de la pedrada en la cabeza.

—Vamos, venga —dijo el más menudo de los Casacas Verdes.

—Vamos, venga tú, ¿no te fastidia? —dijo su amigo de aspecto duro mientras observaba las zarpas de Bram con recelo.

Antes de que ninguno de ellos pudiera actuar, Bram se alzó cuan alto era, elevó los brazos por encima de la cabeza y lanzó un grito a los cielos tras lo cual los bajó con fuerza golpeando el suelo a sus pies.

A Waylian le dio tiempo a captar el sonido ensordecedor del impacto antes de la locura subsiguiente. En la plataforma aparecieron unas grietas que se extendieron desde el lugar en el que Bram había clavado los puños. La tarima empezó a partirse, todas las grietas se ensancharon. Con un repentino estallido de polvo y ladrillos que volaban por los aires, el suelo se abrió por debajo de ellos. Lo único que Waylian oyó fue una cacofonía, lo único que vio fue un revoltijo gris de escombros mientras caía hacia el suelo del templo a cincuenta pies por debajo.

Algo le golpeó en la cara y luego recibió otro golpe en la espalda que lo dejó sin aire en los pulmones. Tardó un momento en darse cuenta de que se había detenido y que un montón de roca caída se le clavaba por toda la espalda.

Cuando la nube de polvo gris empezó a aclararse Waylian intentó moverse, primero los brazos y luego las piernas, y sintió que lo inundaba una oleada de alivio al descubrir que, de alguna manera, las únicas heridas que había sufrido eran unos cuantos cortes y moretones. Hasta el dolor ardiente del estómago se estaba aplacando y trató de ponerse en pie, ansioso por volver a llenarse los pulmones de aire.

Antes de que pudiera levantarse algo se estrelló contra su pecho y volvió a tumbarlo en el suelo. Abrió los ojos, costrosos de sangre y polvo, y vio el rostro malévolo de Rembram Thule que lo fulminaba con la mirada.

—¡Lo has echado todo a perder! —dijo midiendo cuidadosamente sus palabras, como si estuviera conteniendo su furia. Waylian sólo podía esperar que siguiera conteniéndola hasta que la ayuda llegara—. Éste tenía que ser mi momento de gloria. Mi apoteosis. ¡Y tú lo has jodido todo!

Ya no contuvo más su furia. Aquellas zarpas estaban creciendo otra vez, sus dedos se alargaban y formaban unas garras grotescas como unas negras pinzas de

cangrejo de las cuales se escurrían unos chorros nebulosos de bruma negra.

—Bram..., espera —fue lo único que consiguió decir Waylian.

«Lamentable, incluso para él».

Aquel ser infernal se limitó a sonreír.

—La espera ha terminado, Grimm. Ha llegado el momento de que te marches. — Echó el brazo hacia atrás, listo para golpear con una de sus garras negras.

No era justo. Se suponía que eso no tenía que estar pasando. Waylian ni siquiera había querido estar allí. ¿Por qué no se había quedado en casa? ¿Por qué no se había hecho escriba como su tío, o incluso granjero? A los granjeros nunca les pasaba nada malo.

La furia bullía en su interior. La injusticia y la humillación avivaron un fuego en su pecho. Notaba cómo lo llenaban de fuerza, cómo lo llenaban de... poder.

En aquel instante pronunció una palabra. Después no tuvo ni idea de qué era dicha palabra ni de su significado, pero fue suficiente. Por regla general, las palabras de poder lo eran.

Cuando sus labios soltaron bruscamente la palabra, el peso de su pecho se alivió. Bram salió despedido hacia atrás y se estrelló contra la pared, con lo cual redujo a polvo uno de los grotescos frisos y provocó que otra lluvia de escombros cayera al suelo.

Cuando por fin Waylian tuvo fuerzas suficientes para ponerse en pie, vio el cuerpo de Bram tendido encima del polvo. Y lo único que pudo hacer fue quedárselo mirando.

¿De verdad aquello había salido de él? ¿Ese poder? ¿Esa magia?

Parecía ser que sí... y no había habido nadie cerca que lo viera.

Waylian oyó que, en algún lugar del Templo de los Negrófagos, alguien gritaba pidiendo ayuda.

—Está demasiado tranquilo.

Era la cuarta o quinta vez que Denny había dicho lo mismo. El muchacho tenía razón, por supuesto; estaba demasiado tranquilo y Nobul debería haber sido aún más cauteloso por ello.

No lo fue. No fue cauteloso porque mientras hacían la ronda por las calles iluminadas por las farolas lo único que podía hacer era mirar la parte posterior de la cabeza de Denny y pensar en rompérsela a puñetazos.

«Tú mataste a mi hijo, pequeño hijo de puta, y debería aplastarte la jodida cabeza».

Pero no lo hizo. No dijo ni una palabra, pero pensó en ello. Pensó mucho en ello.

Denny se había dado cuenta, por supuesto; Nobul nunca había sido de los que ocultaban sus sentimientos y cualquiera que tuviera ojos en la cara vería que estaba dándole vueltas a algo. Cuando el muchacho le había preguntado qué le pasaba, se había limitado a encogerse de hombros. A Denny le había bastado con eso; no era especialmente inquisitivo; de hecho, no era muy inteligente, y cuando Nobul se encogió de hombros, se terminó la cuestión.

Mientras caminaban por las calles el sentimiento no hizo más que empeorar. Nobul se sorprendió agarrando con fuerza la espada que llevaba al costado, queriendo sacarla, queriendo utilizarla, queriendo clavársela a Denny allí mismo en la calle, gritarle que era un asesino de mierda, que había matado a un niño indefenso y que tenía que sufrir por ello.

Lo único que lo detuvo fue el hecho de saber que fue un accidente. Un error estúpido cometido por un cabrón estúpido. Denny había dicho que lo lamentaba y Nobul no tenía motivos para creer que estaba mintiendo. Eso era lo único que había mantenido al muchacho con vida, el hecho de que Denny lo lamentara. Si le hubiera restado importancia, si hubiera hecho una broma... Bueno, Nobul había matado a otros por menos que eso.

—Me aburro —dijo Denny, como el niño que era—. Deberíamos dirigirnos a Eastgate. A ver si allí hay un poco de acción. —«¿Por qué tendríamos que ir a buscarnos problemas?»—. Las noches son cada vez más frías. No quiero andar por ahí con frío. —«Pues es mejor que estar tumbado en el suelo, muerto y bien muerto»—. En alguna parte tiene que estar pasando algo. —«Cierra la boca, cierra tu...».

Hubo movimiento por delante de ellos. Nobul vio unas figuras en la oscuridad, oyó hombres con armadura que avanzaban por la calle.

—¡Qué dian...!

—¡Cállate! —le espetó Nobul, cansado de su constante parloteo.

Las figuras se movían deprisa y Nobul tuvo que tomar una decisión rápida: hacer caso omiso o investigar. Aunque sólo fuera para darle a Denny algo que lo tuviera

ocupado, eligió la segunda opción.

El grupo que iba por delante se movía a una velocidad sorprendente, considerando que algunos de ellos vestían armadura pesada. Nobul aceleró el paso con la intención de hacerse mejor a la idea de con qué estaba tratando.

Un tramo iluminado le dio la oportunidad de verlos mejor.

Eran cuatro, dos de ellos con armadura oscura, Caballeros Cuervo de la torre, y dos con toga que no podían ser otra cosa que magistrados. ¿Qué demonios estaban haciendo por las calles a estas horas y moviéndose con tantas prisas?

—¿Qué te parece? —susurró Denny—. Algo está pasando, ¿no?

Sí, era evidente que pasaba algo, pero Nobul no tenía ni idea de qué era. Si se trataba de asuntos de magos podía dejárselos a ellos de muy buen grado, pero había algo en el paso que llevaban, en su premura. Algo estaba ocurriendo.

—¿Deberíamos seguirlos, Lincon? ¿Qué tendríamos que hacer?

Desde luego que Denny no le estaba ayudando a pensar. Probablemente ése fue el motivo por el que Nobul siguió tras ellos, pese a que el instinto le decía que los dejara tranquilos.

Mientras los seguía vio que el cuarteto se dirigía al centro de Northgate y Nobul sabía perfectamente qué había allí... Joder, todo el mundo sabía lo que había allí: el Templo de los Nigromantes. La idea de adónde se dirigía este grupo empezó a preocuparle. Que hubiera miembros de la Casta de camino al templo no podía ser bueno.

Nobul vio, con creciente pánico, que los cuatro cruzaban la verja, una verja que él no recordaba haber visto jamás abierta. A pesar del miedo que sentía, cruzó la calle tras ellos y se detuvo frente a la verja.

El joven Casaca Verde lo miró con desconcierto y con la espada en la mano.

—¿Vamos a entrar?

Nobul se quedó mirando al grupo, oyendo el estrépito que hacían los Caballeros Cuervo al avanzar hacia el templo. Si necesitaban ayuda, el deber de los Casacas Verdes era prestársela, eso seguro. Ahora era un protector de la ciudad, y si las leyendas sobre el templo eran ciertas, iban a necesitar toda la ayuda que pudieran obtener.

Nobul cruzó el umbral con Denny a su lado y siguió el sendero de adoquines que subía por el montículo hacia el Templo de los Necrófagos. Esperaba encontrarse a los cuatro allí fuera, preguntándose cómo demonios entrar, pero cuando vio la inmensa puerta de piedra hecha pedazos en el suelo y la entrada abierta, se detuvo otra vez porque la aprensión prevaleció sobre el sentido del deber.

—¿Qué hacemos, Lincon? —preguntó Denny, claramente tan asustado como él.

—¡Estoy pensando, joder! —le respondió con brusquedad.

No era su intención arremeter contra él, pero Denny le estaba machacando la cabeza, siempre haciendo preguntas, siempre con alguna necesidad. ¿No podía pensar por sí mismo?

Nobul escudriñó la oscuridad. Debería ir tras ellos, puede que necesitaran ayuda, sin duda daban la impresión de estar a punto de meterse en líos... Los Caballeros Cuervo nunca abandonaban la Torre de los Magistrados a menos que ocurriera algo. Pero había algo que lo frenaba, una sombría y sucia sensación en la boca del estómago.

Eso no estaba bien, no podía limitarse a rondar por allí fuera toda la noche esperando que saliera alguien. Le hizo una seña con la cabeza a Denny y se precipitó al interior.

Salieron a una sala inmensa, más grande que el Sepulcro de las Coronas, y los dos se quedaron mirándola con sobrecogimiento. Aunque no por mucho tiempo. Un grito proveniente de arriba los sacó de su ensimismamiento. Nobul no distinguió las palabras, pero fueron fuertes y enojadas. Denny parecía a punto de mearse encima y Nobul estaba casi listo para unirse a él. Aquél era un asunto de magistrados y no iba a ser un trabajo agradable. Seguro que estarían mejor si los dejaban en paz. O eso, o el muchacho y él podían salir a buscar ayuda. A juzgar por los gritos de arriba parecía que todo estaba empezando.

Se volvió a mirar a Denny, se había decidido y le hizo un gesto con la cabeza.

—Muy bien. Tú ve y...

Algo se estrelló contra el suelo justo a su lado y no alcanzó al chico por menos de una yarda. El muchacho soltó un gemido de miedo y Nobul estuvo a punto de soltar la espada y largarse de allí.

Era un cuerpo maltrecho, uno de los Caballeros Cuervo, con los miembros torcidos de una forma muy rara, un lado del casco mellado y algo oscuro y asqueroso que salía por sus huecos como si fuera aceite.

—¡Por todos los diablos! —dijo Denny mirando el cuerpo.

Hubiera lo que hubiera allí arriba, acababa de matar a uno de los temidos Caballeros Cuervo. Probablemente «por todos los diablos» fuera el comentario más adecuado.

Nobul dejó de pensar. Ya no había tiempo de ir a buscar ayuda; estaban solos. Lo que estuviera pasando podría terminar enseguida y quién sabe lo malo que podría ser si no hacían nada. Agarró a Denny del hombro y echó a correr hacia un tramo de escaleras que subían al tejado.

Subió tan aprisa como pudo y se alegró al ver que el muchacho, pese a su miedo evidente, iba justo detrás de él. Mientras subían percibieron un olor extraño que casi los abrumó, el hedor de algo muerto, algo podrido.

Denny soltó una maldición, aflojó el paso y se tapó la nariz y la boca con la parte interior del codo, pero Nobul no se detuvo. Ahora le hervía la sangre ante la perspectiva de la violencia, del asesinato.

¿Era eso lo que quería? ¿Era lo que había necesitado todo este tiempo desde que Markus murió? ¿Algo contra lo que luchar? ¿Algo que matar?

No tardaría en averiguarlo.

Denny resbaló por detrás de él y volvió a maldecir, pero Nobul siguió adelante y vio la plataforma en lo alto. Oyó más gritos de desesperación, gritos de horror, y supo que lo necesitaban. También había algo en el ambiente, una sensación metálica como la del aire antes de una tormenta, pero sabía que no tenía nada que ver con el clima. Ya había visto a magos en acción, había experimentado su feroz trabajo. Sabía que aquello sólo podía ser el efecto empalagoso de la hechicería.

Irrumpió en la plataforma y se encontró una escena caótica.

El otro Caballero Cuervo yacía despatarrado como un montón de armadura negra y Nobul no tuvo que mirarlo dos veces para saber que estaba en las últimas. Una bruja de pelo gris estaba haciendo alguna especie de vudú a una chica desnuda que no parecía ir a levantarse y andar en cualquier momento.

Luego había un muchacho tendido en el suelo que no parecía ser mucho mayor que Markus, y de pie junto a él...

En aquel momento Nobul casi echó a correr al ver esa cosa que había allí.

Era otro chico, pero nunca había visto nada parecido. Sus ojos eran unos pozos negros en su cabeza y sus manos, las jodidas manos parecían las afiladas garras de un águila, haciéndose más largas a cada momento.

Denny casi se cayó por la escalera cuando fue a situarse junto a Nobul.

—¿Cómo se siente uno sabiendo que va a morir, Grimm? —dijo aquella retorcida y demoníaca parodia de muchacho. Era evidente que era malvado, y aunque Nobul no tenía ni idea de lo que estaba pasando, estaba seguro de que no iba a quedarse allí plantado y dejar que un hijo de puta demoníaco destrozara a alguien.

Recogió un pedazo de roca suelta que había en el suelo y lo arrojó con todas sus fuerzas. El proyectil alcanzó al muchacho de ojos negros de lleno en la cabeza, y cuando se tambaleó, Nobul y Denny avanzaron blandiendo las espadas. Sin embargo, antes de que pudieran atacar, esos ojos oscuros se volvieron hacia ellos con una furiosa determinación escrita en sus negras profundidades.

—Vamos, venga —dijo Denny, instando a Nobul a avanzar.

—Vamos, venga tú, ¿no te fastidia? —replicó éste, que no quería acercarse tanto como para que esas zarpas le arrancaran algún pedazo.

El muchacho diabólico tomó aire y por un segundo Nobul creyó que iba a atacar. No tenía ni idea de qué haría él... ¿Cagarse encima? ¿Correr como un poseso? Pero no hubo ningún ataque. En lugar de eso, el chico se había levantado del todo, alzó esas zarpas negras por encima de la cabeza y a continuación las estrelló contra el suelo.

Nobul fue alcanzado por lo que fuera que se había desatado. Notó que lo derribaban, oyó un estrépito como de trueno y le cayeron esquirlas de piedra y polvo en la cara.

Cuando volvió en sí, vio que faltaba media plataforma, estaba partida y ahora había un enorme agujero en su lugar. Él era el único que quedaba aún en ella, aferrado a lo que quedaba y con la casaca verde teñida de gris por la inmensa nube de

polvo que flotaba en el aire.

—¡Lincon!

Oyó el grito, pero al principio no pudo distinguir de dónde provenía.

—¡Lincon, ayúdame!

Nobul se puso de pie con cautela, miró a su alrededor aturdido y luego se asomó por el borde destrozado de la plataforma.

Allí estaba Denny, agarrado a un trozo de mampostería, colgando a cincuenta pies por encima del suelo del templo.

—Lincon, no puedo levantarme —dijo el muchacho con los ojos inundados de lágrimas y una voz desesperada.

Nobul fue a alargar la mano para agarrar a Denny de la muñeca y tirar de él para sacarlo de allí, pero se detuvo.

En aquel instante se preguntó si Markus tenía lágrimas en los ojos cuando se desangró hasta morir en aquel tejado. Se preguntó si había tenido tiempo de gritar desesperado.

—¿Lincon? —dijo Denny—. Lincon, ayúdame. Estoy resbalando.

Vio que al chico se le aflojaban las manos. Hubiera sido tan fácil alargar la mano y...

«¿Salvar al cabrón que mató a tu hijo? ¿De esta pasta estás hecho ahora, Nobul Jacks? Antes te temían. Antes hacías que los hombres se cagaran en los pantalones, ¿y ahora vas a mostrar clemencia?».

Nobul dio media vuelta. Oyó gritar a Denny, oyó cómo lo invadía el pánico mientras estaba allí colgado, la desesperación de su voz.

Que se jodiera.

Se dirigió hacia la escalera dispuesto a marcharse, dispuesto a abandonar a ese hijo de puta a su suerte.

«Eres duro de verdad, Nobul Jacks. Duro como el que más y el doble de malo. Dejar a un muchacho colgado de esa forma, dejarlo solo en sus últimos momentos. Sí, eres el más duro. No es de extrañar que tuvieras semejante reputación».

¡No! ¡Ése no era él! Él no era... malo.

Dio la vuelta, volvió a recorrer la plataforma a toda prisa y se asomó al borde tambaleándose, dispuesto a agarrar a Denny y tirar de él para subirlo.

Pero Denny no estaba allí.

Lo vio a través del polvo, tendido de espaldas en el suelo, abajo a lo lejos.

¡Maldito Denny! El muchacho no había hecho ni un puto sonido. No había gritado. No le había hecho saber que se caía.

Bajó corriendo las escaleras.

Muchacho estúpido. ¿Qué estaba haciendo en aquel tejado, para empezar? Debería haber estado en casa donde estaba seguro.

Ahora lo embargaba un pánico ciego que le formó un nudo en el estómago mientras bajaba a trompicones. Cuando llegó abajo, vio que el joven de la toga

ayudaba a la anciana a levantarse.

Nobul no les hizo caso. Denny estaba tendido en los escombros sin moverse, pero con los ojos abiertos, mirando al cielo como si disfrutara viendo pasar las nubes.

Pero no había nubes que mirar.

Nobul se arrodilló a su lado.

—No pasa nada, muchacho —dijo—. Vas a estar bien. Nobul está aquí.

Se le escapó un sollozo. Hacía años que no sollozaba y una parte de él intentaba contenerse, pero eso sólo sirvió para empeorar las cosas.

—Lo siento. No debería haberte dejado. No deberías haber estado solo. —Las palabras eran ahogadas, estranguladas por la furia.

Furia contra el mundo.

Furia contra sí mismo.

—No era mi intención. No quería decir nada de lo que dije. —Agarró al chico y lo estrechó en un fuerte abrazo, apretándolo con fuerza, sin querer soltarlo nunca—. Pero todo va a ir bien. Todo saldrá bien, ya lo verás. Volveremos a casa, veremos a mamá y estaremos todos juntos. Será tal como era.

Ya no pudo contenerlo más. Todo el dolor y toda la pena retenidos en su interior por tanta ira y odio. Entonces salió todo y a Nobul Jacks no le importó si alguien lo veía.

Y en el Templo de los Necrófagos abrazó al chico y lloró hasta que ya no le quedaron lágrimas.

La amplia escalinata de piedra que subía al Templo de Otoño se hallaba flanqueada a ambos lados por unos inmensos braseros de granito. Estaban encendidos constantemente, día y noche, colocados allí para guiar a los mendigos y a los enfermos hasta las grandes puertas del templo para que pudieran recibir ayuda.

Kaira agradeció que aquella noche no hubiera ninguno de esos pobres limosneros. Agradeció que no hubiera nadie que pudiera ser testigo de que volvía a entrar furtivamente en el templo como una ladrona.

Pero ¿adónde iría si no? Había fracasado en su misión. Después de matar a los tratantes de esclavos y liberar a los cautivos, era imposible que volvieran a recibirla en el Gremio.

Lo más probable era que la hubieran señalado para matarla, pero no tenía miedo de eso. Lo que la preocupaba era otra cosa.

Toda la vida le habían enseñado la piedad, el deber, el honor. Durante los últimos días había aprendido que incluso la más vil de las personas podía aprender a hacer lo correcto. Merrick se había librado de su innoble pasado, había actuado con heroicidad y Kaira había ayudado a que eso tuviera lugar. Así pues, ¿estaba bien que ahora le diera la espalda, a él y a otros como él que había en la ciudad, y regresara al Templo de Otoño?

Subió las escaleras y vio aparecer la puerta ante ella, con un perfil que parecía amenazador con la luz parpadeante. La puerta se abrió al aproximarse Kaira, como si la estuvieran esperando, y dejó ver el gran patio que había al otro lado.

Kaira no contaba con que la recibieran, no quería que la saludaran, pero allí había algunas figuras esperándola: Doncellas Escuderas con armadura y en disciplinada formación.

De modo que así sería. Iban a amonestarla públicamente.

Al menos le habían permitido abandonar el templo de manera furtiva y avergonzada, pero ahora a su regreso iba a ser reprendida delante de sus hermanas.

Por un momento fugaz pensó en volver a bajar por las escaleras y dar la espalda al templo para siempre. Pero Kaira Stormfall no había sido educada para darse la vuelta y echar a correr. La habían criado para afrontar la adversidad de frente, para llevar la lucha a sus enemigos.

Cobró ánimo y cruzó las puertas con paso resuelto.

La Eminente se encontraba al frente y en el centro, flanqueada por sus Doncellas Escuderas. Kaira vio a Samina, su hermana de todo menos de sangre, al frente de aquella fila, con los rasgos impasibles, el cuerpo como el de una estatua, con escudo y lanza a imagen de Vorena, cuya estatua las miraba a todas ellas.

Kaira alzó la vista hacia dicha estatua, que se alzaba unos treinta metros por encima de ellas y se preguntó si de verdad había deshonrado el nombre de Vorena. Pese al fracaso de su misión, ella no tenía la sensación de haberlo hecho. Tenía la

sensación de haber luchado hasta el final, pese a tenerlo todo en contra. No se podía pedir más de una Doncella Escudera, ¿no?

Se detuvo frente a la Eminente, cuyo rostro estaba enmarcado en un yelmo completo, su cuerpo vestido con armadura dorada y su lanza de dos metros bien aferrada con un puño cubierto por un guantelete.

No era necesario que Kaira se arrodillara: ya no era una Doncella Escudera; de modo que se limitó a quedarse de pie y esperar.

Y entonces la Eminente le hizo un gesto con la cabeza. Fue sólo un gesto, casi despreocupado, pero cargado de importancia. Significaba una especie de aceptación; significaba que no era una marginada, una paria.

La Eminente se hizo a un lado y las filas de Doncellas Escuderas que tenía detrás se movieron sin decir palabra y formaron un pasillo para que Kaira pasara. Ella dio un paso adelante mirando a Samina, que le sonrió por debajo del casco y le ofreció el mismo gesto de aceptación con la cabeza. Mientras recorría el pasillo de Doncellas Escuderas, todas ellas la saludaron de forma similar, todas ellas la honraron.

Era lo último que Kaira se había esperado. Por un breve momento se permitió tener esperanza, pensar que quizá volvieran a aceptarla en el redil, que tal vez le devolvieran su nombre, su nombre de guerrera.

Vio que Daedla la esperaba frente a la puerta del templo. El alborozo que se había permitido sentir desapareció de repente como una pluma llevada por el viento.

—Saludos, Kaira —dijo la encorvada sacerdotisa.

Ella se fijó enseguida en que Daedla había dejado de lado su título ceremonial. No iban a devolvérselo después de todo.

—Daedla. —Kaira la saludó con la cabeza.

—La Madre Matrona te espera.

Daedla dio la vuelta y entró en el templo, y ella la siguió.

Mientras caminaban por los pasillos y antesalas, Kaira cayó en la cuenta de que no había echado de menos aquel lugar. Se había acostumbrado a las calles de la ciudad de Steelhaven y, pese a su escoria y suciedad, había sentido una libertad que allí nunca había experimentado. Su lugar natal parecía frío, estéril y desolado. ¿El Templo de Otoño seguía siendo su sitio?

La Madre Matrona la esperaba en su cámara con la cabeza inclinada sobre su mesa, como siempre, mientras la pluma rasgueaba deslizándose por un pedazo de papel vitela.

Kaira entró y se puso firmes. Parecía lo adecuado.

Cuando la Madre Matrona hubo terminado, dejó la pluma en su recipiente y espolvoreó el escrito con una fina nube de polvos secantes. A continuación alzó la mirada con expresión inescrutable.

Kaira aguardó. No podía haber peor humillación que la que ya se le había infligido.

—Siéntate, por favor —dijo la Madre Matrona que señaló con un gesto la rígida

silla de madera que había frente a la suya.

Mientras tomaba asiento, Kaira se sintió agobiada por aquel sitio: la rigidez, la disciplina, el peso del deber. Fuera en la ciudad, incluso cuando la importancia de su misión afectaba todos sus actos, no había sentido semejante presión. Sólo en aquel lugar, dentro de aquellos muros, se sentía de esta manera..., como una niña.

—Tu misión —dijo la Madre Matrona al tiempo que se reclinaba en su asiento—. ¿Ha sido un éxito?

A Kaira le resultó curioso que le hiciera semejante pregunta. A estas alturas ya debía de saber el resultado. Buttercup le habría hablado de la furia del Gremio, de la masacre de los tratantes de esclavos, de los cautivos liberados. ¿Qué necesidad había de preguntarle eso?

—Ya sabéis que no —respondió Kaira que no estaba de humor para juegos—. Fracasé. El Gremio ya sabrá que era una espía. Y aunque no sospechen de mí como agente del Templo de Otoño, después de lo que hice en los muelles querrán verme muerta igualmente.

La Madre Matrona asintió moviendo la cabeza.

—Claro, pero ¿fue un éxito?

Kaira sintió que la invadía la ira; no había regresado para que se burlaran de ella, para que aquella anciana la menospreciara. Estuvo a punto de ponerse de pie y lanzarse a despotricar enfurecida, pero consiguió contener su furia.

—Salvé a muchas personas —afirmó sin intentar ocultar su irritación—. De no ser por mis actos se hubieran visto condenados a vivir como esclavos. Las familias hubieran quedado separadas. Los niños hubieran...

Kaira se calló. No quería seguir hablando; le abrumaba pensar lo que podría haberles ocurrido a aquellos inocentes.

Además, se dio cuenta de que había alzado la voz en presencia de la Madre Matrona. Aunque ya no era una Doncella Escudera, se sintió avergonzada y guardó silencio.

La anciana la miró como si la evaluara. Luego asintió.

—Así pues, fue un éxito, desde luego.

—¿Qué? —Kaira se esforzó por entender la reacción de la Madre Matrona—. Mi misión no era ésa. Mi misión era infiltrarme en el Gremio y eliminar a sus líderes. Fracasé en eso.

—Pero tuviste éxito en otro aspecto. Tal como dices, muchas personas fueron liberadas de la esclavitud. Los malvados fueron castigados por sus pecados. Has actuado como la mano armada de Vorena y debes ser recompensada por ello.

—No lo entiendo.

La Madre Matrona sonrió.

—No, hija mía. Pero no tienes que entenderlo. Sólo tienes que obedecer.

De repente Kaira sintió una punzada de vergüenza, pero eso era lo que le hacía esa anciana: la avergonzaba, la menospreciaba. Lo único que había hecho ella en su

vida era servir a aquel lugar, lo único que había hecho era llevar a cabo lo que otros le mandaban, ¿y cómo se lo habían recompensado?

—Lo has hecho bien, Kaira Stormfall. Por consiguiente vamos a dejar las cosas tal y como estaban antes de tu... indiscreción.

Por un momento creyó que lo había oído mal.

—¿Mi posición como Doncella Escudera?

—Se te devolverá con todos los honores.

Kaira se sintió mareada y las náuseas casi se apoderaron de ella. Por un breve momento, un instante frívolo, casi aceptó, casi se echó a reír de alegría..., pero entonces paseó la mirada por la habitación desnuda, su austeridad, sus enclaustrados confines.

—No —dijo.

La Madre Matrona mostró una expresión confusa.

—¿Qué quieres decir con «no»?

Era una locura. ¿Qué estaba haciendo? Le estaban dando todo lo que quería, todo lo que había ansiado, y ella le estaba dando la espalda. Pero algo en su interior le decía que era lo correcto. Algo en su interior sabía que en las profundidades de este templo latía un corazón corrupto. Si el comportamiento del Abad Supremo no se lo hubiera dicho muchos días atrás, estaba claro que la arrogancia de la Madre Matrona se lo estaba diciendo entonces.

—Ya no soy vuestra para que me utilicéis. —Kaira se puso de pie, descollando sobre la anciana—. No voy a servirlos más. Soy una servidora de Vorena, pero puedo hacer su voluntad sin este templo y sin vos.

La Madre Matrona meneó la cabeza con incredulidad.

—Vivimos para servir —dijo—. Tú vives para servir, Kaira Stormfall. ¿Tan fácilmente darías la espalda a tu hogar, a tus hermanas?

La sensación de náusea no se desvanecía, pero de repente Kaira tenía la cabeza muy clara. No estaba dando la espalda a sus hermanas, sino abriendo los brazos a la ciudad. Aquí no le quedaba nada. Las cosas nunca volverían a ser como antes para ella.

—No puedo pasar por alto la grave situación de esta ciudad. De sus habitantes. Y por eso debo rehusar.

Dicho esto, se dio la vuelta sin esperar a que la despacharan y se dispuso a salir del templo.

Kaira había creído que su nombre y posición eran lo único que quería. Creía que era algo de lo que estar orgullosa, pero todo aquello era vacío. Alabaría a Arlor, sería un ejemplo del poderío de Vorena, pero no sirviendo bajo esta autoridad. Una autoridad que la utilizaría en sus juegos; que la haría creer que merecía la deshonra.

Cuando salió al patio, sus hermanas todavía la esperaban. Quizá se habían esperado que volviera a salir con su armadura de gala, quizás habían creído que saldría acompañada por la Madre Matrona, pero cuando apareció sola con su

monótono atiendo se miraron las unas a las otras con expresiones de manera inquisitiva.

Cruzó el patio a grandes zancadas, pasó junto a la Eminente, que dio un paso hacia ella, pero que se detuvo cuando Kaira no le hizo caso. Pasó junto a Samina, que miró con pena a su hermana.

Había terminado con aquel lugar, había terminado con sus claustrales costumbres. Había quien la necesitaba en la ciudad y ella les ofrecería esa ayuda según sus propias condiciones.

Y mientras bajaba por las amplias escaleras de piedra, flanqueada por las almenaras de ambos lados, cayó en la cuenta de quién precisamente iba a necesitar su ayuda primero.

Hubiera tomado un barco, hubiera huido lejos cruzando el océano adonde nadie lo hubiese encontrado jamás, pero no tenía dinero para el pasaje. Claro que había tenido en las manos un montón de monedas. Más dinero del que podría haber gastado, al menos en un año, pero alguien lo había regalado todo. Merrick no era capaz ni de empezar a expresar lo jodidamente irritante que fue, lo mucho que le fastidió aquello. De modo que, en lugar de intentar encontrar las palabras, lo que intentaba era esconderse en el interior de una botella de licor dudoso. El camarero le había dicho de dónde provenía y cómo se llamaba, pero a Merrick no le importaba. Él sólo quería ponerse como una cuba y, a juzgar por el sabor de lo que había en la botella, no tardaría mucho.

Podría haber abandonado la ciudad hacia el norte, pero ¿adónde hubiese ido? Había un ejército intruso de camino al sur, refugiados vagando por las provincias y no tenía amigos en ninguna parte salvo allí. Y tampoco es que allí tuviera muchas amistades.

Bueno, de hecho no tenía amistades.

Y aunque tuviera amigos, ¿cómo lo habrían escondido del largo brazo del Gremio? Podría haberse marchado a cualquier lugar de los Estados Libres, podría haber visitado cualquiera de sus ciudades, pueblos y aldeas remotas, y aun así no se habría alejado bastante.

De manera que Merrick estaba sentado en una taberna del puerto haciendo todo lo posible por convencerse de que el hedor a pescado y a marineros sudorosos no le estaba dando dolor de cabeza.

Mientras trataba de alejar lo inevitable bebiendo, la puerta de la taberna se abrió tal como había hecho ya una docena de veces y Merrick se puso tenso tal como había hecho en cada una de esas doce ocasiones. Sin embargo, tan sólo era otro marinero de piel bronceada y brazos pintados con tatuajes descoloridos. No era uno de los asesinos del Gremio que venía a cortarle el cuello y a ver cómo se ahogaba con su propia sangre.

Aún tenía tiempo de salir corriendo, tiempo de huir, pero ningún lugar estaba lo bastante lejos. Sólo era cuestión de tiempo. Por qué no malgastar los últimos momentos que le quedaban con licores extranjeros, al menos mientras pudiera pagárselos.

Buscó en el monedero y sacó el dinero que le quedaba, abrió el puño y dejó caer las monedas en la mesa frente a él.

Seis peniques. No le durarían mucho, pero tampoco es que le quedara mucho. ¿Para cuánto le alcanzaría, quizá para otras dos botellas? Bastaría para dejarlo inconsciente, eso seguro. Con un poco de suerte no volvería a despertarse y así podría evitar todo el sucio acontecimiento de ahogarse en su propia sangre.

La puerta se abrió de nuevo y Merrick levantó la mirada sin ni siquiera molestarse

en llevar la mano a la espada del costado. Le había hecho un buen servicio contra Bolo y sus hombres, pero ahora no le serviría de nada. Podría matar a cualquier asesino solitario al que enviaran para hacerle daño, eso seguro, pero se trataba del Gremio; siempre había más asesinos. Al final enviarían a uno lo bastante bueno como para hacer bien el trabajo.

Entró un chico joven con una bandeja de madera en la mano que vendía berberechos en vinagre.

Merrick respiró largamente. Había parecido que todo iba muy bien en aquel almacén, con la espada en la mano, recordando los viejos tiempos. Todo había vuelto a él con tanta facilidad: parada, respuesta inmediata, estocada, posición de guardia. Moverte con tu oponente, no contra él. Golpear primero, golpear rápido, golpear fuerte, golpear el último.

Y luego ese discurso... ¿Qué había dicho?

—Yo soy el pastor —susurró entre dientes.

«Menuda sarta de estupideces. Más bien soy carne para los perros».

Merrick tomó otro trago del vaso y apuró lo que quedaba del licor que sabía a turba. Le provocó una mueca, era una porquería barata que carecía de la suavidad del licor más caro al que estaba acostumbrado. Sin embargo, estaba surtiendo efecto y le estaba nublando la periferia de su visión. Casi no le importaba lo que ocurriera.

Casi.

—¿Berberechos, señor?

El joven lo sobresaltó, apareció de la nada con su bandeja. Merrick olió a pescado y se preguntó quiénapestaba más, si los berberechos o el chico. Bajó la mirada hacia la desalentadora selección que no sirvió para abrirle el apetito.

—No, gracias —respondió, y entonces se fijó en que el muchacho miraba las monedas que quedaban en la mesa. «Bueno, ¿por qué no?»— ¿Quieres ganarte una de éstas?

El chico lo miró con recelo, como si se tratara de algún truco, y luego le dijo que sí con la cabeza.

Merrick deslizó cinco peniques a un lado y dejó uno en el centro de la mesa.

—Si puedes cogerla antes que yo, te la puedes quedar. Si eres demasiado lento, me das unos berberechos gratis.

Hubo una breve pausa mientras el chico consideraba la oferta. Debió de darse cuenta de que Merrick estaba borracho y creyó que tenía posibilidades, porque asintió con un movimiento brusco de la cabeza y dejó la bandeja de madera en el suelo.

—Vale —dijo Merrick flexionando los dedos—. A la de...

Antes de que tuviera tiempo de empezar a contar el muchacho extendió la mano rápidamente y se llevó la moneda de la mesa.

Merrick se quedó mirando el lugar vacío un breve momento y luego rompió a reír. En realidad no podía discutir con eso, ¿verdad?

—¿Esto de regalar dinero se está convirtiendo en una costumbre, Ryder? Quizás

haya esperanza para ti después de todo.

Merrick se llevó un susto tremendo. No la había oído entrar en la taberna y se había acercado directamente sin que él se diera cuenta.

Kaira le hizo una señal con la cabeza al chico para que se marchara y él recogió rápidamente la bandeja de berberechos y se escabulló antes de que nadie pudiera quitarle lo que había ganado. Cuando el chico se fue, ella se sentó frente a Merrick, y él se la quedó mirando un segundo: esos hombros anchos, esas facciones marcadas en su atractivo rostro. A pesar de todo, a pesar de que lo había condenado a una muerte certera, no podía evitar admirarla.

—¿Has venido a regocijarte, verdad? —le preguntó él. «¿Qué otro motivo podía haber?».

—No me conoces en absoluto, ¿verdad, Merrick?

—Te conozco muy bien.

Pero ¿la conocía? Lo cierto era que no la conocía lo más mínimo. No había sabido cómo podía luchar. No había conocido la bondad de su corazón. Merrick había estado dispuesto a huir con aquel dinero y dejar a esa gente en la miseria. Bastaba con liberarlos. Para ella no. Ella regaló el dinero sin pararse a pensar en las consecuencias. En el fondo Merrick sabía que había sido lo correcto, pero esa parte de él que quería seguir viva no podía evitar pensar en que había tomado una decisión de mierda.

—He aquí lo que queda de mi fortuna —dijo con una sonrisa y un gesto de la mano hacia las cinco monedas que había en la mesa—. Sírvete tú misma. Estoy seguro de que hay alguien que lo merece más que yo. De todos modos voy a ser bazofia antes de que acabe el día. Quizá será mejor que lo cojas y te vayas.

—Yo corro tanto peligro como tú, Merrick.

Eso le hizo soltar una carcajada, una risa larga y desdeñosa.

—¡No digas bobadas! Vuelve a tu templo. Ellas te acogerán, es lo que hacen. No van a permitir que te veas en la calle cuando te siguen la pista unos asesinos.

Ahora le tocó el turno de reírse a Kaira.

—Ya he regresado a mi templo. Y he dejado atrás ese lugar. De modo que ya lo ves, Merrick, ahora estamos juntos en este lío.

Por mucho que le molestara que hubiese regalado su dinero, la perspectiva de tenerla allí guardándole las espaldas le resultaba atractiva.

—¿A qué te refieres con que lo has dejado atrás?

—Allí ya no hay nada para mí. No es el lugar que creía que era.

—¿En serio? ¿De modo que ahora crees que somos almas gemelas desterradas entre la chusma que sólo se tienen el uno al otro para protegerse? ¿Estás loca? Hay gente que va a venir a matarnos. Unos cabrones muy duros que no tienen piedad. Gente que disfrutará mucho viéndonos sufrir antes de que muramos.

—En tal caso quizá deberíamos matarlos primero.

Su voz fue dura como el acero, lo mismo que su mirada. Por un momento a

Merrick le gustó la idea, la perspectiva de hacérselas pagar al Gremio antes de que se lo hicieran pagar a él era como un vino dulce en sus labios. Sabía que era una estupidez. Al final ellos siempre te pillaban. Era imposible que aquello terminara bien para ninguno de los dos.

—Nos haría falta un ejército —dijo.

—No —replicó Kaira—. El Gremio no tiene un ejército. Sólo necesitamos a unos guerreros adecuados que permanezcan a nuestro lado. Guerreros tan temibles y resueltos como los que tiene el Gremio.

—Pero no hay...

Había estado a punto de decir que no había nadie tan temible como el Gremio. Nadie tan poderoso y cruel. Al menos que él supiera, eso seguro.

Pero de hecho estaba...

—Ven conmigo. —Merrick se puso de pie de manera insegura, dejó los cinco peniques sobre la mesa y salió tambaleándose de la taberna tan aprisa como pudo, con Kaira pisándole los talones.

Recorrió las calles manteniéndose alerta por si veía a alguien, a cualquiera, que pudiera saltar sobre él de entre el gentío. Sólo haría falta un hombre con un cuchillo y todo terminaría allí.

Eso no podía ocurrir ahora, no cuando estaba tan cerca.

Hasta que no llegó al barrio de la Corona no se permitió relajarse. Hasta que no vio el cuartel del palacio delante de él no empezó a respirar más tranquilamente.

Garret estaba sentado en la misma mesa que la última vez. Sorbiendo té en medio del patio de entrenamiento como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Uno de los centinelas le dijo al capitán que tenía compañía, éste se volvió y vio a Merrick y a Kaira que lo esperaban allí sin aliento.

—No esperaba verte tan pronto, Ryder —le dijo.

—No esperaba volver tan pronto —repuso Merrick, y tomó asiento en la silla frente a él. Kaira se quedó de pie a un lado como si fuera un guardia de servicio. Merrick sólo esperaba que eso impresionara a Garret.

El capitán dio un sorbo de su taza de porcelana con el pájaro azul pintado a un lado y luego dijo:

—¿Has reconsiderado mi oferta?

Directo al grano. A Merrick ya le gustaba aquello.

—Sí. Creo que ya es hora de que asuma alguna responsabilidad.

Garret sonrió con satisfacción, pero sin humor.

—Eso sí lo tendrás. El rey Cael se ha ido a los Salones de Arlor, unos asesinos intentan matar a la princesa, los khurtas se dirigen a la ciudad. Nos enfrentamos a ello de verdad. A lo largo de las próximas semanas llamarán a los centinelas para que defiendan las murallas de la ciudad y a todos sus habitantes. Lo más probable es que perdamos a unos cuantos. Quizá sea peor. ¿Estás preparado para afrontar tu final de frente, muchacho?

Era mejor que la alternativa. Al menos con los centinelas tendría la oportunidad de luchar. Contra el Gremio no tenía ninguna posibilidad en absoluto.

—Estoy preparado. Si me aceptas.

La sonrisa de satisfacción de Garret se convirtió en una sonrisa sincera.

—Sabes que lo haré, muchacho. Se lo debo a tu padre. Pero ¿y tu amiga?

Garret miró a Kaira, que aún no se había movido.

—Ah, se las maneja muy bien, puedo responder por ella.

El hombre pensó en ello.

—Estoy seguro de que puedes, pero voy a necesitar una demostración mejor que tu palabra, joven Merrick. No sería la primera vez que intentas engañarme, ¿verdad?

Merrick tuvo que admitir que no lo sería.

—Eres libre de ponerla a prueba. Yo apostaría por su brazo armado contra cualquiera de tus hombres. Incluso te daría un dos a uno.

—¿Dos a uno? Aceptaré la apuesta. —Garret se volvió a mirar a los dos centinelas que montaban guardia en la entrada—. ¡Waldin! ¡Statton! ¡Traed espadas de prácticas!

Mientras sus hombres iban a buscar las armas de madera, Garret recogió su refinada mesa y la llevó a un lado del patio de entrenamiento. Sus hombres regresaron enseguida con las armas de madera y trajeron una para Kaira.

Merrick le dirigió un movimiento con la cabeza mientras ella tomaba la espada y se alegró cuando Kaira le respondió con un guiño.

—Cuando estéis listos, empezad —dijo Garret mientras sus hombres adoptaban una posición defensiva. Kaira se limitó a quedarse allí esperando su ataque—. Waldin y Statton son dos de mis mejores hombres —le susurró a Merrick—. Será un dinero fácil, muchacho.

—Sí, un dinero fácil —coincidió él.

«¡Y tanto que lo sería!».

Rag tenía los pies como si fueran dos bultos de carne al final de los tobillos. Llevaba andando un día y una noche, pero todas aquellas calles parecían iguales, todos aquellos almacenes tenían las mismas paredes de ladrillo, los mismos tejados de pizarra y las mismas puertas grandes de madera. Era como si hubiera estado andando en círculos.

Cuando huyó del cuartel de los Casacas Verdes, estaba eufórica, no veía el momento de regresar con aquel tipo del Gremio y enseñarle lo que tenía. Ahora sólo quería deshacerse de eso por si los Casacas Verdes la sorprendían.

Pero era demasiado tozuda para abandonarla sin más. Rag no había pasado por todo aquello para echarlo a perder ahora. Iba a seguir agarrando esa cabeza hasta que encontrara el lugar correcto o hasta que los Casacas Verdes la pillaran, así funcionaba el asunto.

A Rag siempre se le había dado bien ocultarse a plena vista. Probablemente hubiera podido ir hasta el palacio llevando de sombrero la cabeza putrefacta del rey Cael y nadie se hubiera fijado, de manera que vagar por las calles con un atado bajo el brazo no había llamado mucho la atención. Por primera vez desde hacía tiempo se alegró de no importarle una mierda a nadie.

Estaba casi dispuesta a sentarse y rendirse mientras caminaba por una calle abandonada por la que creía que debía de ser la enésima vez que pasaba, cuando se dio cuenta de que una de las enormes puertas de madera estaba entornada.

Rag miró a ambos lados de la calle y no tenía dudas de que le resultaba familiar. Anocheceía rápidamente, y aunque aquél fuera el sitio, ¿habría alguien dentro?

Sólo había una forma de averiguarlo.

Se asomó y metió la cabeza en la oscuridad. No pudo ver más allá de dos pies de distancia, pero dentro se oía un sonido, un suave ronroneo, como si el gato más grande con el que se hubiera topado nunca se hubiera quedado dormido.

No era momento de tener miedo. Si quería conseguir lo que deseaba, si quería que todo el dolor, todo el lío y la sangre hubieran valido la pena, tenía que entrar allí como si fuera en serio. Nada de hacer el tonto.

Agarró la puerta y tiró de ella hacia un lado, con lo que entró la luz al interior del almacén y las polvorientas tablas del suelo.

Había manchas de sangre en la madera, las marcas que había dejado alguien al ser arrastrado.

En efecto, aquél era el lugar.

Rag entró y siguió el sonido revelador de los ronquidos hasta que lo encontró. Estaba tendido de espaldas con las manos cruzadas sobre su gorda barriga y una pierna colgando por el borde de una vieja caja de madera. No lo reconoció como a uno de los matones de la otra noche, pero tenía que arriesgarse. Tenía que ser uno de los hombres del Gremio. ¿Por qué iba a estar allí si no? No tenía aspecto de ser un

vagabundo que durmiera en la calle; llevaba la ropa demasiado limpia y no parecía haberse saltado ninguna comida últimamente.

Ahora bien, ¿cómo se llamaba ese tipo? Lo habían mencionado más de una vez la otra noche, pero Rag estaba tan asustada que apenas se había fijado.

—¡Quiero ver a Friedrik! —exigió, y su voz resonó por el almacén abandonado.

El hombre tumbado en la caja se incorporó como si le hubieran pinchado en el culo y llevó la mano instintivamente a la daga que llevaba en el cinturón.

—¿Qué? ¿Quién coño eres tú?

Se miraron el uno al otro, él con perplejidad y ella forzando una expresión resuelta.

—He dicho: quiero ver a Friedrik. Tú eres uno de sus chicos, ¿no?

El hombre asintió. Acto seguido dijo que no con la cabeza. Luego pareció confuso.

—¿Qué es lo que quieres de Friedrik? —preguntó aún sentado en la caja y obviamente sin sentirse amenazado en lo más mínimo aun cuando, de haberle apetecido, Rag hubiera podido cortarle el cuello mientras dormía.

—Estuve aquí la otra noche, ¿recuerdas? Tengo lo que pidió.

Poco a poco el rostro de aquel hombre fue dando muestras de que la reconocía y luego sonrió.

—Eres esa ladronzuela que ayudó a matar al comerciante. Será mejor que te largues, muchacha. Si Friedrik te pilla, te cortará las orejas sólo para divertirse.

—Teníamos un trato —dijo Rag—. He venido a reclamarlo.

—Mira, chica. —Se había puesto serio, y ella empezaba a ponerse nerviosa—. Lárgate. No voy a hacer venir a Friedrik hasta aquí por una golfilla a la que se le han subido los humos a la cabeza. —Bajó la mirada a los pies desnudos de la chica—. Y que ni siquiera tiene zapatos. Vete, tengo que recuperar sueño atrasado.

Y dicho esto, volvió a tumbarse en la caja.

Rag ya se había hartado de charla.

Avanzó mientras desenvolvía la cabeza de Krupps de la manta que ahora estaba casi toda pegada a la carne muerta. Una vez hecho esto, la dejó caer en el regazo de aquel tipo.

—¡Qué cojo...! —Logró decir antes de ver la cara golpeada y hecha papilla de Krupps que lo miraba desde su entrepierna y sus palabras se convirtieron en un grito. Se quitó la cabeza de encima de un revés como si fuera a arrancarle la polla de un mordisco—. ¿Qué estás haciendo, por todos los demonios?

—Ya te lo he dicho —respondió Rag con toda la calma de la que fue capaz—. Friedrik y yo teníamos un trato. Ahora ve y tráelo de una vez.

El hombre bajó la vista hacia esa cabeza que miraba al vacío desde unos párpados maltrechos y luego la dirigió otra vez a Rag. Sin mediar palabra bajó de la caja con mucho cuidado de evitar la cabeza como si fuera un perro gruñidor, pasó junto a ella sin quitarle los ojos de encima y salió a toda prisa del almacén.

Rag no tenía ni idea de si volvería, pero pensó que probablemente lo mejor era esperar. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Recogió la cabeza de Krupps y la puso encima de la caja con delicadeza, luego se sentó junto a él sintiendo que la fatiga de los últimos días empezaba a pesarle como un saco de nabos.

Mientras esperaba pensó en el tejado de El Toro. Pensó en Chirpy, en Migs y en Tidge. Incluso en Fender. Y pensó en Markus, en que si no hubiera acabado muerto ella probablemente no estaría allí, sentada sobre una caja en un almacén oscuro con una cabeza cercenada, esperando a que un barón del crimen viniera a verla.

Se rió tontamente al pensarlo, allí sola en la oscuridad.

—¿Quién lo hubiese pensado, eh? —preguntó.

Krupps no respondió. Empezaba a oler un poco y también a suscitar el interés de unas cuantas moscas, pero no era lo peor que había tenido que aguantar durante los últimos días, de modo que no le recriminó nada de eso.

—Dicen que hablar con uno mismo es el primer signo de locura.

Rag estuvo a punto de soltar un grito, pero logró contenerlo mientras el hombre de pelo rizado al que conocía como Friedrik entraba en el almacén. Iba flanqueado por dos matones de aspecto fornido. El hombre al que había encontrado durmiendo en la caja se escondía detrás de ellos como si tuviera miedo de algo.

Friedrik la miró, luego miró la cabeza y otra vez la miró a ella.

—Por lo visto teníamos un trato, ¿no? ¿Me lo recuerdas?

Rag bajó de la caja. Sabía que aquél era un momento importante, uno de esos momentos que determina cómo va a resultar el resto de tu vida, de modo que le dirigió la mejor de sus miradas.

—Dijiste que si uno de nosotros te traía las cabezas de los demás podría entrar en el Gremio.

Friedrik la miró de reojo.

—¿Eso dije? ¿Estás segura? —Se volvió hacia los hombres que tenía a ambos lados. Rag reconoció a uno de ellos como al que había matado a Coles con un garrote.

Los dos se encogieron de hombros.

—No, no recuerdo haber dicho eso —dijo Friedrik.

Rag sintió que el pánico le atenazaba el estómago. No era que no la hubieran estafado antes, que no la hubieran tratado como a una imbécil, pero aquella tomadura de pelo pasaba de la raya.

—¡Sí, sí que lo dijiste, joder! Lo dijiste aquí mismo, no hace más de dos días. — Al instante se preguntó si había ido demasiado lejos.

Se relajó un poco cuando Friedrik sonrió, pero la sonrisa de un cabrón que dirigía el Gremio podía significar cualquier cosa.

Podía significar que iba a cortarle la lengua.

Él avanzó tranquilamente mirando la cabeza de Krupps.

—Mmm, ahora que lo mencionas, sí que recuerdo haber dicho algo parecido. Sin embargo, no recuerdo a este hombre, pero está claro que no es tan guapo como antes. ¿Qué os parece, muchachos? —Sus matones se rieron; una risa forzada por una broma de mierda—. Sí, puede que haya abierto una vacante, pero obviamente quería a un nuevo recluta que pudiera trabajar para mí, herir para mí, matar para mí. ¿Ésa eres tú, pequeña?

Rag pensó en ello. No era una asesina, pero durante los últimos días había tenido que hacer muchas cosas para las que creía que no valía.

—Soy descuidera.

—Ah, una ratera. Ya tengo a muchos de éstos. ¿Para qué iba a necesitar otro?

—Porque yo soy la mejor que hay.

Friedrik se rió al oírlo. Sus hombres se rieron también.

—Una afirmación osada, pequeña. ¿Cómo vas a demostrarlo?

Rag notaba que se estaba enfadando e hizo todo lo que pudo para contener el sentimiento. No era la primera vez que la habían engañado. Ni siquiera era la primera vez que se habían reído de ella, pero aquel cabrón se estaba tomando libertades. Ella no afirmaba las cosas a la ligera. Era la mejor, mejor que cualquiera que hubiese visto aquel hijo de puta.

—Ese tipo de ahí —dijo señalando por encima del hombre al que antes había encontrado durmiendo—. Dile que saque su cuchillo.

Friedrik frunció el ceño.

—¿Que le diga qué?

—Que saque el cuchillo. Díselo.

Friedrik miró al hombre y se encogió de hombros.

—Adelante.

Rag mantuvo la mirada fija en Friedrik, pero oyó que el otro hombre se tocaba el cinturón, casi pudo sentir su pánico y su vergüenza cuando fue a coger el cuchillo y se encontró con que no estaba allí.

—No lo tiene, ¿verdad? —dijo Rag, y se llevó la mano a la parte de atrás de sus pantalones—. Porque se lo robé antes, ¡justo delante de sus narices!

Y acto seguido se precipitó hacia delante con el cuchillo en la mano. Nunca se le habían dado bien los cuchillos, lo único que habían hecho antes era meterla en líos, pero ahora no era como una de esas veces. Aquello era para un juego con los mayores, y si había que empuñar un cuchillo eso sería lo que haría.

Saltó directa a Friedrik con el cuchillo en ristre y vio que la cara del hombre se iluminaba de miedo. Intentó retroceder, pero no fue lo bastante rápido y Rag se le echó encima como un gato callejero sobre un ratón. Él se fue hacia atrás tambaleándose bajo el peso de la chica, que le puso el cuchillo en la garganta.

Por detrás de ella oyó que los guardaespaldas se precipitaban hacia ellos, pero no serían lo bastante rápidos.

—¡Diles que se aparten o te rajo!

Friedrik levantó los brazos presa del pánico.

—¡Apartaos! —les gritó a sus hombres.

Y allí estaban: ella con un cuchillo contra el cuello de aquel hombre y sus matones mirando, sin tener ni idea de qué hacer.

—Así pues —dijo Rag, que de pronto tuvo la sensación de que las cosas iban a su favor—, sobre esa vacante que ibas a abrir en tu club.

—Sí, la vacante. Creo que ya me acuerdo. Acaba de abrirse un hueco. —Hacía todo lo que podía por sonreír, pero el cuchillo que tenía en la garganta se lo hacía mucho más difícil.

—¿Tenemos un trato entonces?

—Sí. Mierda, sí, tenemos un trato.

Rag lo soltó poco a poco. Él era el as de su baraja y al retirarle el cuchillo del cuello lo estaba regalando. Estaba corriendo un gran riesgo, pero tarde o temprano tendría que confiar en que el hombre cumpliera su palabra.

Cuando lo hubo soltado, Rag se dio cuenta de que los matones querían avanzar, querían hacerle daño por haberle puesto la mano encima, pero Friedrik les dijo que no con la cabeza.

—Bueno, pequeña. Parece ser que te has ganado un asiento en la mesa de los mayores.

Ella asintió, pero no se permitió sonreír. Al menos de momento.

—Me llamo Rag —dijo.

Friedrik la miró y sonrió. Luego le tendió la mano.

—Bienvenida al Gremio, Rag.

Había algo distinto en su reflejo. ¿Eran las arrugas bajo los ojos? ¿Los cortes y moretones que le estropeaban la cara y la cabeza? ¿Parecía más viejo de algún modo?

Waylian no podía decir qué era exactamente, pero fueran cuales fueran los cambios externos provocados por su experiencia, no eran nada comparado con lo que sentía por dentro. Se había pasado casi toda la noche vomitando un torrente de bilis negra y tenía las tripas como si alguien se las estuviera retorciendo en un escurridor. A eso se sumaba el repugnante sabor que tenía en la boca, así como el dolor punzante de la mandíbula, y daba la impresión de que los problemas que causaba todo ese asunto de la magia no merecían la pena.

Se inclinó para acercarse más al espejo y tiró de la carne amoratada bajo el ojo derecho. Las venas inyectadas en sangre que sobresalían rojas y lívidas el día anterior habían disminuido levemente. Al menos eso lo consoló un poco.

No sabía si el desastre de la cara se debía a la plataforma de piedra que estuvo a punto de caérsele encima o a algo más siniestro. Sabía que penetrar el Velo traía consecuencias; todos los magos tenían que sufrir las consecuencias de su poder, pero no se esperaba nada parecido.

Las punzadas de la mandíbula empezaron a intensificarse y exploró con la lengua y palpó con ella uno de los dientes de atrás. El diente se movió al tocarlo con la lengua, se aflojó en la encía y de pronto notó el sabor de la sangre.

Mientras miraba su reflejo en el espejo, se metió la mano en la boca y agarró el diente entre un dedo y el pulgar.

Salió con demasiada facilidad.

No le dolió, pero cuando lo echó en el cuenco de agua que tenía delante experimentó un triste sentimiento de pérdida. Miró el diente que se hundía hasta el fondo del cuenco y se detenía con un tintín dejando un burbujeante rastro escarlata.

A este ritmo, cuando se graduara en la Casta, no le quedarían más que encías como a un viejo.

La puerta de su habitación se abrió y entró ella. Waylian ya se estaba acostumbrando: ya no se sobresaltaba ni chillaba y esta vez ni siquiera lo había pillado tocándose.

—Waylian, te necesito.

«Por supuesto que sí. Obviamente había algún trabajo doméstico que hacer».

—Sí, magistrada. Estaré con vos enseguida.

Esperaba que ella se marchara en aquel momento, más tarde la encontraría esperándole al fondo de algún pasillo, pero en cambio la mujer entró en su habitación y cerró la puerta.

De pronto Waylian se sintió desnudo y vulnerable. No llevaba nada de cintura para arriba, pero era más que eso. Era una intimidad con la que él no había contado.

—¿Cómo estás?

«¿Qué? Nunca le había preguntado eso. ¿Cómo diablos se suponía que tenía que responder a esa clase de pregunta?».

—Estoy bien, magistrada.

La mujer miró el cuenco donde estaba el diente bajo el agua de un rojo pálido.

—Está claro que no.

—No es nada. Sólo un... —«El puñetero diente que se me ha caído, nada más».

—Puedo darte una cataplasma para eso. La sensación de náusea también pasará con el tiempo. Lo has hecho muy bien, Waylian. Deberías estar orgulloso; has demostrado prometer mucho. Sabía que no me equivocaba contigo.

Él se limitó a asentir con la cabeza. Nunca se le había dado muy bien recibir halagos y, viniendo de Gelredida, era algo sumamente raro.

La magistrada se acercó más a él, casi con complicidad, como si le diera vergüenza pronunciar las palabras.

—No sufrió, ¿sabes?

«Esto no me lo esperaba».

Sabía a quién se refería, por supuesto. Gerdy había muerto en el Templo de los Necrófagos. Trinchada como un pedazo de carne. Waylian había hecho todo lo posible por quitárselo de la cabeza, pero lo único que había conseguido era permanecer despierto por la noche imaginando la escena: Bram con el cuchillo, la herida negra extendiéndose por su pecho.

—Lo sé, magistrada. Lo que ocurre es que... no lo sé. Ojalá hubiéramos podido...

—¿Hacer algo más? Hicimos todo lo que pudimos. No deberías sentirte culpable. Actuaste con valentía. Hicimos todo lo que pudimos para salvar a esa chica. Un hombre fue responsable de su muerte y ha sido castigado, y se ha evitado un terrible desastre. Por eso deberías estar orgulloso.

—Sí, magistrada.

Aunque escuchó sus palabras y las agradecía, no podía evitar tener la sensación de que en parte había sido culpa suya. Rembram había sido su amigo y aun así él no había podido ver a través de su fachada. No había advertido las señales. Si lo hubiera hecho antes, quizá Gerdy estaría viva.

—Creo que es mejor que no mencionemos la manifestación de tus habilidades todavía. Puede que te necesite a mi lado en los meses venideros, y si se sabe que has mostrado cierto talento, podrían... trabarte.

«¿Cómo?».

—¿Trabarme, magistrada?

—Sí. Así pues, que quede entre nosotros.

—Como queráis, magistrada. —Aunque Waylian no tenía ni idea de a qué se refería con eso de «trabarlo» y no estaba seguro de querer averiguarlo.

—Muy bien. Cuando estés listo, reúnete conmigo en la Cámara del Crisol.

Dicho esto, Gelredida se marchó y... ¡dioses! ¿Era otra sonrisa lo que vio en su

cara cuando se fue? No, no podía serlo. ¿A quién intentaba engañar?

Se enjuagó la boca y escupió un grumo de sangre. Luego se puso la toga marrón.

Mientras caminaba por los pasillos, Waylian se encontró con que la sensación de vergüenza que había sentido los días anteriores se había desvanecido. Los demás estudiantes, cuyas miradas había intentado evitar y cuyas opiniones susurradas había temido, parecían verlo bajo una luz diferente. ¿Era respeto? ¿Podía haber incluso cierto temor?

Estaba claro que las noticias corrían muy rápido por los salones de la torre.

Tal como le había prometido, la magistrada Gelredida lo esperaba en la antesala de la Cámara del Crisol. Cuando Waylian se acercó, no le dirigió ninguna mirada desdeñosa, ningún reproche silencioso. Se limitó a caminar hacia las grandes puertas de latón, con los brazaletes de hierro ya puestos en las muñecas, mientras que los Caballeros Cuervo las abrían para revelar a los archimaestros que aguardaban tras sus púlpitos.

Mientras él y su maestra iban a situarse frente a los más grandes magos del mundo, Waylian experimentó poco nerviosismo. La última vez que estuvo allí se había sentido perdido, como si se debatiera en aguas traicioneras, pero ahora se sentía entre sus pares, sus iguales.

Era una pena que ellos no sintieran lo mismo.

Al principio nadie dijo nada, pero estaba claro que Drennan Folds estaba esperando para saltar, preparándose para lanzar su ataque. Sus ojos, uno blanco y el otro azul como el hielo, miraban con patente furia.

—¡Magia! —bramó cuando ya no pudo contenerse más—. ¡En las calles de la ciudad! ¡Las puertas del Templo de los Nigromantes abiertas! Nuestros Caballeros Cuervo asesinados. Tenéis mucho por lo que rendir cuentas, Gelredida.

Ella respondió a sus bravatas con desdén.

—No es que no estuvierais advertido, Folds. Todos vosotros fuisteis advertidos y ninguno ayudó. Bueno, casi ninguno. De no ser por la ayuda del archimaestro Laius, ahora mismo la ciudad estaría infestada de... No puedo ni pensarlo.

—¿Tú fuiste cómplice de esto, Nero? —Folds volcó su furia contra el hombre de su izquierda—. ¿Ayudaste en esta locura?

Laius sólo pudo asentir encogiéndose de hombros.

—El archimaestro Laius tuvo el sentido común de ayudarme —dijo Gelredida—. Y no le di muchas opciones. Si tenéis que recriminárselo a alguien, Drennan, recriminádmelo a mí.

Drennan Folds se volvió hacia ella de nuevo con el rostro rojo de ira.

—¿Recriminároslo? Deberíamos castigaros severamente. Practicar la magia en las calles como una vulgar bruja de los setos. Deberíais...

—Tened cuidado, Drennan —dijo ella—. Tened cuidado.

Waylian se esperaba que el comentario enfureciera aún más al archimaestro, pero la amenaza velada de Gelredida sirvió para bajarle un poco los humos.

Hoylen Crabbe se inclinó hacia delante.

—Creo que el archimaestro Folds simplemente está mostrando su frustración. Son tiempos difíciles para todos nosotros, magistrada. Estoy seguro de que no será necesario llevar este asunto más allá. Pese a la imprudencia con la que se hizo, al fin y al cabo se ha evitado una catástrofe potencial.

Drennan Folds pareció enfurecerse al oírlo, pero se mordió la lengua.

—¿Y qué me decís de la catástrofe que se avecina? —preguntó Gelredida—. ¿Qué ha decidido el Crisol con respecto a la inminente invasión de Amon Tugha?

Dio la impresión de que ninguno de ellos quería darle una respuesta. Le tocó responder a la venerable figura de Crannock Marghil.

—No podemos actuar contra el elharim. El poder necesario para resistir a ese ejército invasor nos costaría un precio demasiado alto. Todos conocemos el coste de Bakhaus Gate; una deuda tan grande que no puede volver a pagarse.

«¿Bakhaus Gate? ¿Qué tiene que ver esto con Bakhaus Gate? ¿Qué coste?».

Gelredida dio un paso adelante. Waylian veía la frustración en su rostro, la mandíbula tensa que se movía cuando apretaba los dientes.

—Nunca se ha demostrado que el Dulce Cáncer fuera nuestro precio por Bakhaus Gate. No hay forma de que podamos saberlo. Y si no actuamos en esta ocasión, los Estados Libres sufrirán más que una mera plaga. Sufrirán la aniquilación.

—Eso no lo sabemos —terció Lucen Kalvor, cuyos rasgos marcados parecían más imperiosos que de costumbre—. Puede que los khurtas estén saqueando el norte, pero los dirige un elharim. La gente de las Tierras Fluviales es civilizada. Se puede negociar con ellos. Amon Tugha no prendería fuego a los Estados Libres sólo para verlos arder. Está claro que quiere algo más que arrasar la ciudad.

—¿Y si le estáis dando demasiado crédito? —preguntó Gelredida—. ¿Y si estáis siendo demasiado optimista sobre sus motivos? Entonces, ¿qué?

—Ya se ha tomado la decisión —repuso Crannock—. No podemos hacer nada.

La magistrada apretó los puños.

—¿No podéis o no queréis? ¡Sois todos unos idiotas! ¡Unos ciegos estúpidos! —bramó. Era tal su furia que Waylian estuvo a punto de retroceder un paso.

Ninguno de los archimaestros se atrevió a hablar después de eso.

La magistrada dio media vuelta y los dejó allí detrás de sus púlpitos, y Waylian la siguió de inmediato. Oyó a su maestra mascullar y maldecir entre dientes incluso mientras los Caballeros Cuervo le quitaban los brazaletes de hierro de las muñecas, incluso mientras regresaba por los pasillos de la torre.

Waylian tenía muchas preguntas, especialmente sobre qué habían querido decir cuando hablaron de Bakhaus Gate y del Dulce Cáncer y cómo podían estar relacionadas esas dos cosas, pero, pese a su deseo de obtener respuestas, era evidente que la magistrada no estaba de humor para ponerlo al corriente.

Cuando la mujer llegó a la escalera que subía a su cámara privada, Waylian se detuvo. Aquél era su sanctasanctórum. No había duda de que necesitaba estar sola

con sus pensamientos.

—¡Grimm, conmigo! —le ordenó mientras subía por la escalera de caracol.

El aprendiz la siguió no sin cierto nerviosismo. Ella había estado en su habitación y ahora él iba a estar en la de ella. Aquéllas eran aguas desconocidas y Waylian sólo veía un mar agitado por delante.

No estaba seguro de lo que se había esperado cuando entró, pero sin duda no había sido una habitación tan sencilla y austera como aquélla. Cuando llegó a la torre por primera vez, abundaban los rumores sobre lo que la Bruja Roja tenía en sus habitaciones. Se decía que en el techo habitaban espíritus familiares y homúnculos que se mofaban de los trasgos y duendes que llenaban las paredes. Se decía que las pociones burbujearan en los calderos día y noche, esperando a ser embotelladas en un sinnúmero de frasquitos y escondidas en estantes cubiertos de telarañas.

La verdad era muy distinta.

La habitación de Gelredida era amplia y espaciosa, iluminada por una única ventana redonda. Los muebles estaban hechos de madera ligera, probablemente fuera de olmo, en lugar del siniestro roble oscuro que encontrabas en el resto de la torre. También había un agradable olor a lavanda que impregnaba el ambiente.

Sin embargo, Waylian no tuvo mucho tiempo de admirar la decoración, puesto que Gelredida agarró un trozo de pergamino de un estante y se sentó a su mesa. Sin dejar de murmurar «idiotas» y «estúpidos cortos de miras», se puso a trabajar en el pergamino con pluma y tinta. El muchacho no veía lo que estaba escribiendo, pero era una maravilla contemplar su delicada caligrafía. Por primera vez se dio cuenta de que la mujer llevaba unos guantes de tela que hacían juego con el color de sus vestiduras y le pareció curioso, puesto que antes nunca había llevado guantes.

—¿Sabes montar a caballo, Waylian? —le preguntó sin levantar la vista del pergamino.

—Bueno...

—O sabes o no sabes. ¿Cuál es el caso?

Era cierto que había venido a Steelhaven desde Ankavern montado en un caballo, pero había sido la primera vez y una de las experiencias menos agradables que había tenido en su corta vida.

—Sí, magistrada.

—Bien. Recoge la ropa que tengas adecuada para el camino. Vas a ir de viaje.

—¿Adónde vamos, magistrada?

—He dicho que vas a ir de viaje. Yo tengo cosas que requieren mi atención aquí.

Gelredida terminó la carta con una floritura, se levantó y se acercó a una estantería alta. Se arrodilló junto a ella, buscó en la parte inferior hasta que se abrió un compartimento secreto con un leve chasquido. Dentro había cera y un sello y la magistrada procedió a derretir la punta de la barra de cera negra con la gruesa vela blanca que ardía en su mesa.

—Enrolla la carta —ordenó, y Waylian obedeció y enrolló el pergamino tan bien

como pudo.

Ella lo selló con una mano, echando una gota de cera, y a continuación, con la otra mano, aplicó el sello y presionó.

Hecho esto, miró a su aprendiz con expresión grave. No era una mirada de reprensión; su semblante era severo, pero Waylian no percibía enojo.

—Llevarás esto a Silverwall. Allí hay una pequeña academia, casi todos son escribas y artesanos. En ella encontrarás a un profesor llamado Crozius Bowe. Enséñale esto. —Blandió el pergamino sellado—. Él te dirá adónde tienes que ir después.

Waylian miró la carta y el sello grabado en la cera. Tenía la forma de un guiverno alzado sobre sus patas, con las alas abiertas y la cabeza erguida, listo para atacar.

—Magistrada, no lo entiendo.

—Esta ciudad necesita ayuda, Waylian. Tienes que entregar un mensaje de súplica a las únicas personas en las que podemos confiar que nos presten dicha ayuda.

—Pero ¿y si no vienen?

Ella sonrió y desvió la mirada hacia su única ventana redonda.

—Vendrán, Waylian. Siempre vienen. Bueno, ¿estás listo para tu viaje?

—Sí, magistrada —respondió.

Sin embargo, no estaba listo. Estaba asustado, se sentía inútil y mal preparado.

Pero supuso que sólo el tiempo diría lo mal preparado que estaba en realidad.

En la historia de Steelhaven se habían celebrado ciento veintiséis coronaciones. La institutriz Nordaine había instruido a Janessa en los monarcas importantes de antaño, desde la época de los Reyes de la Espada, cuando los teutones no eran más que unas cuantas tribus dispares enfrentadas, hasta la creación de los Estados Libres. Por supuesto, hasta que su padre hubo unido las provincias y las ciudades-Estado en una nación continuó habiendo guerras y pretendientes al trono teutón, pero la ciudad de Steelhaven siempre había tenido un monarca reinante, un rey o reina que presidía la ciudad y sus habitantes.

Ahora le tocaba el turno a Janessa. Pronto se convertiría en reina de Steelhaven y los Estados Libres, pero ahora mismo lo único que quería era dejar de temblar.

Además, llevaba un vestido fabuloso, sin duda. La institutriz la había ayudado a elegir las telas, una de cada provincia: satén de Braega, seda de Deldrun, encaje de Stelmorn, lino de Ankavern y piel de Valdor. También había unos broches de cada una de las cinco ciudades-Estado cosidos en la tela: brazaletes de cobre en las mangas, hierro rodeando la cintura, pan de plata en la falda y cadenas de acero en torno al cuello. Pese al batiburrillo de colores y de telas seguía siendo un modelo precioso.

Nordaine lidiaba con los bajos, tal como había hecho ya una docena de veces. Janessa imaginó que era más por los nervios que por la necesidad de hacer el vestido más presentable. Lo había toqueteado tanto que si lo que fuera que intentara ajustar no estaba ya bien puesto es que no lo estaría jamás.

—Basta ya —dijo Janessa, cosa que lamentó al instante cuando se vio obligada a cerrar la boca de golpe no fuera que la bilis le subiera por la garganta.

Nordaine dejó de manosear el vestido y retrocedió un paso. Janessa vio que la institutriz tenía lágrimas en los ojos y tuvo remordimientos de inmediato. Se había comportado mal con aquella mujer que había sido como una madre para ella, que le había enseñado el protocolo correcto y que le había instruido en las costumbres de la corte. Ahora las lecciones habían terminado y Nordaine no podía enseñarle nada más. A partir de ahora ella tendría que aprender sus propias lecciones, cometer sus propios errores.

Tomó a Nordaine de la mano y se miraron. La institutriz hubiera dicho algo, pero sólo le salió un sollozo. Antes de que Janessa pudiera dirigirle unas palabras de consuelo, Odaka entró en el vestíbulo.

Ya no llevaba las vestiduras con las que ella estaba acostumbrada a verlo. Ahora llevaba una armadura de color gris pizarra, un casco que sostenía en el pliegue del codo y una espada curva al costado.

—Excelencia —le dijo con el semblante tan serio e inflexible como siempre—. Están listos.

Janessa asintió y dirigió una última mirada a su institutriz antes de dirigirse a la

puerta. La esperaban dos centinelas y el mismísimo Garret estaba más allá en el arco que daba al gran salón. Le dirigió una sonrisa tranquilizadora a la joven cuando ella salió del vestíbulo, pero no sirvió para calmar sus nervios.

Los caballeros la rodearon cuando salió al Salón del Rey. La última vez que estuvo allí, el salón se encontraba vacío, pero ahora el amplio espacio estaba lleno de gente de rango de los Estados Libres.

Janessa vio que todas las miradas se volvían hacia ella mientras se abría paso entre la multitud. El duque Guido Kreeler de Ankavern fue el primero en hacerle una reverencia cuando entró. Su hijo Bartolomeo estaba ausente, obviamente no estaba interesado en la coronación ahora que Janessa había declarado su intención de tomar la corona sin necesidad de un esposo.

El joven lord Cadran de Braega fue el siguiente y le ofreció su inocente sonrisa, rodeado por sus tías conocidas como las Rosas Negras: un grupo de mujeres de aspecto altanero que codiciaban el poder del muchacho y lo colmaban de un afecto insincero.

Estaban los lores gobernadores Tyran y Argus de Silverwall y Coppergate, uno al lado del otro igual que sus ciudades-Estado, sin duda utilizando aquella reunión poco habitual para urdir sus tramas y alimentar su codicia.

Y luego estaban la baronesa Isabelle y su hijo Leon. Por supuesto le mostraron su deferencia con una inclinación, pero él apenas intentó ocultar la expresión de desprecio de su rostro. Estaba claro que a los Magrida no les sentaba muy bien que los rechazaran.

Janessa fijó la mirada al frente y no se dignó a saludarles. Garret iba en cabeza y ella iba rodeada de sus centinelas, sin embargo no se sentía del todo segura. Estaba expuesta, bajo el escrutinio de personas desconocidas y esclava de acontecimientos que escapaban a su control. Todo aquello que se había esforzado por evitar había ocurrido y no había vuelta atrás. La imagen del rostro de Río, ese hermoso rostro lleno de cicatrices, apareció brevemente en su imaginación, pero se lo sacó de la cabeza enseguida. Si pensaba en él, en la vida que se habían prometido y que ahora nunca tendrían, rompería a llorar. Allí había congregada mucha gente a la que le gustaría ver eso y de ninguna manera iba a darles la satisfacción.

Junto al trono de piedra estaban el Abad Supremo y la Madre Matrona, los representantes sagrados de Arlor y Vorena. Eran ellos los que presidirían la ceremonia. Serían ellos los que coronarían a su reina y defensora de la fe de Arlor.

Cuando se aproximaba al trono, los centinelas que iban delante de ella se detuvieron, se volvieron el uno hacia el otro y formaron un pasillo de acero para que Janessa lo recorriera. Ella se detuvo en el extremo del mismo. Sabía que una vez que caminara por aquella guardia de honor ya no habría vuelta atrás: tendría que olvidar su pasado, olvidar a su antiguo amor. A partir de aquel día sería a los Estados Libres y a sus habitantes a quienes querría.

Volvió la vista atrás un momento. Sabía que debería haber mantenido su aire

regio, pero no pudo evitarlo.

Odaka iba tras ella, bloqueándole la huida y el camino hacia la libertad.

De todos modos, ¿quería tomarlo? ¿Quería huir? Casi había escapado hacía apenas unos días, cuando Río le había ofrecido una salida.

El regente la miró impasible, pero pese a la falta de emoción de su semblante Janessa tuvo la sensación de que si decidía cambiar de opinión, dar media vuelta y huir del gran salón, él no haría nada para detenerla.

Esta idea bastó para darle fuerzas. El hecho de saber que en realidad sí tenía alternativa hizo que su decisión fuera mucho más sencilla.

Janessa se volvió de nuevo y recorrió el resto del camino hasta el trono, subió las escaleras y se detuvo frente al Abad Supremo y la Madre Matrona. Ellos a su vez dieron un paso hacia ella, él sosteniendo la espada de gala, la *Helsbayn*, y ella la corona que su padre había llevado durante treinta y dos años.

La joven se arrodilló delante del Abad Supremo e inclinó la cabeza tal como le habían enseñado Odaka y Nordaine.

—Janessa de los Mastragall —dijo el Abad Supremo con voz que sonó fuerte y clara en la abarrotada sala—. ¿Estáis aquí para reclamar la corona de Steelhaven, para ocupar vuestro lugar en el trono de los Estados Libres, para gobernar sus territorios y sus gentes?

—Sí, así es —respondió ella intentando expresar cierto grado de autoridad.

—¿Seréis la encarnación de Arlor? —preguntó la Madre Matrona—. ¿Seréis su mano divina en la tierra, defenderéis su fe y manifestaréis su palabra mientras tengáis aliento para pronunciarla?

—Lo seré —dijo ella.

—¿Prometéis mantener la paz de la Corona procurando la seguridad de sus gentes, territorios y propiedades, sin ánimo de iniciar guerras, invadir principados ni usurpar títulos bajo pena de la retribución divina de Arlor?

—Lo prometo —respondió.

La Madre Matrona colocó la corona de acero en la cabeza de Janessa, que notó su borde frío contra la piel.

—En tal caso os doy la corona para que podáis gobernar vuestro reino —declaró.

—Yo os doy la espada para que podáis defenderlo —dijo el Abad Supremo al tiempo que le ofrecía la espada. A continuación él y la Madre Matrona se arrodillaron frente a ella.

Janessa se puso de pie y tomó *Helsbayn* de manos del Abad Supremo. Era pesada, la empuñadura estaba trabajada con una intrincada doradura, la hoja grabada al aguafuerte con antiguas runas de la época de los Reyes de la Espada. La última vez que la había visto fue en manos de su padre cuando yacía en el altar esperando a ser enterrado. El recuerdo intentó morderla con dientes fríos, pero ella le devolvió el mordisco. No era el momento de pensar en esas cosas. No era momento de dar vueltas al pasado.

Aquél era el día en que empezaría su reinado.

Se dio la vuelta y sostuvo la espada en alto viendo todas las miradas posadas en ella, miradas de desprecio, miradas de admiración, miradas de duda.

Garret se volvió hacia la multitud, sus centinelas hicieron lo mismo y exclamaron: «Reina Janessa Mastragall, soberana de Steelhaven y de los Estados Libres, protectora de Teutonia y guardiana de la fe de Arlor».

La multitud allí congregada hincó la rodilla en el suelo al unísono y repitió las palabras de Garret como un mantra solemne. Janessa pensó que aquellas palabras sabrían amargas a muchos de ellos, pero que eso las hacía mucho más dulces para ella.

Lo había hecho; había reclamado el trono de su padre y ahora ninguno de ellos se lo arrebataría. Al menos mientras siguiera respirando.

Mientras los miraba allí arrodillados ante ella supo que esto no bastaba. El hecho de ver a esos supuestos nobles en actitud de súplica de repente era vacío y vacío. Ella estaba enclaustrada allí, lejos de su gente, de la gente que importaba.

Debido a las amenazas contra su vida, Odaka había considerado prudente restringir la ceremonia a los límites del palacio, pero la tradición dictaba que los reyes y reinas de Steelhaven debían ser recibidos por los habitantes de la ciudad en su coronación.

Al diablo con la seguridad. Aquél no era solamente su día, no era sólo el día para que sus nobles súbditos la recibieran. Tenía que dejarse ver, tenía que mostrar a la ciudad que estaba allí para ellos, que estaba allí para servirles hasta la muerte.

—Odaka —dijo aferrando esa pesada espada al costado—, veré a mi pueblo ahora.

Él frunció el ceño y su semblante serio mostró un fugaz atisbo de preocupación que desapareció bajo un barniz de obediencia.

—Como ordenéis, mi reina.

Inclinó la cabeza y Janessa casi sonrió al oírlo. «Mi reina». Le sonaba bien, como si siempre hubiera estado esperando para oír esas palabras.

Odaka guió a los centinelas fuera de la sala. Janessa ni siquiera se dignó a mirar a los nobles, que aún estaban de rodillas, mientras abandonaba el salón del trono. Y lo abandonaba siendo una mujer distinta de la que había entrado. Había entrado en el gran salón siendo una chica tímida, pero salía de él como una mujer adulta, y por añadidura reina.

Cuando se aproximaban al frente del palacio, oyó a la multitud. Les habían permitido entrar en el barrio de la Corona, cuyas puertas estaban abiertas para que pudieran honrar la coronación de la reina.

La ciudad se había congregado para llorar a su padre, habían acudido en tropel a su funeral. Lo multitudinario de aquel nutrido gentío no había contribuido en absoluto a prepararla para esto.

Odaka abrió las puertas del balcón de la fachada de palacio que daba a los

jardines de Skyhelm y al barrio de la Corona. Habían acudido hasta el otro lado de las grandes puertas de acero ricos y pobres por igual, comerciantes y mendigos, soldados y siervos.

Todos habían ido a ver su coronación.

Y cuando ella apareció, incluso estando tan lejos, la multitud la saludó. Fue un vítor que se alzó por encima de la ciudad y la envolvió con un manto de ruido, llenándola a ella de orgullo y de la sensación de la tarea que tenía por delante.

Mientras aquel ruido ensordecedor resonaba por Steelhaven, Janessa Mastragall, reina de Steelhaven y de los Estados Libres, esperó que el caudillo Amon Tugha pudiera oírlo.

Si se dirigía a su ciudad con intención de asesinar, lo más apropiado era que supiera lo que le esperaba.

Epílogo

La ciudad ardía.

Azreal no tenía ni idea de cómo se llamaba antes de que las llamas prendieran y lamieran los edificios con voracidad. Se alegró de haber llegado tarde y haberse perdido los gritos de los inocentes mientras los apaleaban, los violaban y los pasaban a cuchillo en el orden que los khurtas creyeron mejor.

Con ojos dorados observó cómo los salvajes bailaban a la luz del fuego. No les envidiaba sus placeres, puesto que sus vidas eran muy cortas, pero él no tenía que quedarse a mirar y desde luego nunca se hubiera unido a ellos en su diversión.

A diferencia de Endellion, su hermana al servicio de su señor.

Lo más probable era que ella estuviera allí abajo, aplacada ya su sed de crueldad, entregándose a otros deseos. La idea le hizo gracia a Azreal, pero también le hizo sentir celos. Se preguntaba si su amo lo toleraría si él decidiera satisfacer sus propios deseos con tanta frecuencia y con una crueldad tan gratuita. Lo dudaba, pero, claro, Endellion era tan hermosa que era difícil negarle nada, tal como Azreal había descubierto en muchas ocasiones.

Se movió por el campamento sin que lo vieran. Pasó junto a los fuegos que ardían, junto a las toscas tiendas de piel, junto a los banderines y banderas ganados al enemigo que se agitaban deplorablemente: los símbolos destrozados y ennegrecidos de una nación al borde de la destrucción.

Los teutones harían bien rindiéndose ahora y ahorrarse así el sufrimiento venidero, pero Azreal sabía que no lo harían. Seguirían luchando hasta el final, desperdiciando vidas innecesariamente tal como siempre hacen las naciones. Desde la época de los primeros grandes conquistadores siempre había habido quien se había alzado contra ellos, en ocasiones victoriosamente y a menudo de forma ruinosa.

Azreal no tenía ninguna duda de que en esta ocasión lo único que les esperaba a los Estados Libres era su destrucción final.

Mientras se abría paso entre aquellos desconocidos en aquella tierra extranjera, no sentía más que añoranza de su casa. Las Tierras Fluviales se hallaban a semanas de camino hacia el norte, con legua tras legua de inhóspita campiña entre él y los prados verdes y las vías fluviales. La perspectiva del viaje lo llenaba de terror, pero lo habría hecho descalzo de muy buen grado si su señor así lo hubiese querido. Sin embargo, Amon Tugha tenía otras ideas y él se preguntaba si algún día volvería a ver la belleza de su tierra natal.

En el centro del campamento estaba la tienda de mando de Amon Tugha. No tenía adornos, era una construcción de madera y pieles de animal sin banderas ni banderines de lealtad. El señor de Azreal no tenía lealtades; el príncipe marginado no seguía ningún código ni corona, salvo los suyos propios. Las únicas banderas que llevaba en batalla eran las que había ganado, las que había obtenido con sangre y acero.

La tienda estaba vigilada, por supuesto, aunque su señor no necesitaba guardaespaldas. Pese a los centinelas, Azreal entró sigilosamente y sin hacer el más mínimo sonido, sin que lo viera ninguno de los guardias apostados en la entrada.

Dentro, la temperatura era agradable, pues el señor de Azreal estaba reunido con su corte. Los braseros estaban encendidos, su resplandor amarillento penetraba la atmósfera y dejaba sombras suficientes en los rincones de la amplia tienda para los que no querían ser vistos.

Y Azreal rara vez quería ser visto.

Se detuvo un segundo para observar a la corte de su señor. El príncipe elharim estaba sentado en su silla de madera, una silla tallada de los troncos de jefes de clan derrotados. Había habido nueve tribus de los khurtas, tribus en un estado de guerra perpetuo hasta que llegó Amon Tugha. Él las había unido, las había unido con sangre y muerte, desafiando a sus maestros de guerra y señores de batalla a combate mortal y derrotándolos a todos. Aquellos que habían sobrevivido estaban ahora a su lado. Wolkan Brude, que era un salvaje barbudo y corpulento. Brulmak Tarr, un hombre que había mutilado su cuerpo hasta el punto de quedar irreconocible, tanto que era dudoso que cualquier herida que le infligieran pudiera empeorar más sus rasgos. Stirgor Cairnmaker, moreno, siniestro y mortífero, un guerrero sin igual que casi había vencido a Amon Tugha, casi...

De los otros seis jefes de guerra no quedaba más que huesos ennegrecidos y cenizas y sus tribus se habían incorporado a un único y gran ejército. Un ejército que en aquellos momentos marchaba al sur hacia la victoria.

El príncipe tenía dos perros de guerra enormes echados a sus pies, un regalo de su nueva tribu, unas bestias agresivas tan leales a su amo como lo era Azreal. Pelearían por él, morirían por él, los dos atacarían con la fuerza de un monstruo y la astucia de un guerrero.

Azreal observó todo aquello desde la oscuridad y nadie se dio cuenta de su presencia.

Nadie salvo su señor.

—Acércate, Azreal, hermano.

Tras las palabras de Amon Tugha, se hizo el silencio en la tienda.

Azreal salió de la oscuridad y todas las miradas se volvieron hacia él. Cuando apareció, uno de los perros (*Astur* o *Sul*, Azreal no sabía cuál era) alzó el labio con un gruñido amenazador. La mano alzada de Amon Tugha silenció a su mascota.

—Mi príncipe —dijo Azreal al tiempo que hincaba una rodilla e inclinaba la cabeza.

Percibió la inquietud entre los generales khurtas de su señor. Ellos consideraban a los elharim unas criaturas sobrenaturales capaces de ir y venir a su antojo, capaces de matar con tan sólo una palabra. Era cierto que vivían más siglos que las razas menores, pero no tenían nada de sobrenaturales. Sencillamente se aprovechaban de la duración de sus vidas para aprender su oficio, para refinar sus talentos de forma

incomprensible para los khurtas, los teutones o cualquier otra tribu que decidiera hacerles frente. Que aquellos bárbaros los creyeran inmortales. Que les mostraran la deferencia que se debía a los elharim por su antiguo sacrificio.

Al levantarse, Azreal vio que Amon Tugha sonreía.

Su señor era un ejemplar incomparable. Un príncipe de las Tierras Fluviales, expulsado por su propia madre, una reina guerrera, por miedo a que desafiara a su hermano mayor por el poder de dominio. Sin embargo, pese a toda su vergüenza y toda su deshonra, Azreal hubiera seguido a su príncipe hasta las puertas del Abismo.

Amon Tugha no era el verdadero nombre de su señor, ése era un nombre que le habían dado los khurtas, un nombre que podían pronunciar, entender y, lo que era más importante, uno que podían seguir. Azreal y su hermana Endellion eran los únicos que sabían su verdadero nombre, pero les habían prohibido pronunciarlo. Su señor ya no llevaba el título otorgado por su tierra natal. Los presuntos nobles de las Tierras Fluviales le habían vuelto la espalda y él, a su vez, había jurado demostrarles la locura de dicha decisión.

Amon Tugha medía casi dos metros estando de pie, su torso desnudo estaba marcado con las escarificaciones y quemaduras rituales que indicaban su rango. Tenía el cabello rubio y corto en las sienes; sus ojos ardían con motas doradas. Pese a toda la destreza de Azreal, pese a todo su talento y capacidad, sabía que nunca podría competir con la fuerza asombrosa de su señor. Intentarlo supondría el fin para él.

—¿Qué hay de nuevo, Azreal? —preguntó Amon Tugha—. ¿El heraldo se ha ganado la paga?

—Así es, mi príncipe, y ya ha regresado a su casa cruzando los mares.

—¿Y qué me dices de la ciudad?

—Los magistrados de Steelhaven están acobardados dentro de su torre. No nos ofrecerán resistencia. El Gremio no ha dado ninguna respuesta de momento. Creo que siguen esperando nuestra llegada, pero yo diría que se someterán a vuestra oferta en cuanto vuestra horda guerrera sea visible desde las puertas de Steelhaven. —Hizo una pausa y eligió con mucho cuidado las palabras que iba a decir a continuación. Aunque Amon Tugha no era tan derrochador como para castigar a un mensajero, Azreal temía su ira—. Los esclavos destinados a nuestros aliados en la Bahía Keidro se perdieron.

—¿Cómo?

—Los liberó un renegado, mi príncipe, pero no temáis. El Padre de Asesinos fue informado de ello y ha enviado a uno de sus hijos para que meta en cintura a los señores piratas, me han asegurado que aun así nos ayudarán llegado el momento.

—¿Y qué me cuentas de nuestro hermano? ¿Qué tal le va?

—El Padre de Asesinos ha recibido vuestras instrucciones, pero todavía no ha conseguido cumplir con su obligación. Sigue sin perder de vista a la reina. Estoy seguro de que volverá a atacar muy pronto.

Esta última noticia pareció preocupar al príncipe que se quedó rumiando con el

ceño fruncido. Azreal se dio cuenta de que eso ponía nerviosos a los generales.

—No es suficiente —declaró Amon Tugha—. Necesito que esté muerta. En cuanto su reina haya caído, el resto se derrumbará a su alrededor y la ciudad será mía. Pero hay más de una forma de llegar a ella.

Amon Tugha desvió la mirada hacia las sombras de la tienda, hacia el chamán khurta que se hallaba sentado en silencio consultando sus tabas. El humor sombrío del príncipe se suavizó poco a poco.

—¿Y ahora qué, mi señor? —Azreal estaba impaciente por recibir sus instrucciones y salir de allí. No podía escapar al hecho de que aquel lugar, aquellas personas, lo alteraban, por mucho que eso lo avergonzara.

—Ahora ve a lavarte para quitarte del cuerpo el hedor de las calles —le dijo Amon Tugha—. Y luego nos dirigiremos al sur, donde espera mi ciudad.

Estas palabras suscitaron unos murmullos de asentimiento por parte de los khurtas, y Brulmak Tarr fue el más ruidoso de todos.

—Como deseéis. —Dicho esto, Azreal abandonó la tienda.

Una vez fuera, respiró profundamente el aire nocturno. El amor que sentía por su príncipe era tal que habría seguido a Amon Tugha por todas las tierras y los mares del mundo, pero no podía evitar tener la sensación de que todo aquello era una locura.

Su señor era un hombre valiente y era una injusticia que su nombre y posición hubieran sido destruidos, y además por nada, pero ésta no era forma de recuperar la gloria. Tomar los territorios de otra nación, reducir a ruinas su capital y matar a su reina no era la manera de demostrar tu valía a una tierra que te había rechazado.

Pero allí adonde fuera Amon Tugha, Azreal lo seguiría.

Y él traería consigo a sus hordas.

Y no se detendrían hasta que Steelhaven hubiera caído.

Agradecimientos

Ante todo necesito dar las gracias a mi agente, la leyenda de la industria John Jarrold, que me aceptó tras leer una parte del manuscrito y demostró mucha fe cuando otros podrían no haberlo hecho.

Gracias a Gareth Hanrahan, Matt Keefe y Gav Thorpe por sus varias críticas y por su ayuda con el manuscrito, es aún mejor gracias a vuestra aportación.

También debo mencionar al equipo de Headline: quiero dar las gracias a Patrick Insole por hacer que la cubierta sea atractiva, a mi corrector por hacer que las palabras sean atractivas y a Caitlin Raynor y Ben Willis por contarle a todo el mundo lo atractivo que es este libro.

Y por último, pero no por ello menos importante, a mi editor, John Wordsworth. Recuerda, si me hundo, ¡tú te hundes conmigo!



RICHARD FORD. Nacido en Leeds, Inglaterra, es autor de una novela steampunk llamada *Kultus* y de relatos aparecidos en antologías como *The Cold Hand of Betrayal* o *Dark Horizon 55*. Con su siguiente obra, *El heraldo de la tormenta*, ha dado inicio a la Trilogía de *Steelhaven*.

Notas

[1] *Hake* significa «merluza» en inglés. (N. de la T.) <<

[2] Arrendajo. (N. de la T.). <<

[3] Dulzura. (N. de la T.). <<